



Crónicas Nerlingas I

LA TRAICIÓN GRONING

Gorka Eceolaza Zabalza

Lectulandia

La Traición Groning es el primer libro de la tetralogía que formarán la saga de las Crónicas Nerlingas. Su trama se desarrolla en la llamada Tierra Conocida, en la que el devenir del pueblo nerlingo, envuelto desde tiempos pretéritos en los asuntos y tribulaciones de dioses y hombres, es el eje central de la historia. El lector se verá transportado a ese mundo imaginario, a orillas del Lago Argul en la región de Jactinia, morada de los cinco clanes nerlingos y punto de partida de esta épica aventura.

La novela *Crónicas Nerlingas I. La Traición Groning* comienza con el fin del tercer año de regencia del clan alko. En Lothikaton, la capital nerlinga, se preparan para la Ceremonia del Tránsito en la que Torko, líder del clan bunko, será coronado como nuevo Rey Nerlingo. Los años de escaramuzas y forzada paz entre nerlingos y gronings, naciones hegemónicas de las regiones centrales de Tierra Conocida, parece que tocan a su fin con la boda que Torko y Zornik, Rey de los gronings, han planeado entre los descendientes de ambos pueblos a espaldas del resto de clanes nerlingos.

Sin embargo, una terrible traición condenará al pueblo nerlingo a su exterminio. Kiril, único superviviente de la estirpe real, se verá abocado a una frenética huida a través de Tierra Conocida en compañía de sus amigos Maikel, Thelmor y los gemelos Oyvind e Ingvar, para salvar su vida y encontrar al llamado Sexto Clan, custodio de un arcano poder el cual Zornik ansía poseer.

Lectulandia

Gorka Eceolaza Zabalza

La Traición Groning

Crónicas Nerlingas - 1

ePub r1.0

orhi 09.08.15

Título original: *La Traición Groning*
Gorka Eceolaza Zabalza, 2013

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi mujer Isabel, por todo.
Mi primera y más fiel lectora.*

*El tiempo es el dios de nuestra diosa,
el tiempo es nuestro amo y señor,
el tiempo es el dueño de nuestra vida y libertad.*

*Hoy finaliza la mía y comienza la tuya.
Deja que el tiempo te guíe y aconseje,
deja que el tiempo te conduzca a tu destino.*

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas las personas que de una u otra manera han ido dejando huella en mí, a todos aquellos que han contribuido a forjar mi personalidad: familiares, amigos, profesores, compañeros de trabajo... Pero quiero agradecer especialmente a las siguientes personas por haber ayudado de alguna forma a que la saga de las *Crónicas Nerlingas* vea la luz. Aunque algunos de mis mejores amigos no figuran en esa lista, no tienen por qué sentirse ofendidos: los reservo para el apartado de agradecimientos del segundo libro.

Nuevamente a Isabel Arnaiz, mi mujer, primera y más fiel e incondicional lectora. Por tus consejos y tu siempre cálida y positiva acogida a todos los borradores que te he ido presentando.

A Ignacio Eceolaza, mi padre, el más rápido lector, metódico corrector y avezado crítico que pueda existir fuera del mundo editorial.

A Aitor Arnaiz, trabajador y padre de familia ocupado y solicitado como pocos, por el esfuerzo adicional que supuso para él la lectura de este manuscrito, así como por sus certeras correcciones y trabajadas sugerencias.

A Pablo Jaume, por acoger de muy buen grado la tarea de leer una obra que no encajaba en su género favorito y por redactar un concienzudo informe con pormenorizados comentarios.

A Jesús Víctor Barragán, lector compulsivo, amigo y antiguo compañero de fatigas laborales, con quien he compartido años de trabajo, y que desde el primer momento que leyó el borrador del manuscrito me animó a publicarlo.

A Andrés Arbués, también amigo y cómo no, contrincante tenístico. Gracias por tus afiladas críticas y comentarios. Al final, y aunque no lo esperabas, te has hecho un converso a la saga de las *Crónicas Nerlingas*.

A María Jaume, por aquel día de Año Nuevo en que te interesaste por leer la primera de mis novelas. Gracias por tu sincero aprecio.

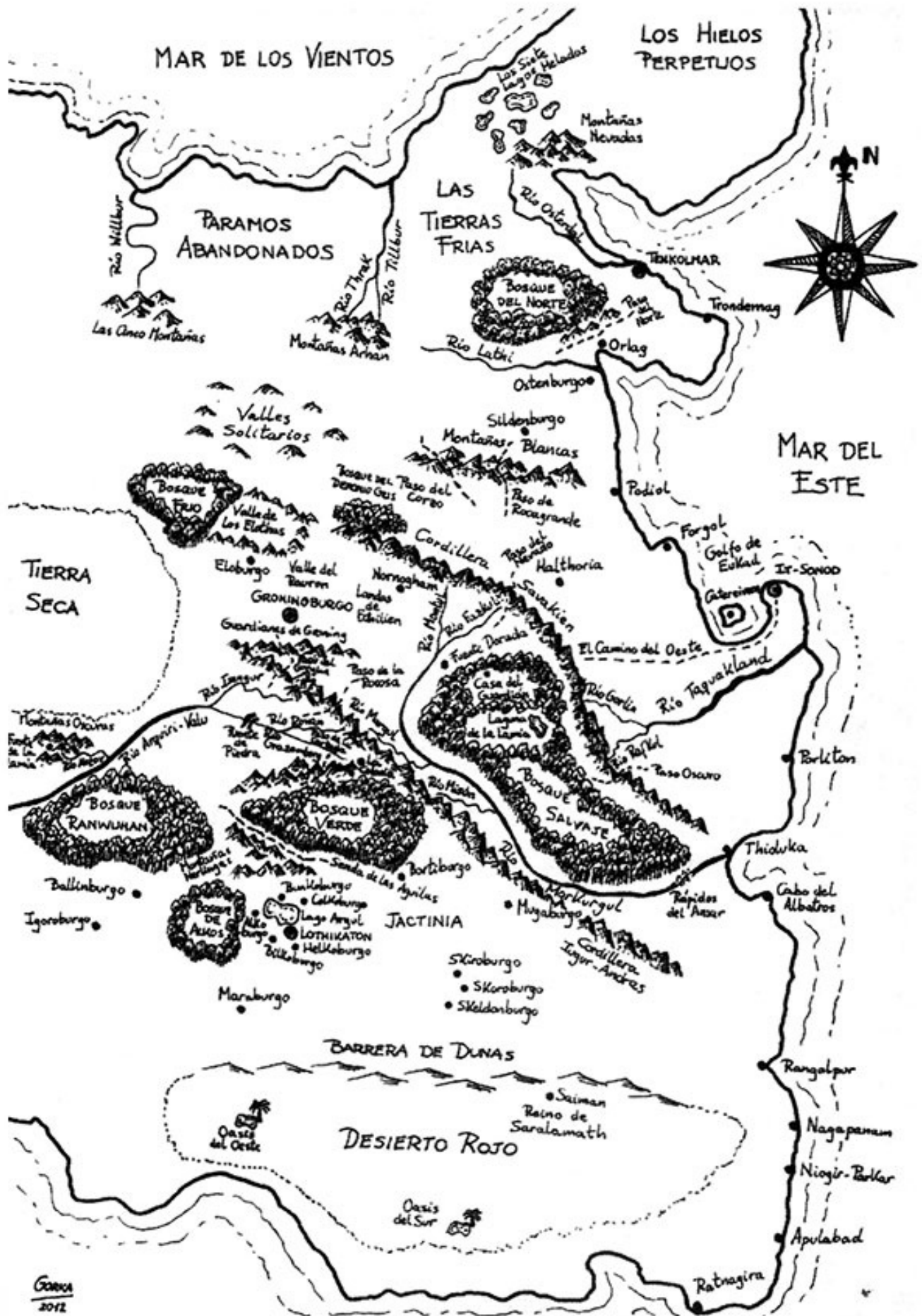
A Mikel Garate, músico y cantante, auténtico hombre orquesta en todos los ámbitos de la vida, compañero de trabajo pero sobre todo mi amigo. Nire laguna. Gracias por tu apoyo, por estar siempre ahí cuando hacía falta, por esas impagables charlas sobre lo divino y lo humano que siempre nos han servido de válvula de escape.

A Iñaki Martínez de la Hidalga, navarro temperamental e inquieto, incansable lector de la historia, compañero sufridor y sorprendido testigo del mundo de los nerlingos.

A todos vosotros, gracias una vez más por vuestras sinceras opiniones y la buena acogida de esta novela, por demandarme con apremio la finalización del siguiente manuscrito para que vuestros ávidos ojos puedan desmenuzarlo.

Y por último, y por encima de todo, a mi madre, Mila, por haberme dado la vida y haber fomentado mi creatividad, por haber sembrado en mí la semilla de la fantasía abasteciéndome de cómics y libros, siendo testigo paciente de interminables batallas de ejércitos formados por guerreros de plastilina, sobre aquella sufrida mesa de mármol, con las que ocupaba las largas y lluviosas tardes invernales de mi infancia. Gracias amatxo.

MAPA DE TIERRA CONOCIDA



Prólogo

Las Crónicas Nerlingas relatan la historia y la lucha por la supervivencia del pueblo Nerlingo, una comunidad que hace miles de años poblaba una pequeña región de la llamada Tierra Conocida y que, desde tiempos pretéritos, se vio involucrada en los asuntos y quehaceres de los hombres y los dioses.

El lector se preguntará quiénes son los nerlingos, cuáles son sus orígenes, sus costumbres y otras muchas cuestiones que este prólogo intentará aclarar. Investigando la poca información de que se dispone, cabe deducir que el pueblo nerlingo llegó de allende el Mar del Este a la región de Jactinia sobre el año 767 del calendario groning. Remontando el Río Taquakland y, cruzando la Cordillera Savakien por la zona noroccidental, se instalaron en derredor del Lago Argul. Establecieron sus dominios al amparo del Bosque de Alkos y las Montañas Nerlingas, limitando su territorio al norte por la Cordillera Iugur-András y muy al sur por el Desierto Rojo. A partir de ese día compartirían una forzada vecindad con bortigos, lupenos, skelingos y gronings.

La verdadera razón del abandono de sus primigenias tierras y el éxodo que les condujo al mismo corazón de Jactinia, nunca fue conocida por los pueblos vecinos. Cuenta la leyenda que la isla en la que moraban los nerlingos fue pasto de terribles terremotos y devastadores volcanes que acabaron destruyéndola. Sin embargo, otros sabios conocedores de este pueblo milenario, afirman que fue la mortal lucha por un poder superior la causa de la total devastación de aquellas tierras. Obligados por estos acontecimientos, tuvieron que izar las velas de sus pequeños barcos rumbo hacia el hostil continente.

Una vez arribaron a los puertos orientales, cerca de doscientos miembros del clan alko decidieron concluir el viaje e instalarse al sureste de la desembocadura del Río Taquakland, mientras el resto de sus hermanos continuaron su fatigosa travesía por Tierra Conocida. Sin embargo, nunca se tuvieron pruebas fehacientes de esa incierta diáspora. La única verdad sobre la que se forjó esa leyenda duerme ahora en la memoria de sus difuntos ancestros.

Ningún pueblo de la región recordaba un éxodo semejante al de los nerlingos, durante el cual tuvieron que sortear grandes peligros y dificultades en su larga y agotadora huida. Fue por ello que en un principio se les consideró como protegidos de los dioses. Durante ese período de tiempo pudieron establecerse en paz, fundando su capital y los cinco burgos en las tierras que rodeaban al Lago Argul. Esos asentamientos fueron Alkoburgo, Bilkoburgo, Helkoburgo, Celkoburgo y Bunkoburgo, en los que alkos, bilkos, helkos, celkos y bunkos construyeron sus

hogares. A la capital la llamaron Lothikaton, que en la lengua nerlinga significa *Lugar de Reunión*.

Como el lector rápidamente habrá deducido, la raza nerlinga estaba formada por cinco ramas que se organizaban a modo de clanes. Podían ser fácilmente distinguidos gracias a una larga y fina trenza que colgaba del lado izquierdo de sus cabezas, anudada en un diminuto trozo de tela de diferente color, siendo el azul el distintivo de los alkos, rojo el de los bilkos, blanco para el clan helko, amarillo para los celkos y negro para los bunkos. De compleción fuerte, anchas espaldas y piernas largas y fibrosas, su blanca tez estaba habitualmente adornada por ojos claros y rubios cabellos.

A pesar de ser diestros en el arte de la guerra, sólo luchaban para defender a su pueblo, nunca por afán de conquista. También eran hábiles cultivando la tierra y explotando los recursos que la naturaleza les ofrecía. Su principal debilidad era “la buena mesa”. No había reunión o fiesta que no terminase en una comida, en la que nunca faltaba el ciervo u otra pieza de caza, acompañado por supuesto de una cerveza de color caoba que ellos mismos destilaban.

De todos ellos, los bunkos eran los que en menor medida se ajustaban al estereotipo nerlingo. De hosco carácter, agrio en ocasiones, desconfiados y belicosos, sentían recelo y envidia del resto de los clanes; envidia ésta del todo injustificada, puesto que el pueblo nerlingo era regido cada tres años de forma alternativa por cada jefe de clan, período durante el cual se convertía en Rey y trasladaba su residencia desde el burgo a la capital Lothikaton.

Pasaron los años y el halo de divinidad de los nerlingos se fue desvaneciendo entre los pueblos que habitaban Tierra Conocida. Fueron los gronings, un pueblo guerrero y cruel que tradicionalmente había atemorizado al resto de moradores de esas tierras, los que iniciaron las hostilidades contra los nerlingos. El primer gran enfrentamiento conocido se produjo en la llamada batalla de Bosque Verde, librada en el año 893, en la que el ejército liderado por Borbul Ojo de Águila, Rey Nerlingo del clan de los celkos, repelió la agresión del ejército groning. Ésta fue la mayor de múltiples escaramuzas que continuaron durante los siguientes cuatro años, lo que obligó a los cinco clanes a formar un ejército permanente que vigilase las Montañas Nerlingas, Bosque Verde y el Bosque de Alkos. Los nerlingos nunca cruzaron el Río Arquiri-Valu, linde fluvial que delimitaba el inicio de los territorios groning, aunque se estableció un puesto fijo de observación compuesto por un pelotón de treinta hombres en la orilla sur del río, en el Puente de Piedra, al objeto de controlar las incursiones enemigas. Pasada una década, los jefes de los clanes decidieron disolver el pequeño ejército en vista de que las embestidas de los gronings habían prácticamente remitido. No obstante, se mantuvo como definitivo el destacamento situado en Puente de Piedra.

Todo transcurrió dentro de una relativa calma hasta que en el año 1039 Zornik fue coronado Rey de los gronings, tras asesinar al heredero de los Trodmelgin, linaje que había regido desde los Días Antiguos el destino del pueblo groning. Personaje cruel y sanguinario, tuvo como ama de cría a una suerte de bruja que lo inició en las artes oscuras y que él mismo se encargó de perfeccionar. Huérfano de nacimiento y de inciertos orígenes sólo conocidos por su arpía protectora, fue desde muy pequeño instruido en la búsqueda de un secreto poder, oculto por uno de los cinco Espíritus Puros en la tierra de los hombres, el cual le convertiría, si lograra poseerlo, en el único Señor del mundo de los mortales.

Los gronings se volvieron aún más violentos y su afán destructivo crecía de día en día. Esa amenaza se extendía como un reguero de pólvora por toda Tierra Conocida. Estos acontecimientos fueron los que cambiarían el devenir del pueblo nerlingo en las tierras de Jactinia. Es precisamente en este punto donde arranca nuestro relato...

Bajo el signo bunko

Pálida y húmeda llegó la mañana a Lothikaton. Una densa niebla impedía ver más allá de las orillas del lago. El castillo del Rey ofrecía un fantasmal aspecto desde el exterior, mientras la niebla trepaba sobre la hiedra y las enredaderas anidadas en las almenas de la muralla norte. Únicamente las antorchas en lo alto del castillo denotaban que éste estaba habitado. La estampa hacía presagiar un incierto futuro para el pueblo nerlingo, justamente el día en que los alkos cederían la regencia al clan bunko.

La pequeña capital nerlinga estaba situada a orillas del lago Argul, siendo el castillo del Rey el corazón de la ciudad. Alrededor de él, a modo de herradura, unos cientos de cabañas y graneros servían de temporales alojamientos a los miembros del clan y sus animales. Cómodas a la vez que austeras, estas cabañas eran un símbolo de hermandad para los nerlingos, puesto que al menos una vez en su vida, cada miembro de los cinco clanes debía vivir por un período no inferior a dos años en Lothikaton. Todos aquellos que habían habitado en diferentes épocas en la misma cabaña, se reunían una vez al año para celebrar una comida e intercambiar regalos. Cuenta la leyenda que la diosa Nerlinguia engendró a los Primeros Nacidos, quienes a su vez fundaron los cinco clanes. Pero pronto comenzó a surgir la envidia, provocando riñas y peleas entre hermanos. Entonces la diosa decidió construir una gran cabaña a la que llamó Lothikaton, obligando a los nerlingos a convivir en ella, logrando con su bondad el hermanamiento de los clanes.

A medida que avanzaba la mañana, la ciudad parecía despertar lentamente de su letargo. Algunas ventanas comenzaron a abrirse, oyéndose toses secas y profundos bostezos, consecuencia de la fiesta de despedida celebrada la noche anterior. En las almenas se iniciaron las labores de recogida de los distintivos azules propios del clan alko. Poco a poco la actividad fue creciendo hasta convertirse en frenética. En la cocina del castillo se esmeraban en preparar el venado que habría de servirse durante la comida y en dar los últimos retoques al clásico pastel de bayas silvestres que degustarían como postre. En las habitaciones de la zona alta del castillo se terminaban de empaquetar los enseres y objetos personales del regente y su hijo.

Se acercaba el mediodía, y la niebla había desaparecido casi por completo del lago y sus inmediaciones. En la puerta principal un grupo de unos cincuenta hombres permanecían formados aguardando la llegada de los representantes de los cuatro clanes restantes. Mientras, en sus aposentos, el saliente Rey Nerlingo conversaba con su hijo Kiril.

—Querido hijo, la hora de mi relevo se acerca. Es tiempo de que asumas el mando del clan. Dentro de doce años te convertirás, como futuro jefe de los alkos, en el nuevo regente nerlingo —dijo Akrog mientras miraba pensativo desde la ventana

de la estancia.

—Padre... —contestó temblorosamente Kiril—. Aún no me siento preparado para asumir tamaña responsabilidad. Además —nuevamente hizo una breve pausa—, no tengo ni tu carácter, ni tampoco tu firmeza y bien sabes que...

—¿Qué es lo que debo saber? —respondió enfadado Akrog—, ¿que quieres viajar para conocer lejanas tierras? ¿Buscar a los alkos que se establecieron hace cientos de años en las orillas del Río Taquakland? Desde mi tatarabuelo, Legok el Justo, nuestra estirpe ha tenido el honor y la responsabilidad de dirigir el clan y no aceptaré que tú eludas ese deber por perseguir una simple quimera.

—Está bien, padre, que así sea —respondió resignado Kiril entrecerrando sus profundos ojos azules—. Pero me sentiría enormemente complacido si algún día pudiera realizar mi sueño, ver el mar y volver con noticias de los hermanos de sangre que un día decidieron dejar de caminar a nuestro lado.

—Me alegro que nuestras largas discusiones hayan dado por fin sus frutos y te hayan hecho recapacitar —respondió no queriendo escuchar la última petición de Kiril—. Quiero que tú, hijo mío —dijo Akrog dulcificando notablemente el tono de su voz—, estés a mi lado cuando entregue el báculo de mando de la ciudad a Torko.

—Será un honor para mí, padre —contestó complaciente Kiril—. Allí estaré, pero ahora discúlpame, pues debo terminar de recoger nuestras pertenencias y cargarlas en los carros que partirán hacia nuestra casa en Alkoburgo —y diciendo esto abandonó la estancia.

Contrariado por los deseos y la tozudez de su padre, Kiril se dirigió a la parte inferior del castillo donde sus amigos Maikel y Thelmor finalizaban las labores de mudanza.

—Tu semblante no refleja precisamente alegría, Kiril. ¿Qué te ocurre? —preguntó Maikel.

—He discutido con mi padre. Quiere que tome la responsabilidad del clan y yo le he contestado que no estaba preparado y que... —parecía que la boca de Kiril se había quedado sin saliva.

—... y que quieres viajar para conocer el mar y encontrar a los alkos desertores que todos damos por muertos hace más de doscientos años —habló Thelmor adelantándose a las palabras de Kiril.

—Creo que tu padre tiene razón, Kiril —dijo Maikel tornando su sonrisa en un gesto serio—. Ese cargo te corresponde a ti desde el mismo día en que naciste y, a pesar de las dudas que puedan asaltarte, tienes la personalidad y la entereza necesarias para ser nuestro regente. Tu padre lo sabe y por ello exige tu compromiso. Un día serás el gran líder de todos los clanes nerlingos... pero hasta que llegue ese día ayúdanos a cargar estas cajas en el carro —y mientras el corpulento Maikel alborotaba con su enorme mano el pelo castaño de Kiril, Thelmor reía a carcajadas.

Era ya mediodía, y el cielo comenzó a cubrirse de gruesas nubes que apenas dejaban atravesar unos débiles rayos de sol. Fue entonces cuando se oyó el potente y grave sonido de llamada de un cuerno y, a continuación, el grito de los vigías de Lothikaton:

—¡Atención! ¡Se acercan los bilkos por el camino del sur!

Y así sucesivamente fueron apareciendo los bilkos, los helkos, los celkos y finalmente los bunkos. Las puertas de la ciudad se elevaron y cada una de las delegaciones de los cuatro clanes penetró en Lothikaton. Allí estaba Akrog, jefe de los alkos, con su larga melena blanca y su trenza azul, con señorial aspecto frente a la puerta de entrada que daba acceso a las estancias del regente. Realmente parecía un verdadero Rey de los Días Antiguos y los más de setenta años que lo contemplaban no hacían sino dar una mayor solemnidad a su rostro cubierto de arrugas y una poblada barba blanca. A su lado, su hijo Kiril parecía un bisoño príncipe, al que su terso y blanquecino rostro mostraban como las páginas de un libro en blanco que apenas si había comenzado a escribirse. Uno a uno los jefes de los clanes fueron acercándose a saludarle: Dulba por los celkos, Thuma por los helkos, Guilemin por los bilkos y Torko por los bunkos. Terminadas las saluciones, los lacrags^[♣] acompañados por su séquito, entraron en la estancia principal y se dirigieron hacia el comedor para degustar las viandas que con esmero los alkos habían cocinado durante toda la mañana.

El comedor era una amplia sala ocupada en su mayor parte por grandes mesas de madera. Habían dispuesto en torno a ellas robustos bancos de roble para los acompañantes, y sillas con respaldos acolchados de color violeta y delicados acabados en hilo dorado para los lacrags. Sobre las paredes colgaban cinco escudos con las enseñas de cada uno de los clanes y a su lado una lanza del color característico. Decenas de antorchas iluminaban la oscura estancia que sólo disponía de cuatro pequeñas ventanas por las que apenas podía entrar la luz desde el exterior. Las mesas estaban dispuestas en forma de “U” y en medio, sobre una antigua y sobria banqueta de madera rematada con un cojín verde esmeralda, descansaba el báculo de mando nerlingo, una perfecta hélice de marfil a modo de diminuta columna salomónica, coronada por una semiesfera metálica en la que aparecían grabadas las iniciales de los cinco clanes. Torko lo miraba con ansiedad y codicia, anhelando poseerlo sin tener que aguardar a la Ceremonia del Tránsito.

Akrog acomodó a los comensales, disponiendo en la mesa principal a su hijo y al resto de los alkos a su izquierda y a Torko y los bunkos a su derecha. Los bilkos, celkos y helkos se entremezclaron en los asientos que quedaron libres.

A una orden suya comenzaron a servir los alimentos y, por supuesto, abundante biluk^[♣]. Como primer plato degustaron hortalizas cultivadas en los alrededores de Lothikaton salteadas con patatas y unos exquisitos tacos de carne de cerdo.

Una vez dieron buena cuenta de ello, se sirvió el segundo plato, ciervo asado, algo que nunca faltaba en cualquier celebración nerlinga que se preciase. A partir de ese momento la conversación se tornó más animada y jovial, en gran parte debido a los efectos euforizantes que el biluk comenzaba a producir en los comensales.

Cuando daban las últimas dentelladas a los restos del venado se escucharon los primeros cánticos, que enseguida tuvieron réplica, hasta que en el último rincón de la estancia resonaron las estrofas de una canción que ensalzaba la victoria en la batalla de Bosque Verde.

Como colofón a la comida se sirvió el postre, que se componía de una variedad de frutas del tiempo y la esperada tarta de bayas de los alkos, la cual gozaba de una gran reputación entre los mejores paladares nerlingos. El ambiente era cada vez más alegre y distendido y, a pesar de tener las bocas repletas de tarta, continuaron los cánticos y comenzaron los bailes, en los que nunca se separaban de sus vasos llenos de biluk.

Los hijos de los lacrags, Kiril, Anodrac, Olisen, Talik y Droko, se fundieron bailando en círculo en el centro del comedor, mientras los demás comensales cantaban y daban palmas a modo de improvisados tambores siguiendo el ritmo de la canción.

Y así continuaron durante varias horas más, hasta que Akrog se levantó solemnemente de su asiento y, elevando su voz para poder ser oído en el bullicio general, dijo:

—¡Hermanos nerlingos, por favor, prestadme atención!

Tímidamente se fueron apagando los cánticos y cesaron los bailes hasta que finalmente se hizo un completo silencio. De nuevo Akrog tomó la palabra, bajando esta vez ligeramente el tono de su voz:

—Como intentaba deciros, hoy nos hemos reunido en nuestra capital, Lothikaton, para celebrar una vez más la Ceremonia del Tránsito. El honor y la responsabilidad de ser nuestro Rey recaerán en Torko, lacrag del clan bunko. Todos depositamos nuestra confianza en él y en los suyos para que rijan con rectitud y sabiduría los designios de nuestro pueblo durante los próximos tres años. Por favor, Torko, acércate.

Nada más oír las palabras de Akrog, Torko saltó como impulsado por un resorte de su silla y se aproximó velozmente al lugar donde se encontraba el lacrag alko sin poder disimular su impaciencia. Las manos de Torko temblaban, ansiando poseer el báculo de mando. Akrog se había percatado de la inquietud y el reprimido nerviosismo que Torko había tratado de ocultar durante todo el día, cuestión ésta que le ocasionaba una cierta preocupación. Pero él debía seguir adelante con la ceremonia y así lo hizo.

—Torko —dijo Akrog—, arrodíllate —y el bunko obedeció diligente cual vasallo ante la orden de su señor—. Yo, Akrog de los alkos, hijo de Agroken —comenzó con

voz grave y profunda—, te cedo a ti, Torko de los bunkos, el báculo de mando que nos fue entregado por los dioses, para que reines sobre el pueblo nerlingo, anteponiendo tus intereses y los de tu clan a los del conjunto de los cinco clanes. Busca siempre la paz sobre la guerra, el bien sobre el mal, la amistad sobre el sometimiento. Que estos principios guíen tu caminar durante estos tres próximos años.

Akrog finalizó su oratoria, hizo una pausa y continuó con la liturgia del tránsito, depositando suavemente el báculo en las manos que Torko le extendía. En ese momento, los ojos del bunko se encendieron y sus dedos se cerraron fuertemente sobre el báculo, como si hubiese finalmente obtenido un objeto largamente codiciado. Tras unos segundos en los que el silencio más absoluto se apoderó de la estancia, Torko se incorporó y, dirigiéndose a los allí presentes, dijo:

—Hermanos nerlingos, como todos sabéis, no es un fluido verbo lo que me distingue, por lo que seré breve en mi alocución. Presiento que este período de regencia bunka será glorioso y largamente recordado por nuestras hazañas en forma de canciones y loas como las que antes cantamos sobre la batalla de Bosque Verde. Acepto de buen grado ser vuestro Rey. Tomo este báculo para dirigiros y me encomiendo a Nerlinguia para que mis ojos vean a través de los suyos y guíe mis pasos por este nuevo camino que voy a recorrer. Y ahora, tomemos nuestros vasos y alcémoslos para brindar por el inicio de la regencia de los bunkos.

Una sensación de desasosiego se propagó rápidamente por la sala tras escuchar las breves pero inquietantes palabras de Torko. Hubo una leve vacilación, pero finalmente los invitados se decidieron a tomar sus vasos y brindaron, un brindis que resultó agrídulce para muchos. Akrog sintió como su mente se convulsionaba y ante sus ojos desfilaron recuerdos de batallas libradas por sus antepasados, tiempos de dolor y guerra, tiempos felizmente lejanos. Las palabras del bunko habían trastornado el sosegado devenir del pueblo nerlingo durante los últimos decenios.

Tras la Ceremonia del Tránsito, el ambiente festivo que antes había inundado la estancia se esfumó repentinamente. Los allí presentes se encontraban reunidos en corrillos en los que comentaban las palabras de Torko.

—Los bunkos siempre han sido ambiciosos y han anhelado alcanzar un mayor rango dentro de nuestro pueblo, pero creo que esta vez Torko está entrando en un peligroso terreno de arenas movedizas —dijo Dulba, el lacrag celko, mientras todos los que le escuchaban asintieron con la cabeza.

—Debemos permanecer en guardia —comentaba Guilemin, lacrag bilko, en otro de los improvisados corrillos.

—La razón te asiste, Guilemin —dijo Thuma, lacrag helko—. Debemos observar de cerca todos sus movimientos. No podemos permitir que sus aires de grandeza pongan en peligro a los demás nerlingos.

Torko, ajeno a estos comentarios, exhibía con orgullo el báculo de mando al resto de los bunkos.

Era ya bien entrada la tarde cuando los allí presentes comenzaron a despedirse de Torko y los de su clan.

—Os mantendré informados de todos los acontecimientos que ocurran —dijo Torko al resto de los lacrags.

—Confío en que no haya noticias relevantes que comunicar —respondió Dulba.

Torko le miró desafiante, pero ninguna otra palabra brotó de su boca. Dulba y los demás dieron media vuelta y se dirigieron hacia la salida. Sin más demora y apresurándose en dejar la ciudad, montaron en sus caballos y, con cierta nostalgia, abandonaron Lothikaton. Cuando la caravana salió del castillo, las puertas se cerraron ruidosamente detrás de ellos, mientras eran observados desde las almenas por los soldados bunkos. El grupo se dirigió por el camino que serpenteaba a través de la campiña hacia la encrucijada. El color verde de la hierba se tornaba progresivamente en un negro mate, mientras las últimas aves que revoloteaban en el cielo se dirigían a sus hogares en lo más profundo de las arboledas que circundaban Lothikaton. Al llegar a la encrucijada, los cuatro lacrags se separaron de sus respectivos grupos para despedirse.

—Tengo la impresión de que tus palabras no agradaron a Torko, mi querido Dulba —dijo Guilemin.

—Alguien debía poner freno a ese engreído bunko —contestó Dulba—, aunque lo verdaderamente preocupante fue lo que escuchamos en el interior del castillo.

—En verdad amigos, creo que deberíamos tener un especial cuidado con las maniobras que Torko y los suyos puedan llevar a cabo —dijo Akrog.

—Propongo que cada mes varios de nuestros hombres vigilen los alrededores de los burgos, e incluso la zona de las Montañas Nerlingas. Y sería conveniente establecer un contacto regular con el destacamento de Puente de Piedra —dijo Thuma.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Akrog y, girando la cabeza hacia Lothikaton, añadió—. No sabría definir el objeto de nuestra búsqueda, pero tengo el presentimiento que descubriremos algo que no será de nuestro agrado.

—Que tus palabras no sean un mal presagio, Akrog. Y ahora dirijámonos a nuestros hogares. Ha sido un día muy largo y mi espalda me dice a gritos que debo descansar. ¡Hasta pronto, mis queridos amigos! ¡Larga vida a Nerlinguia!

—¡Larga vida a Nerlinguia! —gritaron al unísono los demás contestando a los vítores de Guilemin.

Los cuatro clanes abandonaron la encrucijada dirigiéndose a sus respectivos burgos. La oscuridad del crepúsculo comenzaba a abrazar todos los rincones de Tierra Conocida. Las nubes que poblaban el cielo anunciaban una noche cerrada, sin estrellas ni luna que la adornasen. Akrog encabezaba el grupo que se dirigía a

Alkoburgo. Su semblante serio y su mirada perdida en el horizonte denotaban que se hallaba sumergido en profundos pensamientos. Desde varios kilómetros atrás Kiril se había percatado de ello, por lo que intensificó el trote de su caballo, colocándose al lado de su progenitor.

—¿Qué es lo que te preocupa, padre? ¿Acaso las palabras de Torko? Hablé con su hijo Droko y me dijo que no era más que otra de las bravuconadas que acostumbra a gastar su padre —dijo Kiril.

—Tú y Droko sois jóvenes y no conocéis hasta que punto el poder y la codicia pueden llegar a trastornar a un hombre. Temo que tras las palabras de Torko se esconda algo más grave, aunque aún no alcanzo a adivinar qué —respondió Akrog.

—Deberías dejar de lado tus preocupaciones —dijo Kiril—. Mañana tendremos que madrugar para ir al Bosque de Alkos en busca de madera. El invierno se acerca y parece que será largo y frío. Te aseguro que mañana, tras un reparador descanso y sin la responsabilidad de la regencia, verás todo desde una nueva perspectiva.

—Quizás tengas razón —le respondió escuetamente Akrog, quien espoleando a su caballo, puso en fila de a uno a la columna.

En el horizonte se adivinaba Alkoburgo, donde le esperaban su casa y la cama en la que desde hacía tres años no había descansado. Estos y otros recuerdos le reconfortaron e hicieron que se olvidase de Torko y de todo lo que había sucedido en la Ceremonia del Tránsito.

De ruedas, bosques y conspiraciones

Akrog y Kiril cruzaron el umbral de la cabaña que abandonaron tres años atrás para instalarse en Lothikaton. Se llevaron una grata sorpresa al descubrir que el resto del clan alko había adornado todo el interior de la misma con flores silvestres además de haberles preparado un succulento pastel en señal de bienvenida. Ambos cruzaron sus miradas y sonrieron.

—Creo que mañana por la mañana deberíamos acercarnos por casa del viejo Torilo a darle las gracias —dijo Kiril.

—Comparto plenamente tu opinión —respondió Akrog—. Incluso me atrevo a añadir que deberíamos compartir con él este sabroso pastel como desayuno. Pero ahora es tiempo de descansar. El viaje me ha fatigado y como bien dijiste mientras cabalgábamos, mañana debemos ir a recoger leña al bosque. Así pues, buenas noches, hijo mío.

—Buenas noches, padre —dijo Kiril.

Sin más demora entraron a sus dormitorios. Ambos miraron con deseo aquellas camas de madera cubiertas por pieles de oso que invitaban a tumbarse en ellas. Mientras Kiril cayó rápidamente dormido, Akrog no pudo conciliar el sueño a pesar de estar terriblemente fatigado. Aquella casa y en concreto aquella habitación le traían a la memoria infinidad de recuerdos, recuerdos de su añorada esposa que falleció tras el alumbramiento de Kiril. Recordaba las largas caminatas alrededor del Bosque de Alkos, los ratos que pasaban cultivando y recolectando los campos que lindaban con su cabaña, los paseos en barca por el Lago Argul y tantos otros momentos que ya nunca volverían. Una gran pena anidaba en su corazón por no haber visto crecer a su hijo Kiril al lado de su madre. Aunque él no cuestionaba su labor como padre, si entendía que nunca había podido llenar el vacío de cariño y comprensión que su madre le hubiera proporcionado. Y mientras Akrog permanecía sumergido en estas reflexiones, poco a poco el sueño fue apoderándose de él, hasta que finalmente cayó profundamente dormido.

Unos suaves rayos de luz penetraron por las ventanas de la cabaña acariciando delicadamente los párpados de Kiril, quien se encontraba postrado sobre la cama con los ojos cerrados perdidos en el techo de la estancia. Esbozó una sonrisa estimulado por esa agradable sensación, que finalmente se transformó en un profundo bostezo una vez despertó. No sin cierta dificultad se levantó y, acercándose a la ventana, observó que las negras nubes que la pasada noche cubrían el cielo habían desaparecido. El paisaje que desde allí se divisaba era el reflejo del esplendor del otoño nerlingo. Alkoburgo estaba situado en un pequeño alto, a modo de atalaya, desde el que podía divisarse el Lago Argul en toda su extensión; por el oeste el frondoso y extenso Bosque de Alkos, y al norte las majestuosas Montañas Nerlingas,

regios muros de roca que protegían a toda la nación.

Por las chimeneas de las cabañas de Alkoburgo asomaban unos finos hilos de humo blanco, prueba evidente que una nueva jornada había comenzado y, entretanto unos desavunaban, otros ya abandonaban sus hogares para dirigirse a cultivar las tierras.

Kiril permanecía ensimismado contemplando aquella bella estampa, cuando súbitamente los ruidosos pasos de su padre borraron de sus ojos aquella imagen.

—Apresúrate hijo, o en vez de desayunar el pastel con nuestro amigo Torilo, lo tendremos que comer como postre en la comida —dijo Akrog.

—Me has sobresaltado padre. Estaba absorto disfrutando del nuevo día —dijo Kiril.

—Pues despierta de una vez y acompáñame. Nos espera una larga jornada y debemos alimentarnos bien —le espetó Akrog.

—En un instante estaré preparado —respondió Kiril, y calzándose rápidamente las botas se dirigió en compañía de su padre a casa de Torilo.

Los dos nerlingos salieron de la casa y engancharon a su caballo de tiro *Tranco* a la vieja carreta en la que cargarían la leña. Kiril se agachó mirando con gesto de preocupación una de las ruedas.

—Creo que sería conveniente arreglar la rueda derecha. Parece que uno de los radios está a punto de partirse —dijo Kiril.

—Lo mismo dijiste hace tres años, pero tendrá que aguantar así un día más. Si nos detenemos a repararla nos demoraríamos demasiado. La leña escasea a estas alturas del año, por lo que no podemos retrasar la recogida —respondió Akrog.

—Está bien padre, pero no deberíamos cargar en exceso la carreta si queremos volver a casa antes de que anochezca.

—¿Es que acaso temes a las alimañas del bosque? —y carcajeándose Akrog azuzó a *Tranco* y comenzaron a caminar en dirección a la casa de Torilo.

Torilo era íntimo amigo de Akrog y padre de Maikel, quien más que un camarada, era como un hermano para Kiril. La amistad entre ambas familias se remontaba generaciones atrás, pero los lazos que las unían se estrecharon aún más hace treinta años, cuando Torilo salvó a Akrog de una muerte segura. Todo ocurrió mientras galopaban por las inmediaciones del Bosque de Alkos siguiendo las huellas de un grupo de venados. El caballo de Akrog se trastabilló al apoyar sus patas delanteras sobre una pequeña zanja oculta bajo la maleza, lo que hizo que el lacrag alko cayera de su caballo. Mientras aún se revolcaba dolorido en el suelo y sin tiempo para reaccionar, se encontró a merced de un enorme oso gris que merodeaba por aquellos lares. Al ver a su amigo en peligro, Torilo saltó desde su caballo sobre la espalda de la bestia y clavándole un cuchillo en el cuello acabó con el oso cuando ya se disponía a dar un zarpazo mortal al indefenso Akrog. La piel del animal adorna desde entonces la alcoba del lacrag nerlingo, arropándole en las frías noches de invierno.

Ambos amigos solían verse con frecuencia, ya fuera para hablar o para compartir

una succulenta comida. En definitiva aquello que iban a hacer esa mañana. Cuando se encontraban a unos veinte metros de la casa, la puerta se abrió, y en el umbral de la misma apareció un sonriente Torilo.

—Sabías que vendríamos a compartir contigo el pastel, viejo zorro —habló Akrog al tiempo que elevaba su brazo en señal de saludo.

—¡Por Nerlinguia, si yo mismo fui quien lo cocinó! —respondió Torilo—. Daros prisa, o se enfriara el caldo de jabalí que he preparado.

Alcrog y Kiril dejaron a *Tranco* y la carreta en el establo y pasaron al interior de la casa. Sobre la mesa había cuatro vasos de los que emanaba un delicioso aroma. Torilo tomó un cuchillo y cortó en cuatro trozos el pastel.

—Enseguida vendrá Maikel —dijo Torilo—. Acaba de ir a lavarse al lago y de paso traerá un poco de agua para los caballos.

—Intentaré convencerle para que nos acompañe... —y sin que Kiril pudiera terminar la frase Maikel la completó.

—... a recoger leña. ¿Es que tú solo no eres capaz de cargar un poco de madera seca en la carreta? —y mientras decía esto se acercó a Kiril y ambos se abrazaron.

—Ya basta de saludos, parecéis dos mujeres que no se hubieran visto en años. Mi estómago grazna como un cuervo hambriento y si no nos apresuramos, la única leña que encontraremos será la del establo de Torilo —dijo Akrog.

Kiril y Maikel se sentaron en torno a la mesa y rápidamente dieron cuenta del succulento desayuno. Durante el mismo Kiril le convenció para que los acompañase a cambio de realizar un pequeño concurso de tiro con arco después de la comida. Junto a su amigo Oyvind, ambos eran los mejores tiradores del clan y siempre que podían trataban de demostrar quien era el mejor. Fue por esto que Kiril regresó corriendo a casa a recoger su arco y su carcaj lleno de flechas. Durante ese lapso de tiempo, Akrog comentó a Torilo lo sucedido la víspera en Lothikaton con el clan bunko, ya que el padre de Maikel había regresado un día antes para preparar el retorno de Akrog y el resto del clan a Alkoburgo.

—Querido Akrog, yo también me siento turbado por las palabras de Torko —dijo Torilo—. Presiento que los años de sosiego tocan a su fin. El bunko siempre fue soberbio y altivo, sin embargo detrás de esas palabras hay algo más que soberbia. Creo que los jefes de los clanes hicisteis bien en planificar una vigilancia sobre los movimientos de Torko.

—Sinceramente deseo que al final todo sea una falsa alarma y un exceso de suspicacia por nuestra parte, pero o mucho me equivoco o los planes de Torko podrían asemejarse a los de cualquier jefe groning —dijo Akrog.

—Deberemos aguardar al desarrollo de los acontecimientos —respondió Torilo.

En ese momento apareció Maikel con su carcaj a la espalda y el arco en su mano. Parecía un auténtico guerrero, ya que siempre gustaba de vestir unas botas muy altas y cinturón de campaña, con un puñal en su parte derecha. Su gran altura y complexión hacían el resto.

—Ya regresa Kiril. Creo que es hora de partir hacia el Bosque de Alkos —dijo Maikel.

—Tu hijo tiene razón, Torilo. Una vez más agradezco tu desinteresada hospitalidad. Estaremos de vuelta antes del anochecer, así que deséanos un buen día.

—Por supuesto, mi amigo Akrog. Ve y que Nerlinguia te acompañe. Y cuida de mi hijo —añadió Torilo.

—Él bien sabe cuidarse por si solo. ¿Es que no te has percatado que podría alzar tu orondo cuerpo con una sola mano? —dijo Akrog, y todo rieron.

Akrog y Maikel abandonaron la casa, dirigiéndose al establo donde les esperaba Kiril. Los dos jóvenes nerlingos montaron en la parte trasera de la carreta y Akrog condujo a *Tranco*. Poco a poco fueron alejándose de Alkoburgo bajo la atenta mirada de Torilo.

El camino hacia el Bosque de Alkos no era muy largo pero sí fatigoso. El primer tramo de unos cuatro kilómetros tenía una ligera pendiente que veía incrementada su dureza por el gran número de piedras que la jalonaban, por lo que Kiril y Maikel debieron bajar de la carreta para empujarla, ya que en algunos momentos el pobre *Tranco* no podía con ella. Una vez se suavizó la pendiente, ambos subieron de nuevo en la carreta, por lo que para el caballo la cuesta se empinó nuevamente. *Tranco* sabía que como todos los años debía subir al bosque, y que si duro era el ascenso por aquel pedregal, aún peor sería el camino de regreso a casa con más de cien kilos de leña sobre la carreta y un amo inquieto que le azuzaría para llegar a Alkoburgo antes que la noche cubriese hasta el último rincón de Tierra Conocida.

La última parte del camino era totalmente llana, una vez que superaron el desnivel de terreno existente entre Alkoburgo y la pequeña colina desde la que se divisaba el bosque. Las piedras dieron paso a la verde hierba que poco a poco crecía en altura, hasta que junto a los arbustos y zarzales el paisaje tornaba a una pequeña selva a modo de antesala de la hermosa floresta que se erguía frente a ellos. El bosque era una gran concentración de robles y hayas, tal que apenas el sol podía penetrar en su interior, creando un extraño ambiente sombrío pero diáfano a la vez. Por doquier podían oírse los canturreos de los pájaros que anidaban en las copas de los árboles. Escasas eran las alimañas que moraban en el bosque, ya que a excepción de una familia de osos que solía ser vista por sus lindes, hacía años que nadie había tenido un desagradable encuentro con ningún otro animal salvaje.

Debido a la frondosidad y escasez de luz era fácil perderse en él. Todos los alkos recordaban con mofa como una partida de orgullosos bunkos permanecieron caminando en círculo dentro del bosque durante dos días sin encontrar una salida. Ésa era una situación por la que ellos, grandes conocedores del bosque, nunca pasarían. Además de recordar cada uno de sus árboles, arbustos y helechales, siempre tenían preparados varios escondites secretos en caso de necesidad apremiante en la que su

vida corriese peligro, o simplemente para ocultarse de su mejor amigo y darle un buen susto. Ése había sido el caso de Kiril y Maikel, quienes muchas veces habían tenido como compañeros de juegos a su buen amigo Thelmor o a los gemelos Oyvind e Ingvar.

Cuando parecía que aquel amasijo de zarzas y arbustos se tornaba impenetrable, repentinamente se abrió un claro que daba paso a un estrecho sendero que conducía al interior del bosque. Akrog dio orden a los dos jóvenes de descender del carro y continuar a pie. Una vez que se hubieron internado unos trescientos metros en el bosque, Akrog detuvo al grupo.

—Éste será un buen lugar para dejar la carreta y que *Tranco* descanse —dijo—. Esas dos grandes piedras nos servirán de asiento a la hora de la comida.

—Y aquel árbol seco será un perfecto blanco para nuestro concurso de tiro con arco —dijo Kiril.

—Siempre y cuando os hayáis ganado la comida recogiendo leña, pues veo que preferís el divertimento a cumplir con vuestras obligaciones —contestó Akrog.

—No se preocupe lacrag —dijo Maikel—, superaremos con creces sus expectativas.

—Permitidme que lo compruebe antes de la comida. Y ahora pongámonos a trabajar —dijo Akrog—. Recordad siempre que está prohibido cortar un árbol sano entero; solamente recogeremos ramas caídas o troncos partidos por algún rayo, y en caso de no encontrar la suficiente leña podrá talarse una rama principal por árbol. Tened presente mis queridos jóvenes las leyes de Nerlinguia: “La naturaleza vive junto y en nosotros. Si ella muere, nosotros morimos. Si una parte de ella muere, pero se regenera, nuestro pueblo tendrá una larga y duradera descendencia; parte de sus miembros morirán, pero otros nuevos llevarán la sangre de la madre Nerlinguia en sus venas, como las nuevas ramas del árbol sienten la savia de la vida” —finalizó Akrog solemnemente.

Todos permanecieron en silencio durante unos instantes, pensativos, reflexionando sobre las palabras pronunciadas por Akrog y tratando de imaginar la belleza, sabiduría y majestuosidad de Nerlinguia, la madre de su pueblo. La calma fue rota por el canto de algunos jilgueros, por lo que nuevamente el grupo se movilizó. Los dos jóvenes tomaron sus hachas y comenzaron a recoger y cortar los restos de madera caídos que iban encontrando por el bosque. Siguiendo escrupulosamente las leyes nerlingas, no talaron un solo árbol por su tronco, y solamente se atrevieron a cortar ramas de aquellos árboles que eran más viejos.

Akrog no podía seguir el ritmo de Kiril y Maikel, pero se afanaba en conseguir la mayor cantidad de leña posible. No se alejaron en exceso de la carreta, ya que aunque poco probable, el pobre *Tranco* podría sufrir el ataque de algún animal del bosque que vagabundease por allí en busca de comida.

A pesar de que el día era soleado, debido a la imponente frondosidad del bosque, pocos eran los rayos de luz que podían penetrar entre las ramas, siendo la zona donde

ellos se encontraban, casi en el linde del bosque con el valle, una de las más claras y luminosas. Pasaron cerca de tres horas recogiendo, cortando y acarreado leña a la carreta bajo la atenta mirada de *Tranco* que descansaba plácidamente. Lentamente el voraz apetito que se iba despertando en Kiril y Maikel hizo que se acrecentase el número de visitas a un zurrón que colgaba de la carreta, para tomar unos trozos de pan y queso.

—Valientes leñadores, os comportáis como dos ardillas hambrientas —dijo Akrog entre enfadado y burlón—. Está bien, creo que ya es hora de comer, y habéis ganado justamente el derecho a llenar vuestros estómagos. Os felicito, habéis trabajado duro.

—Gracias —contestaron al unísono los dos jóvenes.

Y sin mediar otra palabra, los tres leñadores se sentaron sobre las grandes piedras y, hambrientos por el esfuerzo realizado, comenzaron a devorar la comida. La carreta presentaba un buen aspecto, prácticamente llena de leña, por lo que una hora más de recogida sería suficiente. Kiril y Maikel estaban contentos, pues con la felicitación que Akrog les había dispensado, aprobaba veladamente su torneo de tiro con arco, que era lo que verdaderamente ansiaban ambos jóvenes.

Tras dar el último bocado a su manzana, tomando su arco y su carcaj, Maikel se incorporó de un salto y dijo:

—Yo, Maikel de la familia Borjulug, hijo de Torilo, reto al futuro lacrag de los alkos, a derribar la hoja que cuelga de la tercera rama del árbol seco.

Akrog y Kiril rieron, aunque el jefe del clan alko se sintió orgulloso al oír como Maikel reconocía a su hijo como futuro lacrag del clan.

—Acepto gustoso tu reto, hijo de Torilo. Tus ojos verán cómo traspaso con mi flecha esa hoja cual sucio groning —respondió Kiril.

—No se hable más, pues yo seré el juez del torneo —añadió Akrog—. Lanzaréis vuestras flechas desde cincuenta pasos, comenzando por el retado y finalizando por el retador.

Ambos asintieron con sus cabezas y se dirigieron hacia el árbol. Una vez llegaron a él observaron la hoja seca y, girando sobre sí mismos, comenzaron la cuenta: uno, dos, tres, cuatro, cinco y así hasta los cincuenta pasos establecidos. Dieron un nuevo giro y encararon el viejo árbol. Kiril sería el primero en lanzar la flecha. Tomó una de las muchas que llevaba en su carcaj, la apoyó sobre el arco, tensó suave pero firmemente la cuerda, apuntó a la hoja conteniendo la respiración durante unos segundos y disparó. La flecha partió en dos la hoja arrancándola del árbol, clavándose cuatro robles más adelante.

—¡Increíble! ¡Imposible superar eso! —exclamó Kiril orgulloso de su certero disparo.

—Tus palabras suenan a bravuconada de bunko. Verás ahora disparar al mejor arquero que haya pisado el Bosque de Alkos. Lacrag, le ruego fije un nuevo blanco para demostrar a su hijo quien es el mejor tirador —espetó Maikel a Akrog.

—De acuerdo, mi querido Maikel —dijo—. ¿Ves a tu derecha aquel árbol con un

pequeño agujero en la mitad del tronco? Pues bien, prueba si eres capaz de introducir tu flecha en él.

—Veo que estás acostumbrado a elegir blancos muy fáciles para tu hijo —se burló Maikel—. Prestad ahora atención.

Maikel tomó una flecha y armó su brazo con el arco. Hizo una pausa mientras contenía la respiración y disparó. La cuerda silbó y la flecha se incrustó exactamente en el centro del agujero.

—¿Qué decía yo? ¿Quién es el mejor arquero de toda la nación nerlinga? —gritó Maikel.

Y de esta manera, gradualmente los blancos iban aumentando en dificultad, pero los dos jóvenes no fallaban, por lo que a cada nuevo logro se envalentonaban más y más. Fue entonces cuando Akrog decidió que los jóvenes se tapasen los ojos con un pañuelo. Él se colocaría a cincuenta pasos blandiendo una rama, la cual los jóvenes deberían ensartar. Primero lo intentó Kiril, errando el tiro cerca de diez metros. A continuación Maikel hizo lo propio, clavando la flecha cerca del lugar donde *Tranco* contemplaba con nerviosismo el cariz que tomaban los acontecimientos, que podían llegar a convertirlo en la cena de esa noche. Fue entonces cuando Akrog decidió declarar nulo el torneo no sin antes añadir:

—Ambos queréis saber quién es el mejor arquero y yo os lo voy a mostrar. Dame ese pañuelo, Maikel —y tomándolo de la mano del hijo de Torilo, Akrog se lo colocó alrededor de su cabeza cegando completamente sus azules ojos y pidió un arco y una flecha—. Ahora, Kiril, coge la rama y colócate donde tú quieras agitándola suavemente.

Ambos jóvenes se miraron entre extrañados e incrédulos, a la vez que sonreían burlonamente ante el atrevimiento de Akrog. Kiril se alejó y, una vez que hubo contado los cincuenta pasos, comenzó a moverse lentamente en círculo a la vez que agitaba la rama con su brazo derecho. Akrog tensó el arco y permaneció inmóvil. Maikel lo observaba atentamente, cuando súbitamente el lacrag alko giró dos pasos a su izquierda y disparó la flecha. Su arco cantó y la saeta rompió en dos la rama que Kiril portaba en su mano. Kiril cayó al suelo de rodillas, asustado, su corazón a punto de estallar por la violencia de sus palpitaciones, mientras Maikel permanecía inmóvil, perplejo ante la proeza que había contemplado.

—¿Pero cómo...? —fueron las primeras palabras que Maikel pudo pronunciar.

—Simplemente transformé el sentido de la vista en una percepción diferente, en la presencia —explicó Akrog—. Por supuesto esto es mucho más sencillo y se realiza con mayor precisión si la persona que lo intenta no pierde el tiempo fanfarroneando sobre sus supuestas destrezas y habilidades —y rompió a reír.

Los dos jóvenes se sintieron humillados por el viejo nerlingo, pero aprendieron aquella lección para el resto de sus días.

—Una vez que ha quedado claro el nombre del mejor arquero de toda Tierra Conocida, continuemos recogiendo leña. Hemos llenado aproximadamente las dos

terceras partes del carro, pero no habrá que demorarse, pues dentro de unas horas el sol se ocultará. Así pues, apresurémonos —dijo Akrog.

Rejuvenecido por su victoria en el improvisado concurso de tiro con arco, Akrog cargaba la leña a un ritmo igual o incluso superior al de los jóvenes nerlingos, lo que hizo que la recogida finalizase antes de lo previsto, por lo que aprovecharon para merendar los restos de alimentos que habían sobrado de la comida. Comenzaba a atardecer cuando el grupo inició feliz su marcha hacia Alkoburgo, al contrario que el caballo, para el cual la vuelta a casa era una auténtica odisea por aquellos empinados caminos pedregosos llenos de hierbajos y arbustos. Cuando el grupo se encontraba en los lindes del bosque, y como si Nerlinguia hubiera escuchado las plegarias de *Tranco*, una de las ruedas de la carreta se hundió en un pequeño bache y un penetrante crujido desató los peores presagios.

—¡Maldición! —dijo Kiril mientras saltaba del carro—. ¡La rueda derecha se ha partido! Ya te advertí padre que no aguantaría tanto peso.

Akrog farfulló un irnproperio ininteligible. Maikel descendía ahora del carro. Los tres observaron el estado en el que había quedado la rueda. Uno de los radios se había partido y la sujeción al eje estaba agrietada.

—La reparación no será sencilla, pero podemos intentarlo. El problema es que debemos descargar toda la leña de la carreta —comentó Maikel.

—Está bien, pero tenemos que darnos prisa, porque hace rato que comenzó a atardecer y no tardará en caer la noche. Si no lo conseguimos dejaremos aquí la leña y mañana por la mañana la recogeremos, pues no me agradaría ser la cena de algún oso errante —dijo Akrog, mientras recordaba el desagradable encuentro con aquel gran oso pardo.

—De acuerdo, pongámonos a trabajar —dijo Kiril.

Mientras Kiril y Maikel descargaban la leña, Akrog desató a *Tranco* de la carreta. Cuando se disponían a reparar la rueda con la carreta ya vacía, oyeron sonidos de cascos de caballos que se aproximaban. Maikel se acercó hacia la zona del camino en la que terminaba el claro. Rápidamente volvió sobre sus pasos agitando sus brazos energicamente, haciendo entender a Kiril y Akrog que debían esconderse. Cuando llegó donde padre e hijo se encontraban les comunicó lo que acababa de ver.

—Una partida de bunkos a caballo, unos quince..., todos armados y con ropajes de guerra..., se dirigen hacia aquí —habló Maikel jadeante.

—Padre deberíamos ocultarnos. Nada bueno traerá a los bunkos a las tierras de nuestro clan —dijo Kiril.

—Cierto es, más aún teniendo en cuenta las palabras que ayer pronunció su lacrag. Pero no nos apresuremos en juzgar los acontecimientos —respondió Akrog en un tono más conciliador—. Por precaución bien haremos en ocultarnos en esta ocasión. Cojamos a *Tranco* escondámonos en el bosque. Así averiguaremos qué es lo

que se proponen o hacia dónde se dirigen. Apresuraos, los jinetes se acercan. Guardad silencio.

Los tres alkos y su caballo penetraron en el bosque, desapareciendo sin dejar rastro, no en vano lo conocían a la perfección. Se ocultaron sin necesidad de adentrarse demasiado, ya que su objetivo además de no ser descubiertos era observar los movimientos de los soldados.

Al cabo de aproximadamente un minuto los bunkos irrumpieron en el claro que servía de antesala al Bosque de Alkos. Eran diez soldados, no quince como Maikel había creído ver, ataviados con ropas de guerra cotas de malla y yelmos negros, color representativo del clan. Nueve de ellos portaban largas lanzas y redondos escudos adornados con un cuerno en el medio, además de espadas enfundadas en la cintura. El que parecía el jefe de la partida, llevaba una gran espada y una capa negra que colgaba de su espalda. Ninguno de ellos llevaba arcos no en vano esa disciplina era dominada por el clan alko, no así por los bunkos quienes siempre habían destacado en combate por sus lanceros a caballo. Al entrar en el claro, el grupo disminuyó su galope, reduciéndolo hasta un suave trote. El jefe del grupo se detuvo repentinamente a la vez que parecía fijar su mirada en un punto.

—¡Maldita sea! ¡Han descubierto la carreta! —susurró Akrog amparado tras las sombras del bosque.

El grupo de lanceros se dirigió hacia el lugar donde los alkos la habían abandonado. El jefe bajó de su caballo y se acercó a ella. La observó y vio la rueda rota, así como la leña apilada a unos metros de distancia.

—Algún aldeano del clan alko vino a por leña y rompió la rueda de su carreta. Este radio estaba carcomido. A nadie más que a un idiota se le ocurriría cargar madera en una carreta en este estado —dijo el jefe bunko.

Akrog enrojeció de furia al oír aquellas palabras. Un bunko le había llamado aldeano e idiota, a él, el lacrag del clan alko y hasta ayer Rey de todos los nerlingos. Parecía que su amor propio le iba a traicionar cuando Kiril le sujetó con su brazo y colocando el dedo índice sobre la boca le pidió que mantuviese la calma y guardase silencio. Mientras, Maikel sujetaba con sus dos manos la boca de *Tranco* para evitar que cualquier relincho del caballo pudiera delatar su presencia.

—Probablemente haya vuelto a Alkoburgo —continuó el bunko—, pero no podemos poner en peligro la misión que se nos ha encomendado. Que cinco de vosotros revisen los lindes del bosque en dirección sur. El resto vendrá conmigo para comprobarlo en dirección norte. Si encontráis a alguien merodeando por los alrededores no dudéis en matarlo. Nos encontraremos en el paso de las Montañas Nerlingas. Y no os demoréis; no admitiré retrasos en nuestra cita dentro de una luna en el Río Grazemberg. ¡Adelante!

Grave y seca retumbó en el bosque la exclamación del jefe bunko, mientras un sudor frío recorría el cuerpo de los tres alkos. Permanecieron inmóviles en su escondite, hasta que el grupo se alejó. Pasaron todavía unos minutos hasta que Akrog,

Kiril y Maikel abandonaron su refugio. Una sensación de miedo y excitación invadía a los dos jóvenes. Akrog, más sereno, reflexionó en voz alta.

—Mis peores presagios se han hecho realidad. No ha pasado ni un solo día y los bunkos se hallan en pie de guerra. Pero me pregunto, ¿contra quién? ¿Contra sus propios hermanos? —Akrog se detuvo unos instantes, pero ninguno de los dos jóvenes se atrevió a decir nada—. Y algo que turba aún más mis pensamientos —continuó—. ¿A qué se debe esa premura? ¿Qué objeto tiene esa cita en las orillas del Río Grazemberg? ¿Con quién se reunirán? No alcanzo a comprenderlo, esa parte de Jactinia..., allí sólo merodean...

—Gronings —dijo Kiril, atreviéndose a romper el monólogo de Akrog.

—Tienes razón hijo mío, pero no imagino por qué los bunkos querrían hablar con los gronings. Ellos son los enemigos de la nación nerlinga..., no puede ser, no entra dentro de lo razonable.

—Yo no pienso que los bunkos vayan a reunirse con los gronings, pero si está claro que nada bueno traman. Esas cotas de malla en tiempo de paz no son un buen augurio —respondió Maikel.

—Sabias son tus palabras, Maikel —dijo Akrog mientras su mirada se perdía en dirección a las Montañas Nerlingas—. Lo que ahora debemos hacer es dirigirnos a Alkoburgo tan rápido como podamos y convocar en consejo a nuestros hermanos bilkos, helkos y celkos, y una vez tomada una resolución, cabalgar al amanecer hacia Lothikaton en busca de Torko. Ese bribón deberá aclarar muchas cosas.

Sin mediar otra palabra, los tres nerlingos y su caballo se dirigieron apresuradamente hacia Alkoburgo. El corazón de Akrog pareció envejecer repentinamente. Se sentía viejo y cansado. Las imágenes que habían asaltado su mente la pasada luna, cuando cabalgaba de vuelta a su hogar, volvían a repetirse. Sangrientas batallas que habían librado sus antepasados pasaban veloces ante sus ojos. Él, que tanto había luchado y que solamente anhelaba la paz y la tranquilidad en los últimos días de su larga vida, no se sentía con fuerzas para entrar en una nueva época de guerra y dolor. Giró su cabeza hacia el Bosque de Alkos, y allí vio su vieja carreta rota, vacía y abandonada, la leña esparcida por el suelo, baldío el esfuerzo de aquel día. Y pensó en la nación nerlinga, y en lo duro que fue el éxodo de la Primera Tierra, y en los años de guerras gronings hasta su definitivo establecimiento al amparo del Lago Argul. Y pensó cuán fácil podría destruirse todo aquello por la sed de poder de un solo hombre. Y mientras cuatro seres continuaban su desenfadada carrera hacia Alkoburgo, allí permanecía inmóvil la vieja carreta, en la frontera del bosque y el valle, como presagio de tiempos de fractura y destrucción.

El consejo de los Lacrags

Era medianoche cuando Akrog, Kiril y Maikel llegaron a Alkoburgo. La ciudad dormía bajo la protección del cielo estrellado. El silencio era tan profundo que podían oírse los latidos de sus acelerados corazones.

—Dirijámonos a ver a tu padre —le dijo Akrog a Maikel—. Es mejor no turbar las almas que duermen; mañana la noticia correrá como un venado huyendo de los lobos.

Dejaron a *Tranco* atado a los maderos de un granero que encontraron a su paso y caminaron presurosamente a casa de Torilo. Una vez allí, despertaron al pobre infeliz de sus placenteros sueños y le contaron todo lo que había acontecido desde que la rueda de la carreta se quebró. Torilo, entre somnoliento y aturdido, no daba crédito a lo que escuchaba.

Cuando Akrog terminó el acelerado relato, decidió informar de todo lo acontecido a Thuma, Dulba y Guilemin. Como ellos estaban fatigados por la marcha y Torilo hacía años que ya no montaba a caballo, resolvieron llamar a Thelmor y a los gemelos Oyvind e Ingvar. Les encomendarían la misión de avisar a los jefes de los clanes bilko, helko y celko y de hacerlos venir a Alkoburgo. Kiril fue en busca de su amigo Thelmor, mientras Maikel corría a casa de Oyvind y su hermano Ingvar. Antes de que Akrog y Torilo terminaran su conversación, Kiril y Maikel estaban de regreso con los tres mensajeros.

—Os agradezco la premura con la que habéis acudido a mi llamada —les dijo Akrog—. En estos momentos no puedo detallaros lo que está ocurriendo, pero necesito que cabalguéis tan rápido como jamás lo hayáis hecho en busca de los lacrags bilko, celko y helko para comunicarles que Akrog les convoca con urgencia a una reunión en Alkoburgo. Tú, Oyvind, deberás dirigirte a Bilkoburgo y volver con Guilemin; tú, Ingvar, regresarás con Dulba; y tú Thelmor, apresúrate y trae contigo a Thuma.

Los tres jóvenes asintieron con la cabeza sin pronunciar palabra alguna. Se encontraban confusos al oír las palabras de Akrog a la vez que asustados por las entrecortadas explicaciones que habían escuchado de boca de Kiril y Maikel. Akrog separó sus ropajes y de entre ellos tomó tres medallones. Eran tres representaciones del Kolkar, la enseña alka forjada en hierro. Se componía de un círculo central al que se unían otros cuatro más pequeños, teniendo cada uno de ellos un grabado en su interior. En el central aparecían unas runas que componían la palabra Alkhor, el nombre del fundador del clan, uno de los Primeros Nacidos. En los otros cuatro círculos se encontraban grabados el sol, una luna en cuarto creciente, unas olas representando el mar y tres árboles. En el reverso del gran círculo, nuevamente escrito con runas podía leerse la siguiente inscripción en el idioma de sus antepasados:

*Diosa Nerlinguia, venerada madre de los Primeros Nacidos,
guíanos a través de montañas y bosques, de ríos y mares
en días soleados y en noches plenilúnicas y estrelladas,
en días nublados y en noches oscuras y sin luna.
Cinco clanes, una nación, una ciudad y una diosa.*

El Kolkar original de cada clan se hallaba enterrado en cada una de las cinco ciudades bajo las estatuas de la diosa Nerlinguia a las que adoraban. Simbolizaba una ofrenda a la tierra del hombre que la habita, la cual le había sido entregada por su diosa para cuidarla y cultivarla.

—Tomad cada uno de vosotros la enseña del clan de los alkos —dijo Akrog a los tres mensajeros—. Así los lacrags sabrán que no se trata de una broma pesada. Y ahora id con Nerlinguia, y cabalgad más rápido que el viento —terminó Akrog con solemnidad mientras les entregaba las enseñas.

Sin más dilación, los tres jóvenes salieron de la casa y, montando a lomos de sus caballos, abandonaron entre las sombras de la noche la ciudad de Alkoburgo.

La espera se alargó como si hubieran transcurrido varias lunas. La noche era estrellada y fría, pues el otoño se había instalado en Jactinia varias semanas atrás. A pesar de ello, Akrog contemplaba el cielo desde la puerta de la cabaña, buscando respuestas en aquel mar de diminutas luces que se agolpaban en torno a la luna. Kiril y Maikel hablaban entre susurros, sin poder explicarse todavía qué era lo que estaba ocurriendo. Mientras, Torilo cabeceaba, soñando casi despierto con un succulento asado de ciervo.

Avanzaba la madrugada, y el silencio de la noche traspasaba sus oídos, jugueteando al tiempo con sus languidecientes ojos. La tensa calma fue repentinamente rota por un ruido de caballos en la lejanía. En unos minutos llegaron Oyvind y Guilemin desde Bilkoburgo, la ciudad más cercana a Alkoburgo. No tuvieron que esperar mucho más para que aparecieran Thelmor y Thuma e Ingvar y Dulba.

—Viejo loco —dijo Dulba, el último en llegar—, espero que tengas motivos importantes para despertarnos en mitad de la noche y traernos casi arrastras hasta tu cabaña. Tu emisario se apareció como un búho en la noche, pero el sonido con el que batían sus alas no fue presagio de buenas nuevas —finalizó el lacrag celko.

—Pasad mis queridos amigos, pues no son gratas las noticias que os he de contar. Pasad y acomodaos —dijo Akrog.

Todos entraron en la casa. Thelmor, Ingvar, Oyvind, Maikel y Kiril se quedaron en un rincón, mientras los demás se sentaron en torno a la mesa principal.

—Despierta Torilo, viejo dormilón. ¿Es que lo único que sabes hacer es comer y dormir? —dijo Guilemin.

Torilo despertó de su frágil sueño y todos rieron. Se saludaron y al instante Akrog comenzó a relatarles los acontecimientos ocurridos en el umbral del Bosque de Alkos. Ésas fueron las últimas carcajadas que se oyeron aquella noche.

Una vez que todos estuvieron al corriente de lo que había sucedido, comenzaron a preguntarse qué motivos tendrían los bunkos para vestir ropajes de guerra, así como el significado de las órdenes de dirigirse al Río Grazemberg en el límite sur de los territorios groning.

—Solamente hay dos posibles explicaciones para tan extraño comportamiento —dijo Guilemin—. La primera es que el estúpido de Torko y sus aires de grandeza le lleven a provocar a los gronings con alguna escaramuza para entrar en guerra con ellos. De esa forma, el ejército nerlingo, liderado por su grandioso Rey les derrotará y sus hazañas serán recordadas en loas y canciones por todos los tiempos venideros. La segunda es que sea aún más estúpido si cabe y entre en tratos con los gronings, para de alguna manera conseguir mayor poder que el que le otorga el cargo de regente nerlingo.

—Nadie que entre en tratos con Zornik podrá salir indemne, sin perder su alma o su vida —respondió Dulba.

—Y si lo que pretende Torko es la guerra con los gronings —continuó Thuma—, quizá se encuentre solo para defenderse de tan peligroso enemigo.

—Sea lo que sea lo que pretenda el bunko, debemos apresurarnos y recuperar la iniciativa perdida, pues quizá dentro de diez lunas sea demasiado tarde para remediar lo inevitable —dijo Akrog—. Propongo que al amanecer nos dirijamos a Lothikaton y convoquemos el Consejo de los Lacrags, donde Torko deberá detallarnos todos sus planes y cuál es el fin último al que obedecen los movimientos de sus soldados.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —contestó Guilemin.

—¡Y yo! —respondieron al unísono Dulba y Thuma.

—Qué así sea entonces. Y ahora, descansemos, pues la noche se acaba y mañana nos espera una dura jornada que quizá cambie el futuro de nuestro pueblo —sentenció Akrog—. Gracias a vosotros, mis jóvenes amigos —dijo ahora dirigiéndose a los tres improvisados emisarios—. Nunca olvidaré lo que habéis hecho esta noche. Os dispense, pues también vosotros debéis dormir.

Ellos asintieron con la cabeza y, esbozando una leve sonrisa de satisfacción, se despidieron de los allí presentes. Los demás buscaron acomodo en sillas, camas e incluso en el suelo. Para cuando ya todos habían conseguido instalarse de una u otra forma, Torilo roncaba como un jabalí comiendo bellotas.

—Despierta, Guilemin. Y tú también, Thuma. Y todos los demás, vamos levantaros —dijo Akrog.

Comenzaba a amanecer y una brillante luz emergía tras las Montañas Nerlingas, dibujando con perfecta nitidez el perfil de sus puntiagudos picos.

—Si no fueses tú, ya estarías ensartado en mi espada. ¡Maldita sea!, nadie se atreve a perturbar mis sueños dos veces en la misma noche sin recibir su merecido — se despezó refunfuñando Thuma.

—Vamos, Torilo, regresa al mundo de los conscientes —bromeó Akrog, mientras el pobre Torilo apenas podía mantener los dos ojos abiertos al mismo tiempo.

Kiril y Maikel fueron los primeros en levantarse y comenzaron a preparar el desayuno. Torilo, quien luchaba por despezarse, fue a dar de comer a los caballos y prepararlos para la cabalgada hacia Lothikaton. Los demás se colocaban sus botas a la vez que trataban de aclarar sus ideas, sumergiendo las cabezas en la cristalina y helada agua robada el día anterior al Lago Argul.

Todos devoraron el desayuno, bien por estar hambrientos bien por las ganas de partir lo más velozmente posible hacia Lothikaton. Maikel y Kiril se despidieron de los lacrags deseándoles la mayor de las venturas en su encuentro con Torko. Ellos debían regresar al Bosque de Alkos a recoger la leña que dejaron allí, además de reparar la rueda derecha de su carreta. Por lo que pudiera pasar, los dos jóvenes portaban sus carcajs llenos de flechas y sus espadas colgando del cinturón.

—Evitad cualquier lucha con los bunkos si aparecen de nuevo merodeando por el bosque —dijo Akrog—. Primero debemos cerciorarnos qué es lo que está ocurriendo. Sólo entrad en combate si realmente corre peligro vuestra vida.

—Así lo haremos. Pero como bien sabes, nadie conoce el bosque mejor que nosotros, por lo que si avistamos algún bunko correremos a ocultarnos en él — respondió Kiril.

—¡Que Nerlinguia os acompañe! —dijo Akrog.

—¡Y a vosotros, señores lacrags! —respondieron Kiril y Maikel.

Y dicho esto, los dos jóvenes se dirigieron al granero donde *Tranco* había pasado la noche. Imitando a los jóvenes nerlingos, los cuatro lacrags ensillaron a sus caballos y abandonaron Alkoburgo al galope.

Como una estampa robada al pasado, los lacrags cabalgaban velozmente bordeando el Lago Argul. Sus blancos cabellos peinados por el viento y su encorvada espalda formando una única figura con su montura. Pedazos de tierra y hierba saltaban detrás de ellos, arrancados del suelo por el poderoso galope de los caballos. El sol comenzaba a elevarse y sus rayos golpeaban los azules ojos de los jinetes. Entretanto, una bandada de patos salvajes se posaba en las frías y tranquilas aguas del lago.

El grupo avanzaba a gran velocidad. Ya habían dejado atrás Bilkoburgo y avistaban en el horizonte Helkoburgo. Paulatinamente aumentaron el galope de sus caballos, mientras éstos resoplaban con sus corazones palpitando fuertemente, bombeando la sangre que alimentaba los músculos de sus potentes patas. Unos kilómetros antes de llegar a la capital helka, tomaron un desvío campo a través para

atajar su marcha hacia Lothikaton. Apenas diez kilómetros los separaban de la capital, cuando advirtieron a lo lejos una partida de hombres a caballo. Akrog, que iba en cabeza del grupo, levantó su mano derecha y detuvo a su corcel. Los cuatro lacrags se hicieron a un lado ocultándose entre un grupo de frondosos árboles. A unos quinientos metros una patrulla de jinetes armados con lanzas, cruzaban perpendicularmente a la dirección que ellos seguían.

—Lanceros bunkos nuevamente —dijo Akrog.

—En verdad parece que entre ellos y tú, mi amigo Akrog, hay una fuerte atracción —respondió bromeando Thuma.

—Juraría que patrullan en círculo alrededor de Lothikaton —respondió Guilemin.

—Y probablemente no sea el único grupo. Puede que esperen una visita, pero no del todo amigable —dijo Dulba.

Los lanceros pasaron sin percatarse de la presencia de los lacrags y continuaron la vigilancia en dirección noreste, bordeando Lothikaton hacia Celkoburgo.

—Reanudemos la marcha —dijo Akrog—. Nuevas preguntas me asaltan y estoy impaciente por oír las respuestas de Torko. ¡Adelante! —y espoleando a su caballo, Akrog abandonó el cobijo del pequeño bosquecillo y como una flecha se dirigió hacia la capital nerlinga seguido por sus compañeros de viaje.

Tras subir un pequeño desnivel y bordear otra arboleda, descendieron para volver a trepar, llegando por fin a divisar las primeras cabañas que se esparcían en derredor de Lothikaton. Al fondo, majestuoso, les daba la bienvenida el Lago Argul, cuyas azules aguas comenzaban a adornarse de centelleantes reflejos plateados. El grupo redujo ligeramente su ritmo para no levantar demasiado revuelo entre las gentes del clan bunko que ahora habitaban aquellas cabañas.

Cuando se encontraban a unos quinientos metros del castillo, se oyeron los primeros gritos de los vigías apostados en las almenas.

—¡Atención! ¡Un grupo de cuatro hombres a caballo se acerca!

Apenas unos segundos después, las puertas del castillo comenzaron a elevarse y, del interior del mismo, al igual que un oso sale de su caverna cuando alguien perturba su placentero sueño, surgieron diez hombres armados con lanzas, que al galope se dirigieron al encuentro de los lacrags. Cuando se encontraron a una distancia en la que pudieron distinguir con nitidez al grupo, se percataron que se trataba de los jefes de los otros clanes, por lo que bajaron sus armas y depusieron el gesto amenazante con el que se habían aproximado.

—¡Saludos, amigos lacrags! ¿Cuál es el motivo por el que nos honráis con vuestra visita? —preguntó el que parecía el jefe del grupo de los bunkos.

—Ciertas nuevas han llegado a nuestros oídos sobre los hermanos bunkos, y nos gustaría confirmarlas o desmentirlas hablando con vuestro lacrag Torko —respondió Akrog.

—¿Cuáles son esas noticias? —preguntó inquisitoriamente el bunko.

—Creo que eso no te compete y solamente lo discutiremos con tu lacrag —

respondió con firmeza Akrog—. Lo que si puedo adelantarte, es que no comprendo el motivo por el que vistes con cotas de malla, como si estuvieses preparado para el combate. ¿Es que acaso hemos entrado en guerra con algún pueblo vecino? —respondió con otra pregunta sibilina Akrog.

El bunko no respondió, y con gesto ofendido, solamente dijo:

—Os llevaré ante Torko —y girando sobre sí mismo se dirigió con los otros lanceros hacia el castillo. Detrás de ellos, los cuatro lacrags los siguieron con gesto serio.

Una vez que el grupo entró en el castillo, el jefe bunko se adelantó y presurosamente se dirigió a avisar al Rey. Al cabo de unos minutos, un sonriente Torko aparecía en el umbral de la puerta. Altivo, como emborrachado de poder, se acercó pausadamente hacia los otros lacrags.

—¡Sed bienvenidos, mis queridos hermanos! ¿A qué debo el honor de esta inesperada visita? ¿Pudiera ser que añoraseis una buena comida como la degustada en la Ceremonia del Tránsito? —preguntó al tiempo que sonreía.

Los lacrags fruncieron el ceño tensando todos los músculos de sus rostros. Fue Akrog quien rompió el violento silencio.

—No creo que ésta sea una buena ocasión para bromear —habló con tono serio dejando entrever su enfado—. Extraños acontecimientos han acaecido los últimos días —continuó—, y no encontrando explicación coherente a tales hechos, decidimos acudir a tu presencia y exigirte que convoques el Consejo de los Lacrags para esclarecer y dar respuesta a todas las cuestiones que debemos exponerte.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Torko, mientras el grupo le miraba con perplejidad—. Sólo algo semejante a la huida de Primera Tierra puede acontecer para que tus palabras suenen de esa manera. Mi querido Akrog, te pido que tú y los demás os tranquilicéis, paséis al interior del castillo y degustéis un buen vaso de biluk. Y si después seguís pensando que el mundo se estremece y derrumba a vuestro alrededor convocaremos el consejo. ¡Ja, ja, ja! ¡Acompañadme! —gritó Torko mientras seguía riendo burlescamente.

Guilemin encendido de ira echó mano a su espada, pero rápidamente Dulba sujetó su brazo y con una mirada penetrante le instó a tranquilizarse. Akrog y Thuma bajaron de sus monturas y esperaron a que Dulba y el enfurecido Guilemin hicieran lo propio. Los cuatro estaban irritados, pues Torko los había tratado con mofa y burla, cuando menos sus palabras eran un desplante hacia la autoridad que ellos representaban.

A regañadientes Guilemin entró en la estancia donde días antes habían celebrado la Ceremonia del Tránsito. Torko les ofreció biluk, pero ellos la rechazaron.

—Está bien, veo que despreciáis mi hospitalidad. No acudís a mi casa como el hermano que visita el hogar de otro hermano —dijo Torko endureciendo el tono de sus palabras.

—Pero también es verdad que nunca un buen hermano traicionaría a su hermano,

y menos aún trataría de matarlo —respondió Akrog.

—Graves son tus acusaciones —se dirigió con gesto ofendido a Akrog—. Llamas mentirosos, traidores y asesinos a tus hermanos bunkos. ¿Acaso tienes alguna prueba para ensañarte de esa manera con nuestro clan? No tendrás mejor prueba de mi hermandad como ésta, pues tus acusaciones merecerían que mi espada te partiese en dos —gritó Torko mientras lanzaba su vaso al suelo—. Y ahora soy yo quien solicita con urgencia el Consejo de los Lacrags pues tus palabras no pueden quedar impunes.

—Por una vez estamos de acuerdo —saltó Guilemin.

—Pasemos a la estancia sin más demora —dijo Dulba—. Muchas e importantes son las cuestiones que hemos de tratar.

Los cinco nerlingos se dirigieron a una de las estancias del castillo que era utilizada para los consejos y reuniones de los lacrags. Austera como las demás habitaciones del castillo, únicamente estaba decorada con los cinco estandartes de los clanes, y situada en el centro de la misma se ubicaba una mesa de piedra que constaba de seis lados. En cada sextante se había tallado la letra inicial de los clanes, excepto en uno de ellos, que figuraba la runa K, de la palabra Kelkior, que significaba perdido; hacía referencia a la parte de la nación que decidió establecerse a orillas del mar, separándose de los cinco clanes durante el éxodo de Primera Tierra. Los cinco nerlingos ocuparon sus puestos correspondientes dejando libre el sextante K, en el que colocaron una imagen de la diosa Nerlinguia como símbolo de protección a sus hermanos perdidos.

Akrog comenzó a hablar explicando a Torko todo lo que había sucedido el día anterior desde que se rompió la rueda de su carreta en el linde del Bosque de Alkos. Habló de la partida de bunkos, de sus ropas de guerra, de las amenazas de muerte de su jefe, de la cita dentro de una luna en el Río Grazemberg, de su apresurada reunión con Guilemin, Dulba y Thuma, del avistamiento de nuevas patrullas bunkas y del hostil recibimiento a las puertas de Lothikaton. Mientras duró la exposición de Akrog, Torko le escuchó atentamente y ni una sola palabra salió de su boca. Una vez hubo terminado el lacrag alko, Guilemin exigió explicaciones por la existencia de grupos de bunkos armados en tiempos de paz, cuestión ésta que completaron Dulba y Thuma al considerar inexplicable una reunión de un clan nerlingo en las proximidades del territorio groning. Fue entonces cuando Torko tomó la palabra y esbozando una sonrisa burlona dijo:

—Mi noble cabeza de lacrag sigue sin poder comprender semejante alboroto. Parecéis viejas asustadas por un minúsculo ratón. Debería renegar de vosotros como jefes de clan, pues si perdéis la calma por estas cuestiones que me acabáis de relatar, pobre de nuestro pueblo si algún día se enfrenta a un problema de verdadera envergadura teniéndoo a vosotros como regentes. He de deciros, que dentro de tres lunas tenía previsto convocaros en consejo, pero visto que vuestra impaciencia es más fuerte que vuestra cordura, deberé adelantar mi idea inicial y exponeros ahora el plan que dará grandeza y esplendor a nuestro pueblo. Quizás así dejéis de comportaros

como rancios regentes.

Los lacrags cruzaron sus miradas. Seguían sin entender nada de lo que allí ocurría. Por el contrario, Torko estaba satisfecho por el golpe de efecto que había logrado. No había nada que pudiera agradarle más, que los otros lacrags hubiesen venido asustados arrastrándose a su ahora castillo, demandando respuestas de un plan que años atrás había comenzado a maquinarse. Como un genio a punto de mostrar su obra maestra, Torko hinchó los pulmones, mezcla de aire, mezcla de soberbia, y comenzó a descubrir aquello que sin él saberlo cambiaría para siempre el destino de su nación y el del resto de pueblos de Jactinia y Tierra Conocida.

—Mi gran proyecto es el siguiente —comenzó ansioso Torko dispuesto a desvelarlo sin más rodeos—. Nuestro pueblo nerlingo sellará una alianza de sangre con el pueblo groning... —y sin que Torko pudiera continuar, Guilemin saltó enfurecido de su silla gritando.

—¡Nunca! ¡Nunca nos aliaremos con esos bárbaros groning! —gritó Guilemin—. ¿Es que acaso has perdido la razón, Torko? ¿Quieres que nos convirtamos en la misma raza sanguinaria que ellos?

—¡Basta! ¡Dejadme terminar! —y a regañadientes Guilemin aconsejado por los demás volvió a sentarse—. Como os he dicho, sellaremos una alianza de sangre con el pueblo groning. ¿De qué manera? Uno de nuestros hijos contraerá matrimonio con la hija del Rey Zornik, Ihola, y de esta manera ambos pueblos recorrerán juntos para siempre el camino de la paz, y formarán la nación más grande y poderosa no sólo de Jactinia, sino de toda Tierra Conocida. Podrán lanzarse a la conquista del resto de tierras y dominar el mundo —y los ojos de Torko brillaron de forma maligna, con el fulgor de un fuego avivado por el viento de la codicia.

Akrog percibió ese brillo y sintió como su pueblo irremediablemente se acercaba a un abismo del que nunca podría escapar.

—Torko —interrogó Thuma al jefe bunko—, ¿qué es lo que reflejan tus palabras? Rectitud en tu actuar, buscando la fraternidad entre los moradores de Jactinia que nos provea de un futuro pleno de paz, o insaciables ansias de poder en la búsqueda de la alianza mortal con los bárbaros, la cual te permita compartir el dominio del mundo junto al despreciable Zornik. ¿Es que acaso la ambición ciega de tal forma tus ojos que te impide ver que jamás Zornik compartiría con nadie ni un mísero trozo de pan seco?

—Si continúas transitando por esta peligrosa senda —continuó Akrog—, llevarás a nuestro pueblo a la destrucción. Te ruego encarecidamente que abandones esa idea.

Torko enrojeció de ira, pues no alcanzaba a comprender cómo los otros lacrags no compartían su faraónica visión de alianzas, imperios y poder.

—¿Por qué os atrevéis a poner en duda mi buena fe? —respondió airadamente Torko—. ¿Creéis que no compartiría con vosotros la gloria de nuestras conquistas? Nuevamente me ofendéis, pero yo os demostraré que estáis equivocados. Por ello, mañana volveremos a reunirnos en esta misma sala. Os mostraré las pruebas que

darán validez a mis palabras; pues al amanecer mis emisarios regresarán, desde las orillas del Río Grazemberg, con noticias sobre la propuesta de alianza que realicé a Zornik y la cual confío que acepte sin ningún tipo de concesión. Pero hasta el nuevo día no volveré a hablar. Espero que aceptéis mi hospitalidad y permanezcáis en Lothikaton hasta la llegada de mis hombres.

—De acuerdo —habló Dulba—, pero ten presente que no podrás tomar ninguna decisión por cuenta propia. Necesitarás el consenso de todos nosotros. Mañana desgranaremos el mensaje de Zornik, sopesando los pros y los contras de su propuesta.

—Aunque ten claro que difícilmente encontrarás mi apoyo para una alianza con esos salvajes —contestó rabioso el impulsivo Guilemin.

Sin pronunciar otra palabra, Torko se levantó de su silla y abandonó la estancia. Lapuerta retumbó con un eco sordo al cerrarse tras la espalda del bunko. Y allí quedaron, entre boquiabiertos y enfurecidos, entre sorprendidos y traicionados, los cuatro lacrags.

Una alianza con sus sempiternos enemigos. Ésa era la cuestión a debatir. Y en verdad que no perdieron el tiempo, pues emplearon la mayor parte del día en discusiones y reflexiones. Mientras en la parte positiva valoraban la posibilidad de una paz estable y duradera, en el otro lado de la balanza sopesaban las altas probabilidades de una traición por parte de los gronings una vez se hubiesen ganado la confianza de los nerlings. Y si uno trataba de otorgar confianza a Zornik, rápidamente otro intentaba poner luz en sus opiniones recordando los largos años de guerras padecidos. Así pasaron las horas hasta que la oscuridad de la noche comenzó a deslizarse lentamente por las pequeñas ventanas de la estancia. Cansados y hambrientos decidieron aparcar por unos momentos las reflexiones que les ocupaban para alimentar sus vacíos estómagos. Probablemente así verían las cosas con mayor claridad.

Se dirigieron al comedor y allí degustaron una copiosa cena. Torko, todavía molesto por el rechazo que su plan había producido en los otros lacrags, no les acompañó durante la velada. Esto provocó comentarios recurrentes y alguna que otra broma sobre el orgulloso carácter de los bunkos. Finalizada la cena, se dirigieron nuevamente a la sala de reuniones. Tuvieron que encender unas antorchas pues la oscuridad de la noche de Jactinia se había apoderado de toda la estancia. Y allí, al amparo de una tenue luz parpadeante, permanecieron Thuma, Dulba, Guilemin y Akrog deliberando sobre el futuro de la nación nerlinga mientras remojaban por última vez ese día sus paladares con unas jarras de biluk.

Al cabo de unas tres horas, y cuando el sueño comenzaba a apoderarse de ellos, alcanzaron un acuerdo. No fue del todo unánime, pero sí el que más apoyos recibió. Finalmente, y dependiendo de lo que recogiese el mensaje de Zornik a Torko, otorgarían un voto de confianza al pueblo groning, una ocasión de redimir todos los males que había causado en el pasado, a la vez que otro voto de confianza a Torko,

valorando el paso que éste había dado tratando de hermanarse con sus enemigos para lograr una paz definitiva. No obstante aún existían muchas dudas sin resolver sobre el trasfondo de ese plan. Fue por ello que decidieron imponer una serie de condiciones al acuerdo:

† *Los gronings podrían circular libremente por territorio nerlingo siempre y cuando fuesen desarmados.*

† *Los gronings nunca comenzarían una guerra contra otro pueblo sin antes comunicarlo y consensuarlo en el Consejo de los Lacrags al cual se uniría Zornik.*

† *Se mantendría el puesto fronterizo de vigilancia durante al menos diez años, hasta constatar definitivamente las buenas intenciones gronings.*

† *En el hipotético caso de una unificación de los dos pueblos, la capital sería Lothikaton y el regente de la nueva nación sería aquel que contrajera matrimonio con la hija de Zornik. Ésta se casaría con el vencedor de la iokane^[♣], en la cual participarían solamente los hijos de los lacrags, que por derecho de linaje serán los futuros jefes de clan y regentes de la nación.*

† *Los cinco clanes seguirían adorando a la diosa Nerlinguia, no aceptando la imposición de los dioses del pueblo groning.*

Dulba y Thuma eran los más favorables al acuerdo, mientras que Akrog guiado por su experiencia e intuición mantenía serias dudas. Por contra, Guilemin se oponía frontalmente al pacto. Los cuatro lacrags decidieron comunicar a Torko su decisión al día siguiente, tras escuchar el mensaje de Zornik, que traerían en mano el grupo de bunkos al que avistaron en el Bosque de Alkos.

Sin muchas más ganas de hablar y con cierta resignación, se despidieron deseándose buenas noches. Se acomodaron en las habitaciones que Torko había ordenado preparar mientras durase su estancia en el castillo. Tan pronto cayeron dormidos comenzaron a soñar sobre días de paz y de guerra, sobre amistad y enemistad, convulsos sentimientos que envolvieron su descanso sumergiéndoles en una creciente espiral de desasosiego.

El mensaje de Zornik

—¡Alto, deténgase ante la guardia! —gritó el Centinela.

—Buenos días, soldado. No temas. Te habla tu lacrag —respondió la sombra que se acercaba pausadamente por el pasillo que unía las dos almenas.

—Sin novedad en la guardia —contestó con firmeza el Centinela.

—Continúa con la vigilancia. Dentro de unas horas llegarán mis emisarios. Hacérmelo saber enseguida —y escrutando el horizonte se dirigió hacia la otra almena.

Aún no había amanecido, pero la impaciencia hacía horas que se había apoderado de Torko. Vagaba entre las almenas del castillo, buscando con su mirada errante algún vestigio de sus hombres en la lejanía de aquel adormilado paisaje. Anhelaba recibir el ansiado mensaje, la aprobación de su plan, el primer paso hacia el nuevo imperio, hacia el nuevo orden en Tierra Conocida. Pero ni el suave viento que ayudaba a elevar al sol de su lecho nocturno, conseguía devolver a Torko sus rutinarios pensamientos. No así a los otros lacrags, que lentamente comenzaban a despertarse sintiendo que se encontraban ante un día histórico para su pueblo. Uno a uno se encomendaron a su diosa, rogándole les ayudase a tomar la decisión correcta. Abrazaron sus kolkars y, leyendo la inscripción grabada en ellos, trataron de impregnarse de la sabiduría que recibieron los Primeros Nacidos. Meditaron unos segundos y besando la enseña, la guardaron cerca de sus agitados corazones.

En Alkoburgo, Kiril miraba pensativo desde el umbral de la puerta de la cabaña en dirección a Lothikaton. Tras volver el día anterior del Bosque de Alkos con la madera y la carreta reparada, se percató que algo importante estaba ocurriendo en el Consejo de los Lacrags al no ver a su padre de regreso en casa. Deseaba con todo su corazón que su progenitor resolviese con diligencia los problemas que habían surgido y así pudiera descansar en paz y tranquilidad el resto de sus días. En casa de Torilo, Maikel, Ojwind e Ingvar desayunaban juntos, mientras divagaban sobre lo que pudiera estar sucediendo en la capital. En el resto de burgos se escuchaban todo tipo de rumores. El alma de la nación nerlinga comenzaba a estremecerse.

Akrog salió de su habitación y, al igual que horas antes hiciera Torko, se dirigió a una de las almenas del castillo. La rutina de sus tres últimos años como regente en Lothikaton, le llevó a contemplar el ocaso del amanecer desde tan privilegiada atalaya. La luz había vencido como todas las mañanas a la oscuridad y nuevamente pudo contemplar la belleza de la región de jactinia. El viejo lacrag admiraba absorto el paisaje y sólo unos negros nubarrones que avanzaban en dirección a la capital ensombrecían su placentera visión. Parecía como si aquellas nubes fueran unos

improvisados compañeros de viaje de los emisarios de Torko en su galope hacia Lothikaton.

Thuma, Dulba, Guilemin y Akrog se reunieron en el comedor para reponer fuerzas. El descanso había aclarado sus ideas, sumergidas la noche anterior bajo un cúmulo de interminables razonamientos. Incluso el irascible Guilemin con el nuevo día había suavizado notablemente su postura. Tal fue el efecto balsámico de la noche de Lothikaton, que hasta Torko se unió a ellos.

—Pareciese como si Nerlinguia nos enviase una señal. Acordaros de la leyenda de los Primeros Nacidos y de cómo surgió Lothikaton —comentaba Thuma.

—En efecto, un día en nuestra capital me ha hecho ver de una manera más razonable el plan de Torko —dijo Dulba.

—Pero bien convendrás con nosotros, Torko, que la iniciativa que tomaste sin ni siquiera consultarnos fue arriesgada e irresponsable, impropia de un regente —dijo Akrog—. Permíteme además que mantenga una duda razonable sobre si tus intenciones anhelan realmente la paz o si también buscas el poder de un gran imperio —dijo Akrog.

—Ratifico plenamente tus palabras —añadió al instante Guilemin. Hubo una ligera pausa pero rápidamente Torko tomó la palabra.

—Mis amigos, como bien relaté ayer, mi plan consiste en lograr la paz definitiva con la nación groning, y así evitar la interminable sangría de vidas debido a las contiendas entre nuestros ejércitos. Por otra parte, uniendo nuestras fuerzas, seremos el pueblo más poderoso de toda la región de Jactinia y probablemente de toda Tierra Conocida. La fuerza y el poder provocarán el miedo en los demás y nadie osará enfrentarnos. Nuestra nación tendrá un futuro colmado de paz y prosperidad.

—No creo que sea el miedo la moneda de cambio que debemos utilizar con los demás pueblos vecinos —respondió Akrog—. Sí, por el contrario, la amistad. De otra forma sembraremos en ellos las semillas del árbol del odio, y un día, quizás no muy lejano, los frutos que broten de él se volverán contra nosotros —finalizó sabiamente el lacrag alko.

—Fuerza, amistad, intercambio, poder, ¿qué diferencia hay si logramos conseguir de ellos el respeto y el temor? —dijo Torko—. No os equivoquéis hermanos nerlingos, pues muchos de los que hoy moran alrededor nuestro son lobos vestidos con piel de pacíficas ovejas, envidiando nuestra situación, nuestras tierras, y no dudarían lo más mínimo en tratar de eliminarnos si la ocasión fuese propicia. Por ello debemos mirar hacia el futuro y aprovechar esta oportunidad única que se nos presenta.

—De acuerdo, esperemos pues la llegada de tus emisarios —respondió Akrog.

Torko se levantó y despidiéndose se encaminó nuevamente a las almenas del castillo, incapaz de controlar su impaciencia por las noticias que traerían sus hombres. Los demás lacrags permanecieron sentados terminando los últimos restos del ya frío desayuno. Akrog reflexionaba sobre todo lo hablado y siempre sus

conclusiones confluían en un mismo punto: el deseo de poder de Torko. Él conocía bien al lacrag bunko y, aunque siempre había sido ambicioso, nunca hubiera pensado que su codicia llegase a esos límites. Desde la Ceremonia del Tránsito algo había llamado especialmente su atención, la mirada de Torko, increíblemente fija y penetrante, las pupilas completamente dilatadas. Akrog comenzó a sospechar sobre la posibilidad de que Torko hubiera tenido un encuentro personal con Zornik, a quien su reputación de maestro en artes oscuras le precedía. ¿Habría hechizado Zornik a Torko? ¿Se habría apropiado de su voluntad? Comentó sus sospechas con Thuma, Dulba y Guilemin, pero ellos no otorgaban a Zornik semejante destreza en la magia oscura. Ambicioso y soberbio ya era Torko antes de urdir ese plan, fue la respuesta que recibió de los otros.

Una vez terminaron de desayunar salieron al exterior y pasearon alrededor del castillo. Se acercaron a la orilla del Lago Argul y contemplaron sus cristalinas aguas. El día era claro, pero unos negros nubarrones se aproximaban a gran velocidad hacia Lothikaton. Sin que ellos lo supieran, eran los guardianes del mensaje de Zornik.

Al cabo de una hora, el potente sonido de un cuerno resonó en la campiña. Eran los emisarios de Torko que se acercaban al castillo. Inmediatamente otro cuerno contestó desde las almenas. Cuando apenas hacía unos segundos que se había apagado el eco de la llamada, surgieron de entre los árboles del bosquecillo próximo al castillo un grupo de diez hombres a caballo ataviados con negras vestiduras. Una vez estuvieron próximos a las puertas de entrada, Akrog distinguió inequívocamente al bunko que descubrió su carreta en el Bosque de Alkos y que amenazó con matarlos si lograba encontrarlos. Rápidamente los lacrags volvieron al castillo para oír de boca de Torko el contenido del mensaje de Zornik. La calma de la apacible mañana se había quebrado repentinamente. Las negras nubes habían llegado a Lothikaton y una fina pero constante lluvia comenzaba a caer desde el cielo. Todo pareció tornarse de una bruna oscuridad, como queriendo recordar a la nación nerlinga que su destino se encontraba bajo el signo bunko.

Akrog, Thuma, Dulba y Guilemin se habían dirigido presurosamente hacia el interior del castillo, donde ya les esperaba Torko con un pergamino lacrado en sus manos. A su derecha se encontraba el jefe del grupo al que Akrog miraba con el ceño fruncido.

—Antes de proceder a leer el mensaje, te diré Akrog, que efectivamente mis hombres avistaron una carreta en el exterior del Bosque de Alkos, pero que su única intención fue la de ayudar a sus propietarios, nunca la de matarlos —habló Torko con tono conciliador.

—Quizás mi oído me traicionó, pero juraría que no fue precisamente acudir en nuestro auxilio la intención del bunko —respondió Akrog.

—Mi señor, si me disculpa deseo ir a descansar. Estoy agotado por el viaje. No es éste el mejor momento para discutir sobre algo que no ha ocurrido. Nadie ha resultado muerto, pues mi misión no era asesinar a nadie, sino recoger un mensaje —

dijo el bunko sin atreverse a mirar a los ojos de Akrog.

—Te dispenso. Tómate tu merecido descanso, pues has cumplido con éxito la misión que te fue encomendada —dijo Torko.

El jefe de la partida bunka abandonó la sala. Akrog, conteniendo su rabia, no respondió a aquellas palabras, aunque sabía que el jinete mentía. Torko retomó la conversación.

—En mis manos tengo el manuscrito que cambiará el destino de nuestra nación. Nos encontramos, mis queridos hermanos, ante un momento histórico. Seremos recordados por nuestro pueblo como los hombres más notables tras los Primeros Nacidos, aquellos que lograron llevar a los nerlingos a las más altas cotas de grandeza y riqueza.

Los ojos de Torko brillaron nuevamente con la misma fuerza que lo habían hecho al tener en su poder el báculo de mando días atrás. Suave pero vigorosamente a la vez, comenzó a abrir y desplegar el pergamino de color ocre que el Rey de los gronings le enviaba. Observó con detenimiento unos segundos el manuscrito y lo leyó en voz alta a los otros lacrags. El mensaje decía:

Para Torko, Rey de los nerlingos

Varios cientos de lunas atrás, llamaste a mi puerta buscando la paz y la hermandad. Yo me resistí a creerte, hasta que con tus actos despejaste las sombras que envolvían tu propuesta. Eres noble y de gran corazón, el mejor líder para la nación nerlinga. Yo ya he olvidado mi odio hacia vuestro pueblo y lo he transformado en amistad. Prueba de ello es mi ofrenda, mi tesoro máspreciado, mi hija Iholá, la cual entrego a uno de los hijos de Nerlinguía sin ninguna concesión, para sellar definitivamente un pacto de sangre que cierre las heridas abiertas y hermane a nuestros pueblos. Confío que tu bondad y sabiduría logre persuadir, como has hecho conmigo, al resto de clanes nerlingos. Juntos caminaremos por la senda de la vida y los límites de nuestra nación abarcarán el fatigoso caminar del sol, desde su ascensión hasta su puesta.

Dentro de treinta lunas cabalgaré hacia Lothikaton para celebrar la mayor fiesta que jamás el mundo haya conocido, en honor a mi hija y a su esposo y por ende a nuestros pueblos. Tres días de fiesta ininterrumpida sellarán ante los ojos de los dioses nuestra unión. Hasta ese día, os deseo la mejor de las venturas.

Zornik, Rey de los gronings

Boquiabiertos quedaron los cuatro lacrags tras el mensaje de Zornik. Fue Guilemin el primero en salir de ese estado.

—Amigos, creo que todos compartís conmigo la extrañeza e incredulidad ante el mensaje que acabamos de escuchar de boca de Torko. El cruel y sanguinario Rey de los gronings súbitamente se ha transformado en un trovador que deleita nuestros oídos con sonatas de amor. Permitidme que dude de la veracidad de ese mensaje o por lo menos de los propósitos que tras él se esconden.

—Ratifico plenamente la opinión de Guilemin —añadió Akrog.

Dulba y Thuma seguían sin reaccionar. Fue entonces cuando Torko trató de convencerles de lo real que era el mensaje.

—Comprendo perfectamente vuestra reacción —dijo—, pues tras años de guerras con los gronings, un mensaje como éste puede sonar a engaño. Pero debéis creerme cuando os digo que al hablar personalmente con Zornik, pude ver el hastío que le envolvía por esta larga enemistad. Él me mostró sus verdaderos sentimientos y al realizarle la propuesta del pacto, pude comprobar cómo un rayo de esperanza envolvía su rostro. Fue iniciativa suya el sellar el pacto de una manera definitiva, entregando a su hija Iholá a uno de nuestros hijos.

—Torko —interrumpió Akrog—, el paso que sugieres que demos cambiará irremediablemente el devenir de nuestras vidas, es por ello que quiero formularte una pregunta. ¿Verdaderamente crees que los gronings respetarán el pacto de sangre y no tratarán de destruirnos una vez que se introduzcan en nuestras tierras, en nuestras vidas, en nuestras familias?

—Te responderé sin ningún titubeo, Akrog —dijo Torko—. Zornik y los suyos han comprendido que la lucha que nos enfrenta es un esfuerzo baldío que no conduce más que a un lento debilitamiento de su pueblo. Están absolutamente convencidos que uniendo nuestras fuerzas seremos el pueblo más poderoso de Tierra Conocida con lo que nadie se atreverá a desafiarnos, obteniendo esa paz y prosperidad de la que tanto estamos hablando durante estos dos últimos días. Confiad en mí —decía tratando de mostrarse dulce y convincente al mismo tiempo—. Sellemos el pacto y comprobaréis como durante miles y miles de lunas nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos vivirán felices bajo la protección de un gran imperio.

Las palabras de Torko sonaron coherentes a los oídos de los lacrags, menos impregnadas de poder y de codicia, con un importante poso de cordura. Ya no tenían tan claras sus posturas y la balanza se iba inclinando a favor del pacto con los gronings.

—Opino que es hora de convocar nuevamente el Consejo de los Lacrags, quizás el más trascendental que jamás se haya dado en la historia de nuestro pueblo —dijo solemnemente Dulba.

—Que así sea —respondió con firmeza Torko, regente nerlingo.

Los cinco lacrags ocuparon por segunda vez desde su llegada a Lothikaton el sextante que les correspondía en la sala del consejo. La estatua de la diosa Nerlinguia, colocada sobre la runa K, presidía la mesa hexagonal. Los lacrags la buscaban incesantemente con su mirada, tratando de hallar una luz, que como un faro en la

tormenta, les iluminase ante la trascendental decisión que debían tomar.

La conversación fue corta, al contrario que en los debates previos, por lo que se llegó con prontitud al punto culminante: la votación de la propuesta. Debían decidir si aceptar o no el pacto, con las limitaciones acordadas la víspera. Para aprobarlo, sería necesaria la unanimidad de todos de ellos. Torko tomó la palabra y fue el primero en dar su voto.

—Yo, Torko, lacrag del clan bunko, apoyo el pacto de sangre con la nación groning, por los beneficios que reportará a nuestro pueblo.

Tras el primer voto se produjo un atronador silencio. Nadie se atrevía a hablar una vez que Torko se había pronunciado. Fue Dulba, quien titubeante, se animó a exponer su voto:

—Yo, Dulba, lacrag del clan celko, descendiente de Borbul Ojo de Águila, azote de los gronings, apoyo el pacto de sangre para que ningún descendiente de mi clan deba vivir otra sangrienta batalla como la sufrida en Bosque Verde.

Al oír el voto de Dulba, Torko comenzó a esbozar una ligera sonrisa. Sus razonamientos habían calado en el corazón de los otros lacrags y comenzaban a dar sus frutos. Fue Thuma quien recogió el testigo del lacrag celko.

—Yo, Thuma, lacrag del clan helko, apoyo el pacto de sangre siempre y cuando se respeten las restricciones pactadas el día de ayer por los demás miembros de este consejo. Otorgo mi voto a la esperanza de un futuro sin guerras ni odios entre los pueblos de Jactinia y Tierra Conocida.

La sonrisa de Torko, que en un inicio fue un simple esbozo, se alargaba ahora por su rostro, mientras el brillo de sus ojos aumentaba por momentos. Ya sólo faltaban por pronunciarse Guilemin y Akrog. Fue el primero de ellos el que tomó la palabra.

—Yo, Guilemin, lacrag del clan bilko, y ante las dudas que me embargan, no puedo pronunciarme ni a favor ni en contra del pacto de sangre con los gronings. Al mismo tiempo veo paz y prosperidad, como también guerra y muerte. La balanza del clan bilko no puede decantarse por una opción. No obstante, y consciente de lo trascendental de este consejo, pongo en manos de la mayoría la decisión a adoptar, la cual acataré sin poner ninguna traba, tanto sea en un sentido como en otro.

Tras las palabras de Guilemin, el voto de Akrog sería definitivo. Toda la responsabilidad recaía ahora sobre él. Akrog sentía como el peso de los años ahogaba su corazón. Una vez más debería elegir el camino que tendría que seguir el pueblo nerlingo. Pensó en Kiril, en su clan, en las vidas que llegarían al mundo en los años venideros.

Todo ello pasó por su mente durante unos segundos a gran velocidad. Torko comenzaba a impacientarse y dirigiéndose a él dijo:

—Todos aguardamos el voto del lacrag alko.

Akrog alzó su mirada y la fijó en los ojos de Torko, tratando a través de ellos de escutar una última vez su corazón. Pero aquellos ojos eran opacos, un espejo que devolvía la mirada de Akrog al interior de su propio corazón, cada vez más henchido

por la carga que soportaba. Finalmente, desoyendo a los recuerdos e imágenes que en los últimos días habían sido fieles compañeros de viaje, dijo con voz entrecortada:

—Yo, Akrog, lacrag del clan alko, apoyo con las restricciones convenidas ayer, el pacto de sangre con el pueblo groning. Grandes reticencias me ofrece el mismo, pero trato con mi apoyo de buscar lo mejor para nuestra nación. Que Nerlinguia me perdone si mi decisión ha sido equivocada y con ella conduzco a mis hermanos por la senda del dolor.

Así pues, la suerte estaba echada. Con los cuatro votos favorables de Torko, Thuma, Dulba y Akrog, y la adhesión de Guilemin a la propuesta mayoritaria, el pacto con los gronings era ya un hecho. Y si Torko trataba de ocultar sin conseguirlo, la alegría por el apoyo a su plan, Akrog se encerró en sí mismo, debatiéndose la nave de su razón en un inmenso y agitado mar de dudas. Si en algún momento pensó que tomando una decisión lograría aplacar su alma, rápidamente se percató que se había equivocado de pleno.

La reunión de los cinco lacrags continuó durante unas horas más, en las que se discutió sobre la comunicación de su decisión a Zornik, sobre el día en que los gronings acudiesen a Lothikaton, sobre la boda con Iholá, sobre la iokane, sobre los festejos y celebraciones posteriores al enlace y sobre la convivencia futura de los dos pueblos.

Pero sólo cuatro de los contertulios hablaban, pues desde el momento en que Akrog se pronunció sobre el pacto, se mantenía ausente, asemejándose a una estatua que decorase la estancia.

En el exterior, las nubes que encapotaban el cielo de Lothikaton, descargaban una torrencial lluvia sobre la ciudad. Era el primer presente de Zornik al pueblo nerlingo.

Días de espera

El temprano canto de un gallo despertó bruscamente a Kiril de sus sueños. Un nuevo día, en el que el sol volvía a trepar por las Montañas Nerlingas, había nacido. La tormenta desatada la pasada luna había escampado y el cielo se encontraba libre de aquellos negros nubarrones. Como todas las mañanas, contempló desde la ventana de su cabaña las tranquilas aguas del grandioso Lago Argul, y dio gracias a Nerlinguia por habitar en aquellos hermosos parajes. A pesar de su espíritu aventurero y sus ansias de conocer el mar, amaba por encima de todo las tierras en las que había sido alumbrado.

En la otra habitación de la cabaña, hacía algo más de media hora que Akrog permanecía tumbado en su cama con los ojos perdidos en alguna de las esquinas de la estancia. Su mente trataba de asimilar las decisiones tomadas el día anterior en Lothikaton. Regresó de la capital a medianoche, agotado por las preocupaciones que lo abrumaban, tratando sin conseguirlo de acallar a su conciencia que lo fustigaba sobre la ya inamovible decisión. Se percató que si seguía allí tumbado con la mente en blanco, todos esos temores le atormentarían hasta volverle loco. Por ello, se incorporó de un salto de la cama con el decidido propósito de ocupar los días venideros labrando el campo, cazando, o pescando en compañía de su hijo Kiril.

—Hijo mío, buenos días —dijo Akrog.

—Buenos días, padre —respondió Kiril—. Toma un poco del caldo que estoy preparando para nuestro desayuno.

—Gracias. Esto me entonará un poco —le sonrió su padre.

Bebiendo a pequeños sorbos del vaso se sentó en una de las sillas y picoteó unos trozos de pastel de bayas.

—Kiril, he pensado que hoy sería un buen día para ir de caza —sugirió Akrog—. El tiempo está despejado y seguro que algún ciervo se deja ver por el Bosque de Alkos. Si cazásemos uno podríamos invitar a Torilo y Maikel a cenar. ¿Qué te parece la idea? —le preguntó.

—Me parece una estupenda idea. El tiempo es bueno y no hace viento, así que los venados no podrán olfatearnos. Hace ya unos días que no me he lavado... ¡Ja, ja, ja! Las aguas del lago están cada vez más frías —dijo Kiril a la vez que reía con su padre.

—Entonces no se hable más. Terminaremos el desayuno y tomaremos nuestros arcos y carcajs. ¡Prepararos venados, el reciente campeón del concurso de tiro va a por vosotros! —gritó Akrog, pero Kiril no se atrevió a responder, pues suficiente fue el escarmiento que recibió días atrás.

Una vez terminaron el desayuno, se armaron convenientemente para dirigirse al Bosque de Alkos. Cuando estaban a punto de abandonar Alkoburgo, un hombre a caballo entró en la ciudad. Era un mensajero de Torko que venía a colocar en la plaza central un escrito sobre los acuerdos alcanzados la pasada noche en el Consejo de los

Lacrags. Lo expuso sobre unos maderos y se marchó a veloz galope, ya que todavía debía dirigirse a Bunkoburgo y Celkoburgo para dejar su mensaje. Kiril y Akrog volvieron sobre sus pasos para leer el escrito. El joven alko devoraba con gran curiosidad cada una de las líneas que lo componían. Por el contrario Akrog apenas si dio un somero vistazo al mismo. Cuando terminó de leer el manifiesto, comenzó a importunar a su padre con continuas preguntas. Muchos e importantes eran los cambios que se avecinaban para los nerlingos y más aún si cabe para su persona, pues participaría en la iokane y si resultase vencedor, se convertiría en un hombre casado con una mujer a la que de nada conocía. Mientras tomaban nuevamente rumbo hacia el Bosque de Alkos, Akrog trataba de responder como podía a su curioso hijo. Lentamente, en la plaza central de Alkoburgo, la gente se iba agolpando alrededor del escrito firmado por Torko. Lo mismo ocurría en Bilkoburgo y Helkoburgo, y en pocos minutos en Bunkoburgo y Celkoburgo. El sentimiento que invadía al pueblo nerlingo era de sorpresa y estupor. Nadie hubiera imaginado por lo más remoto el hermanamiento con los que hasta sólo hace unos días eran sus más acérrimos enemigos. Pero como era habitual en los nerlingos, no discutirían las órdenes de sus lacrags.

Después de muchas zancadas, parecía que Akrog había conseguido saciar la hambrienta curiosidad de Kiril. Pensaba para sí que más le hubiera valido quedarse tumbado en su cama, ya que nuevamente había revivido paso a paso lo acontecido la pasada luna, en vez de evadirse como pretendía. Trataba de no exteriorizar la lucha interna en la que estaba inmerso, pero Kiril, que conocía de sobra el carácter reservado de su padre, sospechaba que algo no iba bien, ya que esa mañana Akrog estaba extrañamente locuaz. Como ya había formulado demasiadas preguntas decidió reservarse una para más tarde.

Sin prisa pero sin pausa fueron ascendiendo por la cuesta de piedras mientras observaban el paisaje. Los árboles habían mudado sus verdes ropajes por otros de colores rojizos y amarillentos, incluso algunos comenzaban lentamente a desnudarse y cubrir la verde hierba de color ocre como si de una alfombra se tratase. Akrog contemplaba el goteo de hojas secas que caían de los árboles y sentía que el ocaso de su larga vida se aproximaba. Observaba al mismo tiempo con orgullo a su hijo, convertido en hombre de grandes cualidades, noble y generoso, futuro lacrag del clan alko. Mientras padre e hijo pensaban uno en el otro, llegaron al final de la pendiente. Comenzaron a avanzar por un terreno más llano que las lluvias de los últimos días habían dejado embarrado. Fue unos metros más adelante cuando Kiril halló unas huellas deladoras.

—Padre, mira aquí —dijo Kiril—. Pisadas de ciervo, sin duda alguna.

—Parece que la suerte nos sonríe. No hemos tenido que esforzarnos demasiado para encontrar la pista de nuestra presa. Observa que son recientes —dijo Akrog.

—Continúan en dirección a la zona de maleza —señaló Kiril—. Apresurémonos, pues quizás no se encuentre demasiado lejos.

Padre e hijo aceleraron el paso aguzando todos sus sentidos. Recorrieron cerca de un kilómetro hasta que volvieron a descubrir el rastro del venado. Unas hojas pisoteadas y nuevas huellas sobre el barro volvieron a ponerles sobre aviso. El animal estaba bordeando la floresta, sin alejarse demasiado de sus límites.

—Si vuelve al interior del bosque será muy difícil cazarlo —dijo Akrog—. Caminemos por el linde, al cobijo de los árboles. De esa manera evitaremos que nos vea.

Abandonaron el claro y se internaron unos metros en la vegetación avanzando en la misma dirección. Transcurrieron unos cuantos minutos hasta que por fin consiguieron avistar al cervatillo. Se mostraba en el claro exterior, comiendo un poco de pasto mientras observaba los alrededores cada vez que mordisqueaba la hierba. Akrog iba en primer lugar. Caminaba despacio, tratando de amortiguar sus pisadas para no ser descubierto. Kiril le seguía con la mirada puesta en el cervatillo. Sólo unos cientos de metros les separaban de su presa. Paso a paso, conteniendo la respiración, se acercaban al animal. Akrog deslizó suavemente la mano derecha sobre su espalda, tomando una flecha del carcaj. Mientras seguía caminando sin perder de vista al venado, armó la flecha sobre el arco. Acortó la longitud de su zancada y comenzó lentamente a levantar su arco. Pero en ese mismo momento Kiril pisó una rama seca y un chasquido resonó en el bosque. Inmediatamente se quedaron clavados, inmóviles, pero ya era demasiado tarde. El cervatillo se había percatado de su presencia y había huido.

—¡Valiente compañero de caza! —dijo refunfuñando Akrog—. Si por ti fuera nos moriríamos de hambre.

—No fue mi intención ahuyentar al venado —se disculpó Kiril.

—Está bien. Démonos prisa —respondió cortante Akrog—. Quizás aún tengamos una última oportunidad. Huyó hacia aquel descampado —señaló Akrog.

Vástago y progenitor aceleraron el paso. Cerca de diez minutos les costaría dar de nuevo con el cervatillo, eso si se detenía a completar la comida que interrumpieron los furtivos cazadores. Fue así cuando, tras ese lapso de tiempo, divisaron nuevamente al hambriento ciervo dando buena cuenta del pasto en un claro cercano.

—Esta vez intenta no ahuyentarlo —dijo susurrando Akrog a Kiril.

—Trataré de no hacer ruido —respondió Kiril resignado.

Por segunda vez comenzaron el ritual de la caza. Sigilosamente se aproximaron como un depredador a su presa. Estudiaron el terreno y buscaron el punto óptimo desde el que disparar sobre el venado. Esta vez Kiril mantenía su mirada más pendiente del suelo que de la caza. Cuando se ubicaron a unos cincuenta metros del animal tomaron una flecha y armaron los brazos para disparar. El venado pastaba tranquilamente, confiado en que su carrera le había alejado definitivamente de aquellos torpes cazadores. Ése fue su error, pues tras tomar el último bocado de

hierba, levantó su cabeza y los arcos de Akrog y Kiril cantaron, lanzando sus flechas a una velocidad endiablada. Cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría, yacía muerto en el claro, con una flecha clavada en el lomo y otra que le atravesaba el cuello. Sin él saberlo, sería el último venado que serviría de cena para los nerlingos antes del gran día de la unificación.

Kiril y Akrog abandonaron las sombras protectoras y se acercaron al cervatillo. Comprobaron que estaba muerto y le arrancaron las dos flechas que lo atravesaban. Akrog tomó una cuerda que portaba en su cinturón y la partió en dos con un cuchillo. Tomando uno de los dos trozos ató las patas delanteras del animal y con el otro las traseras.

—Kiril —dijo a su hijo al tiempo que se incorporaba—, mi espalda está vieja y cansada, encorvada y dolorida, por lo que no podrá soportar la carga del animal. Por si eso no fuera suficiente, has hecho que camine más de lo necesario; si no hubieses espantado al venado hace rato que estaríamos camino de Alkoburgo, por lo que deberás cargar con él para redimir tus errores.

—¿Y es que acaso puedo negarme ante tal cúmulo de evidencias? —dijo para sí Kiril, y cabizbajo por lo que le había dicho su padre y por el peso del animal sobre su cuello, comenzó a caminar de regreso a Alkoburgo.

El sol se encontraba en su cenit, y a pesar que en esa estación del año la fuerza de sus rayos era menor, lograba que el sudor corriese por la frente de Kiril, ayudado por los más de sesenta kilos que el joven y espigado venado pesaba. Akrog le miraba y recordaba como su padre había hecho lo mismo con él hace ya muchos años. Por unos instantes, su corazón y su mente rejuvenecieron recordando sus años de juventud.

—Veo que tu curiosidad se ha aplacado. ¿O es que por ventura estás tan fatigado que no puedes articular palabra? —dijo socarronamente Akrog.

—Suficiente castigo es acarrear este peso a mis espaldas como para que además te burles de mí —respondió Kiril—. Pero ya que me brindas esta oportunidad, tengo una pregunta guardada que no me atreví a formularte esta mañana —continuó Kiril una vez que detuvo su caminar y descargó al animal sobre el embarrado suelo—. ¿Por qué si a pesar de lo beneficioso que tú dices es para nuestro pueblo el pacto con los gronings, tengo la impresión que tu alma no descansa?, que lo que realmente tratas de hacerme creer es que no albergas ninguna duda sobre la alianza.

Akrog miró a su hijo mientras Kiril trataba de recuperar el pulso normal de su acelerado corazón con aquel merecido descanso.

—Veo que me conoces mejor de lo que pensaba —dijo el lacrag alko—. Veo que mis ojos te revelan mis temores, mis filias y mis fobias, y que tú, al igual que tu madre, sabes leer en ellos hasta el más profundo de mis pensamientos —y sonrió complaciente mientras Kiril le devolvía una dulce mirada—. Cierto es, hijo mío, que

aunque me haya decantado por el pacto con los gronings, no puedo evitar recelar de él. Torko fue ciertamente sincero en su exposición, en la que junto a paz y prosperidad habló de poder y temor. Es por ello que no consigo intuir el fin de las guerras. Sí quizás temporalmente con los gronings, pero a buen seguro que comenzarán otras contra los pueblos de Jactinia y Tierra Conocida, hasta conseguir el dominio de toda ella. Y será entonces el momento de comprobar las intenciones de perpetuación del pacto, cuando solamente quedemos ellos y nosotros como pueblos dominantes. La experiencia de estos largos años de batallas nos han demostrado que los gronings no comparten con nadie sus trofeos. Ése será el día crucial, para el que deberemos estar preparados. Si no lo es antes... —y Akrog no terminó su frase, dejando las palabras suspendidas en el aire, como queriendo dejar entrever algo.

—¿Antes? ¿En qué momento? —respondió con dos preguntas inmediatamente Kiril.

—Quizás el mismo día del pacto, no lo sé, o los meses venideros, cuando tras la boda de la hija de Zornik con uno de los nuestros y habiéndose ganado nuestra confianza, traten de... No estoy seguro, son sólo vagas intuiciones. También me preocupa el que Torko se haya entrevistado personalmente con Zornik. Al Rey groning se le atribuyen poderes de magia oscura. Cuentan que fue criado por una especie de bruja, descendiente directa de uno de los nigromantes negros. Y los ojos de Torko... me inquietaron; parecían estar hechizados, brillantes, esa mirada fija y vacía a la vez, colmada de codicia.

—Padre, no creo que debieras preocuparte por los ojos de Torko, pues la codicia siempre brilló en ellos —dijo Kiril.

—Las mismas palabras que han salido de tu boca fueron las que pronunciaron Thuma, Dulba y Guilemin —dijo Akrog—. A pesar de que eso debiera tranquilizarme no hace sino agitarme más. ¿Estaré equivocado o seré el único que percibe que el mal vuela en círculos cada vez más cerrados sobre nosotros?

—Pienso que tu exceso de responsabilidad, el haber tratado de buscar lo mejor para nuestro pueblo y nuestro clan durante tus años de lacrag han hecho que te encuentres siempre vigilante y en guardia. Mucho y bien has luchado por todos nosotros y ha llegado la hora en que dejes que otros tomen el mando de la nación. Te has ganado el derecho a pasear alrededor del Lago Argul con el resto de ancianos del pueblo... ¡Ja, ja, ja! —rió Kiril—. Vamos padre, olvídate de todo y disfrutemos de este venado en compañía de nuestros amigos. Verás que envidia despertaré en Maikel, Thelmor y los otros cuando les cuente como lo he cazado.

—Bien harías en decir que he sido yo quien lo he cazado —respondió con prontitud Akrog—, pues fue mi flecha la primera que encontró al venado. Tú sólo le acertaste una vez que yacía herido de muerte. Como además veo que tienes ganas de perder de vista a este viejo, me iré caminando solo hacia Alkoburgo al ritmo de un anciano.

Kiril tomó con dificultad el animal y nuevamente se lo colocó a la espalda.

Sujetólas patas con sus brazos y comenzó a correr detrás de su padre. Akrog continuaba con paso firme mientras de vez en cuando giraba la cabeza para ver sufrir a su hijo portando la pesada carga, al tiempo que esbozaba una sonrisa. Kiril le recordaba al pobre *Tranco* tirando de la carreta y ahora comprendía el padecimiento del animal. Y así, con largas zancadas, fueron recortando el camino que restaba hasta su hogar. Akrog se había olvidado por unos instantes de sus problemas y disfrutaba del bello paisaje, más desnudo y carente de ropajes a medida que avanzaba el otoño.

—Será un duro y frío invierno —profetizó Akrog y girando completamente su cuerpo se dirigió a Kiril y le dijo—. Vamos, hijo, acelera el paso. Un joven como tú puede caminar más rápido. Pareces un viejo caballo cojo. Si no te apresuras las aves de carroña darán pasto de ti y del venado antes de llegar a Alkoburgo.

—¡Grrr! —fue lo único que pudo farfullar entre dientes Kiril, mientras las gotas de sudor corrían como una cascada por su blanca tez.

Habían transcurrido varias horas desde que los dos alkos habían regresado a su hogar. Akrog estaba asando la pieza de caza, mientras Kiril recolectaba comensales para la opípara cena. Torilo, Maikel, Oyvind, Ingvar y Thelmor fueron los afortunados estómagos que degustarían el sabroso manjar. Uno a uno fueron llegando a la casa de Akrog y siempre se repetía el mismo saludo.

—Buenas tardes, Akrog. Venimos a degustar el venado que tu hijo ha cazado y que amablemente nos ha invitado a compartir con vosotros.

En ese momento Kiril y Akrog cruzaban sus miradas, se sonreían y entonces Akrog respondía:

—Perdonad que os corrija, pero el venado que Kiril ha cazado estaba ya muerto; muerto por mi flecha que le atravesó el cuello. Mi valeroso hijo remató a la peligrosa alimaña, no fuera a volverse contra nosotros en su agonía de muerte.

Uno tras otro reían ante el sarcástico comentario de Akrog. Incluso Kiril, al que su padre siempre le había parecido muy ocurrente.

—El asado está casi a punto —dijo Akrog—. Sentaros en torno a la mesa. Kiril, sirve por favor un poco de biluk a nuestros invitados.

—Con un poco no solucionaremos nada. Necesitaremos al menos un barril para saciar nuestros secos gaznates —respondió Torilo, mientras todos se carcajaban.

Kiril presto a las órdenes de su padre, trajo de la despensa un barril de biluk del que fue sirviendo a cada uno de los comensales. En realidad hubo de hacerlo dos veces, pues la cerveza no duró apenas unos segundos en los vasos. Realmente estaban sedientos.

Una vez apaciguaron su sed, apareció Akrog con el humeante y chispeante asado. El olor que emanaba hizo que algún estómago gritase de una manera desenfrenada.

—Cerrad vuestras sorprendidas bocas. ¿Es que no recordáis que además de ser el mejor cazador del clan, soy también el mejor cocinero? —y mirando a Torilo añadió

—; con el permiso de mi viejo amigo aquí presente, por supuesto.

—Dejémonos de halagos y empecemos a comer. La carne se enfriará si seguimos hablando como viejas alcahuetas —dijo Thelmor mientras se abalanzaba sobre uno de los muslos del venado.

Y tras Thelmor los demás fueron tomando trozos del animal que cortaban con sus afilados cuchillos y que posteriormente devoraban con sus aún más afilados dientes. El biluk corría por la mesa y no pasó mucho tiempo hasta que Kiril tuvo que levantarse a por un nuevo barril.

—¿Es quizás esta cena el prelude de la celebración por la boda de Kiril con la bella Ihola? —dijo un eufórico Oyvind envuelto en los vapores del biluk.

—Sí, Kiril, seremos tus invitados de honor, ¿verdad? —añadió Maikel, a la vez que un coro de risas acompañaban a su comentario.

—Para ello tendré que vencer en la iokane, y a pesar de ello, no sé si la hija de Zornik será de mi agrado... —respondió Kiril apesadumbrado, pareciendo tomar repentinamente conciencia del cambio que sufriría su hasta ahora sosegada existencia en caso de triunfar en aquel desafío.

—No te apures mi buen amigo, nosotros te ayudaremos en tu entrenamiento y te daremos ánimos durante la competición —respondió Ingvar.

—Además he oído que Ihola es una de las mujeres más bellas que existen. Dicen que tiene un largo y rizado pelo negro, que sus ojos se asemejan a dos esmeraldas en medio de su rostro, y que su cuerpo es un compendio de voluptuosas formas —decía un embobado Maikel.

—Torilo, hora es que tu hijo encuentre esposa, pues parece que pierde la lucidez al hablar de mujeres. Quizás la bella Tarkia sería una buena pareja para él —dijo Thelmor.

—¡Esa vieja solterona! ¡Ni aunque fuese la última mujer en toda Tierra Conocida me atrevería a desposarla! —respondió airadamente Maikel.

Los demás no podían mantenerse en sus sillas pues la risa les hacía tambalearse más que el propio biluk.

En ese jovial ambiente transcurrió la animada cena en casa de Akrog. Del venado no quedó nada, ni siquiera las flechas que le habían dado muerte. Por el suelo de la estancia rodaban dos vacíos barriles de biluk, mientras un tercero presidía la mesa. Como en cualquier celebración nerlinga que se preciase los cánticos no tardaron en hacer acto de presencia. A pesar de que el biluk trababa sus lenguas, nadie perdía la ocasión de cantar y reír. Una de las canciones más celebradas fue la que improvisó Maikel sobre la posible boda de Kiril.

*Como un ciervo por el campo corrió,
como una ardilla por el árbol trepó,
la bandera de los alkos tomó
y el corazón de la bella Ihola conquistó.*

*En la celebración un venado entero engulló
que con tres barriles de biluk acompañó.
Y cuando en el lecho de amor se acostó
como un viejo borracho dormido se quedó.*

Pasaron las horas y se fueron apagando los ecos de las canciones. La cerveza ahora los adormecía en vez de exaltarlos. La madrugada avanzaba y estaban agotados. Se despidieron como pudieron y abandonaron la casa, algunos sin poder mantener un rumbo fijo. Kiril completamente destrozado se dejó caer en su cama. En unos segundos el martilleo del biluk sobre su cabeza le dejó fuera de combate, abrazando un profundo y dulce sueño. Akrog tampoco tuvo problemas esa noche para conciliar el sueño, completamente desinhibido de sus recientes preocupaciones.

Fue así como se consumieron los días hasta llegar a la fecha señalada. Por las mañanas Kiril acompañaba a pescar o a cazar a su padre y por las tardes se entrenaba durante las horas en que brillaba la luz de la estrella del día para competir en la iokane. Sus amigos Thelmor, Maikel, Oyvind e Ingvar le ayudaban, haciéndole esforzarse más de lo que él quisiera, sobre todo a la hora de trepar por los árboles, tarea ésta que no era del agrado de Kiril. También decidieron donde se colocarían para darle ánimos durante la iokane. Una loma a medio camino entre Lothikaton y Alkoburgo desde la que se divisaba gran parte del recorrido fue el lugar elegido. El apretado pinar que la coronaba les resguardaría del viento durante la espera.

Akrog había recuperado parte de la paz interior perdida, aunque aún permanecían latentes en él el temor y la duda. Rezaba con devoción a su diosa para que todo transcurriese por los cauces de la hermandad y que el río de la guerra no se desbordase anegando con su sangre las tierras nerlingas. Solamente unas lunas le separaban de su destino y sabía que ya nada podría impedirlo. Para bien o para mal, la suerte estaba echada.

Adiós a Lothikaton

Era el 14 de noviembre de 1045 según el calendario groning, el onceavo período también llamado como el del oso gris. Era la víspera de la llegada de los gronings a Lothikaton. Era la antesala de una nueva era, el último día de los Años Antiguos.

La capital nerlinga era un auténtico hervidero de gentes en continuo trasiego. Se ultimaban los preparativos para los próximos tres días de fastos. Hombres y mujeres pertenecientes a los cinco clanes engalanaban la ciudad, a la vez que colaboraban en las labores de cocina e instalación de improvisadas tiendas de tela, para la ingente cantidad de personas que visitarían la ciudad los próximos días. La intendencia estaba resultando una actividad muy costosa, pues eran necesarios miles de kilos de alimentos y de litros de biluk para satisfacer las necesidades alimenticias que se generarían durante los festejos. Las bodegas y despensas de toda la región estaban vacías. Nunca antes se había producido un acontecimiento de igual magnitud en Jactinia.

Un grupo de hombres se encontraba señalizando con banderas el recorrido de la iokane. A lo largo del mismo seleccionaron cinco de los árboles más altos y frondosos. En lo alto de sus copas colocaron cada una de las banderas de los clanes; alrededor y entre sus ramas, lanzas y todo tipo de objetos punzantes. El recorrido se completaba con un ascenso por un terreno pedregoso y embarrado, descendiendo a continuación por los campos que desembocaban en la parte norte de la ciudad, conduciendo a los participantes hasta la llegada situada a las puertas del castillo. Allí mismo varios carpinteros se apresuraban en terminar el montaje de un palco, desde el cual los lacrags junto al Rey Zornik y su hija Iholá observarían la llegada de los cinco jóvenes pretendientes.

Partidas de lanceros bunkos junto con guerreros del resto de clanes montaban guardia alrededor de la ciudad. Desde el destacamento del Puente de Piedra llegaron días atrás noticias del cruce del Río Arquiri-Valu por parte del Rey Zornik y su séquito. La incursión en tierra nerlinga fue realizada pacíficamente, según decía el mensaje que portaba la paloma mensajera, noticias éstas que tranquilizaron notablemente a Akrog y al resto de lacrags.

El día avanzaba inexorablemente, mientras todavía seguían llegando gentes de los burgos. Más de cuarenta mil personas se concentrarían en Lothikaton, sin incluir a Zornik y su séquito, previsiblemente en número aproximado de mil. Unos cientos de nerlingos permanecerían en los burgos realizando las labores de mantenimiento diarias. Pero sin duda, su curiosidad les impulsaría durante el transcurso de los festejos a acercarse durante unas horas a la capital.

Akrog y Kiril ya se encontraban en Lothikaton, y por su rango de lacrag se

hospedaban en el castillo, al igual que Guilemin, Dulba, Thuma y sus respectivos primogénitos. Torko se paseaba como un pavo real engalanado con sus más bellos plumajes, disfrutando cada instante, más aún si cabe desde que recibió el tranquilizador mensaje desde Puente de Piedra. Su hijo Droko caminaba por el exterior del castillo en compañía de los que mañana serían sus rivales. De carácter más humilde que su padre, no le importaba compartir esos momentos con Kiril, Anodrac, Olisen y Talik. Los cinco jóvenes discutían sobre la belleza de Iholá y apenas si se preocupaban de la dureza de la iokane o de quién sería el vencedor. Pactaron que la competición se desarrollaría en buena lid, y que nadie trataría de entorpecer la carrera de los demás. Bajo esos principios regirían en el futuro los designios de su pueblo. Savia joven para una nueva nación, decían a la vez que reían.

El día tocaba a su fin y muchos corrieron a acostarse con la inocente creencia que antes llegaría el nuevo amanecer y con él el primero de los Nuevos Días; los años de la mariposa como muchos ya los llamaban, bromeando por la similitud entre el cambio de larva a crisálida y el producido en la relación de las dos naciones.

En el castillo se ofrecía una suculenta cena en honor de los futuros campeones, con la que tomar fuerzas para afrontar la prueba de la iokane, la regencia y la nueva vida en la que se sumergiría el vencedor de la misma.

Una vez finalizada la cena los comensales fueron abandonando la sala para dirigirse a sus aposentos. Kiril no fue una excepción y cansado por el viaje hasta Lothikaton trató de conciliar el sueño. Pero los nervios, que comenzaron a aflorar en él como el suave y continuo cambio de marea, se lo impidieron. Adivinando con intuición paternal lo que le sucedía a su hijo, Akrog entró en la habitación donde Kiril trataba de descansar.

—Buenas noches, hijo mío —dijo Akrog.

—Me has asustado, padre —dijo Kiril mientras se incorporaba—. Trataba de dormir, pero la verdad es que no he tenido demasiado éxito. Mis ojos se niegan a cerrarse, como queriendo permanecer aferrados al presente.

—No es de extrañar; a partir de mañana nuestras vidas ya no volverán a ser las mismas. Nuestro mundo no será igual a como hoy lo conocemos. Pase lo que pase, sé siempre fuerte y vive en la esperanza. Recuerda las enseñanzas que durante estos años te he transmitido —dijo Akrog.

—Padre, hablas como si fuera a acontecer una fatalidad —repuso Kiril—. No debes atormentarte más por la decisión tomada en el Consejo de los Lacrags. Libérate de esa carga, pues no fuiste el único que participaste en el consejo. El tiempo dictará si el camino que vamos a recorrer es el adecuado —añadió Kiril a la vez que observaba los ojos de su padre.

—Siento que con el nuevo día abandonarás definitivamente mi brazo protector, y volarás sólo en busca de tu destino. Te deseo la mejor de las venturas y rezo a Nerlinguia para que vele por ti ahora que yo ya no puedo hacerlo —y agachándose sujetó con sus poderosas manos los hombros de Kiril y, con la suavidad con que un

gato se desliza entre las piernas de su amo, le besó en la frente.

Ambos se miraron durante unos segundos, hasta que Akrog despidiéndose con un gesto de su mano, dejó que Kiril volviese a intentar conciliar el sueño. Éste quedó pensativo y con cierta tristeza al comprobar la pesada carga que seguía soportando su padre. Pero igual de pesada era la que el propio Kiril sentía sobre sus jóvenes párpados, lo que hizo que sin darse cuenta cayera dormido. Akrog caminó por el pasillo del castillo y entró en su habitación. Se despojó de la ropa y se acostó en el lecho. Sin poder contener su tristeza decenas de lágrimas brotaron de sus ojos como el nacimiento de un caudaloso río, lágrimas que durante varias horas empaparon su almohada de pieles.

La noche transcurrió en calma, sólo importunada en ocasiones por un suave pero frío viento que producía extraños sonidos en el sereno silencio de la oscuridad. Finas y alargadas nubes viajaban por los cielos de Jactinia. A unas decenas de kilómetros de Lothikaton, al amparo de las Montañas Nerlingas, descansaba la caravana groning. Quienes recuerdan aquella noche, cuentan que fugaces destellos luminosos surgían de la tienda en la que el Rey Zornik descansaba. Incluso algunos aseguran que oyeron breves conversaciones en un extraño dialecto nunca antes escuchado.

La madrugada parecía acortarse y viajar más rápido que nunca al encuentro del somnoliento amanecer, el cual a duras penas comenzaba a iluminar con una tenue luz Tierra Conocida. Los rayos del sol penetraban con dificultad entre la cortina de nubes que cubría el cielo, y sólo ese persistente frío viento ayudaba a que la frágil luz otoñal acariciase los verdes prados que rodeaban a la capital nerlinga. Las aguas del Lago Argul permanecían en calma, solamente alteradas por la ocasional pesca furtiva de las aves tempranas. El primer día de los Nuevos Años había nacido.

La caravana groning terminaba de levantar el campamento al pie de las Montañas Nerlingas y comenzaba a ensillar sus monturas. Cerca de mil hombres llegarían a Lothikaton dentro de unas horas. En el castillo, Torko y los suyos ya se habían puesto manos a la obra y ultimaban los detalles de los diversos ceremoniales que se llevarían a cabo durante el día. Los caminos que conducían a Lothikaton comenzaban a poblarse de gentes de todos los clanes, como una comunidad de hormigas que acuden a la llamada de su reina.

En la parte alta del castillo, Thelmor, Maikel, Oyvind e Ingvar corrían por el pasillo a despertar a su amigo Kiril. Habían pasado la noche en una de las cabañas que rodeaban al castillo y su impaciencia les había hecho levantarse horas antes. No querían perderse ni un solo instante de aquel día.

—Despierta dormilón. Ni un grupo de gallos roncós conseguirían sobresaltarte —dijo Thelmor.

—Si no te despiertas, llegarás a la iokane cuando tus contrincantes la hayan terminado —añadió Maikel.

—Y no encontrarás un solo vaso de biluk, porque ya nos los habremos bebido todos —dijo Oyvind mientras los demás reían.

—Está bien, ahora voy, pero dejarme desperezarme tranquilo. Entráis en mi habitación como osos en una colmena de abejas perturbando mi descanso. ¿Es así como pretendéis que gane la prueba? —y sin que pudiera continuar hablando nuevamente Maikel trató de hacerle rabiar.

—Ni la prueba ni a la bella groning. Si eres tan rápido en la iokane como levantándote de la cama, terminará en brazos de Talik, Olisen y los demás ¡Ja, ja, ja! Pareces un oso hibernando —y todos le hicieron coro.

—Te esperaremos en el comedor. Debes desayunar bien y remojar tu cabeza en las aguas del lago. Necesitas tener tu cuerpo y tu mente despejadas, sino te convertirás en el hazmerreír de los alkos —dijo Ingvar mientras abandonaba la habitación con el resto de amigos.

Kiril se incorporó frotándose sus cerrados ojos con los puños. Comenzó a vestirse nerviosamente, acelerado por el deseo de vivir intensamente ese histórico día para su pueblo. Se calzó las botas y bajó al comedor. Allí disfrutó del desayuno entre las bromas de sus compañeros de clan. En las otras mesas, Droko, Talik, Olisen y Anodrac departían amigablemente con los suyos. Se respiraba alegría y optimismo entre los más jóvenes, no así en la mesa que compartían Thuma, Dulba, Guilemin y Akrog. La responsabilidad atenazaba sus mandíbulas, apenas hablaban y a duras penas podían con el desayuno. Fueron los primeros en abandonar la sala, mientras sus hijos y amigos continuaban sus animadas conversaciones.

Akrog se dirigió a la parte alta del castillo y entró en la habitación de su hijo. Como hizo la noche que convocó a los otros lacrags en Alkoburgo, extrajo de entre sus ropas el Kolkar del clan de los alkos y lo depositó suavemente sobre la desecha cama de Kiril. Tomó también un pequeño trozo de piel curada en la que había escrito algo y la colocó bajo el Kolkar. Una lágrima serpenteó por su rostro y un halo de tristeza envolvió la sala. Permaneció allí durante unos minutos, de pie, clavado frente a la enseña, despidiéndose de ella, del amuleto protector que le había acompañado desde que su padre Agroken se lo entregó. Sus ojos parpadearon y recobraron la consciencia. Miró por última vez el Kolkar y abandonó la habitación.

Kiril ya había terminado su desayuno y limpiaba sus labios con un trapo. Recordó que había olvidado su cuchillo de caza en la habitación y subió a recuperarlo. Al abrir la puerta de la estancia vio algo que brilló con los rayos de luz que por ella penetraban. Se acercó al lecho en el que había descansado durante toda la noche y comprobó que lo que allí había era el legado de su padre. Tomó el Kolkar alko con las dos manos aferrándolo a su pecho. Luego desdobló suavemente el mensaje que Akrog había depositado bajo la enseña y comenzó a leerlo. La nota era breve y decía lo siguiente:

El tiempo es el dios de nuestra diosa,

*el tiempo es nuestro amo y señor,
el tiempo es el dueño de nuestra vida y libertad.*

*Hoy finaliza la mía y comienza la tuya.
Deja que el tiempo te guíe y aconseje,
deja que el tiempo te conduzca a tu destino.*

Cierto fue que Kiril no alcanzó a comprender el significado del mensaje, mas creyó intuir que su padre deseaba que por fin volase sólo en el gran día en que se convertiría en Rey de la nación más poderosa de Tierra Conocida. Sin embargo seguía percibiendo la pena que desde hace semanas soportaba su viejo corazón. Embargado por una rara tristeza, Kiril enrolló con cariño el mensaje y lo colocó junto al Kolkar. Alzó la mirada y rezó a su diosa, rogándole que le proporcionase fuerza y entereza para afrontar el mayor reto de su vida.

Todo estaba preparado para el gran día. Una multitud se agolpaba en torno al castillo y en los caminos de acceso a Lothikaton unos cientos de rezagados caminaban apresuradamente. Los cinco lacrags estaban sentados en el palco y sus hijos charlaban en los aledaños del mismo. Varias compañías de soldados formaban para recibir a Zornik y los suyos. Maikel, Thelmor y los gemelos Oyvind e Ingvar hacía tiempo que se habían dirigido hacia el punto del recorrido de la iokane que días atrás habían elegido. En el ambiente se palpaba una inusitada expectación y un murmullo envolvía la ciudad, algo extraño en aquellas gentes calladas y silenciosas. En las almenas del castillo, los vigías lanzaban sus penetrantes miradas hacia los alrededores de la capital en busca de la caravana groning. Más de veinte hombres permanecían prestos a hacer sonar los cuernos de llamada en cuanto recibieran la esperada señal.

La multitud comenzaba a impacientarse. Los lacrags giraban nerviosamente sus cabezas buscando al Rey groning. El viento comenzó a soplar con más intensidad y nuevas nubes se acercaron a Lothikaton. Un grupo de patos que nadaban en las aguas del Lago Argul alzó el vuelo repentinamente. A lo lejos se oyó el eco de cascos de caballos. Paulatinamente el sonido se fue haciendo más fuerte y continuo, hasta que un enérgico grito se elevó desde lo alto de las almenas.

—¡La caravana groning! ¡Llega la caravana groning! —gritó uno de los centinelas, y sin que se apagase el eco de su voz, la estruendosa llamada de los cuernos nerlingos resonó en todo Lothikaton, llegando a oírse incluso en los caminos cercanos, lo que hizo apresurar aún más si cabe la marcha de los últimos rezagados que se dirigían a la capital.

Segundos más tarde la cabecera del grupo apareció a la vista de los allí congregados. El gran grupo avanzaba homogéneamente, con paso firme, reduciendo la distancia que le separaba del palco presidencial. A su paso la gente retrocedía,

temerosa frente al fiero aspecto de los gronings. Encabezaba la marcha un hombre a caballo portando el estandarte groning, un gran lobo negro sobre el que pendían dos espadas cruzadas, el fondo de color rojo intenso. A continuación, a un par de metros de distancia, le seguía el Rey Zornik flanqueado por dos de sus Mariscales. Su aspecto era demoníaco. Enfundado en un ajustado traje rojo, con capa y cota de malla negra, calzaba unas largas botas que le llegaban hasta las rodillas. Sin ser excesivamente alto ni corpulento, transmitía una sensación de gran poderío, y su rostro, de tez morena y gélidos y brillantes ojos oscuros, junto con su larga cabellera negra anudada en una trenza y su recortada barba, completaban la aterradora imagen que cada uno de los allí presentes había imaginado. En el lado derecho de su cuello, una curiosa marca de nacimiento asomaba a través de sus vestiduras. Sobre su brazo izquierdo, un halcón de aspecto fiero le acompañaba como fiel escudero.

El resto de hombres que formaban la caravana vestían de forma similar, aunque su apariencia física era más variada; a pesar de que predominaban los morenos de ojos oscuros, también podían verse soldados de cabello rubio y ojos claros, e incluso hombres de color, fruto sin duda de la mezcla racial con pueblos sometidos por los gronings a lo largo de su belicosa historia. En mitad de la caravana marchaba Ihola, la hija de Zornik. Su belleza no tenía parangón con el resto de mujeres de Tierra Conocida. Su pelo negro y rizado como una tormenta en el mar, sus ojos verdes como esmeraldas incrustadas en su rostro, sus labios perfectamente perfilados y su esbelto cuerpo, generoso en formas, pronto hicieron que se convirtiese en centro de atención para Kiril, Olisen, Droko, Talik y Anodrac. Su cuello estaba adornado por un collar de plata del que colgaba un hermoso rubí incrustado en un anillo del mismo metal. Su cuerpo permanecía oculto tras un ajustado vestido de color blanco marfil, que contrastaba con la marea de colores rojos y negros que la rodeaban. Altiava como su padre, apenas si prestaba atención a los murmullos y exclamaciones que los nerlingos expresaban a su paso.

La caravana groning llegó hasta el pie del palco. El portador del estandarte descabalgó de su montura, avanzó unos pasos y se arrodilló ante Torko. Extendió sus brazos y ofreció el estandarte al ahora Rey Nerlingo. Torko, orgulloso, lo tomó entre sus manos y mirando a Zornik lo agitó varias veces. Un grito de júbilo brotó de la garganta de los gronings. Torko hizo llamar a uno de sus soldados y ordenó colocar el estandarte junto a los distintivos de los clanes nerlingos. Zornik y sus dos Mariscales desmontaron y pausadamente se acercaron al palco, deteniéndose a unos metros de él, momento en el que saludaron con una solemne reverencia a los allí presentes. El Rey Zornik tomó la palabra.

—Saludos para Torko y los demás jefes nerlingos. Como prometí hace treinta lunas, me presento ante vosotros, nobles regentes de los cinco clanes nerlingos, en son de paz junto a mi pueblo y con los que a partir de hoy serán mis hermanos. Mi hija Ihola también me acompaña y, tanto ella como yo, quisiéramos conocer al que será el futuro Rey de nuestro pueblo.

—Bienvenido seas, Zornik —respondió Torko, y le acompañaron en el saludo todos los lacrags—. A pesar de la incredulidad de otros, yo siempre tuve fe y confianza en tu palabra. Tu gesto, no hace más que corroborarla. En efecto, a partir de esta fecha, todos seremos hermanos e hijos de una misma nación, y la persona que regirá nuestro destino en compañía de tu hija Iholá será uno de estos cinco jóvenes.

A un leve gesto de Zornik, Iholá se acercó al palco. Ella lo tomó del brazo y se aproximaron a donde permanecían expectantes los cinco nerlingos. Torko hizo las veces de anfitrión.

—Éste es Kiril, hijo de Akrog, del clan de los alkos —y Kiril se inclinó sin perder detalle de la bella Iholá.

Cuando Zornik pasó a su lado sintió que su alma se estremecía, y un sudor frío recorrió su espalda al contemplar aquellos ojos, fríos como un témpano de hielo.

—Él es Anodrac, hijo de Dulba, del clan de los celkos —y al igual que Kiril no perdió de vista a la hija de Zornik.

—Frente a ti, Olisen, hijo de Thuma, del clan de los helkos —y como sus dos amigos realizó una cortés reverencia.

—Éste es Talik, hijo de Guilemin, del clan de los bilkos —y Torko apresurándose por presentar a su hijo, aceleró el paso.

—Y finalmente Droko, mi hijo, descendiente de la más noble dinastía bunka, será el representante de su clan y del actual Rey Nerlingo.

Iholá observó someramente a los jóvenes sin prestarles excesiva atención, pareciendo no importarle cuál de ellos se convertiría en su esposo. Finalizadas las presentaciones, Torko hizo lo propio con los lacrags, quienes de no muy buena gana tuvieron que estrechar la mano del hasta la fecha mortal enemigo. Zornik fue acomodado en un lateral del palco, al lado de su amigo Torko, quien se aferraba con orgullo al precioso báculo de mando nerlingo.

—Me alegra comprobar que respetaste las condiciones del pacto al ver que tus hombres acudieron desarmados —dijo Torko.

—Mi buena fe es patente, pues pretendo que nuestra convivencia se base en la confianza y en el respeto de los acuerdos adoptados —respondió Zornik.

—Espero que tus palabras perduren para siempre —respondió Guilemin desde el otro extremo del palco.

—Comprendo vuestro recelo, mis amigos —habló nuevamente Zornik—, pero deberemos tener una mutua confianza. Mis intenciones son nobles hacia el pueblo nerlingo. No deseo más vuestro mal. Como ya dije antes, a partir de hoy todos seremos hermanos e hijos de un mismo pueblo.

Nadie contestó a las palabras del Rey groning, pero el silencio fue clarificador. Torko lo rompió llamando ante sí a los cinco participantes en la iokane.

—Jóvenes nerlingos, descendientes de nobles estirpes, futuros Reyes de nuestra nación. Hoy es el día más importante de vuestras cortas vidas. Hoy, uno de vosotros, se convertirá en el Rey de un nuevo pueblo. Por ello os pido que os entreguéis en la

iokane, luchando en ella hasta la extenuación, pues ahora necesitamos al mejor de todos los posibles, alguien capaz de morir por sus hermanos, alguien que les dirija con brazo firme y ecuánime a la vez.

Los cinco aspirantes sintieron que el peso de la responsabilidad les atenazaba, pero trataron de sobreponerse a ella con valentía. Dudaban sobre sus capacidades para dirigir tamaña empresa, pero se sentían reconfortados al ver a sus padres y saber que siempre contarían con su apoyo, sabiduría y consejo.

Torko realizó una señal agitando sus brazos, y el camino quedó despejado de gentes y guerreros.

—¡Qué gane el mejor y que Nerlinguia os acompañe! —gritó tomando nuevamente la palabra—. ¡Corred hacia vuestro destino! ¡Adelante! —e inmediatamente un cuerno sonó y comenzó la prueba.

Kiril, Anodrac, Olisen, Talik y Droko salieron en estampida y la muchedumbre rugió, cada persona vitoreando al representante de su clan.

Tras la fulgurante salida, los cinco jóvenes redujeron el ritmo de su carrera, pues largo era el camino que les quedaba por recorrer. Cada uno de ellos vestía pantalón negro y una camisola del color del clan al que pertenecía, estampada en la parte delantera con un dibujo en finos trazos del escudo. La de Kiril era azul, y en ella aparecían la runa A, un arco y una flecha junto al sol y la luna. Siguiendo al hijo de Akrog venía Talik, con camisola roja, y un dibujo consistente en la runa B y dos caballos frente a frente sobre los que pendía una espada. A poca distancia les seguía Olisen, con camisola blanca, la runa H, dos palomas, una casa y un hacha como símbolo de su clan. Finalmente y a unos veinte metros les perseguían Anodrac y Droko. El primero portando una espada sobre un escudo al lado de la runa C sobre fondo amarillo, y el hijo de Torko, completamente de negro y su escudo compuesto por la runa B, un caballo y una lanza resaltados en blanco.

El grupo de cinco se estiraba y encogía según la dificultad del terreno. Habían recorrido aproximadamente un kilómetro y se dirigían bordeando el Lago Argul hacia una de las zonas del bosque. En Lothikaton los ecos del griterío de la multitud se habían apagado y ahora sólo se oían murmullos y comentarios. Para hacer más leve la espera se había comenzado a repartir biluk y algo de comida. En el palco predominaban los rostros serios, exceptuando a Torko y a Zornik que departían animadamente. Akrog, Thuma, Dulba y Guilemin se concentraban tratando de infundir fuerzas a sus hijos. El halcón de Zornik no se despegaba ni un solo instante de su amo, y escrutaba con sus agudos ojos todos y cada uno de los movimientos de los soldados nerlingos.

La iokane seguía avanzando y, tras ya casi cuatro kilómetros de recorrido, aún no habían avistado ninguno de los estandartes colocados en las copas de los árboles. Poco a poco comenzaban a impacientarse. En cabeza marchaban Kiril y Talik, a los

que se les había unido hace unos minutos Olisen. Más retrasados, aunque siempre a la vista, les seguían Anodrac y Droko que parecían encontrarse en peor forma física que sus compañeros. Sus rostros comenzaban a reflejar ligeros síntomas de fatiga y las primeras gotas de sudor comenzaron a perlarles la frente.

—Si esto sigue así, ni Anodrac ni Droko disfrutarán del amor de la bella groning —dijo Olisen.

—Tampoco estoy seguro que lo haga el vencedor —respondió entrecortadamente Kiril—, pues no exteriorizó entusiasmo alguno al conocernos.

Talik no respondió y ahí terminó la conversación, ya que el alto ritmo que mantenían les impedía respirar y hablar al mismo tiempo. Unos cientos de metros más adelante, Kiril divisó a lo lejos el estandarte alko sobre la copa de un enorme abeto. Cual fue su sorpresa cuando, a medida que avanzaba, se percató de la presencia de Maikel, Thelmor, Oyvind e Ingvar, quienes estaban situados enfrente del árbol, en el lugar que habían elegido días atrás.

—Premonitorio —pensó Kiril.

Una vez que estuvieron próximos al abeto, Kiril se despidió por el momento de Olisen y Talik, ya que más tarde debería alcanzarlos para llegar el primero a Lothikaton. Se separó del grupo y corrió velozmente hacia el árbol mientras sus amigos le animaban desde el pequeño promontorio. Anodrac y Droko pasaban ahora a su altura y bordeando el camino desaparecieron de su vista siguiendo el recorrido establecido.

Kiril se aferró con pies y manos al tronco del abeto y comenzó a trepar. Debía hacerlo rápida pero cuidadosamente, pues un gran número de lanzas, pinchos y demás objetos punzantes estaban dispuestos a lo largo del árbol. A pesar de hacerse algún pequeño corte sin importancia, consiguió llegar con facilidad a lo alto de la copa, fruto de los intensos entrenamientos a los que sus amigos le habían sometido. Tomó con orgullo el estandarte alko y lo agitó mirando hacia Thelmor, Maikel, Oyvind e Ingvar. Ellos alzaron sus brazos en señal de victoria y le vitorearon con más fuerza aún si cabe. Kiril giró noventa grados en la copa del árbol, tratando de comprobar si desde ella se divisaba Lothikaton, pero fue imposible, ya que al estar situado en la parte baja del valle las grandes arboledas y bosques que lo circundaban impedían verlo. Nuevamente se giró y lanzó una última mirada al horizonte antes de descender. En ese instante, creyó ver algo que se movía a un kilómetro de distancia. Era un caballo, pero no adivinaba a distinguir con claridad a su jinete. Parecía que estaba tumbado sobre su montura, como desmayado a lomos del animal. Observó que el caballo se acercaba lentamente en dirección hacia la posición que ocupaba. Apresuradamente comenzó a bajar del árbol, y esta vez se hizo más cortes que cuando trepó por él. Saltó cuando se encontraba a dos metros del suelo y llamó con voz potente a sus amigos.

—¡Maikel! ¡Thelmor! ¡Venid aquí, rápido! ¡Un jinete se acerca! —y al tiempo seguía vociferando y gesticulando con sus brazos para reclamar su atención.

Ellos, sorprendidos por los gritos de Kiril, descendieron del promontorio, y en unos segundos ya se encontraban a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritabas? —preguntó jadeando Maikel.

—Desde la copa del árbol he divisado un caballo que se acerca —dijo Kiril—. Por lo que intuyo su jinete está malherido, o algo peor; está tumbado sobre el animal, inmóvil, sin conocimiento. Vayamos a su encuentro y averigüemos qué le ocurre a ese hombre.

Los cinco amigos se olvidaron por el momento de la iokane y corrieron internándose entre los árboles al encuentro del jinete. Su apresurada carrera les hacía tropezar frecuentemente con las raíces más atrevidas que surgían de la tierra. Kiril fue el primero en salir del enjambre de árboles y entrar en el claro. A sólo unos metros, un esbelto caballo alazán avanzaba pausadamente por las verdes praderas. Sobre sus lomos, un hombre moribundo con señales inequívocas de haber librado una dura batalla. Los jóvenes nerlingos detuvieron al caballo, mientras Ingvar y Maikel sujetaban al asustado animal para evitar que saliese en estampida lastimando más aún el ya maltrecho cuerpo del jinete. Thelmor, Oyvind y Kiril lo tomaron entre sus brazos y lo bajaron de la bestia. Dedujeron rápidamente que era un guerrero del clan helko, por el trapo blanco anudado en su larga trenza. Su pierna derecha estaba desgarrada a la altura del muslo por la mordedura de algún animal salvaje y perdía mucha de la poca sangre que le quedaba. También tenía una profunda herida en el costado izquierdo, posiblemente provocada por una espada, y una flecha clavada en su hombro derecho. Intentaron extraerle la flecha pero el hombre se retorció de dolor y finalmente decidieron partirla. Lo tendieron de costado, sobre la verde hierba que comenzaba a teñirse de rojo y, con un jirón de su camisa, le vendaron el muslo que sangraba. Por unos instantes recobró el conocimiento e incluso pudo reconocerlos como nerlingos. Sin que le preguntaran nada, comenzó a hablar entre susurros y quejidos.

—Vengo... vengo del Puente de Piedra. Yo formaba parte del... destacamento. Miles de gronings. Muchos. Nos sorprendieron... —y el hombre se detuvo unos instantes mientras trataba de respirar. Apenas podía hablar y un hilo de sangre brotaba de su boca. Cuando pareció tomar aliento continuó con su relato—. Tras el paso de Zornik, nos masacraron. Eran miles... Y esas bestias salvajes... los wolkurs... perros endemoniados... creía que eran una leyenda —y entre frase y frase tosía vomitando sangre—. Se dirigen... se dirigen a Lothikaton. Todo está perdido... Todo está perdido.

—¡No puede ser cierto! —contestó enfurecido Kiril—. Recibimos un mensaje del Puente de Piedra sobre el paso de la caravana groning, pero no se hablaba en él de ninguna batalla. Si fuisteis atacados, ¿por qué no enviasteis otro mensaje?

El hombre trataba de hablar, pero cuanto más lo intentaba más se ahogaba. Durante unos segundos inspiró aire bruscamente y nuevamente tosió sangre por su boca. Otra vez inspiró, ahora más lentamente y trató de contestar a Kiril.

—Halcones. Mataron a... a las palomas mensajeras. No pudimos avisaros. Eran muchos. Todo está perdido... huid y esconderos ahora... todavía... todavía podéis salvaros. Todo... todo está perdido —y sin poder respirar por más tiempo, el jinete helko expiró. Sus ojos permanecieron abiertos, resistiéndose a abandonar el mundo de los mortales, mientras un brillo de culpabilidad los iluminó por última vez.

—Que Nerlingua te conceda el descanso eterno —dijo Kiril y cerrando los párpados inertes de aquel hombre se volvió hacia sus amigos y les dijo—. Hemos sido traicionados por los gronings. Mi padre lo presentía. Maldigo el día en el que Torko habló con Zornik. Maldigo a todos los gronings.

—¡Fijaros! —gritó Oyvind y los demás le miraron con estupor—. ¡Mirad, allá a lo lejos! Debe ser sobre Lothikaton, mirad aquel pájaro sobrevolando en círculos la ciudad.

Los demás no conseguían ver nada, pues Oyvind siempre había tenido una vista privilegiada, propia de un elfo, como solía decir bromeando su propia madre.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó impaciente Kiril.

—Como os he dicho —continuó Oyvind—, un ave sobrevuela en círculos la ciudad. Pero de entre los bosques que rodean a Lothikaton, han surgido otros pájaros que se mueven de igual forma, como si danzasen algún extraño baile.

Sin que Oyvind pudiera relatar más de lo que estaba ocurriendo, lejanos gritos que provenían de diversos puntos estallaron al unísono resonando en todo el territorio nerlingo.

—iiiiEeeeeellllyyyyyy!!!!

A continuación, y sin solución de continuidad, el estremecedor sonido de cientos de tambores retumbó en toda Jactinia. *Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum.* Un sonido que no surcaba el aire desde hacía muchos años. La llamada a la guerra de los tambores gronings. Sin que los perplejos jóvenes reaccionaran, un anillo de fuego se encendió alrededor de la ciudad. Después de unos segundos el fuego voló, ascendió hasta la cúpula del cielo, y cayó despiadadamente sobre la ciudad y sus habitantes. La batalla de Lothikaton había comenzado. Kiril, Maikel, Oyvind, Ingvar y Thelmor se miraron sin poder salir de su asombro. No podían ni querían creer lo que estaba sucediendo. Las fiestas por las nupcias del nuevo Rey se convertirían en trágicos funerales.

—Tomemos las armas del árbol y dirijámonos con premura a nuestra capital —dijo Kiril, quien fue el primero en abandonar el letargo en el que todos habían caído—. No todo está aún perdido —añadió, y los demás asintieron.

Corrieron poseídos por una extraña fuerza hasta el abeto y tomaron de él lanzas y espadas, y por el sendero de la iokane se precipitaron hacia Lothikaton.

Minutos antes en la capital nerlinga, Zornik, con un imperceptible movimiento de su brazo, hizo que su halcón echase a volar. Ésa era la señal que el grandioso ejército de

hombres y wolkurs esperaban para caer sobre Lothikaton. Días atrás el ejército groning marchó a una prudencial distancia de la caravana del Rey para no ser descubiertos. Una vez que Zornik franqueó el Puente de Piedra y constató que el pequeño destacamento allí establecido había enviado el mensaje, elevó a los cielos a su halcón traicionero para que su feroz ejército masacrara sin piedad a los pocos pero valientes soldados nerlingos. Mirkiel, que era el nombre del jinete helko que murió en los brazos de Kiril, herido de gravedad en la batalla, fingió estar muerto, y tras el paso de las hordas gronings tomó uno de los caballos de reserva y se embarcó en un viaje hacia la muerte tratando de salvar a su pueblo. Su generoso esfuerzo parecía ahora baldío.

En Lothikaton toda la nación nerlinga sintió que un sudor helado de muerte recorría su cuerpo al oír aquel terrorífico grito. Sólo los más ancianos lo recordaban y comprendían su terrible significado. Luego llegaron los tambores y entonces, la caravana groning se despojó de sus capas, bajo las cuales ocultaban las espadas asesinas. Zornik, que permanecía sentado en el palco, se incorporó y gritó con voz potente y penetrante en respuesta al grito de sus huestes.

—¡iiiiEeeeeellllyyyy!!!!

Seguidamente desenfundó su espada y encaró a Torko, quien no salía de su asombro.

—¿Qué es todo esto? ¿Estás rompiendo el pacto! ¿Has traicionado la confianza que depositamos en ti! —le inquiría atónito Torko.

—Tú eres quien ha traicionado a tus súbditos —respondió airadamente Zornik—. Tu codicia te ha llevado a la destrucción. Nunca jamás un groning compartirá su imperio con un extranjero. Tú nos has servido en bandeja de plata el reinado sobre Tierra Conocida. ¡Gracias y hasta siempre, engreído y estúpido nerlingo! —y sin piedad la hoja de su espada atravesó de lado a lado el cuerpo de Torko.

Zornik le arrebató de entre sus manos moribundas el báculo de mando, la vara de marfil símbolo de la soberanía nerlinga. Y allí, ensartado en su asiento, se apagaron para siempre las ansias de poder del lacrag bunko.

Mientras Zornik acababa con la vida del padre de Droko, la columna groning ya había comenzado a cargar contra los indefensos aldeanos que allí se encontraban. Apenas unos quinientos guerreros de los cinco clanes trataban a duras penas de contener la ofensiva groning. El efecto sorpresa favorecía considerablemente a los traidores. Una patrulla trató de defenderse encerrándose en el castillo, pero en el interior de éste tropas groning los esperaban, ya que había quedado totalmente desprotegido debido al falso acuerdo de paz alcanzado entre ambas naciones.

Un reguero de fuego se propagaba en un anillo circundante a la ciudad. Las llamas se alzaron frente a ellos y cayeron sobre la capital como si de la ira de los dioses se tratara. Miles de flechas de fuego atravesaron a los que luchaban o trataban de huir, también a los gronings, pero eso no importaba al cruel Zornik quien intentaba que los cuatro lacrags corriesen la misma suerte del malogrado Torko. Éstos huían del

palco en busca de un arma con el que defenderse. Para Dulba fue demasiado tarde, pues Zornik le lanzó su espada clavándosela por la espalda e hiriéndole de muerte. Akrog, Thuma y Guilemin saltaron del palco sobre varios gronings que protegían a Zornik. Guilemin le propinó un fuerte puñetazo a uno de ellos, logrando arrebatárle su espada, con la que atravesó a otro de los lacayos de la guardia del Rey. Akrog consiguió tomar otra espada que yacía al lado del cuerpo sin vida de un soldado celko. Peor suerte corrió Thuma, acorralado por tres gronings que le dieron muerte. Akrog y Guilemin se acercaron y apoyaron espalda contra espalda.

—¡Redimamos el error que hemos cometido! ¡Hasta la muerte! —dijo Akrog.

—¡Hasta la muerte! —dijo Guilemin, y finalizó diciendo— ¡Que Nerlinguia nos perdona y acoja en su morada!

Y así cayeron Akrog y Guilemin. Tras matar a una decena de hombres, Akrog agotado por el esfuerzo comenzó a flaquear, y uno de los groning consiguió herirle en el costado, lo que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Sintió como sus rodillas se anclaban definitivamente en la tierra que le vio nacer y reinar. Escuchó la llamada de su diosa y a ella le encomendó la protección de su hijo. Cerró los ojos queriendo guardar en sus retinas la imagen de Kiril junto a él paseando por el Bosque de Alkos. Indefenso y entregado a los brazos de Nerlinguia, Akrog fue rematado por uno de los Mariscales del Rey. Guilemin, rodeado por el rey brujo y seis de sus esbirros, se lanzó en un último y desesperado ataque contra Zornik, pero sin que pudiera llegar a él, dos espadas se clavaron en su estómago. El círculo se abrió mientras Guilemin se tambaleaba. Zornik se adelantó y, demostrando una malsana crueldad, le segó la vida cercenándole la cabeza de un certero golpe. Era el último de los lacrags y la nación nerlinga quedó huérfana de un líder que la guiase, abocada sin remedio a un trágico y mortal destino.

El panorama era dantesco. Miles de aldeanos y habitantes de los clanes yacían muertos por doquier. De los cerca de quinientos guerreros nerlingos apenas si restaban ya varias docenas y todo aquel que trataba de huir se encontraba rodeado por una marea humana de gronings que estrechaban el círculo sobre Lothikaton. Los tambores no dejaban de sonar. *Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum. Tum, tum, tumtumtum.* Las lenguas de fuego caían ininterrumpidamente del cielo y las manadas de wolkurs, bestias híbridas de lobos y demonios, daban buena cuenta de los asustados fugitivos. En verdad el ejército groning era temible en cuantía y fiereza.

Poco a poco la débil resistencia fue apagándose hasta no quedar un solo nerlingo en pie. Sólo unos cientos de personas habían logrado escapar de la masacre y se dirigían hacia los burgos o los bosques cercanos. Sin embargo en las próximas horas sufrirían la implacable persecución de los gronings. Zornik había logrado diezmar en menos de una hora a la nación nerlinga, que aguardaba confiada y desarmada el comienzo de los Nuevos Años. Ciertamente los Nuevos Años habían comenzado, los años del terror y la destrucción.

Lothikaton ardía en llamas. Las cabañas eran quemadas y saqueadas por la sed de

destrucción groning. Los cuerpos sin vida de los nerlingos eran profanados por los wolkurs que los devoraban sin piedad. Los soldados también se apuntaron al festín para celebrar su victoria, dando buena cuenta de las viandas y el biluk preparados para las celebraciones nupciales. Parte del ala izquierda del castillo comenzó a derrumbarse pasto del fuego. Grandes columnas de humo se elevaban sobre Lothikaton. Y allí en lo alto, donde el humo no podía alcanzarlos, el grupo de halcones continuaba bailando la danza de la muerte en honor al ejército de Zornik.

Entretanto, el Rey y varios soldados de su séquito personal se dirigieron hacia la incendiada plaza central en la que todavía se alzaba majestuosa la estatua de la diosa Nerlinguia iluminada por Ethril Eilalith, la llama imperecedera, aquella que fue traída desde lo más profundo de la cúpula celeste por un blanco rayo el día en que Lothikaton fue fundada, y que ahora seguía brillando orgullosa sobre la palma de la mano de la diosa con nacarado fulgor, erigiéndose en el último bastión nerlingo. Zornik se postró frente a ella y comenzó a recitar un maléfico conjuro. Trataba de convertir en maldito, con su magia oscura, aquel lugar sagrado para los nerlingos y volver negra la hermosa estatua tallada en piedra. Pero allí moraba un halo de divinidad, un poder superior que se interponía en los propósitos del rey brujo. Varias veces lo intentó, pero todas fueron en vano. Furioso por su fracaso, levantó su espada y con ella destrozó la estatua de mármol y desplomó el pedestal de plata sobre el que la llama imperecedera se contoneaba desafiante. Pero a pesar de ser arrojada al suelo, Ethril Eilalith continuó ardiendo sobre el suelo de Lothikaton, cumpliendo la misión que le fue encomendada por la diosa Nerlinguia, iluminar por siempre el destino de su pueblo bienamado. Impotente y frustrado por no haber conseguido su objetivo, Zornik abandonó aquel lugar y mandó a sus hombres quemar y destruir hasta el último símbolo que recordase al pueblo nerlingo. Dictaminó también, que todos los supervivientes que fuesen capturados serían desterrados al Valle de los Elothas, donde trabajarían como esclavos en las minas de oro hasta el fin de sus días.

Bajo la tierra que soportaba los fragmentos de la estatua de Nerlinguia, se encontraban enterrados los Kolkars de los cinco clanes junto a un pedazo de una viga de madera, madera con la cual la diosa construyó la primera Lothikaton, el *Lugar de Reunión* de los Primeros Nacidos. El hechizo de Zornik fracasó, ya que su poder no era aún tan poderoso como para vencer a Nerlinguia. Todavía existía una pequeña esperanza para el pueblo nerlingo; sólo con la ayuda de su diosa lograrían vencer al mal que día a día emergía irrefrenable en Tierra Conocida.

Kiril, Maikel, Thelmor, Oyvind e Ingvar corrían desesperados hacia Lothikaton. Entre los árboles que jalonaban el camino, se erguían a lo lejos las enormes columnas de humo que brotaban de las cabañas incendiadas. Sus corazones se encogieron y sintieron flaquear sus fuerzas. Los ecos de la batalla se iban apagando lentamente. Repentinamente Kiril recordó a su padre, al que había olvidado hasta ese momento.

Lo sintió como una ausencia, como si ya no morase aquellas fértiles tierras. Y recordó lo que horas antes le había escrito:

*El tiempo es el dios de nuestra diosa,
el tiempo es nuestro amo y señor,
el tiempo es el dueño de nuestra vida y libertad.*

*Hoy finaliza la mía y comienza la tuya.
Deja que el tiempo te guíe y aconseje,
deja que el tiempo te conduzca a tu destino.*

Estas palabras resonaron una y otra vez en sus oídos, hasta que ya no pudiendo soportarlo más, detuvo su veloz carrera. Apoyó su cuerpo sobre el grueso tronco de un árbol y rompió a llorar. Sus amigos sin saber muy bien lo que le ocurría, volvieron sobre sus pasos y se acercaron a él.

—¿Qué te sucede Kiril? —preguntó Thelmor, mientras éste se enjugaba las lágrimas.

—Mi padre —dijo—, Akrog, hijo de Agroken, ha muerto. Lothikaton ha caído en manos de los gronings.

—¡No caigas en la desesperanza! ¡Ni tú ni yo lo sabemos! ¿Cómo puedes hacer tan funesta afirmación? —dijo Maikel—. Vayamos a la ciudad y comprobémoslo por nosotros mismos. Y si todavía queda algún maldito groning con vida recordará para siempre la fiereza alka —sentenció con bravura.

Sin que pudieran seguir hablando un grupo de unos veinte supervivientes, que remontaban el valle en dirección a los burgos, les dieron alcance en su desesperada huida. En ese grupo se hallaba Torilo.

—¡Maikel, hijo mío! ¡Estás vivo! Pensé que te había ocurrido lo peor —y se abrazó emocionadamente a Maikel. Rápidamente se repuso y gritó al resto—. ¡Esperad, no huyáis! —los que corrían se detuvieron por unos instantes y prestaron atención. Antes, Kiril interrogó a Torilo.

—Torilo, buen amigo, ¿es cierto el presentimiento que tortura mi alma? ¿Ha muerto mi padre? —y lo dijo de una manera tan fría y serena que sorprendió al padre de Maikel. Torilo le miró a los ojos y comprendió que no podía ocultarle la verdad.

—En efecto, Kiril —respondió con tristeza Torilo—. Tu padre murió como un héroe defendiendo a su pueblo hasta que fue rodeado y asesinado por Zornik y los suyos. La misma suerte corrieron los demás lacrags, incluso Torko, que murió a manos del propio Zornik, al que él consideraba como un amigo —hizo una ligera pausa y continuó—. Lo que hemos vivido en Lothikaton ha sido una horrible visión del infierno. Miles de gronings surgían de entre los campos y bosques, saqueaban y destruían todo lo que encontraban a su paso. Sólo unos pocos afortunados hemos conseguido escapar. Pero nos persiguen esas bestias, nos persiguen para darnos caza

—finalizó temeroso Torilo mientras Thelmor tomaba la palabra.

—Hermanos de todos los clanes —dijo—, aquí se encuentra nuestro nuevo lacrag y Rey, Kiril, hijo de Akrog, quien nos dirigirá y guiará a partir de ahora para que algún día podamos volver a recuperar la tierra que nos ha sido robada y construir sobre sus cenizas el nuevo y sagrado *Lugar de Reunión* de todos los nerlingos.

Todos asintieron y miraron a Kiril, pero el miedo que se había adueñado de ellos era mayor que la pequeña esperanza de la que Thelmor había hablado y nuevamente reemprendieron apresuradamente la huida.

—¡Hermanos nerlingos! —gritó Kiril con voz potente—. Debemos reagruparnos y huir, pues en la unión se halla nuestra fuerza. Volver con premura a vuestros burgos y correr la voz entre los que allí encontréis. Decirles que esta noche todos los supervivientes de los cinco clanes nos reuniremos en el Bosque de Alkos. Marchad hasta Alkoburgo y tomad el camino que lleva hacia el bosque. Allí decidiremos nuestro futuro.

No había Kiril aún terminado de hablar, cuando varios de los allí presentes huyeron repentinamente presas del pánico. A la vista apareció un grupo de doce personas perseguidos a poca distancia por cuatro gronings y dos wolkurs. Torilo y seis hombres más permanecieron al lado de Kiril y sus amigos.

—Nos enfrentaremos a ellos. De otro modo esas personas morirán —dijo Maikel.

—¡Adelante y que Nerlinguia nos acompañe y proteja! —dijo Kiril.

Kiril y sus compañeros se lanzaron cuesta abajo contra los gronings. Los dos wolkurs se abalanzaron sobre uno de los hombres desarmados y comenzaron a desgarrarle uno de sus brazos. Maikel clavó su lanza en una de las bestias, matándola al instante, mientras la otra mordía mortalmente el cuello de aquel hombre. Maikel extrajo la lanza del cuerpo del animal, pero en ese momento el otro wolkur que quedaba con vida se abalanzó sobre él clavando sus afiladas fauces en su brazo izquierdo. Gracias a que Thelmor estaba atento a la pelea, le ensartó con su espada dándole muerte. A pesar de ello, sus colmillos todavía apretaban con fuerza el brazo de Maikel. Thelmor le ayudó, no sin dificultades, a zafarse de las fauces de la bestia.

Mientras, Kiril, Oyvind e Ingvar luchaban contra los cuatro gronings, apoyados por el resto del grupo que se había armado con ramas de árbol. A pesar de encontrarse en inferior número, los soldados gronings estaban mejor armados y entrenados, y rápidamente dos de los nerlingos cayeron bajo sus espadas. Kiril luchaba ferozmente con uno de ellos, al que hirió en un brazo consiguiendo desarmarle y darle muerte. Oyvind también acabó con otro, pero los dos restantes siguieron diezmado a los nerlingos, matando a tres del grupo e hiriendo en el costado al viejo Torilo que cayó al suelo, salvando su vida gracias a la rápida intervención de Ingvar, cuando uno de los gronings ya se preparaba para asestarle el golpe final.

Poco a poco los dos gronings se vieron acorralados y decidieron huir, no sin antes herir de gravedad a otro aldeano. Sin embargo uno de ellos no lo consiguió, pues fue atravesado por la diestra lanza de Maikel. En unos segundos perdieron de vista al

único superviviente.

Sin perder un instante, el grupo se reunió e hizo recuento de bajas. Cinco nerlingos habían muerto, por tres gronings y dos wolkur abatidos. Tomaron a los heridos y realizando unos improvisados torniquetes, reanudaron rápidamente la marcha hacia Alkoburgo. El resto de hombres que habían salido indemnes de la reyerta se dirigió a los burgos, en las que reclutarían a los escasos supervivientes.

—Me preocupa lo que ese soldado pueda contar a Zornik —dijo Kiril—. No conoce nuestro plan, pero informará de la resistencia que hemos opuesto y redoblarán la intensidad de la cacería. Rezo porque sigamos vivos al menos una noche más.

Kiril, Maikel, Torilo y el pequeño grupo de nerlingos caminaron hacia Alkoburgo, como los restos heridos de un gran ejército derrotado. Las montañas y bosques cercanos de aquellas hasta ahora pacíficas y serenas tierras, veían alteradas su quietud por los ecos del aliento y el resuello de cientos de nerlingos que huían desesperadamente de la llamada de la muerte. Y sobre ellos, a sólo unos kilómetros de distancia, siete halcones bailaban en el cielo una macabra danza, el primero de los bailes que llevaría a Tierra Conocida a convertirse en la Tierra de la Sombra.

Huida al Bosque de Alkos

El grupo de alkos avanzaba con precaución entre los bosquecillos lindantes al camino que conectaba los cinco burgos con Lothikaton. A un par de kilómetros de distancia, perpendicularmente a la dirección que ellos seguían, divisaron Bilkoburgo. No había signos de batalla en sus alrededores, pero tampoco señales de la presencia de sus habitantes. Trataron de consolarse pensando que los pocos supervivientes viajaban ocultos entre los árboles del mismo modo que lo hacían ellos.

—¡Adelante amigos! ¡Apresurémonos! No podemos desfallecer ahora —dijo Kiril mientras se giraba hacia el grupo.

—Deberíais abandonarme aquí —dijo Torilo—. No hago más que retrasar la huida, además de dejar un rastro inequívoco para esas bestias. Los wolkurs pueden oler la sangre desde varios kilómetros de distancia —continuó mientras se sujetaba el trozo de tela que le tapaba la herida.

—Entonces tendrán que abandonarme a mí contigo —respondió vigorosamente Maikel—. No malgastes tus fuerzas en decir tonterías. Todos llegaremos vivos a Alkoburgo y si alguna de esas bestias vuelve a acercarse, esta vez no le daré tiempo a que muerda mi brazo. Apóyate en mi hombro y así aliviarás tu fatiga.

El grupo reemprendió la marcha, y Portiel, el aldeano que sobrevivió a la escaramuza con los gronings, tomó el otro brazo de Torilo y lo puso sobre su hombro. El viejo nerlingo esbozó una sonrisa y a duras penas reanudó la marcha ayudado por Maikel y Portiel.

Mientras cruzaban con cautela los campos y bosques, Kiril trataba de discurrir algún plan que exponer esa noche en la reunión del Bosque de Alkos, pero con una nación diezmada y a merced del enemigo se sentía incapaz de proponer algo que no fuese una huida de esas tierras. ¿Pero una huida hacia dónde? Pues si Zornik había dado el paso de atacar a los nerlingos, la nación más respetada de Jactinia, fácilmente podía deducirse que su principal propósito sería someter al resto de pueblos que moraban en la región y extender su imperio hasta el último rincón de Tierra Conocida. Kiril continuaba absorto en estos pensamientos cuando Oyvind se le acercó.

—Kiril, mira en aquella dirección —y el grupo se detuvo momentáneamente, temeroso de ser descubierto.

Kiril fijó su mirada hacia donde Oyvind señalaba con el dedo índice, pero no consiguió distinguir que era lo que éste trataba de mostrarle.

—¿De qué se trata, Oyvind? —preguntó inquieto Kiril—. Mi vista no es tan privilegiada como la tuya.

—Creo que son cuatro hombres, sentados en aquel grupo de árboles —contestó Oyvind.

—¿Son gronings? —preguntó Kiril.

—No lo parecen —respondió—. Pero algo extraño ocurre, porque no portan

ropajes que cubran sus torsos. Acerquémonos con precaución.

—De acuerdo. Tratad de no hacer ruido —dijo Kiril.

El grupo varió su dirección de avance y se dirigió hacia aquellas cuatro personas. Instintivamente aferraron con fuerza las lanzas y espadas. A una distancia prudencial avanzaban Maikel, Torilo y Portiel. Oyvind iba en cabeza, sus ojos penetrantes en guardia. Repentinamente se paró y con un gesto triste se giró y dijo dirigiéndose a Kiril.

—Esos hombres no nos harán ningún daño. Están muertos.

—Pero... —respondió titubeante Kiril—. Acerquémonos, debemos saber si eran nerlingos.

Oyvind, Ingvar, Kiril y Thelmor corrieron hacia los cadáveres. Habían sido asesinados con lanzas y sus cuerpos colocados en círculo, atados sus brazos a los de los demás con las camisolas que portaban. Se trataba de Olisen, Talik, Anodrac y Droko, los otros participantes de la iokane. En medio del círculo formado por los cuatro desdichados jóvenes, escrito con sangre sobre una gran piedra, rezaba una frase amenazadora: “El círculo se cierra sobre todos los nerlingos”. Kiril no pudo reprimir su rabia y rompió a llorar. Oyvind trató de consolarle a pesar de sentirse igualmente impresionado por la macabra escena. Thelmor y los otros observaban los cuerpos estáticos de aquellos jóvenes que hacía sólo unas horas corrían en busca de su destino. Un destino que les llevó a la muerte.

—Cada acción groning se revela más cruel y despiadada que la anterior —dijo Torilo—. Presagio largos años de sufrimiento en estas bellas tierras —y haciendo una leve pausa encomendó el alma de Olisen, Talik, Anodrac y Droko a la diosa Nerlinguia.

—Pobre Droko —dijo Kiril—, la codicia de su padre le ha conducido a tan trágico final.

—Esto no hace sino convertirte por derecho en el nuevo Rey Nerlingo, pues los cinco lacrags han muerto y tú eres el único descendiente de la estirpe real que queda con vida —dijo Torilo.

—No es eso lo que ahora me preocupa, mi buen amigo, y si la forma de salvar a lo que queda de nuestra nación —dijo Kiril—. Reemprendamos el camino, pues esta noche estamos emplazados a una reunión aún más importante que el último Consejo de los Lacrags.

Antes de abandonar la arboleda desataron a los cuatro jóvenes y, tumbándolos unos junto a otros, los cubrieron de piedras, ramas y hojas secas, tratando de darles una noble sepultura. Rápidamente reanudaron la marcha, pues a lo lejos se oían estremecedores aullidos de los temibles wolkurs, que perseguían sin descanso a los atemorizados supervivientes de la matanza de Lothikaton.

El día no se detenía por aquel cúmulo de trágicos acontecimientos y hacía ya varias horas que el mediodía había elevado al tímido sol hasta su cénit. Un suave pero constante viento continuaba soplando en toda Jactinia. Viento del norte que no hacía

sino enfriar más aún los escasos ánimos del grupo. Avanzaban sobre inmensas alfombras de hojarasca caída de los árboles. Kiril marcaba un fuerte ritmo, ya que con ese sonoro tapiz que cubría las praderas cercanas a Alkoburgo, se multiplicaban las posibilidades de ser descubiertos por alguna avanzadilla groning. A pesar de la ayuda de Maikel y Portiel, Torilo continuaba caminando con gran dificultad. Perdía sangre y sus fuerzas disminuían a cada minuto que pasaba. Oyvind, Ingvar y Thelmor seguían a Kiril mientras mantenían la vigilancia sobre ambos flancos. Cuando parecía que el pobre Torilo no podría aguantar en pie por más tiempo, Kiril divisó Alkoburgo al final del valle. Hizo una señal y todos se parapetaron tras unos matorrales.

—¡Oyvind! —le llamó Kiril—. Acércate y dime si observas algo extraño en la ciudad.

El hermano de Ingvar fijó sus grandes y saltones ojos azules en la capital alka y giró su cabeza de norte a sur. Cuando se cercioró que todo estaba en calma habló al grupo.

—No se observan signos de batalla —dijo—. Las cabañas, establos y campos permanecen intactos. Sí he visto a varios aldeanos correr hacia las cabañas. Probablemente sean gentes llegadas de Lothikaton que han puesto sobre aviso a los que permanecían en Alkoburgo. Creo que la ciudad es segura todavía. No he visto gronings en los alrededores.

—De acuerdo entonces —respondió con cierta satisfacción Kiril—. Dirijámonos a la ciudad con premura. Bien haces en decir Oyvind, que Alkoburgo es seguro por el momento. No sabemos cuánto tardarán en llegar los primeros gronings, pero sabed que tarde o temprano lo harán y no tendrán piedad de nada ni nadie. Noto el aliento de las bestias wolkur muy cerca; siguen el rastro de nuestros heridos, y si no actuamos con presteza, pronto caerán sobre nosotros. ¡Adelante amigos! —y el grupo se dirigió con fuerzas renovadas tras la estela de Kiril.

En unos minutos llegaron a Alkoburgo, lo que provocó el pánico en su diezmada población, atemorizada por la cacería groning. Tras el sobresalto inicial, se sintieron reconfortados al comprobar que uno de los supervivientes era Kiril, quien en un solo día había pasado de ser futuro lacrag a Rey de todos los nerlingos. Las poco más de cincuenta personas que se congregaban en la plaza central de Alkoburgo escucharon atentamente a Kiril.

—Hermanos nerlingos —dijo—. Como ya todos tristemente sabéis, nuestro pueblo ha sido traicionado y diezmado por los gronings. Sólo unos pocos cientos de nosotros hemos salido con vida de aquella trampa mortal. Debemos reunirnos con nuestros hermanos bunkos, celkos, helkos y bilkos en el Bosque de Alkos. Hay que actuar con rapidez y premura. Dentro de una hora abandonaremos Alkoburgo para dirigiarnos al bosque. Los primeros grupos de gronings y wolkurs no tardarán en aparecer. Curad a los heridos, tomad vuestras armas, vuestras ropas de abrigo y cuantas provisiones podáis transportar. No os demoréis, pues en ello va vuestra vida —finalizó Kiril.

Sin más dilación, corrieron a sus cabañas, tomaron sus arcos y flechas, sus espadas, sus pieles de oso y las pocas provisiones que encontraron, pues la mayor parte de las existencias habían sido enviadas a Lothikaton para ser degustadas en los fastos y celebraciones.

Varias cabañas fueron convertidas en improvisadas enfermerías donde apresuradamente se intentó curar a los heridos, cuando menos mitigar su dolor. El brazo de Maikel no tenía un buen aspecto, ya que la herida se había infectado fruto de la mordedura de aquel wolkur. Parecía que los dientes de la bestia estuvieran recubiertos con algún tipo de ponzoña.

Tras la frenética actividad de idas y venidas, los alkos supervivientes se congregaron nuevamente en la plaza central. Durante la última hora sólo ocho personas habían llegado procedentes de Lothikaton. Los semblantes de los allí presentes eran tristes y algunos rezaban a su diosa pidiendo misericordia por las almas de sus familiares y amigos a los que ya nunca más volverían a ver.

—Hermanos —se dirigió Kiril a los allí congregados—, todos estamos sufriendo y padeciendo el dolor por los seres queridos que hoy hemos perdido. Ya no regresarán, por lo que es inútil que aquí los esperemos. ¡Partamos hacia el Bosque de Alkos! —finalizó Kiril con un grito tratando de infundir ánimos en la descorazonada población.

Aproximadamente unos ochenta alkos iniciaron la marcha hacia el bosque, mientras su dolor y su pena se agrandaban más aún si cabe al abandonar Alkoburgo. Miraban en derredor, a sus cabañas, a sus tierras, guardando esa imagen en la memoria como si fuera el más preciado de todos sus tesoros, pues tenían la certeza que una vez el ejército groning llegase a la ciudad, ésta sería arrasada como había ocurrido esa mañana con la bella Lothikaton. Torilo, que había vivido durante más de sesenta años en aquellos parajes, se resistía a abandonarlos. Varias lágrimas surcaron su arrugado rostro, mientras contemplaba desde el sendero como el sol comenzaba a ocultarse tiñendo del color del fuego todos los tejados de las cabañas de Alkoburgo, como un preludio de la desgracia que se cernía sobre la ciudad de los alkos.

Los fugitivos caminaban a varias velocidades, ya que una buena parte de los supervivientes habían sido heridos en Lothikaton y tenían dificultades para seguir el ritmo de los demás. Eso hacía que el grupo se asemejase a una serpiente reptando por el pedregoso camino. Cuando acababan de culminar la parte más fatigosa del mismo, algo les sobresaltó repentinamente e hizo que se detuviesen.

A sus espaldas unos gritos amenazantes se escucharon en la lejanía.

Kiril, Oyvind e Ingar, que iban en cabeza, volvieron sobre sus pasos hasta llegar a las últimas posiciones. Fue Oyvind quien con su portentosa vista descubrió a una avanzadilla de treinta enemigos que acababan de llegar a Alkoburgo.

—Malditos salvajes —dijo—. Los gronings han entrado en Alkoburgo

persiguiendo a unos pocos hermanos rezagados. Demasiado tarde para ellos —y se detuvo dominado por la impotencia—. Ahora comienzan a quemar una de las cabañas. Y otra adyacente, y otra más —mientras Oyvind relataba lo que ocurría se hizo el silencio más absoluto. Trataban amargamente de asumir lo inevitable, pero nadie quería terminar de aceptarlo.

—Continuemos —dijo Kiril—. Hagamos un esfuerzo por llegar lo antes posible al Bosque de Alkos y reunirnos allí con los supervivientes de los clanes. Debemos ocultarnos en el bosque si queremos permanecer con vida. Antes de que termine de anochecer libraremos una nueva batalla. Necesitamos ganar tiempo antes de que acuda el grueso de su ejército para poder repeler a las pequeñas partidas que traten de atacarnos. ¡Adelante! —gritó queriendo fustigarlos.

El grupo aceleró la marcha, asustado por la cercanía de los enemigos. A lo lejos, una gran nube negra comenzaba a ascender desde el valle. Horas después de decir adiós a Lothikaton, se repetía la despedida de Alkoburgo. La situación no era mejor en los demás burgos. Helkoburgo y Celkoburgo, las dos ciudades más próximas a Lothikaton habían sido arrasadas horas antes por las hordas gronings. En Bunkoburgo y Bilkoburgo el fuego todavía ardía sobre los restos de lo que un día habían sido los hogares nerlingos. Los gronings perseguían a los escasos supervivientes y, por cada una de las orillas del Lago Argul, avanzaban inexorablemente hacia el Bosque de Alkos. La frase escrita con la sangre de la estirpe de los lacrags, parecía ser una profecía que se cernía inexorablemente sobre ellos.

Espoleados por la proximidad de los gronings, el grupo de alkos alcanzó con prontitud el bosque. Allí les esperaban cerca de cuarenta bunkos, mientras que por la ladera norte llegaban veinte celkos. En total no más de ciento cincuenta hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales estaban heridos. El panorama era desalentador, pues todos habían mantenido la esperanza de encontrar en los lindes del bosque a un nutrido grupo de hermanos de los otros clanes.

Kiril conversó con los celkos y los bunkos, y convinieron en aguardar la llegada de los bilkos y los helkos durante la próxima hora. Maikel y Thelmor eran unos grandes conocedores del bosque y se internaron en él para refugiar en un lugar seguro a las mujeres, niños y heridos. Los hombres que se encontraban en condiciones de entrar en combate permanecieron allí esperando a los dos clanes restantes. Treinta arqueros subieron a lo alto de los árboles, y se camuflaron entre las ramas, dispersándose desde el linde hasta unos cincuenta metros hacia el interior del bosque.

Los siguientes en llegar fueron los bilkos, unos cincuenta hombres, que enfurecidos por lo ocurrido se encararon con los bunkos, recordándoles y recriminándoles los planes de Torko que habían abocado a la nación nerlinga a su exterminio. Fue Kiril quien trató de apaciguar los exaltados ánimos del grupo, exculpando a los bunkos que allí se encontraban de las decisiones y acciones de su lacrag.

Mientras aún perduraba la discusión, la llegada de los helkos a la carrera puso a

todos en alerta.

—¡Rápido, ocultémonos en el bosque! ¡Tras el recodo, una compañía de gronings nos persiguen! Varios de nuestros hombres han caído ya bajo sus flechas —dijo uno de los helkos que encabezaba el último grupo en llegar a la concentración de nerlingos.

—¡Todos al bosque! —reaccionó velozmente Kiril—. Ingvar, conduce a los heridos y a veinte guerreros al lugar donde Maikel y Thelmor han ocultado a los otros —continuó—. El resto permaneceremos en el bosque camuflados en los árboles. No podemos permitir que se internen en él. Debemos repeler su ataque o en caso contrario estaremos perdidos.

Velozmente cada uno de los nerlingos fue ocupando su posición mientras, transportados por el ligero viento del norte, llegaban los rumores de las avanzadillas groning. El miedo atenazaba a Kiril, pues temía que ésa pudiera ser la última batalla, que todo finalizase para siempre en aquel lindero del bosque. El recuerdo de su padre acudió repentinamente a su mente, pero en vez de entristecerle le reconfortó. El coraje y el valor de Akrog comenzaron a crecer en su interior y la mano que sólo unos minutos atrás sudaba sujetando temblorosamente el arco, ahora lo tensaba firmemente en busca de un enemigo al que abatir. Lo mismo les ocurría a todos los guerreros que esperaban ansiosos el ataque groning. El espíritu de los cinco lacrags les acompañaba en aquellos cruciales momentos. Todos los arcos se tensaron en espera de una señal de su Rey. Todas las lanzas aguardaron prestas a clavarse en los denostados enemigos. Todas las espadas brillaron con el reflejo de los últimos rayos del sol. Todos los ojos se dilataron y fijaron en el límite del bosque. Esta vez no serían sorprendidos por una traición.

No tardó en llegar al claro exterior la cabeza de la avanzadilla enemiga. Cerca de cuarenta gronings a caballo, armados con lanzas, y pertrechados con yelmos y gruesas cotas de malla. Detrás, unos sesenta hombres, arqueros y soldados a partes iguales, éstos últimos armados con espadas y escudos. El color verde de la pradera se tiñó de rojo y negro, ayudado por la oscuridad que comenzaba a apoderarse de la región de Jactinia. Uno de los jinetes, el cual lucía un yelmo diferente al resto de los gronings adornado por dos cuernos en los costados y un gran halcón rojo pintado en él, descendió del caballo y observó con atención las huellas dejadas por los nerlingos.

—Todas las pisadas conducen al bosque No será difícil dar caza a las últimas ratas que queden con vida.

—Mi señor Torleken, quizá deberíamos aguardar la llegada de las compañías de los Mariscales y sus capitánes para así lanzar conjuntamente un ataque definitivo —respondió otro de los jinetes.

—No esperaré a compartir los honores con Burkelen, Zotelen o los demás. Llevaré personalmente las cabezas de esos nerlingos a Zornik y me recompensará con oro y tierras. Pienso ser el canciller de la nueva región groning y tú serás mi mano derecha si cumples con éxito esta misión —dijo Torleken y el jinete asintió.

A un gesto suyo todos los hombres desmontaron agrupando en un círculo a los caballos. Ordenó que un primer grupo de veinte soldados penetrara en el bosque para inspeccionar el rastro dejado por los nerlingos.

Los gronings se desplegaron en línea tratando de cubrir la máxima extensión de terreno posible. Con cautela comenzaron la batida. Avanzaban homogéneamente, sin perder el contacto visual entre ellos. Tras recorrer unos treinta metros llegaron al borde del bosque. Se detuvieron unos instantes, como queriendo desprenderse de un leve temor que les atenazaba, y a una señal del cabecilla del grupo se internaron en él.

Oyvind se percató inmediatamente del avance enemigo. Silbó imitando el sonido de un jilguero, poniendo sobre aviso a todos los que permanecían ocultos en las ramas de los árboles. Todavía no había oscurecido completamente y la forma circular de la luna que comenzaba a dibujarse en el cielo anunciaba una noche clara. A medida que la línea de soldados avanzaba, cada uno de los nerlingos fijó su flecha o lanza en un blanco. Los gronings caminaban silenciosamente pero no alcanzaban a divisar a los nerlingos ocultos en los árboles. Cuando Kiril consideró que la distancia a la que se encontraban era la óptima, silbó de manera similar a la de Oyvind, y segundos después una lluvia de flechas y lanzas cortaron el silencio de la noche y volaron hacia los exploradores. Gritos de dolor, retumbar de cuerpos que chocaban contra el suelo y pisadas de los supervivientes corriendo hacia el exterior del bosque fueron los sonidos que siguieron a la primera escaramuza. Apenas tres hombres salvaron la vida gracias a sus escudos. El resto había muerto o agonizaba sobre la alfombra de hojas que cubría el suelo. Kiril y los otros nerlingos rompieron en vítores y gritos de alegría.

Torleken y los soldados que aguardaban en la pradera se sobresaltaron al escuchar el griterío pensando que el número de enemigos era mayor del que en un principio habían calculado. Pero el afán de lograr méritos ante el todopoderoso Zornik cegaba su mente, y nuevamente envió a otro pelotón, esta vez más numeroso y repartido en tres filas que avanzaban separadas cerca de diez metros de distancia unas de otras. En el centro y extremos de cada fila colocó a dos soldados que portaban antorchas, tratando de iluminar el bosque y localizar las posiciones nerlingas. Pero esto no hizo más que facilitar el trabajo de los arqueros de Kiril, que ahora veían con más claridad y a una mayor distancia a sus blancos. Una primera oleada de flechas salió de los arcos nerlingos e impactó en la primera fila, abatiendo a casi la totalidad de sus componentes. Los que se salvaron retrocedieron incorporándose a la segunda línea que se había detenido ante el nuevo ataque. Uno de los gronings encendió una flecha con fuego y la lanzó al interior del bosque. La luz que produjo delató la posición de varios nerlingos, situación que fue aprovechada por los arqueros gronings para atravesarlos con sus flechas. Cinco de los nerlingos encontraron su tumba entre las desnudas ramas de los árboles de su amado bosque. Los gronings trataron de repetir su estrategia, pero ahora los nerlingos estaban preparados y apuntaron inmediatamente al hombre que portaba la antorcha. Ésta cayó al suelo e iluminó a una

docena de hombres situados en el flanco derecho de la segunda línea. Las flechas nerlingas no tuvieron piedad con ellos. Cerca de la mitad del segundo grupo había caído y las dos últimas filas se refundieron en una.

Apagaron el fuego delator y trataron de avanzar reptando a ras de suelo. Rectificaron su dirección, desviándose con premeditación hacia el norte, tratando de rodear la barrera dispuesta por los nerlingos y sorprenderles por su retaguardia. Gracias a la prodigiosa visión de Oyvind, el movimiento fue detectado a tiempo y mientras los nerlingos de la zona norte comenzaban a bombardear nuevamente con sus flechas a los gronings, Kiril al mando de veinte hombres descendió de los árboles y les proporcionó una ración de su propia medicina, sorprendiéndoles con un fulgurante ataque cuerpo a cuerpo por su espalda. Al cabo de unos minutos no quedaba en el Bosque de Alkos ningún groning con vida.

—Hay que acabar con el resto de la partida que permanece en el exterior —dijo Kiril—. Tendremos que acercarnos lo suficiente al linde del bosque, mostrándonos como un señuelo, para lograr que nos persigan y penetren en él. Allí el resto del grupo les esperará para acabar con ellos.

—Yo te acompañaré —dijo Oyvind.

—Y yo también —dijo un alko.

—Y yo —añadió un bunko.

—Gracias amigos —dijo Kiril—, pero será suficiente con cinco voluntarios. Tú, Oyvind, permanecerás aquí con el resto. Tus ojos avisarán a los nuestros de la incursión groning en el bosque.

—Cinco bunkos te acompañaremos —dijo uno de ellos—. Nos sentimos en deuda con nuestro pueblo y ésta es la ocasión de redimir parte de la culpa de nuestro clan.

—Agradezco tu ayuda y la acepto de buen grado —respondió Kiril—, pero como dije antes en el claro, el clan bunko no puede cargar con toda la responsabilidad de los errores de su lacrag.

Sin perder un segundo, Kiril y los cinco bunkos avanzaron hacia la compañía, mientras Oyvind y los restantes guerreros tomaban posiciones para la emboscada final. En el claro, Torleken ordenó reagrupar a los pocos soldados que quedaban con vida. Esperaban con intranquilidad la vuelta del grupo que minutos antes había penetrado en el bosque.

—Ahí están. Sólo son unos treinta, esta vez les superamos en número —dijo Kiril mientras permanecía oculto tras unos matorrales.

—En la oscuridad no diferenciarán nuestras negras vestiduras de las suyas —dijo Rolpik, uno de los bunkos—. Yo y tres de los míos nos acercaremos hasta el claro y los atacaremos con nuestras lanzas. Tú, Kiril, permanecerás aquí con Gerlok cubriéndonos con vuestros arcos. Si regresamos con vida, huiremos juntos hasta la posición de Oyvind; allí acabará el camino de los gronings.

—De acuerdo, pero tened cuidado y no os acerquéis demasiado a ellos —dijo Kiril—. Sus arcos darán en ese caso cuenta de vosotros.

—Avanzaremos con precaución —respondió Rolpik.

Los cuatro bunkos se dirigieron hacia el exterior, simulando ser cuatro gronings. Sus piernas temblaban a medida que se acercaban al final del bosque protector. Rápidamente los enemigos se percataron de su presencia y Torleken acudió veloz a su encuentro.

—¿Qué noticias traéis del combate? —gritó desde la distancia.

En ese momento Rolpik armó con velocidad su brazo, lanzando con mortal precisión su lanza, la cual atravesó el cuerpo del capitán Torleken.

—¡Son nerlingos! ¡Han matado al capitán! ¡No les dejéis escapar! —gritó uno de los gronings.

A ese grito se lanzaron en persecución de los cuatro bunkos que ya emprendían la huida. Uno de ellos fue alcanzado por dos flechas que acabaron con su vida.

Las piernas que antes temblaban de miedo ahora corrían veloces como las de un caballo desbocado. Kiril y Gerlok vieron en unos segundos la huida de sus tres compañeros y tras ellos al grupo groning. Sus arcos cantaron varias veces y detuvieron momentáneamente el avance de los enemigos.

—¡Hemos matado a su jefe! —dijo un excitado Rolpik—. Corramos hacia... —y sin poder finalizar la frase una flecha se clavó en su espalda. Cayó desplomado al suelo, pero antes de morir aún tuvo fuerzas para dirigirse a Kiril—. Acaba con ellos y devuelve la libertad y estas tierras a nuestro pueblo. Que Nerlinguia te acompañe —y tras decir esto expiró.

Entretanto los gronings se habían reorganizado y avanzaban nuevamente. Pero una lluvia de flechas lanzadas por Oyvind y los suyos que corrían en socorro de Kiril los detuvo para siempre. Sólo unos pocos trataron de huir, pero fueron perseguidos por los lanceros bunkos que evitaron su retirada. Todavía Kiril sostenía el cuerpo sin vida del desdichado Rolpik. Las palabras que éste le había dirigido en su agonía le infundieron renovadas fuerzas.

—Éste es el primer paso de un largo camino que habremos de recorrer —dijo Kiril—. Pasará mucho tiempo antes de que volvamos a ser la gran nación que fuimos —e hizo una pausa—. ¡Oyvind, Gerlok! ¡Acercaros! —continuó Kiril—. Tú, Oyvind, toma a varios hombres y ve al claro. Trae los caballos de los gronings, pues nos serán de gran ayuda en nuestra huida. Y tú, Gerlok, esconde los cadáveres de nuestros enemigos. No hay que dejar pistas sobre dónde nos ocultamos a los que más tarde vendrán en nuestra búsqueda. Enterrad a los nuestros en un lugar diferente al de esos asesinos. Y no os demoréis. Nos encontraremos en la Guarida del Oso. Oyvind os guiará, pues conoce el lugar.

Kiril y el grueso del grupo nerlingo fueron al encuentro de Maikel, Ingvar y Thelmor, mientras Oyvind y Gerlok obedecían con premura las órdenes de su Rey. La noche cumplía sus primeras horas y la comunidad de supervivientes se reuniría en la Guarida del Oso.

Se trataba de unas cuevas que Kiril y Maikel descubrieron en su infancia durante

una de sus múltiples correrías por el Bosque de Alkos. Imaginaban que allí habitaba un gran oso gris y se desafiaban mutuamente para comprobar quien era el más valiente de ambos penetrando en el interior de la cueva. Ahora aquel lugar de juegos de infancia se había convertido en el nuevo Lothikaton.

—¡Kiril, estás vivo! —gritó Maikel mientras se fundía en un abrazo con su amigo.

—Hemos derrotado y acabado con el grupo de gronings que perseguían a nuestros hermanos helkos —dijo Kiril—. Varios de los nuestros han caído, pero esta victoria nos dará temporalmente aliento para reorganizarnos. Oyvind y el resto acudirán a nuestro encuentro en unos minutos. Ahora ocultan los cadáveres para no dar pistas a nuestros enemigos.

—Entra en la cueva. Necesitas comer y descansar —dijo Maikel.

Kiril cruzó el estrecho pasillo que daba al interior de la caverna, mientras varios hombres montaban guardia en el exterior, ocultos entre los árboles o escondidos tras unos matorrales. En la Guarida del Oso se había improvisado un auténtico poblado. La cueva, a pesar de su difícil y angosto acceso, era tremendamente espaciosa.

En uno de sus laterales se había habilitado una enfermería donde ahora las mujeres atendían a los heridos. En la zona central, una gran hoguera bordeada por piedras iluminaba la misma y reconfortaba las desconsoladas almas de sus moradores. En el otro extremo se almacenaban las pocas provisiones que los nerlingos habían podido conseguir. El resto de la cueva estaba ocupada por mujeres, niños, aldeanos y guerreros que descansaban tratando de abstraerse, aunque fuera sólo unos instantes, del terrible día que aún no creían haber vivido. Decenas de antorchas colocadas en derredor le daban un aspecto más acogedor. Al fondo, un estrecho pasadizo conducía a otros compartimentos interiores de la cueva.

Kiril fue a curarse un pequeño corte en su brazo, fruto de la refriega con los gronings. Allí se encontró con Torilo.

—Me alegro de verte Kiril. Supongo entonces que habéis salido victoriosos en vuestra lucha con el grupo de gronings —dijo Torilo.

—Supones bien, Torilo, aunque hemos tenido que pagar un alto precio en vidas por ello. Esto detendrá durante unas horas la ofensiva groning —respondió Kiril.

—Te agradezco de todo corazón que no me abandonases a merced de los enemigos. Arriesgasteis mucho llevándome con vosotros —dijo Torilo.

—Jamás me hubiera perdonado si hubiese hecho tal cosa. Si hemos de morir lo haremos juntos, como un verdadero clan —respondió Kiril mientras apretaba con su mano el hombro de Torilo.

—¿Qué piensas hacer ahora, Kiril? —preguntó Torilo.

—Aún no lo sé con exactitud, amigo mío. Pero está claro que no podemos permanecer aquí ocultos mucho más tiempo como ratas asustadas —dijo Kiril, quien tras una leve pausa alzó su mirada—. Mira a tu alrededor. Apenas somos un ciento,

incluyendo a los mujeres y los niños. ¿Hacia dónde podemos huir? ¿Quién nos cobijará ahora, sabiendo que si lo hace la ira de Zornik caerá sobre él? El invierno llama a las puertas y un pueblo errante y sin refugio no sobrevivirá al hambre y al frío, si es que antes no morimos bajo la espada groning. Tampoco lo soportarán los heridos, y tú lo sabes bien, viejo amigo —y la realista visión ensombreció el renovado espíritu de Kiril que minutos antes se encontraba eufórico tras la victoria lograda.

Torilo miró alrededor, como el hijo de su gran amigo Akrog le había dicho, y vio un pueblo casi acabado, temeroso y derrotado, que parecía aguardar con resignación el momento en el que la muerte acudiese a su encuentro. Tomó fuerzas y nuevamente se dirigió a Kiril. La expresión de su rostro se endureció y el joven alko supo al instante que algo trascendental iba a ser desvelado por Torilo.

—Kiril, voy a relatarte algo que debió haber hecho tu padre días atrás —dijo Torilo con gesto serio—. Él pensó que en una ocasión tan desesperada como en la que ahora nos encontramos estaría a tu lado, pero previniendo lo peor, me encargó que yo lo hiciera si llegado el momento ya no se encontraba entre nosotros.

—¿De qué estás hablando, Torilo? —preguntó inquisitoriamente Kiril.

—De la única esperanza que le queda a nuestro pueblo. De nuestros hermanos alkos. Del sexto clan —dijo Torilo, mientras Kiril le miraba atónito, no pudiendo salir de su asombro.

—Toda la vida intuí que mi padre conocía la historia del sexto clan —dijo Kiril—. Pero él me la ocultó. Temía que si ponía en mi conocimiento su existencia partiría a su encuentro —razonó melancólico Kiril.

—Eso no es del todo cierto —respondió Torilo—. Tu padre quería esperar a que estuvieras preparado para hacer ese viaje; encontrar y conocer a nuestros hermanos, de nuestra propia sangre, pero tan diferentes a nosotros. Él quería que conocieses la profecía de Barlok, el nigromante blanco —continuó Torilo mientras Kiril permanecía intrigado.

—¿A qué profecía te refieres, Torilo? —preguntó Kiril.

—La profecía que dice que un hombre vendrá tras un largo éxodo al encuentro de sus hermanos y logrará el bienestar para los clanes y la paz de todos los pueblos de Tierra Verde. Por eso los hermanos alkos del sexto clan se separaron en el viaje hacia Jactinia, en la creencia que en el futuro uno de ellos volvería a nuestro encuentro y uniría a todos los pueblos libres —Torilo hizo una pausa—. Pero en realidad ahora me doy cuenta que uno de nosotros será ese hombre, si es que logramos sobrevivir a esta situación, pues hoy hemos iniciado el éxodo de la tierra que nos vio nacer y que colonizaron nuestros antepasados. Debemos ir al encuentro de los alkos perdidos y regresar con ellos para liberar a toda Jactinia de la amenaza groning —terminó Torilo la frase completamente exhausto a la vez que se tocaba suavemente su herida. Tras unos segundos en los que aprovechó para beber algo de agua, continuó su disertación—. La razón por la que tu padre se posicionó a favor del pacto con los gronings fue el

otorgar generosamente a Torko la personificación de esa profecía, aunque a medida que avanzaban los días y se acercaba la fecha señalada, dudaba cada vez más de esa posibilidad. El tiempo le ha dado tristemente la razón, y sus peores presagios se han cumplido.

—Si todo lo que me cuentas es cierto, ¿cómo conseguiremos encontrar a nuestros hermanos? —preguntó Kiril—. Desde hace cientos de años no hemos tenido noticias tuyas y ni siquiera podemos asegurar que el sexto clan siga existiendo. Puede que durante estas centurias hayan sido destruidos por algún pueblo hostil.

—Sé, por lo que tu padre me contó, que el sexto clan existe —aseveró Torilo—. Durante toda su vida trató de contactar con ellos, y en uno de sus viajes supo de su paradero. Nunca llegó a conocer aquel lugar, pero tuvo un encuentro con un viajero errante que le habló de la existencia de un pueblo que habitaba a orillas del mar, gente de ojos claros y pelo rubio, con una trenza que colgaba de sus cabellos anudada con una cinta azul. Un pueblo que se ocultaba de los forasteros y del que nunca nadie había conocido su ciudad —Torilo recobró el aliento y continuó hablando—. Como otras fueron las razones del viaje de Akrog a lejanas tierras, no pudo visitar la región que el viajero le describió, pero dibujó un mapa con sus indicaciones. Ese mapa lo guardó durante años para ti, con la esperanza que realizases el viaje inacabado que él ya nunca podrá completar.

Torilo bebió un poco de agua y trató de incorporarse, pero no pudo, pues el dolor que le producía la herida al moverse era muy fuerte. De entre sus vestiduras tomó un pequeño pergamino y se lo entregó a Kiril. Era el mapa que su padre había dibujado. Kiril se emocionó al tener entre sus manos un pequeño tesoro que hablaba del pasado de su progenitor. Torilo continuó.

—Deberás guardar con celo ese mapa, pues es nuestra única esperanza de salvación. Nunca deberá caer en manos de los gronings, ya que no dudarían en marchar hasta donde viven nuestros hermanos alkos y exterminarlos. No deben saber de nuestro plan.

—Mi buen Torilo, difícil será ocultar nuestro plan si todos los supervivientes viajamos hacia ese lugar. La marcha sería lenta y estaríamos expuestos al enemigo, ya que un grupo de este tamaño es visible desde cualquier punto del terreno. Por otro lado, mi responsabilidad de Rey Nerlingo me impide abandonar a mi pueblo a su suerte. Como te he dicho antes, si hemos de morir, moriremos juntos, y todos viajaremos unidos a la morada de la diosa Nerlingua —dijo enérgicamente Kiril.

—Que así sea, si ésa es tu decisión —respondió Torilo.

Mientras tenía lugar la conversación entre Kiril y Torilo, Oyvind y los bunkos habían regresado del bosque una vez completada la misión que su nuevo lacrag les había encomendado. Trajeron consigo unos veinte caballos, pues el resto huyeron o habían muerto víctimas de alguna flecha perdida. Los instalaron en una de las zonas más interiores de la cueva, después de conducirlos por el angosto pasillo que daba a ella. La razón de dejarlos allí era que la cueva tenía una salida oculta al bosque,

invisible al enemigo, tras frondosos árboles y matorrales, además de ramas y hojas que los nerlingos habían colocado.

Kiril se sentó sólo en un rincón de la cueva, bajo una de las antorchas que la iluminaban, y con sumo cuidado desplegó el mapa que su padre había dibujado siguiendo las indicaciones del misterioso viajero. El camino indicado partía de Mugaburgo, última ciudad habitada al este de Jactinia. Siguiendo en dirección noreste, deberían cruzar la Cordillera Iugur-András a través de un paso entre las montañas. Una vez superado este obstáculo tendrían que alcanzar la orilla oeste del Río Morkurgul y descender por él en barca prácticamente hasta llegar al mar. De esa manera tomarían rumbo hacia el norte, evitando atravesar la gran barrera montañosa de la Cordillera Savakien. Cruzarían finalmente el río Taquakland y continuando en línea recta llegarían a la región habitada por sus hermanos. El camino era más largo que si se tratase de cruzar el Río Morkurgul y la Cordillera Savakien, pero a las dificultades que esto entrañaría habría que añadir el paso por el Bosque Salvaje, un lugar maldito para los habitantes de Tierra Conocida pues en él se sabía habitaban extrañas bestias y alimañas despreciables, peores incluso que los mismísimos wolkurs.

Kiril estudió durante largo tiempo el mapa, así como la ruta más segura para llegar a Bortiburgo sin ser descubiertos por los gronings. Si bien el viaje podría ser factible para un pequeño grupo de diez o veinte hombres, finalmente concluyó que sería imposible completarlo para la totalidad de los supervivientes. Pero Kiril había decidido que realizarían el viaje todos juntos y fue así como lo expuso a la comunidad. Hubo grandes dudas y temor entre los nerlingos, pero finalmente todos aceptaron la propuesta de su Rey, pues así se sentían arropados bajo la protección del grupo. También hubo cierta incredulidad por el relato del sexto clan, pero se disipó cuando Kiril mostró el mapa que su padre había dibujado. No desveló el lugar al que se dirigían ni el camino que seguirían, ya que si alguno de ellos fuera capturado pondría en peligro la supervivencia del grupo y de sus hermanos alkos. Kiril señalaría día a día la ruta que deberían seguir y el mapa permanecería siempre en su poder.

Transcurrieron varias horas hasta que todo quedó decidido y organizado. Las guardias comenzarían esa misma noche, y no partirían hasta la tarde del día siguiente. Estaban agotados por los acontecimientos vividos y tenían que recuperar fuerzas y acelerar la cura de los heridos. Tras una frugal cena todos trataron de descansar. Kiril, como el resto, cayó rápidamente dormido. Soñó con su padre, en quien apenas había tenido tiempo de pensar durante la jornada. Lo sentía cercano a pesar de no encontrarse ya junto a él. El mapa que Torilo le había entregado era más que eso, era un instrumento con el que Akrog le guiaría a través de la noche, algo que le infundiría valor y le transmitiría la sabiduría de su progenitor.

Soñó que caminaban por los alrededores del Bosque de Alkos en un soleado día de primavera, mientras discutían sobre quién era el mejor cazador. A lo lejos apareció un magnífico y robusto corcel negro que cabalgaba por la pradera. Se acercó a Akrog

y éste montó sobre él. Con un solo gesto de su mano, sin que de su boca saliera una sola palabra, se despidió de Kiril, alejándose al galope a lomos del animal. Repentinamente el cielo se cubrió de nubes y comenzó a llover. Cientos de ojos parpadeaban en el interior del bosque mientras observaban a Kiril, quien permanecía inmóvil en el claro, empapado por la lluvia. Un rayo cayó del cielo y partió un roble en dos, y al momento sus ramas comenzaron a arder. Kiril se dirigió hacia el árbol caído y cortó una de las ramas. La acercó al voraz fuego que consumía el roble y éste prendió en ella. Miró hacia donde su padre había desaparecido cabalgando sobre aquel precioso caballo negro, pero no alcanzó a ver nada. Se giró hacia el bosque y vio los ojos que le observaban. Permaneció estático, sin retirar su mirada, manteniendo una tremenda lucha con ellos. Poco a poco los ojos fueron desapareciendo hasta no quedar ninguno. Entonces dirigió su mirada hacia Alkoburgo, pero sólo divisó ruinas. Sin embargo a lo lejos, muy lejos en el horizonte de Tierra Conocida, descubrió algo que nunca antes había visto; una línea azul iluminada por la luz de los únicos rayos del sol que lograban traspasar la tupida cortina de nubes. Sin vacilar un solo instante comenzó a caminar hacia ella, su brazo derecho en alto, portando la antorcha que iluminaba débilmente el camino a recorrer. Tras él, emergieron en lo alto de la colina dos jinetes que entablaron un combate mortal bajo la tormenta. Un guerrero protegía el viaje de Kiril, al tiempo que el otro trataba de evitar que llegase hasta la luz, mientras el joven Rey Nerlingo, intentaba desesperadamente alcanzar el horizonte luminoso antes que el fuego de su antorcha se extinguiese.

El comienzo del éxodo

El profundo sueño de los supervivientes nerlingos que dormían apelotonados en el interior de la cueva se vio interrumpido bruscamente por unos gritos que provenían del exterior.

—¡Fuego, fuego! —gritaban las voces.

Los nerlingos se levantaron sobresaltados y acudieron con presteza a la entrada de la Guarida del Oso.

—¡Fuego, fuego! —gritaban sin cesar los centinelas.

—¡Están quemando el bosque! —gritaban otros nerlingos que corrían en dirección al pasadizo de entrada.

La confusión aumentaba por momentos. Kiril en compañía de Oyvind, Ingvar y varias decenas de hombres abandonaron la cueva para ir al encuentro de los centinelas.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó un alterado Kiril.

—Los gronings, están quemando el Bosque de Alkos —respondió un centinela.

—El fuego arde en un extenso círculo alrededor nuestro —dijo otro de los centinelas que había llegado del interior del bosque—. Cientos de gronings aguardan nuestra salida en los campos circundantes. Incluso he observado algún pelotón que se organizaba con intenciones de entrar en el bosque —y apenas pudo finalizar la frase exhausto por el esfuerzo.

—Las palabras escritas con la sangre de nuestros hermanos se han convertido en una profecía —dijo cabizbajo Kiril.

—Poco tiempo ha durado nuestro descanso —añadió Maikel.

—Debemos organizar con rapidez la huida, en caso contrario moriremos abrasados por las llamas —dijo Kiril.

—O por las flechas gronings. ¿Hacia dónde huiremos si el Bosque de Alkos está rodeado? —preguntó agitado Oyvind.

—Es imposible que controlen todo el perímetro del bosque. El grueso del ejército se concentrará en la zona este, pues sus tropas habrán llegado provenientes del pasillo formado por las Montañas Nerlingas, el Lago Argul y el camino de los burgos —reflexionó Kiril.

—Deberíamos cruzar el bosque en dirección oeste. Ésa será la zona más desguarnecida. Después remontaremos el camino hacia el norte. Nuestra única esperanza será ocultarnos en las Montañas Nerlingas —sugirió Ingvar.

—Es arriesgado, pero en verdad es la única opción. Hay que apresurarse, ya que si son ciertas las noticias que nos traes sobre pelotones gronings —dijo Kiril mirando al centinela—, no tardarán en caer sobre nosotros.

Entraron nuevamente veloces en la Guarida del Uso y organizaron en varios grupos a los supervivientes. Cada clan agruparía a los heridos, mujeres y niños, que serían los primeros en abandonar la cueva. Cerca de treinta guerreros los protegerían.

El resto saldrían de la cueva escalonadamente, decalando la huida cada diez minutos, así hasta llegar al último grupo que comandaría Kiril y que se ocuparía de conducir a los caballos robados a los gronings. Maikel quiso acompañar a su padre, pero éste le conminó a que permaneciera al lado de Kiril. Torilo no deseaba entorpecer la huida del grupo y poner en peligro a su hijo en caso de que los gronings se acercasen demasiado.

Sin la menor demora se formaron los grupos tal y como Kiril había dispuesto. Los primeros en abandonar la cueva como se había acordado fueron las mujeres, niños y heridos, en un número aproximado de cincuenta, protegidos por cerca de treinta soldados. Se adentraron en el interior de la caverna siguiendo el angosto pasillo que daba acceso al lugar donde ocultaban a los caballos, y continuaron su angustiosa marcha a través de otro oscuro pasadizo por el cual desaparecieron.

Pasaron los minutos y un nuevo grupo formado por treinta personas abandonó la cueva. Kiril y sus amigos de confianza aguardaban en el exterior protegiendo la retaguardia. Maikel rezaba para que su padre llegase sano y salvo al punto de reunión.

Un tercer grupo partió diez minutos más tarde en busca de los dos anteriores. Sólo quedaban por abandonar la Guarida del Oso los últimos guerreros. La espera se hizo tensa e interminable. Los dos centinelas que aún permanecían camuflados en el bosque acudieron al encuentro del grupo.

—No demoremos más nuestra huida —dijo uno de ellos—. El fuego se acerca, y los gronings también. He divisado un pelotón de más de veinte hombres, acompañados por otros tantos wolkurs a menos de un kilómetro de distancia. Las bestias rastrean nuestra pista, y no tardarán en dar con nosotros.

—Ya oigo el aullido de los wolkurs. Se acercan a gran velocidad. Abandonemos este lugar —dijo Ingvar.

—¡En retirada hacia la cueva! Guardad en vuestra memoria esta imagen de nuestro bosque, pues durante muchos años será difícil reconocerlo tal y como ahora lo vemos —dijo melancólicamente Kiril.

Y así fue como el último grupo de nerlingos se internó en la Guarida del Oso huyendo de las hordas gronings. Cada uno tomó un caballo, y en fila de a uno avanzaron en la oscuridad que apenas si se desvanecía por el débil titilar de la luz de sus antorchas. Sintieron como los caballos robados a los gronings se estremecían al sentir cada vez más cerca la presencia de los wolkurs.

—Siento lástima por el sufrimiento que estos nobles animales han soportado al tener que cabalgar al lado de esas bestias malignas —dijo Thelmor.

—A partir de ahora servirán a una noble causa —respondió Maikel.

Mientras tanto el resto de grupos nerlingos ya había abandonado la cueva por el extremo oeste. El primero de ellos casi había alcanzado el otro linde del bosque, y

hasta el momento no se había topado con enemigo alguno. Varios de los guerreros que los protegían se descolgaron del grupo para servir de enlace con los siguientes fugitivos. El segundo y tercer grupo se encontraban en el interior del bosque, en dirección hacia el límite exterior. Kiril y los demás acababan de cruzar por la salida oeste. Dentro de la cueva resonaban ya los aullidos de varios wolkurs.

—Oyvind, Thelmor, Maikel, Ingvar, Gerlok y cuatro de tus hombres os quedaréis conmigo. El resto llevaros a los caballos y reuniros con la comunidad de supervivientes —dijo Kiril—. Nosotros protegeremos la retaguardia. Los primeros wolkurs y gronings no tardarán en aparecer por esta salida, pero nosotros les estaremos esperando.

—De acuerdo, pero sabed que no abandonaremos el bosque sin vosotros, mi Rey —dijo uno de los nerlingos.

El último grupo se dividió, y Kiril, Maikel, Oyvind, Ingvar y los cinco bunkos se ocultaron en lo alto de los árboles o tras los matorrales, esperando la llegada de los enemigos, mientras los otros montaban en los caballos y huían a veloz galope al encuentro de sus hermanos supervivientes.

—Esperad a que salgan de la cueva. No disparéis al primero, pues si no el resto retrocederá. Hay que acabar con la avanzadilla para ganar tiempo y cubrir así nuestra huida —dijo Kiril en voz baja y los demás asintieron con un cabeceo o un movimiento de sus brazos.

No tardó en oírse un estruendo de voces y aullidos que trataban de intimidar a los nerlingos. Tres wolkurs aparecieron repentinamente por la salida oculta de la cueva. Irritados y frenéticos por el fuego, su aspecto era aún más terrorífico. Sus ojos inyectados en sangre, ávidos por descubrir a su presa, mientras ríos de saliva se deslizaban por sus fauces. Tras ellos aparecieron los primeros soldados, hasta completar varias docenas. Cuando todavía los wolkurs observaban la posición en la que se encontraban, tratando de retomar la pista de los nerlingos, Kiril armó su arco y disparó una flecha que abatió al instante a un groning. Los arcos de Oyvind, Ingvar, Maikel y Thelmor cantaron y acabaron a partes iguales con soldados y bestias. Las lanzas de los bunkos atravesaron a otros tantos enemigos, provocando el caos en sus filas. Pese a todo, lograron descubrir a uno de los bunkos que se parapetaba tras unos matorrales y le alcanzaron con sus flechas. Cayó malherido y uno de sus compañeros de clan corrió a auxiliarle, momento en el que los cuatro wolkurs que quedaban aún con vida le atacaron y despedazaron sin piedad. Maikel, enrabiado por la mordedura sufrida esa mañana, disparó su arco tan rápido que cuando los nerlingos quisieron reaccionar, las cuatro bestias inmundas yacían muertas sobre el suelo del Bosque de Alkos. Los pocos gronings que se mantenían en pie trataron de huir, pero cayeron abatidos bajo una precisa lluvia de flechas que provenía de los árboles.

Tras comprobar que no quedaba ningún enemigo con vida, los nerlingos salieron de sus escondites. Maikel se acercó a los dos malogrados compañeros que habían muerto bajo las dentelladas y zarpazos de los wolkurs.

—Que Nerlinguia los acoja en su morada y les conceda un trato propio de los mismísimos lacrags, pues nadie merece un final tan trágico como el que ellos han tenido —dijo Maikel.

—Que así sea —respondieron los demás al unísono, y sin perder más tiempo, y tras taponar la salida de la cueva con piedras y ramas, se dirigieron al encuentro de los supervivientes.

Se internaron en el bosque, y no tardaron en encontrar al primero de varios soldados que se repartían a modo de enlace por aquella zona.

—¿Alguna novedad? ¿Hay señales del enemigo? —interrogó Kiril.

—No, mi lacrag. El resto de avanzadillas han pasado por aquí sin ningún problema. Los gronings no nos hostigan todavía por este área —respondió el soldado.

—Ésa es una buena señal —dijo Kiril—. ¡Continuemos la marcha! —y el soldado se unió a ellos mientras seguían avanzando en dirección oeste.

Y así, a lo largo del camino, nuevos soldados daban noticias al grupo sobre las otras avanzadillas y se unían a ellos. Al cabo de varios minutos de veloz carrera divisaron a la comunidad de supervivientes reunida al cobijo de los árboles, algunos sentados sobre las grandes piedras que en los Días Antiguos parecían haber servido de acomodo a los espíritus del bosque durante sus charlas bajo la luz de las estrellas. Muchos trataban de descansar tumbados sobre las ramas y hojarasca caída, mientras los heridos sólo querían que se apaciguase el dolor de sus laceraciones. Una pequeña guardia velaba por su seguridad, entretanto dos exploradores reconocían el exterior del bosque. El campamento recobró parte de la moral perdida al oír de boca de Kiril el relato de las escaramuzas con el enemigo en la salida de la Guarida del Oso.

Las estrellas, que esa noche cubrían el firmamento acompañando a la luna en su solitario caminar, regalaron a los nerlingos parte de su lejana pero refulgente luz para que los fugitivos no tuvieran que encender antorchas, permaneciendo ocultos bajo la frondosidad del inmenso Bosque de Alkos. Cuando los exploradores regresaron, la situación pareció nuevamente empeorar. El fuego avanzaba inexorablemente y más de la mitad del otrora tupido bosque era ya pasto de las llamas. Pero esa terrible pérdida no era lo peor que ahora sucedía, pues el enemigo avanzaba veloz como una bandada de águilas y más de dos mil hombres se apostaban en la zona exterior de la floresta a la espera de encontrar a los últimos miembros de los cinco clanes. La tensión comenzó a crecer en el grupo.

—¡No podemos quedarnos aquí parados y esperar a que el fuego nos abra! —decían unos.

—¿Y qué proponéis que hagamos? ¿Salir ahí fuera y morir atravesados por sus lanzas? —decían otros.

—¿Qué será de nosotros? —preguntaban los heridos.

—¡Silencio! ¡No podemos discutir entre nosotros! Sólo unidos conseguiremos salvarnos —gritó Kiril—. Debemos tomar una determinación sin perder más tiempo.

Kiril pensaba y pensaba, pero por más que cavilaba no veía la manera de salir

airoso de aquella comprometida situación. Solamente disponían de una veintena de caballos, por lo que si intentaban huir en campo abierto la mayoría de los que fuesen a pie serían una presa fácil para los gronings. Tampoco podían permanecer por mucho más tiempo escondidos en el bosque, pues el fuego avanzaba espoleado por su voracidad y corrían el riesgo de verse rodeados por él y morir abrasados. Y por descontado, no sopesaba la posibilidad de abandonar a su suerte a mujeres, niños y heridos.

—Tendremos que volver a dividirnos —dijo Kiril.

—¿Vais a abandonarnos? —preguntó una mujer.

—No, no es ésa mi intención —respondió con firmeza Kiril—. ¡Escuchadme todos! ¡Prestad atención a lo que he de deciros, pues no resta mucho tiempo antes de que el fuego trate de devorarnos! Nos dividiremos en dos grupos como os he dicho. Yo y tantos soldados como caballos dispongamos, saldremos a galope del bosque, en dirección al enemigo, llamando su atención para que nos persigan. Creerán que somos los únicos supervivientes, el último vestigio de la resistencia nerlinga. La ira cegará sus ojos y cabalgarán enloquecidos tras nosotros para darnos caza. Cuando todos hayan salido en nuestra persecución, ése será el momento en el que deberéis abandonar el bosque y huir hacia las Montañas Nerlingas. Si todo sale como lo he planeado nos reuniremos allí. Si en dos lunas no hemos llegado a ellas, partid en busca del sexto clan, pues mi plan habrá fracasado en parte y vosotros seréis ya el último aliento de nuestro pueblo —finalizó Kiril su oratoria.

Todos parecieron asumir que aquélla era la única alternativa a la situación en la que se encontraban. Sin necesidad de demandarlos, rápidamente surgieron voluntarios que pedían formar parte del grupo que se lanzaría contra el enemigo. De entre todos ellos, Kiril eligió a los más jóvenes y a aquellos que no tenían esposa ni hijos. Los demás soldados protegerían al grupo que huiría hacia las Montañas Nerlingas. Maikel cabalgaría junto a Kiril, por lo que se fundió en un emocionado abrazo con su padre, temiendo que aquélla fuese la última despedida.

—Cuida de Kiril, hijo mío, y cúrate bien esa herida —dijo Torilo.

—Cuídate tú también, padre —dijo Maikel mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Sé que mantendrás unido a este grupo... —y sollozó—, y bien alimentado con tus sabrosos guisos —y esta vez rió mientras se secaba las lágrimas.

La misma escena se repetía entre amigos, vecinos, o simplemente hermanos de sangre que habían estrechado sus lazos con la angustia y el dolor vividos ese interminable día. La partida no podía retrasarse más y los veinte elegidos montaron sobre sus caballos.

—Permaneced atentos a nuestra persecución y aprestaros a huir cuando los gronings se alejen —dijo Kiril—. El camino no será fácil, ya que gran parte discurrirá en campo abierto. En la medida que os sea posible, avanzad entre los árboles y matorrales y alejaros del camino que siguieron los gronings. ¡Que Nerlingua nos proteja una vez más en este día! —y espoleando a su caballo encaró a galope tendido

las verdes praderas exteriores.

Rápidamente Kiril constató que las informaciones de sus exploradores eran tristemente ciertas. Un poderoso ejército aguardaba a menos de un kilómetro de distancia la salida de los nerlingos. Para colmo de desgracias, el fuego se hallaba ya muy próximo a ellos, su implacable avance favorecido por el suave viento del norte que no había dejado de soplar durante todo el día.

—Ahora o nunca —pensó Kiril y golpeando fuertemente los lomos de su caballo con los talones de las botas, abandonó decidido la protección del bosque para evitar que sus hombres titubeasen poniendo en peligro el ya de por sí arriesgado e incierto plan.

Los jinetes rompieron el silencio de la noche con el estruendo de los cascos de caballos golpeando la maltratada tierra de Jactinia. Sólo el crepitar de las ramas consumidas por el voraz fuego amortiguaba aquella estampida. No tardaron en ser descubiertos por los gronings que, sin dudarlos, emprendieron su cacería. Pero el plan de Kiril comenzaba a tambalearse, ya que no todo el ejército que allí permanecía apostado cabalgó en su caza, solamente la mitad del mismo; el resto seguía agazapado en el linde del bosque. La maniobra que Zornik había realizado ese día había sido largamente planeada, y contaba con espías infiltrados en el clan de los bunkos gracias al control que había ejercido sobre Torko, además de informadores en los pueblos vecinos que durante los últimos años habían observado y transmitido todos y cada uno de los movimientos de los nerlingos. Y aquella noche, apostado junto al ejército groning, se encontraba un traidor a su pueblo que escapó durante uno de los hostigamientos en la zona norte del Bosque de Alkos. Oculto tras las sombras de la noche y en compañía de uno de los Mariscales de Zornik, contemplaba impasible la desigual persecución.

—Ésos no son todos los supervivientes. Aún debe quedar al menos medio centenar en el interior del bosque —dijo Tortion, que era el nombre del traidor bunko—. En su mayoría serán mujeres y niños, aunque con toda seguridad estarán protegidos por algunos soldados. Su lacrag no sería capaz de abandonarlos indefensos a su suerte.

—Serán unos perfectos trabajadores para los yacimientos de oro en el Valle de los Elothas —respondió Burkelen, Mariscal de Zornik—. ¡Soltad a las bestias para que olfateen su rastro! —gritó.

Los soldados gronings desataron a los wolkurs, que permanecían aferrados a robustas cadenas de hierro. Alterados y nerviosos por el fuego, eran capaces de volverse contra sus propios amos, o luchar ferozmente entre ellos, pues así de despiadados eran los engendros demoníacos creados por los ancestros de Zornik.

Los wolkurs olfatearon el aire y escrutaron los alrededores. El fuego y el humo desconcertaban su preciso olfato, pero el olor de la sangre de los heridos entre el grupo de nerlingos les volvió a colocar rápidamente sobre su pista. Tras ellos, Burkelen envió a sus hombres para apresar a todos aquellos que quedasen con vida.

Simultáneamente, sobre las grandiosas praderas que separaban el Bosque de Alkos del Bosque Ranwuhan, Kiril cabalgaba desesperadamente y sin rumbo fijo huyendo de la caballería groning. A esas alturas ya había caído en la cuenta que más de la mitad del ejército permanecía apostado a la espera de atacar a sus hermanos nerlingos. Maikel lloraba por la suerte que correría su padre y todos sentían el corazón henchido de dolor por el trágico destino que les aguardaba.

La caballería groning era muy numerosa, por lo que los jinetes se alternaban en la persecución, reduciendo paulatinamente la distancia que les separaba de Kiril y los suyos. Varias flechas alcanzaron a tres de los nerlingos que cabalgaban en la retaguardia del grupo, lo que obligó a Kiril a aumentar el ya de por sí velocísimo galope de su caballo y por ende el de los demás corceles, que con fuertes relinchos y resoplidos comenzaban a dar muestras de fatiga.

—Los caballos no aguantaran durante muchos más kilómetros a este ritmo —dijo Thelmor que cabalgaba en paralelo a Kiril.

—Lo sé, Thelmor. Pero si no encontramos algún lugar más angosto por el que huir esos malditos nos darán caza —contestó Kiril.

—Nuestra única posibilidad es girar en dirección norte, hacia las Montañas Nerlingas —sugirió Gerlok.

—Pero si huimos hacia allí, arrastraremos a todo el ejército groning tras nosotros, y el grupo que aguarda en el bosque nunca podrá llegar a ellas —respondió Thelmor.

—El segundo grupo no llegará a las Montañas Nerlingas, suerte tendrán si consiguen escapar de la trampa de fuego —sentenció Maikel.

Los jinetes aceptaron resignados la afirmación por la que Maikel asumía la pérdida de su padre, pues Torilo se encontraba entre los miembros del grupo que aguardaban escondidos al amparo del Bosque de Alkos. Ciertamente no abrigaban muchas esperanzas de que medio centenar de hombres, mujeres y niños sin caballos saliesen victoriosos frente a la poderosa vanguardia del ejército groning. Nadie puso peros a la sugerencia de Gerlok, y el sepulcral silencio que por unos instantes se apoderó del grupo, se quebró con el alarido de un nuevo nerlingo que cayó bajo las flechas de sus perseguidores. Con determinación, Kiril giró rumbo al norte y el grupo le siguió, al tiempo que espoleaban nuevamente a sus fatigadas monturas.

En el exterior del Bosque de Alkos, los wolkurs corrían guiados por el olor de la sangre. Los arqueros gronings tomaban posiciones para abatir a sus enemigos. La situación del segundo grupo era crítica. El miedo se había apoderado de ellos y había destrozado los débiles vínculos que les mantenían unidos. El caos fue total cuando los wolkurs irrumpieron en el círculo de piedras. Los guerreros nerlingos luchaban a muerte con ellos, mientras muchas de las bestias se cebaban en los indefensos heridos. Algunos corrieron al exterior del bosque, donde les aguardaban los arqueros enemigos, que acababan con todo aquel que opusiese la más mínima resistencia. Las

poco más de tres decenas de afortunados que decidieron rendirse fueron capturados y maniatados. Su destino sería trabajar en las minas del norte. Otros, presas del pánico, se internaron en la floresta, sin percatarse que la trampa de fuego se cerraba sobre ellos. En el Bosque de Alkos encontraron su tumba, en aquel amado lugar que en los Días Antiguos les proveyó de madera y alimentos. La comunidad a la que Kiril había bautizado como el último aliento de los nerlingos, había sido disuelta antes de emprender la misión encomendada.

A medida que el grupo se acercaba al paso de las Montañas Nerlingas, la situación empeoraba para los hombres de Kiril. Las certeras flechas groning habían diezmado paulatinamente a los jinetes nerlingos. Los caballos se encontraban extenuados y sus perseguidores habían reducido la distancia que les separaba de ellos.

Pero cuando todo parecía perdido, un tupido velo blanco de esperanza se apareció frente a ellos. El frío viento del norte había despejado el cielo de nubes, por lo que la humedad que se aferraba a los campos y arboledas que limitaban el paso, había creado las condiciones idóneas para que la niebla brotase como la hiedra al pie de las escarpadas Montañas Nerlingas.

—Si logramos penetrar en la niebla estaremos salvados —dijo Kiril.

—No podrán orientarse en un terreno desconocido para ellos. Nerlinguia nos envía su manto de salvación —respondió Maikel.

Los jinetes imploraron un último esfuerzo a sus exangües corceles que les permitiese alcanzar la niebla salvadora. Pero la sangría continuaba, pues los perseguidores se encontraban ya muy cerca y la trayectoria de sus flechas era cada vez más y más precisa. Únicamente diez nerlingos continuaban a lomos de sus monturas. Varias flechas volaron nuevamente alcanzando las patas traseras de los caballos. Los jinetes rodaron por los suelos, siendo capturados por los gronings. Solamente Kiril, Maikel, Oyvind, Ingvar, Thelmor y Gerlok buscaban ya la protección de la niebla.

Los metros parecían kilómetros y, a pesar de que avanzaban velozmente, el ritmo de sus perseguidores era implacable, aumentando con cada tranco de sus caballos. Temían que los corazones de sus corceles reventasen de un momento a otro y no pudieran alcanzar el paso de las montañas. Fue Kiril quien penetró en primer lugar en el denso manto blanco. Al mismo tiempo que esto sucedía, dos nuevas flechas asesinas buscaron a sus víctimas. Una de ellas alcanzó la espalda de Gerlok, traspasando su corazón, acabando con la vida del noble bunko a escasos metros de la salvación. La otra se clavó en el caballo de Ingvar, derribando al desdichado corcel. El hijo del trueno rodó por los suelos golpeando su cabeza contra una piedra, y quedó tendido, inconsciente, como un coloso caído frente a las majestuosas Montañas Nerlingas. Oyvind giró su cabeza al oír el grito de su hermano gemelo, y lo vio caer de su caballo. Trató de hacer girar a su montura para volver a rescatarlo, pero una voz le habló en su interior:

—Huye y ayuda a nuestro Rey en el largo camino por la salvación de nuestro

pueblo. Volveremos a encontrarnos —dijo la voz.

Oyvind supo al instante que ésa era la voz de su hermano y, siguiendo su consejo, desistió de su idea y cabalgó tras la estela de su Rey, lacrag y amigo. Antes, Thelmor y Maikel habían penetrado en el paso de las montañas cortando con su figura la niebla que ahora protegía su retaguardia.

Los perseguidores gronings detuvieron su galope al internarse en el vasto mar de niebla, que aumentaba su extensión a medida que se acercaba el amanecer. Apenas podían reconocerse unos a otros a un par de metros de distancia. El desconocimiento de la zona sur de las montañas rápidamente hizo que perdiesen todo rastro de los nerlings. Ante el riesgo de extraviarse decidieron regresar al Bosque de Alkos y reemprender la búsqueda una vez la niebla se difuminase con el sol del mediodía. Por tercera vez en ese día Kiril había logrado salvar su vida. El resto de sus hermanos nerlings, a excepción de Maikel, Thelmor y Oyvind, habían muerto o habían sido capturados para formar parte de los esclavos que servirían a las órdenes del malvado Zornik en las lejanas minas de oro. Únicamente eran cuatro las columnas sobre las que ahora se sustentaba la agonizante nación nerlinga.

Kiril ascendía a ciegas a través de las montañas, mientras Thelmor, Oyvind y Maikel le seguían en fila pegados unos a otros; la espesa niebla podía hacer que se perdieran y ser una presa fácil para los gronings al amanecer. Buscaban alcanzar la zona más alta sobre el valle, pues la niebla se concentraba al pie de las Montañas Nerlingas. Kiril conocía parte de la zona cercana al Lago Argul, y trató de dirigirse hacia ella, evitando acercarse demasiado a las laderas del norte que limitaban con la Cordillera Iugur-András, ya que con toda seguridad estarían vigiladas por los gronings.

Al cabo de media hora de ascensión la niebla comenzó a disiparse, retornando nuevamente la oscuridad de la noche, iluminada por la grandiosa luna llena que presidía el cielo como testigo mudo de todo lo que allí ocurría.

—Nuevamente los ojos de Nerlinguia nos guían e iluminan —dijo Kiril mientras admiraba a la hermosa hermana de la estrella del día.

Nadie contestó pues marchaban cabizbajos sobre sus caballos, atormentados por los acontecimientos del trágico día que habían vivido. El mismo sentimiento se apoderó de Kiril, y los cuatro nerlings cabalgaban ahora como una columna de muertos vivientes. Kiril había perdido a su padre, Oyvind a su hermano Ingvar, Thelmor a su prometida, mientras Maikel lloraba a su padre Torilo. Nadie había escapado a la traición groning y maldecían a Torko por haber prendido la mecha que había hecho estallar a su pueblo en mil pedazos.

El cansancio comenzó a adueñarse de ellos, por lo que decidieron acampar al amparo de una hendidura en la pared de la montaña que les hacía invisibles a los ojos enemigos. Establecieron turnos de guardia, encargándose Thelmor del primero. Mientras éste vigilaba y observaba la niebla sobre el valle, el sueño se aposentó en

los cuerpos de Kiril, Oyvind y Maikel, quienes cayeron en una profunda ensoñación, en la que una amalgama de imágenes y vivencias pululaban a gran velocidad.

Comenzaba a amanecer y Thelmor despertó a Oyvind, quien a duras penas se incorporó, dirigiéndose a ocupar el puesto de guardia. Una vez se hubo despertado, trató de comprobar qué ocurría en el valle al pie de las montañas, pero ni siquiera su penetrante vista logró traspasar el mar de niebla que se encontraba en esos momentos en pleno apogeo.

—Aún dispondremos de varias horas de tranquilidad hasta que la niebla desaparezca por completo —dijo para sí Oyvind, y dirigió sus pensamientos hacia su hermano Ingvar. Percibía cercana su presencia, sensación que le serenó, y juró que un día volverían a encontrarse, el relámpago y el trueno, y cabalgarían juntos por Jactinia como en los Días Antiguos.

En el campamento groning, Ingvar, maniatado por gruesas cadenas y magullado por los golpes recibidos, sintió que su hermano le insuflaba ánimos, lo que le hizo recuperar la esperanza perdida al saber que Oyvind permanecía también con vida.

El turno de Oyvind transcurrió sin sobresaltos mientras sus tres fatigados compañeros continuaban dormidos a pesar de la claridad del nuevo día. El sol, que comenzaba a elevarse lentamente por el este de Tierra Conocida, empezó a martillar el manto de niebla, debilitándolo paulatinamente al elevarse sobre el inmenso cielo azul. Kiril hizo el tercer turno de guardia, ya que Maikel no se encontraba bien. La herida de su brazo empeoraba; la infección era cada vez mayor, lo que hizo que la fiebre hiciera presa de él.

Pasaban ya dos horas desde que Kiril observaba oculto entre los riscos, y el sol comenzaba a desnivelar a su favor el combate que mantenía con la niebla. Decidió despertar a sus amigos y juntos observaron el valle.

El frente oeste del ejército groning se había dividido en tres grandes compañías. La primera de ellas, que sumaba más de la mitad del total de hombres, se dirigía al paso del norte, al encuentro del grueso del ejército encabezado por el Rey Zornik. Con toda seguridad regresarían a Groningburgo, y en ella se encontraban todos los prisioneros nerlingos. La segunda compañía marchaba sobre Lothikaton, para mantener en la zona de los burgos y la capital un destacamento permanente que controlase la región y que sirviese de puente para la conquista de los pueblos vecinos. Por fin, la última de las tres compañías, la menos numerosa de todas, era inequívocamente la destinada a dar caza a los únicos nerlingos supervivientes, pues enfilaba ahora el paso entre las montañas y el Bosque Ranwuhan.

—Reanudemos la marcha —ordenó Kiril.

—¿Qué dirección tomaremos? —preguntó Thelmor.

—El camino más seguro será el que nos lleve a los pies de las Montañas Nerlingas y desde allí a Bosque Verde —dijo Kiril—, para finalmente dirigirnos a Bortiburgo. Necesitamos reponer fuerzas y curar rápidamente la herida de Maikel antes que la infección se extienda por todo su brazo. Recemos porque la ciudad no esté tomada por los gronings.

—En Bortiburgo tengo un gran amigo, Perlivarce, con el que mi hermano Ingvar y yo solíamos ir a cazar a Bosque Verde. Él nos dará cobijo esa noche —dijo Oyvind.

—De acuerdo, pero no debemos comprometer su seguridad y la de su familia —dijo Kiril.

—Él odia igual que nosotros a los gronings —respondió Oyvind.

Y al tiempo que la serpiente groning ascendía la cara sur de las Montañas Nerlingas, los cuatro jinetes reemprendieron la huida.

El camino era cada vez más duro, pues continuamente ascendían y descendían por los escarpados picos que formaban aquellas masas montañosas. Gran parte del mismo lo realizaban a pie, pues montados sobre los caballos corrían el riesgo de despeñarse. Avanzaban siempre unas decenas de metros por debajo de las cimas, para evitar que el sol dibujase sus siluetas en lo alto de las montañas.

—Deberíamos deshacernos de los caballos —dijo Maikel.

—Lo haremos —respondió Kiril—, pero no aquí. Serían una presa fácil en la noche para los depredadores de las montañas.

Los nerlingos, conocedores de esas laderas, avanzaban con mayor rapidez que la compañía de perseguidores, más numerosa y mejor equipada, pero que encontraba más dificultades para sortear las peñas y riscos. Era ya mediodía y el hambre comenzaba a fustigar sus estómagos. Thelmor tenía algo de pan duro y un trozo de queso de oveja que guardaba en un pequeño zurrón. Hicieron un alto en el camino y repartieron parte de los escasos víveres que les quedaban. El agua también escaseaba y la racionaron para hacerla durar al menos un par de días más.

—Si no logramos llegar a Bortiburgo antes de dos días la situación se tornará complicada para nosotros —dijo Oyvind.

—Cierto, amigo mío —dijo Thelmor—. Por ello hay que alcanzar hoy mismo Bosque Verde. Avanzaremos rápidamente a través de él ocultos de nuestros enemigos. En unas horas habremos dejado atrás las Montañas Nerlingas y llegado al bosque antes del anochecer.

—Una vez nos internemos en él, descansaremos como lo hicimos en la hendidura de la montaña —añadió Maikel, quien fatigado y mermado por la fiebre sólo pensaba en dormir.

Como la comida había sido todo menos copiosa, sus estómagos seguían protestando, pero no tuvieron más remedio que continuar el duro y fatigoso camino de ascensos y descensos a través de las montañas. En varias ocasiones corrieron el riesgo de despeñarse al pisar sobre rocas sueltas que se desprendían de la pared, pero gracias a la ayuda de algún compañero lograron salvarse en última instancia. No

ocurría así con los perseguidores gronings, más numerosos y que caminaban con mayor dificultad, pues cada cierto tiempo se escuchaban lejanos gritos que resonaban en forma de eco en todo el valle al caer desde lo alto de las cumbres. Estos gritos tranquilizaban en cierta manera a los cuatro fugitivos, ya que cada vez llegaban más y más lejanos.

Tras sortear uno de los numerosos riscos, Oyvind divisó en la lejanía Bosque Verde, lugar de grato recuerdo para los nerlingos. No en vano en él, los cinco clanes vencieron en la primera gran batalla de las guerras gronings, liderados por Borbul el Ojo de Águila.

—Allá a lo lejos se encuentra Bosque Verde —dijo Oyvind.

—¡Magnífico! —respondió Thelmor.

—En unas horas llegaremos a él y lograremos nuestro primer objetivo, ocultarnos en el bosque antes de que anochezca —dijo Kiril.

—No perdamos más tiempo contemplando la belleza de estas tierras —añadió Maikel, algo repuesto tras la ingesta de alimentos.

El grupo aceleró su marcha hasta tal punto que los caballos apenas podían seguirlos por aquellas escarpadas laderas, a pesar de ser arrastrados de las bridas que se anudaban en sus cabezas.

Sin interrupción y con una cadencia constante, se escuchaban débilmente los ahogados gritos de los gronings que se precipitaban al vacío, llegando a ser casi imperceptibles. Tras descender y volver a ascender una última vez, Kiril varió ligeramente su rumbo, girando levemente hacia el norte, evitando salir a campo abierto. Caminarían aún unos kilómetros más por las Montañas Nerlingas hasta llegar a la zona en la que éstas se hermanaban con Bosque Verde.

El sol comenzaba a declinar y las piernas de los jóvenes estaban muy castigadas por la dureza del camino recorrido, pero la proximidad del bosque les renovaba sus agotadas fuerzas. Cada nuevo día que el otoño avanzaba, hacía que éste se volviera más hostil con los moradores de aquellas tierras. El viento era frío y se clavaba en sus cuerpos como miles de diminutos cuchillos. El cielo comenzaba a vestirse de tonos grises y blancos, una gran alfombra de la que habían desaparecido el resto de tonalidades, anunciando la amenazadora llegada de las primeras nieves.

Tras el fatigoso camino, llegaron al último de aquellos riscos, finalizando la travesía por la espalda puntiaguda de aquel enorme dragón de piedra. Se sintieron aliviados, pues hacía tiempo que no se oían señales de sus perseguidores, y tras el acertado desvío que Kiril había tomado se encontraban en una zona segura, a la que por suerte todavía no habían llegado los gronings. Descendieron con bríos renovados la última pendiente para llegar a la parte baja de las montañas, continuando por una pequeña loma que serpenteaba hasta dar a una altiplanicie en el valle. Se detuvieron unos instantes y observaron por última vez a las Montañas Nerlingas con nostalgia, añorándolas antes incluso de separarse de ellas.

—Desde hoy —dijo Kiril—, las Montañas Nerlingas perderán ese título y serán

conocidas como las Montañas Artankal, recuperando el nombre de los Días Antiguos, antes de que nuestros ancestros ocupasen estas tierras. No lo recuperarán hasta que los gronings sean expulsados de la región y los nerlingos volvamos a morar en ella.

—Que así se cumpla —respondió Thelmor.

Con suma tristeza reanudaron su caminar, corriendo por la angosta campiña que les separaba de Bosque Verde. Cuando llegaron al bosque, el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Nuevamente se detuvieron, esta vez para comprobar si sus perseguidores seguían de cerca su rastro; no vieron ni oyeron nada, ni siquiera Oyvind logró divisar en la lejanía señal alguna.

—Hemos tomado una importante ventaja que nos permitirá descansar en paz esta noche —dijo Thelmor.

—Ciertamente así lo parece —respondió Maikel.

—Dejad ahora en libertad a los caballos —ordenó Kiril—. Su compañía no haría más que retrasar nuestro rápido avance a través de Bosque Verde.

—Liberémoslos en dirección al Bosque Ranwuhan —dijo Oyvind—. Así los gronings pensarán que nos dirigimos hacia el oeste. Cuando lleguen a donde ahora nos encontramos la noche habrá caído, y no podrán seguir nuestras huellas. El rastro desaparecerá cuando amanezca, y no lograrán averiguar la dirección exacta que habremos tomado.

—Ganaremos un poco de tiempo —respondió Kiril—, pero Oyvind, tengo la certeza que el grupo groning se dividirá y continuará nuestra búsqueda por el norte, el sur, el este y el oeste. No abandonarán la persecución hasta entregar nuestras cabezas a Zornik.

—Debemos ser cautelosos en nuestra huida —añadió Maikel—. Con toda seguridad Zornik habrá desplegado tropas por toda Jactinia para someterla, y no tardará en llegar el día en que toda la región caiga en su poder.

—No perdamos entonces más tiempo y liberemos a los caballos —dijo Oyvind.

Tomaron de los animales todo lo que pudiera servirles, comida de los zurroneos, armas y ropa de abrigo.

—Cabalgad hacia la libertad, trotad bajo vuestro único mando, huid del recuerdo de las bestias wolkurs —dijo Oyvind.

Los caballos entendieron las palabras del joven nerlingo y salieron en estampida buscando una nueva tierra donde habitar, nuevas praderas donde galopar. Cuando todavía Kiril y sus compañeros no habían perdido de vista a los cuatro caballos, éstos se detuvieron, y sus esbeltas figuras se perfilaron en el horizonte gracias a los últimos rayos del sol que se resistía a ocultarse. Elevaron sus patas delanteras como signo de reverencia hacia aquellos hombres que les habían devuelto la libertad y a los que deseaban la mayor de las venturas en el arriesgado viaje que acababan de comenzar. Kiril, Oyvind, Thelmor y Maikel les devolvieron el saludo elevando sus brazos, mientras los animales reemprendían el galope perdiéndose para siempre en los campos de Jactinia, huyendo de los Años de la Sombra que acababan de comenzar.

Los cuatro nerlingos se internaron en Bosque Verde, una gran extensión de árboles mayor que el incendiado Bosque de Alkos, que les protegería en su huida hacia Bortiburgo. Oyvind conocía parte del mismo, por lo que se colocó en cabeza marcando un paso muy vivo, ya que la luz del sol había desaparecido y tenían que encontrar un acomodo para descansar esa noche, lejos de los lindes del bosque y de los perseguidores gronings.

Tras cerca de media hora de intenso caminar, Oyvind se detuvo en una zona lo suficientemente apartada del paso de las Montañas Artankal como para no ser descubiertos. Las numerosas hojas caídas les servirían de cómodo lecho, y unos grandes matorrales y helechos les cobijarían y recogerían del frío viento del norte que se colaba a través de la maraña de árboles.

Completamente exhaustos se dejaron caer como fardos de paja sobre el acolchado suelo. Bebieron un poco de agua y acabaron con casi todos los víveres que les quedaban.

—Mañana cazaremos algún animal —dijeron para justificar la voracidad con la que habían terminado las provisiones.

No encendieron fuego para no delatar su posición al enemigo. Organizaron con premura los turnos de guardia ya que comenzaban a cabecear. Excluyeron nuevamente a Maikel, pues pensaron que era mejor reservar sus escasas fuerzas para el nuevo día. Oyvind se ofreció voluntario para realizar la primera vigilancia. La separación de Ingvar había agitado su mente y era el único que no podía conciliar el sueño. El hijo del relámpago lloraba amargamente la ausencia del hijo del trueno. Intentaba desesperadamente recibir alguna señal que le hiciese saber que Ingvar permanecía con vida. Se concentró, sólo pensaba en su hermano, y sintió el dolor que éste padecía, sintió que sus muñecas y sus tobillos le dolían, sintió que caminaba hacia lejanas tierras. Trató de transmitirle esperanza, de hacerle saber que aún seguía vivo, que soportase su sufrimiento, ya que algún día volverían a encontrarse. Lentamente esas sensaciones fueron desapareciendo hasta extinguirse definitivamente. Oyvind se sintió triste pero al mismo tiempo reconfortado. Ahora sabía que su hermano gemelo viajaba hacia un lejano lugar de Tierra Conocida, aunque el sufrimiento que Ingvar padecía le atormentaba, ya que nada podía hacer para aliviar su dolor. Envío un beso con su mano al viento para que lo transportase y entregase a su bienamado hermano. Él se sentía afortunado por marchar junto a su Rey en búsqueda de la salvación de su pueblo. Juró por segunda vez ese día que en un futuro no muy lejano volvería a reunirse con Ingvar y juntos cabalgarían por toda la Tierra Conocida en libertad, desde Tierra Seca hasta el Mar del Este, desde las Tierras Frías hasta el Desierto Rojo.

Hacia el valle de los Elothas

La niebla comenzaba lentamente a disiparse mostrando el desolador aspecto del otrora frondoso Bosque de Alkos, convertido la noche anterior en una inmensa hoguera de la que ahora solamente quedaban cenizas y brasas humeantes. Los soldados gronings aguardaban descansando la orden de su capitán para reemprender la marcha. En el centro de aquel océano de lanzas y espadas se encontraban custodiados y encadenados los prisioneros nerlingos.

Entre ellos, magullado y todavía inconsciente, permanecía Ingvar, quien había sido conducido hasta el grupo de prisioneros para más tarde ser interrogado. A su lado un anciano de aspecto bonachón le acariciaba la cabeza, tratando de aliviar el dolor producido por el golpe recibido al caer de su caballo. Aquellos cuidados surtieron su efecto y a medida que el sol penetraba entre la niebla, Ingvar parecía recuperar el conocimiento.

—Dónde estoy... —dijo mientras se estiraba con dificultad entreabriendo sus ojos.

—Por fin despiertas, amigo mío —dijo el anciano—. Al menos una leve alegría entre tanta desdicha. No te muevas. Has recibido un fuerte golpe en tu cabeza. Si permaneces reposando contestaré a tu pregunta —Ingvar asintió cerrando sus párpados y el anciano continuó—. Estamos en la zona oeste de la región, entre el Bosque de Alkos y el Bosque Ranwuhan. Hemos sido capturados por los gronings y nuestro hermoso bosque ha sido devorado por el fuego. Sin embargo, no sabemos nada acerca de la huida de nuestro lacrag. Buena señal es que por el momento no lo hayan traído preso. Pero ahora descansa, pues presiento que en pocas horas iniciaremos una larga marcha.

Aquella voz le resultaba familiar, por lo que Ingvar trató de levantar la cabeza para ver el rostro del anciano.

—¡Torilo! —exclamó—. Eras tú la voz serena que escuchaba —pero el golpe que había recibido era muy fuerte y la cabeza le comenzaba a dar vueltas.

—No te muevas, Ingvar —le dijo nuevamente Torilo—. Continúa durmiendo. Si los centinelas descubren que has despertado te conducirán a la presencia de su capitán. Esperan poder obtener de ti nuevas sobre la ruta que Kiril y los otros tomaron.

—Nunca revelaré al enemigo el plan de mis hermanos —respondió con renovadas fuerzas Ingvar.

—Silencio —dijo susurrando Torilo—, se acerca un centinela.

—¿Con quién hablas, maldito viejo? —dijo con voz ronca y grave el groning.

—Solamente trataba que mis palabras hicieran más placentero el descanso de este joven herido —respondió inocentemente Torilo.

—No confundas su mente con tu envenenado monólogo, estúpido viejo, pues tan rápido se recupere deberá rendir cuentas ante el Rey Zornik sobre el paradero de los

fugitivos —gruñó el centinela—. ¡Vamos, séparate de él! ¡Y permaneced en silencio! —gritó a los demás—. Una lágrima, un sollozo, una palabra más y os juro que os cercenaré la cabeza con mi espada —y dirigiendo una fría y terrible mirada al grupo de los prisioneros nerlingos continuó con la guardia.

Había transcurrido más de una hora desde la breve conversación que había mantenido con Torilo e Ingvar continuaba durmiendo.

Entre las tropas gronings comenzaba a vislumbrarse el inicio de una frenética actividad. En el centro de la pradera se ubicaba la tienda de mandos, en la que se reunían en esos momentos varios de los capitanes de Zornik al mando de los cuales estaba el Mariscal Burkelen.

—Biorkelen, tomarás un centenar de hombres y retomarás la persecución de los nerlingos —ordenaba un enojado Burkelen—. Y esta vez vuelve con los fugitivos. Da gracias a que capturamos a uno de los compañeros de su joven lacrag, de otra manera el propio Zornik hubiera acabado contigo.

—Os prometo que volveré con sus cabezas colgando de la grupa de mi caballo —respondió sin titubear Biorkelen tratando de ganarse la confianza de su superior.

—Así lo espero por tu bien —dijo Burkelen—. El resto de hombres —continuó—, se dividirá en dos compañías. Yo, al frente de la primera, conduciré a los prisioneros nerlingos hacia el norte, al encuentro del Rey Zornik. Él sabrá sonsacar al prisionero los planes de esos infelices fugitivos. Tú, Kiokelen —dijo al otro capitán—, marcharás sobre Lothikaton y allí recibirás del destacamento que la controla las órdenes de nuestro Rey. Es muy probable que debas continuar con tus hombres hacia el este de Jactinia y someter cualquier resistencia que los demás pueblos puedan oponer.

Kiokelen asintió a las órdenes de Burkelen, quien se levantó encaminándose al exterior de la tienda de mandos. Los otros dos capitanes le siguieron.

—Y ahora apresúrate, Biorkelen. El manto de niebla comienza a desaparecer —y miraba hacia las ahora invisibles Montañas Artankal—. Esos nerlingos nos llevan una considerable ventaja.

Biorkelen saludó con una genuflexión despidiéndose del Mariscal y los otros capitanes y, reuniendo con prontitud a sus hombres, enfiló velozmente el paso entre las montañas y el Bosque Ranwuhan.

Kiokelen tampoco tardó mucho en partir rumbo a Lothikaton con un poderoso ejército que en las jornadas venideras arrasaría gran parte de Jactinia. Fue la compañía comandada por el Mariscal Burkelen la última en abandonar las praderas limítrofes con el mar de ceniza del Bosque de Alkos.

Dispusieron a los prisioneros nerlingos en el centro de la misma, fuertemente custodiados, vigilando especialmente a Ingvar, al cual le reservaban el privilegio de una entrevista personal con el cruel Zornik. Los nerlingos caminaban con dificultad,

sus tobillos y muñecas atados por pesados y apretados grilletes, sus cuerpos castigados por los avatares padecidos el día de la destrucción de Lothikaton. Durante el tiempo que duró el trayecto que les condujo al encuentro del frente del ejército groning, los nerlingos eran continuamente insultados y fustigados con latigos por los soldados que los vigilaban.

—Aguantad, no desfallezcáis ahora —decía Torilo al reducido grupo—. El que abandone encontrará la muerte, no esperéis ningún atisbo de piedad en vuestros guardianes.

—Nerlinguia nos ha abandonado —decían algunos con pesadumbre.

—Nerlinguia nunca nos ha dado la espalda, y si rezáis y mantenéis la esperanza en ella un día no muy lejano volveremos a ser libres —respondió Ingvar.

—¡Silencio! —gritó uno de los soldados mientras descargaba su ira en forma de sonoro latigazo sobre la espalda de Torilo—. ¿Es que acaso te sobran las fuerzas, viejo? Si sigues hablando no recibirás tu ración de agua durante dos días.

El grupo continuaba caminando cabizbajo mientras bordeaba el Bosque de Alkos, encarando el paso del norte de las Montañas Artankal. Al cabo de unos kilómetros, uno de los heridos sentía que su garganta le abrasaba y pidió agua a los guardianes.

—¡Por favor! ¡Agua! ¡Dadme un poco de agua, por piedad! ¡Necesito beber! —gritaba suplicando el nerlingo.

—¡Calla y continúa! —le respondió el soldado groning.

—¡Dadme agua, o no podré seguir caminando! —insistió el nerlingo.

—¡Camina! —respondió enfurecido el soldado mientras le golpeaba con el látigo. El nerlingo trató de acercarse hacia el guardián e implorarle piedad.

—¡No te acerques a mí! ¡Sigue caminando, maldito nerlingo! —gritaba enfurecido el groning mientras no paraba de golpearle con el látigo.

Pero el nerlingo no obedecía las órdenes y se acercó al soldado implorando un trago de agua. Nunca más volvió a probarla, pues una certera flecha se clavó en su pecho y cayó desplomado al suelo.

La caravana se detuvo unos instantes. Los nerlingos, asustados, se apretaron en medio de la compañía. Entretanto, los soldados retiraban el cuerpo sin vida de aquel desdichado hombre, repartiendo incansablemente latigazos entre los prisioneros. El Mariscal Burkelen se acercó montado en su negro y poderoso caballo.

—Si no queréis correr todos la misma suerte que ese desgraciado bien haréis en caminar callados y con la cabeza baja —dijo—. Otro incidente como éste y no comeréis ni beberéis durante varios días.

El siguiente no tendrá tanta suerte como él, pues servirá de comida a mis perros de la guerra —dijo refiriéndose a los wolkurs, atemorizando aún más a los asustados nerlingos—. ¡Adelante! ¡El Rey Zornik nos espera! —gritó Burkelen y la compañía reemprendió su lento caminar.

—Algunos desearán haber muerto en estos campos cuando lleguen al Valle de los Elothas —comentaban varios de los soldados que les custodiaban.

Burkelen volvió galopando a la cabeza del pelotón. Acompañándole a él y a sus oficiales, cabalgaba un desconocido que cubría su rostro con una capa, tratando de no ser reconocido por los prisioneros.

—Asaz molestos son tus hermanos nerlingos, Tortion —dijo socarronamente Burkelen—. Confío en que su carácter se ablande con el trabajo en las minas de oro.

—Sólo alguno de los bunkos merecen el calificativo de mis hermanos —respondió Tortion—, mas no así ninguno de los que aquí se hallan presos. Mis pensamientos y mi corazón están ahora con la nación groning, y haré cuanto esté en mi mano para capturar al lacrag nerlingo y sus secuaces.

—Me reconforta oír esas palabras y comprobar que al menos uno de los nerlingos aún libres sirven al gran imperio que acaba de nacer y que dominará Tierra Conocida —y conforme decía esto espoleó a su caballo haciendo casi imposible la marcha de los cautivos.

El primero de los días del destierro tocaba a su fin y la compañía comandada por el Mariscal Burkelen acababa de alcanzar el paso del norte, donde desde hacía varias horas les esperaba el Rey Zornik.

Los prisioneros nerlingos llegaron exhaustos y, una vez que la compañía se detuvo, cayeron desplomados al suelo, tratando de recuperar el aliento al tiempo que rezaban para que sus captores fueran clementes con ellos y les diesen algo de comer y beber. Burkelen bajó de su montura y rápidamente uno de los soldados acudió a recoger el caballo para atenderlo y prepararlo para la próxima jornada. El capitán llamó a Tortion y juntos caminaron hacia la tienda de Zornik, no sin cierto temor. Dos soldados de la guardia personal del Rey custodiaban la entrada. Burkelen se presentó y pidió que le llevaran ante Zornik. El soldado le instó a que esperase unos instantes en el umbral de la misma mientras él anunciaba su presencia. Al cabo de unos segundos el soldado regresó y con un movimiento de su cabeza le indicó a Burkelen que Zornik le esperaba. El Mariscal groning y Tortion entraron en la tienda y saludaron a Zornik con una adornada genuflexión ante la atenta mirada de unos de sus halcones.

—¿Qué nuevas me traes? —preguntó Zornik a su Mariscal dando a entender que conocía de antemano la respuesta.

—Mi señor —respondió Burkelen—, la pasada noche culminamos la victoria de nuestro ejército sobre los nerlingos, capturando a los últimos fugitivos que se ocultaban en el Bosque de Alkos. Menos de media docena consiguieron escapar de la persecución de nuestra caballería amparados en una niebla traicionera que nos sorprendió al pie de las montañas —finalizó de una manera más temblorosa Burkelen temiendo la reacción de Zornik.

—¿Acaso entre ellos se encontraba el nuevo Rey Nerlingo, el joven Kiril, quién escapó a la muerte durante la iokane? —inquirió enojado Zornik.

—Lamento confirmar sus sospechas —respondió Burkelen mientras agachaba su cabeza—. Sin embargo —continuó—, hoy al amanecer, un centenar de hombres al mando del capitán Biorkelen partieron en su busca y confío en que regresen mañana mismo portando sus malditas cabezas.

—Si no lo hacen será la tuya la que cuelgue del estandarte más alto en la plaza central de Groningburgo —gruñó Zornik enfurecido.

Tortion, quien había permanecido callado y expectante durante el transcurso de la conversación, osó dirigirse a Zornik.

—Gran Rey —dijo con vehemencia—. Junto a los prisioneros que capturamos en el Bosque de Alkos se encuentra uno de los hombres que cabalgaban junto al lacrag nerlingo en su huida. Fue capturado escasos metros antes de internarse en la espesa niebla. Tengo el presentimiento de que se trata de uno de los amigos que acompañan en sus andanzas al joven Kiril. Probablemente conozca los planes de su lacrag y sepa hacia dónde se dirigen —finalizó mientras un escalofrío recorría su espalda al mirar fijamente los ojos del Rey groning.

—Puede que tengas razón —contestó ahora Zornik más calmado—. ¡Id y traedlo ante mí! —y a su voz Burkelen y Tortion salieron veloces de la tienda del Rey en busca de Ingvar.

Hacía frío y los nerlingos se agolpaban apretados unos junto a otros tratando de sobrellevarlo. Los guardianes habían comenzado a repartir agua entre ellos, pero las esperanzas de comer algún alimento se iban desvaneciendo. Deberían esperar algunas horas más para, con un poco de suerte, poder llevarse a la boca los restos de la cena de los soldados. Torilo trataba de consolar a los prisioneros a pesar de ser el uno de los que más sufría ya que, aunque su herida iba mejorando lentamente, no estaba sobrado de fuerzas. Sus viejas piernas no aguantarían por mucho más tiempo esas largas caminatas. Ingvar, ostensiblemente recuperado, charlaba con varios de los jóvenes nerlingos divagando sobre el destino que correrían sus vidas.

En ese preciso instante apareció Burkelen, quien preguntó a uno de los soldados por el prisionero que había sido capturado cuando cabalgaba junto al Rey Nerlingo. Ingvar sospechó que era él a quien buscaban, por lo que trató de pasar desapercibido, pero el dedo delator del guardián lo descubrió.

—Es aquél, Mariscal —decía el soldado mientras le señalaba con el dedo—, aquél que está sentado en el grupo de la derecha, el que lleva la capa marrón.

—¡Tú! ¡Maldito nerlingo! ¡Acércate! —gritó Burkelen.

Ingvar no contestó, ni siquiera alzó su mirada.

—¡Tú! ¡El que osa darme la espalda! —gritó nuevamente—. Si no vienes por tu propio pie yo mismo iré a buscarte y entonces probarás el filo de mi espada.

Ingvar alzó la mirada y confirmó que era él a quien reclamaban, por lo que no tuvo más remedio que levantarse si no quería irritar más al Mariscal groning. Cuando pasaba a su altura, Torilo acarició la pierna de Ingvar y le deseó suerte, gesto que el joven agradeció profundamente. Tampoco se libró Ingvar de una serie de latigazos

debido a su provocada tardanza.

Atado de pies y manos por robustos grilletes acompañó a Burkelen y Tortion, quien se había mantenido a una prudencial distancia de los prisioneros no fuera a ser reconocido por alguno de los bunkos allí cautivos.

—¿Adónde me conducís? —preguntó Ingvar.

—¡Cierra la boca prisionero! —gritó Burkelen—. Soy yo quien hace aquí las preguntas. Sólo hablarás cuando se te ordene —hizo una leve pausa y continuó—. Si te sirve de consuelo, serás conducido a la presencia de Zornik; tendrás el honor de hablar con el Rey de Tierra Conocida —y rió burlonamente.

Ingvar fue arrastrado a la tienda de Zornik y empujado a su interior donde el Rey esperaba con impaciencia. El nerlingo miró a Zornik que permanecía erguido frente a él, desafiante, y vislumbró los ríos de maldad que desprendían sus ojos. Un terror repentino se apoderó de él, pero luchó consigo mismo logrando sobreponerse, pues bajo ningún concepto quería delatar los planes de sus amigos proscritos. Zornik continuaba observándole impasible, rígido como una estatua de piedra, terrorífico en su mirar.

—Por las noticias que me han llegado —comenzó a hablar Zornik—, tú debes ser el amigo del bastardo lacrag nerlingo.

—Kiril no es ningún bastardo —respondió irritado Ingvar.

—Así que realmente eres su amigo, mas de otra manera no lo defenderías con ese fervor —dijo Zornik.

—Sea o no mi amigo así es como todos los nerlingos defendemos a nuestro Rey y a nuestra diosa —contestó con orgullo Ingvar.

El tono de su respuesta no gustó a Burkelen quien golpeó con su bota la espalda del alko.

—Diosa llamas a esa imaginaria deidad —prosiguió Zornik—. Si realmente así lo fuera no os habría abandonado y dejado morir como lo ha hecho —finalizó tratando de debilitar el ánimo de Ingvar.

—Nuestra diosa no nos ha abandonado y un día comprobarás cómo toda su fuerza caerá sobre ti y todo tu pueblo —respondió sin titubear.

—Un día tan lejano que incluso el inmortal tiempo no vivirá para contemplarlo —dijo Zornik—. Pero basta de charlas, arrogante nerlingo —continuó enojado al tiempo que se movía en círculos alrededor de Ingvar como días antes sus halcones lo habían hecho sobre Lothikaton—. Y ahora dime, si es que en algo aprecias tu vil existencia, ¿hacia dónde huye tu bastardo amigo? ¿Por qué prolonga inútilmente su agonía? —preguntó el Rey groning, pero Ingvar no articuló palabra alguna.

—¿Es qué acaso has perdido el habla repentinamente? —gruñó Burkelen.

Rápido y mortal como un tigre, Zornik se volvió y golpeó con fuerza el rostro de Ingvar. El hijo del trueno cayó al suelo y de su boca comenzó a manar sangre. El Rey groning sujetó con sus manos la cara del joven nerlingo y fijó sus ojos en los suyos. Ingvar trataba de resistirse pero el oscuro poder de Zornik era intenso, omnipotente, y

aquellos inertes ojos marrones le traspasaban y sentía que llegaban al fondo de su corazón descubriendo sus más íntimos sentimientos. Ingvar evitaba pensar en sus amigos huidos pero a su mente vino el recuerdo de su hermano Oyvind, y a éste el de Ingvar, su hermano preso, mientras transcurría su turno de guardia en Bosque Verde. Y el poder de Zornik lo vio todo y lo sintió todo. Al cabo de unos segundos soltó a Ingvar, como un depredador abandona a su presa tras saciar sus apetitos y, golpeándole nuevamente, le dejó tendido inconsciente sobre el suelo.

—Lazos aún más fuertes que su lacrag unen a este nerlingo con el grupo de fugitivos —dijo Zornik—. Los he sentido en la inmensidad verde, ocultos en las vastas arboledas. Han emprendido un viaje persiguiendo la salvación de su pueblo, buscando la sangre hermana. Huyen hacia donde nace el sol en los albores del día.

—En ese caso deben ocultarse tras la frondosidad de Bosque Verde —dijo Burkelen—. Hacia allí se dirige con toda seguridad Biorkelen en su persecución a través de las montañas.

—Probablemente traten de abandonar Jactinia. Pero deberán pasar por Bortiburgo o Mugaburgo para conseguir abrigo y provisiones —dijo Zornik—; el invierno pronto nos saludará con su manto blanco.

—Yo podría tratar de localizarlos y hacerme pasar por un proscrito huido como ellos —dijo Tortion—. Fácilmente ganaría su confianza, descubriría sus planes y podría dejar pistas con las que vuestros soldados diesen con nosotros, antes de que abandonen la región y avancen más hacia el este.

—Es un buen plan —contestó con agrado Zornik—. Encuentra al Rey Nerlingo y trata de entorpecer su marcha. Condúcelos hacia Mugaburgo para allí poder capturarlos. No consentiré que huyan más allá del Río Morkulgul, pues entonces la caza será más difícil. Aquélla es una comarca que en breve someteremos, pero ahora no se encuentra bajo nuestro mando.

—Come y bebe algo, descansa durante unas horas. Antes del alba galoparás hacia Bosque Verde —le dijo Burkelen a Tortion—. Confío en que cumplirás con éxito tu misión —y Tortion asintió con la cabeza.

—Ahora marcharos, y llevaros con vosotros a este maldito nerlingo. Ya no le necesitaré más. Llevadlo con los otros y desterradlo a las minas de oro —dijo Zornik—. Poned en guardia a los espías que habitan en esos burgos. Todos los ojos deben vigilar en la misma dirección.

Tortion y Burkelen prendieron a Ingvar y lo sacaron de la tienda de Zornik. Lo arrastraron por la pradera y lo dejaron junto a los prisioneros nerlingos.

—Quedaros para siempre con esa rata. Ya ha servido para lo que Zornik quería —y riendo dio la espalda al grupo y caminó hacia la tienda de los oficiales para degustar una succulenta cena.

—¡Malditos salvajes! —exclamó Torilo—. Han vuelto a golpearle sin piedad. Si estos grilletes no me impidieran moverme probarían la fuerza de mis puños.

—Guarda toda tu rabia para otra ocasión más propicia —le dijo uno de los

jóvenes que conversaba con Ingvar antes de que fuera conducido ante Zornik.

—¿Y si Ingvar nos ha traicionado? —preguntó otro de los cautivos.

—Sólo traicionan a su pueblo aquellos que dudan de la nobleza y el honor de sus propios hermanos —contestó malhumorado Torilo, quien consiguió acallar las voces que se alzaban en contra de Ingvar—. Os juro por Nerlinguia que nada que pueda comprometer el viaje de Kiril ha salido ni saldrá de la boca de Ingvar —continuó Torilo—. Mas no puedo garantizaros que el poder de las oscuras fuerzas de Zornik no hayan logrado la información que no pudieron obtener de sus labios sellados.

—¡Basta de charlas! —gritó uno de los centinelas y nuevamente su látigo cortó el aire con un chasquido seco. Los cautivos finalizaron forzosamente la conversación y se dedicaron a beber a pequeños sorbos el agua que los gronings les habían dado en una gran tinaja de barro.

Era ya bien entrada la madrugada cuando el traidor Tortion se despertó de su corto sueño y comenzó a ensillar su caballo. Una vez tuvo su montura preparada se encaminó a la tienda de los oficiales.

Despertó a Burkelen para recibir las últimas órdenes antes de partir en busca de Kiril y sus amigos.

—Cabalga hacia Bortiburgo —dijo el Mariscal groning—, sigue el linde de Bosque Verde. En menos de dos jornadas llegarás a la ciudad, y si esos nerlingos no nos llevan demasiada ventaja quizás tengas la fortuna de toparte con ellos antes de que abandonen Bosque Verde.

—Así lo haré. Tengo el presentimiento de que daré con ellos antes de lo que esperamos, antes incluso de que Biorkelen lo haga —dijo Tortion.

—No confío demasiado en ese petimetre. Los nerlingos ya escaparon una vez de sus manos y no sería extraño que volvieran a hacerlo —dijo sarcásticamente Burkelen—. Al menos espero que encuentren las señales que dejes en tu avance. He enviado un halcón con un mensaje sobre tu partida y la dirección que deben tomar nuestras tropas. Ojalá no sea demasiado tarde y aún no se hayan desviado en su caza hacia el norte.

—No debo demorar más mi partida —dijo Tortion—. Cuando volvamos a vernos, Kiril y los que huyeron con él habrán caído en mi poder.

—En ello confío, por tu bien y por el mío, pues Zornik no permitirá un nuevo fracaso —dijo Burkelen—. Ahora vete y cabalga tan rápido como puedas.

A la orden del Mariscal, el traidor bunko montó en su caballo y desapareció entre las sombras nocturnas. Por su mente surcaban imágenes de grandes tesoros, extensas y florecientes tierras con las que Zornik le recompensaría tras la captura de Kiril y los otros proscritos.

En el campamento sólo las pisadas de los centinelas rompían el silencio de la noche. Los prisioneros nerlingos dormían profundamente, agotados por el esfuerzo

mientras sus cuerpos trataban de olvidar los latigazos recibidos. A no muchos kilómetros de allí, en la profunda espesura de Bosque Verde, el Rey Nerlingo, Kiril hijo de Akrog, velaba armas recostado sobre el grueso tronco de un abeto mientras se preguntaba si todo aquello que había vivido durante esas lunas no era sino un mal sueño, una pesadilla de la que no podía despertar.

La noche surcó los cielos velozmente en busca del rocío que acompaña al alba para saciar su sed. A duras penas los cautivos nerlingos fueron despertando de sus tristes ensoñaciones. Recordaban sus confortables camas y anhelaban con pasar un día entero descansando en ellas. Los gronings comenzaron a levantar el campamento para iniciar el viaje de regreso hacia sus tierras. La pasada noche, impedidos por la oscuridad, los nerlingos no pudieron contemplar el impresionante ejército que Zornik había reunido en el paso del norte. Miles y miles de soldados ataviados con vestiduras rojas y negras ocultaban el verde color de la hierba. Sólo los árboles escapaban a aquel océano sediento de poder. Se sintieron como una solitaria gota atrapada en una torrencial tormenta, lo que les hizo pensar que el pueblo nerlingo se había extinguido para siempre.

La marcha hacia el destierro fue larga, dura, extenuante. Muchos de los prisioneros comenzaron a presentar llagas producidas por los grilletes, otros heridas en sus pies y quien menos arrastraba las secuelas de las batallas de Lothikaton o las escaramuzas del Bosque de Alkos. Los más débiles no aguantaron el duro éxodo y se quedaron para siempre en el camino, encontrando su tumba en tierras hostiles. Los gronings no soportaban los lastres que retrasaban su marcha y no dudaban en eliminarlos en cuanto les causaban el más mínimo contratiempo.

Durante esos días llegaron noticias de Tortion, que no fueron en absoluto favorables para Kiril, Maikel, Oyvind y Thelmor.

El ejército de Zornik continuó su camino cruzando el Río Arquiri-Valu por el Puente de Piedra. A su paso, los prisioneros nerlingos pudieron contemplar los cadáveres, convertidos casi en esqueletos, de los soldados que componían el destacamento permanente y del que sólo Mirkiel consiguió escapar. Todos rezaron a Nerlingua por sus almas, mientras algunos wolkurs roían los huesos allí esparcidos buscando algún rastro de carne que aún no hubieran devorado los gusanos.

Atravesaron después los Guardianes de Groning por la estrecha senda del Paso del Gorglin, al refugio de altos y escarpados riscos que parecían cortados a cuchillo desde la cima hasta el pie del desfiladero. Aquella pedregosa zona, de la que la verde hierba que cubría las praderas y campos de Jactinia había huido, ensombrecía aún más el apagado ánimo de los prisioneros nerlingos.

Fue durante el transcurso de la siguiente jornada cuando la gran caravana roja y negra se detuvo. Dos centenares de soldados se separaron del grueso del ejército con la misión de trasladar a los prisioneros al Valle de los Elothas. Antes de que partieran hacia Eloburgo, Iholá, la hija de Zornik, eligió a dos bellas jóvenes hermanas para que pasasen a formar parte de su séquito personal de esclavas. Se llamaban Ira y

Kajsa, hijas de Khelmor, tío del ahora proscrito Thelmor. La menor de ellas, Kajsa, sólo tenía quince años. Los cautivos nerlingos, especialmente los miembros del clan alko, lloraron desconsoladamente la separación de las jóvenes, mientras ellas marchaban atemorizadas en busca de su nuevo destino al lado de la arpía groning. Torilo e Ingvar maldijeron una vez más a toda la vil estirpe del rey brujo. Pero Zornik, inmune a sus maldiciones, regresó a Groningburgo para celebrar en la capital una gran fiesta por la victoria lograda sobre los nerlingos.

El trato que recibieron los prisioneros hasta llegar a Eloburgo fue aún más cruel que el que sus guardianes les habían dispensado hasta la separación del ejército de Zornik. Renegados y contrariados por no poder disfrutar de las celebraciones que se llevarían a cabo en Groningburgo, la emprendieron a latigazos con los desdichados nerlingos. En ese trayecto que les llevó hasta el burgo, perecieron más prisioneros que en el penoso viaje desde las praderas lindantes con el Bosque Ranwuhan. Finalmente, la pequeña comunidad alcanzó diezmada las puertas de Eloburgo.

Eloburgo era un inmenso campo de prisioneros. Unas gigantescas empalizadas de madera rodeaban el asentamiento. Varios de puestos de vigilancia ocupados por arqueros controlaban los movimientos de los esclavos. Dos hileras de infectos barracones que seguían la línea marcada por las empalizadas, servían como establos para el reposo de los desdichados prisioneros. En uno de los fondos se ubicaban las cabañas de los soldados gronings, palacios esculpidos en mármol si se comparaban con los hediondos recintos donde dormían los esclavos.

Caía la noche cuando los nerlingos llegaron arrastrándose a Eloburgo. Las puertas del burgo se abrieron ante ellos. La ciudad-prisión estaba desierta; sólo los puestos de vigilancia estaban ocupados. Un repelente hedor brotaba de la cabaña en la que los cocineros gronings preparaban la cena de los esclavos. Un cuerno de llamada sonó y, a lo lejos, una gran columna de más de mil hombres apareció ante los ojos de los nerlingos. Eran los esclavos que, con la caída de la noche, regresaban del Valle de los Elothas, del trabajo en las minas de oro. Desdichados que como ellos, habían sido hechos prisioneros en los múltiples saqueos que los gronings llevaban a cabo entre los pueblos vecinos. Regresaban exhaustos, pues con el alba caminaban los cerca de cinco kilómetros que separaban Eloburgo del Valle de los Elothas. Allí trabajaban durante toda la jornada con apenas algún descanso para tomar un sorbo de agua o algo de comida, siempre acompañado de varios latigazos. Cuando el sol declinaba, ascendían por el mismo camino que esa mañana les había traído de Eloburgo. Y así un día tras otro, un mes tras otro, un año tras otro, hasta encontrar la muerte, el único destino y esperanza de aquellos hombres y mujeres. No en vano *elotha* significa en la lengua groning “el que no tiene futuro”.

Los nerlingos contemplaban con amargura y resignación aquella horrenda imagen que a partir del nuevo día se convertiría en un triste hábito durante el resto de sus vidas. Famélicas figuras arrastraban sus pies por el pedregoso y árido camino que conducía hasta el burgo. Sus miradas perdidas, sus manos agrietadas por el duro

trabajo, sus rostros tiznados por el viento y el sol, daban un fantasmal aspecto a aquella columna de muertos vivientes. Apenas si repararon en la presencia de los nuevos cautivos y se dirigieron sin siquiera alzar la mirada a los barracones donde se iban desplomando uno tras otro, exangües por otro día de interminable esfuerzo.

Varios de los nerlingos rompieron a llorar al contemplar aquella pavorosa visión, pero una vez más, Torilo e Ingvar los consolaron pidiéndoles que rezasen a su diosa y depositasen todas sus esperanzas en Kiril y sus amigos, quienes un día volverían en su búsqueda y les devolverían la dignidad y la libertad ahora robadas.

—¡Nerlingos! —gritó un soldado groning—. Dejad de sollozar como viejas asustadas y seguidme. El Senescal de Eloburgo quiere daros la bienvenida a su ciudad. ¡Ja, ja, ja! —y rió con grandes carcajadas.

Los nerlingos acompañaron cabizbajos y asustados a los soldados, quienes les condujeron hacia un recinto cerrado que se asemejaba a una herrería. Tras una corta espera se presentó ante ellos el Senescal Loriklen, quien regia con mano de hierro aquella ciudad. Hombre corpulento y de frondosa barba, fue en su juventud uno de los más alabados y sanguinarios capitanes gronings. Tras perder la mano izquierda en una de sus correrías, fue premiado por su bravura en el campo de batalla siendo nombrado Senescal de Eloburgo.

Ese destino, rechazado y denostado por todos los oficiales gronings, él lo ostentaba con orgullo, pues le permitía continuar practicando crueles torturas entre los esclavos allí presos. Su mirada desprendía odio y desprecio hacia los nerlingos que permanecían estáticos frente a su estampa.

—¡Bienvenidos a Eloburgo! —dijo con sorna Loriklen—. Bienvenidos a la ciudad de donde nadie regresa —continuó—. En ella viviréis y en ella moriréis. Vuestro será el honor de trabajar bajo mis órdenes, vuestro será el privilegio de tocar el oro que se esconde en las minas del Valle de los Elothas. No penséis ni siquiera por un instante en escapar de aquí —dijo mirando fijamente a los prisioneros—. En cientos de kilómetros a la redonda no encontraréis cobijo, sino las espadas y flechas de mis soldados. No cometáis el error de huir hacia Bosque Frío, mis wolkurs son los reyes de aquellas tierras —hizo una pausa y continuó—. Muchos no resistiréis el invierno que se acerca; consideraros afortunados, pues aquellos que sobrevivan a él desearán estar muertos cuando llegue el verano.

Mientras Loriklen continuaba atemorizando con su monólogo a los nerlingos, uno de los soldados abandonó la formación y comenzó a calentar la fragua de la herrería.

—Y ahora —finalizaba ya el Senescal—, recibiréis la marca que os distinguirá como ilustres huéspedes de tan singular ciudad. Una marca que os acompañará para siempre y que nunca se borrará mientras duren vuestras cortas vidas —y sin añadir una palabra más, levantó su mano y los soldados comenzaron a gritar a los nerlingos que se tumbasen en el suelo mientras los látigos los golpeaban con fuerza.

Les desnudaron sus torsos y uno a uno fueron marcados como animales con un hierro incandescente. En ambos brazos y en su pecho se grabaron indeleblemente un

triángulo negro del que de cada uno de sus vértices salían sendas líneas rectas asemejándose dicha figura a la runa E. Ahora los cautivos nerlingos se habían convertido por derecho propio en Elothas, “los sin futuro”.

Varios de los nerlingos perdieron el conocimiento durante el siniestro rito y tuvieron que ser transportados a hombros de sus compañeros hasta los hediondos barracones de los prisioneros. Allí fueron encerrados esa noche en espera de una llamada para caminar con el alba hacia las minas de oro. Los barracones contruidos de madera acogían a cientos de hacinados prisioneros. El suelo mezcla de barro, piedras y paja estaba húmedo a consecuencia de las lluvias caídas semanas atrás. Los prisioneros temblaban de frío mientras trataban de conciliar el sueño. Un intenso y continuo hedor producido por organismos en descomposición se percibía permanentemente en el aire.

—No os apuréis, ese espantoso olor sólo lo olfatearéis durante la primera semana, después formará parte de vosotros y dejaréis de preocuparos por él —dijo uno de los prisioneros.

Los nerlingos se sobresaltaron, ya que entre aquella inmensa osamenta no vieron hablar ni moverse a nadie. Sin embargo, uno de los prisioneros, incorporándose de la alfombra de famélicos cuerpos, se sentó frente a ellos en el húmedo suelo. Sus azules ojos contemplaban con agrado a los nerlingos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ingvar a aquel hombre de largas barbas y cadavérico rostro.

—Mi nombre es Gródolas —respondió—, y nací al norte de las Tierras Frías, en Tenkolmar, una hermosa ciudad que desgraciadamente hoy ya no existirá. Quizás por ello soy el prisionero que más tiempo a sobrevivido a Eloburgo.

—Mi nombre es Ingvar y soy un nerlingo. Vivía en lo que hoy son las ruinas de Alkoburgo, a las orillas del bello Lago Argul —respondió el alko.

—Nerlingos —musitó Gródolas—, en mi juventud oi hablar de ese pueblo que oponía resistencia al avance hacia el sur del imperio groning. Bravos guerreros, por Olión. ¿Cómo es que habéis terminado aquí? —preguntó.

—Los gronings nos traicionaron y exterminaron a nuestro pueblo. Quizás nosotros seamos los últimos restos de la nación nerlinga, si es que nuestro Rey no consiguió huir —dijo Ingvar.

—¿Es cierto que nadie escapa de Eloburgo? —preguntó Torilo mientras el resto de los nerlingos que permanecían conscientes escuchaban extasiados la conversación con el hombre del norte.

—Tan cierto como que mañana volverá a amanecer —respondió con resignación Gródolas—. He perdido la cuenta de los años que llevo preso en este infierno, quizás más de diez, y en ese tiempo he sido testigo de cientos de intentos de fuga. Algunos consiguieron atravesar las empalizadas, incluso correr por los campos que circundan Eloburgo, o internarse en su huida en Bosque Frío, pero ninguno de ellos logró permanecer más de dos lunas bajo el cielo en libertad. El agotamiento, el hambre y

los malditos gronings acabaron con ellos. Unos fueron asesinados y otros azotados hasta la muerte por capricho de Loriklen —finalizó cabizbajo Gródolas.

—¿Y tú nunca intentaste escapar de aquí? —preguntó Ingvar.

—¡Por Olión que si lo hice, y contemplar cual fue el resultado! —Gródolas se giró y levantando los jirones que le cubrían, dejó al descubierto profundas cicatrices que adornaban macabramente su espalda—. Hace más de seis años de eso —decía mientras se cubría nuevamente la espalda—. Intenté huir con otros diez compañeros de Tenkolmar hacia la libertad, para reunirme con mi gente que ahora vaga por las Tierras Frías. Esa tarde nos separamos de la caravana que regresaba a Eloburgo ocultándonos en Bosque Frío, con la intención de huir de madrugada hacia el norte —Gródolas calló unos instantes mientras su rostro se ensombrecía—. Ése fue nuestro error. Creímos que allí no nos encontrarían y podríamos alimentarnos de frutas o algún pequeño animal del bosque. Pero en realidad fuimos nosotros la comida de esas bestias. Una gran manada de wolkurs nos olfateó y atacó por sorpresa en el interior de la floresta. Nueve de mis diez compañeros murieron en Bosque Frío —relataba el hombre del norte con lágrimas en los ojos—. Mindrukas, mi gran amigo, y yo logramos huir con sólo algunas mordeduras trepando de árbol en árbol, pero al salir a campo abierto fuimos inmediatamente capturados por los soldados que rastreaban la zona. Loriklen ordenó un castigo público como escarmiento. Nos ataron a dos grandes palos en mitad del burgo y nos azotaron sin descanso durante una hora. Mindrukas no lo aguantó y murió allí, prisionero de pies y manos mientras ríos de sangre corrían por su espalda y el Senescal se reía burlándose de nosotros —Gródolas se frotó los ojos tratando de enjugarse las lágrimas—. Yo perdí el conocimiento en ese instante y no puedo recordar nada más. Por lo que más tarde me contaron, fui abandonado en el barracón de los prisioneros y gracias a los cuidados de otros esclavos sané milagrosamente de mis heridas y pude salvar mi vida. Yo he sido afortunado pues aún puedo contarlo, pero mi hermano de sangre Mindrukas y otros tantos como él no volverán a ver la luz del día —finalizó su relato Gródolas.

Los nerlingos permanecían boquiabiertos ante tan trágico relato. Ingvar descubrió que se hallaba ante un luchador, una persona que no se arredraba ante nada ni nadie, y que le sería de gran ayuda y apoyo para salir algún día de aquel terrible lugar.

—Ahora descansad —les aconsejó Gródolas—. Mañana comprobaréis que el sufrimiento y padecimiento que habéis soportado hasta llegar aquí será liviano frente al trabajo en las minas de oro —y el hombre de Tenkolmar se tumbó y recogiendo las rodillas contra su pecho trató de conciliar el sueño—. Me agradan las nuevas compañías, pues son los únicos que aún desean hablar —musitó en voz baja.

Los prisioneros nerlingos, aún conmocionados por el relato de Gródolas, se unieron en un círculo y rezaron a su diosa. Le pidieron que les hiciese resistentes al dolor e inmunes a la desesperanza; que cuidara de toda Tierra Conocida, preservándola del mal que avanzaba por todos y cada uno de sus rincones, y que guiara como una estrella de deslumbrante fulgor el caminar de su joven Rey Kiril.

—Algún día escaparé de aquí para reunir un gran ejército y destruir esta ciudad de maldad —dijo Ingvar a Torilo.

—Así lo deseo, mi buen Ingvar, pero antes descansenmos y recuperemos fuerzas con las que afrontar el nuevo día. Nerlinguia deberá velar por nosotros y por nuestro joven lacrag —dijo Torilo, y los nerlingos acompañaron en su sueño al resto de prisioneros de Eloburgo.

Torilo elevó sus pensamientos al oscuro firmamento en busca de una generosa estrella que se los hiciese llegar a su hijo Maikel. Un extraño palpito le decía que nunca más volvería a abrazarlo, que jamás escaparía del cautiverio de Eloburgo.

El regalo de Perlivarce

La noche transcurrió sin sobresaltos y los turnos de guardia se fueron sucediendo entre cabeceos y bostezos. La veloz huida de los cuatro nerlingos les había distanciado notablemente de sus perseguidores, lo que les permitiría en las próximas jornadas viajar más seguros. Su objetivo era alcanzar Bortiburgo para, una vez allí, curar a Maikel y aprovisionarse de alimentos en previsión del duro y largo viaje que deberían emprender durante la ya cercana estación invernal.

Oyvind confiaba en que su amigo Perlivarce les acogería en su cabaña y les pondría al corriente de los hechos acontecidos en aquella parte de Jactinia desde el día en que Zornik traicionó al pueblo nerlingo. La amistad de Oyvind y Perlivarce se remontaba a su niñez, cuando en compañía de sus padres visitaban sus casas de Alkoburgo y Bortiburgo. El padre de Oyvind e Ingvar era el tarluk^[♣] de la capital alka, al igual que el progenitor de Perlivarce lo era de la ciudad de los bortigos, y ambos gustaban de intercambiar entre sí conocimientos y experiencias adquiridas. Tras la muerte de los dos tarluks, sólo Perlivarce continuó la labor de su padre, ya que disfrutaba con la lectura de los escasos papiros y escritos que existían en la región, así como realizando experimentos prácticos con metales y otros compuestos. No ocurría lo mismo con Oyvind e Ingvar, inquietos y fogosos, poco dados a la lectura o el estudio.

La luz del amanecer penetraba en aquella época del año hasta las mismísimas entrañas del bosque, pues las hojas que lo resguardaban del astro rey, servían ahora como colchón a los maltratados cuerpos de los jóvenes nerlingos. Kiril realizó la última vigilancia y con la primera llamada del día despertó a sus amigos.

Aunque habían decidido viajar de noche y descansar durante parte del día, mientras permaneciesen ocultos en Bosque Verde aprovecharían su protección para avanzar velozmente hacia Bortiburgo. Apenas terminaron de desayunar los últimos mendrugos de pan que les quedaban, reiniciaron la marcha. Oyvind iba en cabeza y los demás le seguían a fuerte ritmo. En las ocasiones en que el camino se despejaba de árboles, incluso llegaban a correr, sabiendo que cada metro que ganaban a sus perseguidores era vital para completar con éxito la misión.

La compañía groning se había visto obligada a detener su avance al caer la noche, cerca de los últimos riscos de las Montañas Artankal, a sólo unos kilómetros de Bosque Verde. Nuevamente la niebla volvió a cubrir la retirada de Kiril y los suyos, dificultando aún más su persecución. Cuando por fin descendieron desde las montañas al valle, el rastro de los cuatro nerlingos había desaparecido. La estrategia de liberar a los caballos surtió el efecto deseado al despistar a los exploradores gronings, obligándolos a separarse en dos grupos, uno de los cuales se dirigiría hacia Bosque Verde mientras el otro, siguiendo las pisadas de los animales, rastrearía las tierras que conducían hasta las orillas del Río Grazemberg. Los wolkurs

olfateaban con mayor claridad el rastro de los caballos, por lo que la mayor parte de la partida continuó en esa dirección, traicionados esta vez por las bestias malignas que descubrieron y acabaron con los últimos nerlingos en el arrasado Bosque de Alkos.

Maikel continuaba a cola del grupo como los últimos días. La infección de su herida había hecho que su fiebre aumentase. Además la zona de la mordedura del wolkur estaba completamente amoratada. La fiebre le iba debilitando día a día y sudaba abundantemente al caminar. Incluso la pasada noche habló delirando mientras dormía.

—Creo que deberíamos detenernos para que Maikel descanse —sugirió Oyvind.

—Oyvind tiene razón —dijo Thelmor, mientras Maikel no atendía a la conversación de los otros.

—De acuerdo —respondió Kiril—. Aprovecharemos la parada para cazar algún animal que pueda saciar nuestra hambre. Deben haber transcurrido ya varias horas desde que reanudamos la marcha. Thelmor y yo iremos en busca de la comida. Tú, Oyvind, cuida de Maikel.

Kiril y Thelmor se alejaron. Maikel rápidamente se sentó en el suelo apoyando su espalda en uno de los árboles que les rodeaban.

—Aguanta el dolor una jornada más, Maikel —dijo Oyvind—. Mañana por la noche llegaremos a Bortiburgo y sanaremos tu herida en casa de mi amigo Perlivarce. Además de ser un sabio tarluk es un gran curandero, pues conoce todas las hierbas medicinales que crecen en los bosques. Y Milia, su mujer —añadió—, nos preparará un buen guiso que acompañaremos con un barril de fresca biluk.

—Aunque sea arrastrándome como una serpiente llegare a Bortiburgo —contestó Maikel—. Siento que mis fuerzas merman a cada instante que pasa. El dolor que sentía en mi brazo ha desaparecido y se ha transformado en un suave hormigueo. A veces lo siento como dormido.

—No dejes de moverlo —le dijo Oyvind—. Eso hará que tu sangre circule por él como la savia de la vida corre por las ramas de los árboles. Pero ahora descansa. Kiril y Thelmor volverán enseguida con algo que llevarnos a la boca —e hizo una pausa mientras miraba al frente—. Según mis cálculos nos encontramos a pocos kilómetros de recorrer la mitad de Bosque Verde, por lo que los gronings tardarán un tiempo en volver a localizar nuestro rastro —y mientras decía esto se sentó al lado del malherido Maikel.

Varios grupos de nubes surcaron el cielo sobrevolando sus cabezas, hasta que Kiril y Maikel regresaron con su orgullo herido.

Sólo habían sido capaces de capturar dos escuálidos pajarillos.

—¿Acaso pensáis que lograremos saciar nuestra hambre con esas dos míseras aves? —preguntó Oyvind con sorna, aunque rápidamente la expresión de su rostro se

tornó en decepción al comprender la desalentadora situación.

—No hay venado alguno, ni jabalí, ni nada que se le asemeje en muchos kilómetros a la redonda —contestó Kiril.

—Ni moras, ni bayas silvestres. Pareciese que las criaturas del bosque percibieran a los Wolkurs y hubiesen huido de la floresta —añadió Thelmor.

—No se hable más y encendamos un fuego para honrar a esas desdichadas aves —dijo hambriento Maikel—. Pero habrá que evitar que el humo nos delate.

En realidad no tuvieron que preocuparse en exceso del humo, pues los dos famélicos pájaros se asaron al instante y tuvieron que apagar apresuradamente el fuego antes de que se chamuscasen. Kiril, Oyvind y Thelmor no llegaron apenas a probar una de las alas, cediendo a Maikel la comida con la esperanza que le insuflase nuevas energías.

Allí permanecieron sentados, apoyados en los árboles, con la mirada perdida, absortos en sus pensamientos. El tiempo pasaba y los jóvenes no cruzaban una sola palabra. Maikel cayó dormido. Kiril y Thelmor pensaban y confiaban en llegar sanos y salvos a Bortiburgo, mientras Oyvind nuevamente conducía su alma hacia su hermano preso.

—Levanta dormilón —dijo Kiril al cabo de una hora—, debemos reemprender la marcha.

Maikel se estiró y abrió con dificultad los ojos. Parecía sentirse mejor ahora que había comido y descansado. A la voz de Kiril, Thelmor y Oyvind se incorporaron y tomaron nuevamente sus armas y las escasas pertenencias que llevaban con ellos.

—Una jornada más y estaremos en casa de Perlivarce —dijo Oyvind—. Los gronings se encuentran todavía lejos, pero no debemos descuidarnos, pues su marcha es infatigable junto a esas bestias.

—¿Cómo sabremos que Bortiburgo es seguro? —preguntó Thelmor—. ¿O que tu amigo Perlivarce no nos traicionara y entregará a los gronings?

—¡Perlivarce es como un hermano para mí! —gritó Oyvind al tiempo que se encaraba con Thelmor—. Daría mi vida por él como lo haría por Ingvar —añadió furioso mientras echaba mano a la espada.

—¡Tranquilízate, Oyvind! —gritó Kiril—. No podemos pelear entre nosotros. Eso es lo que desearía el enemigo, ver que la semilla de la discordia se ha sembrado en nuestro grupo.

Oyvind depuso su actitud y Thelmor le pidió disculpas por haber puesto en entredicho la lealtad de Perlivarce hacia él y los nerlingos. Tras esos momentos de tensión Kiril ordenó la partida y el grupo continuó su marcha.

La segunda parte del día transcurrió mientras caminaban a través de Bosque Verde hasta que la noche cayó sobre ellos. Nuevamente organizaron y realizaron guardias hasta el amanecer. Apenas cenaron nada, por lo que sus estómagos gruñían desesperadamente a la mañana siguiente. Sentían las piernas pesadas como columnas de mármol tras los dos días de obligado ayuno. Sólo la proximidad de Bortiburgo y la

imagen de un asado humeante en la cabaña de Perlivarce, les estimulaba y hacía que a duras penas avanzaran por Bosque Verde. Como si esas tierras estuviesen bajo el influjo de los deseos de la diosa Nerlinguia, el tiempo respetaba su viaje retrasando la llegada del gran manto blanco que cubriría toda Jactinia de este a oeste. El frío era un nuevo e indeseable compañero en su huida, más intenso y penetrante cada día, ayudado por el incansable viento del norte. Gracias al abrigo del bosque, éste se disipaba abrazando los troncos de los árboles y viajando entre los interminables pasillos formados por la floresta.

Desgraciadamente y al igual que la última noche apenas si comieron algo. Tras continuar la marcha una vez cumplido el mediodía, Maikel debió apoyarse en Thelmor para poder seguir caminando. Milagrosamente la fiebre estaba desapareciendo, pero sus fuerzas lo hacían con ella. Era como si los efectos de la mordedura de aquel Wolkur comenzasen a remitir, sin duda a causa de la gran fortaleza física del corpulento nerlingo. Oyvind y Kiril relevaron posteriormente a Thelmor y animaban a Maikel a resistir durante unas horas más hasta alcanzar Bortiburgo.

La relativa tranquilidad del último día había hecho que se olvidasen de sus perseguidores. En aquellos momentos disponían de una jornada completa de ventaja tras la separación de las dos compañías gronings en los lindes occidentales de Bosque Verde. Aquellas tierras eran desconocidas para ellos, por lo que seguían con dificultad el rastro de los fugitivos. Tampoco les sobraban las provisiones, pues Zornik, subestimando a los últimos nerlingos libres, confiaba en que la caza no durase más de un día. Sus órdenes eran llegar hasta Bortiburgo y aguardar en las afueras de la ciudad la llegada de varias compañías de su ejército, para posteriormente marchar sobre Mugaburgo y controlar de esta manera toda Jactinia y sus rutas de acceso. En sus planes no habían contemplado la posibilidad de que Kiril y sus amigos escaparan del cerco que habían dispuesto en torno al Bosque de Alkos y las Montañas Artankal. La compañía y el ejército groning avanzaban ahora por las llanuras de Jactinia dejando tras de sí un reguero de muerte y destrucción.

Las primeras sombras del atardecer se dibujaban sobre Tierra Conocida, cuando la floresta comenzó a abrirse progresivamente ante los ojos de los fugitivos como una puerta al mundo. Los nerlingos estaban llegando al límite oriental de Bosque Verde. Las previsiones de Oyvind se habían cumplido.

—¡Lo ves, Maikel! —dijo Thelmor—. El Bosque nos despide y es la llanura que nos llevará a Bortiburgo la que nos saluda. Antes que el sol se haya ocultado estarás dando cuenta de una succulenta cena.

Maikel sólo esbozó una leve sonrisa, pues apenas podía arrastrarse con la ayuda de Oyvind. Nuevamente había comenzado a sudar y la fiebre volvía a martillar su cabeza. Su garganta estaba seca, la boca le ardía y necesitaba beber agua, pero ésta se

había acabado.

—¡Oyvind! —le llamó Kiril—. Adelántate y asegúrate de que el camino está despejado. Nosotros aguardaremos aquí, mientras Maikel descansa.

Oyvind se alejó velozmente a grandes zancadas, dirigiéndose al descampado. Se tumbó en el suelo, escudriñando la gran llanura de Jactinia. Hasta donde su penetrante mirada alcanzaba, no vislumbró ningún groning o caravana de viajeros. La noche se preveía tranquila y Oyvind sólo pensaba en cenar copiosamente y descansar en un cómodo lecho. Dirigió su mirada a Bortiburgo y lo encontró en calma, como encerrado en sí mismo, aguardando la llegada del invasor. Unas solitarias luces denotaban que el burgo estaba habitado. Nuevamente se cercioró que el camino hasta la capital de los bortigos era seguro, ya que deberían de recorrer al menos diez kilómetros en campo abierto, lejos del amparo del bosque. Se incorporó y corrió hasta el escondite donde Thelmor, Kiril y un exhausto Maikel descansaban.

—No hay peligro. El camino está libre de enemigos —dijo Oyvind—. Apresurémonos, pues es peligroso permanecer al descubierto durante mucho tiempo. La noche deberá proporcionarnos el cobijo que hasta ahora nos ha dado el bosque.

—Te seguimos, Oyvind —dijo Kiril.

—Confío en que tu amigo sea previsor y tenga una buena despensa, pues voy a devorar todo lo que nos ofrezca y sirva a la mesa —dijo Thelmor.

—Lo es, y con toda seguridad no olvidaremos durante largo tiempo nuestra estancia en su hogar —sentenció Oyvind.

Los cuatro nerlingos aceleraron el paso y, abandonando el bosque, comenzaron a cruzar las extensas llanuras de esa parte de la región. La sombra que sus cuerpos proyectaban sobre la hierba era alargada. El sol se encontraba en paralelo al horizonte, queriendo despedirse un día más de los sufridos fugitivos. A lo lejos, Bortiburgo aguardaba su llegada y las escasas luces que lo iluminaban les servían de guía y referencia. Las llanuras de Jactinia se adormecían en paz sin otra perturbación que el cansino caminar de Kiril, Oyvind, Thelmor y Maikel. Una pequeña manada de caballos salvajes trotaba en la lejanía persiguiendo en sus juegos al sol que corría presuroso a acostarse.

La visión del burgo en el horizonte producía en ellos una desaforada ansiedad por alcanzarlo, lo que les hacía sentir que sus zancadas eran cada vez más cortas. Parecía como si la ciudad se moviese simultáneamente al avance de los nerlingos.

—No desfallezcamos ahora —dijo Kiril—. No contempléis la ciudad, pues vuestros ojos acabarán traicionándoos y disiparán vuestras fuerzas.

Sus tres compañeros asintieron mientras agachaban la cabeza, observando solamente el camino que inmediatamente debían recorrer. De esta manera la marcha se hizo más llevadera, eliminando de su mente la obsesión en forma de espejismo que Bortiburgo había provocado en ellos.

Tras más de una hora de recorrido, solamente un par de kilómetros les separaban del burgo. Se detuvieron y arrodillaron en la hierba a una orden de Kiril.

—Amigos —dijo—, estamos cerca del final del camino. No hemos hallado rastro alguno durante el mismo de los gronings, lo cual no supone que estemos a salvo. Es posible que entre los habitantes de Bortiburgo moren espías al servicio de Zornik o renegados que estarían dispuestos a entregarnos por ganar su favor. Oyvind —continuó Kiril—, tú conoces la ciudad y la ubicación de la cabaña de Perlivarce. Te adelantarás y reconocerás la ciudad. Habla con él y exponle nuestra situación. Averigua que ha podido ocurrir durante estas últimas lunas. Pero ante todo no comprometas la seguridad de Perlivarce y los suyos. No podría soportar sobre mis espaldas el peso de nuevas muertes.

—Así lo haré —respondió Oyvind—. Pero os aseguro que incluso a costa de su vida nos dará refugio. Volveré en cuanto me sea posible. Aguardad ocultos entre aquellos árboles que se divisan en la llanura. Desde allí restará menos de medio kilómetro hasta el burgo.

—¡Que Nerlinguia te proteja, Oyvind! —dijo Thelmor.

—Y a vosotros —respondió el hermano de Ingvar.

Tras decir esto, se alejó rápidamente desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos entre las sombras de la noche. Kiril y Thelmor ayudaron a Maikel y retomaron lentamente la senda que Oyvind había seguido instantes antes para aproximarse a Bortiburgo.

Oyvind corría por la pradera a gran velocidad, sus pies apenas si tocaban el suelo, como impulsado por una fuerza superior que le elevaba sobre la tierra. Sus ojos no dejaban de mirar de un lado a otro, traspasando la oscuridad que parecía vestir de luto a Jactinia. En unos minutos había llegado a los árboles que servirían de escondite a sus amigos. Parapetado tras ellos observó las luces de Bortiburgo. Cerca de una decena de antorchas iluminaban la entrada al burgo, mientras las luces de las cabañas brillaban casi por su ausencia.

Oyvind se cubrió la cabeza con la capucha de su capa. Su rubia melena quedó oculta, al igual que su trenza, con lo que parecía un habitante más de cualquiera de los pueblos que moraban en Jactinia. Pausadamente avanzó hasta alcanzar la entrada a Bortiburgo.

La ciudad era bastante más pequeña que cualquiera de los burgos nerlingos, aproximadamente un cuarto de millar de cabañas que se repartían a lo largo de la pradera. Sus habitantes eran los bortigos, el pueblo más antiguo de Jactinia. Desde mucho antes que los nerlingos cruzasen aquellas tierras en su primer éxodo en dirección al Lago Argul, ellos ya habían levantado el burgo y cultivado aquellas tierras. Eran gentes pacíficas, pero que no gustaban en exceso del contacto con los pueblos vecinos o los forasteros. Por ello, en aquella parte de la región, la ciudad en

la que tradicionalmente se hospedaban las caravanas de viajeros era Mugaburgo. Sin embargo si alguien acudía en busca de ayuda o cobijo, era generosamente socorrido, sin serle exigida ningún tipo de explicación. Pocas eran las amistades que tenían en los otros burgos, más por su carácter hirsuto que por su afán belicoso. Durante los años de las guerras gronings se habían mantenido al margen, evitando posicionarse a favor o en contra de ninguno de los dos bandos, aunque en secreto mostraban veladamente su simpatía por los nerlingos.

Ahora Oyvind continuaba su paseo nocturno por Bortiburgo, caminando silenciosamente, tratando de pasar inadvertido, como otra caprichosa sombra más de la noche. La cabaña de Perlivarce estaba situada en las primeras líneas del burgo por lo que no tardó mucho en toparse con ella. Sigilosamente se acercó hasta la puerta y pudo comprobar que un hilo de luz asomaba por la parte inferior, delatando a sus moradores a pesar de que las ventanas estaban cerradas con maderos. Se giró cerciorándose que nadie le había visto.

Golpeó suavemente la puerta con sus nudillos, haciendo notar su presencia. Pasaron unos segundos, pero nadie contestaba. Nuevamente golpeó la puerta. Entonces se oyeron unos pasos que se acercaban. El sonido cesó y una sombra asomó por el cerramiento inferior de la puerta. Del interior de la cabaña una voz habló susurrando.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —dijo.

—Perlivarce, soy Oyvind, tu amigo de Alkoburgo —contestó en voz baja el joven nerlingo.

Sin que Oyvind pudiera terminar de hablar, la puerta se abrió y un brazo le tomó por sus vestiduras, arrastrándole al interior de la cabaña. La puerta se cerró tras él y Oyvind se vio abrazado por su amigo Perlivarce.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —dijo—. Las noticias que llegaron estos días me hicieron temer lo peor, por ti y por Ingvar, pero tu presencia me tranquiliza. Pero dime, amigo mío, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Mi diosa ha cuidado mejor de mí que de mi pobre hermano. Cayó en poder de los gronings cuando huíamos hacia las Montañas Artankal —respondió Oyvind—. Durante varias jornadas caminamos por ellas y Bosque Verde, hasta finalmente alcanzar Bortiburgo. Perlivarce, el tiempo apremia y, si así lo deseas, esta noche hablaremos largo y tendido de estas y otras cuestiones. Ahora debo preguntarte si estás dispuesto a poner en peligro tu vida por acogerme a mí y tres nerlingos más. Somos los únicos supervivientes de nuestro pueblo, y mi Rey viaja conmigo.

—Sabes que daríamos la vida por ti o una sombra que avanzaba hacia la luz.

—Mi querida Milia —dijo Oyvind—. Tan dulce y generosa, tan bella e irreflexiva. Aún no imaginas el mal que se cierne sobre nuestro mundo. Ambos sabéis —continuó—, que no os pondría en peligro a menos que las circunstancias así lo requiriesen, y por desgracia ésta es la situación en la que mis amigos y yo nos encontramos.

—Milia y yo os cobijaremos con sumo agrado en nuestra humilde cabaña —se ofreció hospitalario Perlivarce—. No te demores más, pues tus amigos te aguardan. Tráelos contigo y os esconderemos por unos días. Bortiburgo aún vive al margen de vuestras luchas, pero los rumores que han llegado a mis oídos hablan del avance de un gran ejército que marcha a la conquista de Jactinia.

—Nunca podré pagar lo que vais a hacer por nosotros —dijo Oyvind—. Os juro por mi vida y la de mi hermano, que si algún día necesitáis de mí, lo dejaré todo por acudir a vuestra llamada. Nerlinguia es testigo de mi juramento.

—Te agradecemos el amor que demuestras por nosotros —respondió Milia—, pero bien sabes que procederías de igual forma si la situación fuera a la inversa. Y ahora corre, ve al encuentro de tus amigos y tráelos contigo. Las almas perseguidas necesitan el descanso al calor de un hogar que ahuyente sus miedos.

—Mil veces bella y generosa, mi querida Milia —dijo Oyvind—. Te pido un favor más, que prepares algo de comer pues exangües nos encontramos, y también que pongas agua a hervir. Uno de mis amigos está herido por la mordedura de una bestia. La fiebre no desaparece y necesitará de vuestros conocimientos sobre hierbas curativas —finalizó.

—Te aseguro que tu amigo sanará —contestó sonriendo Perlivarce—. Guárdate de las miradas curiosas. Las noticias que estos días hemos recibido han alterado nuestra rutina, y podría ser que los advenedizos traten de ganar los favores de los invasores. Que tu diosa te guarde.

—Volveré con ellos y espero que para entonces la comida esté sobre la mesa —dijo bromeando Oyvind y cubriéndose su cabeza se alejó velozmente de la cabaña, como un lobo negro entre la maleza.

Kiril, Maikel y Thelmor ya aguardaban a Oyvind en el punto de encuentro. Veloz como el viento éste no tardó en encontrarlos.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Thelmor en cuanto Oyvind llegó a su altura.

—Podemos entrar en la ciudad. Perlivarce y su mujer nos acogerán en su cabaña. Ya están preparando hierbas y ungüentos para curar a Maikel —respondió en voz baja Oyvind.

—¿Y qué hay de los gronings? —añadió Kiril.

—Todavía no han llegado a la ciudad, pero Perlivarce dijo que oyó rumores sobre el avance de un gran ejército en dirección a esta zona de Jactinia. También conocía someramente lo ocurrido en Lothikaton —dijo Oyvind.

—No perdamos entonces más tiempo —dijo Kiril—. Maikel necesita sanar su herida y nosotros comer. Oyvind, guíanos hasta la casa de Perlivarce.

—Será conveniente esconder nuestros rostros y ocultar nuestras trenzas —dijo Oyvind—, ya que Perlivarce me advirtió que es posible que haya espías al servicio de Zornik en el burgo.

Tras la sugerencia de Oyvind, los nerlingos cubrieron como pudieron sus cabezas y siguieron con ansiedad al hijo del relámpago. La moral del grupo se había elevado notablemente. Esa noche cenarían caliente, beberían hasta saciar su sed y dormirían a cubierto, al cobijo de la ciudad, alejados por unas horas del peligro groning. Incluso Maikel caminaba brioso, erguido, mirando con esperanza las luces que en la inmensidad de la noche alumbraban débilmente la entrada de la ciudad.

Cuando los nerlingos entraron en Bortiburgo, ni un solo alma rondaba entre las cabañas de madera que formaban el burgo. Oyvind les indicó con el brazo cuál era la casa de Perlivarce, y hacia allí caminaron en silencio. Como minutos atrás había hecho, golpeó suavemente con sus nudillos la puerta de entrada, pero esta vez no tardó en abrirse y, en el umbral de la misma, un hombre con una franca sonrisa les invitó a pasar al interior de la cabaña.

—Bienvenidos sean los amigos de Oyvind —dijo Perlivarce.

—Os estamos profundamente agradecidos por la hospitalidad que nos brindas —respondió Kiril.

—El que habla debe ser el Rey de los nerlingos —dijo Perlivarce.

—Un Rey que tiene un reino de tres amigos —contestó irónicamente Kiril.

—Si rico es quien posee un fiel amigo, tú eres el hombre más acaudalado de toda Jactinia, pues tus amigos te son leales en los momentos más dolorosos —respondió Perlivarce mientras Kiril asentía inclinando ligeramente la cabeza—. Pero quien ahora reclama mi atención es uno de los tuyos; Oyvind me adelantó que está herido y necesita de los cuidados de las plantas del bosque.

—En efecto, y nuevamente debo agradecértelo —dijo Kiril—. Sufrió la mordedura de un wolkur cuando huíamos de Lothikaton. Sus fuerzas menguan paulatinamente y si no logramos que la herida sane mi amigo morirá.

—Vagas noticias llegaron de la Batalla de Lothikaton, mas pensaba que esas bestias eran sólo una leyenda, fruto de la imaginación de algún bohemio cuentacuentos —dijo Perlivarce—. Terrible debió ser la batalla y trágico el fin de muchas de tus gentes.

—Mi padre murió a manos de los gronings, y muchos nerlingos perdieron sus vidas sobre los campos de Lothikaton. Pero en un tiempo no lejano llegará el día en que vengamos la traición y la muerte de nuestros hermanos —sentenció Kiril.

—Pero ahora, joven Rey, es hora de reponer fuerzas. ¡Milia! —llamó en voz baja Perlivarce a su mujer.

Ella apareció nuevamente entre la oscuridad de la casa y se acercó a saludar a sus huéspedes.

—Bienvenidos seáis —dijo Milia.

—Como hemos hecho saber a su esposo, nunca podremos pagar debidamente la hospitalidad que nos brindáis —dijo Kiril.

—Oyvind, lleva a tu amigo herido a la habitación donde solías dormir y roncar como un oso cuando acudías a visitarme —dijo Perlivarce mientras los demás

sonreían—. Túmbale en la cama y despréndele de su camisola.

—Yo iré limpiando su herida con el agua que he hervido —dijo Milia—, mientras, acomoda a los demás en torno a la mesa. El faisán está terminando de asarse y los vasos están ya repletos de vino. Lo siento Oyvind, pero el biluk se agotó hace semanas.

—¡Qué importa! —respondió el joven nerlingo—, vino o biluk, agua o hidromiel. Tengo tanta sed que cualquier bebida servirá para calmarla. Acompáñame Thelmor; llevaremos a Maikel a la habitación y lo tumbaremos en la cama. Y tú, Perlivarce, prepara el mágico unguento de plantas silvestres que sanará a mi amigo.

Apoyándose en las espaldas de Oyvind y Thelmor, Maikel caminó pausadamente hacia la habitación. Una vez allí, tumbó su corpulento cuerpo en la cama y ese simple hecho hizo que su dolor se aliviase. Esbozó una sonrisa de agradecimiento a sus dos compañeros por la ayuda y el apoyo durante los pasados días de agonía y sufrimiento. La fiebre le hacía delirar pero le reconfortaba al mismo tiempo, ya que creía estar siendo atendido por una bella hada cada vez que miraba a Milia. Incluso de no encontrarse bajo los efectos de la fiebre, Maikel la podría haber confundido con una ninfa de los bosques, pues el rostro de Milia era un perfecto compendio de dulzura, belleza y serenidad. Sus transparentes ojos azules, sus cabellos albinos y su blanco rostro, adornado por dos estilizados y finos labios siempre dispuestos a formar el arco de la sonrisa, la convertían en la personificación de un soleado solsticio de verano reflejo de su traslúcida y bondadosa alma.

Embelesado en éstas y otras ensoñaciones, todavía pudo Maikel pensar cuán afortunado era Perlivarce por poder compartir su vida con ese dechado de bondad y dulzura. Thelmor y Oyvind, viendo en las manos que dejaban a Maikel, no dudaron un instante en abandonarlo y correr a la estancia principal a beber vino y degustar el faisán. Allí sentados en torno a la mesa, junto a Kiril y Perlivarce, hablaron de todo lo que ocurría en Jactinia durante aquellos agitados y sangrientos días.

—En cuanto repongamos fuerzas abandonaremos tu hogar —dijo Kiril a Perlivarce—. No debemos exponerte a más riesgos de los que ya estás corriendo por cobijarnos.

—Yo asumo los riesgos que quiero —respondió Perlivarce—, y con agrado acepto éste, pues daría mi vida por Oyvind o cualquiera de los que él considera sus amigos.

—Pocas personas de mi pueblo demuestran una lealtad como la tuya, mi buen Perlivarce —dijo Oyvind—. Pero Kiril tiene razón. El ejército groning marchará pronto sobre Bortiburgo, y te aseguro que no tendrán piedad con los que hayan colaborado en la huida de los fugitivos que ellos persiguen. No te desvelaremos el lugar hacia el que nos dirigimos, ya que entonces tu vida y la de Milia correrían un gran peligro.

—Ni será conveniente que nadie de la ciudad sepa de nuestra presencia —añadió Thelmor.

—Preciso es tu comentario —dijo Perlivarce—, pues los últimos meses se han escuchado constantes rumores, rumores de espías que informan a Zornik de lo que en esta parte de Jactinia ocurre. Mientras vosotros los nerlingos habéis estado durante los últimos años más preocupados en defender y patrullar vuestras fronteras, los gronings se han infiltrado en la región, entrando en tratos con renegados y ladrones, que a cambio de oro han trabajado al servicio de Zornik, desvelándole nuestras debilidades, las amistades o enemistades entre los pueblos que habitan Jactinia, su capacidad para la guerra y otras informaciones que le habrán sido de gran utilidad para urdir este maligno plan.

—¿Sospechas de alguien de la ciudad? —preguntó Thelmor.

—No podría asegurarlo —continuó Perlivarce—, pero cierto renegado que vive unas cabañas más abajo, se ha ausentado repetidamente realizando extraños viajes, pues partía con las manos vacías y regresaba con ellas repletas de oro.

—Fuimos estúpidos al no percatarnos de lo que ocurría y entrar en tratos con esos asesinos —masculló furioso entre dientes Kiril—. Torko nos condujo al desastre y logró convencer a los demás lacrags para que le acompañasen en su delirio. ¡Si mi padre hubiese seguido los designios que le dictaba su corazón!

—Torko encontró su destino, pero desgraciadamente arrastró a nuestro pueblo con él —dijo Oyvind—. Pero llegará el día en que recuperaremos lo que la traición nos ha arrebatado y nuestros clanes volverán a morar en las tierras que rodean al Lago Argul, al igual que el Bosque de Alkos florecerá de sus cenizas.

—¡Brindo por ese día! —gritó Thelmor.

—¡Y yo! —gritó Kiril uniéndose al brindis.

—¡Brindo por eso y por que la paz vuelva a reinar en toda Jactinia! —añadió Perlivarce.

Los tres nerlingos y el bortigo golpearon sus vasos y bebieron hasta agotar la última gota de vino. La conversación no continuó hasta que los huéspedes dieron buena cuenta del faisán que tan exquisitamente Milia había cocinado. Entretanto, en la otra habitación, la esposa de Perlivarce limpiaba y vendaba cuidadosamente la herida de Maikel con hierbas curativas. Una vez hubo finalizado la cura, le dio de comer parte del faisán que sus amigos estaban degustando.

Un gran vaso de vino fue el colofón de su cena pues rápidamente cayó dormido. Milia arropó al corpulento Maikel y se unió a su marido y los otros nerlingos. Así transcurrió la velada entre los comentarios, noticias, rumores y recomendaciones mutuas.

Era bien avanzada la noche cuando Kiril, Oyvind y Thelmor se unieron al sueño de Maikel. Perlivarce les instaló en la tercera habitación que disponían en la cabaña. Extendió varias pieles de oso por el suelo y les entregó unas gruesas mantas con las que guarecerse del frío.

—Permaneceréis ocultos hasta que mañana vuelva a caer la noche y podáis abandonar Bortiburgo —dijo Perlivarce—. Yo madrugaré con el alba e iré al bosque a

recoger ciertas hierbas medicinales que sanarán completamente a vuestro amigo, ocasión que aprovechará para inspeccionar los alrededores.

—Gracias de nuevo —dijo Kiril.

—Milia os acompañará durante el día y os repondrá con sus guisos y atenciones —añadió Perlivarce.

—Cierto es, pues cuando llegue la hora en que debáis abandonar mi hogar, sentiréis vuestros cuerpos fuertes como el de un oso y aliviado vuestro espíritu —dijo Milia.

—Sería imposible encontrar mejor anfitrión en toda la región, mi bella amiga —dijo Oyvind—. Tus guisos recompondrán nuestros maltrechos cuerpos y tu sonrisa sembrará la esperanza en nuestros corazones —finalizó mientras los otros asentían en silencio las palabras de Oyvind.

—Demasiados son los halagos que hoy he recibido —dijo Milia—. Guardad alguno de vuestros cumplidos para el día de mañana y apresuraros a dormir; pocas serán las noches venideras en las que halléis protección y custodia como en ésta. Hasta mañana —se despidió—, y que el albor del nuevo día traiga buenas nuevas a todos los habitantes de Jactinia.

—Buenas noches y que Nerlinguia nos proteja a todos —dijo Kiril.

—Buenas noches —dijeron Oyvind y Thelmor al unísono.

—Nos volveremos a ver a la hora de la comida —dijo Perlivarce—. Hasta entonces, que tengáis felices sueños.

Finalizadas las despedidas, Perlivarce ahogó entre sus dedos la llama del candil que presidía la mesa de la estancia principal y junto con su esposa se acostó en el lecho a descansar. Las calles de Bortiburgo continuaban en calma y sólo el correteo de las ardillas, que habían bajado del bosque en busca de algún resto de comida, perturbaba el sonoro silencio nocturno.

Ese día, el cielo se había poblado paulatinamente de gruesas y compactas nubes grises, lo que impedía divisar la luna en el firmamento, la cual comenzaba a abandonar su reciente estado plenilúnico para avanzar al de cuarto menguante.

Cuando todavía no se intuía la presencia de la estrella del día y la escarcha bañaba la hierba de Bortiburgo, Perlivarce ya se dirigía hacia Bosque Verde en busca de las hierbas milagrosas. En la casa Milia se había levantado con su marido para cambiar los vendajes de Maikel. Comprobó que la herida había mejorado notablemente y la fiebre había desaparecido casi por completo, por lo que se acostó nuevamente para descansar unas horas más. En la otra habitación, Kiril, Oyvind y Thelmor dormían profundamente.

Perlivarce caminaba apresuradamente hacia el bosque. Realmente las hierbas medicinales eran una excusa para su madrugador paseo, pues almacenaba un buen número de ellas en la cabaña. Lo que ciertamente pretendía era localizar las

posiciones gronings y su dirección de avance, para así informar a sus amigos y preparar a los ciudadanos de Bortiburgo ante la previsible colonización enemiga.

Perlivarce era un hombre inteligente y en su bolsa, un precioso zurrón de piel de zorro, además de una manzana, un pequeño trozo de pan y algo de queso, transportaba ciertos ingenios que él mismo había diseñado y construido. Entre ellos había un cristal curvado a modo de lupa, enroscado en una piel curtida formando un cono, con el que mirando a través del extremo contrario al cristal, conseguía ampliar el tamaño de todo aquello que observaba, lo que a menudo utilizaba para escrutar en la lejanía lo que sus ojos no conseguían divisar. También guardaba un pequeño y extraño instrumento formado por una fina base de madera, una piedra de color oscuro y opaco junto con una corta y delgada barra de metal, con el que se orientaba en el bosque en los días de niebla. Ambos eran fruto de la habilidad y el estudio que Perlivarce dedicaba a los libros y a la naturaleza, la gran tarluk, como él mismo la definía.

Con los primeros albores del día, Perlivarce se internó en el bosque y trató de seguir el rastro de los nerlingos, pero le fue imposible, ya que Kiril y los suyos habían sido especialmente cuidadosos en no dejar señales que los delataran. Tras caminar varios kilómetros a través de la floresta, alcanzó una extensa zona repleta de helechos, tras los que se ocultaban las hierbas medicinales que había utilizado para curar a Maikel. Recogió un par de manojos y los guardó en su zurrón. Reemprendió su caminata, pero en esta ocasión varió su dirección y optó por abandonar el bosque, saliendo a campo abierto.

El día era frío y el cielo estaba encapotado, amenazando con enviar las primeras nieves invernales. El viento silbaba en sus oídos por lo que se cubrió la cabeza con el capuchón que colgaba de la capa que lo abrigaba. Aceleró el paso para entrar en calor, pues hasta ahora había viajado más cómodo al resguardo del bosque. Como días antes los cuatro nerlingos habían percibido, también Perlivarce se percató de la ausencia de animales en él.

—El invierno galopa velozmente a nuestro encuentro —habló para sí—. Y el olor de los árboles quemados del Bosque de Alkos ha puesto sobre aviso a las bestias que habitan estas tierras. Si los hombres percibiésemos el peligro como ellas lo hacen... —y dejó en suspenso la frase esperando una respuesta que nunca llegaría.

Continuó su caminar por las praderas de Jactinia y siguió sin divisar otra cosa que no fuese alguna traviesa liebre que correteaba persiguiendo a sus compañeras de juego. Cada metro que avanzaba comprendía que la huida de los cuatro nerlingos fue frenética y desesperada, pues habían logrado en pocos días una gran ventaja sobre sus perseguidores. Esto tranquilizó a Perlivarce, ya que de esa manera podría preparar

con más sosiego el viaje que Kiril, Maikel, Oyvind y Thelmor deberían emprender esa misma noche.

El día recorría sin pausas su sendero, acortado notablemente en esa estación del año, resistiéndose a mostrar al bortigo los rayos del sol. Las verdes praderas de Jactinia veían atusar dulcemente sus cabellos por el viento del norte que soplaba cada vez con más fuerza, provocando que las nubes volasen como águilas en busca de su presa.

—Continuaré un kilómetro más y regresaré a Bortiburgo —hablaba sólo Perlivarce—. Apuesto un tonel de vino a que antes que regrese a la cabaña habrá comenzado a nevar.

Tras ascender uno de los escasos terraplenes de aquellas llanuras se detuvo. Sacó de su zurrón el cristal embutido en la piel curada y observó a través de él las vastas llanuras de Jactinia. Lo que descubrió no le agradó en absoluto. A unos escasos diez kilómetros de distancia divisó una compañía de gronings, compuesta por cerca de quinientos hombres, que avanzaba lentamente en paralelo a Bosque Verde. Una docena de exploradores entraban y salían del mismo tratando de recuperar el rastro de sus amigos nerlingos. Sobre la compañía, suspendidos sobre el cielo gris, una pareja de halcones realizaban las veces de exploradores aéreos. Sin duda dos de las aves que días atrás danzaron sobre las ruinas de Lothikaton.

—A ese ritmo no alcanzarán Bortiburgo hasta mañana por la mañana. Oyvind y sus amigos podrán huir tras descansar y reponer fuerzas —dijo Perlivarce mientras continuaba observando el horizonte—. ¿Qué es aquello? —se preguntó repentinamente intrigado—. ¡Un hombre a caballo! Avanza en esta dirección. Parece que huye de los gronings. Quizás sea algún nerlingo que ha escapado con vida del Bosque de Alkos.

El jinete cabalgaba unos kilómetros por delante de los gronings, zigzagueando entre las praderas y el bosque, ocultándose de los enemigos. Parecía que los gronings no se habían percatado de su presencia pues aparentemente continuaban con la exploración sin preocuparse por él.

Perlivarce decidió retroceder hacia Bortiburgo y esperar la llegada del fugitivo oculto tras uno de los recodos del camino. Una vez alcanzó el escondite se camufló tras unos matorrales que daban acceso al interior de Bosque Verde. Sin desprenderse ni un momento del catalejo no perdió de vista la huida del misterioso jinete. Transcurrió algo más de media hora hasta que éste llegó a la altura del escondite de Perlivarce. Para entonces el bortigo ya había descubierto que el jinete era un nerlingo, pues era ostentosa la trenza que lucía anudada en una cinta negra.

—Un bunko —afirmó Perlivarce—. Desdichado hermano del ambicioso Torko.

El bunko pasó cerca de los matorrales donde el amigo de Oyvind permanecía agazapado, y se sobresaltó al oír la llamada de Perlivarce.

—Jinete nerlingo, detén tu cabalgar —le ordenó en tono afable.

—¿Quién eres? ¿Quién se oculta en el bosque? —preguntó amenazante el jinete

bunko—. ¡Muéstrate ante mis ojos! —gritó.

—Tranquilo nerlingo, soy un amigo —y a la vez que decía esto se incorporó y salió de entre los matorrales.

El bunko echó mano a su espada y tensó las riendas de su caballo, elevando éste las dos patas delanteras.

—¿Quién eres? —preguntó el jinete nerlingo.

—Un amigo de tu pueblo. Un enemigo de las hordas bárbaras que te persiguen —respondió Perlivarce.

—¿Cómo podré fiarme de tus palabras? —preguntó el bunko mientras deponía su hostil actitud.

—No veo otra opción mejor, pues los que cabalgan tras de ti no dudarían en cercenar tu cabeza si cayeras en sus manos —contestó firmemente Perlivarce—. Además mi desconfiado amigo —continuó—, te llevaré a la presencia de tu lacrag si accedes a que monte a la grupa de tu caballo.

—¿Aún vive mi lacrag? ¿El joven Kiril logró huir con vida del ataque de la caballería groning? —inquirió sorprendido el bunko.

—No sólo él, también le acompañan tres hermanos del clan alko —respondió Perlivarce.

—Gratas son tus noticias, y por Nerlinguia que son las primeras buenas nuevas desde hace varias lunas —dijo el bunko—. Si lo que dices es cierto aún quedan esperanzas para que esta tierra no sucumba a los sanguinarios gronings. ¿Cuál es tu nombre, buen mensajero? ¿De dónde vienes?

—Mi nombre es Perlivarce y vivo en Bortiburgo. Mas si no nos apresuramos los gronings nos darán alcance. Permite que monte en tu caballo y te mostraré el camino a mi ciudad.

—Por supuesto, sube a mi corcel y llévame ante mi Rey —dijo el bunko.

—¿Cuál es tu nombre, jinete bunko? —dijo Perlivarce.

—Veo que conoces los distintivos de nuestros clanes y apuesto que una fuerte amistad te une a nuestro pueblo. Mi nombre es Tortion, y como tú has adivinado, soy un nerlingo del clan bunko.

Perlivarce montó a la grupa del caballo de Tortion y ambos cabalaron velozmente hacia Bortiburgo. Sin que el bortigo lo percibiese, Tortion dejó caer sobre la pradera un trozo de tela rojo y negro del que colgaba una talla de madera en forma de halcón. Perlivarce viajaba contento por haber encontrado a uno de los supervivientes nerlingos y poder ahora reunirlo con su lacrag y hermanos del clan alko. Alo lejos la compañía groning seguía buscando a Kiril, Maikel, Oyvind y Thelmor por todos los rincones de Bosque Verde y las llanuras de Jactinia.

En Bortiburgo, Milia preparaba la comida mientras sus huéspedes dormían. Oyvind fue el primero en levantarse y, mientras aguardaba a que sus amigos se desperezasen,

conversó con la bella mujer de Perlivarce. Ésta le confesó al nerlingo que esperaba un niño que nacería durante los meses de verano. Prometió a Oyvind que si era un niño lo llamaría Ingvar. Oyvind se emocionó y derramó unas lágrimas sobre el hombro de su amiga. Justo después de que el joven se enjugase las lágrimas entraron en la estancia Kiril y Thelmor.

—Buenos días —dijo Kiril.

—Buenos días —contestó Milia—. Veo que habéis descansado apaciblemente. Para completar vuestra recuperación sentaros a la mesa y desayunar copiosamente. Si como decís vais a emprender un largo viaje tendréis que llenar vuestros estómagos, pues pocas posadas encontraréis que ofrezcan tan suculentos alimentos —rió Milia.

Sin pensárselo dos veces comenzaron a devorar a grandes bocados el abundante desayuno que Milia les había preparado.

Casi habían dado ya cuenta de él cuando apareció Maikel. Con los ojos radiantes y una gran sonrisa en su boca, su aspecto no era ya el de un enfermo. Su frente había dejado de sudar, la fiebre había desaparecido y su voraz apetito se había despertado con más fuerza que el de un gran oso que abandona el pesado sueño tras una larga hibernación.

—Observo que los cuidados de Milia han sido sumamente efectivos —le dijo Kiril—, mientras que los de tres rudos y feos hombres no ejercieron en ti el más leve síntoma de mejoría —añadió a la vez que reían.

—No sólo fue la grata presencia de Milia la que curó mi herida, sino los cuidados, ungüentos y milagrosas hierbas que Perlivarce preparó —contestó sonrojándose Maikel—. Pero ya os relataré más tarde cuál es mi estado, pues ahora sólo deseo apagar los gruñidos de mi hambriento estómago.

—En verdad que has mejorado —dijo Thelmor—, vuelves a tener el mismo apetito que tu padre, no en vano seríais capaces de devorar un jabalí entre ambos.

Antes de acabar la frase Thelmor se percató que había nombrado a Torilo. El recuerdo de su padre asaltó a Maikel, palideciendo como si hubiera recaído súbitamente en su anterior estado febril. Nadie se atrevía a cruzar sus miradas. El silencio se adueñó de la cabaña, pero inesperadamente éste fue roto por unos golpes en la puerta.

—Esconderos en una de las estancias y cerrad la puerta —dijo Milia en voz baja a los nerlingos—. Nadie debe saber que os ocultáis aquí.

Rápidamente Kiril, Maikel, Oyvind y Thelmor se ocultaron tras la puerta de la estancia en la que habían dormido y guardaron silencio. Milia se acercó pausadamente hacia la puerta de la cabaña, después de haber guardado los cuatro vasos que había sobre la mesa.

—¿Quién sois? —preguntó Milia.

—Soy Kirkoig, el herrero, y querría hablar con tu esposo —respondió la voz.

Milia entreabrió la puerta. Desde la otra estancia, Oyvind trataba de ver lo que ocurría a través de una rendija.

—Perlivarce salió temprano hacia Bosque Verde en busca de plantas medicinales. No creo que vuelva hasta el atardecer —dijo Milia.

—Está bien, mañana volveré, pues el asunto que tengo que tratar con él no me apremia —respondió Kirkoig y, cuando ya se despedía de Milia, se giró nuevamente hacia ella y le preguntó—. A propósito, Milia, dicen que la pasada luna se observaron algunas sombras sigilosas, quien sabe si hombres o bestias —y Kirkoig dejó el resto de la frase en el aire, tratando de sonsacar algo a la mujer de Perlivarce.

—Anoche dormí profundamente —respondió Milia sin mostrar nerviosismo—, y ni una estampida de caballos podría haber perturbado mi sueño. Mi esposo y yo trabajamos muy duro durante todo el día reparando el granero, y nos acostamos con los últimos rayos del sol.

—Cuídate de los extraños —dijo Kirkoig mirando fijamente los azules ojos de Milia—, pues soplan vientos de guerra y cambio y no serán afortunados aquellos que caminen en su contra. Saluda a tu esposo cuando regrese del bosque y recuérdale que mañana volveré.

—Adiós, Kirkoig. Que tengas un buen día —se despidió Milia del herrero cerrando con premura la puerta de la cabaña.

Los cuatro nerlingos salieron de la estancia cuando ya no se oían los pasos de Kirkoig.

—Perlivarce tenía razón —dijo Kiril—. Durante estos años los gronings han entrado en los pueblos vecinos y han ganado adeptos a base de oro. Las palabras de ese hombre fueron significativas; muchas gentes de Jactinia aguardan los vientos gronings para beneficiarse de los servicios prestados durante este tiempo.

—Infelices todos aquellos que esperen el agradecimiento de un groning. La muerte será su moneda de cambio —dijo Thelmor.

—Si antes de venir aquí no deseaba ponerlos en peligro ahora mi pensamiento se afianza con estas pruebas. Amigos, debemos partir de Bortiburgo inmediatamente —dijo Kiril.

—Mi buen Kiril —dijo Milia—, no sería prudente abandonar la ciudad a plena luz del día. Por el momento nadie sabe de vuestra presencia, sólo rumores de furtivas sombras nocturnas corren por Bortiburgo. Aguardad aquí hasta que regrese Perlivarce. Él os conducirá esta noche al bosque y podréis escapar amparados bajo la lóbrega luna.

—Milia habla con sensatez —dijo Oyvind—. Si huimos ahora de Bortiburgo comprometeremos su seguridad y la de Perlivarce —hizo una leve pausa y añadió—, y la de la criatura que lleva en su vientre.

Kiril, Thelmor y Maikel se sorprendieron con la inesperada noticia y felicitaron de corazón a Milia.

—Está bien —dijo Kiril—, me habéis convencido. De buen lacrag y Rey es escuchar a sus consejeros. Aguardaremos la llegada de Perlivarce, pero no retrasaremos un instante nuestra huida una vez que el sol se haya ocultado

definitivamente.

Oyvind, Thelmor, Maikel y Milia aplaudieron la idea y continuaron charlando. Milia ofreció nuevamente el interrumpido desayuno a Maikel, quien a pesar del sobresalto sufrido no había perdido ni un ápice de su apetito. La repentina aparición de Kirkoig había servido para que el alko borrara de su mente el triste recuerdo de Torilo a quien ya creía morar en la casa de la diosa Nerlinguia.

Perlivarce y Tortion galopaban velozmente por las praderas de Jactinia toda vez que habían perdido de vista a la compañía groning. No hacía mucho que había comenzado a nevar y sus vestiduras se comenzaban a cubrir de diminutos copos blancos. Perlivarce pensaba en la alegría que llevaría al corazón de los nerlingos y decidió reservar esa sorpresa para la noche. Tras cabalgar cerca de una hora, el bortigo ordenó detener el galope.

—Bortiburgo se halla a sólo unos kilómetros de aquí Retomemos la senda del bosque, pues nadie debe saber de tu presencia.

—De acuerdo —asintió Tortion.

Como había sugerido Perlivarce, el bortigo, el nerlingo y su caballo caminaron nuevamente por Bosque Verde. El frío era cada vez más intenso y el tamaño de los copos iba en aumento. Algunos árboles comenzaban ya a acumular nieve en sus des pobladas ramas. El invierno saludaba con fuerza a Jactinia en su ineludible encuentro anual. Con los pies humedecidos por el barro que se había formado, llegaron al mismo punto por donde la noche anterior Kiril y sus compañeros abandonaron Bosque Verde. Perlivarce ordenó a Tortion detener a su caballo.

—Amigo bunko —dijo Perlivarce—, aguardarás aquí hasta que caiga la noche. Sería muy arriesgado que alguien te viese conmigo dirigiéndote a la ciudad. Además la nieve dejará grabadas en la hierba nuestras huellas y las de tu caballo.

—Pero si me abandonas aquí, moriré de frío. Sin comida, seré una presa fácil para cualquier alimaña del bosque —replicó quejumbrosamente Tortion.

—No será peor que si eres descubierto en Bortiburgo. Cualquier renegado informaría a los gronings y pondría en peligro a Kiril y sus acompañantes, y por ende a mi esposa —respondió tajante Perlivarce—. Toma mi capa y un poco de comida. Así podrás guarecerte del frío y reponer fuerzas. Permanece oculto hasta la caída de la noche y yo regresaré con tu Rey y sus hermanos alkos.

—Está bien, seguiré tus consejos —accedió Tortion a la propuesta de Perlivarce viendo que sería imposible convencer al bortigo—. Pero vuelve en mi busca o seré pasto de las bestias del bosque o de las bestias gronings.

—Confía en mi palabra —dijo Perlivarce—, y verás recompensada con creces tu espera —y corriendo por la nevada pradera se alejó veloz dirigiéndose hacia Bortiburgo.

—Así lo espero —dijo sonriendo maliciosamente Tortion, mientras observaba

con sus brillantes ojos como Perlivarce se alejaba a grandes zancadas.

El cálido ambiente que disfrutaban en la cabaña gracias al reconfortante calor que desprendía el fuego de la chimenea, era bien distinto al del exterior, testigo del cual era Perlivarce quien llegó a Bortiburgo aterido de frío, con las manos enrojecidas por las bajas temperaturas y la fría nieve. Cuando entró en la cabaña a duras penas podía articular palabra, pues los músculos de su cara estaban agarrotados. Se acercó a la pequeña hoguera y acercó su cuerpo y manos a ella. Milia le cubrió la espalda con una gruesa manta y le secó la cabeza.

—Perdí mi capa en el bosque —dijo Perlivarce queriendo mantener en secreto la existencia del bunko—, pero aquí traigo las plantas y hierbas que sanarán por completo a Maikel —continuó hablando ya más recuperado por el agradable golpeteo de las nubes de calor provenientes de la chimenea.

El resto del día transcurrió en animada conversación entre los habitantes de la cabaña. Relataron a Perlivarce la visita del herrero y sus comentarios sobre las sombras que había visto la pasada luna, lo que preocupó al bortigo. A media tarde, aplicó un nuevo unguento sobre la herida de Maikel que alivió el escaso dolor que éste aún sentía. Así se llegó a la cena, que los nerlingos degustaron como si fuese la última vez que comerían caliente en muchas lunas.

Una vez acabaron de cenar y realizaron el último brindis por la caída de Zornik, comenzaron a preparar el equipaje que llevarían en su largo viaje. Milia entregó a cada nerlingo una gruesa capa de pieles provista de una gran capucha con la que se protegerían del duro invierno que se avecinaba, así como camisolas de lana de oveja. En unos grandes zurroneos de piel de lobo, similares al de Perlivarce, guardó provisiones suficientes para un mes, “siempre que vuestros insaciables estómagos sepan racionarlas” —como les dijo Milia—. Se incluían entre ellas queso de oveja, algo de fruta, membrillo, frutos secos como nueces o almendras, pan y unos bizcochos cuya receta era propiedad de Milia y que según la propia cocinera infundían una especial energía y vigor a todo aquél que lo ingería. Les recomendó lo racionaran especialmente, pues un poco de él podría reanimarlos en momentos de flaqueza. También colocó una pequeña cantimplora con hidromiel, para entonar el cuerpo y el espíritu en las duras y frías noches invernales. La intendencia se completó con otras cantimploras de mayor tamaño, hechas con pellejo de animal perfectamente curado, en las cuales transportarían agua.

Cuando Milia terminó de entregar las provisiones, Perlivarce les hizo sentarse en torno a la mesa y se dirigió a ellos.

—Amigos, este día ha sido especialmente grato para mí al poderlo compartir con vosotros, los últimos nerlingos libres. Sé que no revelaréis el objeto de vuestro viaje

ni el lugar al que os dirigís, pero os deseo la mayor de las venturas en la misión que vais a emprender. Rezo porque recuperéis la libertad de vuestra nación y me temo que también la del resto de pueblos de Jactinia.

—Mayor es nuestra gratitud hacia ti —dijo Kiril hablando en nombre de todos—, pues alto es el precio que puedes llegar a pagar al ofrecernos tu desinteresada hospitalidad.

—La amistad que me une a Oyvind y mi simpatía hacia el pueblo nerlingo no me permitirían jamás proceder de otro modo —respondió Perlivarce—. Quiero que en vuestro viaje llevéis con vosotros algo que os haga recordar a Milia y a mí, y por ello voy a entregaros unos regalos a cada uno de vosotros.

—¿Vas a abrumarnos aún más con tu hospitalidad? —dijo Oyvind—. Necesitaremos varias vidas para poder devolverte todas tus atenciones.

—El verte con vida ha sido mi mejor regalo —dijo Perlivarce a Oyvind—. No me extenderé mucho, pues ya anochece y debéis partir hacia Bosque Verde. Para ti, Oyvind, mi hermano de sangre —continuó—, es este instrumento fabricado con mis propias manos, que te guiará en aquellos días en que tus privilegiados ojos no alcancen a encontrar el camino —y de su zurrón sacó un diminuto artilugio compuesto de una pequeña y delgada lámina de madera, a la que se unía un trozo de metal negro y una fina barrita adherida a él. Todos los nerlingos observaron el objeto con extrañeza.

—¿Pretendes decir que ese trozo de madera es más eficaz que los ojos del hijo del relámpago? —preguntó burlonamente Oyvind.

—No hables en vano, Oyvind —respondió sonriendo Perlivarce—, pues tendrás que tragarte tus palabras. Milia, acércame por favor un cuenco lleno de agua.

Milia trajo una pequeña y ancha vasija de barro repleta de agua y la colocó sobre la mesa, al tiempo que fijaba sus ojos en los de su marido con una cómplice mirada. Perlivarce tomó el extraño objeto y lo apoyó cuidadosamente por su base de madera sobre la superficie acuosa. Soltó su mano de él, y el instrumento comenzó a girar lentamente sobre el agua, hasta alcanzar una posición estable en la que permaneció inmóvil.

—Observa, mi incrédulo amigo —dijo Perlivarce—. La parte pintada de la barrita indica el norte y la parte sin pintar el sur. Si no hubieses abandonado las enseñanzas de tu padre, quizás hoy serías un tarluk casi tan inteligente como yo —rió Perlivarce haciendo sonrojar a Oyvind.

—¡Es increíble! —exclamó Kiril—. Es cierto, por esta ventana de la cabaña diviso Bosque Verde, que se encuentra situado al norte y tu ingenio indica la misma dirección con la varilla pintada.

—Gracias a Nerlinguia que los gronings no disponían de este instrumento el día que la niebla protegió nuestra huida en las Montañas Artankal —añadió Thelmor.

—Mientras Oyvind reflexiona sobre lo que dijo antes —continuó Perlivarce—, quiero que tú, Thelmor, guardes este catalejo con el cual podrás competir con los ojos

del engreído hijo del relámpago —y Perlivarce enseñó a los nerlingos como podían utilizarlo, quedando nuevamente entusiasmados.

—Mil gracias, Perlivarce, nuevamente nos has sorprendido con otra de tus creaciones, ¿pero con que divisarás ahora tú en la lejanía de Jactinia? —preguntó Thelmor.

—No te preocupes por mí, pues no me llevará mucho trabajo construir otro igual —respondió Perlivarce—. El tercer regalo —continuó—, es para Maikel. Evidentemente tu don máspreciado es tu sobrenatural fortaleza, y para que la conserves durante miles de lunas, he recogido las más eficaces y curativas hierbas medicinales de Bosque Verde —y entregándole varios frascos con una gran variedad de hierbas le explicó cómo debía combinarlas y aplicarlas para conseguir los ungüentos que lograrían sanar hasta la herida más emponzoñada.

—No encuentro las palabras adecuadas para agradecértelo, ni a ti ni a tu bella esposa —dijo Maikel.

—Y finalmente tú —dijo solemnemente Perlivarce—, noble y joven Rey, lacrag nerlingo. Tu regalo no se encuentra en esta cabaña. Te aguarda en el linde de Bosque Verde. Partamos ahora hasta que un día volvamos a reunirnos en este hogar, y nos sentemos todos en torno a la mesa y riamos y cantemos sobre lo que ocurrió en el pasado, como si todo hubiese sido parte de una horrible pesadilla.

Kiril asintió con la cabeza y ordenó a los suyos que recogiesen sus armas, equipajes y provisiones que los bortigos habían preparado para ellos. Todos se despidieron emocionadamente de Milia, la cual los había embelesado con su belleza y dulzura, agradeciéndole las atenciones que les había dispensado. No quisieron extenderse en la despedida pues sabían que entonces les sería imposible abandonar la cabaña. Oyvind fue el último en abrazarla. Besó su frente y suavemente le susurró al oído.

—Volveré a ver al pequeño Ingvar con mi hermano vivo —y varias lágrimas brotaron de los ojos y el corazón de Oyvind.

Bien pertrechados, y con las provisiones guardadas en los zurrones, abandonaron sigilosamente la casa deslizándose furtivamente hacia el bosque. Los ladridos de unos perros estuvieron a punto de delatarlos. Un aldeano salió de una de las cabañas con la tenue luz de un candil para ver lo que ocurría, pero la nieve y el frío viento que soplaban en el exterior le disuadieron rápidamente de continuar su búsqueda.

Sin más sobresaltos, Perlivarce y los cuatro nerlingos llegaron a Bosque Verde envueltos en sus capas, que tras la caminata que los había traído desde Bortiburgo se habían tornado blancas. Nuevamente sentían el frío en sus rostros y en sus manos, pero reconfortados por la cena, parecía afectarles menos que los días precedentes.

—Aquí se separan nuestros caminos, que no nuestros destinos —dijo Perlivarce—. Sin embargo antes debo entregarte tu regalo, Kiril.

—¿No consideras suficiente presente todas las atenciones brindadas este día? —preguntó el Rey Nerlingo.

—Quizás sí, pero éste es un regalo inesperado; lo encontré esta mañana en el camino —dijo Perlivarce mientras todos le miraban intrigados.

—¡Tortion!, puedes abandonar tu escondite y salir —dijo Perlivarce en voz alta—. Ahora estás seguro y te encuentras entre hermanos.

Al cabo de unos segundos aparecieron de entre la oscuridad del bosque Tortion y su caballo. Se encontraba aterido de frío, pero la expresión de su rostro reflejaba que realmente había merecido la pena su espera.

—¿Quién eres? —preguntó Kiril.

—Soy Tortion, nerlingo del clan bunko —habló con dificultad pues no coordinaba el movimiento de sus mandíbulas a causa del frío—. Conseguí escapar de la matanza de Lothikaton y llegué a la concentración del Bosque de Alkos, pero en una de las escaramuzas quedé cortado entre ambos frentes, tras las líneas gronings, y no pude regresar con la comunidad de supervivientes —se detuvo un momento pues el helador viento atenazaba su boca—. Vi cómo quemaban el bosque y huí hacia Bunkoburgo, pero estaba arrasado y tomado por las tropas enemigas, así que escapé como pude hasta esta zona de la región. Fue entonces cuando a punto estuve de ser sorprendido por una compañía de rastreadores que parece ser os buscaban a vosotros. Gracias al afortunado encuentro con Perlivarce conseguí llegar sano y salvo hasta las afueras de Bortiburgo.

—¿Sabes si hay más supervivientes? —preguntó Thehnor.

—Desgraciadamente no, pues no encontré a nadie de nuestro pueblo durante mi huida —respondió Tortion.

—¿Qué noticias tienes de los cautivos de Zornik? —preguntaron al unísono Maikel y Oyvind pensando en su padre Torilo y su hermano Ingvar.

—Siento disculparme de nuevo —tartamudeó nervioso Tortion, incapaz de ocultar su sorpresa y repentino pánico al contemplar el rostro de Oyvind, a quien en un primer momento confundió con Ingvar—. No sé nada de ellos —continuó apartando sus ojos del semblante de aquel alko, idéntico al de su hermano gemelo capturado por los soldados de Burkelen—. No sé ni cuántos ni cuándo fueron capturados, pues durante estos días he vagado en solitario por la región, angustiado por la idea de perecer bajo las fauces de esas bestias que acompañan a los gronings —y Tortion rompió a llorar.

—No torturaremos más tu mente, hermano Tortion —dijo Kiril—. Nerlinguia nos envía un nuevo miembro que se une a nuestro grupo para lograr cambiar el negro destino que se cierne sobre Jactinia.

—Debéis partir sin más demora —dijo Perlivarce—. La compañía groning habrá recuperado parte de la ventaja perdida y probablemente mañana alcanzará Bortiburgo. Debo alertar a todos aquellos bortigos que aún Zornik no haya corrompido. Si continuáis unos kilómetros en dirección este, encontraréis un establo con caballos en las cercanías del bosque. Podéis tomar los que necesitéis, pues pertenecen a mi amigo Verilok. No os demoréis más y alejaros de aquí.

Los nerlingos se despidieron efusivamente de Perlivarce y emprendieron la marcha a través de Bosque Verde en dirección al establo de Verilok. Perlivarce les observaba desde la distancia con orgullo y se sentía feliz por haberlos podido acoger durante ese día y agasjarlos con su hospitalidad. Pero era el encuentro con Tortion lo que realmente le colmaba de felicidad, pues ingenuamente pensaba que con él los nerlingos tendrían más fácil cumplir el objetivo que se habían propuesto, devolver la libertad a toda Jactinia.

Nuevas amistades en la Luna Blanca

Tal y como Perlivarce les había indicado, tras caminar durante varios kilómetros bajo el incesante golpeteo de la nieve, encontraron resguardado al abrigo de una arboleda el establo de Verilok. Doce caballos y un par de bueyes vieron sobresaltado su reposo con la aparición de los nerlingos. Eligieron sus monturas, a excepción de Tortion que montaba uno de los caballos gronings. Sin perder más tiempo que el necesario para ensillarlos, abandonaron velozmente al galope aquella explanada desde la que se contemplaba con dificultad, bajo la persistente nevada, la ciudad de Bortiburgo.

Kiril y Oyvind encabezaban el grupo, tras ellos Maikel, Thelmor y finalmente Tortion se agrupaban buscando la protección del viento nieve. Apenas si cruzaron palabra aquella noche. Tortion trataba siempre que podía de ralentizar la marcha del grupo. Se excusaba en que había pasado todo el día a la intemperie y que su cuerpo no podría tolerar por mucho más tiempo las bajas temperaturas. Entonces el grupo se detenía, Kiril le ofrecía un trago de hidromiel para reanimarle, y tras unos minutos de espera nuevamente reemprendían su cabalgar.

El bunko no había despertado ninguna sospecha entre los alkos, avalado con fortuna por la presentación de Perlivarce, pero Oyvind comenzó a sentir una creciente desconfianza hacia él. La penetrante mirada del hijo del relámpago no sólo alcanzaba a divisar lo que los ojos de cualquier otro mortal no podía ver, sino que además podían escrutar la nobleza de un hombre leyendo en el interior de su alma. Y a través de los ojos de Tortion vio en su corazón una negra oscuridad, una semilla de odio como la que se había sembrado años atrás en el corazón del malogrado Torko. Nunca los bunkos agradaron a Oyvind, por lo que los trataba con cierto recelo. Decidió guardarse por ahora lo que creía haber visto y sentido, no fuera que sus compañeros le acusasen de desconfiar sin motivo de aquel hombre que se encontraba en su misma desesperada situación, sólo por el mero hecho de pertenecer al clan bunko. Sin embargo mantendría una estrecha vigilancia sobre Tortion, pues no deseaba ser traicionado otra vez por la codicia bunka.

Los cinco nerlingos cabalgaron durante toda la noche sin descanso, exceptuando las paradas a que les obligaba el traidor Tortion. Afortunadamente para ellos no encontraron rastro alguno del ejército groning. La ruta que tomó Kiril en su huida del Bosque de Alkos fue tremendamente acertada, logrando mantener en apariencia una cómoda ventaja sobre las avanzadillas gronings. Gracias a ello confiaban en alcanzar Mugaburgo al atardecer y desde allí abandonar Jactinia y continuar la búsqueda del sexto clan. Con el amanecer cesó la fuerte nevada, aunque el viento del norte se negaba a retirarse. Los nerlingos y sus monturas estaban fatigados por lo que se detuvieron a descansar, refugiados en una pequeña hondonada del terreno rodeada por frondosos arbustos ahora teñidos de blanco. Acordaron que dormirían hasta el mediodía, pues el lugar era seguro y oculto a las miradas furtivas. Maikel se prestó

voluntario para realizar la guardia ya que días atrás sus compañeros completaron las suyas debido a su delicado estado febril. Éstos se lo agradecieron de corazón, pues a pesar de la hospitalidad de Perlivarce todavía acumulaban cierta falta de sueño.

Tras la marcha nocturna, ahora se hallaban a medio camino entre Bortiburgo y Mugaburgo, a pocos kilómetros de alcanzar la parte más oriental de Jactinia. Apuraban los últimos días del onceavo período, los del reinado del oso gris, en los que el invierno anunciaba su futura presencia con toda su crudeza. Ya no era tan habitual divisar las largas caravanas de mercaderes y viajeros que trashumaban por aquella zona de la región. Normalmente se trataba de hombres del sur que, en los albores del solsticio de verano cruzaban el Desierto Rojo y, hollando la Barrera de Dunas, se encaminaban hacia Jactinia para comerciar con sedas, alimentos exóticos e incluso oro. La región había sido siempre un lugar seguro en el que no abundaban ladrones o pendencieros. Raras veces estas caravanas se adentraban más allá de la Cordillera Iugur-András por temor a penetrar en los dominios de Zornik. Escasos eran los viajeros llegados del norte, pues el miedo a los gronings retraía sus expediciones, o del oeste, pues larga y dura era la travesía a través de Tierra Seca, una gran estepa despoblada en la que únicamente moraba una tribu de jinetes nómadas, que centurias atrás asoló el oeste de Tierra Conocida e invadió el oriente cercano, siendo el germen de la hoy poderosa nación groning. Desde el Mar del Este llegaban noticias de embarcaciones que arribaban de ultramar y esas fabulosas historias corrían de boca en boca, pero muy pocos de los que las contaban habían visto a aquellos increíbles marineros. En esos límites terminaba Tierra Conocida, y pocos eran los intrépidos exploradores que se aventuraban a traspasarlos poniendo en peligro sus vidas, pues interminables océanos e inhóspitas tierras la circundaban.

Cuando Maikel despertó a sus compañeros, éstos creyeron que apenas si varios minutos habían transcurrido desde que se acostaron al abrigo de los arbustos, pero cuando abrieron trabajosamente sus somnolientos ojos comprobaron que el sol, que ahora jugaba al escondite con el mar de nubes, se encontraba en su cenit, signo inequívoco de que ya habían alcanzado el mediodía.

—Parece que el frío ha remitido —dijo Kiril entre bostezos.

—Hace un rato el viento dejó de soplar con fuerza y ahora es sólo una fresca brisa —respondió Maikel.

Oyvind ascendió con precaución a lo alto de la hondonada y escrutó la planicie oculto tras los arbustos cubiertos por la nieve.

—El camino está despejado —dijo en voz baja regresando al lado de sus compañeros.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Tortion mientras Oyvind le observaba con desconfianza.

—Hacia Mugaburgo —respondió escuetamente Kiril a la pregunta del bunko.

—¿Y una vez allí? —insistió Tortion.

—Cenaremos un buen asado y beberemos biluk —se anticipó Oyvind y sus compañeros asintieron entre sonrisas.

—Las palabras de Oyvind me han despertado el hambre —dijo Thelmor.

—Podríamos comer algo antes de partir hacia Mugaburgo —añadió Maikel.

—Os comportáis como si no hubieseis probado bocado en semanas —respondió socarronamente Kiril—. Recordad que debemos administrar con cautela y previsión las provisiones que Milia nos proporcionó. Probablemente en días venideros tengamos mayor necesidad de ellas.

Los nerlingos comprendieron las palabras de Kiril y de los zurroneos que Milia les había entregado tomaron algún fruto seco, unos nueces, otros almendras o avellanas, algo de membrillo, una pieza de fruta y un trozo de pan. Todo ello acompañado con un pequeño trago de hidromiel que sirvió como de costumbre para elevar su ánimo. Nadie pudo librarse de la tentación de degustar aquellos apetecibles bizcochos, pero Kiril les emplazó a guardarlos para cuando la ocasión lo requiriese. Recordando las palabras de la mujer de Perlivarce, les infundirían una especial energía y reanimarían hasta al hombre más desfallecido y extenuado, por lo que a buen seguro que durante su viaje se les presentaría la ocasión de hacer uso de ellos.

No tardaron mucho en dar buena cuenta del improvisado almuerzo. Antes de partir hacia Mugaburgo, Kiril les reunió a todos y les habló.

—Hermanos —dijo—, en unas horas llegaremos a Mugaburgo, la última ciudad habitada hasta alcanzar los puertos del Mar del Este. Nadie allí debe reconocernos. Debemos pasar inadvertidos entre los demás viajeros y mercaderes que se hospeden en el burgo. Es muy probable que Zornik tenga espías en aquella ciudad, espías que no dudarían en apresarnos y entregarnos a los gronings por unas monedas de oro si descubren que somos los fugitivos nerlingos. Es por ello que os pido —continuó mientras los demás le escuchaban atentamente—, realicéis conmigo algo que sería considerado como un sacrilegio por nuestros mayores, pero que en la tesitura en que nos encontramos no es más que un acto de supervivencia. Os pido que cortéis vuestras trenzas, distintivo del clan al que pertenecéis; de otra manera seremos apresados, perdiéndose para siempre toda esperanza de salvación para nuestro pueblo —finalizó un alicaído Kiril.

Oyvind, Maikel, Thelmor e incluso Tortion se miraron con tristeza, pero no se atrevieron a contradecir la decisión de su lacrag. Era evidente que estaba en lo cierto, por muy doloroso que aquello resultase para los nerlingos, pues sólo aquellos que eran desterrados o privados de su honor por actos de cuya bajeza los nerlingos se avergonzaban, veían como su trenza era cercenada como símbolo de humillación y deshonor.

Fue Kiril el primero quien, tomando su cuchillo y como Rey Nerlingo, cortó su larga trenza castaña. Al caer al suelo, desaparecieron con ella multitud de recuerdos, pues desde que tenía uso de razón esos cabellos trenzados le habían acompañado y

crecido con él. Recordaba como su padre, siendo aún él un niño, le peinaba y anudaba la tira azul del clan alko. Unos recuerdos que, al igual que su padre Akrog, tristemente le habían abandonado.

Maikel, Oyvind, Thelmor y Tortion le siguieron, sintiendo que al cortar su trenza perdían su identidad, la historia y la tradición de su nación.

—Que este gesto sea el símbolo del alumbramiento de un nuevo pueblo —dijo Kiril—. Que los nuevos cabellos que crezcan de nuestras cabezas sean largos y fuertes como lo será el futuro pueblo nerlingo, y que todos los pueblos de Jactinia entrelacen sus raíces para combatir la tiranía y la crueldad groning. ¡Que Nerlinguia nos proteja! —gritó.

—¡Que Nerlinguia nos proteja! —gritaron a coro los demás.

Durante los minutos que siguieron a aquel ritual ni una sola palabra se atrevió a asomarse a sus gargantas. A pesar del intento de Kiril por animar a sus compañeros, un halo de tristeza se apoderó de ellos y paulatinamente sintieron que perdían sus raíces y el apego a aquellas tierras, y que serían condenados a vagar más allá de Tierra Conocida hasta recuperar sus largos cabellos anudados.

En aquella hondonada al este de Jactinia, los cinco nerlingos enterraron sus preciados tesoros que brillaban como el oro a la luz del sol, y lo llamaron Feorane Miolku, “El cementerio escondido”, y juraron que un día volverían a ese lugar y levantarían allí un templo para pedir el perdón eterno a Nerlinguia y a todos sus antepasados en redención por el sacrilegio que creían haber cometido.

Cabizbajos montaron en sus caballos y cabalaron hacia Mugaburgo. Con cierta frecuencia giraban sus cabezas hacia el Feorane Miolku y sentían que una parte de ellos se había quedado para siempre perdida en aquel lugar.

Lentamente el grupo fue recobrando su ánimo, y cabalaron con más decisión en dirección a la ciudad. Oyvind continuaba en cabeza acompañando a Kiril. Su recelo hacia Tortion le corroía el alma y no pudo más que confesar sus sospechas a su lacrag.

—Kiril —comenzó Oyvind—, ¿crees que Tortion nos contó toda la verdad en Bosque Verde? ¿No te parece extraño que pudiera escapar de los gronings?

—¿A que te refieres Oyvind? —preguntó Kiril.

—No lo sé ciertamente, pero ese hombre no me inspira confianza. Más allá de sus ojos percibo un odio hacia nuestro pueblo —dijo Oyvind.

—¿No viste cómo sufría cuando se cortó su trenza? ¿Acaso crees que tu amigo Perlivarce nos traicionaría? —dijo Kiril.

—Sí, en efecto, vi sus lágrimas, y claro que no, Perlivarce antes moriría que traicionarnos, pero creo que oculta algo. Deberíamos cuidarnos de él, permanecer

alertas —dijo Oyvind—. Y estimo que sería prudente por tu parte no revelarle todavía el destino de nuestro viaje.

—Me parece que tu recelo hacia los bunkos te traiciona, mi buen amigo —respondió con mesura Kiril—. No obstante permaneceré atento a sus movimientos, pero te aseguro que Tortion busca la salvación de nuestro pueblo y toda Jactinia al igual que nosotros.

—Desearía poder decir eso —añadió Oyvind girando la cabeza hacia atrás y observó a Tortion charlando en animada conversación con Thelmor.

La nieve no había vuelto a hacer acto de presencia en todo el día y, aquella que con fuerza se había descolgado del cielo las pasadas lunas, iba desapareciendo en forma de diminutos afluentes recorriendo las praderas. Los colores verde y blanco permanecían entrelazados en aquel bucólico paisaje y sólo la ayuda de algún rayo de sol conseguía que lentamente la alfombra verde predominase sobre el tupido manto blanco. El sol se alejaba de los nerlingos oculto entre las grises nubes que apenas dejaban contemplar el firmamento, y si bien ellos avanzaban hacia el este para alcanzar Mugaburgo, la estrella del día volaba hacia el oeste en busca de su lecho nocturno, oculto tras las escarpadas montañas.

La tarde había transcurrido sin sobresaltos y, como habían planeado, se hallaban a pocos kilómetros de llegar a la ciudad fronteriza. Kiril dio el alto al grupo y sus compañeros se reunieron en torno a él.

—Amigos, nos encontramos muy próximos a Mugaburgo. Como os dije antes nadie debe reconocernos. Nos haremos pasar por comerciantes del norte, de allende las Tierras Frías, que desde hace años vagan por los caminos de Tierra Conocida.

—¿Dónde nos hospedaremos? —preguntó Maikel.

—Por lo que tengo entendido, multitud de pequeñas posadas que acogen a los viajeros se reparten por toda la ciudad. En esta época del año no creo que tengamos problemas en encontrar comida caliente y un confortable jergón —dijo Kiril.

—¿Qué es exactamente lo que buscamos en Mugaburgo? —preguntó Tortion—. Disponemos de víveres suficientes por lo menos para tres o cuatro semanas y no veo la razón por la que debemos exponernos a ser descubiertos.

—No es descabellado tu razonamiento —contestó Kiril mientras Oyvind le miraba atentamente—, pero debo confirmar ciertos detalles de la ruta que hemos de seguir, y qué mejor lugar para averiguarlo que el punto de reunión de todos los viajeros y mercaderes de esta parte de Tierra Conocida.

—Además debemos hacernos con armas, cuerdas y algún caballo de refresco —añadió Thelmor mientras Tortion asentía con la cabeza dando a entender que su pregunta había sido respondida satisfactoriamente.

—Despejadas todas las dudas os vuelvo a rogar que obréis con precaución y prudencia —dijo Kiril—. Guardaros de los ladrones y los espías. Durante la estancia en el burgo siempre permaneceremos juntos. Procurad no levantar sospechas. Así pues, ¡adelante hombres de las Tierras Frías, cabalgemos hacia Mugaburgo! —y con

ese grito espoleó a su caballo y los demás le siguieron a veloz galope.

Ahora los nerlingos marchaban en fila de a uno. En cabeza Kiril, quien les conducía hacia el burgo, después le seguía Oyvind, los ojos del grupo; a continuación Maikel, por detrás de él Thelmor y cerrando la pequeña columna Tortion, siempre expectante y atento a cualquier movimiento o comentario. Tal y como hizo lunas atrás en las praderas que conducían a Bortiburgo, de entre sus manos dejó caer una talla de madera con la figura de un halcón anudado en un pequeño trozo de tela rojo y negro. Cuando Mugaburgo se mostraba ante ellos, Kiril relajó el galopar de su montura y dejó de fustigarle. Los demás adoptaron su proceder y nuevamente se reagruparon, cabalgando a un suave trote.

A diferencia de Bortiburgo, la ciudad fronteriza daba muestras de su actividad. Si bien era cierto que durante el invierno disminuía el número de trashumantes, desde varios kilómetros atrás podía observarse sin dificultad las luces y el trasiego de gentes y animales dentro y a las afueras de la ciudad. Muchos de los viajeros simplemente acampaban al amparo del burgo y dormían en sus propias carretas aprovechando para degustar una buena cena y calentar su cuerpo con un buen vino, hidromiel u otro licor que por aquellos lares se destilase; aunque a decir verdad, en aquella época del año pocos eran los atrevidos que rechazaban dormir bajo el acogedor techo de cualquiera de las posadas que ofrecían su hospedaje en Mugaburgo.

Los nerlingos se acercaron con cautela a la ciudad. Un enorme círculo de pequeñas antorchas y teas la rodeaban al objeto de espantar a las bestias salvajes que por allí rondasen, pues no eran pocas las caravanas de mercaderes que transportaban ganado u otros animales. El burgo se componía de un gran pasillo central, delimitado por las posadas, tabernas y comercios. Ya en líneas paralelas a éste, en una segunda oleada, se ubicaban las cabañas de los habitantes habituales del burgo, en su mayoría comerciantes, si bien también vivían en él algunos agricultores, cazadores, tramperos y varios herreros. Finalmente, en una tercera zona, se agrupaban los establos, repletos fundamentalmente de caballos, ya que eran la moneda de cambio más apreciada por aquellas inhóspitas tierras. Otros animales de granja como vacas, bueyes, cerdos, patos o gallinas convivían con ellos.

Toda la ciudad estaba rodeada por una baja empalizada de madera de la altura de un hombre, de la cual colgaban las antorchas. En los dos extremos del inmenso pasillo, dos grandes portones siempre permanecían abiertos, pues continuo era el ir y venir de mercaderes que entraban o salían del burgo. Ni los más ancianos recordaban el día en el que éstos se cerraron, ya que incluso en los Días Antiguos, cuando tuvieron lugar las guerras entre los bortigos y los invasores del sur, se podía transitar sin ningún tipo de restricción por la ciudad.

Kiril, Oyvind, Maikel, Thelmor y Tortion entraron en el burgo cruzando el portón oeste. El trasiego comenzaba a disminuir, incluso alguno de los comercios ya había cerrado sus puertas. Los nerlingos se apresuraron a hacer las compras necesarias para el viaje. Entraron en una vieja cabaña de la que colgaba un madero en el que estaba

escrito: “Intercambio caballos”. En el interior encontraron todo lo que buscaban.

—Buenas noches, señores viajeros —dijo el dueño que apareció de la trastienda al oír los pasos de los nerlingos.

—Buenas noches —contestó escuetamente Kiril, mientras observaba unas cuerdas que tenía expuestas el comerciante.

—¿Qué es lo que desean? Puedo ofrecerles lo que ustedes necesiten para su viaje. ¡Ah! —exclamó—, tiene usted buena vista joven —dijo refiriéndose a Kiril—. Ésas son las mejores cuerdas que podrá encontrar en toda la región. Podría colgar hasta treinta caballos de ella, que jamás se rompería.

—Ya que los menciona —dijo Maikel—, ¿dispone usted de caballos de refresco como reza su cartel?

—Por supuesto, fuertes, veloces y resistentes. Podría galopar con ellos hasta el Mar del Este sin apenas detenerse a descansar —respondió el comerciante.

—Nos llevaremos cinco de estas cuerdas, dos pequeños sacos de frutos secos y aquel odre de agua. También necesitaremos tres caballos, a cambio de los cuales le entregaremos dos de los que traemos con nosotros. El resto se lo pagaremos en monedas de oro —dijo con firmeza Kiril.

—Magnífica compra, gentil joven —dijo entusiasmado el comerciante quien apenas si había vendido dos odres de agua en todo el día—. No obstante, como usted comprenderá, debo examinar previamente los caballos que me ofrece como trueque —añadió mientras se dirigía hacia la salida de la cabaña.

Kiril decidió entregar a aquel hombre los caballos de Tortion y Maikel, pues el primero llevaba muchos kilómetros galopados y el de Maikel era el más viejo de todos y apenas si podía con el peso del corpulento nerlingo.

—Buen caballo, de las llanuras de Jactinia —decía el avaro comerciante al examinar con detenimiento el corcel de Maikel—, aunque no le restan demasiados años de vida —añadió mientras comprobaba las patas y los dientes. Una vez finalizó su particular inspección al primer caballo se acercó al de Tortion—. Magnífico ejemplar, aunque algo agotado por un continuado esfuerzo —comentó al tocar las patas del animal—, más joven y fuerte —continuó mientras le examinaba los dientes—, sano y sin enfermedades, sí señor —añadía mientras palpaba sus lomos—, un magnífico ejemplar como he dicho... —y repentinamente quedó mudo. Los nerlingos no sabían qué era lo que el comerciante había visto y comenzaron a inquietarse—. ¿De dónde sacaron este caballo? —preguntó con voz temblorosa el comerciante.

—Lo compré a un trampero en el norte —respondió Tortion tras unos instantes en los que los nerlingos permanecieron callados—. Me pareció como a usted un buen animal y no dude en adquirirlo —finalizó sin titubeos.

—Pues que toda la furia de los dioses caiga sobre mí si me equivoco —dijo el comerciante—, pero apostaré mi cabeza a que es un caballo del ejército groning. Veán aquí el símbolo del lobo negro grabado en su lomo.

—Quizás aquel trampero lo encontró vagando por las llanuras o lo compró a otro

mercader —dijo Tortion, mientras Oyvind clavaba sus desconfiados ojos en el bunko.

En aquel instante un fuerte viento del norte comenzó a soplar de nuevo y pareció enfriar el ánimo inquisitorio del comerciante, por lo que momentáneamente cesó en sus preguntas y volvió al interior de la cabaña. Los nerlingos le siguieron prestos a desenfundar sus espadas y huir en caso de ser descubiertos.

—De acuerdo, os venderé lo que pedís, pero habréis de pagar en oro por valor de caballo y medio, pues menos de media vida es lo que le resta a uno de esos animales —dijo el comerciante.

Esta contestación reconfortó a los nerlingos, pues el hombre se había olvidado ya del caballo de Tortion y trataba de regatear para obtener el máximo beneficio.

—Duro negociador —dijo Kiril rompiendo el tenso silencio entre los jóvenes—. De acuerdo —continuó tras una leve pausa—, necesitamos tus caballos, por lo que aceptamos el trato. ¿Cuándo podremos verlos? —preguntó el lacrag nerlingo.

—En menos de lo que un vaso de cerveza duraría en vuestros sedientos labios —dijo el comerciante.

—Cierto es lo que decís —dijo Thelmor—. Tan pronto salgamos de aquí lo primero que haré será tomar unos tragos de biluk en una de las posadas del burgo.

La palabra biluk resonó en la cabeza de aquel hombre como un gran trueno en el silencio de la noche. Rápidamente cayó en la cuenta que aquellos jóvenes eran nerlingos y trató de disimular como pudo su excitación.

—Esperen aquí. Regresaré sin tardanza con los caballos —dijo el comerciante saliendo apresuradamente de la cabaña.

—Debemos cuidarnos de hablar más de la cuenta —dijo enfadado Kiril cuando el comerciante ya se había ido—. Thelmor, nombraste la palabra biluk y ese hombre pareció ver un fantasma. Al instante reconoció que somos nerlingos. Recemos para que no sea un traidor y nos delate. Oyvind —continuó—, síguele a distancia y asegúrate que sólo va en busca de los caballos. Si observas algo extraño regresa velozmente pues abandonaremos de inmediato el burgo.

—No le perderé de vista —dijo Oyvind y abandonó la cabaña en busca del comerciante.

—Cometimos un gran error al no abandonar en Bortiburgo el caballo de Tortion —se lamentaba Kiril mientras Thelmor se arrepentía de aquel absurdo comentario.

Tras unos minutos Oyvind regresó.

—Silencio —dijo en voz baja—, ya vuelve ese hombre. Por ahora no ha hecho más que buscar sus caballos en un establo cercano y ensillarlos. No ha hablado con nadie ni ha hecho gestos o señales sospechosas.

Las nuevas de Oyvind tranquilizaron a los nerlingos y Thelmor se sintió en parte aliviado.

—Oh, mis jóvenes amigos —regresó con un tono especialmente amigable—, aquí tienen los tres mejores corceles de mi establo. Trátenlos y aliméntelos bien, pues no encontrarán mejores caballos en toda Jactinia.

Kiril y los otros examinaron a los caballos y realmente constataron que su presencia era espléndida.

—De acuerdo entonces, cerremos el trato —dijo Kiril sacando un pequeño saco de monedas con las que pagó al comerciante.

—Muchas gracias, jóvenes viajeros. Y ahora permítanme que en agradecimiento a su generoso y pronto pago y como muestra de la hospitalidad de los habitantes de esta ciudad, les haga dos regalos y una sugerencia —dijo el comerciante.

—Adelante, le escuchamos —dijo Maikel con cierta desconfianza.

—Aguarden un instante —y el hombre fue a la parte trasera de la cabaña. Los nerlingos llevaron las manos a las empuñaduras de sus espadas, pero cuando vieron al viejo traer cinco arcos y cinco carcajes llenos de flechas, las volvieron a soltar—. Esto es para que ustedes sigan defendiendo a Jactinia de la amenaza del norte —dijo en referencia a los gronings—, y esto —seguía hablando mientras tomó en sus manos una pequeña botella—, es el mejor licor de nueces que podrán beber en toda Tierra Conocida, mucho más reconfortante que ese biluk que antaño se destilaba en los alrededores de Lotbikaton —finalizó con una sonrisa.

Los cinco se quedaron absolutamente sorprendidos. No sólo aquel hombre había adivinado que eran nerlingos, sino que había logrado averiguar que huían de los gronings.

—Y finalmente la sugerencia —continuó sonriendo mientras Kiril, Oyvind, Maikel, Thelmor y Tortion seguían sin reaccionar no pudiendo ocultar su sorpresa—. Si siguen calle arriba, tras caminar unos cien pasos encontrarán tres posadas: El Corcel Errante, La Casa de Matork y finalmente La Luna Blanca. Entren en esta última y disfrutarán de la mejor comida y el más cómodo lecho para un reparador descanso —terminó—. Y por esta información no les cobraré nada —y rió.

Kiril fue el primero en reaccionar y se decidió a preguntar a aquel hombre.

—¿Cuál es tu nombre?, pues deseo pronunciarlo para agradecer tu ayuda —interrogó Kiril.

—Esmut, así es como me llamo —respondió.

—Mil gracias en nombre de todos nosotros, buen Esmut —dijo Kiril—. Confío además en que mantendrás a buen recaudo nuestro secreto.

—Y yo en que vosotros conservéis vuestras preciadas vidas —añadió Esmut.

—Seguiremos tu consejo y nos acercaremos a La Luna Blanca —dijo Kiril—. Adiós buen comerciante, que Nerlinguia te acompañe —y los demás nerlingos repitieron en voz baja la última frase.

Esmut se despidió de ellos y abandonaron la tienda con los caballos, las provisiones y los obsequios del comerciante. Siguieron caminando calle arriba, algo más de los cien pasos que éste les había indicado, hasta encontrar las tres posadas.

El Corcel Errante y La Casa de Matork se situaban una enfrente de la otra. Ambas eran dos grandes casonas construidas en piedra y madera de las que salía un blanco humo por sus chimeneas. Por los caballos que había en sus establos y el bullicio que

se oía en su interior no era difícil deducir que apenas si quedaría una cama libre en la que dormir. A esas horas los viajeros remojaban sus gaxnates con cerveza antes de sentarse a la mesa para cenar. El frío, unido a la sed y el hambre que empezaba a despertarse en los nerlingos, les llevó a recorrer velozmente los escasos metros que los separaban de la posada La Luna Blanca.

A diferencia de las otras dos, La Luna Blanca estaba construida enteramente en madera, lo que le daba un aspecto más acogedor. Era una de las construcciones más elevadas de la ciudad, pues alcanzaba las cuatro alturas. En uno de sus laterales se ubicaba el establo, también repleto de caballos. Los nerlingos desmontaron y dejaron a sus monturas en él. Cuando estaban próximos a la puerta de entrada, ésta se abrió súbitamente y apareció un joven de no más de quince años que cargaba con unos cubos de agua para el abrevadero del establo.

—¿Qué desean caballeros? —preguntó con desparpajo.

—Buscamos hospedaje —respondió Kiril con una sonrisa.

—Pues en nuestra posada lo encontrarán —dijo el joven—. Y a muy buen precio —añadió.

Los nerlingos sonrieron sorprendidos por la desenvoltura que mostraba aquel joven, más propia del dueño de la posada que de uno de sus ayudantes.

—Si no es indiscreción —habló de nuevo—, ¿podrían decirme de dónde vienen y el tiempo que estiman pasarán en La Luna Blanca?

—Antes de responder a tu indiscreta pregunta —sonrió Maikel—, respóndeme tú a otra. ¿Cuál es tu nombre y quién eres?

—Me llamo Loit —respondió con orgullo y firmeza—, y trabajo para el posadero, el señor Haakoin.

—Nosotros somos gente del norte, de las Tierras Frías, y nuestros nombres son, Kiril —dijo Maikel tras una leve pausa presentando a sus compañeros—, Oyvind, Thelmor, Tortion y yo, Maikel. Estamos hambrientos y agotados y queremos descansar esta noche bajo un techo que nos acoja.

—Esperen aquí un momento —dijo Loit—. Daré de beber agua a los caballos y les presentaré al señor Haakoin. Quizás tengan suerte y haya alguna habitación libre, pues estos días hay un inusual trasiego de viajeros. Noticias de batallas recorren la ciudad, y malos augurios para la región llegan desde el oeste. Pero eso podrán ustedes hablarlo esta noche a la hora de la cena con otros huéspedes. Ahora, como les he dicho, aguarden un instante —y Loit corrió a trancas y barrancas apresuradamente hacia el establo derramando a cada paso el agua que transportaba en los dos grandes cubos.

Sin que Kiril y los otros pudieran casi contemplar el tablero que colgaba de la entrada iluminado por un viejo candil, y en el que había dibujada una luminosa luna blanca en cuarto creciente junto al nombre de la posada, apareció de nuevo el inquieto Loit.

—Disculpen la tardanza caballeros —dijo mientras los nerlingos no podían

contener sus sonrisas—. Ahora ya me encuentro enteramente a su disposición. Síganme, les llevaré ante el señor Haakoin.

Los nerlingos siguieron a Loit y atravesaron el umbral de la puerta. La posada les recibió con una agradable sensación de calor proveniente de la chimenea de la estancia principal, que era utilizada como comedor para servir la cena a los huéspedes. Ésta se hallaba en la zona izquierda de la planta baja, pues en el centro de la misma estaba el pasillo que daba a la recepción en la que el posadero anotaba las habitaciones ocupadas, el número de personas que en ellas dormían y los caballos que habían traído, para allí mismo cobrar por adelantado el importe de los servicios que disfrutarían. Ya en la zona derecha se ubicaban las escaleras que conducían al resto de plantas de la posada donde descansaban los huéspedes. Finalmente completando la planta baja, estaban la cocina, una gran despensa y las habitaciones donde descansaban el señor Haakoin y su ayudante Loit. El cocinero estaba contratado por el posadero y cuando finalizaban las cenas volvía a descansar a su cabaña en el burgo.

Loit buscaba con su mirada al posadero, y lo encontró saliendo de la despensa con un barril de cerveza. Con un gesto indicó a los nerlingos que le siguieran y se acercaron al propietario de La Luna Blanca.

—Señor Haakoin —dijo Loit—, estos viajeros de las Tierras Frías desearían pasar la noche en nuestra posada. Están cansados y hambrientos, al igual que sus seis caballos que han dejado en el establo —terminó la exposición sin que se le olvidase ni un solo detalle concerniente al uso que harían los nerlingos de los servicios que ofrecía la posada.

—Buenas noches —dijo con voz grave Haakoin, un hombre de inmensa humanidad y pobladas barbas grises—. Han tenido suerte, pues dispongo de dos habitaciones en la última planta. Dormirán más agrupados, pero seguro que así no pasarán frío —dijo sonriendo irónicamente—. Acompañenme y les mostraré sus habitaciones.

Haakoin subía pesadamente las escaleras que crujían a su paso, sus pesadas piernas parecían las de un gigante de bronce. Los escalones que les separaban de la cuarta planta de la posada se hicieron eviternos, semejante a su huida a través de las Montañas Artankal, Bosque Verde y las llanuras de Jactinia. Finalmente Haakoin alcanzó exhausto y sin apenas aire la última planta de la posada. Recorrieron el estrecho pasillo y al final del mismo les mostró las que serían sus dos habitaciones.

—Éstos son sus aposentos —dijo sin aliento el posadero.

Los nerlingos entraron en ellos. Eran dos estancias tremendamente austeras, con una vela que colgaba de un candil clavado en una de las paredes y dos viejas camas de madera sobre las que reposaban dos raídos jergones en los que habían dormido varias generaciones de viajeros llegados de todos los rincones de Tierra Conocida. Al fondo de la estancia, una solitaria ventana daba a la segunda línea de cabañas.

—Al menos la ventana no da a la calle principal. Así dormiremos más tranquilos

—dijo Maikel.

—En una de las habitaciones falta una cama —dijo Oyvind—, pues somos cinco.

—No se preocupe. Mientras disfrutan de la cena mi ayudante acomodará otro comfortable lecho para que puedan descansar cómodamente —dijo Haakoin.

Los nerlingos cruzaron sus miradas y decidieron pasar esa noche en La Luna Blanca.

—¿Cuánto debemos pagarle por el hospedaje, señor Haakoin? —preguntó Kiril.

—Déjenme pensar... Una moneda por dormir, media moneda por cenar, media moneda por el cuidado de los caballos... si ustedes son cinco y traen seis caballos... por lo tanto —al posadero le faltaban dedos en las manos para completar sus cuentas —... por lo tanto... serán diez monedas de oro.

—Teniendo en cuenta que se ahorra la mitad de una habitación —respondió Maikel—, pues dormiremos tres donde habitualmente lo hacen dos, y que el cuidado de los caballos se reduce a un cubo de agua y un manojo de hierba seca, le pagaremos seis monedas de oro —finalizó tras disfrutar con el regateo al posadero.

—¡Seis monedas de oro! —gritó escandalizado Haakoin—. ¡Con eso no puedo cubrir apenas mis gastos! —se lamentaba—. Con diez monedas de oro toda la ganancia la empleo en mantener a mi ayudante Loit y en pagar al cocinero —seguía quejándose.

—No pagaremos diez monedas de oro por esas oscuras y sombrías habitaciones que más se asemejan a las celdas de una prisión que a las de una honorable posada —dijo Maikel.

—¡Jamás nunca antes nadie se había quejado de la hospitalidad de esta posada! No encontrará mejor acomodo y mejores guisos que en La Luna Blanca, y todo por solamente ocho míseras monedas de oro —sollozaba Haakoin.

—¿He oído ocho monedas de oro? —preguntó Maikel.

—Sí, ha oído bien, y es mi última oferta —respondió enojado Haakoin.

—¿Qué os parece amigos? —preguntó Maikel a sus compañeros mientras éstos sonreían disfrutando del tira y afloja que mantenía con el posadero.

—Pienso que ocho monedas de oro es un precio razonable, y como bien dice el señor Haakoin, dudo que encontremos nada mejor a estas alturas del día por los alrededores —dijo Kiril en tono conciliador.

—Sabias palabras, joven norteno —respondió el posadero.

—Le pagaré ahora seis monedas de oro —dijo Kiril—, y las otras dos al amanecer, cuando compruebe que nuestros caballos descansan plácidamente en el establo.

Haakoin aceptó las seis monedas a regañadientes. Ya con ellas en el bolsillo pareció recuperar de nuevo la sonrisa y emplazó a los nerlingos en la estancia principal a degustar en pocos minutos la succulenta cena que su cocinero terminaba de condimentar. Dejaron los abrigos, cuerdas y demás aparejos en la habitación, pero conservaron sus espadas y cuchillos, pues no se fiaban de no ser traicionados pese al

aspecto bonachón del posadero y la amabilidad de Loit. Como Perlivarce les previno lunas atrás, la mano de Zornik se había extendido por toda Jactinia y numerosos eran los ojos que veían para él.

Descendieron las escaleras hasta la planta baja y entraron en el amplio comedor. Había cuatro grandes mesas colocadas en dos filas. En una de las esquinas había apilados barriles de cerveza, vino y algunas botellas de licores destilados en Mugaburgo. Tres de las cuatro mesas estaban ya ocupadas, mientras que en una de ellas quedaba espacio suficiente como para que los nerlingos la compartieran con otros cuatro huéspedes que en esos instantes bebían unas jarras de cerveza. Haakoin preguntó a los viajeros sino les importaría compartir la mesa con cinco hombres de las Tierras Frías, a lo que ellos accedieron gustosamente. Kiril, Maikel, Oyvind, Thelmor y Tortion saludaron educadamente y se sentaron en uno de los extremos. Durante el tiempo que transcurrió hasta que Loit les trajo el primer plato de la cena apenas si cruzaron palabra; permanecieron expectantes, observando detenidamente a cada una de las personas que abarrotaban el comedor.

En una de las mesas cenaban en animada conversación un grupo de veinte hombres, presumiblemente mercaderes del sur, a juzgar por las finas sedas que algunos de ellos vestían. En otra adyacente, contrastaba con ellos el rudo aspecto de varios tramperos y comerciantes de pieles, ataviados con gruesos abrigos y raídas camisolas, adornados sus rostros por pobladas barbas y bigotes de tonalidades grises, negras y rojas, de las cuales colgaban restos del cordero que devoraban con inusitada avidez. La tercera mesa era compartida por una amalgama de comerciantes de Mugaburgo, diversos viajeros y un grupo de jóvenes que, brindando con un vino rojizo que desataba los cánticos más ocurrentes en sus gargantas, celebraban el próximo matrimonio de uno de sus integrantes.

Los nerlingos saborearon gustosamente los hongos y setas cocinadas en frescos huevos de codorniz que Loit les había servido, quien se desenvolvía como un verdadero pillastre en cualquier conversación que ellos le proponían. No se demoró el segundo plato, un magnífico asado de cordero que no desmerecía en nada al que los tramperos habían dado ya buena cuenta. Entre bocados de asado y tragos de vino transcurría la noche. Los nerlingos trataban de olvidar por unos momentos en aquella acogedora posada de Mugaburgo todo lo que acontecía en el resto de Jactinia. Kiril estaba sentado entre su amigo del alma Maikel y uno de los cuatro viajeros que gentilmente accedieron a compartir la mesa. Hasta entonces el joven lacrag no había cruzado palabra con ellos, aunque durante toda la cena aguzó su oído tratando de entresacar alguna palabra de su tertulia que le diese ciertas pistas de quiénes eran y hacia dónde se dirigían. A decir verdad poco pudo oír entre los cánticos de celebración por los futuros esponsales, el rumiar del asado en las bocas de los tramperos o las continuas idas y venidas de Loit con ocurrentes y jocosos comentarios.

—Si Ingvar estuviera con nosotros podría escuchar hasta lo que el posadero está

hablando con ese rabo de lagartija que tiene como ayudante —pensaba Kiril al tiempo que miraba cómo Haakoin regañaba a Loit por haber servido demasiado licor de nueces a los amigos del futuro esposo.

Temía Kiril que aquellos viajeros o cualquier otra persona descubriese quienes eran en realidad y alertasen a los gronings para obtener una jugosa recompensa. Pero su curiosidad por contrastar los datos del mapa que Torilo le entregó en la Guarida del Oso pudieron más que su temor. Pensó que su padre nunca dudó en su afán de buscar a sus hermanos del sexto clan y que jamás vacilaría en una situación como en la que ellos ahora se encontraban. Y como si el tiempo en Mugaburgo hubiera retrocedido miles de lunas atrás, Kiril al igual que Akrog en el pasado, buscaba el rastro perdido de sus hermanos alkos.

—Discúlpenme caballeros —se dirigió Kiril sin presentación alguna a los viajeros mientras los demás nerlingos terminaban el asado—. Me preguntaba si ustedes conocen la región que va desde Mugaburgo hasta el Mar del Este.

—Que un rayo me parta si no he cruzado más de cien veces la Cordillera Iugur-András, haya vadeado el Río Morkurgul y me haya bañado en las azules aguas del Mar del Este —dijo el que parecía ser el más viejo de todos ellos.

Kiril se sintió sorprendido al tiempo que fascinado por aquella afirmación.

—Govilet, la presunción fue siempre tu mayor defecto. Semanas tardaste en ascender la Iugur-András, en barca sólo te atreviste a cruzar el traicionero Morkurgul, y apenas si remojaste tus malolientes pies en las frías aguas del Mar del Este —y los tres compañeros rieron—. Mi nombre es Zakotet, éste es Morik, aquél es Codrat y al fanfarrón de Govilet ya lo conoces —finalizó.

—Me es grato conocerles. Mi nombre es Kiril y estos que me acompañan son los amigos junto a los que viajo por las tierras de Jactinia —dijo señalando a Maikel, Oyvind, Thelmor y Tortion quienes estaban más preocupados en dar las últimas dentelladas al asado de cordero que en prestar atención a la conversación que Kiril mantenía con los otros comensales—. Somos viajeros de las Tierras Frías que como ya les he dicho recorreremos la región. Por su aspecto apostarí a que ustedes también viajan por estas tierras. ¿De dónde vienen? —preguntó el nerlingo.

—Nosotros venimos de todas y de ninguna parte, somos hijos de Tierra Conocida —sentenció Govilet—. Respondiendo nuevamente a tu primera pregunta —continuó—, por supuesto que conocemos la región, pues varios de nuestros viajes nos llevaron a los puertos del Mar del Este. Aquél es ahora un buen lugar al que dirigirse, sea para comerciar o no, pues tormentosos son los tiempos que corren en Jactinia. Las bestias del norte han despertado y una vez que han abandonado su guarida no pararán hasta conquistar toda Tierra Conocida.

—¿Qué asuntos les llevan a usted y sus acompañantes hacia el Este, comercio quizás? —preguntó Zakotet.

—¿O es que acaso huís de alguien? —dijo riendo Codrat.

—No... —comenzó respondiendo titubeante Kiril sonrojándose por la pregunta

—, por supuesto que no. Viajamos para comerciar con pieles e incluso establecernos durante cierto tiempo en aquellas tierras. A nuestros oídos han llegado noticias que afirman que aquélla es una región que a pesar de contar con pocos y dispersos habitantes es próspera, tranquila, y navega por los mares de la paz, mientras que Jactinia es agitada por turbulentas aguas.

—Sabias palabras, joven viajero —respondió Zakotet—. Veo que usted y sus amigos se encuentran en la misma situación que nosotros, buscando fortuna en una tierra alejada de las convulsiones que el corazón de Tierra Conocida sufre actualmente.

—¿En verdad se dirigen igualmente hacia el Este? —preguntó Kiril.

—Así es —respondió Govilet—. Hemos reunido varios cientos de monedas y con los beneficios que obtuvimos en los trueques con los tramperos al sur de Bortiburgo, disponemos de oro suficiente como para poder comprar unas tierras en el sudeste de la región y establecernos allí con algún negocio de maderería o quizá algo relacionado con la pesca.

—Y encontrar unas bellas y fuertes mujeres con las que desposarnos —dijo Zakotet—, excepto tú claro, pues más vieja que la lluvia debería ser la mujer que quisiera desposarse contigo —dijo refiriéndose a Govilet mientras éste le clavaba su mirada asesina.

Para entonces Oyvind, Maikel, Thelmor y Tortion ya habían terminado de cenar y degustaban a pequeños sorbos el típico licor de nueces que el mismo Haakoin destilaba y del que Loit les había contado todo tipo de excelencias. Tortion comenzaba a sentirse inquieto, pues sentado en el extremo opuesto a donde Kiril se encontraba, no lograba oír ni entender nada de la conversación que el lacrag nerlingo mantenía con los viajeros. Oyvind, sagaz como siempre, ya se había percatado de este extremo, lo que hizo crecer aún más en él la desconfianza que sentía por el bunko. No queriendo levantar sospechas entre sus compañeros, Tortion desistió en su empeño de entrar en aquella conversación y decidió aguardar a que Kiril les relatase lo que había hablado con los cuatro viajeros.

—Sería una magnífica idea si pudiéramos viajar juntos hasta cruzar más allá del Río Morkurgul —continuó Govilet—. Nos protegeríamos mutuamente y viajaríamos más tranquilos nosotros y nuestro oro, así como ustedes y sus pertenencias. Parecen buena gente, muy diferente a esos bandidos que rondan por la Cordillera Iugur-András.

—Comparto plenamente sus pensamientos —añadió Kiril dando conformidad a la propuesta de Govilet—. Mañana con el alba saldremos de Mugaburgo en dirección al Mar del Este. Nuestro destino final se halla próximo a la desembocadura del Río Taquakland.

—Quizás nosotros nos instalemos más al sur —dijo Zakotet.

—No obstante me gustaría confirmar algunos de los puntos de la ruta que tomaremos —y Kiril continuó conversando con los viajeros, cotejándola con la que

años atrás su padre plasmó en el viejo mapa que Torilo le entregó. Confirmó que, a pesar de ser el camino más corto, no era recomendable cruzar Bosque Salvaje, un lugar envuelto por un halo de maldad, brujería y leyendas de terribles bestias que lo habitaban.

Tras casi una hora de charla en la que Kiril fue tomando confianza con los viajeros, por fin se decidió a presentar a sus compañeros y les explicó lo que habían decidido. Nadie se opuso, ni siquiera Oyvind, más preocupado por la corazonada que le decía que Tortion no era realmente lo que aparentaba ser. Los nerlingos compartieron suficientes tragos de licor de nueces como para trabar una buena amistad con aquellos viajeros. Desde la traición groning su devenir había sido una continua huida llena de dolor, hostigamiento y muerte. Sólo en el gran amigo de Oyvind e Ingvar, Perlivarce, y en su esposa Milia, habían encontrado una valiosa ayuda. Ahora se sentían más seguros y charlaban animadamente, con el bullicioso sonido de fondo de los cánticos del grupo de jóvenes de Mugaburgo. Se habían olvidado por completo de Zornik y sus hombres y de cuán cerca se encontraban de ellos. Kiril se abstrajo por unos momentos de aquella conversación mientras introducía ambas manos entre sus vestiduras. En una tomó el Kolkar alko y en otra el pliego de piel curtida donde su padre Akrog había trazado las líneas maestras de un viaje que finalmente él llevaría a cabo. Los unió simbolizando el reencuentro de los hermanos del clan alko y rezó a Nerlinguia para que ese deseo se cumpliera lo antes posible, antes de que fuera demasiado tarde para Jactinia y Tierra Conocida.

Hacía horas que el sol dormía y sólo los lobos que aullaban al pie de la Iugur-András soportaban el gélido frío del exterior. En el comedor de La Luna Blanca únicamente los nerlingos y sus nuevos compañeros de viaje apuraban los últimos sorbos del licor de nueces. El cocinero ya descansaba en su cabaña y Haakoin les miraba con acritud tratando de apresurarles, mientras el pobre Loit después de cabecear en innumerables ocasiones, dormía apoyado sobre una de las mesas de la cocina.

—Creo que el posadero desea ir a dormir —sugirió Maikel.

—En efecto, su gesto adusto nos invita a dirigirnos a nuestros austeros aposentos —añadió Zakotet.

Los nueve hombres se levantaron dirigiéndose escaleras arriba a sus habitaciones. Mientras Haakoin recogía los vasos de la mesa y con una vieja escoba barría el suelo del comedor, Loit seguía soñando con un gran palacio y cientos de sirvientes que satisfacían con diligencia sus múltiples y variados deseos.

Kiril convino con Govilet en dejar Mugaburgo con los primeros albores del día, para dirigirse con premura hacia la Cordillera Iugur-András, y cruzarla por una zona de cuevas que los cuatro viajeros conocían. Por esa ruta acortarían su trayecto en más de cinco días y podrían descender velozmente por el caudaloso Río Morkurgul hacia su desembocadura en el Mar del Este. Se despidieron cordialmente hasta la mañana

siguiente y cada uno ocupó sus habitaciones.

Kiril, Maikel y Oyvind se acomodaron como pudieron en una de ellas, y Tortion y Thelmor, quien había trabado amistad con el bunko, ocuparon la otra. A un lado de la habitación colocaron sus enseres, armas, provisiones y ropas de abrigo. Kiril tuvo que dormir encima de un viejo jergón que Haakoin generosamente les había alquilado. Como no tenían más que dos mantas para Oyvind y Maikel, se arropó con su propio abrigo y otro de su corpulento amigo. A pesar de la incomodidad de su improvisado lecho, ayudado por el cansancio y el somnífero licor de nueces, cayó rápidamente dormido al igual que sus compañeros en brazos de agitadas ensoñaciones.

Haakoin había recogido y limpiado el comedor, y no habiéndose percatado de la presencia de su joven ayudante, quien dormitaba en la cocina, supuso que se encontraba ya descansando en su habitación, hecho éste que provocó un malhumorado comentario acerca de su escasa predisposición al trabajo. Dos o tres horas más tarde el joven Loit despertó de sus dulces sueños. Aún somnoliento abrió sus ojos con dificultad. Se levantó de aquel banco de madera y se dirigió a su habitación. Pero pensó que antes de retomar los agradables sueños que había abandonado momentáneamente, no estaría de más comprobar como se encontraban los caballos de los huéspedes que esa noche pernoctaban en La Luna Blanca.

—Así el señor Haakoin se percatará de cuán responsable soy y aumentará mi salario en varias monedas —pensó el infeliz joven.

Abrió con cuidado la puerta de la posada, aunque no pudo evitar el molesto crujido de sus estropeados goznes. El suave pero helador viento consiguió desperezarle completamente y ahuyentar de su cabeza los sueños más recientes. Aceleró el paso y alcanzó en un abrir y cerrar de ojos el establo. En él descansaban plácidamente los corceles apretados unos contra otros, combatiendo las bajas temperaturas como mejor podían. Loit rellenó algunos de los cubos de agua y volvió hacia la posada. Agachaba la cabeza al caminar y rodeaba el cuerpo con sus pequeños brazos aterido por el frío. Alzó la mirada cuando restaban unos pocos metros para llegar a la entrada de la posada. Cual fue su sorpresa cuando a lo lejos divisó cientos de puntos de luz que se aproximaban a Mugaburgo por el portón del oeste.

Frotó sus incrédulos ojos y volvió a mirar en aquella dirección. En efecto, estaba despierto y no soñaba, pues el fuego de las antorchas que cabalgaban sobre veloces caballos estaban a punto de alcanzar el burgo.

Loit corrió calle abajo para observar más de cerca lo que ocurría, amparándose entre las sombras de las cabañas y la oscuridad de la noche. Cuando el miedo le impidió avanzar más, se ocultó en uno de los callejones de Mugaburgo y contempló asustado aquel río de fuego.

Se trataba del ejército groning, una de sus avanzadillas, muy probablemente la encabezada por el capitán Biorkelen, encargado de dar caza a los nerlingos. El

golpeteo de los cascos sobre las nevadas praderas de Jactinia rompió el silencio de la noche. Un repentino sudor frío recorrió la espalda de Loit, quien sin saber muy bien porqué, presentía que los buenos tiempos habían tocado a su fin. Los soldados gronings habían cabalgado sin descanso desde que Kiril y los nerlingos llegaron a Bortiburgo, recuperando el día de ventaja que éstos les tomaron en la huida a través de las Montañas Artankal.

Ahora apenas un kilómetro de distancia les separaba de ellos. Loit paralizado hasta entonces, recobró su lucidez habitual y decidió huir a La Luna Blanca, meterse bajo su camastro y permanecer oculto hasta que toda aquella pesadilla terminase. Pero cuando se disponía a abandonar su escondite tras las cabañas, una mano le tapó la boca al tiempo que un brazo le sujetaba por el pecho.

—Sssshhh, no grites joven Loit —susurró una voz.

Loit quedó petrificado y no opuso resistencia alguna.

—Ahora te soltaré, pero no grites. Soy Esmut, el comerciante —habló nuevamente la voz.

Loit por fin respiró tranquilo y su corazón recuperó su habitual palpar.

—Me has asustado —susurró Loit—. ¿Por qué razón me has abordado de esa manera? —preguntó algo enfadado el joven.

—No quería que los gronings nos descubriesen —respondió también en voz baja Esmut—. Debemos ganar tiempo. Cuando los gronings entren en Mugaburgo deberán hablar con la máxima autoridad de la ciudad.

—¿Ganar tiempo? ¿Máxima autoridad? ¿Qué es todo esto? —preguntaba estupefacto Loit.

—Tus huéspedes, los gronings los buscan a ellos —respondió apresuradamente Esmut viendo que los jinetes casi llegaban ya al portón del oeste—. Buscan a los nerlingos que huyeron con vida del ataque a Lothikaton.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Loit—. En La Luna Blanca no hay hospedado ningún nerlingo.

—Haz memoria, Loit —le insistía Esmut—. ¿No llegaron cinco viajeros a la posada de Haakoin al anochecer buscando hospedaje? —preguntó preocupado.

—Ahora que lo mencionáis, es cierto, cinco viajeros de las Tierras Frías... ¡Maldición! Consiguieron engañarme... —refunfuñó el joven.

—Apresúrate, Loit —dijo un cada vez más nervioso Esmut—, no hay tiempo que perder. Ve a la posada y despierta a los nerlingos. Condúceles a la salida este del burgo. Deben huir antes que los gronings den con ellos. Son la única esperanza de su pueblo... y quien sabe si también del nuestro.

Loit quedó aturdido por unos instantes, pero rápidamente reaccionó y, sin despedirse del viejo Esmut, corrió hacia la posada por una de las calles paralelas al gran pasillo central de la ciudad. También Esmut desapareció entre las sombras de los estrechos callejones y se ocultó en su cabaña. Por el portón del oeste las hordas gronings entraban en Mugaburgo envueltas en una nube de humo y fuego.

—*Pum, pum, pum* —tres golpes secos resonaron en la cabeza de Kiril.

—*Pum, pum, pum* —de nuevo tres golpes de nudillos contra la puerta.

—¿Quién sois?, ¿qué queréis? —preguntó un adormecido Kiril.

—Señor Kiril, abra la puerta por favor. Se trata de un asunto de vida o muerte —contestó Loit con voz temblorosa.

Kiril se incorporó y echó mano a su espada. Entreabrió la puerta de la habitación y comprobó que el joven ayudante del posadero estaba solo.

—¿Qué es eso tan grave que debes contarme? —preguntó todavía algo aturdido Kiril.

—Me envía Esmut, el comerciante al que adquiristeis esas provisiones —habló entrecortadamente Loit—. El ejército groning está entrando en Mugaburgo. Ustedes deben huir. “Ayuda a escapar a los nerlingos”, me dijo Esmut —finalizó el joven.

Kiril no salía de su asombro.

—¡Rápido, deben huir ahora mismo! Yo les acompañaré a la salida este —habló ahora Loit con voz más fuerte tratando de que Kiril reaccionase.

Oyvind y Maikel se desperezaban todavía sin alcanzar a comprender lo que pasaba.

—¡Oyvind, Maikel! —gritó Kiril—. Recoged las provisiones y las armas. Avisad a Tortion y Thelmor. ¡Los gronings están en la ciudad!

Los dos jóvenes nerlingos no podían creer lo que estaban oyendo.

Sin perder más tiempo, Oyvind recogió todos los enseres a la vez que Maikel despertaba a Tortion y Thelmor.

—¿Por dónde podremos escapar? —preguntó Kiril a Loit.

—Saldremos por la puerta que da a la calle paralela a la principal. Correremos por ella sin ser vistos; apenas unos viejos candiles iluminan alguno de sus tramos. Si alcanzamos el portón del este sin que nos descubran, podréis abandonar el burgo y pasarán unas horas hasta que encuentren vuestro rastro. Tendrán que registrarlo todo y eso les llevará un tiempo.

Thelmor y Tortion volvieron con Maikel a la habitación en la que Loit explicaba a Kiril los pormenores de su huida.

—Ya están todos, así que no nos demoremos más —dijo Loit—. Bajemos al establo a recoger los caballos.

—Corred. Seguid a Loit y preparar también el mío —dijo Kiril—. Debo avisar a Zakotet, Govilet, Codrat y Morik. Me comprometí a viajar con ellos y no faltaré a mi palabra.

—Olvídate de ellos, Kiril —dijo Maikel—. Debemos huir de los gronings, además no harías más que comprometer su seguridad.

—Al menos les daré la oportunidad de elegir. Y ahora haced lo que os he dicho. Me reuniré con vosotros en unos minutos —y Kiril abandonó la estancia y bajó al piso inmediatamente inferior donde los cuatro viajeros que había conocido durante la

cena dormían ahora.

Loit bajaba los escalones dando brincos como un saltamontes mientras los nerlingos le seguían con dificultad. En un abrir y cerrar de ojos bajaron al comedor, desde donde se oían con claridad los ronquidos que salían de la habitación en la cual Haakoin descansaba. Por segunda vez en esa misma noche, abrió la chirriante puerta de la posada marcando el camino a sus huéspedes. Corrieron al establo a ensillar los caballos. Pronto los nerlingos comprendieron que las palabras de Loit no eran falsas, pues observaron como cientos de antorchas se movían en el otro extremo del burgo.

Cargaron sus pertenencias a lomos de los animales, los ensillaron y soltaron las bridas que les amarraban a los maderos. Con inquietud y una creciente impaciencia esperaron la llegada de su Rey. Kiril trataba de convencer a los cuatro viajeros para que les acompañasen en su huida. El temor a los gronings y a que su oro fuera decomisado terminaron por convencerles a acompañar a los jóvenes nerlingos.

—Has tardado mucho —le reprochó Maikel a Kiril cuando apareció junto con los cuatro viajeros.

—No es momento de discusiones —dijo Loit con sensatez—. Seguidme. Nos dirigiremos al portón del este por las callejuelas traseras.

—Es inútil que huyamos. Encontrarán rápidamente nuestra pista. Las huellas de los caballos y nuestras pisadas sobre la nieve nos delatarán inequívocamente —dijo Tortion tratando una vez más de retrasar la huida del grupo.

—No os preocupéis. Yo me encargo de eso —y tomando por las riendas a ocho caballos de los huéspedes que pernoctaban en La Luna Blanca, Loit corrió a través de los oscuros vericuetos formados por las líneas secundarias de cabañas hacia la salida este de Mugaburgo. El joven tenía una especial afinidad con los equinos y éstos no relincharon en todo el trayecto, pareciendo entender que el paseo que daban por el burgo debía permanecer en secreto.

—Allí está el portón del este —dijo Loit indicando con su dedo índice la enorme entrada que permanecía abierta e iluminada por candiles y antorchas.

La ciudad dormía y nadie se había percatado aún de su presencia, aunque su plácido reposo estaba siendo interrumpido bruscamente por la irrupción del ejército groning.

—Aquí se separan nuestros caminos —continuó Loit—. Seguid la senda principal durante varios kilómetros, y a la altura de un gran robledal apartaros de ella y continuar en dirección norte.

—A partir de allí os conduciremos hacia las cuevas escondidas de la Cordillera Iugur-András —dijo Zakotet.

—Tomad estas esteras —dijo Loit—. Colgadlas de los caballos que cierran el grupo mientras cabalguéis por el camino. Una vez toméis rumbo hacia el norte, deshaceros de ellas. Esto hará que vuestras huellas apenas sean reconocibles al más

experto rastreador.

—Hasta siempre Loit —se despidió Kiril estrechándole la mano—. Espero que algún día nos vuelvas a servir una apetitosa cena y brindemos con ese exquisito licor de nueces. Gracias por todo.

—Y saluda al buen Esmut de nuestra parte —dijo Oyvind.

—Cuídate de los gronings. Si te relacionan con nosotros lo pasarás mal —sentenció Thelmor—. Vuelve con presteza a La Luna Blanca y ocúltate en tu habitación.

—Basta de palabrería —habló Loit con una inusual firmeza para su juventud—. Si no abandonáis ahora mismo Mugaburgo la cena de esta noche será la última que saboreéis en vuestras vidas. Id, que los dioses os acompañen y los vientos de Jactinia os guíen en vuestra huida.

El rumor de los soldados gronings comenzaba a escucharse en aquel extremo de la ciudad. Las cercanas pisadas y los destellos de las antorchas obligaron a los nerlingos a abandonar precipitadamente Mugaburgo en compañía de sus cuatro nuevos compañeros de viaje. Zakotet, Maikel y Codrat se colocaron a cola del grupo colgando de sus caballos, como Loit les había indicado, las esterillas de mimbre que golpeteaban y rozaban el nevado suelo con el galope de sus corceles, borrando así las huellas delatoras. Loit se quedó contemplando a los prófugos en el portón del este junto a los ocho caballos hasta que desaparecieron ante sus ojos, una vez que la luz de las antorchas no alcanzó a perfilar sus figuras. Un par de lágrimas brotaron de sus ojos, aunque rápidamente quedaron heladas en sus mejillas. Se despidió por última vez de aquellos nobles jóvenes y volvió cabizbajo pero satisfecho al mismo tiempo hacia la posada.

—¿Quién anda ahí? ¡Alto! —gritó amenazadoramente un soldado groning que levantaba una antorcha con su brazo.

Nadie contestó.

—¿Quién va? ¡Muéstrate a la luz! —gritó nuevamente el soldado acompañado ya por una pequeña patrulla que había acudido al oír sus gritos.

Nuevamente se hizo el silencio, aunque enseguida se perfiló en la oscuridad una silueta, que fue convirtiéndose en una figura hasta aparecer ante sus ojos como una forma humana. Era Loit, al cual le seguían tranquila y silenciosamente los caballos que tomó prestados del establo.

—¿De quién es esa voz que perturba mi paseo nocturno? —respondió osadamente Loit con una pregunta.

—¡Maldito mequetrefe! Muestra más respeto al emblema que regirá tu destino —respondió malhumorado el groning—. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Soy Loit, ayudante del señor Haakoin, posadero de La Luna Blanca, quien me crió, dio trabajo y cuidó desde que murieron mis padres años atrás —contestó

pausadamente con inusitado aplomo—. El paseo nocturno por Mugaburgo obedece a que estos caballos se sentían sumamente intranquilos en el establo —continuó—, muy probablemente presintiendo mucho antes que cualquiera de los habitantes de este burgo su inmediata llegada, por lo que para tranquilizarlos decidí darles un pequeño paseo hasta el portón del este —finalizó.

Los soldados gronings permanecieron durante unos segundos boquiabiertos por la desenvoltura del joven. Volvieron a tratar de sonsacarle cualquier información que les fuese útil en la búsqueda del grupo de Kiril.

—Si lo que dices es cierto... —dijo el soldado.

—... y lo es —añadió Loit sin dejarle continuar.

—Mozalbete, ten cuidado y no juegues conmigo. Responderás solamente cuando yo te pregunte —dijo enfadado el soldado—. En tu paseo por la ciudad —continuó—, ¿te has cruzado con alguien? ¿Has visto alguna persona de conducta extraña que tratase de abandonar Mugaburgo?

—No señor. Sólo el aullido de los lobos en la lejanía rompían el reposo de la noche. Nadie en su sano juicio abandonaría el calor de una buena chimenea para compartir la noche con el frío y la nieve —contestó Loit.

—Durante las últimas lunas, ¿has advertido en el burgo o en la posada en la que trabajas gente sospechosa, viajeros que huían hacia el este? —inquirió nuevamente el groning.

—No que yo recuerde —respondió Loit—. Como usted comprenderá, en un burgo fronterizo como éste, el trasiego de viajeros y mercaderes es grande, y muchas son las personas que vienen y van. Por lo que yo puedo contarle respecto a los huéspedes de La Luna Blanca —continuaba sin titubear Loit—, son gente respetable, que solamente buscan hacer negocios y ganar algunas monedas de oro.

El discurso de Loit pareció convencer por el momento a los soldados gronings. Viendo que se trataba de un inofensivo muchacho, dos de los soldados abandonaron el grupo y siguieron rastreando las calles en busca de los nerlingos.

—Está bien, muchacho. Por tu bien espero que hayas dicho la verdad —dijo el soldado clavando sus ojos sobre los de Loit—, pues si me has mentado, yo mismo te buscaré y dejaré que los wolkurs te despellejen. Ahora corre y vuelve a tu posada.

—Sí, señor —respondió ahora nerviosamente Loit—. Así lo haré. Le deseo suerte en su búsqueda —y despidiéndose corrió presuroso hacia La Luna Blanca.

El burgo había sido ya prácticamente tomado por el ejército groning. Cientos de hombres caminaban apresuradamente por las calles y callejuelas, otros custodiaban los portones del este y del oeste, mientras que el capitán Biorkelen y sus oficiales buscaban al Senescal, como Esmut había predicho, para que rindiese Mugaburgo a las tropas gronings. Loit acomodó nuevamente a los caballos en el establo y corrió al interior de la posada. Despertó a Haakoin y le relató todo lo ocurrido, desde su

encuentro con Esmut, pasando por la huida de los nerlingos y finalizando con la llegada de los gronings y su charla con uno de los soldados.

Haakoin se lamentó por la pérdida del dinero que le dejaron a deber los nerlingos, pero enseguida se olvidó de él, ya que las circunstancias que envolvían a Mugaburgo eran más graves que dos míseras monedas de oro. Posadero y ayudante se confabularon para no contar, en caso de ser interrogados, la estancia en la posada de los nerlingos y sus acompañantes. El miedo a ser deportados a las minas del norte y la simpatía por la causa nerlinga sellaron sus bocas, borrando cualquier recuerdo de su mente. La noche se había partido y los largos brazos del odio habían alcanzado los límites de Jactinia, casi tocando de soslayo con las yemas de sus huesudos y fríos dedos las espaldas de los supervivientes nerlingos.

Por las Cuevas Escondidas

El grupo de fugitivos cabalgó más de tres kilómetros hasta alcanzar el robledal que Loit les había descrito. Sin dudarlo se internaron en él, remontando el camino hacia el norte. Tras recorrer otro largo trecho, se detuvieron frente a una extensa comunidad de helechos, entre los cuales ocultaron las esterillas que les habían servido de improvisadas barredoras de nieve. Todavía tuvo tiempo Tortion de desprenderse de la última talla de madera que conservaba desde aquella terrible noche en las praderas que lindaban con el Bosque de Alkos.

Con muchas dificultades continuaron la marcha entre aquella gélida oscuridad que les envolvía. La perfección del infinito manto blanco que cubría las tierras orientales de Jactinia, impedía que pudieran adivinar sin la luz de la estrella del día el relieve del cada vez más pedregoso suelo. Varias veces los caballos tropezaron haciendo trastabillar a sus jinetes. Sin embargo se resistían a encender una antorcha que les mostrase el camino de manera diáfana, pues el ejército groning aún permanecía lo suficientemente cerca como para descubrirlos. El grupo continuaba en silencio y avanzaba tan rápidamente como la escasa visibilidad se lo permitía.

En el burgo, las tropas gronings al mando del capitán Biorkelen registraban una a una las cabañas en busca de los nerlingos. Mugaburgo estaba completamente tomado y nadie podía escapar del burgo.

Dos grupos de veinte soldados custodiaban los gigantescos portones del este y del oeste, y otras tantas decenas se disgregaban a lo largo de las empalizadas. Numerosas patrullas de soldados eran las encargadas de registrar los comercios, cabañas y establos. Mientras tanto, Biorkelen negociaba la rendición incondicional de la ciudad a su ejército, a cambio de respetar la vida de sus habitantes, siempre y cuando colaborasen con sus propósitos.

Finalmente el Senescal de Mugaburgo tuvo que claudicar al igual que días atrás lo había hecho el de Bortiburgo, pues en ambas ciudades solamente habitaban comerciantes, granjeros o ganaderos, pero no soldados. Desde los Días Antiguos, en los cuales los bortigos fueron una poderosa nación, ningún ejército tuvo que defender de amenazas exteriores aquellas verdes tierras.

Todos los posaderos fueron prendidos e interrogados por los gronings, también Haakoin y su ayudante Loit. Negaron haber hospedado a ningún nerlingo en La Luna Blanca, aunque dijeron no recordar con exactitud si pudieron haber cenado en su posada, ya que esa noche el comedor estaba abarrotado.

A decir verdad que posadero y ayudante fueron afortunados, ya que ninguno de los huéspedes con los que los gronings trataron de corroborar la información recordaba a los nerlingos. Mucho menos los jóvenes que festejaban los futuros esponsales, cuya mente se hallaba ahora completamente nublada por los efluvios del licor de nueces.

Cuando el nuevo día despuntaba, Haakoin y Loit fueron liberados por los

gronings sin cargo alguno, pero con una severa advertencia en forma de afilada hacha sobre sus cabezas en caso de que descubriesen que habían ayudado a los fugitivos. Presos de un sudor frío que les recorría la espalda, ambos acariciaron sus intactos cuellos mientras se dirigían a La Luna Blanca para tomar una taza de caliente caldo de jabalí que reconfortase sus atemorizados cuerpos.

No tardaron mucho tiempo los gronings en percatarse que los nerlingos no se hallaban ya en la ciudad fronteriza. Tenían la certeza que habían estado allí, ya que en la entrada al burgo encontraron una de las tallas de madera que, a posta, Tortion había abandonado.

Rápidamente Biorkelen ordenó formar un pequeño destacamento de treinta hombres que, bajo su mando, salió a veloz galope por el portón del este en persecución de los nerlingos. El resto de soldados permaneció custodiando la ciudad, la última conquista del ejército de Zornik, que junto con Lothikaton, los cinco burgos nerlingos, la ciudad de los bortigos, los tres burgos skelingos (Skiroburgo, Skoroburgo y Skeldonburgo), le habían convertido en el nuevo señor de Jactinia. Sin olvidar la ocupación de Ballinburgo, Iguroburgo y Maraburgo, ciudades asentadas en las tierras colindantes a Jactinia y habitadas por los lupenos, que acercaban los dominios del Rey groning a pocos kilómetros de la Barrera de Dunas.

Los primeros rayos del sol iluminaron en la lejanía las angulosas cumbres de la Iugur-András como luces deladoras de Kiril y sus acompañantes. La claridad del día también ayudó a los fugitivos a orientarse entre los árboles y arbustos que jalonaban aquellas tierras al pie de la cordillera. En aquel momento Govilet, Zakotet, Morik y Codrat mostraron el camino a seguir al grupo con inusitada facilidad, pues pareciesen conocer de memoria cada requiebro, arbusto u hondonada del terreno, conduciendo velozmente al grupo hacia los primeros picos de la Iugur-András. Tras ellos Kiril, Maikel, Oyvind, Thelmor y Tortion trataban de no quedarse descolgados.

Tras casi una hora de veloz cabalgar, el grupo se detuvo a escasos kilómetros del límite de las llanuras orientales, donde las majestuosas montañas brotaban cuales frondosos robles.

—Éstos son los lindes de las tierras de Jactinia —dijo Govilet—. Contemplarlas y recordarlas, pues ya nada será igual en ellas a como lo fue hasta ahora.

—Recemos para que el terror del norte no cruce esta barrera y arrase las tierras que llevan hasta el Mar del Este —sentenció Zakotet.

Los nerlingos perdieron su mirada en el horizonte, incluso el clarividente Oyvind, quien no hacía sino pensar en que a cada nuevo paso que daba, se alejaba más y más de su hermano Ingvar. Los jóvenes alkos sintieron estremecer sus cuerpos al recorrer varias lágrimas furtivas sus ateridas mejillas. Fueron los relinchos del caballo

espooleado por Govilet los que rompieron esos instantes de tristeza y melancolía.

—¡Vamos, no tenemos todo el día para llorar a Jactinia! —gritó Govilet—. Los gronings no descansarán si como decís nos buscan con tanto ahínco. ¡Seguidme! Cruzaremos las montañas por las Cuevas Escondidas —y el viajero salió disparado como una flecha dispuesto a recorrer los últimos metros que los separaban de las majestuosas montañas.

El inicio del ascenso a la cordillera era tremendamente empinado. Los nerlingos se preguntaban como aquellos árboles que poblaban la parte baja de la Iugur-András podían permanecer firmemente enraizados a la montaña. Los caballos avanzaban con suma dificultad y debían realizar amplios zigzagueos a lo largo del terreno para trepar unos escasos metros de altitud. Al amparo de aquellos árboles que formaban un pequeño bosque, los nerlingos y sus acompañantes viajaban ahora más seguros.

Más de una hora les llevó el poder hollar la primera gran dificultad que se les había presentado. Se encontraban ahora en una pequeña altiplanicie cubierta de una dura y áspera hierba que, a modo de promontorio, les regalaba unas privilegiadas vistas de la zona oriental de la región. Se detuvieron allí unos instantes para que sus caballos recuperasen el aliento. Aprovecharon para comer un puñado de frutos secos y beber un sorbo de la fría agua que transportaban en los odres. Desde una posición más resguardada, contemplaron las bellas vistas que les ofrecía aquel hermoso mirador.

—Siento haber vivido este momento lunas atrás —susurró Oyvind al oído de Kiril evitando que los viajeros les escuchasen.

—Estás en lo cierto, Oyvind —respondió también en voz baja Kiril—. Los primeros pasos de nuestra huida por las Montañas Artankal.

—Sólo falta la providencial niebla que entonces nos salvó —añadió Oyvind.

—¡Mirad! ¡Allá a lo lejos, a unos cinco kilómetros al pie de las montañas! —gritó súbitamente Govilet.

—¡Los gronings! —gritó también Maikel.

Los fugitivos miraron en la dirección que indicaba con su brazo extendido el hijo de Torilo.

—Calculo que los aventajaremos en una hora, quizá algo más —dijo Zakotet—. Dependerá de cuán hábiles sean para sortear las pronunciadas pendientes que hemos dejado atrás.

—Pongámonos inmediatamente en marcha —dijo Kiril—. Todo el tiempo que conservemos de ventaja será más valioso que un río de oro.

—A partir de ahora, cabalgaremos en columna de a uno —sugirió Morik.

—Pisad por donde nosotros lo hagamos —añadió Codrat—. El camino se volverá escarpado, y la verde hierba tornará al gris de las rocas. Esta ruta es frecuentada por bandidos, y hay más de una trampa repartida por el camino.

Los nerlingos asintieron y dejaron que los cuatro viajeros indicasen con cautela el camino. Govilet era el encargado de hacerlo, ya que según alardeaba, era quien más veces de los cuatro viajeros había cruzado la Cordillera Iugur-András a través de las Cuevas Escondidas.

Como Codrat les había adelantado, a medida que abandonaron el altiplano y prosiguieron con la ascensión, la vegetación fue paulatinamente desapareciendo, hasta que los últimos brotes de aquella áspera hierba curtida por el ingrato clima que reinaba en los riscos de las montañas, se ocultaron bajo un interminable mar de rocas. Los caballos apenas si podían avanzar ya en aquel terreno, por lo que tuvieron que descabalgarlos y tirar de ellos a través de las escarpadas pendientes.

Thelmor, quien marchaba en la última posición del grupo, tomó de uno de los zurrones que cargaba su exhausto corcel el catalejo que Perlivarce le había regalado. Se detuvo durante unos instantes para observar a que distancia marchaban los soldados gronings. La primera impresión que tuvo al acercarse el catalejo a su ojo derecho fue que toda Tierra Conocida se abalanzaba sobre él, y poco faltó para que cayera despeñado montaña abajo asustado por la visión. Nuevamente se colocó el catalejo y progresivamente fue abriendo sus párpados hasta que consiguió fijar su mirada en la imagen ampliada que sus ojos veían. Se sintió grande y poderoso, pues todo se hallaba a su alcance. Instintivamente, alargó su brazo con la intención de tocar las praderas que separaban la Iugur-András de Mugaburgo. Pero rápidamente recobró la lucidez cuando constató como el destacamento groning había iniciado con presteza el ascenso hacia el altiplano.

—¡Amigos! —gritó dirigiéndose al grupo—. Los gronings se acercan cada vez más. No tardarán mucho en llegar al primer promontorio.

—¿Resta mucho camino hasta las cuevas? —preguntó Kiril a sus nuevos acompañantes.

—No te preocupes, mi querido amigo —dijo sonriente Govilet—. Tras esta abertura en la montaña que se muestra ante nosotros están los primeros pasadizos. Una vez en ellos ni los mejores rastreadores del ejército de Zornik podrían dar con nosotros.

—No estaría tan seguro de eso —respondió desconfiado Maikel mientras se acariciaba la mordedura del wolkur.

—Basta de conversación —les interrumpió Zakotet—. Si continuamos aquí parados seremos presa fácil para los gronings. Tiempo habrá de charlar cuando descansemos en el interior de las cuevas.

Govilet continuó la lenta escalada sorteando con prudencia los obstáculos que la ascensión presentaba. Con muchas dificultades se fueron acercando a una gran abertura que parecía dividir en dos aquel gran risco de la cordillera.

—Un pequeño esfuerzo y estaremos a salvo —dijo jadeando Zakotet.

—Sólo nos separan de la entrada unos cientos de metros —añadió Govilet—. No desfallezcáis ahora.

Con renovadas fuerzas el grupo atacó los últimos metros de ascensión a las cuevas, que no a la cima de las montañas, de las que les separaban más del doble del camino que hasta ahora habían ascendido. Tortion, que trepaba delante de Thelmor, miraba continuamente con intranquilidad hacia adelante y hacia atrás, angustiado porque el destacamento que les perseguía no lograba darles alcance.

Justo en el mismo instante en que Govilet se volvió hacia el grupo agitando los brazos, señalándoles el acceso de entrada a las Cuevas Escondidas, un estremecedor aullido resonó en toda la montaña.

—¡Wolkurs! —gritó atemorizado Maikel.

—Maldición, tarde o temprano darán con nuestra pista —farfulló Oyvind.

—No temáis —respondió Govilet—. Varios son los túneles que dan acceso al corazón de la montaña, pero sólo algunos la cruzan de un extremo a otro. Dejaremos pistas falsas que los conduzcan a los pasadizos equivocados y una vez en ellos será imposible que nos encuentren. Tardarán días o incluso semanas en dar con los túneles correctos.

—O morirán de hambre en ellos si se internan demasiado —añadió Morik—. Durante años los bandidos han creado un inmenso laberinto en el interior de la montaña, una auténtica trampa mortal para todo aquel que lo desconozca.

A pesar de que las palabras de los viajeros no les tranquilizaron en demasía, continuaron ascendiendo los últimos metros, tirando de sus caballos hasta llegar al punto donde Govilet les esperaba. Ante ellos se erguía la enorme brecha que parecía dividir en dos la montaña. Bajo la misma, una pequeña extensión de suelo llano hacía las veces de balconada en medio de aquella enorme ola petrificada. Al fondo de la diminuta planicie, varias oquedades de diferentes tamaños anunciaban las entradas a las cuevas que se esparcían a lo largo de toda la Cordillera Iugur-András.

—El acceso que está a la derecha será el que nosotros tomaremos —dijo Zakotet.

—Los otros van a dar a túneles sin salida que se ramifican en innumerables galerías, a través de las cuales vagaríamos por toda la eternidad —dijo bajo una inquietante sonrisa Govilet.

—Dejaré pistas falsas en varios de ellos, y sobre todo en el Túnel del Olvido —rió Codrat.

—¿El Túnel del Olvido? ¿Por qué lo llamáis así? —preguntó Kiril.

—Es un túnel en el que una brisa fresca te arrastra sin poder evitarlo hacia su interior, hasta llegar a una oscura galería en la que nace un enorme pozo sin fondo, donde todo lo que en él cae desaparece para siempre sumido en el silencio del olvido —respondió Govilet—. Ni la misma muerte puede encontrarte en esa profundidad infinita.

—Terrorífico relato —dijo Thelmor.

Hubo unos instantes de absoluto silencio, roto rápidamente por las órdenes de Govilet.

—Codrat, deja los señuelos en los túneles equivocados para que distraigan

durante un tiempo a nuestros perseguidores —dijo—. Nosotros prepararemos unas antorchas para guiarnos en la oscuridad de las cavernas.

Codrat corrió con varios alimentos y algunos jirones que había arrancado de una vieja camisola y se introdujo en varias de las entradas que nunca tomarían. Entretanto Zakotet y Govilet sacaron de las alforjas que cargaban sus caballos, cinco robustas ramas de roble que cubrieron en su parte superior con viejas telas a las que bañaron en aceite. De manera sorprendente para los nerlingos lograron hacer fuego con dos piedras que portaban. Prendieron las improvisadas antorchas y comenzaron a entrar en fila de a uno por el angosto pasillo escondido entre la montaña. No se habían aún internado todos en él cuando Codrat regresó habiendo cumplido las órdenes que le habían sido encomendadas.

Cuando le tocó su turno, Tortion simuló un empujón de su caballo y cayó al suelo golpeándose la mano contra un saliente de afilados cantos.

—¡Maldición!, me he cortado la mano —gritó el bunko.

Morik y Codrat acudieron en su ayuda, pues el resto ya se había internado en el túnel.

—Déjame ver ese corte —dijo Morik tomando la mano herida de Tortion—. Has tenido suerte, no es muy profundo. Solamente sangrará un poco. Codrat, acércame un poco de hidromiel —dijo Morik a su compañero.

Codrat le acercó una botella y untó unas gotas de hidromiel en el extremo de un trozo de tela y trató de curar la herida de Tortion.

El bunko se incorporó y, anudando la tela sobre su mano herida, agradeció a los dos viajeros su generosa ayuda.

—Gracias por todo —dijo Tortion—. Sin duda mi caballo se asustó al verse frente a semejante oscuridad. Está acostumbrado a cabalgar en campo abierto, sobre verdes y extensas praderas.

—Si te encuentras bien, entra en el túnel y nosotros te seguiremos —dijo Morik.

—Así lo haré, y espero que mi caballo se tranquilice —dijo Tortion bromeando.

El bunko entró en la cueva y apoyó su ensangrentada mano sobre uno de los laterales del oscuro pasadizo, dejando un inequívoco rastro de sangre.

—La sangre atraerá a los wolkurs como bestias enrabietadas hacia este túnel —pensó para sí Tortion—. Este olor será más fuerte para ellos que el de un puñado de rancios alimentos.

Tras el renegado bunko, Morik y Codrat desaparecieron en las entrañas de la montaña. Si antes fue la niebla o la espesura de Bosque Verde las que les ocultaron a los ojos de sus enemigos, ahora el inmenso mar de piedra sería su escudo protector.

El oscuro pasadizo era estrecho, aunque de altura suficiente como para poder caminar erguidos. El silencio era sepulcral, solamente roto por el eco de sus pisadas o el golpeteo de los cascos de los caballos contra el húmedo y resbaladizo suelo.

Intermitentemente diminutas gotas de agua, producto de las filtraciones a través de la montaña, caían con inusitado estruendo sobre el suelo. La temperatura era fría aunque no tan gélida como en el exterior. El aire era fresco y húmedo, agradable de respirar, ni viciado ni estancado, lo que realmente corroboraba la existencia de una salida al exterior por el otro extremo del túnel. Las antorchas ardían con bravura, lo que tranquilizó a los nerlingos.

Govilet mostraba el camino al igual que durante la ascensión, siempre flanqueado por Zakotet. A continuación, Kiril, Oyvind, Maikel, Thelmor y Tortion les seguían. Tras ellos, Codrat y Morik completaban la hilera. Apenas ahora los ojos de Oyvind podían divisar en aquella negra penumbra más allá de cuatro pasos por delante de las antorchas. Los caballos ya se habían tranquilizado, asustados en un principio por penetrar en aquellas oscuras y estrechas galerías en las que se sentían indefensos.

—¿Estáis completamente seguros que los caballos podrán recorrer todo el pasadizo? —preguntó Kiril.

—Sin ningún problema —respondió Zakotet a la pregunta del lacrag nerlingo mientras iluminaba el interminable túnel—. Ésta es la parte más estrecha. Después el túnel se ensancha dando paso a unas enormes galerías en el corazón de la montaña. ¿Verdad que estas cuevas son increíbles? —preguntó bromeando.

—Sí —respondió escuetamente Oyvind—. Pero yo me siento como un ciervo rodeado por una manada de lobos.

Tras casi una hora de lento y trabajoso caminar por el angosto pasadizo, el túnel comenzó a ensancharse hasta que se abrió completamente a una enorme caverna interior de altísimo techo rocoso. El grupo se detuvo allí y alzando las antorchas contemplaron maravillados la belleza y majestuosidad de aquella enorme bóveda que parecía haber sido esculpida en tiempos ancestrales por los dioses en el interior de la montaña.

Aquella galería era la confluencia de cuatro túneles que parecían llegados de los cuatro puntos cardinales. A su vez, cada uno de estos pasadizos se dividía en nuevas ramificaciones que convertían a las Cuevas Escondidas en un indescifrable laberinto.

—Nos detendremos aquí por unas horas —dijo Govilet—. Los gronings habrán perdido ya nuestro rastro, por lo que no deberíamos preocuparnos más por ellos. El camino hacia el Mar del Este será un apacible paseo para todos nosotros.

—No haces bien en despreciar a los gronings —dijo Kiril—, pues son grandes e incansables rastreadores.

—Y más aún si les acompañan esas bestias malignas —añadió Maikel.

—Las pistas falsas que Codrat dejó en los otros túneles les harán extraviarse en el corazón de la montaña —respondió Zakotet.

—No obstante, yo abogo por continuar la marcha —dijo Oyvind—. No respiraré tranquilo hasta que hayamos cruzado el Río Morkurgul.

—No te impacientes, mi joven e impetuoso amigo —dijo Govilet tratando de apaciguar al alko—. Haríamos bien en comer y dormir algo; así no tendríamos que

volver a detenernos hasta llegar al otro extremo de la montaña. Y vosotros, Kiril y Maikel, olvidar vuestros miedos a los gronings. Os juro que jamás darán con nosotros. Antes sus huesos tocan el fondo del Túnel del Olvido.

Pese a que la mente de los nerlingos se decantaba por continuar la marcha, sus piernas y sus estómagos les rogaban siguiesen el consejo de Govilet. Viendo que una vez más habían dejado atrás en su huida a los gronings, se plegaron finalmente a los deseos de sus acompañantes, a cambio de que éstos se encargasen de realizar la vigilancia mientras ellos durmiesen. Tomaron sus zurroneos y comieron y bebieron con mesura, pues el viaje hasta las orillas del Mar del Este sería largo y era necesario racionar las provisiones. Mientras saboreaban el sabroso almuerzo, Kiril se acercó a Zakotet y Govilet.

—¿Cuál de los cuatro túneles será el que nos lleve en la dirección correcta? —preguntó el lacrag nerlingo.

—Jóvenes e impacientes —rió Govilet—. Me agrada el ímpetu de la joven sangre nortea.

—No temáis —continuó Zakotet—, nosotros os indicaremos cuál es el camino a seguir. Ahora descansad y disfrutad del breve refrigerio.

Kiril no quedó satisfecho con la respuesta, pero viendo que no lograría nada insistiendo, siguió el consejo de Zakotet y trató de dormir un poco. No obstante, advirtió a sus compañeros que permaneciesen alertas a los movimientos de los vigilantes, pues algo le decía que Zakotet y Govilet no habían sido francos con él.

Aunque durante unos minutos observó como Govilet, Zakotet y Codrat trataban de conciliar el sueño y Morik realizaba la primera guardia, no tardó mucho en comenzar a cabecear y quedar profundamente dormido. En sus sueños rápidamente le acompañaron Maikel, Thelmor y Tortion, mientras Oyvind aún mantenía a duras penas sus azules ojos entreabiertos.

Morik caminaba en círculos por la caverna. Cada dos o tres vueltas se internaba por el túnel que les trajo hasta allí, en búsqueda de algún indicio que delatara la presencia de los gronings. Después volvía sobre sus pasos y se introducía correlativamente en cada uno de los otros túneles que desembocaban en la gran cúpula rocosa. Una vez completaba uno de estos ciclos, miraba de soslayo a los nerlingos para comprobar si estaban dormidos. Cuando Codrat relevó a Morik en las tareas de guardia, Oyvind ya no pudo por más tiempo resistir la llamada del sueño y acompañó a sus amigos en ese placentero viaje.

Un sonido metálico despertó de su letargo a Kiril. Sin apenas poder abrir todavía los ojos, trató de incorporarse, pero algo le oprimió repentinamente el pecho. Haciendo un esfuerzo entreabrió sus párpados y pudo ver cómo aquello que le impedía levantarse no era otra cosa que la espada de Govilet, quien se erguía frente a él con una sonrisa amenazadora en sus labios. Miró hacia el lugar donde sus compañeros

dormían y vio a Maikel y Thelmor atados de pies y manos, mientras ahora hacían lo mismo con Oyvind. Tortion comenzaba a desperezarse con una espada que le apuntaba al pecho.

—¿Pero qué es lo que estáis haciendo? —preguntó confuso Kiril.

—Lo que todo buen bandido de esta parte de la región haría, tomar vuestras pertenencias y huir —dijo riendo irónicamente Govilet.

—No podéis hacer esto, somos la última esperanza para los nerlingos —suplicó angustiado Oyvind.

—No os mataremos, si es eso lo que te preocupa —dijo Zakotet—. Pero creo que ya deberías saber que la esperanza de los nerlingos y los demás pueblos de Jactinia se desvaneció el día en que los gronings destruyeron Lothikaton. Además nosotros sólo queremos conseguir algunas monedas de oro y salvar nuestro pellejo, y para lograr ese objetivo vuestra compañía es demasiado peligrosa.

—Deja de charlar y apresúrate —le dijo Govilet a Zakotet—. Marchémonos cuanto antes de este lugar. Una extraña sensación me recorre todo el cuerpo.

—Seríais unos estúpidos si abandonaseis aquí vuestro tesoro más valioso —dijo Tortion cuando Codrat y Morik comenzaban a maniatarlo.

Los cuatro bandidos se miraron con extrañeza al igual que los nerlingos.

—¿De qué tesoro hablas? —preguntó intrigado Govilet.

—De los cuatro proscritos alkos —respondió Tortion—, de su lacrag, Kiril, el nuevo Rey Nerlingo. Vuestros caballos no podrían cargar todo el oro con el que Zornik os recompensaría por entregárselos.

—¡Maldito traidor! —gritó Oyvind—. Siempre supe que algo sucio y oscuro se escondía en tu miserable corazón de bunko.

—¡Cállate! —respondió nervioso Zakotet mientras golpeó con su pierna a Oyvind tumbándolo en el suelo—. Y a ti, ¿es que acaso no te busca también Zornik? ¿Qué ganas traicionando a los tuyos? —preguntó.

—Zornik me envió para encontrar a los nerlingos que huyeron con vida de la Batalla del Bosque de Alkos, pues suponía que entre ellos estaba el nuevo Rey —dijo Tortion—. Cientos de cofres repletos de monedas de oro y la jefatura de uno de sus territorios me esperan si los llevo a su presencia, vivos o muertos —y Tortion hizo una pausa tratando que sus palabras despertasen la codicia en los bandidos—. Si colaboráis conmigo —continuó pausadamente—, seréis generosamente recompensados y por supuesto tendréis un trato de favor en mis nuevos dominios.

—Es arriesgado hacer tratos con los gronings —habló Codrat tras unos instantes en que se hizo el silencio más absoluto en la galería—. Muy pocos son los afortunados a los que respetan las condiciones inicialmente pactadas. ¿Cómo sabremos si Tortion será uno de ellos? Yo voto por tomar las monedas de oro y demás provisiones de los nerlingos y huir hacia el este, mejor cuanto más lejos podamos.

—Pienso que la empresa nos superaría. No somos más que unos simples bandidos que se dedican a robar a indefensos viajeros —dijo Morik aprobando las tesis de

Codrat.

—Y nunca dejaremos de serlo si desaprovechamos esta oportunidad —dijo Govilet—. El traidor tiene razón, ¿porqué sino perseguiría el ejército groning con tanto ahínco a cuatro nerlingos hasta estas tierras tan alejadas de sus fronteras?

—No me fío de los gronings —comentó Zakotet—, pero la recompensa me impulsa a correr ese riesgo. Estoy contigo Govilet —finalizó mientras sólo veía arcas repletas de doradas y brillantes monedas de oro.

—Y vosotros dos, ¿qué decís? —preguntó Govilet a Codrat y Morik—. Hemos cabalgado muchas lunas juntos, pero si decidís que la hora del adiós ha llegado no os lo reprocharemos. Podréis tomar la parte del botín que os corresponde y huir a donde gustéis.

—Aunque sería una lástima que renunciaseis a tan suculenta recompensa —añadió Zakotet.

Morik y Codrat se miraron y hablaron en voz baja. Tras una breve conversación comunicaron su decisión a Govilet y Zakotet.

—Hemos decidido que no arriesgaremos nuestras vidas en tratos con los gronings —dijo Morik erigiéndose en portavoz—. Preferimos seguir vagando por estas tierras y montañas en libertad antes que someter nuestra voluntad a los salvajes del norte.

—Y vosotros deberíais hacer lo mismo antes de que sea demasiado tarde y ya no podáis arrepentiros —añadió Codrat.

—Agradezco de corazón vuestros nobles y sinceros consejos —dijo Govilet—, pero hastiado estoy de vagar sin rumbo por Tierra Conocida. Ahora tendré la oportunidad de convertirme en un hombre poderoso y respetado, y por todos los dioses que no la desaprovecharé.

—Tomad lo que os pertenezca y no os demoréis en vuestra marcha —dijo Zakotet.

—Nunca os arrepentiréis de la decisión que acabáis de tomar —dijo Tortion a Govilet y Zakotet—. Zornik es generoso con todo aquél que le sirve fielmente.

—La semilla del poder y la codicia que Zornik sembró en Torko y todo su clan estaba más arraigada de lo que nadie jamás pudo imaginar —reflexionó con tristeza Kiril—. Una vez más, un miembro del clan bunko ha traicionado a todo el pueblo nerlingo.

—¿El pueblo nerlingo? ¡Ja, ja, ja! —rió con desprecio Tortion—. Infeliz lacrag del clan muerto, desdichado Rey sin reino que gobernar. Ya no hay otra nación que rija los designios de Jactinia que la groning, pues los planes de Zornik son ambiciosos, conquistar el mundo conocido y el que queda por descubrir, someterlo y gobernarlo, y formar así un único imperio, el más grande que jamás civilización alguna haya conocido.

—Rezaré a Nerlinguia para interceder por ti y evitar que caiga sobre tus espaldas el sufrimiento de tantas almas inocentes que ahora lloran desde el cielo —dijo apesadumbrado Kiril—. Recuerda que el poder que se consigue derramando sangre

inocente se volverá contra ti en forma de torrencial río desbordado, multiplicando por cien la virulencia de su ataque.

—Mi lacrag es noble y generoso, como corresponde al honorable cargo que ostenta. Pero yo soy rudo como un leñador y te maldigo para siempre —dijo enrabiado Maikel—. Pido a Nerlinguia que te sobrevenga la peor de las muertes posibles y sufras como nuestros indefensos hermanos de los cinco clanes, como también sufrieron los bunkos de noble corazón, en las matanzas de Lothikaton, Bunkoburgo y el Bosque de Alkos —y Maikel le escupió a la cara, pero el traidor Tortion apenas si se inmutó.

Codrat y Morik ya habían terminado de preparar sus equipajes y se despidieron de Zakotet y Govilet.

—Tened cuidado —dijeron a sus antiguos compañeros de andanzas—, pues quien traiciona a los de su propia sangre, qué escrúpulos tendrá en traicionar a unos desconocidos.

—Marchad tranquilos —respondieron Zakotet y Govilet—. No bajaremos la guardia. Que el dios de la noche os proteja y las estrellas os guíen, y quizá un día volvamos a cruzar nuestros caminos y brindaremos por los tiempos pasados.

—Que así sea —contestaron Morik y Codrat.

Los dos bandidos tomaron sus caballos dirigiéndose a la entrada de los túneles, mientras Kiril, Maikel, Oyvind y Thelmor les observaban maniatados desde el suelo. Giraron sus cabezas para despedir con una última mirada a quienes acababan de abrazar la causa de Tortion. Vieron como Govilet les enviaba un último saludo con su brazo en alto desde el centro de la caverna, cuando un resplandor metálico brilló desde la entrada opuesta a donde ellos se encontraban. Sonó un ligero chasquido y aquel resplandor avanzó a una velocidad portentosa al encuentro de la garganta de Govilet. Era una flecha groning, que mortífera atravesó el cuello del bandido, dándole muerte en la cueva en la que tantas noches había pernoctado y en la que ahora descansaría para siempre.

Durante el tiempo en que los bandidos habían negociado con el traidor Tortion, descuidaron la vigilancia de los túneles; los gronings, guiados por los wolkurs que seguían el inconfundible rastro de la sangre de Tortion, se deslizaron con sigilo cayendo por sorpresa sobre ellos.

Media docena de flechas más siguieron a la saeta asesina que acabó con Govilet. Instintivamente Morik y Codrat volvieron sobre sus pasos para ayudar a su amigo Zakotet. Una de las flechas acabó con el caballo de Morik y otra hirió en el pecho a Zakotet quién cayó al suelo. Los nerlingos se acurrucaron en una de las zonas más sombrías de la caverna para ponerse a cubierto de las flechas gronings.

—¡Codrat, Morik! ¡Desatadnos! —les gritó Kiril—. Es vuestra única oportunidad de salir con vida. Vosotros tres solos no podréis frenar la acometida de los gronings.

Entretanto Tortion corrió como poseído hacia el túnel del que provenía el ataque agitando los brazos y gritando.

—¡Soy Tortion! ¡El espía que envió el Mariscal Burkelen! ¡He capturado a los nerlingos y a su Rey! ¡Ayudadme! —gritaba con alboroto.

Por un instante la lluvia de flechas cesó, pero unos estremecedores aullidos retumbaron con violencia en la cúpula rocosa, anunciando la inmediata llegada de varios wolkurs. Esto fue lo que terminó por decidir a Morik y Codrat, que con presteza cortaron las cuerdas que ataban de pies y manos a los nerlingos.

No habían aún tomado los nerlingos sus armas, cuando dos wolkurs irrumpieron con estruendo en la caverna. Sin detenerse saltaron como bestias hambrientas sobre Tortion y su mano herida, pues el olor de la sangre los trastornaba.

—¡Socorro! ¡Quitadme de encima a estos demonios! —gritaba Tortion a los gronings que ahora entraban en la caverna, mientras caía al suelo abatido por la mordedura de las dos bestias inmundas—. ¡Debo entregar a los nerlingos al Mariscal Burkelen y al Rey Zornik!

Pero los gronings no le ayudaron y continuaron disparando sus flechas contra los nerlingos y los bandidos. Una de ellas hirió de muerte a Codrat y otra abatió a uno de los caballos tras los que Thelmor se parapetaba. Kiril y Maikel tomaron sendas espadas y Oyvind y Thelmor arcos y carcajes. Morik se abalanzó contra uno de los gronings y le clavó su cuchillo de caza. Oyvind hizo cantar su arco con prontitud y destreza, abatiendo a dos gronings. Por contra Thelmor, quien había trabado en esos días de fatigosa marcha mayor amistad con Tortion, no pudo soportar cómo el traidor bunko era brutalmente devorado por los wolkurs y los abatió con sendas flechas.

Kiril y Maikel peleaban ahora con varios de los gronings. Morik se unió a ellos mientras desde el otro extremo de la caverna las flechas de Oyvind les ayudaban. Thelmor socorría a Zakotet quien, herido de muerte, perdía sangre a borbotones. Kiril y su amigo del alma Maikel acabaron en el cuerpo a cuerpo con tres gronings más, mientras Morik daba muerte a otro, pero era herido mortalmente en el costado. La última flecha del carcaj de Oyvind se clavó certeramente en la espalda de uno de los gronings que huía al interior del pasadizo. Los soldados supervivientes huyeron internándose en el túnel por el que habían accedido a la caverna.

—Parece que hemos rechazado el ataque —dijo Maikel.

—Sólo por un tiempo. Ésta era una de las avanzadillas que exploraban los pasadizos —dijo Kiril jadeando—. Pronto se reagruparán y caerán nuevamente sobre nosotros.

Los nerlingos se reunieron en el centro de la cúpula rocosa. Govilet y Codrat habían muerto, y Zakotet exhaló su último suspiro en brazos de Thelmor. Morik estaba malherido y perdía mucha sangre, pero lograba mantenerse en pie. Vieron en uno de los laterales como Tortion agonizaba bañado en sangre, desfigurado por las mordeduras de los wolkurs. Sin embargo aún tuvo un último aliento antes de morir, y les habló con arrepentimiento en el umbral de su muerte.

—Los gronings me han abandonado. Me han traicionado al igual que yo os traicioné a vosotros —hablaba con extrema dificultad tosiendo sangre—. Oyvind —

dijo sin apenas fuerzas—, yo vi a tu hermano, pues ése debe ser el nerlingo que... — y volvió a toser— que capturaron al pie de las Montañas Artankal, igual a ti como una gota de agua a otra... —y apenas si podía continuar hablando.

—¡Continua, por favor! —dijo alterado Oyvind asiendo la camisola de Tortion.

—Tu hermano está en el norte, en el Valle de los Elothas... trabajando como esclavo en las minas de oro... como muchos otros... —y sin poder terminar la frase expiró.

—Que Nerlinguia le acoja y perdone todo el mal que ha causado —dijo Kiril.

—Mi hermano vive —dijo Oyvind—. Lo sabía, era él quien me hablaba en sueños.

Y desde aquel momento el corazón de Oyvind se volvió hacia el norte y, con cada nuevo día que saludaba a Tierra Conocida, una necesidad irrefrenable de viajar al Valle de los Elothas crecía en él, mas juró que no abandonaría a su lacrag hasta encontrar a sus hermanos alkos del sexto clan.

También Maikel recobró la esperanza de volver a ver a su padre, aferrándose a la posibilidad de que Torilo se encontrase dentro de aquéllos a los que Tortion nombró como los esclavos de las minas de oro.

Rápidamente Kiril los despertó de aquellos pensamientos.

—Debemos decidir con premura lo que vamos a hacer para huir de aquí con vida —dijo el lacrag nerlingo—. Propongo bloquear con algunos sacos y el cuerpo de los caballos muertos la entrada oeste de la caverna y así retener a los gronings.

—También podríamos rociar el suelo con el aceite de aquel odre y dar fuego cuando ellos se acerquen —añadió Thelmor.

—Eso los frenará sólo por algún tiempo —dijo Morik—. Debemos despistarlos definitivamente.

—¿Cómo conseguiremos eso? —preguntó Maikel.

—¿Veis ese túnel? —dijo Morik señalando al que tenía su entrada al norte—. Va a dar al Túnel del Olvido. Yo me dirigiré a él y los Wolkurs seguirán sin dudar el olor de mi sangre. Vosotros escaparéis por el túnel del este que atraviesa las montañas.

—Pero si continúas sólo en tu estado no tendrás una sola oportunidad frente a los gronings —dijo Kiril.

—Bastante daño os hemos causado —dijo Morik—. Mis compañeros ya han pagado el precio de su desmesurada codicia, y yo debo pagar ahora el mío. De los dioses dependerá que deba saldar esa deuda con mi propia vida. Además, estoy en deuda con los nerlingos; muchos años atrás, unos cazadores celkos salvaron la vida de mi padre al norte de Jactinia. Si no hubiese sido por ellos mi padre habría muerto y yo jamás hubiera conocido este mundo.

—Tu decisión es justa —respondió Kiril—. Pongámonos rápidamente a trabajar. Los gronings y sus perros de la guerra no tardarán en llegar multiplicados en número.

El corpulento Maikel y Oyvind movieron a duras penas los dos corceles que habían sido abatidos en la lucha, y los acercaron al acceso oeste. Thelmor tomó el

odre de aceite y lo derramó por el túnel. Lo cortó con un cuchillo e hizo varios jirones que ató a modo de larga mecha. Volvió al interior de la galería y ayudó a Maikel y Oyvind a terminar de taponar la entrada con sacos que transportaban y piedras que se habían desprendido con el paso del tiempo de la cúpula de la caverna.

Colocaron juntos los cuerpos de Govilet, Zakotet y Codrat y rezaron una breve pero sentida oración por ellos. Morik les instó a huir con premura. Él se quedaría para prender la mecha y servir de falso señuelo a los gronings. Uno a uno se abrazaron a él, y le desearon suerte y alabaron su valentía, propia de un gran capitán, lo que le enorgulleció, olvidando para siempre su condición de vil bandido.

Durante el primer ataque dos de los caballos murieron y otros cinco huyeron despavoridos por los túneles al oír el aullido de los wolkurs, por lo que los nerlingos sólo pudieron llevarse un par de monturas, sobre los que cargaron una parte de las pertenencias con las que habían partido de Mugaburgo. Kiril encabezó el grupo blandiendo una antorcha en su mano para iluminar el estrecho y lóbrego camino. Tras él, Maikel, Thelmor y Oyvind se perdieron en la oscuridad del túnel del este.

Morik esperó agazapado tras una de las paredes de la caverna la llegada de los soldados gronings. Ésta no tardó mucho en producirse, anunciada con antelación por los aullidos de los Wolkurs. Cuando se cercioró que al menos media docena de soldados se encontraban frente al improvisado muro tratando de derribarlo, prendió con una antorcha la mecha que Thelmor había preparado. El fuego se deslizó con furia sobre el aceite que empapaba el suelo del túnel, quemando a los gronings. Tras la humeante barricada, una ola de fuego se erguía amenazante e impedía el paso de los perseguidores. Entonces Morik tomó su cuchillo, un arco y dos carcajes repletos de flechas y se internó en el Túnel del Olvido no sin antes dar el último adiós a sus difuntos compañeros de fatigas.

Una vez que el aceite fue consumido por el fuego, los soldados gronings avanzaron nuevamente hacia el muro, y lo derribaron sin dificultad penetrando en la caverna. Allí encontraron a varios de sus compañeros muertos y a los tres bandidos que descansarían para siempre en la gran sala de la cúpula rocosa. Como Morik había intuido, los wolkurs guiaron a los soldados a través del pasadizo que él había tomado, atraídos por el olor de la sangre. Nunca más los nerlingos volvieron a saber de Morik, quien quizás vague por toda la eternidad en la inmensidad de aquel tenebroso pozo sin fin.

Kiril, Maikel, Thelmor y Oyvind caminaron cerca de dos días sin apenas descanso por las entrañas de la Cordillera Iugur-András. Nuevamente habían salido airosos de las trampas que el destino les había preparado, huyendo de los bandidos y los soldados gronings.

El trayecto por aquellos húmedos y estrechos pasadizos que de cuando en vez asomaban a pequeñas cavernas comenzó a angustiarles, haciéndoles sentir prisioneros

de aquel oculto laberinto de piedra. A menudo se topaban con pequeñas cavidades de una altura casi infinita a modo de chimeneas en el corazón de las montañas, que apenas si dejaban entrever algún fugaz rayo de luz. En ellas tenían sus escondites comunidades de murciélagos, que al paso de los nerlingos y sus antorchas, remontaban aquellas interminables toberas para salir al exterior. Esas vías de escape utilizadas por los mamíferos alados les devolvían la creencia de que fuera de esos túneles seguía existiendo la luz del sol.

Una a una sus antorchas se fueron consumiendo, hasta que sólo les restaron unas escasas gotas de aceite con que impregnarlas y así poder prender fuego en ellas.

—Ésta será la última tea que podamos encender —dijo Kiril—. Aunque arrancásemos parte de nuestros ropajes el fuego no arderá en ellos, pues están humedecidos por las continuas gotas que caen sobre nosotros filtradas por la montaña.

—El fuego durará poco más de cuatro kilómetros; cinco si caminamos velozmente —dijo Oyvind desde la cola del grupo.

—Confiemos en que nos encontremos cerca de la salida y no necesitemos por más tiempo guiar nuestros pasos por la luz del fuego —dijo Maikel.

—Los bandidos dijeron que cruzar las montañas de oeste a este nos llevaría entre dos y tres jornadas, las cuales si mis cálculos no fallan ya debemos de haber invertido —añadió Thelmor.

—Por Nerlinguia que se cumplan vuestros presagios —dijo Kiril, y rociando de aceite la última tela seca que tenía encendió fuego en la antorcha.

Los nerlingos continuaron caminando casi dos kilómetros más, cuando el corredor por el que ahora discurrían comenzó a ensancharse y a facilitar su marcha. Sin embargo el camino comenzó a zigzaguear, perdiendo los cuatro jóvenes alkos la orientación que durante toda la marcha por el interior de las montañas habían mantenido. No les importó demasiado pues el camino era más cómodo ahora e intuían que se acercaban al final del mismo. Y así era, pero antes de salir al exterior se encontraron con una nueva sorpresa. El túnel que acababan de recorrer se abrió a una nueva gran gruta, no del tamaño de la caverna de la cúpula rocosa, pero si de notables dimensiones. En ella tres nuevos túneles abrían sus puertas a los fugitivos invitándoles a continuar por ellos.

—¡Maldición! —exclamó Maikel—. Morik no dijo nada de otros pasadizos, sólo habló de seguir el que hasta ahora hemos recorrido.

—Quizás durante los últimos años los bandidos hayan excavado dos túneles más para confundir a sus posibles perseguidores —reflexionó Oyvind.

El grupo se quedó mirando los tres túneles durante varios minutos hasta que Kiril habló.

—No tenemos demasiado tiempo para decidir por cuál de ellos debemos

continuar —dijo—. Es posible que los túneles erróneos nos lleven a un laberinto sin fin del que nunca escapemos o a un enorme pozo sin fondo como el que conduce al Túnel del Olvido —sentenció.

Kiril se acercó a las tres entradas y penetró en cada una de ellas recorriendo unos metros en su interior. Tras haberlos examinado volvió a donde sus amigos meditaban y les habló.

—De las tres opciones que se nos presentan, nunca tomaría la del túnel de la izquierda. Apenas si hay corriente de aire en él y un ligero hedor denota que muy probablemente no tenga salida. Pero... —continuó dubitativamente—, no podría decantarme entre el túnel central y el de la derecha.

Maikel, Thelmor y Oyvind quedaron desanimados tras las reflexiones de su lacrag, pues una decisión equivocada les haría errar hasta morir por inanición en los laberínticos túneles.

—La única solución será dividirnos en parejas y descubrir cuál es el pasaje que nos conduzca al exterior —dijo Thelmor.

Nadie quiso rebatir la evidencia y quedaron absortos observando la antorcha cual reloj de arena que apura los últimos granos en su definitiva cuenta atrás. Acuciado por la urgente necesidad de tomar una decisión, el ingenio heredado del tarluk nerlingo despertó súbitamente en Oyvind, quien se levantó como iluminado por los dioses.

—¡Perlivarce! —gritó el alko de traslúcidos ojos azules—. ¡El regalo de Perlivarce! ¡Su ingenio de orientación nos salvará!

Oyvind corrió hacia uno de los caballos y tomó de su zurrón un pequeño trozo de madera y un vaso de barro. Se acercó a uno de los odres y vertió agua en el vaso. Volvió rápidamente a donde sus amigos le aguardaban con impaciencia y nerviosismo, pues sabían que el instrumento que Perlivarce construyó era su única esperanza de salvación. Aunque el zigzagueo de los túneles había conseguido desorientarles, tenían claro que el camino que debía conducirles al exterior de las montañas estaba alineado en dirección este, punto Cardinal que el ingenio de Perlivarce les mostraría.

Oyvind se arrodilló y depositó con cuidado el vaso sin derramar una gota de agua en el suelo. Colocó el trozo de madera sobre la superficie acuosa y el ingenio de Perlivarce comenzó a girar suavemente hasta que al cabo de un minuto se detuvo.

—Como nos enseñó Perlivarce, la parte pintada de la barrita indica el norte —habló Oyvind—, luego el túnel de la izquierda nos conduciría hacia él, equivocándonos como tú bien dijiste Kiril.

—Entonces el túnel que debemos tomar es el de ahí enfrente, que es el que nos llevará hacia el este, pues el túnel de la derecha nos conduciría al sur —finalizó Kiril.

—Bendito sea una vez más tu amigo Perlivarce —dijo Maikel—, en dos ocasiones ha salvado mi vida.

—No nos demoremos más aquí —dijo excitado Kiril—. La antorcha comienza a

apagarse como la luz de la estrella del día en el crepúsculo.

Nuevamente los nerlingos continuaron su camino, internándose por el pasadizo que el ingenio del tarluk de los bortigos les había indicado. Como si hubiesen dado cuenta de una succulenta comida, recuperaron sus fuerzas y, por breves momentos, revivieron el hermoso día que pasaron en aquella cabaña de Bortiburgo en compañía de Perlivarce y su dulce esposa Milia.

Escasamente habían recorrido un kilómetro cuando Kiril profirió un grito que salió desde lo más profundo de su corazón.

—¡Luz! ¡Una tenue luz asoma al final del túnel! —exclamó con inmensa alegría.

Los nerlingos corrieron y Oyvind y Thelmor tiraron con fuerza de los caballos hacia el final del pasadizo. Una bandada de murciélagos, que dormían plácidamente colgados del techo de la cueva, huyó asustada al paso de Kiril y condujo a los nerlingos al mundo exterior.

Los cuatro alkos gritaron al abandonar la agobiante oscuridad de aquellos túneles y, tumbándose en el pedregoso suelo, contemplaron el color azul añil que lucía el firmamento en el ocaso de otro día que se marchaba. Los últimos rayos de sol acariciaron sus rostros y los adornaron con una franca sonrisa, dichosos por contemplar nuevas tierras que jamás antes habían pisado. Frente a ellos, a kilómetros de distancia, divisaron el torrencial Río Morkurgul, que cruzaba desde el norte hasta el este de Tierra Conocida haciendo ostentación de su caudaloso poder.

Ése era un nuevo y difícil reto que les aguardaba en la búsqueda de sus hermanos perdidos, pero que debería esperar al menos una noche más. Obligado era el merecido descanso después de tres lunas de interminable travesía por el interior de los túneles. A pesar del frío, esa noche dormirían al cobijo de las estrellas, donde Septentrión, siguiendo las órdenes de la diosa Nerlinguia, permanecería vigilante para protegerlos de cualquier peligro que pudiera acecharles.

Sangre Nerlinga baña el Morkurgul

No fue la húmeda escarcha, que cual bello ornamento acompañaba al amanecer, sino la claustrofóbica angustia que todavía apresaba sus corazones, la que desveló a los nerlingos de sus agitados sueños. Se levantaron con presteza, como si apenas hubieran cabeceado unos instantes tras una copiosa ingesta. No desayunaron más que unos pocos frutos secos acompañados por unos sorbos de agua, mientras aprovechaban para levantar el improvisado campamento.

Por fin habían dejado atrás el interminable laberinto de túneles tallados en el corazón de las montañas, y nuevamente sus almas recobraban la robada libertad. Y respiraron profundamente, y sus pulmones se llenaron de la bisonñez de un nuevo día, y en ese lapso de tiempo olvidaron lo sucedido durante las últimas lunas. Miraron hacia el este, y a sólo unos kilómetros de distancia divisaron aquel inmenso caudal de agua y espuma que descendía con bravura al encuentro del gran mar oriental.

—El Morkurgul —dijo Kiril—. Tan grandioso como anoche se dejaba entrever bajo la luz de las estrellas.

Ni Maikel, ni Oyvind, ni Thelmor articularon palabra alguna. Contemplaban boquiabiertos el inmenso torrente que nacía en el norte de Tierra Conocida y serpenteaba jugando con la Iugur-András y Bosque Salvaje.

—Cruzarlo o descenderlo —habló nuevamente Kiril—. Ése es el próximo dilema que se nos presenta.

Los nerlingos se reunieron en torno a su lacrag. Él les mostró por primera vez el mapa que su padre dibujó años atrás. En él, Akrog recomendaba descender el Río Morkurgul hasta casi alcanzar su desembocadura en el Mar del Este, para después remontar hacia el norte, yendo a dar con la región en la que supuestamente habitaba el sexto clan.

—Yo abogo por esa ruta —dijo Maikel—. Prefiero ahogarme en esas frías aguas a ser devorado por cualquier demonio de los Días Antiguos que habite en Bosque Salvaje.

—Solamente el nombrar ese bosque, y un escalofrío recorre de arriba abajo mi espalda —dijo Thelmor—. Yo también apoyo a Maikel.

—Al igual que vosotros —dijo Kiril—, Bosque Salvaje es el último lugar de Tierra Conocida que me gustaría atravesar, pero deberíamos reflexionar con cautela. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en construir una barca sin las herramientas adecuadas? ¿Sería lo suficientemente resistente como para soportar las acometidas de los rápidos río abajo? —y durante unos instantes Kiril dio paso a un silencio que conducía a la reflexión—. Aún en caso de lograrlo —continuó pausadamente—, nos alejaríamos muchos kilómetros del lugar donde habitan nuestros hermanos; y ahora, amigos míos, el tiempo es un bien escaso para nosotros.

Los nerlingos recapacitaron mientras contemplaban las turbulentas aguas del Morkurgul; el tiempo se escapaba entre sus dedos como minúsculos granos de arena.

Pero el temor a las horrendas criaturas que habitaban Bosque Salvaje, pesaba más sobre sus atemorizados corazones que la posibilidad de ser capturados por los gronings. Sólo Oyvind, quien desde lunas atrás había vuelto su corazón hacia el norte, apremiado por la necesidad de cumplir la promesa que se hizo a sí mismo, aprobaba la decisión de Kiril.

—El camino que antes conduzca a nuestros hermanos alkos será el que yo tome —afirmó con rotundidad el hijo del relámpago—. Sea a través de Bosque Salvaje o del mismo Groningburgo.

—Yo no puedo ser tan audaz como Oyvind —contestó Thelmor—. Mi alma se estremece con el nombre de Bosque Salvaje. Cuentan las leyendas que demonios y criaturas horribles vagan entre sus milenarios árboles. El aire es húmedo y espeso, casi irrespirable, de un extraño olor, similar al hedor producido por cientos de cadáveres que se corrompen al ser devorados por una infinita colonia de gusanos.

—¿Acaso os asustáis por algo que vosotros mismos llamáis leyendas? —respondió con vehemencia Kiril—. Prefiero enfrentarme a cien de esas imaginarias criaturas que a uno sólo de los wolkurs que nos persiguen sin descanso —finalizó Kiril mientras miraba a Maikel, quien permanecía cabizbajo ante las palabras de su lacrag.

Hubo unos instantes de silencio en los que Kiril dejó reflexionar a sus compañeros, tras los cuales de nuevo habló con firmeza.

—La ruta que mi malogrado padre reflejó en este mapa, era un viaje que cualquier nerlingo desearía realizar. Disfrutar cabalgando por los bosques, valles y montañas de Tierra Conocida; navegar por sus lagos, ríos y mares. Un viaje en el que finalmente encontrar a la estirpe perdida, logrando hermanar todas las arterias de la nación nerlinga que convergerían en torno a Lothikaton, un gran pueblo unido, bendecido por su diosa. Pero esa idílica imagen se ha quebrado —continuó—, y hoy no es más que una simple quimera. Los cinco clanes han sido aniquilados, Lothikaton ya no existe más que en forma de humeantes ruinas y Nerlinguia sólo puede ya velar por nosotros y los esclavos confinados en el Valle de los Elothas —Kiril se detuvo, quizás asimilando todo aquello que ahora relataba a sus compañeros—. El sexto clan —continuó—, es nuestra única esperanza. Debemos encontrarlos y cabalgar hacia Jactinia para combatir, junto a todos los pueblos que la moran, el emergente reinado de Zornik.

Los cuatro alkos cruzaron sus miradas sin pronunciar una sola palabra. La arenga de Kiril había calado hondo en sus corazones.

—Yo apoyo a Kiril —contestó Oyvind al largo monólogo de su lacrag.

Maikel y Thelmor se miraron con inquietud, pues de ellos dependía la ruta a seguir. Maikel dio un paso al frente anunciando la que sería su decisión final.

—Aunque no es el camino que yo tomaría —dijo decidido el hijo de Torilo—, te seguiré hasta el fin del mundo.

Thelmor, entre triste y sonriente, habló al grupo una vez que la suerte estaba

echada.

—Como no me resta otra opción —dijo—, ya que no soy un buen nadador y probablemente me ahogaría durante el descenso del Morkurgul, os acompañaré en vuestra travesía por el bosque cuyo nombre no quiero ahora pronunciar, amigos míos.

Los cuatro nerlingos entrelazaron sus manos y se conjuraron contra los peligros que entrañaría el camino de Bosque Salvaje. Con un recuerdo a Nerlinguia finalizaron aquel espontáneo cónclave y partieron velozmente hacia la orilla oeste del río. Nuevamente la compañía de los cuatro avanzaba hacia un incierto destino, mientras Ingvar y Torilo cavaban en busca del dorado metal en las minas del Valle de los Elothas. Más al sur, en Groningburgo, Zornik planeaba el asalto definitivo a Tierra Conocida mientras sus emponzoñados ojos y los de su traicionero halcón se volvían hacia el este, atraídos por el rumor de los corazones nerlingos.

Como caballos desbocados cubrieron los alkos los escasos diez kilómetros que separaban la Iugur-András de la pedregosa orilla oeste del Río Morkurgul. Se ocultaron tras un grupo de árboles que durante el otoño habían perdido los verdes ropajes que los adornaban, y desde allí escrutaron con detenimiento los alrededores. Localizaron a unos trescientos metros río arriba, en uno de sus múltiples serpenteos, una zona en la que su cauce se estrechaba y por la que aparentemente la profundidad del mismo menguaba.

—Por aquella parte el río tiene una anchura de al menos quince esbeltos corceles —dijo Oyvind.

—La distancia a atravesar es menor —añadió Thelmor—, sin embargo la fuerza del río aumenta considerablemente. Será una tarea difícil cruzar a la otra orilla. La furia del Morkurgul podría engullir a nuestros caballos.

—Deberemos ser cautos y precavidos —dijo Kiril—, a menos que queramos ser arrastrados río abajo hasta los Rápidos del Ansar.

—Yo cruzaré con uno de los caballos —propuso Maikel—. Así podremos comprobar la profundidad y la fuerza del río.

Los demás asintieron a la propuesta de Maikel. Prepararon una de las monturas y la cargaron con varios de los pertrechos que habían acarreado hasta allí. Ataron por la cintura a Maikel con unas cuerdas y las asieron con fuerza. El alko tomó por las bridas a su caballo y comenzó con suma cautela a cruzar el Río Morkurgul.

Sus aguas descendían frías y furiosas, y a cada paso que daba debía realizar un descomunal esfuerzo para no ser arrastrado por la impetuosa corriente. El fondo del río era pedregoso a la vez que resbaladizo, por lo que continuamente se trastabillaba, aunque milagrosamente lograba mantenerse en pie. Desde la orilla, sus tres compañeros tiraban con fuerza de la cuerda que asía por la cintura a Maikel.

Ya había alcanzado el hijo de Torilo casi la mitad del río, cuando al dar un nuevo paso, el vacío se hizo bajo sus pies. Se desequilibró y cayó al agua. Instintivamente soltó las bridas de su caballo, el cual, al avanzar tras el nerlingo, hundió sus patas delanteras en el fondo del río, siendo irremisiblemente arrastrado corriente abajo.

Maikel consiguió salir a la superficie, y trató de nadar hacia la orilla, pero las turbulencias del Morkurgul le llevaban camino de los Rápidos del Ansar. Gracias a que Kiril, Oyvind y Thelmor reaccionaron con presteza tirando de la cuerda que sujetaba al corpulento alko, consiguieron acercarle hasta la orilla. Allí Kiril le prendió por el brazo y con grandes dificultades consiguió sacar a Maikel de la desatada corriente. Thelmor y Oyvind yacían ahora tumbados sobre las rocas, extenuados por el esfuerzo, mientras Maikel vomitaba el agua que había tragado.

Una vez consiguió recuperarse comenzó a tiritar de frío, por lo que tuvieron que arroparle con unas mantas.

—Gracias —dijo temblando Maikel—. Me habéis salvado la vida. Lo siento por el desdichado caballo. Probablemente morirá ahogado o reventado contra alguna roca de los rápidos.

—El Morkurgul es peligroso y traicionero como un jabalí herido —dijo Kiril.

—Tendremos que idear otra manera de atravesarlo —añadió Thelmor.

—Creo que tengo la solución —contestó Oyvind sin apenas dar tiempo a que Thelmor terminase de hablar—. Traed todas las cuerdas que aún guardáis en los zurrones.

Kiril y Thelmor buscaron las cuerdas que Oyvind demandaba, mientras Maikel trataba de secarse y entrar en calor. Finalmente consiguieron reunir más de cien metros de gruesa cuerda que el bueno de Esmut les vendió en Mugaburgo.

—Con esto será suficiente, aunque no podremos amarrarnos como hicimos con Maikel —dijo Oyvind.

—¿Qué es lo que tramas? —preguntó Kiril.

—Una idea propia del mismísimo Perlivarce —respondió entre risas—. ¿Veis aquellos árboles al otro lado de la orilla? Pues bien, ataremos las cuerdas entre sí, anudándolas a una flecha que clavaremos en uno de los troncos. Esto lo repetiremos dos veces, consiguiendo tender las cuerdas a modo de puente. Por el otro extremo las ataremos a los árboles que protegen nuestra retaguardia y así podremos cruzar el río asidos a ellas. En el momento en que perdamos pie, avanzaremos solamente valiéndonos de la fuerza de nuestros brazos. ¿Qué os parece? —preguntó orgulloso Oyvind.

—Únicamente pondré dos objeciones a tu idea —respondió Thelmor—. La primera, es que consigamos que las flechas realmente se claven en los árboles y no se pierdan en la espesura. La segunda, es que el último caballo que nos resta no podrá cruzar el río, con lo que nuevamente tendremos que desprendernos de parte de los escasos víveres que ahora disponemos.

—Tu primera observación tiene rápida respuesta, mi buen amigo Thelmor —se preparó para contestar con sorna Oyvind—, pues ante tus ojos tienes a los dos mejores arqueros del Bosque de Alkos, Kiril hijo de Akrog y Maikel hijo de Torilo, aunque viendo el lamentable aspecto de este último, yo mismo tomaré su relevo —y todos rieron excepto el aterido Maikel—. A tu segunda objeción sólo puedo decir que

deberemos transportar sobre nuestras doloridas espaldas toda la carga que podamos soportar. Tengo la certeza que hasta que no crucemos la barrera formada por la Cordillera Savakien no encontraremos un solo momento de respiro para poder cazar y aprovisionarnos.

—Sabias palabras, propias de un lacrag —respondió Kiril enorgullecido por la madurez que Oyvind iba adquiriendo a medida que transcurrían los días de su interminable huida.

—Yo también abogo por el plan que propone Oyvind —añadió Maikel envuelto en mantas—, aunque no me apasiona la idea de volverme a bañar en esas malditas aguas heladas —finalizó el alko y los demás rompieron a reír.

Sin más demora Kiril y Maikel comenzaron a unir varias de las sogas al tiempo que Oyvind y Thelmor hacían lo propio con el resto. Cuando acabaron, consiguieron dos largas cuerdas, a cada una de las cuales ataron en uno de los extremos una flecha que pidieron fuera bendecida por su diosa. Las llamaron las trenzas de Nerlinguia.

Maikel y Thelmor sujetaron cada uno de los extremos, mientras Kiril y Oyvind tomaban sus arcos y se aprestaban a realizar sus disparos en la orilla del río.

—Comenzaré yo mismo —dijo Kiril—. ¿Ves aquel desnudo roble de grueso tronco? En su lado izquierdo trataré de clavar mi flecha. Si lo consigo, tú deberás dirigir la tuya a la misma altura en su lado derecho.

Kiril se concentró y vino a su memoria la imagen de su padre. Recordó a Akrog disparando certeramente con los ojos vendados a una fina rama que él mismo portaba en el Bosque de Alkos, aquel día en el que en sus vidas cambiaron para siempre. Pensó que no podía fallar ahora y defraudar a su padre. Contuvo la respiración por unos segundos, miró por última vez al viejo roble, sus párpados cubrieron sus ojos y su arco cantó. La primera trenza de la diosa voló sobre el Morkurgul.

—¡Bravo! —gritaron al unísono los nerlingos al cabo de unos segundos—. ¡Acertaste de pleno en el tronco! —siguieron gritando alborozados mientras Oyvind le daba una palmada de reconocimiento en el hombro.

—Espero ahora no fallar —susurró el hijo del relámpago.

—No lo harás —le contestó Kiril.

La flecha de Kiril se había clavado a un metro y medio del suelo aproximadamente, en el lado izquierdo del tronco, tal y como habían convenido. Ahora Thelmor ataba la cuerda alrededor de uno de los árboles de la orilla oeste, en la que aguardaban impacientes el disparo de Oyvind.

—Por mi hermano Ingvar —dijo Oyvind en su interior cuando tensaba con firmeza su arco.

Se oyó un chasquido y la segunda trenza de Nerlinguia planeó sobre las agitadas aguas del río, hasta clavarse con violencia al lado de la flecha lanzada por Kiril.

—¡Fantástico, Oyvind! —jalearon sus compañeros—. Lanzaste la flecha como si Zornik pasara por la otra orilla.

Oyvind sonrió y se abrazó a Kiril. Thelmor y Maikel, ya recuperado de su gélido

baño, se apresuraron en atar la soga al árbol, tensando con fuerza su nudo. Cargaron sobre sus espaldas todo el peso que pudieron soportar y liberaron a su caballo como lunas atrás lo hicieron en las praderas que lindaban con las Montañas Artankal.

—Yo cruzaré el primero —se ofreció voluntario Thelmor—. Fui el más incrédulo de todos nosotros ante el plan de Oyvind. Además, soy el peor nadador, por lo que si yo consigo cruzar el río, superar este obstáculo no os supondrá ningún esfuerzo.

—No es necesario que tú lo hagas en primer lugar —dijo Kiril—, pero bien es cierto que alguien debe hacerlo, por lo que no me opondré a ello.

—Ten cuidado al alcanzar la zona central del río, pues profundas fosas se abrirán bajo tus pies —habló Maikel por propia experiencia—. Será entonces cuando deberás utilizar la fuerza de tus brazos.

—Sujeta con firmeza ambas cuerdas —añadió Oyvind cuando Thelmor ya se acercaba a la orilla—. Ahora nadie podrá tirar de ti si caes al agua.

—Os preocupáis por mí como si fuerais madres que ven dar a su hijo los primeros pasos —respondió sonriendo Thelmor—. Si he sido capaz de cruzar el corazón de la Lugur-András, esta empresa será tan sencilla como vaciar una jarra de hidromiel.

Thelmor asió con fuerza ambas cuerdas y comprobó balanceándose que estaban firmemente sujetas a ambos lados del río. Con paso lento comenzó a caminar introduciéndose en el poderoso Río Morkurgul.

Sin grandes dificultades consiguió alcanzar el lugar en el que Maikel cayó a las aguas. Disminuyó la amplitud de sus pasos y no tardó en comprobar como el pedregoso fondo desaparecía ante él. En ese momento se dejó caer, quedando únicamente asido a las trenzas de su diosa salvadora.

Ahora avanzaba con dificultad, pues a la fuerza de la corriente había que añadir el peso que acarrea sobre sus espaldas. Pero como Thelmor había dicho, aquélla era una empresa que no le asustaba, y a cada movimiento de sus brazos se acercaba más y más a la otra orilla. Varias veces comprobó en vano con sus piernas si el fondo del Morkurgul había surgido de nuevo.

Cuando se hallaba a unos seis metros de la orilla este, hizo nuevamente pie, pudiendo disminuir levemente la tensión con la que sus manos prendían las cuerdas colgantes. No más de diez pasos fueron los que Thelmor tuvo que caminar para cruzar al otro extremo del río. Descargó todos los bultos que transportaba y elevó sus dos brazos al cielo en señal de victoria, mientras en la orilla oeste, Kiril, Oyvind y Maikel le vitoreaban. Finalmente había conseguido sortear el Morkurgul.

Espoleados por el logro de Thelmor, se apresuraron en repartirse el resto de sus menaguadas pertenencias para caminar a través de las aguas al encuentro de su amigo. Maikel sería el siguiente. Con paso firme y decidido se acercó a la orilla y apretó sus grandes manos envolviendo las dos cuerdas, adentrándose por segunda vez en el Morkurgul. Cuando el agua le llegaba ya por la cintura un grito de aviso le detuvo.

—¡Gronings! ¡Se acercan gronings! —gritó advirtiéndoles Oyvind.

—¿Por dónde se aproximan? —preguntó Kiril desconcertado mientras Maikel

detenía su caminar por el río—. No los veo por ningún lado —dijo Kiril al tiempo que giraba su cabeza hacia los cuatro puntos cardinales.

—Río arriba, a unos dos kilómetros —continuó Oyvind—. Dos pequeñas barcas, tras aquellas rocas, siguen el serpenteo del río. Su pabellón negro y rojo les delata como esbirros de Zornik.

—¡Oyvind está en lo cierto! —gritó Thelmor desde la otra orilla mientras mantenía pegado su ojo al catalejo que Perlivarce le regaló—. Se acercan rápidamente conducidos por la corriente.

—Tu vista es auténticamente élfica —dijo Kiril mirando con asombro a Oyvind—. Aún no consigo distinguirlos en la lejanía.

—¡Maikel, apresúrate y sal del río! —gritó Oyvind—. Debemos ocultarnos.

—¡Maldita sea! —farfulló Maikel—. Este condenado río jamás permitirá que lo atraviese —y volviendo sobre sus pasos se acercó hasta la orilla.

Thelmor corrió a ocultar los zurrones y demás bultos que había transportado sobre las aguas tras el frondoso robledal que se erguía en aquel extremo del Morkurgul. Lo propio hacían Kiril y Oyvind ayudados por Maikel que acababa de volver a pisar tierra seca.

—¡Aprisa, las barcas se acercan! —dijo nervioso Oyvind.

—Hay que ocultar las cuerdas, de lo contrario nos descubrirán —ordenó apurado Kiril.

—Soltémoslas de los árboles —sugirió Maikel—. ¡Thelmor! —le gritó desde la otra orilla—, ¡saca las flechas del tronco y recoge las cuerdas!

Kiril y Oyvind soltaron la primera de las cuerdas mientras Maikel se encargaba de la segunda.

—¡No puedo sacar las flechas! —gritó apurado Thelmor—. ¡Están profundamente clavadas en el tronco!

El nerviosismo comenzó a apoderarse de los nerlingos pues ya divisaban las barcas gronings que descendían el río.

—¡Pártelas y recoge las cuerdas! —gritó Oyvind—. ¡Los gronings se acercan!

Thelmor tiraba apresuradamente de las trenzas de Nerlinguia arrastrándolas hacia su orilla. Kiril, Maikel y Oyvind corrieron a esconderse, mientras veían cómo las cuerdas nadaban sobre el río como dos serpientes.

—No le dará tiempo a retirarlas sin que los gronings le vean —dijo Maikel.

—Recemos a Nerlinguia para que Thehnor lo consiga —musitó Kiril.

Las dos barcas aparecieron ante sus ojos tras sortear el último recodo del río. Thelmor había conseguido recoger una de las dos largas cuerdas, enrollándola tras el tronco del que brotaban como ramas rotas las dos flechas nerlingas. Pero no tuvo tiempo de retirar completamente la segunda y parte de ella quedó entremezclada con las piedras de la orilla. Apresuradamente Thelmor se ocultó en el robledal sin llegar a ser visto por los gronings. Los nerlingos tomaron sus arcos y comprobaron que los carcajes estaban llenos de flechas para defenderse de los furtivos navegantes en caso

de ser descubiertos.

Los alkos, apostados en ambas orillas del Morkurgul, aguardaban en silencio. Las dos barcas se acercaban a su posición mientras ellos contenían la respiración. Ocho tripulantes viajaban en cada uno de los botes. Un vigía en la proa, tres parejas de remeros y un timonel en la popa de la embarcación. Armados con espadas y ligeras ballestas mantenían sus ojos clavados en las orillas del río. Sus rojas y negras vestiduras asustaron incluso a unos martines pescadores que huyeron hacia los lindes de Bosque Salvaje.

—¿Qué es lo que buscan los gronings en el cauce del río? —se preguntó Kiril—. Fijaros además en ese maldito halcón que vuela sobre sus cabezas.

—No lo sé exactamente, pero presiento que esta vez no es a nosotros —respondió en voz baja Oyvind—. Probablemente vengan navegando desde el Martul, en las proximidades de Groningburgo, y rastreen los últimos indicios de resistencia hasta unirse con el resto de las tropas de Zornik más allá de Mugaburgo.

—Si continúan su imparable avance, habrán extendido sus garras hasta el Mar del Este antes del inicio del verano —dijo Kiril.

—Quizás no fuese a nosotros a quien buscaban —dijo repentinamente alterado Maikel—, pero creo que nos han descubierto. Han hallado una de las cuerdas.

—¡No os mováis y permaneced a cubierto! —dijo Kiril—. Puede que comprueben solamente de qué se trata.

—Si descubren a Thelmor estará perdido —dijo Oyvind.

—¡Calmaros! —pidió Kiril—. En ese caso no habrá más remedio que entrar en combate, aunque sean cuatro veces superiores a nosotros en número.

Los gronings, avisados por el vigía de la primera embarcación, viraron hacia la orilla este. Un repentino sudor frío recorrió la espalda de Thelmor, quien tomó una flecha de su carcaj y la colocó en su arco.

Los soldados de la primera barca descendieron a tierra, mientras el segundo bote permanecía a escasos metros de la orilla. En el cielo, el halcón volaba realizando amplios círculos sobre la posición de Thelmor, imitando la danza que sus hermanos realizaron semanas antes sobre la otrora capital nerlinga Lothikaton.

Uno de los soldados recogió algo del suelo y avisó a sus compañeros.

—¡Flechas nerlingas! —gritó.

—Es imposible que haya nerlingos tan al este de la región —dijo el que parecía ser el oficial al mando—. La compañía del capitán Biorkelen partió lunas atrás en su persecución y estoy seguro que dio buena cuenta de los fugitivos.

El soldado trató de localizar alguna otra señal.

—Han utilizado estas cuerdas para cruzar el río —comentó—. Pero... aquí... hay pisadas de un solo hombre. Es un único fugitivo el que permanece con vida.

—Te advertí que Biorkelen acabó con la partida de proscritos —dijo el oficial—. Y te prometo que nosotros daremos cuenta del último de ellos. Estas huellas son recientes, por lo que no andará muy lejos. Su cabeza descenderá el Morkurgul

colgada de la proa de mi embarcación —finalizó amenazante.

El oficial silbó dos veces y, como perseguido por el diablo, el halcón descendió de las alturas posándose en el brazo del groning.

Éste le susurró un par de palabras en un lenguaje ininteligible y, elevando su brazo al cielo, acompañó el vuelo del halcón con las palabras “busca al fugitivo”. El ave rapaz se elevó con inusitada velocidad y con sus penetrantes ojos buscó sin descanso al joven alko.

—¡Vosotros! —gritó el oficial—. Desembarcad y registrad la otra orilla. Después regresad y montad guardia en la orilla este. Nosotros saldremos de cacería —dijo sonriendo sarcásticamente.

La segunda barca viró en redondo y puso rumbo a la orilla oeste mientras el primer grupo se acercaba al robledal aguardando la señal delatora de su espía alado.

—Preparad vuestros arcos —dijo Kiril—. En cuanto pongan pie a tierra los atravesaremos con nuestras flechas.

—La sorpresa está de nuestra parte —continuó Maikel—. Al menos abatiremos a cinco o seis de ellos en la primera oleada.

—Y conseguiremos atraer su atención hacia nosotros, dándole una opción de escape a Thelmor —finalizó Oyvind.

Los nerlingos tomaron flechas prestos a descargar la furia de sus arcos sobre los gronings. El segundo bote casi había alcanzado la orilla oeste cuando un penetrante chillido llegó desde las alturas. El halcón había descubierto a Thelmor, quien en esos momentos reptaba en paralelo al río oculto bajo el robledal.

—¡El halcón ha dado con él! —gritó uno de los gronings.

—¡Corred malditos! —gruñó el oficial—. ¡Allí, treinta metros abajo en dirección sur! ¡Cazad al nerlingo!

Los soldados gronings cargaron sus ballestas y corrieron al lugar sobre el que el delator halcón sobrevolaba. La segunda barca atracó en la orilla oeste mientras contemplaba la persecución. Tomaron sus armas y se prepararon para intervenir en caso de ser necesario.

Thelmor estaba acorralado y decidió lanzarse a una lucha desesperada. Surgió con un gran salto de entre los árboles, disparando sin descanso su arco a una velocidad endiablada. Sus dos primeras flechas abatieron a sendos soldados. Ágilmente consiguió esquivar la primera andanada de dardos lanzada por los aturridos ballesteros gronings.

En la otra orilla, Kiril, Maikel y Oyvind hicieron cantar sus arcos acabando de tres en tres hasta un total de seis con los tripulantes de la segunda embarcación. Éstos habían descuidado su retaguardia al contemplar el desigual combate que libraban sus compañeros de armas cuando se aprestaban a ensartar con sus dardos a Thelmor.

Aún pudo abatir el fiero nerlingo a otros dos gronings hasta que una flecha se clavó en su pierna derecha e, inmediatamente después, otra le alcanzó en el hombro. Desde el otro lado del río, Kiril llamó a su amigo con un grito desgarrador. Fue en ese

preciso instante, cuando el último de los gronings que quedaban con vida en la orilla oeste, disparó su ballesta contra el lacrag nerlingo alcanzándole en el pecho. Kiril se tambaleó y cayó desvanecido sobre las piedras que cubrían la orilla, bañadas ahora por una mezcla de sangre y agua. El Kolkar del clan alko se desprendió de sus vestiduras y rodó hasta la cuenca del río.

Maikel descargó toda su ira en la flecha que atravesó de lado a lado el cuello del groning que había osado herir a su lacrag, dándole muerte al instante. El hijo de Torilo y Oyvind se acercaron a la orilla y trataron de socorrer a Kiril.

—Salvad a Thelmor —habló sin apenas fuerza Kiril justo antes de desmayarse.

Pero ya era demasiado tarde para el alko. A pesar de que Thelmor había abatido en sus últimos zarpazos a otro groning, un dardo mortal se clavó en su corazón. Se tambaleó, pero aún tuvo fuerzas para empuñar su espada enfrentándose en su agonía a la muerte. La elevó por encima de su cabeza, reclamando el orgullo de los alkos, pero de nada le sirvió, pues acabó ensartado en la espada del oficial groning.

Dos nuevas flechas volaron de orilla a orilla en socorro de Thelmor, dando muerte a sendos ballesteros. El oficial groning, sacando la espada del cuerpo de Thelmor se giró hacia los dos nerlingos y abriendo sus brazos gritó:

—¡El círculo se cierra sobre vosotros! ¡No quedará un solo nerlingo con vida en toda Tierra Conocida!

Maikel y Oyvind contestaron con inusitada rabia aquellas amenazas con dos saetas que volaron hacia el groning impulsadas por el dolor del pueblo nerlingo. Ambas alcanzaron su destino. El oficial clavó sus rodillas en el suelo y cayó muerto sobre la orilla del Morkurgul.

—Ni un solo groning sobre Tierra Conocida —sentenció un iracundo Maikel.

Maikel y Oyvind permanecieron inmóviles durante unos segundos contemplando el cuerpo inerte de Thelmor. Pero recordaron que también Kiril había sido abatido sin saber con certeza la suerte que había corrido. Se acercaron hacia el cuerpo tendido de su lacrag bañado ahora en sangre.

—¡Kiril! ¡Háblame! —gritó Maikel mientras suavemente le zarandeaba.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Oyvind—. Démosle la vuelta con cuidado y tratemos de reanimarle.

Giraron con suma delicadeza el cuerpo del joven Rey y lo tumbaron boca arriba. La flecha le había alcanzado por suerte en el lado derecho de su pecho y, a consecuencia de la caída, se había partido. Kiril perdía mucha sangre y decidieron extraerle el dardo. Maikel tiró con fuerza de él, desgarrando levemente la zona de la herida, al tiempo que una fuerte convulsión recorrió el cuerpo de su lacrag.

Oyvind trajo la última vasija de hidromiel que conservaban y vertió un poco del preciado licor sobre la herida, lo que hizo que Kiril recobrase por unos instantes el conocimiento.

—Bebe un poco de hidromiel —dijo Oyvind—. Aliviará tu dolor.

Kiril se incorporó ayudado por Maikel y tomó un par de sorbos.

—Thelmor —dijo sin apenas fuerzas—. ¿Dónde está Thelmor? —preguntó con insistencia.

Maikel y Oyvind cruzaron sus miradas resistiéndose a contestar aquella pregunta.

—Thelmor... Thelmor ha muerto —contestó Maikel al tiempo que una lágrima brotaba de sus párpados.

—Hemos vengado su muerte —dijo Oyvind visiblemente emocionado.

—El círculo se cierra sobre nosotros... —fue lo último que dijo Kiril antes de volver a desmayarse.

—Hay que arrojárselo y tumbarlo en la barca —reaccionó enseguida Maikel—. No nos queda otra opción que descender el Morkurgul. En su estado no sobrevivirá si intentamos cruzar Bosque Salvaje.

—Prometí que no abandonaría a mi lacrag hasta encontrar al sexto clan, y no romperé ahora mi promesa —dijo Oyvind—. Ingvar, hermano mio, resiste en el norte, pues un día nuestras espadas volverán a luchar juntas en la batalla.

Cuando Oyvind terminó de pronunciar esas palabras, el halcón que había contemplado desde tan privilegiada atalaya el sangriento combate, descendió en picado hasta la orilla y tomó con sus garras el Kolkar del clan de los alkos que Kiril había perdido. Con la misma velocidad que había descendido se elevó a los cielos. Oyvind armó rápidamente su arco y lo hizo cantar con una sonata mortal contra el ladrón alado. Pero éste, como si dos ojos vigilasen su retaguardia, rectificó el vuelo inesperadamente, esquivando la precisa flecha lanzada por el hijo del relámpago. El halcón se perdió en la lejanía volando hacia el noroeste, rumbo a Groningburgo, al encuentro de Zornik.

—¡Viste como esquivó mi flecha! —exclamó sorprendido Oyvind.

—Ese maldito halcón nos delatará —dijo Maikel—. Parecen criaturas poseídas por el propio Zornik, esos fríos y penetrantes ojos.

Y mientras el halcón se perdió en el horizonte, Maikel y Oyvind comprendieron que la decisión había sido tomada, esta vez por la fuerza. Descenderían el Morkurgul y cruzarían los peligrosos Rápidos del Ansar.

Cargaron en el bote todo lo necesario y colocaron sobre él tumbado a Kiril para que pudiera descansar. Montaron en la barca y cruzaron a la otra orilla donde dieron sepultura a su amigo Thelmor. Lloraron sobre su tumba como no lo habían hecho desde la Batalla del Bosque de Alkos. Rezaron encomendando su alma a Nerlinguia y pidieron que el espíritu de la diosa los acompañara en su inacabada misión. Antes de volver a subir a bordo de la embarcación, Maikel arrancó el pabellón groning colocado en la proa. Botaron la barca al río y comenzaron el descenso del Morkurgul. Oyvind ejercía de timonel y Maikel ora remaba ora cuidaba de Kiril.

La escaramuza había menguado a la compañía y los alkos realizaron la travesía con sus corazones henchidos de dolor por la pérdida de Thelmor y la visión de su herido Rey que se debatía entre la vida y la muerte. El círculo seguía cerrándose más y más en torno a los nerlingos. El poderoso Morkurgul descendía ahora al encuentro

del Mar del Este teñido del color rojo de la sangre derramada en aquella cruenta lucha.

Durante los dos días que tardaron en descender el cauce del Morkurgul hasta llegar a las puertas de los Rápidos del Ansar, Maikel se afanó en sanar a Kiril. Para ello no dudó en utilizar a modo de emplastos y cataplasmas las hierbas que Perlivarce le regaló en su despedida de Bortiburgo. Y a fe que surtieron efecto, pues la fiebre del lacrag nerlingo menguó y su herida dejó de sangrar. Progresivamente Kiril permanecía más tiempo consciente que inconsciente.

Raras veces echaron mano de los remos, si no era en algún tramo en el que el río serpenteaba de lado a lado. El Morkurgul descendía en esa estación con un caudal semejante al de la época de los deshielos mediada la primavera. Las nevadas de las últimas semanas habían dado paso a unos días templados, que provocaron que parte de la nieve acumulada en la Cordillera Iugur-András se derritiese, fluyendo ahora velozmente transformada en agua por los ríos Margul y Misún, afluentes occidentales del Morkurgul.

Pero por primera vez desde el quinceavo día del oso gris, la fortuna se vistió del color azul del clan alko. Los vientos que moran en las Tierras Frías, surcaron veloces la Cordillera Savakien y Bosque Salvaje llegando en forma de terrible tormenta de nieve a la Iugur-András, cubriendo con un denso manto blanco el extremo oriental de Jactinia. El invierno había renacido con fuerza cual ave fénix, deteniendo momentáneamente el hasta ahora imparable avance de los ejércitos de Zornik. Éstos debieron replegarse a Mugaburgo en espera de que el cielo cesase de enviar los blancos presentes que cubrían de frío y reconfortante silencio las castigadas praderas de Jactinia.

Incluso los fríos vientos del norte se atrevieron a desafiar a Zornik, llegando hasta las mismas puertas de Groningburgo. Congelaron con sus vuelos los nacimientos del Martul y del Fazkul, y durante días el Morkurgul no pudo ser navegable en su cauce más septentrional. Pero el poder del Rey brujo consiguió repelerlos hasta los lindes de Bosque Salvaje, desde donde nuevamente volaron hacia su hogar en el norte.

Zornik reagrupó a parte de sus fuerzas procedentes de las campañas de Lothikaton y Jactinia alrededor de los Guardianes de Groning. Su próximo objetivo sería aniquilar la resistencia de los últimos pueblos rebeldes moradores de las Tierras Frías. Pero aguardaría hasta el próximo equinoccio, pues era consciente de que la crudeza del invierno acabaría con muchos de sus hombres en una campaña contra los norteños. Una vez conquistadas las Tierras Frías, sus ejércitos avanzarían desde el norte y el oeste, formando una tenaza sobre las tierras orientales recorridas por el Río Taquakland y bañadas por el Mar del Este. Con los primeros albores del otoño, toda Tierra Conocida a excepción de las zonas yermas de Tierra Seca y el Desierto Rojo estarían bajo sus pies.

Maikel y Oyvind atracaron la barca en la orilla este, a un kilómetro de distancia de los Rápidos del Ansar. Extendieron unas mantas sobre el húmedo suelo y tumbaron cuidadosamente sobre ellas al malherido Kiril. Durante un buen rato permanecieron con la mirada perdida en los rápidos, imbuidos en dolorosos recuerdos.

Frente a ellos el continuo golpeteo del agua contra aquellas rocas, modeladas en curiosas formas tras el artesanal trabajo de siglos del Morkurgul, les prevenía que un nuevo obstáculo se interponía en el camino de su desesperada huida. Hastiados de tantos peligros y sufrimientos decidieron descansar durante unas horas para afrontar con fuerzas renovadas el último escollo que les separaba de las saladas aguas del Mar del Este.

—Maikel... Maikel —susurró Kiril—. Dame un poco de agua, tengo sed.

El hijo de Torilo acercó en el acto un pequeño pellejo con agua a los secos labios de Kiril. Durante esos días Maikel no se había separado un solo instante de su lacrag.

—Bebe despacio —dijo Maikel—, o te atragantarás —añadió sonriendo al contemplar como sus ungüentos estaban sanando a Kiril.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —preguntó Oyvind quien acababa de llegar de inspeccionar los Rápidos del Ansar.

—Siento que mi frente no arde como ayer, aunque el pecho me sigue doliendo mucho —habló con dificultad Kiril.

—Y te seguirá doliendo durante unas cuantas semanas —dijo Oyvind—, si tenemos en cuenta que Maikel te extrajo la flecha con suma delicadeza... —y terminó riendo.

—Muy gracioso —refunfuñó Maikel.

Kiril sonrió, pero su herida le habló en forma de punzante y agudo dolor, por lo que tuvo que recostarse nuevamente.

—Descansa y duerme un poco —le recomendó Oyvind—. Maikel y yo hablaremos mientras tanto de los Rápidos del Ansar y lo que nos espera tras ellos.

Kiril cerró sus párpados y no tardó en cabecear y caer dormido en un placentero sueño. La herida le había debilitado mucho y ahora debía descansar para reponerse. Peligrosas aventuras les esperaban aún en las lunas venideras.

Oyvind explicó a Maikel las dificultades que deberían superar a su paso por los rápidos. Si bien el torrente discurría entre rocas y salientes, el cauce del río era lo suficientemente ancho como para poder sortearlos con un mínimo de destreza. El gran desafío llegaría al final. El río se estrechaba reduciendo su anchura a la mitad, a la vez que el descenso era muy pronunciado en un corto espacio de tiempo. Allí el agua alcanzaba su máxima velocidad y bravura.

Tras mucho discutir, ambos convinieron en que un bote guiado por un timonel y dos remeros tendría muchas posibilidades de salir airosos. Pero en sus circunstancias,

con sólo dos hombres agotados por el esfuerzo, transportando a un compañero herido, esas probabilidades se reducían considerablemente. Pero el orgullo alko les hizo sobreponerse ante tan oscuro horizonte y se confabularon para llevar aquella barca hasta las aguas del Mar del Este.

Sobre la barca prepararon una especie de improvisado camastro a base de mantas donde tumbaron a Kiril. A ambos lados de su lacrag colocaron, a modo de protecciones, los zurroneos y demás pertrechos que transportaban. Sujetaron y ataron firmemente tanto a Kiril como a sus pertenencias al bote groning. Cada uno de ellos tomó un remo, colocaron sus arcos y carcajes a sus espaldas, enfundaron sus espadas y rezaron una oración a Nerlinguia antes de atacar el tramo final del río. A varios kilómetros de distancia, los Rápidos del Ansar aguardaban la llegada de los tres nerlingos.

La barca comenzó a descender el Morkurgul, al tiempo que Oyvind y Maikel tomaban posiciones en ella. Oyvind se colocó como timonel, mientras Maikel trataría de evitar los impactos laterales de la barca contra las rocas que, repartidas a lo largo de ambas orillas, jalonaban el descenso. Apenas si habían dado cien paladas cuando los Rápidos del Ansar se aparecieron frente a ellos. Una nube de agua vaporizada les dio la bienvenida. Maikel acarició con su mano el hombro de Kiril y, asiendo con fuerza el remo, gritó con Oyvind al unísono:

—¡Por Nerlinguia! —gritaron.

—¡Tiembla Morkurgul! ¡La ira nerlinga desciende por tus aguas! —añadió Maikel enrabiado.

El descenso era rápido y el continuo golpeteo de las aguas contra las zonas rocosas creaba una fuerte turbulencia en la corriente. La barca iba de lado a lado, sorteando los continuos salientes. Con cada brusco giro que realizaba, pequeñas olas llenaban de agua la embarcación. Kiril se despertó sobresaltado con aquel continuo vaivén, aunque no alcanzaba a ver lo que estaba ocurriendo. Agotado por la gran cantidad de sangre que había perdido, cayó nuevamente en un estado de inconsciencia.

—¡Cuidado, a tu izquierda! —gritaba Oyvind.

—¡Gira ahora hacia la derecha! —le contestaba Maikel mientras esquivaba la enésima roca.

—Nos acercamos al estrechamiento —dijo Oyvind—. Arrodíllate o el zarandeo de la barca te arrojará al río.

—De acuerdo —asintió Maikel—. Y tú sujeta con firmeza el timón o de lo contrario todos iremos a parar al fondo del Morkurgul.

Los nerlingos se aprestaron a acometer el último obstáculo de los Rápidos del Ansar. Maikel se afanaba en achicar agua en un tramo de breve descanso. Hasta ahora la estructura de madera del bote groning permanecía indemne, salvo un par de pequeños golpes recibidos.

—¡Adelante! ¡El Mar del Este nos aguarda! —gritó Maikel al entrar la

embarcación en las grandes turbulencias.

El cauce del río se estrechó rápidamente como Oyvind había anunciado. La barca comenzó a saltar más que a navegar entre aquel torrente de espuma y agua. Trataron de esquivar un saliente que surgió súbitamente por su flanco derecho, pero al escorarse hacia la izquierda, el bote chocó contra unas rocas. Maikel se desequilibró y cayó encima de Kiril, aunque rápidamente pudo incorporarse de nuevo. Oyvind dirigía el bote como podía y nuevamente fueron a golpear contra una roca que ocupaba la zona central del lecho del río. Una importante brecha facilitó la rápida entrada del agua en la barca y el penúltimo brinco hizo que Maikel perdiera su remo. En el siguiente golpe de las desbocadas aguas del Morkurgul, Oyvind perdió el control sobre el timón. La barca giró bruscamente a la izquierda cruzándose en medio del irrefrenable torrente, chocando finalmente contra uno de los salientes que anunciaban el último salto. Maikel voló fuera de la barca cayendo al agua, mientras ésta volcaba en la última de las cascadas. Maikel buceó unos metros arrastrado por la corriente hasta que logró salir a flote en el remanso formado al término de los Rápidos del Ansar.

—¡Oyvind! —gritó al tiempo que sacudía su cabeza—. ¿Dónde estás? —preguntó nuevamente sin encontrar respuesta alguna.

Tras unos interminables segundos de silencio, únicamente interrumpidos por el atronador sonido del Morkurgul, Oyvind salió a la superficie a los pies de la cascada.

—¡Maikel! —contestó con otro grito el joven alko—. ¡Estoy aquí!

—¿Y la barca? —preguntó Maikel—. ¿Se hundió tras el último salto?

—¡No, detrás de ti! —gritó desesperado Oyvind—. Desciende el río a la deriva.

Tras caer por la última cascada, la barca había volcado y descendía corriente abajo.

—¡Kiril! —gritaron al unísono.

—Tenemos que dar la vuelta al bote o Kiril se ahogará —dijo angustiado Maikel—. Rápido, nademos hasta él.

Como dos delfines surcando los azules océanos occidentales, Maikel y Oyvind nadaron tras la barca que continuaba lentamente su descenso por el ahora pacífico Morkurgul.

Cuando se encontraban a unas brazadas de alcanzarla, se sumergieron bajo el agua y vieron como el joven lacrag permanecía atado al bote. Gracias a los dioses, una gran burbuja de aire bajo el armazón de la barcaza permitía a Kiril poder seguir respirando.

Impulsados por la fuerza de Nelinguia voltearon la barca y, asiéndola de la popa, la empujaron trabajosamente hasta la orilla. Tras comprobar que Kiril seguía vivo, se abrazaron y lloraron de alegría.

Agotados por la titánica lucha que habían mantenido con los Rápidos del Ansar, los nerlingos acamparon en un robledal próximo a la orilla del Morkurgul. Sin ya preocuparles ser descubiertos por los gronings, encendieron una hoguera para secar

sus empapadas ropas y así poder entrar en calor. No pararon de tiritar durante varias horas, hasta que el fuego y los tragos de hidromiel calmaron sus desconsoladas almas. Para cenar ingirieron algunos frutos secos, que como bien dijo Maikel ahora eran más bien mojados, y unos trozos del imperecedero bizcocho que Milia preparó en la lejana Bortiburgo.

Esa noche la hoguera de calientes y humeantes brasas montaría guardia por ellos, ahuyentando a los malos espíritus que quisieran acercarse. Se acurrucaron unos junto a otros, reservando para Kiril las escasas ropas de abrigo que habían conseguido secar, y quien milagrosamente parecía mejorar tras el peligroso baño que había tomado. La noche sería tremendamente fría, pues el profundo cielo dejaba vislumbrar por doquier, cientos de estrellas que lo surcaban de oriente a occidente.

Pero esta vez, ni el gélido amanecer que penetraba hasta la misma caña de sus huesos, consiguió despertar a los nerlingos de sus profundas ensoñaciones. Pasaron varias horas desde que las primeras luces del alba asomaron por el horizonte, hasta que la diezmada compañía alka abrió sus ojos a un nuevo día. Y la bienvenida que éste les ofreció no pudo ser más maravillosa.

Como si de un regalo de los dioses se tratara, los nerlingos sintieron una leve brisa cálida venida desde el mismo Mar del Este, que planeando sobre el Morkurgul, formó una espiral en aquel recodo del río. Elevó sobre sus cabezas las miles de congeladas gotas de escarcha que descansaban sobre las rocas, plantas y árboles, consiguiendo que los aún débiles rayos de sol incidiesen directamente sobre ellas. En ese momento, decenas, cientos de diminutos arco iris, tiñeron el aire de intensas y brillantes tonalidades, desde el azul alko hasta el amarillo del sol invernal, quien ansiaba dar paso a la joven primavera que en unos meses llamaría a las puertas de su morada.

Sin apenas poder entreabrir sus párpados, los nerlingos contemplaban boquiabiertos el sin par espectáculo. Pareciese que todas las hadas del bosque, engalanadas con sus más elegantes trajes adornados por enormes diamantes, volasen grácilmente sobre las cristalinas aguas del río. Tras varios minutos admirando aquella danza de destellos luminosos, en los que sintieron estar encerrados en un mágico caleidoscopio, la cálida brisa desapareció siguiendo el curso del Morkurgul. Las brillantes luminarias que habían pululado suspendidas en el aire, cayeron lentamente como hojas caducas formando una interminable cascada refulgente.

—Nerlinguia nos ha bendecido llorando lágrimas sagradas por Thelmor —dijo Oyvind aún extasiado por la visión contemplada.

—Es como si nos diera la bienvenida a estas tierras —dijo Maikel—, como si nos abriera las puertas a un nuevo mundo.

—Nuestra diosa nos ha recordado que jamás nos abandonará —habló el malherido Kiril—. Nos ha mostrado el camino que conduce ala casa de nuestros

hermanos perdidos. No nos demoremos, pues ahora contamos con el beneplácito divino. Hoy dejaremos atrás esta comarca bañada de sangre. Nerlinguia nos augura un viaje tranquilo en las próximas lunas —finalizó Kiril.

—¡Que así sea! —gritó Maikel.

—Apresurémonos a cumplir la última etapa de nuestro viaje —dijo Oyvind—, y encontremos al sexto clan. Y cuando esto suceda yo te encontraré a ti, mi amado hermano Ingvar —afirmó con melancolía el hijo del relámpago—. Y tu brazo se unirá a la renacida nación nerlinga que liberará Tierra Conocida de la tiranía groning.

Con nuevos bríos y auspiciados por la protección de su diosa, los nerlingos botaron al Morkurgul el maltrecho bote castigado tras el paso de los Rápidos del Ansar. Se dejaron llevar por la serena corriente que les conduciría en varias lunas a las saladas aguas del Mar del Este.

Kiril mejoraba rápidamente de su herida e incluso permanecía incorporado durante algunos tramos del descenso admirando el bello y frondoso paisaje de la floresta de hoja perenne. Maikel y Oyvind se relevaban en el puesto de timonel, ya que ahora apenas si remaban, dejándose guiar por la corriente que seguía la estela dejada por la divina brisa cálida del este.

Las horas y los días se sucedieron envueltos en una inusual calma que no hacía sospechar los vientos de guerra que rugían en el norte de Jactinia. Como si los tres nerlingos hubiesen pactado una tregua con el enemigo, y una gran bandera blanca ondease en la proa de la embarcación, su camino discurría en paz y armonía por aquellos parajes que años atrás el gran Rey Akrog recorrió en busca de la stirpe perdida.

Gródolas y el plan de Ingvar

El sordo alarido del cuerno de Eloburgo anunció el inicio de una nueva jornada de trabajo en las minas de oro. Aún no había amanecido cuando los soldados gronings comenzaron a abrir los candados que sellaban los barracones en los que se hacinaban los prisioneros. El chasquido de los látigos puso rápidamente en pie hasta al más anciano de los elothas. Era el primer día de esclavitud para la comunidad nerlinga.

Como cientos de cuerpos sin alma, ante los apesadumbrados ojos de Ingvar, fueron desfilando uno a uno los prisioneros de Eloburgo. Haciendo honor a su nuevo apelativo, “los sin futuro”, arrastraban sus huesudos cuerpos en perfecta formación hacia las puertas de la ciudad-prisión. Los nerlingos, dirigidos por los gritos de sus guardianes, se pusieron a cola de la fantasmal columna.

—Seguidme —dijo Gródolas—. No os separéis de mí y os ahorraréis unos cuantos latigazos.

—Gracias, amigo —dijo titubeante Ingvar.

Los prisioneros se colocaron en cuatro grandes columnas de más de doscientas personas cada una. Los nerlingos siguieron a Gródolas tal como les había indicado.

Una nueva llamada del cuerno groning hizo que varios centinelas corriesen hacia los enormes portones de entrada a Eloburgo. Con gran esfuerzo comenzaron a abrirlos, mientras en el exterior, ocho carretas, dos por columna, se preparaban para repartir el pestilente desayuno a los prisioneros. Éstos previamente debían tomar unos carcomidos cuencos de madera en los cuales les era arrojada la comida. Así no se perdía tiempo y los esclavos comían mientras se dirigían a las minas. Antes de llegar a ellas, debían depositar los cuencos en las carretas que ya les aguardaban a las puertas del puesto de centinela en el acceso a las excavaciones auríferas. El mismo proceso se repetiría al alba cuando regresasen a Eloburgo.

Los nerlingos quisieron morir al ver como transcurriría de ahora en adelante su existencia. Por el contrario, Gródolas parecía estar ansioso por tomar la primera comida del día. Lentamente fueron avanzando hasta llegar a la carreta donde los gronings repartían el repulsivo manjar. Primero Gródolas y después otro norteño que lo acompañaba, acercaron el cuenco en el que el cocinero vertió una papilla marrón con tropezos que al verla casi hizo vomitar a Ingvar. Cuando llegó el turno del alko, apartó la mirada y extendió su brazo para recoger el alimento. Hizo de tripas corazón y lo acercó a su nariz para olfatearlo. Frunció el ceño al oler el hedor que desprendía y amagó con tirar el cuenco al suelo.

—Acabarás deseándolo —le habló repentinamente con firmeza Gródolas—. Ésta es la única fuente de energía que aquí encontrarás para nutrir tu cuerpo. Si deseas sobrevivir harás bien en no despreciarla, o jamás volverás a ser un hombre libre.

Ingvar no contestó a Gródolas pero, recapacitando tras reflexionar sobre las palabras del norteño, comenzó a comer del cuenco. El resto de nerlingos que le

acompañaban siguieron el ejemplo de Ingvar.

—¡Vamos! ¡Moveros! —gritó uno de los carceleros mientras esgrimía amenazante su látigo.

Los nerlingos, atemorizados, agachaban sus cabezas y a pequeños bocados daban cuenta del desayuno.

—Jamás podré llegar a desear esta inmundicia —le dijo Torilo a Gródolas—. Algún día probarás mi incomparable asado de ciervo allá en Alkoburgo, y entonces sabrás lo que es anhelar algo con desesperación —dijo el anciano padre de Maikel logrando hacer sonreír a Ingvar y Gródolas.

No había transcurrido una hora desde que partieron de Eloburgo cuando, a vista de pájaro, divisaron el acceso a las excavaciones auríferas. Una pequeña empalizada lo circundaba, accediéndose a ellas únicamente a través de un ancho portón por el que irían entrando cada una de las cuatro columnas de prisioneros. En uno de los laterales, un puesto de centinela controlaba el acceso, mientras a unos cien metros frente a él, se hallaban apostadas aguardando a los esclavos las carretas que recogían los vacíos cuencos de madera.

Los elothas avanzaban con paso cada vez más cansino a medida que se acercaban a la empalizada. La perspectiva de un nuevo día de agotador trabajo, salpicado por continuos latigazos, desalentaba a los maltrechos esclavos.

—Cuando entremos a las minas nos dividirán en dos grupos —dijo Gródolas—. Los más fuertes y robustos serán seleccionados como picadores y el resto pasarán a formar parte de los porteadores.

—¿Qué son los picadores y porteadores? —preguntó Ingvar.

—Los picadores son aquellos que cavan en los túneles —respondió Gródolas—, descubriendo las vetas de oro y extrayendo el metal de la tierra. Es el trabajo más duro, pero también el mejor recompensado. Puedes beber agua hasta cinco veces al día. Los porteadores, por contra, transportan en sus cestos el oro hasta los almacenes situados en la parte alta de la excavación —finalizó el norteño.

—No podré resistir un día entero como porteador, y mucho menos como picador —dijo abatido Torilo.

—¡Claro que aguantarás! —contestó Ingvar tratando de animar al anciano—. La fuerza de Maikel le llegó heredada de alguien.

—De un gallardo joven que años atrás fue a cazar al Bosque de Alkos y nunca regresó —respondió Torilo con añoranza.

—Más te valdrá resistir y luchar —dijo Gródolas—, o los gronings no dudarán en cercenarte tu vieja cabeza.

Un latigazo cayó repentinamente sobre ellos.

—¡Basta ya de tanta charla! —gritó el soldado—. Callad y guardad vuestras fuerzas para acarrear el oro del Senescal —y otro hiriente latigazo castigó sus

espaldas.

Como Gródolas les había explicado, una a una las cuatro columnas de esclavos atravesaron la empalizada. Allí fueron separados en picadores y porteadores por el capataz de las minas. Excepto los nerlingos, los demás esclavos ya sabían de antemano la labor que tenían asignada, por lo que no hizo falta que el capataz tuviera que dirigirles la palabra. Sólo en un par de ocasiones, en los que algún picador agotado por el esfuerzo intentaba escabullirse a las tareas de porteador, provocaron su intervención, por supuesto nada condescendiente con el infractor.

Cuando Gródolas y los nerlingos llegaron a la altura del capataz, éste les miró con desprecio, especialmente a los hijos de Nerlinguia.

—Hoy traes nuevos compañeros —habló dirigiéndose al de Tenkolmar—. Espero que aguanten más que los anteriores.

Gródolas continuó caminando sin prestar atención a las palabras del capataz y tomó el pico que le dio uno de los soldados.

—Tú —se dirigió el capataz a Ingvar—, pareces estar fuerte. Tú también, y tú, y el que está detrás tuyo —terminó de hacer la selección—. Vosotros seréis picadores. ¡Soldado! —gritó—. Proporcionales su nueva herramienta de trabajo —y rió sarcásticamente—. Maldita sea —dijo ahora frunciendo el ceño al ver al grupo que seguía a Ingvar—. Los prisioneros son cada vez más débiles y endebles. No llegan más que viejos, mujeres y niños. ¿Es que acaso los hombres de vuestros clanes huyen espantados a las montañas al oír el grito de guerra de los tambores gronings? ¡Malditos cobardes! Yo os maldigo una y mil veces —finalizó mientras fijaba con odio su mirada en los ojos de Torilo.

—¡Los demás, seguidme! —gritó uno de los soldados que flanqueaban al capataz—. Vosotros seréis porteadores, la escoria de la mina. No tendréis derecho más que a dos vasos de agua en toda la jornada.

Los esclavos siguieron cabizbajos a los soldados mientras alguno de los niños lloraba desconsoladamente. Ingvar y otros tres nerlingos seguían ahora los pasos de Gródolas y su compañero norteño Vladas.

Los condujo a través de uno de los pasillos que accedían al primer terraplén. Allí descendieron por un seco camino esculpido por las pisadas de los elothas durante miles y miles de lunas. Una vez bajaron aquel talud, una pequeña planicie los condujo a la infernal atalaya desde la cual se contemplaba la excavación. Un inmenso agujero de más de cien metros de diámetro por veinte de profundidad, al que sólo se podía llegar a través de decenas de inestables escalas por las que los porteadores subían y bajaban cargados con el dorado metal. A determinadas alturas, pequeños salientes surgían de la vertical, dando la sensación de ser balconadas que sirvieran de descanso para los esclavos. Nada más lejos de la realidad, pues no eran sino accesos a los túneles donde los picadores convivían con la interminable sonata de sus golpes

contra las paredes de las galerías, ansiando oír el chasquido metálico que les revelase la existencia de una nueva veta. Así serían recompensados con una ración extra de alimento y unos breves instantes de descanso.

En el centro de aquel enorme pozo, que ni el más grande de los meteoritos podría haber causado, había otra empalizada donde, por turnos, los esclavos descansaban y reponían fuerzas. Dos paradas en todo el día para los porteadores y cinco para los picadores como Gródolas les había explicado. Pero también les acompañaba un grueso tronco de madera a modo de tótem de tortura, reservado para aquellos esclavos que debieran ser castigados por no trabajar con la intensidad requerida. Un premio de cinco latigazos les espolearía a esforzarse como requería el honor de servir al Senescal de Eloburgo.

Lentamente, a imagen y semejanza de una comunidad de hormigas, la excavación se fue poblando de obreros que descendían por las escalas tomando posiciones en la mina. En pocos minutos, decenas de cadenas humanas iniciaron el transporte del oro desde el fondo y los túneles hacia la planicie superior. En medio de aquel ajetreo, Gródolas y Vladas condujeron a Ingvar y sus tres compañeros nerlingos a una de las galerías que se situaba a media altura en la excavación. Como bienvenida a la misma recibieron de sus guardianes varios latigazos. Con semejante acicate no tuvieron más remedio que empezar a picar inmediatamente. Aquel continuo martilleo que castigaba sus tímpanos ya no les abandonaría por el resto de sus vidas.

Mientras Ingvar excavaba en el corazón de las minas, Torilo y los demás porteadores realizaban auténticos malabares para transportar el pesado metal trepando por las frágiles escalas de madera. Los cestos repletos de oro pesaban como losas de mármol sobre sus espaldas doloridas por los continuos latigazos. Y es que como los gronings lo llamaban, hoy era “día de recogida”. Cada tercer día de la semana, una nutrida compañía de soldados llegaba procedente de Groningburgo para cargar el dorado metal y transportarlo a las salas de tesoros del Rey Zornik. Así los pequeños almacenes de Eloburgo quedaban vacíos y nuevamente los esclavos disponían de una semana para llenarlos a rebosar. Si no lo conseguían, el capitán de la compañía procedente de la capital, castigaba a los vigilantes de las minas por su excesiva benevolencia con los esclavos, reduciéndoles su jornal o privándoles de licores u otros manjares con los que se embriagaban en sus tardes de asueto; con lo cual no era difícil de adivinar que la ración de latigazos, así como los castigos públicos en el anillo inferior de la excavación, aumentaban en la misma proporción.

Como veterano picador que era, Gródolas había llevado a sus nuevos amigos a uno de los túneles en los que con mayor frecuencia aparecían vetas de oro. Los dos norteños comenzaron a picar sobre una descubierta el día anterior, mientras que a los novatos se les encomendó la ardua labor de ir profundizando y apuntalando el pasadizo. Llevaban ya cerca de dos horas picando en la galería, cuando un chasquido metálico hizo volver las cabezas de Gródolas y Vladas hacia ellos.

—¡Oro! —gritó Ingvar—. ¡Una veta de oro! —seguía gritando sorprendido.

—¡Por las barbas de Olión! —dijo Gródolas—, que me aspen si lo entiendo. Nunca nadie antes había encontrado oro tan rápido en la mina.

—En verdad eres afortunado —añadió Vladas—. Podrás paladear un trozo de pan y queso mientras descansas tus brazos.

Un sordo chasquido cortó la última palabra que Vladas había pronunciado. Ingvar gritó y dobló sus rodillas en el suelo.

—Bien haces en afirmar maldito norteño en que nadie logró encontrar oro tan velozmente —dijo uno de los guardianes—. Y como sólo puede deberse a un guiño de la fortuna, no tendrás derecho a tus minutos de reposo.

—¡Pero es mi recompensa por haber descubierto una nueva veta! —sollozó desesperado Ingvar, aunque rápidamente recapacitó y trató de convencer al groning—. Bien hacéis notar en que semejante premio es desproporcionado para el pequeño esfuerzo realizado comparado con el de mis veteranos compañeros —continuó—. Así pues, justo sería repartir el alimento con ellos.

—No trates de aturdir mi mente con tus embaucadoras palabras —contestó el groning—. ¡Volved inmediatamente a vuestro trabajo! —y repartió latigazos a diestro y siniestro—. Y tú, miserable nerlingo, no probarás alimento alguno hasta que regreses a tu jaula en Eloburgo —y finalizó su reprimenda con dos fuertes latigazos que rasgaron las vestiduras del hijo del trueno.

El día avanzaba e Ingvar cumplió con el castigo impuesto. Entretanto, en el exterior de los túneles los portadores descansaban y comían por turnos. Entre ellos Torilo, quien aún convaleciente de su herida, sentía flaquear sus piernas. Movía sus brazos en pequeños círculos tratando en vano de desentumecer su espalda.

—No podré aguantar así durante muchos días más —comentaba Torilo con una mujer celka.

—Reza a Nerlinguia para que te infunda fuerzas y esperanza —le contestó ella.

Mientras los elothas seguían arremolinados en el fondo de la excavación, los gronings ajusticiaban en el tótem de tortura a un desdichado porteador. El infeliz se había desequilibrado al ascender por las escalas, con tan mala fortuna que volcó el oro que transportaba sobre uno de los soldados. Con este castigo público los gronings pretendían acobardar a los recién llegados a las minas, y con la crueldad que descargaban sus golpes sobre aquel hombre a fe que lo consiguieron.

Ingvar y los otros nerlingos que picaban en los túneles tenían sus manos doloridas y llenas de ampollas. En consecuencia su ritmo de trabajo disminuía paulatinamente, lo que no pasaba desapercibido para sus guardianes, quienes rápidamente les insultaban o fustigaban con sus látigos.

—No te preocupes, pezuñas blancas —dijo Gródolas mientras le mostraba a Ingvar sus enormes y poderosas manos encallecidas por el trabajo de años—. En unos meses tus delicadas manos se habrán adaptado a la mina.

—¿Por qué me has llamado pezuñas blancas? —preguntó malhumorado Ingvar.

—Porque así es como aquí apodamos a los que cubren sus manos con vendas o jirones para poder agarrar el pico —replicó Gródolas al tiempo que arrancaba de la pared del túnel un pedazo de oro del tamaño de una bellota.

—Antes de que deje de ser un pezuñas blancas habré escapado de este infierno —farfulló entre dientes Ingvar.

—No dejes que el bullir de tu joven sangre nuble tu mente —le contestó tajantemente Gródolas—. Sólo con un estudiado plan tendrás una mínima oportunidad de alejarte más de cien metros de aquí.

—¡Silencio! —interrumpió violentamente uno de los guardianes—. Maldito nerlingo, ¿es que a pesar de no haber comido aún te restan fuerzas para seguir hablando? Si no cierras tu apestosa boca no probaras bocado hasta que el transporte de oro regrese de Groningburgo —y golpeó con su pie a Ingvar.

Poco a poco daba la impresión de que comenzaba a atardecer, más que por el declinar del sol, por una leve sensación de frío, ya que el día se había teñido desde su nacimiento de un tono gris plomizo, con un cielo plenamente cubierto de un sinfín de cúmulos y nimbos. Los esclavos empezaron a mirar con impaciencia a los soldados, aguardando con ansiedad el grito del cuerno de llamada que les devolviese a sus celdas en Eloburgo.

Su instinto no les traicionó y tras varios centenares de golpes de pico y acumular unos cuantos kilos más de oro en los almacenes, el capataz de la mina aurífera llamó personalmente a formación a los elothas. El estruendo del cuerno fue tal, que incluso en los túneles su eco ensordeció el golpeteo de los picos.

Los elothas comenzaron a ascender velozmente por las escalas para así poder alcanzar la planicie en la que debían formar antes de emprender el regreso a la prisión. Los guardianes de los picadores recogían a la salida de los túneles las herramientas de trabajo que les serían entregadas la próxima jornada. Como la colonia de hormigas que abandona en desbandada el hormiguero, los elothas ascendían por las paredes de la excavación azuzados por los látigos de los gronings.

—¡Vamos! ¡Deprisa, haraganes! —gritaban los gronings a los últimos rezagados mientras ondeaban sus látigos cual banderas al viento.

—¡A formar! —gritaban otros—. Pronto anochecerá y todavía queda un largo trecho hasta Eloburgo. El que retrase a las columnas servirá de alimento a los wolkurs del Senescal —decían tratando de atemorizarles.

Antes de que los soldados hubieran terminado de intimidarles, el último grupo se unió a los demás esclavos completando las cuatro columnas. Permanecieron allí formados durante algunos minutos, hasta que el capataz de las minas se acercó a ellos para hacer balance del primer día de trabajo de los nerlingos. Se paseaba altivo mientras miraba con desprecio a los esclavos, quienes destrozados por el inhumano esfuerzo realizado, apenas si oían lo que éste les decía. En su mente sólo cabía el deseo de comer la apestosa cena que les aguardaba en el exterior de las minas y

dejarse caer desplomados sobre los hediondos barracones de Eloburgo. Allí caerían rendidos al instante y, una vez dormidos, escaparían en sus sueños de aquella horrible pesadilla que sufrían en vida. Ésa era la única libertad que ahora podían disfrutar.

—Malditos nerlingos —gruñía el capataz—. Jamás alcanzaré a comprender como una raza tan débil y cobarde como la vuestra pudo derrotar a nuestro glorioso ejército en la Batalla de Bosque Verde —y miraba a las columnas de esclavos con rabia en los ojos—. Pero ahora ha llegado la hora de nuestra venganza y ni la ayuda de todas las comadrijas de los bosques podrán libraros de la gran debacle. Lothikaton ha sido aplastada, y todos los colaboracionistas de Jactinia irán cayendo uno a uno bajo la enseña del lobo negro —hizo una pausa y caminó con mayor desdén hacia las columnas de esclavos—. Tengo noticias frescas para vosotros —continuó—. Recién llegadas de Groningburgo. La última resistencia nerlinga ha caído, al igual que las ciudades de Bortiburgo y Mugaburgo. Jactinia entera ha claudicado ante nuestro poder y pronto lo hará toda Tierra Conocida —y pareció haber finalizado ya su oratoria cuando giró sobre sí mismo y dio la espalda a los elothas—. Se me olvidaba un pequeño detalle —añadió mientras se alejaba—. Las cabezas del lacrag nerlingo y sus tres compinches cuelgan de las empalizadas de Mugaburgo como escarmiento para todo aquel que ose desafiar el poder del gran Zornik. ¡Bienvenidos al eterno infierno! —y rió con carcajadas demoníacas.

—¡Mentira! —dijo entre dientes Ingvar—. Está mintiendo —comenzó a sollozar—. Sólo quiere arrebatarnos la esperanza de recuperar un día nuestra libertad.

—Cállate si no quieres que acaben contigo aquí mismo —le dijo con firmeza Gródolas—. Olvida lo que ha dicho.

—Mi hermano vive —dijo Ingvar—, y junto a él, Kiril, Maikel, Thelmor y quien quiera les acompañe.

—No te tortures con los recuerdos de tu hermano —dijo Gródolas—. Deberás ser fuerte si quieres sobrevivir, debes mantener la esperanza. Calla ahora, pues tiempos más propicios han de llegar.

Los guardianes dieron permiso a las cuatro columnas para abandonar las minas. Una a una fueron desfilando por el gran portón avanzando con lentitud. Sus famélicas piernas pesaban ahora como bloques de granito. A un centenar de metros de las empalizadas les aguardaban las carretas de aprovisionamiento. El servicio de intendencia groning había derrochado nuevamente toda su imaginación pergeñando un alimento aún más repulsivo que el de la luna anterior.

Los esclavos fueron tomando los vacíos cuencos en los que les arrojaban aquellos víveres que ni la más hambrienta de las bestias carroñeras osaría probar.

Si el ánimo de los elothas era bajo, qué decir de los nerlingos, quienes acababan de escuchar la noticia de la captura y muerte de su Rey. Todas sus esperanzas de salvación se desvanecían entre sus dedos como granos de arena. Muchos acariciaron

la marca que llevarían grabada para siempre en sus brazos y por fin comprendieron el significado de la palabra elotha, los sin futuro.

Sólo unos pocos se resistían a creer lo que el capataz les había contado. E Ingvar más que ninguno, pues en lo más profundo de su corazón sentía a su hermano libre en algún lugar de Jactinia. Eso le hacía concebir una pequeña esperanza que le mantendría vivo en aquella prisión de la eterna condena. Gródolas le miraba y admiraba su entereza y espíritu indomable, aunque en el fondo, desanimado por el encierro de largos años y la pérdida de innumerables hermanos de sangre, veía a Ingvar como un noble caballero bailando en brazos de una irrealizable quimera.

Al cabo de una hora, otro cuerno, esta vez el de Eloburgo, resonó en todo el Valle de los Elothas. Los portones de la ciudad-prisión se abrieron como la lápida de un sepulcro. Antes de penetrar en ella, los esclavos devolvieron los cuencos en los que entre traspies y latigazos habían comido su cena.

Ya en el interior de la ciudad, el Senescal Loriklen les aguardaba con impaciencia. Quería observar con sus propios ojos el efecto que había causado en los nerlingos el trabajo en las minas y las emponzoñadas palabras de su capataz. Bien pudo comprobar con presteza que el resultado había sido más que satisfactorio; pues la diezmada comunidad sollozaba, arrastrando sus pies y su alma por el pedregoso camino. Sólo Ingvar y media docena más de hombres caminaban erguidos desafiando al Senescal.

—¡Deprisa! ¡Corred a vuestras jaulas! —les gritaba Loriklen—. Dentro de unas lunas me suplicaréis que acabe con vuestras vidas. Pero ése sería un final dulce e inmerecido para vuestra vil existencia. Moriréis extenuados en las minas o devorados por mis perros de la guerra —continuó gritando y destruyendo los últimos reductos de moral nerlinga.

Ingvar y Torilo acompañaron a la fantasmal compañía a los barracones. Se tumbaron en el suelo, exangües, rotos por el dolor, sin fuerzas siquiera para desearse buenas noches. Gródolas los miraba con tristeza, pues a su memoria acudían recuerdos no deseados del sometimiento de su pueblo por las hordas gronings. Ahora él y Vladas eran los únicos supervivientes de aquel grupo de norteños.

Para los nerlingos había acabado el primer día de ninguna semana; la primera semana de ningún mes; el primer mes del año sin nombre. No era sino el primer guarismo de una serie infinita que jamás conduciría a resultado alguno. La esperanza y el futuro habían muerto dentro de aquella prisión.

Y así se fueron consumiendo lentamente los días. Sin que pudieran darse cuenta ya habían transcurrido varias semanas desde la macabra ceremonia en la que fueron marcados a fuego cual rebaño de ganado. Pocos eran ya los que ostentaban el título de pezuñas blancas, pues las molestas ampollas habían transformado los miembros de aquellos hombres en encallecidas manos. El tremendo esfuerzo al que eran sometidos

diariamente y la insuficiente alimentación que les proporcionaban sus captores, hacía pensar que fuesen años y no semanas los que se habían ido a morar en la mansión de los tiempos pasados. Famélicos, cubiertos por mugrientas vestiduras, barbas que comenzaban a poblar sus cadavéricos rostros y esa mirada vacía de esperanza, confundían a los nerlingos con cualquiera de los veteranos elothas.

Sólo Ingvar, auténtico líder de los nerlingos cautivos, y sus tres compañeros picadores, los celkos Henk y Hiriam y el bilko Jan, mantenían un halo de fe en su mirada. Incluso la luz del siempre dicharachero Torilo iba apagándose lentamente. La herida provocada por la espada groning durante su huida de Lothikaton había empeorado. Torilo la cubría con jirones de su camisola, preparándose emplastos con las escasas hierbas que encontraba en el árido camino entre Eloburgo y las minas auríferas. Trataba de evitar en vano que su alma se desvaneciese a través de ella. El trabajo como porteador estaba acabando con su espalda y ni siquiera la ilusión de volver a ver a su hijo Maikel le mantenía ya en pie. Ingvar estaba muy preocupado por la suerte del anciano. Si Torilo muriese, sería un golpe demasiado duro para la comunidad nerlinga.

Pero el miércoles de esa semana ocurrió algo que cambió el destino de Torilo. Como todos los terceros días de cada semana, llegó procedente de Groningburgo el transporte que recogía el oro de los almacenes de la excavación. Aquel día comandaba la caravana un capitán llamado Siurkelen, íntimo amigo del Senescal Loriklen y con el que había luchado codo con codo en innumerables batallas. Por ello el Senescal quiso agasajarle con todas las comodidades y viandas de las que fuera posible disponer en esas agrestes tierras.

Debido a la suculenta cena que prometió ofrecerle su amigo el Senescal, Siurkelen decidió aplazar la salida de su caravana hacia Groningburgo a la mañana del día siguiente. Antes de dar cuenta de ella, Loriklen mostró con orgullo al capitán las minas de oro. Al caer la noche, coincidiendo con la llegada de las columnas de los elothas, ordenó a sus soldados que repartiesen latigazos sin descanso entre los prisioneros, para así jactarse ante Siurkelen de la severidad con la que los trataba. Una vez finalizó el cruel espectáculo, ambos oficiales gronings se alejaron riéndose a carcajadas en dirección al comedor principal. Ingvar y Gródoles clavaron todo el odio de sus miradas en los dos gronings. Si hubieran tenido en sus manos un par de espadas no hubieran dudado en dar buena cuenta de ambos. Pero debieron de conformarse con descansar sus doloridos cuerpos sobre el húmedo y embarrado suelo cuales puercos en una pocilga.

No había terminado de ocultarse el último de rayo de luz de la estrella del día, cuando unos gritos que provenían de la entrada del comedor despertaron a Ingvar.

—¡Lo siento, mi señor! —gritaba un groning ataviado con una especie de delantal—. Yo no la puse ahí. Ella acudiría atraída por el olor de la carne —trataba de

explicar angustiado.

De la puerta surgió el mismísimo Loriklen, sus ojos enrojecidos de ira, empuñando con firmeza una espada.

—¡Maldito inútil! —gritaba—. ¿Así es como agradeces el privilegio de ser mi cocinero, el honor de formar parte de mi séquito personal? ¿Así es como lo haces, poniendo una rata como guarnición al asado? —continuaba gruñendo.

El cocinero se trastabilló y cayó de espaldas al suelo. Desde allí imploraba clemencia.

—Has manchado mi nombre dejándome en el más espantoso de los ridículos ante un hermano de armas como el capitán Siurkelen —gritó fuera de sí—. Pagarás con tu vida por ello.

Y abalanzándose sobre él, descargó toda la ira de su espada atravesando de un lado a otro al desdichado cocinero.

—Retirad a esa asquerosa rata de mi vista —dijo mientras limpiaba el fío de su espada con el mandil del muerto—. Conseguirme a alguien que sepa cocinar un miserable faisán sin que sepa a quemado, ¡maldición! —y volvió al comedor principal deseando todo tipo de horrores a la estirpe de aquél a quien acababa de matar.

Ingvar, que había presenciado todo lo ocurrido, vio iluminada su mente por una súbita luz. El Senescal necesitaba de un cocinero, y quien mejor que el viejo Torilo, aquél quien continuamente se jactaba de preparar el mejor asado de venado de toda Jactinia. Ésa sería la única esperanza de que su amigo sobreviviese, pues sus fuerzas menguaban día a día y no tardaría en morir bajo el látigo del capataz en las minas de oro.

—Mi viejo amigo —dijo Ingvar zarandeando a Torilo—. Jamás volverás a las minas.

—¿Qué ocurre? —dijo aturdido Torilo abriendo a duras penas uno de sus ojos.

—¡Eh, soldado! —dijo Ingvar en voz baja al centinela—. ¡Acércate!

El groning se acercó enojado y le contestó con un latigazo. Después le habló.

—¿Cómo osas dirigirte a mí, escoria nerlinga? —le insultó.

Ingvar hizo de tripas corazón y dulcificó su voz.

—Perdóname si te he importunado —dijo el hermano de Oyvind—. Sólo quería que disfrutases de la gracia del Senescal. A buen seguro que conseguirás una jugosa recompensa.

—Recompensa... a mí... ¿por qué? —se sorprendió el centinela.

—Creo que habrás visto cómo yo lo que ha sucedido —dijo Ingvar señalando con el dedo el cuerpo sin vida del cocinero.

—Sí, ya me he percatado de ello. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó sin entender nada.

—Pues que yo tengo lo que pide el Senescal —respondió Ingvar—. Un cocinero. Y no sólo eso, sino el mejor cocinero de toda Jactinia.

—¿Quién es y dónde está? —se comenzó a inquietar el groning.

—Ahí lo tienes, delante de tus ojos —dijo Ingvar—. Ese hombre ha dado de comer a los mismísimos Reyes Nerlingos. Y te juro por mi diosa que no te miento.

El soldado se encontraba ahora navegando en un mar de dudas, no sabiendo muy bien que hacer. Por un lado soñaba con un arcón lleno de oro y un ascenso que le sacase de ese apestoso puesto de vigilancia al lado de los barracones de los prisioneros; por otro temía la reacción del Senescal, máxime ahora teniendo en cuenta el estado de ira descontrolado en el que se encontraba.

—Es ahora o nunca —le tentaba Ingvar. Entretanto Torilo permanecía agazapado escuchando incrédulo la conversación—. Si tú no te arriesgas seguro que otro de tus compañeros lo hará y mañana estará nadando en oro.

Finalmente el soldado se decidió.

—Está bien, lo llevaré ante el Senescal —dijo—. Pero como tu amigo no sea de su agrado, yo mismo acabaré con él y después vendré a por ti. Y te aseguro que tu muerte será lenta y dolorosa.

—No os arrepentiréis —dijo Ingvar—. Acabáis de tomar la decisión acertada.

El centinela abrió el candado que cerraba la puerta del barracón y, agarrándole del brazo, arrastró a Torilo fuera de él.

—Suerte amigo —dijo Ingvar—. No desaproveches esta oportunidad o será muy difícil que vuelvas a ver a Maikel.

—Lo sé, pues la vida se me escapa entre las escalas y los cestos repletos de oro —respondió Torilo.

El anciano acompañó al centinela quien le empujaba con su lanza. A medida que se fueron acercando a la puerta del comedor un sudor frío comenzó a recorrer la espalda del nerlingo.

—No tengo nada que perder —se decía a sí mismo para tranquilizarse—. Incluso podré llevar alguna pieza de fruta o un poco de carne a mis amigos —y poco a poco se fue animando.

Cuando llegaron al barracón donde habitualmente comían los oficiales, el soldado se adelantó a Torilo y lo dejó custodiado por el centinela que vigilaba la entrada. El alko permanecía nervioso en el exterior, mientras escuchaba una agitada conversación en el interior. Cuando dos soldados cruzaron frente a él llevando el cuerpo del desdichado cocinero, un nudo le atenazó la garganta.

Tras varios minutos de espera apareció en el umbral de la puerta el Senescal. Se detuvo a unos pasos de Torilo; le miró de arriba abajo y a continuación clavó sus ojos en el anciano.

—Será suficiente con que sepas cocinar para un capitán, pues dudo mucho que esas rudas manos tengan el exquisito tacto necesario para satisfacer el exigente paladar de un gran Rey —dijo Loriklen con desprecio—. A no ser que vuestros reyes coman lo mismo que las ratas en un lodazal —y rió a carcajadas mientras los dos soldados le hacían coro.

La anciana sangre de Torilo hirvió de cólera como en su lejana juventud. A punto estuvo de replicar al Senescal, pues no podía aceptar semejante desprecio hacia su difunto amigo Akrog y el resto de sus ancestros. Pero su anciana y lúcida sabiduría le hizo recapacitar y, agachando la cabeza, se tragó toda su ira. De mayor utilidad sería a su pueblo permaneciendo con vida que enterrado en los pedregales del Valle de los Elothas.

—Está bien, andrajoso nerlingo —continuó el Senescal—. Mañana cocinarás para mí. Y te aconsejo que lo hagas bien, pues no me temblará el pulso al cercenarte tu hueca cabeza —y se giró volviendo al comedor—. Vosotros —les dijo a los dos soldados—, procurad que tome un buen baño antes de volver a traerlo a mi presencia. Su repugnante hedor a esclavo nerlingo haría vomitar a las ratas —y penetró en el edificio.

—Ya lo has oído, viejo —dijo el centinela—. Mañana pasarás a formar parte del séquito del Senescal. Más te valdrá no intentar ninguna treta, pues lo pagarás con tu cabeza. Procura demostrar tu sapiencia culinaria, por tu pellejo y por el mío —le decía mientras le conducía de vuelta a la celda.

Una vez llegaron a los barracones abrió el candado y devolvió a Torilo junto a sus compañeros.

—Reza porque el viejo complazca al Senescal —le dijo el centinela a Ingvar—. En caso contrario vendré personalmente a arrancarte tu rubia cabellera —le amenazó.

—Así que lo has conseguido —le dijo Ingvar a Torilo una vez que el centinela se había alejado para continuar con su patrulla nocturna.

—Sí, mi loco amigo —respondió Torilo—. Ya no volveré a cargar esos pesados cestos sobre mi espalda.

—A no ser que el Senescal se atragante con las plumas de algún faisán mal desplumado —y ambos rieron.

—Buenas noches, Ingvar —dijo el anciano.

—Buenas noches, Torilo —respondió el joven alko—. Deseo que ambos soñemos hoy con nuestros seres queridos.

—Por Maikel y Oyvind —dijo Torilo.

—Por Kiril, Thelmor y los que todavía viven en libertad —finalizó Ingvar.

—Y por los que moran escondidos en las montañas de las Tierras Frías con la esperanza de volver algún día a la amada Tenkolmar —dijo Gródolas quien había estado escuchando la conversación de los dos nerlingos.

—Por Lothikaton y los cinco burgos —dijo Torilo.

—Y porque un día Gródolas, el brazo de Olión, y yo, Ingvar, el oído de Nerlinguia, cabalgemos sobre corceles de fuego que borrarán de la faz de Tierra Conocida todo vestigio de este templo a la esclavitud y la tortura —dijo Ingvar.

—Que así sea —dijo Gródolas, y ambos hombres entrelazaron sus brazos.

Una vez se hubieron confabulado contra el espíritu de Eloburgo, cayeron rápidamente en los brazos del dios del sueño, quien los acogió esa noche con especial

ternura, abstrayéndolos del horror en el que vivían. Los transportó entre sus poderosos brazos a épocas pasadas, y disfrutaron del calor de sus seres queridos. Sintieron que galopaban por las tierras que los vieron nacer; los blancos y fríos valles del norte de Tierra Conocida y las verdes y húmedas praderas del oeste de Jactinia.

Pasaron los días y las semanas, y Torilo superó con creces su prueba de fuego. Pues si bien cocinó el faisán, y la pata de jabalí satisfizo al Senescal, fueron su famoso asado de venado y el pastel de bayas silvestres los que conquistaron el estómago de Loriklen. Hombre duro e hirsuto, no dudó en deshacerse en alabanzas para con las habilidades del sin par cocinero alko. Gracias a ello se ganó el respeto de todos, por lo que de cuando en vez lograba escamotear algo de comida entre su barriga y la amplia camisola que la cubría, sin riesgo alguno a que le registrasen. Incluso el Senescal comenzaba a rumiar la idea de que abandonase los barracones de los esclavos para pasar a ocupar las austeras habitaciones reservadas para su séquito en uno de los edificios centrales de Eloburgo. Pero Torilo rechazó tal privilegio y condicionó su continuidad en el desempeño de su trabajo a ser libre para regresar cada noche a los barracones para poder dormir junto a sus compañeros nerlingos. Y como su estómago pudo más que su soberbia, el Senescal Loriklen tuvo que claudicar ante las exigencias del insustituible Torilo. Una vez que había catado las exquisiteces del nerlingo no volvería ni obligado por el mismísimo Zornik a saborear las insípidas comistrajas que pegeñaban sus anteriores cocineros.

Mientras Torilo empleaba su tiempo en saciar la gula del Senescal, Ingvar, Gródolas y los otros continuaban recorriendo diariamente el angustioso trayecto que separaba Eloburgo de las excavaciones auríferas.

Esa semana un frío glacial invadió el Valle de los Elothas, descargando miles y miles de gruesos copos de nieve. El resurgir del solsticio invernal se cobró numerosas bajas entre los esclavos. Los más débiles no pudieron aferrarse durante más tiempo a la vida, y exhalaban su último hálito en las minas o en el camino que conducía a ellas. Debido a las copiosas nevadas el trayecto de ida y vuelta se convirtió en un agónico peregrinaje. Los gronings ni siquiera se ocuparon de recoger los cuerpos de los que habían fallecido en el camino, por lo que cuando el sol comenzó a derretir la nieve, los elothas se veían obligados a contemplar dos veces al día los cuerpos inertes de sus compañeros fallecidos, a veces devorados por las bestias salvajes que poblaban aquel valle.

Debido a esas bajas, la producción de oro descendió ligeramente, por lo que el capataz aumentó la ración de latigazos diaria a la vez que disminuyó el número de descansos. Unido esto al malcontento por las confidenciales noticias que le llegaban al Senescal procedentes de Groningburgo en referencia a la huida del lacrag nerlingo, hizo que la situación se tornase insostenible para los prisioneros. Ingvar, Henk, Hiriam, Jan, Gródolas y Vladas tenían la fortuna de ser uno de los grupos de

picadores que mayor número de vetas descubrieran y que más kilos de oro extraían, por lo que sus descansos y comidas fueron respetados.

Frecuentes eran las noches en que Ingvar y Gródolas charlaban en voz baja hasta altas horas mientras los demás dormían. Hablaban de sus amadas Tenkolmar y Alkoburgo, del Mar del Este y del Lago Argul. Pero sin lugar a dudas, el asunto que con mayor fervor discutían debido a la insistencia de Ingvar, era la manera de escapar de aquel infierno. Gródolas trataba sin conseguirlo de quitar a Ingvar esa idea de la cabeza, pues él había vivido la experiencia de una huida con trágicas consecuencias.

Pero Ingvar era muy testarudo y como un escorpión inyectó en el norteño el veneno de la libertad, que hizo florecer lentamente en su mente nuevos planes de fuga. Pero todas las ideas que tenían fracasaban cuando meditaban como transcurriría la huida. Y es que escapar de Eloburgo era un cometido casi imposible; pues si bien en un inicio consiguiesen sortear las empalizadas sin ser descubiertos por los centinelas, con el recuento matutino se percatarían de su ausencia, y soltarían a una manada de hambrientos wolkurs que darían buena cuenta de ellos. El tiempo pasaba e Ingvar se sentía cada vez más frustrado. Gródolas, como veterano superviviente que era, le aconsejaba que tuviera paciencia, ya que a buen seguro un día se presentaría la oportunidad propicia.

Sin embargo un día, mientras picaban sin descanso en los túneles, Ingvar tuvo una idea genial. Estando absorto en su trabajo, un estruendo en una de las galerías cercanas le sobresaltó. Siguiendo las órdenes de los soldados acudió en compañía de su grupo a ver lo que ocurría. Cuando llegaron al túnel una nube de polvo les impidió ver nada. Cubrieron la nariz y la boca con sus manos y avanzaron hacia el interior del mismo. Lentamente el polvo se fue depositando en el suelo y la densa nube se fue disipando. Al fondo del túnel adivinaron la figura de un picador, de rodillas en el suelo, gimoteando delante de un muro de piedras.

Los apuntalamientos de los esclavos habían cedido y parte del techo se había derrumbado, sepultando a dos de los compañeros del picador que ahora lloraba desconsoladamente.

—Leok y Neok —sollozaba—, mis dos amigos. Las vigas de madera se vinieron abajo... un aluvión de tierra y piedras cayó sobre ellos... ¡Ayudadme, tengo que sacarlos de ahí! —decía mientras retiraba inútilmente la tierra y los cascotes como un perro buscando con ahínco un hueso escondido.

Ingvar miraba con tristeza a aquel pobre hombre e imaginaba cómo se encontraría él ahora si aquellos dos desdichados fueran cualquiera de sus amigos.

Tras ellos llegaron con presteza media docena de soldados y, al cabo de varios minutos, apareció uno de los ayudantes del capataz avisado por los centinelas. Tras examinar el techo y el estado del túnel se dirigió a los soldados.

—El túnel ha alcanzado una profundidad excesiva dentro de la excavación. Las

vetas están ya agotadas y dudo que en esta dirección encontremos más oro. Clausurad el túnel —dijo con rotundidad—, y no perdáis el tiempo tratando de recuperar los cadáveres de esos esclavos. No quiero tener más bajas por hoy. El techo podría volver a hundirse.

—¿Y mis compañeros? ¡Hay que salvar a Leok y Neok! —gritó desconsolado el picador.

—No expondré mi pellejo por recuperar un amasijo de huesos rotos —le respondió un soldado—. Ahí están bien enterrados.

—¡Malditos cerdos! —gritó el picador y girándose furioso se abalanzó sobre el soldado—. ¡Jamás dejaré que mis amigos descansen para siempre en este oscuro agujero!

Poseído por la rabia y el dolor, consiguió derribar al soldado, pero enseguida otros tres gronings se abalanzaron sobre el golpeándole salvajemente, dejándole inconsciente. Ingvar apretó con furia el mango de su pico y cuando parecía que iba a elevarlo para atacar a los soldados, la huesuda mano de Gródolas le agarró el brazo.

—No es el momento —le dijo con firmeza, e Ingvar depuso su actitud.

El ayudante del capataz se volvió hacia ellos.

—¡Vosotros, que hacéis ahí parados! —gritó—. Salid al exterior y taponar la entrada a esta galería.

Los nerlingos y los norteños asintieron a la orden del groning y corrieron hacia la salida.

—Atad a este rebelde en el anillo central y obsequiarle con una ración de diez latigazos —dijo el ayudante a los soldados—. Servirá de escarmiento y aviso a cualquiera que ose intentar rebelarse contra nosotros.

Los soldados agarraron por los hombros al picador y lo llevaron al tótem de tortura. Allí le ataron y le arrojaron un cubo de agua fría para que recobrase el conocimiento. Sin tiempo para que pudiera despabilarse, comenzaron a azotarlo ante la atemorizada mirada de todos los elothas.

—Pido a Nerlinguia que les devuelva aumentado cien veces el castigo que están propinando a ese hombre —dijo Ingvar entre dientes desde el privilegiado promontorio en el que se hallaba la entrada del túnel.

—Algún día tus deseos se cumplirán —dijo Gródolas mientras ponía su mano sobre el hombro de Ingvar para tranquilizarle—. Algún día.

Cuando la ira dejó de cegar los ojos del joven alko, pudo recapacitar durante el resto del día sobre lo sucedido. Dentro de la profunda tristeza que le embargaba por la muerte de aquellos inocentes, un halo de alegría comenzó a envolverle, pues creyó haber descubierto una manera de poder escapar del yugo groning.

Tras ser encerrados una noche más en los barracones, y entretanto Torilo servía un delicioso pato a la naranja al hambriento Senescal, Ingvar se acercó como de

costumbre a Gródolas sin que éste tuviera apenas tiempo para tumbarse en el suelo.

—He encontrado la manera —dijo nervioso Ingvar—. La he encontrado.

—¿Que has encontrado qué? —preguntó sorprendido Gródolas—. Tranquilízate, por favor.

—He encontrado la manera de escapar —le repitió al norteño mientras le asía con fuerza por los brazos.

—Baja la voz —le espetó Gródolas—, o en verdad saldrás de aquí, pero atravesado por las lanzas de los centinelas.

Ingvar se calmó y comenzó a explicarle su plan. Tras el derrumbe ocurrido en la galería contigua a la que en ellos trabajaban, Ingvar se percató de que los gronings jamás se ocuparían de las personas que allí habían fallecido. La idea del alko consistía en cavar profundamente en uno de los túneles, realizando al final del mismo una especie de recodo en un lateral, sin llegar a abrir totalmente una salida que retrocediese hacia atrás. Ése sería su refugio y vía de escape. Cuando el día comenzase a declinar, instantes antes de la llamada del cuerno, provocarían un derrumbe, ocultándose en ese pequeño pasadizo que habían cavado. Los gronings no tratarían de desenterrar sus cuerpos, mucho menos al final de la jornada, y con toda seguridad los darían por muertos. Guardado un tiempo prudencial hasta que la excavación quedase desierta, picarían para abrir la salida que les devolviese al túnel en el que inicialmente trabajaban, logrando salir al otro lado del derrumbe.

El único obstáculo que se interpondría entre ellos y su ansiada libertad sería el pequeño retén de soldados que custodiaría el almacén de oro. Aunque ciertamente lo más probable es que los gronings, confiados en que ninguna fuerza hostil tendría la osadía de avanzar hasta aquellas tierras, aprovecharían una noche más para emborracharse con un buen licor de nueces.

—Realmente ingenioso —dijo Gródolas descubriéndose ante Ingvar—. Nadie perseguiría a los muertos —continuó hablando mientras su mirada se perdía entre las rejas de los barracones.

—Únicamente deberemos aguardar a que la primavera llegue a su final —añadió Ingvar—. Sería un suicidio tratar de huir ahora que el frío azota toda la región. Durante este tiempo pensaremos hacia donde escapar.

—Estoy contigo —respondió ilusionado Gródolas—. Quizás deberíamos dirigirnos hacia las Tierras Frías. Mi pueblo y las naciones vecinas pueden haberse reorganizado tras las campañas gronings que nos derrotaron. Pero ese momento llegará. Ahora hay que estudiar con detenimiento todos los inconvenientes que presenta tu plan —dijo Gródolas.

—¿Cuáles, amigo mío? —preguntó inquieto Ingvar.

—Sólo un reducido grupo de tres, a lo sumo cuatro personas —dijo el norteño—, podrían esconderse en la vía de escape. Si fuera demasiado grande los centinelas sospecharían de ese repentino desvío en la excavación y no nos quitarían la vista de encima. Además —continuó—, alguien deberá distraer a los gronings mientras

retiramos las vigas que apuntalen el túnel y provocamos con nuestros golpes sobre el techo el derrumbe del mismo. Ésta será la parte más peligrosa de tu plan, pues podríamos quedar finalmente sepultados bajo los escombros.

—Lo sé —respondió Ingvar—. Sé que no más de cuatro personas podremos intentarlo. Dos miembros de cada pueblo sería lo justo.

—Dos nerlingos y dos norteños, los dos últimos supervivientes a Eloburgo —dijo Gródolas.

—Tú y Vladas por un lado —dijo Ingvar—. Yo deberé reclutar a uno de los míos para que nos acompañe en nuestra fuga. Hiriam y Jan tienen aquí a sus mujeres e incluso hijos. Por el contrario Henk está solo; su familia murió en el ataque a Celkoburgo. Él será mi elección.

Durante un rato permanecieron en silencio sin cruzar palabra alguna, absortos en la idea de poder escapar de su obligado cautiverio.

Fue Gródolas quien de nuevo tomó la palabra.

—¿Y si en los días previos a nuestra huida los gronings clausuran el túnel por considerarlo agotado? —preguntó el de Tenkolmar—. En ese caso tardaríamos meses en cavar uno nuevo, e incluso existe la posibilidad de que nos separasen.

—Deberemos asumir ese y otros riesgos —respondió Ingvar—. Es la única manera de huir de aquí. Te juro que antes o después lo conseguiremos, pero no podemos retrasar la fuga más allá del nuevo solsticio. El tiempo juega en nuestra contra, y si nos demoramos quizás no haya un lugar en toda Tierra Conocida donde podamos escondernos de las garras de Zornik.

—La cautela y la discreción deberán presidir de ahora en adelante nuestros actos —dijo Gródolas—. La clave de nuestro éxito estará en que nadie sospeche lo más mínimo sobre nuestros planes de evasión. Sólo lo sabremos los cuatro implicados, y justamente antes de huir, aquellos que deban despistar a los centinelas de los túneles. Ni siquiera Torilo deberá tener noticia alguna de esto.

Ingvar asintió con la cabeza. Una terrible tristeza se apoderó de él al tener que ocultar los planes de huida a su viejo y entrañable amigo. Gródolas llamó a Vladas e Ingvar a Henk, y en un improvisado cónclave les hicieron partícipes de la genial idea del alko.

Durante las semanas y meses venideros planearon con suma ilusión su fuga de las minas, lo que les ayudó en no pocas ocasiones a sobrellevar el titánico esfuerzo que realizaban en la excavación de los túneles. La galería en la que trabajaban fue clausurada y el ayudante del capataz les encomendó la tarea de abrir una nueva. Aquello coincidió con el final del invierno y el comienzo de la primavera.

Ésa era la señal que esperaban y la recibieron con gran júbilo. Sintieron que había sido enviada por Nerlinguia y Olión. Todos rezaron para que ese túnel estuviese repleto de oro y no fuese clausurado antes del derrumbe. Ése sería el túnel de la

libertad, el Nortaud en la lengua nerlinga, o el Nirtaulion en la lengua de Tenkolmar. En él morirían y renacerían para el mundo cual ave fénix. La libertad se asomaba a la punta de sus picos y cada uno de sus golpes sobre la tierra subterránea abría una luz cada vez más refulgente ante sus deslumbrados ojos.

El Kolkar vuela a Groningburgo

El halcón volaba batiendo con fuerza sus alas, aprovechando las gélidas corrientes de aire que le conducirían a Groningburgo. A más de mil metros de altitud, el señor de las alturas sujetaba con firmeza entre sus garras la preciada captura que debería entregar a su pérfido amo.

El Kolkar alko arrebatado a Kiril cuando yacía abatido por las flechas gronings a orillas del Morkurgul, pasaría a manos de Zornik antes de que se extinguiese la nebulosa luz de ese sombrío día.

El halcón contemplaba desde su privilegiada atalaya reclinado sobre las aletargadas nubes, como primero el Misún y más tarde el Margul, vertían generosamente sus cristalinas aguas en el Morkurgul, quien las recogía con gratitud en su poderoso torrente invitándolas a un sin par viaje hasta los azules mares orientales.

Continuando su travesía hacia Groningburgo, dejó a la izquierda en su incansable vuelo el Paso de la Rocosa, angosta cañada que quebraba la unión entre la Cordillera Iugur-András y los Guardianes de Groning. Pudo advertir una frenética actividad en la orilla oeste del Morkurgul, donde cientos de hombres se afanaban en la construcción de un edificio que no alcanzó a identificar. Dos congéneres le saludaron a su paso, mientras planeaban en amplios círculos velando los trabajos de aquellos hombres.

A medida que la alada rapaz remontaba el cauce del caudaloso río, los montes, praderas y bosques colindantes tornaron a un color blanco marfil, como consecuencia de las copiosas nevadas que las pasadas lunas habían helado las entrañas de Jactinia. Ese mismo color teñía aquellos días el palacio del Rey Zornik, pues mercaderes, cazadores y tramperos venidos de los más recónditos lugares de Tierra Conocida habían acudido al gran trueque que el monarca groning había organizado en la capital bárbara.

Comenzaba a atardecer y el halcón seguía batiendo sus infatigables alas con el único objetivo de alcanzar Groningburgo, pues sabía que a su llegada a la capital, sería recompensado con un reconfortante descanso en palacio.

Zornik profesaba una especial devoción hacia estos animales y años atrás ordenó construir en la planta superior del ala sur del castillo una gigantesca pajarera. Allí sus halcones eran criados, adiestrados y cuidados con mayor mimo y dedicación que las más bellas de las doncellas de su harén. Una variedad de magníficos ejemplares convivían en aquella estancia. Desde halcones Peregrinos del Bosque Ranwuhan, pasando por el Alcotán del Desierto Rojo, o el halcón Gerifalte de las Tierras Frías, hasta los favoritos de Zornik, los halcones Híbridos de Tierra Seca, más veloces, resistentes y diestros cazadores que cualquier otra raza que hubiera surcado los cielos de Tierra Conocida.

Tras dejar a su izquierda los Guardianes de Groning, giró una última vez en dirección oeste, pudiendo divisar a unos treinta kilómetros su anhelado hogar. A medida que se acercaba a Groningburgo, alcanzaba a distinguir en el cercano occidente las vastas y yermas extensiones de Tierra Seca, morada de las tribus nómadas de los jinetes arqueros, quienes rendían incondicional pleitesía al Rey Zornik.

Vio cómo las legiones gronings, en número superior a diez mil hombres, permanecían acampadas en una tensa calma a lo largo del corredor que conducía a Groningburgo, al sur del Valle del Rauron, en espera de nuevas órdenes que les hiciesen marchar sobre el norte y el este de Tierra Conocida. Otros seis mil soldados ocupaban ahora la región central, repartidos en el irregular rombo dibujado por el Bosque Ranwuhan, el río Arquiri-Valu, el río Morkurgul y el Desierto Rojo.

Y finalmente los mil gorglins, temible y despiadada guardia pretoriana de Zornik, reclutados de entre las tribus de Tierra Seca, adiestradores de wolkurs, letales asesinos con su inconfundible espada curvada de hoja de sierra, a quienes ahora el halcón observaba repartidos por las almenas y murallas del castillo del Rey, vigilando la partida de los forasteros que habían acudido al gran trueque de marfil.

El halcón descendió en picado, replegando sus agotadas alas, formando la perfecta silueta de una flecha en el cielo gris, que certeramente se clavaría en la monumental pajarera.

Cuando por fin posó sus garras en una robusta rama, dejó caer el preciado botín que le había acompañado en su fatigoso viaje, sintiendo haberse librado de una pesada carga. Y ya no pensó en otra cosa que no fuera degustar un trozo de sabrosa paloma recién sacrificada, que a buen seguro los diligentes cuidadores le tendrían preparada.

—¡Mira! —exclamó un cetrero—. Es uno de los halcones del Mariscal Arniokelen. Creo que fue destinado al nuevo embarcadero del Morkurgul.

—Es extraño que haya regresado a palacio —dijo otro de los cuidadores—. Quizás porte algún mensaje para el Rey.

—Aquí está el mensaje —dijo un tercero mientras se agachaba y recogía del suelo el Kolkar arrebatado a Kiril—. Creo que Zornik sabrá interpretar lo que esta enseña significa.

Sin perder un solo instante, dos de los cuidadores corrieron escaleras abajo dirigiéndose a los salones del Rey en el ala oeste. En la entrada a sus aposentos privados, dos gorglins que custodiaban la fastuosa puerta de madera recubierta en oro, les impidieron el paso cruzando sus lanzas.

—¿A dónde creéis que vais? —dijo un gorglin con ruda voz.

—Solicitamos una audiencia con el Rey —respondió uno de los cetreros—. Tenemos un mensaje de vital importancia que transmitirle.

—El Rey ha ordenado que no se le moleste bajo ningún concepto —respondió el soldado.

—Uno de los halcones del Mariscal Arniokelen ha traído un objeto que el Rey debe ver inmediatamente —explicó con más detalle el cuidador en vista que no les permitirían el paso.

—Muéstramelo —le espetó el centinela.

El cetrero no tuvo más remedio que mostrarle el Kolkar alko al desafiante gorglin, quien tomándolo en su mano lo observó detenidamente, resultándole extrañamente familiar.

—Se lo mostraré al Rey —dijo con desprecio hacia los dos cuidadores—, pero si se trata de una de vuestras necesidades de criadores de palomas, os juro que lo pagaréis con vuestras vidas —y los dos cuidadores tragaron saliva mientras los ojos amenazantes del gorglin se clavaban en ellos.

El centinela dio media vuelta y golpeó por tres veces la puerta dorada. Una aterradora voz habló desde el otro lado.

—¿Quién osa molestarme? —gritó enojado Zornik—. He dado órdenes explícitas de no ser incomodado.

—Mi señor —dijo con voz temblorosa el centinela—. Dos cuidadores de sus halcones reales me han entregado el mensaje que portaba una de las aves del Mariscal Arniokelen. Creo que debería verlo.

Tras unos segundos de abrumador silencio, el Rey brujo contestó a su centinela.

—Pasa y muéstramelo —dijo Zornik—. Espero por tu bien que ese mensaje sea ciertamente trascendental.

El gorglin abrió la pesada puerta y, cerrándola tras de sí, entró en el salón del Rey. Una vez dentro, apenas si pudo dar un par de pasos. Allí comprobó estupefacto, como todo el suelo de mármol de la majestuosa sala estaba cubierto por infinidad de objetos ebúrneos. Zornik, arrodillado en mitad de la estancia, tomaba en aquel momento con sus manos un hermoso busto de mujer junto al báculo de mando nerlingo, al tiempo que cerraba sus ojos tratando de escrutar en el alma de aquel objeto inerte. Tras unos segundos en los que pareció caer en un profundo trance, lanzó el objeto hacia un lateral de la sala donde apilaba el marfil que le era inservible a sus oscuros propósitos.

—Muéstrame el mensaje de Arniokelen —le dijo al gorglin una vez se puso en pie—. Ansío leer lo que tiene que decirme.

—No es un papiro lo que el Mariscal ha enviado —le respondió—, sino una especie de emblema que creo haber visto antes.

El soldado le entregó el Kolkar a Zornik, quien lo tomó en su mano. Sintió como un creciente fuego comenzaba a abrasarle, pero eso no pareció importarle mientras admiraba con desprecio aquel símbolo nerlingo.

—Es un Kolkar —dijo Zornik—, la sagrada enseña nerlinga forjada en hierro. Su círculo central con el nombre del fundador del clan, al que se unen otros cuatro más pequeños, lo hacen inconfundible. Y éste pertenecía al líder del clan alko, pues las runas grabadas en él componen la palabra Alkhor —e hizo una pausa—. Los hombres

de Arniokelen han dado caza a los fugitivos, así lo demuestra la sangre de su portador sobre el reverso del Kolkar. Recompensad como se merece a ese fiel halcón y a sus cuidadores. Su mensaje es una premonición de nuestra victoria final.

El soldado abandonó la estancia y Zornik continuó sosteniendo el Kolkar en su mano. A pesar de que el fuego invisible que éste desprendía aumentaba a cada segundo que pasaba, lo apretó con toda la fuerza de sus dedos, pues ese dolor reconfortaba su malévolamente alma, enviando una emponzoñada advertencia a la diosa Nerlinguia.

Mientras disfrutaba intensamente de aquel momento, leyó entre dientes la última frase de la inscripción que aparecía grabada en el emblema alko.

—Cinco clanes, una nación, una ciudad y una diosa —y rió con desbordante maldad—. Sólo tú faltas por caer, mi querida hermana —continuó Zornik mirando hacia el techo de su salón—; pero te juro que una vez hallado el Unicornio de las eternas praderas, tu existencia se tornará breve cual estrella fugaz —dijo amenazante—. Debo llevar con presteza a la lamia este Kolkar y las piezas de marfil elegidas. Ella y su oráculo me guiarán a través de esta irresoluble oscuridad.

Zornik se dirigió hacia una repisa sobre la que reposaban varias tinajas y vasos de barro junto a unos misteriosos recipientes de cristal. Tomó uno repleto de un líquido negruzco, que desprendió un pestilente hedor cuando el groning lo destapó. Vertió un chorro de la extraña poción en uno de los vasos y caminó hacia una gran balconada exterior que adornaba la sala. Se acercó a una gran fuente de color negro, coronada por una turbadora cabeza de wolkur tallada en mármol, e introdujo sus pies en ella al tiempo que bebía el fétido brebaje. Cuando la última gota de aquella nauseabunda poción recorría la garganta del groning, Zornik se volatilizó desapareciendo de la faz de Groningburgo. Una suave brisa acarició las flores que engalanaban la balconada, borrando cualquier rastro de su presencia en palacio. El Rey brujo había partido a buscar con gozoso apremio a la pérfida lamia que lo había criado.

El oráculo de la Lamia

Cuando por fin Zornik sintió bajo sus botas el calor de una débil corriente que las humedecía, abrió sus ojos mientras un creciente hálito de gozo le envolvía con delicada placidez. Había vuelto al hogar de su lejana y añorada infancia. Había vuelto a La Fuente de la Lamia.

Una abrumadora y terrible oscuridad envolvían aquel lugar oculto en lo más recóndito de las Montañas Oscuras, al sur de los estériles paramos de Tierra Seca. El aire era irrespirable. Una espesa niebla de color gris se deslizaba por la ladera de aquellas montañas, mientras vapores de azufre brotaban del lodazal contiguo al nacedero del riachuelo. El hedor de aguas cenagosas que no alcanzaba a distinguir, aumentaba a medida que se acercaba a dos milenarios Sauces, testigos mudos de semanales sacrificios de cabras y gallinas. Los restos de intestinos y otros órganos vitales en descomposición, habían congregado a una numerosa colonia de moscas e insectos ávidos de carne putrefacta.

Sin embargo Zornik caminaba con paso sosegado, disfrutando de aquel torrente de sensaciones que saturaban sus sentidos, cual aventurero sorprendido por una aurora boreal en sus andanzas por tierras septentrionales.

Caminó unos cien metros hasta alcanzar una vasta rinconera formada por las montañas, las cuales, a vista de pájaro, formaban un gran y alargado número siete. Y allí estaba ella, en el umbral de entrada a su gruta, peinando sus grises y lacios cabellos con un precioso peine de oro, contemplándose decadente en el espejo de aquel pequeño regato que brotaba en la roca viva. La fuente en la que Zornik sació infinitas veces su pueril sed, La Fuente de la Lamia.

Un ahogado grito de júbilo brotó de la garganta de la lamia cuando distinguió caminando entre el plumizo vapor y la espesa neblina a su por siempre infante bienamado. Abandonó su peine dorado y corrió moviendo con dificultad sus patas de gallina para abrazar al niño que se había convertido en Rey de los gronings. Zornik la recibió con los brazos abiertos y, elevándola sobre el fangoso suelo, la besó en su arrugado rostro. Una inusitada muestra de cariño que jamás había mostrado por ningún otro mortal.

—Has vuelto, mi pequeño —dijo la lamia una vez que Zornik la depositó suavemente en el suelo.

—Siempre vuelvo —respondió Zornik—. Y siempre volveré a mi hogar, madre Urkha.

—Mi peine me dice que esta vez buscas mi consejo —dijo la lamia.

—Una vez más, madre Urkha —dijo el Rey groning—, una vez más necesito el consejo de tu sabio oráculo —y le entregó tres objetos de marfil—. Revélame si misma materia del Unicornio perdido han sido.

La lamia tomó las tres figuras y las apretó con fuerza contra su pecho. Cerró los ojos, arrugando sus estriados párpados.

—Cuerno del corcel sagrado no fueron —habló—, ni cercenadas de su frente como la vara nerlinga arrebatada al incauto bunko, mas presiento que a sus guardianes te aproximas. Tu plan marcha por buen camino, mi pequeño —continuó la lamia—, pero algo se agita en el este. Un diminuto trozo de hielo, sí, diminuto, pero podría ser capaz de provocar el más gigantesco de los aludes.

—Dime, madre Urkha —y sacó de entre sus vestiduras el Kolkar alko—, dime si la llama se ha extinguido perpetuamente —y le mostró el envés de la enseña nerlinga manchada con la sangre de Kiril.

El súcubo malévoló tomó el Kolkar y sonrió mirando a los ojos de Zornik mientras exhalaba aire de alegría. Se arrodilló y lamió la enseña. A continuación lo sumergió en el arroyuelo y con su peine de oro atusó las opacas aguas cual rizada cabellera. La coagulada sangre de Kiril se licuó como la lava de un volcán y, tomando la forma de un alargado anélido, se perdió en aquel oscuro regato nadando como una experta anguila.

—¡Aaaaahhhhh! —gritó asustada la lamia tirando el peine al lodazal—. Debes apagar para siempre la llama que viaja al este —dijo la lamia Urkha—, o terminará por reavivar las aún humeantes cenizas que desean volver a arder en el norte y el oeste. Tu enemigo, aunque malherido, aún vive y consigue nuevos apoyos a su causa —e hizo una pausa mientras Zornik le ayudaba a incorporarse—. Cuídate de los que hasta hoy han permanecido clandestinos. Un sabio mortal conocedor del oculto secreto anhela instruir al prófugo nerlingo.

—Lo leí en los ojos de aquel prisionero —dijo Zornik recordando el interrogatorio a Ingvar—. Huían en busca de ayuda, quizás una antigua alianza, quizás hombres de lejanas tierras pero cercanos a su estirpe bastarda, quizás sangre de su misma sangre...

—Qué hacer —continuó con voz ladina la lamia—, impedir o permitir el reencuentro; pues apagar la llama debes, mas profanar el secreto requieres. Tripas de gallina y tabas de cabra, peine dorado y lamia macabra, ¡ja, ja, ja! —rió caminando a su cueva.

Dentro de la gruta tomó una vela casi consumida y buscó de lado a lado con desasosiego una jaula de madera en la cual se refugiaba una aterrorizada gallina. Abrió la puerta de la misma y asiendo por el cuello al desdichado animal, se lo quebró de un seco y brusco giro. Volvió sobre sus pasos, se acercó al caldero y tomando un desafilado cuchillo, abrió en canal a la inerte gallina, extrayendo su estómago e intestinos. Los sumergió en el hediondo fluido que desbordaba el gran puchero, y sacando varios huesos quebrados del bolsillo de su andrajosa falda, los mezcló revolviendo frenéticamente con su peine de oro el inmundo brebaje.

—Ven, acércate mi pequeño —le decía la lamia a Zornik—, y verás el mensaje del oráculo.

Al tiempo que el groning se acercaba al maléfico caldero, la lamia Urkha entonaba una extraña cantinela:

*Oráculo viejo, oráculo sabio,
ahuyenta de aquí el mal fario.
Oráculo viejo, oráculo oscuro,
muestra a la lamia cuál es el futuro.*

Ella seguía removiendo sin parar con su áureo peine aquella repulsiva mezcolanza de líquido, huesos e intestinos, mientras Zornik la contemplaba impávido.

—Se acerca, siento su llegada —decía enfebrecida la lamia—, el oráculo me habla, sí, me habla —y los ojos se le volvieron blancos.

En ese instante volcó el caldero, y vísceras y osamenta rota se deslizaron sobre el suelo de la gruta arrastrados por la corriente del nauseabundo líquido.

—Sí, néctar de entrañas profanadas, sí, hojaldre de astrágalos quebrantados —continuaba en su delirio.

Repentinamente los ojos de la lamia volvieron a su ser y, doblando sus patas de gallina, clavó las rodillas en el suelo de roca. Con su inseparable peine, volvió a entremezclar huesos y vísceras al tiempo que recitaba una nueva estrofa:

*Oráculo perpetuo, oráculo profundo,
escruta éste de mortales submundo.
Oráculo viejo, oráculo oscuro,
muestra a la lamia cuál es el futuro.*

—El joven malherido encontrará al viejo escondido —interpretaba la lamia las señales que le enviaba el oráculo—. Por el Mar del Este el príncipe nerlingo navega, mientras el viejo custodio del secreto sagrado a buen recaudo le espera. A ambos corazones dejarás reunirse, para que tu plan presto pueda cumplirse. Mas la llama antes del otoño deberás apagar o de lo contrario ella contigo habrá de acabar. En el centro y en el norte almas rebeldes subyacen, que con apremio a Eloburgo tus soldados los desplacen. Alejados a los gemelos mantendrás, o a miles de tus hombres enterrarás.

La lamia detuvo por unos instantes su monólogo, al tiempo que fijaba sus ojos en unos huesos rotos.

—¿Ves algo más, madre Urkha? —preguntó inquieto Zornik pues ansiaba que el oráculo concluyese.

—Mi pequeño —respondió la lamia temblorosa—, una extraña figura de piedra me perturba, pues tu súbita muerte en ella veo; y a su lado la llama del cielo mi mente turba, ya que en manos del nerlingo la creo. ¡Corre mi pequeño! —elevó su voz súbitamente—, vuelve a tu palacio prontamente y emprende la guerra impenitente. Vigila al nerlingo con prudencia y trata su debilidad con reticencia —continuaba con su retahíla de consejos la lamia Urkha—, pues la fortuna gira sobre una rueda, que ni

por un instante está queda.

La lamia corrió hacia la fuente y tomó un cuenco de madera que llenó de aquella agua negruzca. Se lo ofreció a beber a Zornik quien, tomándolo entre sus manos, lo bebió mientras se colocaba en mitad del riachuelo.

—Hasta pronto, madre Urkha —dijo el groning—. Volveré con los vientos de la primavera.

—Vuela mi pequeño —respondió la lamia—. Vuela en busca del sagrado secreto.

Y al igual que ocurrió en la fuente de mármol del palacio de Groningburgo, Zornik se volatilizó, desapareciendo de aquel regato perdido en el corazón de las Montañas Oscuras.

Navegando por el Mar del Este

Siete lunas habían consumido su blanca luz, iluminando las frías noches de Tierra Conocida, desde que los tres nerlingos sortearan los torrenciales Rápidos del Ansar. Se adivinaba el final del invierno y la primavera comenzaba a anunciarse abriéndose paso con infinidad de brotes, hojas y flores que engalanaban los bellos y fértiles parajes por los que discurría el Morkurgul.

Aquella pequeña embarcación descendía con lentitud el creciente cauce del río y sus tripulantes aprovechaban para reponerse de sus andanzas precedentes. Kiril más que nadie, en quien los emplastos de hierbas preparados por su inseparable Maikel, junto con las cristalinas aguas del Morkurgul, habían obrado milagros. Su herida estaba cicatrizando rápidamente, pues hacía días que ya no sangraba por ella. Paulatinamente iba recobrando su apetito y con él sus debilitadas fuerzas, por lo que incluso en determinados tramos del río rogaba a Maikel y Oyvind que le permitiesen remar.

—Necesito desentumecer los músculos —les decía Kiril.

—Guarda tus fuerzas para empuñar tu espada contra Zornik —le respondía Maikel al instante.

Los tres alkos habían recuperado su maltrecho ánimo tras la dolorosa pérdida que supuso la muerte de Thelmor, para el que siempre guardaban un momento del día en el que recordarle junto al resto de sus seres queridos. Habían dejado tras de sí Bosque Salvaje y a su izquierda comenzaron a divisar el extremo oriental de la Cordillera Savakien, lo que significaba que en menos de una luna llegarían a la desembocadura del Morkurgul en el Mar del Este.

Comenzó a anochecer, por lo que decidieron hacer el último alto en las orillas del caudaloso río, la última etapa de su travesía fluvial. Una vez arribaran a su desembocadura, deberían proseguir rumbo hacia el norte, más allá del Río Taquakland.

Se cobijaron en una de las escasas arboledas que cubrían aquellas llanuras y, bajo sus ramas huérfanas de hojas, degustaron los últimos trozos del bizcocho de Milia, brindando con la única vasija de hidromiel que conservaban tras volcar en los Rápidos del Ansar. Oyvind preparó una pequeña hoguera y al calor de su fuego charlaron hasta bien entrada la noche. Hablaron de Akrog, de Torilo, de Ingvar, de Thelmor y de muchos otros, pero los recordaron con alegría, esperanzados al encontrarse cada vez más cerca de hallar al sexto clan. Con esa ilusión conciliaron el sueño, ansiosos por ver el mar, el anhelado Mar del Este.

Sin dar tiempo a que las primeras luces del alba les diesen la bienvenida, los tres nerlingos botaron su barca al río y remarón hacia la cuna del sol. Oyvind erguido sobre el bote, parecía una estatua de bronce en la que se reflejaban los rayos de la

estrella del día. Kiril y Maikel contemplaban aturridos el amanecer en aquellas latitudes orientales. El sol se elevaba poderoso en el horizonte empujando hacia el olvido los postreros resquicios del solsticio invernal.

—Nada malo podrá pasarnos aquí —dijo Oyvind—, pues Nerlinguia ha cubierto de oro refulgente esta puerta hacia el oriente desconocido.

—¡Mirad! —gritó Kiril—. ¡Allá a lo lejos! ¡El mar! ¡El Mar del Este! —gritaba emocionado.

Oyvind y Maikel se incorporaron y a punto estuvo la barca de zozobrar por el repentino ímpetu de los jóvenes alkos.

—¿Qué es lo que ves, Oyvind? —le preguntaron—. Descríbenoslo, por favor.

Oyvind colocó la mano sobre sus ojos, pues la luz del sol era cegadora, y fijó su vista élfica en el luminoso horizonte.

—Veo una inmensidad azul —dijo el hijo del relámpago—, un lago eviterno, del que únicamente conocemos el límite al que ahora nos acercamos. Las olas rompen en él y cientos de destellos cabalgan sobre ellas, como una gigantesca manada de corceles salvajes cuya pradera fuese toda Tierra Conocida. Esas olas —continuó—, catapultan a la brisa marina hacia la costa, y su olor y frescura lo envuelven todo, dulcificando hasta el más agreste paraje de la Iugur-András.

La corriente los arrastraba sin descanso y, a cada metro que recorrían, la visión del Mar del Este lograba extasiarles más y más. Aquel día el mar robó para siempre sus corazones.

—Siento que ésta es mi casa —dijo Kiril—, percibo la llamada de un antiguo hogar. Nunca antes lo había visto, pero es un recuerdo tan cercano... —y guardó silencio por unos instantes—, como si miles de lunas atrás ya hubiera nadado en sus saladas aguas.

—Yo también siento algo parecido —añadió Maikel.

A medida que se acercaban a la desembocadura del Morkurgul, el delta del río se fue progresivamente ensanchando, hasta alcanzar una abertura de varios cientos de metros, jalonado por pequeños islotes triangulares que lo dividían en varios canales. Maikel remaba ahora con mayor intensidad, bien es cierto que sin demasiado esfuerzo, para alcanzar la bahía en la que se fundían las saladas aguas del Mar del Este con el dulce torrente del Morkurgul.

El ahora bote nerlingo, permaneció durante unos minutos sin rumbo ni timonel en medio de aquel inmenso lago, mientras sus tripulantes tocaban el agua y contemplaban la maravillosa visión sin aún poder creérselo. Por fin habían alcanzado el Mar del Este.

Lentamente fue apagándose la euforia que aquella situación había provocado en los tres alkos. Sin embargo la amplia sonrisa que adornaba sus rostros ya no les abandonaría durante el resto de la jornada. Maikel continuó remando hasta colocar la barca en el centro de la bahía. Desde allí contemplaban la costa oriental de Tierra Conocida. Una playa cubierta de pequeñas piedras, transformadas durante el paso de

los años por el batir de las olas en perfectos cantos rodados, se extendía varios kilómetros hacia el sur. Por el contrario, en dirección norte, un pequeño terraplén conducía a una recogida aldea de no más de diez cabañas. En uno de los entrantes que las aguas habían fabricado en la costa, se guarecía un diminuto puerto en el que descansaban, acunándose sobre los últimos estertores de las olas, varias barquitas de pesca. Si seguían ascendiendo con su vista hacia zonas más septentrionales, la costa se elevaba progresivamente, dando lugar a acantilados de notable altura, que se alzaban frente al Mar del Este como poderosos guardianes de las tierras costeras.

Kiril tomó el mapa que dibujó su padre Akrog. Por más que lo miró no encontró señal alguna de aquel pequeño puerto en la desembocadura del Morkurgul.

—Probablemente esa aldea no tenga más de veinte años de existencia —dijo Kiril.

—Lo que me intriga es saber quien la habita —añadió Maikel—. Amigos o enemigos.

—Seguramente serán amigos —dijo Oyvind—. Me sorprendería que algún groning hubiera arribado a tierras tan orientales.

—No lo sabremos hasta poner pie a tierra —dijo Kiril—. ¡Oyvind, rumbo al puerto! Y que Nerlinguia proteja a estos nómadas comerciantes de las Tierras Frías.

—Preparad vuestras espadas —añadió Maikel—. No tenemos certeza de lo que en esta ocasión nos deparará el destino, pues hasta la fecha sus bienvenidas no han sido precisamente cordiales.

Maikel remaba y Oyvind sujetaba firmemente el timón en dirección al pequeño puerto. Kiril trataba de divisar algún vestigio de vida en sus alrededores. Aparentemente la aldea estaba desierta, pues no se oían voces ni se apreciaba trasiego de habitante alguno. Sin embargo, de una de las cabañas comenzó a brotar un fino hilo de humo blanco.

—¡Mirad allí, en aquella cabaña! —dijo Kiril.

—¡Sale humo por la chimenea! —gritó ahora Maikel.

—Apuesto a que se trata de una acogedora posada en la que se afanan en preparar una suculenta comida para el mediodía —dijo fantaseando Oyvind.

—Y en la que podremos darnos un baño caliente —le acompañó Maikel en sus delirios.

—Y una vez reventemos de comer y beber biluk nos cortarán nuestras preciadas cabezas y las entregarán a los gronings a cambio de un puñado de monedas de oro —dijo Kiril segando de raíz sus fantasías—. Bien haremos primero en cerciorarnos que esta gente es amiga antes de entregarnos a los placeres de la buena mesa.

Maikel y Oyvind, cabizbajos, tuvieron que dar la razón a su lacrag.

—Un par de paladas más y alcanzaremos el puerto —dijo Oyvind.

Apenas les separaban ya veinte metros del muelle. Maikel remó girando

levemente hacia la derecha al tiempo que Oyvind hacía lo propio con el pequeño timón de la embarcación. Se acercaron a unas pequeñas escalinatas construidas con maderos que parecían estar incrustados en la piedra. Maikel saltó al muelle y con una cuerda amarró el bote. Descargaron lo poco que aún conservaban consigo y se dirigieron a la aldea.

—Entremos en la cabaña de la que sale ese humo blanco —dijo Maikel.

—De acuerdo —respondió Kiril mientras miraba inquieto a izquierda y derecha.

La aldea parecía estar despoblada, pero el buen estado de conservación de las cabañas, gallineros o almacenes de leña, hacían pensar a los nerlingos que no estaba ni mucho menos abandonada.

—Quizás sus habitantes sean pescadores —dijo Oyvind—, y no regresen hasta bien entrada la tarde.

—O puede que se dediquen al pastoreo —añadió Maikel—, pues los campos cercanos tienen un forraje de excelente calidad.

Distraídos charlando y oteando los alrededores, se dieron de bruces con aquella cabaña. En el exterior de la misma, un letrero saludaba a los viajeros:

“Bienvenidos a la posada de Tirk el Rojo”

El aspecto de la misma nada tenía que ver con La Luna Blanca de Haakoin en Mugaburgo, pero tras dormir durante muchas lunas bajo el único cobijo del firmamento estrellado, la posada de Tirk el Rojo se les antojaba un auténtico palacio.

—Entremos —dijo Kiril—. Ante todo seamos cautelosos.

Kiril giró el pomo de la puerta y penetraron en el interior de la cabaña.

—¡A de la casa! —gritó Kiril—. ¿Hay alguien aquí?

—Aguarden un instante forasteros —respondió una voz que llegaba con dificultad desde una de las estancias de la posada—. Enseguida acudo a atenderles.

Los tres nerlingos aguardaron la llegada del posadero. Entretanto echaron un vistazo a aquella hospedería.

Se trataba de una pequeña cabaña de dos pisos. La planta baja en la que se encontraban se componía de tres estancias. La principal, que era la que ahora escudriñaban, era un gran salón de diversos usos. Servía de recepción al posadero, con una pequeña mesa de pino y un taburete sin respaldo de tres patas; de comedor para los visitantes, con cuatro mesas de seis comensales cada una; y por último de almacén de cerveza, vino y otros licores almacenados en tres grandes barricas y un anchísimo botellero de varias alturas. La segunda estancia era con toda seguridad la cocina, pues de ella provenía un irresistible aroma a cordero, que transportaba a los nerlingos a un estado sumamente placentero. La tercera y última debía ser el dormitorio del posadero, ya que en una talla con forma de pequeño duende de los bosques clavada toscamente en la puerta, rezaba la siguiente inscripción:

“Alcoba de los sueños”

No tuvieron tiempo de ver la planta alta pues, cuando Maikel empezaba a subir por las estrechas escaleras, un robusto hombre de mediana altura apareció ante sus ojos.

—No tenga prisa forastero —dijo el posadero—. Permítame que más tarde le muestre las habitaciones —y sin demasiada discreción miró de arriba abajo a los tres alkos—. Es extraño ver viajeros por aquí en esta época del año. ¿De dónde vienen ustedes? —les interrogó.

—Somos comerciantes que recorremos de un extremo a otro Tierra Conocida en busca de fortuna —respondió Kiril.

—Y por lo que veo hasta el momento les ha debido de ser esquivada. Siendo comerciantes escaso es el género del que disponen para el trueque —apuntilló el posadero.

—Tuvimos un ligero percance mientras descendíamos el Río Morkurgul —contestó Oyvind—. Nuestro bote volcó y perdimos parte de nuestras mercancías.

—La mayor parte diría yo —añadió el posadero con un cierto tono de mofa que molestó a los nerlingos—. ¿Qué fue lo que les motivó a cometer semejante temeridad? Descender el Morkurgul y arriesgar la vida en los Rápidos del Ansar, ponerse en peligro en tierras baldías para comerciantes.

Los nerlingos se quedaron callados hasta que Oyvind habló.

—Huíamos de los ladrones —dijo con voz temblorosa—. Acabábamos de conseguir un provechoso negocio de venta de pieles en Mugaburgo y teníamos las bolsas repletas de monedas de oro.

—Unos ladrones intentaron robarnos —continuó Maikel—. Tuvimos que huir apresuradamente de la ciudad y optamos por descender el río.

—Así que tenéis un buen dinero para poder disfrutar de una agradable estancia en mi morada —dijo el posadero mientras en su cabeza se apresuraba a contar las monedas que obtendría.

—Desgraciadamente —dijo Kiril metiendo la mano en uno de los bolsillos y sacando una pequeña bolsa—, esto es todo lo que conservamos —y volcó en su mano cuatro monedas de oro—. El resto descansa en el fondo del Morkurgul.

El sueño dorado del posadero se desvaneció en aquel mismo instante. Frunció el ceño, pero no tardó en hablar amablemente a los nerlingos.

—Con eso será suficiente por unos días —dijo—. Si desean quedarse por más tiempo quizás lleguemos a algún tipo de acuerdo. Podrían echarme una mano en mis tareas diarias y con ello pagar su alojamiento.

—No prolongaremos en exceso nuestra estancia —dijo Kiril—, aunque sí lo suficiente como para reponer fuerzas y descansar. Nos aguarda un largo viaje hacia el norte.

—Quizás yo pueda ayudarles en eso —dijo el posadero—. Pero por favor, acompañenme a sus aposentos —les dijo cuando comenzaba a subir por las escaleras. Repentinamente se giró pidiéndoles perdón—. Disculpen mi falta de educación. La

escasez de huéspedes está haciéndome perder mis buenas maneras. Perdonen que no me haya presentado hasta ahora. Mi nombre es Tirk, y me apodan “el Rojo”, apodo que creo ya habrán adivinado de donde proviene —y reía atusándose sus pelirrojos cabellos—. Por favor caballeros, ahora díganme sus nombres.

—Él es Maikel —habló el lacrag nerlingo—, él se llama Oyvind y yo soy Kiril.

—Encantado de conocerlos y de poder ofrecerles toda mi hospitalidad —contestó Tirk—. Aquí se sentirán como en su casa. Pero vamos, no se queden ahí, síganme. Depositen sus pertenencias en las habitaciones y bajemos al comedor. Supongo que estarán hambrientos. Justo cuando ustedes llegaron estaba preparando un guisado de cordero con guarnición de patatas y guisantes —y cuanto más hablaba Tirk, más se les hacía la boca agua a los nerlingos—. Podrán acompañarlo de vino o cerveza, según el gusto de los caballeros —y los nerlingos se reprimieron en esta ocasión y no pronunciaron la palabra biluk que ya los había delatado anteriormente en Mugaburgo.

Los tres alkos seguían en fila al posadero a través del angosto espacio de aquellas escaleras de madera.

—Apresúrense, pues he de acabar mi suculento guiso —les dijo indicándoles las habitaciones—. Como no preveo que haya más forasteros, pueden ocupar una habitación cada uno; y no se preocupen, que no les cobraré más por ello —añadió a pesar de que ya sabía de antemano que todo el capital del que disponían sus nuevos huéspedes eran cuatro monedas de oro. Dio media vuelta y apresuradamente comenzó a bajar las escaleras para ir a la cocina—. Luego tendremos tiempo de charlar largo y tendido —dijo despidiéndose por ahora de los nerlingos.

Kiril, Maikel y Oyvind se aposentaron en cada una de las habitaciones, ciertamente muy austeramente decoradas. Éstas estaban equipadas con una cama y una silla, en la que Kiril no se atrevió a sentar por miedo a quebrarla. Sin embargo una amplia ventana al exterior desde la que podía contemplarse el Mar del Este en toda su grandeza, superaba con creces a cualquiera de los banales adornos que pudieran encontrarse en la estancia.

El atrayente aroma del guiso que Tirk el Rojo preparaba, no retuvo más tiempo que el necesario a los nerlingos en sus aposentos. Como tres lobos al olor de la presa bajaron por las escaleras y, antes que el posadero los llamase para comer, ellos ya estaban dando cuenta de unos vasos de fresca cerveza.

—Veo que ciertamente lo han pasado mal en su huida de los ladrones —dijo atónito Tirk—. Mas no se preocupen, aquí comerán por todo lo que no lo hayan hecho en las últimas lunas.

—Eso esperamos —dijo riendo Maikel, limpiándose la espuma de cerveza que había quedado sobre sus labios.

Viendo la ansiedad con la que los tres jóvenes aguardaban la comida, optó por servirles una gran cazuela con legumbres y tocino para saciar su voraz apetito hasta

que el cordero estuviese terminado.

—Esto llenará sus buches y aplacará su ansiedad —pensó el infeliz posadero.

Pero lo único que consiguió fue que en vez de calmar su desmesurada hambruna, despertase su todavía más insaciable sed y comenzasen a vaciar a marchas forzadas sus barriles de cerveza.

—¡Por las barbas del pirata! —sollozaba el posadero—. Sólo el valor de la cerveza consumida supera ya las dos monedas de oro —y miraba desconsolado las cuatro monedas que había recibido de Kiril y que ahora parecían menguar en su mano.

—¡Posadero! —gritaba un eufórico Maikel, quien por sí solo había dado buena cuenta de medio tonel de cerveza—. ¿Dónde está ese cordero? ¿O es que acaso has ido a cazarlo a las Tierras Frías? —y Kiril y Oyvind trataban de tranquilizarle.

El pobre Tirk adornaba apresuradamente con las patatas y guisantes el sabroso guisado, apurado por los continuos gritos de Maikel. Cuando por fin apareció en el umbral del comedor, fue generosamente jaleado por los nerlingos. Sirvió el apetitoso cordero en la mesa y, en un visto y no visto, paso de la cazuela de barro a los platos de los comensales y de ahí, sin ningún remilgo, a sus hambrientos estómagos.

—Tanto trabajo para tan corto disfrute —se lamentaba Tirk.

Todavía pudieron ingerir unos cuantos vasos más de la refrescante cerveza antes de dar por finalizada la comida.

—Si me descuido se comen hasta los huesos —decía para sí el incrédulo posadero al ver cómo habían limpiado de carne las costillas del cordero.

—¡Fantástica comida, posadero! —exclamó Maikel—. Pero para poder acabarla como se merece, un trago de hidromiel o de cualquier otro licor que destiléis por estas tierras sería la perfecta guinda a la misma.

Tirk dudaba en ofrecerles como último trago unos vasos de su preciado licor de fuego, una exquisita rareza traída de las tierras del norte. Mientras palpaba con su mano las cuatro monedas de oro, se debatía en crueles luchas internas. Finalmente la generosidad pudo con la codicia, y decidió agasajarles con toda su hospitalidad. Pero no trajo la botella de licor al comedor, no fueran a beberlo como si se tratara de agua del río. En una coqueta bandeja de madera tallada a mano, depositó cuatro pequeños vasos en los que vertió con suma delicadeza el preciado néctar. Uno a uno los nerlingos tomaron con agradecimiento los bellos vasos. Tirk se levantó y elevando su vaso brindó.

—Por el Mar del Este, la tierra que me acogió con los brazos abiertos. Y por el norte, la tierra que me vio nacer.

—Por toda Tierra Conocida —dijo Kiril—, y porque la paz vuelva a morar en ella por siempre jamás.

Y los cuatro brindaron y bebieron paladeando el aguerrido licor del posadero.

—¡Buaaaahh! —exclamó con sonido onomatopéyico Maikel tras terminar hasta la última gota que había en el vaso—. Ahora entiendo por qué lo llaman licor de

fuego. El pobre cordero está ardiendo en llamas dentro de mi estómago —y todos rieron a carcajadas.

La sobremesa transcurrió más calmada que la comida, pues los nerlingos habían apagado su hambre voraz y ahora charlaban en animada conversación con Tirk el Rojo. Todos excepto Maikel, quien había estado cabeceando durante un buen rato hasta caer finalmente dormido.

—Discúlpele, Tirk —se excusó Kiril—. Ha pasado muchas noches en vela por mi culpa. Los ladrones me hirieron en nuestra huida y él se ocupó de curarme y velar mis sueños.

—Entonces dejemos descansar al corpulento Maikel y charlemos —dijo Tirk—, siempre y cuando sus ronquidos de oso nos permitan hablar —y los tres rieron.

Kiril y Oyvind preguntaron a Tirk sobre los orígenes de aquella pequeña aldea de la que no tenían constancia en su mapa. El posadero les relató que hace más de diez años, los gronings hostigaron en una de sus innumerables campañas a las tierras del norte. Su principal objetivo era derrotar a las tribus norteñas que vivían agrupadas bajo la Alianza de Tenkolmar y que impedían su expansión hacia el norte de Tierra Conocida. Pero la primavera de aquel año se convirtió en un segundo invierno, siendo los fríos glaciales y no los norteños los que repelieron la invasión groning, por lo que éstos no tuvieron más remedio que aplazar la campaña hasta el verano. A pesar de ello los ejércitos de Zornik no regresaron a Groningburgo, sino que se dedicaron a saquear los pueblos y aldeas dispersas al norte de la Savakien. Tirk vivía en una pequeña comunidad al pie de la cordillera, a unos cien kilómetros del nacimiento del Río Gorlin. Una noche vieron arder en llamas unas cabañas cercanas y tuvieron que huir apresuradamente dejando atrás sus hogares. Algunos decidieron viajar a las Tierras Frías para engrosar las filas del ejército de Tenkolmar y hacer frente en el norte a las tropas gronings; otros como él huyeron hacia It-sonod, la capital de los esmugas y el puerto más importante de todo el Mar del Este.

Pero el temor a la invasión groning les hizo nuevamente huir. Decidieron tomar un barco y navegar hacia el sur. El azar les llevó a enrolarse en *La Sirena de los Mares*, donde pagaron sus pasajes trabajando como marineros. El barco del capitán Falk se dedicaba al transporte y comercio, aunque también ocasionalmente a la pesca.

Tras dos semanas de travesía desembarcaron en la bahía donde desembocaba el Morkurgul.

—Y aquí es donde fundamos Thioluka, que así es como se llama esta preciosa aldea —finalizó Tirk su relato.

—Thioluka —repitió pensativo Oyvind—, hermoso nombre.

—Significa Dos Aguas —aclaró Tirk—, o eso es lo que creemos, pues fue el nombre con el que la bautizó el capitán Falk. Es una palabra de un lenguaje hablado allende los mares.

Tirk enjugó su garganta con un trago de cerveza tras su largo relato. Pero sin darle descanso, Kiril y Oyvind volvieron a la carga.

—¿Dónde están los demás habitantes de la aldea? —preguntó Kiril—. Desde que llegamos esta mañana no hemos visto a nadie excepto a usted.

—Con ese tratamiento tan remilgado no conseguís sino hacerme aún más viejo de lo que soy —dijo Tirk—. Por favor, tratarme de tú.

Los dos alkos asintieron con la cabeza sonriendo.

—No os preocupéis —continuó el posadero—, con la llegada del atardecer volverán los conejos a sus madrigueras. En verdad volverán ala posada de Tirk el Rojo, pues les espera una enorme ración de cordero como la que vosotros habéis saboreado. En Thioluka solamente vivimos cinco personas —dijo mientras se preparaba para enunciarlos—. Nahelgen, un incansable y diestro pescador; Holm y su esposa Kilma que se dedican a cultivar las tierras y criar animales de granja; Olaf, un inclasificable espíritu errante que vaga de aquí para allá sin rumbo ni tarea fija, pero que siempre regresa a la bella Thioluka, el portador de las buenas y malas nuevas de Tierra Conocida. Y finalmente un servidor, posadero, cocinero y padre espiritual de tan sin par comunidad —y rió mientras apuraba la cerveza—. Quizás seáis afortunados y conozcáis a Olaf. Hace ya veinte lunas que partió hacia Bosque Salvaje y no tardará en regresar, máxime si olfatea el olor del cordero asado. Sin duda que traerá noticias de las tierras orientales.

—Estaremos encantados de conocerle —dijo Kiril.

—Como veis, aquí es donde transcurren nuestras pacíficas vidas —dijo Tirk—. Lejos de los salvajes gronings y olvidados por el resto de Tierra Conocida.

Kiril y Oyvind cruzaron sus miradas y sin necesidad de articular palabra decidieron contar toda su verdad al posadero. Al fin y al cabo él también había sido expulsado de su hogar por el mismo enemigo.

—Temo que no lo sea por mucho tiempo —respondió Kiril mientras Maikel roncaba cada vez con más estruendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con inquietud Tirk.

Kiril y Oyvind volvieron a mirarse y el hijo del relámpago continuó hablando.

—Hemos avistado patrullas gronings no muy lejos de los Rápidos del Ansar —dijo Oyvind.

—Pero eso es imposible —respondió atemorizado Tirk—. Nunca antes habían franqueado las tierras comprendidas entre el Margul y el Misón. Jamás habían avanzado tan al sur.

—Ahora lo han hecho —dijo Kiril con gesto adusto—. Y esto no es más que el principio. Son las avanzadillas de un temible ejército.

—¿Qué horrendas noticias traéis, pájaros de mal agüero? —dijo enfadado Tirk levantándose de la silla—. ¿Acaso vosotros formáis parte de esa cohorte del terror?

—Tranquilízate —le contestó Kiril—. Ambos estamos en el mismo bando y huimos del mismo enemigo.

Tirk intuyó que las palabras del lacrag nerlingo eran sinceras y, serenándose, volvió a sentarse en torno a la mesa. Entretanto Maikel, ajeno a la exaltada conversación, seguía roncando como un oso en período de hibernación.

—En verdad no somos comerciantes del norte, ni huimos de los ladrones —prosiguió Oyvind—; bueno, en cierto modo sí —rectificó acordándose de sus aventuras por las Cuevas Escondidas.

—No entiendo nada de lo que decís —le replicó desconcertado Tirk—. Si no sois comerciantes, ¿quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó exigiendo una rápida respuesta.

—Somos nerlingos y huimos de los gronings —respondió con tristeza Kiril—. Destruyeron Lothikaton. Mataron y apresaron a nuestro pueblo. Abandonamos Jactinia tratando de encontrar a otros nerlingos y unir a los demás pueblos libres para luchar contra las huestes de Zornik. De lo contrario toda Tierra Conocida será sometida.

Tirk no salía de su asombro. Los miraba con ojos saltones, incrédulo ante lo que estaba escuchando.

—¿Nerlingos? Por lo que siempre oí habitabais el oeste de Tierra Conocida. En verdad que vuestra situación debe ser desesperada. Pero —continuó dubitativo—, las últimas noticias que trajo Olaf de Mugaburgo al comienzo del pasado otoño hablaban de un gran pacto de paz entre gronings y nerlingos. Nosotros en Thioluka brindamos por él.

—Fuimos miserablemente traicionados —dijo Oyvind—. Lo que iba a ser la mayor de las fiestas jamás celebradas se convirtió en una gran matanza. Más de cinco millares de soldados gronings cayeron sobre una población desarmada que aguardaba en Lothikaton el inicio de los festejos por las nupcias del nuevo Rey.

—Nuestro pueblo fue diezmado y —continuó Kiril—, los escasos supervivientes huyeron a las montañas, pero la mayor parte de ellos fueron capturados. Nosotros pudimos escapar pero no sabemos cuántos más lo lograron. Cruzamos toda Jactinia huyendo de los gronings hasta llegar a las orillas del Morkurgul. Cuando tratábamos de vadearlo para cruzar Bosque Salvaje avistamos una patrulla groning que descendía el río. No tuvimos más remedio que hacerles frente —y se detuvo unos instantes entristecido por el recuerdo—. Allí perdimos a nuestro amigo Thelmor —y una lágrima brotó de sus ojos.

—Fue entonces —continuó Oyvind mientras Kiril enjugaba su llanto—, cuando decidimos tomar uno de los botes robados a los gronings y descender el Morkurgul. Atravesamos con grandes dificultades los Rápidos del Ansar, y la pasada luna llegamos hasta las puertas del Mar del Este.

Tirk escuchaba maravillado el relato de los dos jóvenes alkos.

—Y aquí estamos, aguardando vientos propicios para emprender camino hacia el norte —finalizó Kiril.

—Disculpad mi enfado, amigos nerlingos —les dijo Tirk—. No tenía

conocimiento de semejante tragedia. Ahora que los gronings han derrotado a su principal enemigo —continuó reflexionando en voz alta—, su avance hacia el sur está expedito. El único muro que les contenía ha sido derribado.

—Confío en que los norteños ofrezcan resistencia si Zornik avanza en aquella dirección —dijo Oyvind.

—Será difícil —respondió Tirk—, pues como antes comencé a relataros, hace años derrotaron a la Alianza de Tenkolmar, aunque rezo porque desde aquella fecha hayan podido reorganizarse —y alzó sus ojos al techo de la cabaña tratando de buscar algún dios que escuchara sus plegarias.

—Sin duda no tardarán en avanzar hacia las tierras orientales para controlar los puertos del Mar del Este —apostilló Kiril.

—No debéis perder mucho tiempo en esta aldea costera —dijo Tirk—. Partid hacia el norte y contad todo lo que aquí habéis relatado a los pueblos moradores de esas latitudes. Urge ahora más que nunca que aquella alianza resurja nuevamente. Lástima que ya no pueda comandarla el gran Gródolas —dijo con tristeza—. Era el líder de la Alianza de Tenkolmar, una gobernante de gran temple y justo proceder.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó intrigado Kiril.

—Fue capturado en el transcurso de las guerras del norte —respondió el posadero—. Jamás se supo nada más de él. Unos cuentan que murió ajusticiado a latigazos como escarmiento a todos aquellos que habían osado hacer frente a Zornik; otros aseguran que fue convertido en esclavo y confinado en las minas de oro del Valle de los Elothas.

—¿En las minas de oro? —dijo alterado Oyvind—. Si mi hermano Ingvar se encuentra allí encontrará a Gródolas y destruirán aquel infierno de esclavos.

—Ojalá sea así —suspiró Tirk.

—Quizás sea conveniente permanecer aquí hasta el regreso de tu amigo Olaf —dijo Puede que traiga alguna noticia que nosotros ahora mismo ignoramos.

—¡Tirk! —se oyó una voz que lo llamaba—. ¡Viejo gruñón!, sal a saludarnos —decía.

—Ya era hora —respondió Tirk—. Acompañadme, os presentaré a Holm y su mujer Kilma. Acaban de regresar con el ganado.

—Despierta dormilón —dijo Kiril a Maikel mientras le zarandeaba—. Es increíble lo que te gusta holgazanear —y todos rieron.

Tirk acompañó a los alkos al exterior de la cabaña y los presentó a sus vecinos. Todos quedaron invitados esa noche a una cena en honor de los recién llegados. Después de charlar con ellos durante un buen rato, el posadero y los nerlingos se dirigieron hacia el muelle.

—Nahelgen se sorprenderá cuando vea vuestro bote —dijo Tirk—. No ha habido en estos años otra embarcación que haya atracado en nuestro pequeño puerto a excepción de *La Sirena de los Mares*. Espero que no se asuste por ello —y sonrió.

El pelirrojo norteño les condujo a través de un camino que discurría paralelo a la

costa y que conducía a los acantilados. Después de una corta caminata, llegaron a una pequeña atalaya desde donde les mostró las impresionantes vistas que cada atardecer venía a contemplar. Se sentaron sobre unas rocas en lo alto del acantilado y aguardaron inmóviles a que el ocaso de la luz del día oscureciese el mar y lo fundiese con el cielo.

—Cada día —dijo Tirk—, antes de ir a la posada para dar de cenar a mis amigos, acudo a este rincón de la costa a contemplar el crepúsculo. Nieve, llueva, haga calor o haga frío, nunca faltó a mi cita con el mar. Bien pudo haber llamado el capitán Falk a este lugar La Puerta de Oriente. Miles de veces me he preguntado si más allá del Mar del Este existe otra tierra aún virgen, parajes inhóspitos por descubrir.

—Un remanso de paz —dijo Kiril—, un oasis alejado de las convulsiones que vive esta nuestra tierra.

A las palabras de Kiril siguió un reconfortante silencio, durante el cual contemplaron embelesados el declinar del día. La suave brisa del mar acariciaba sus rostros; su olor inconfundible sería un aroma que jamás olvidarían. Cuando el atardecer dio paso al anochecer, regresaron caminando con añoranza a Thioluka.

Ya en la posada de Tirk el Rojo se encontraron con Nahelgen, a quien Holm y Kilma habían tranquilizado tras informarle sobre la llegada de los tres viajeros. Reunidos todos bajo aquel techo acogedor, degustaron una succulenta cena a base de verduras y cordero. A pesar de repetir el sabroso guisado, ello no supuso un impedimento para que los nerlingos dieran de nuevo buena cuenta de él ante el asombro de los allí presentes.

La velada transcurrió dentro de un ambiente animado y distendido. Charlaron de Thioluka y Tierra Conocida, de los norteños y los nerlingos, y por ende de los gronings; aunque durante estas y otras conversaciones evitaron atormentar en demasía a sus acogedores anfitriones con relatos de batallas y muerte.

Aquella reunión tenía visos de alargarse hasta bien entrada la madrugada; el día había sido muy largo para los nerlingos y éstos, disculpándose educadamente, se retiraron a sus habitaciones con el beneplácito de los allí presentes para tratar de dormir unas horas. Era el momento de descansar, pues el nuevo día les depararía no pocas sorpresas.

El aromático frescor de la brisa marina revoloteaba desde hacía varias horas por toda la aldea. Su dulce manera de anunciar la llegada de un soleado día fue agradecido por todos los habitantes de Thioluka. Otra luna invernal había velado los sueños de los nerlingos y el comienzo de la nueva jornada les aproximaba más y más hacia el equinoccio de primavera. Pronto comenzaría el deshielo, e inevitablemente, las tropas de Zornik retomarían el sendero de la destrucción que había permanecido sellado las últimas lunas por las poderosas tormentas llegadas desde lo más profundo de las Tierras Frías, el hogar en el que moran los blancos hielos boreales.

Aquella mañana, antes que nadie, Kiril había despertado de sus sueños llamado por lejanos cantos de sirena provenientes de las azules aguas del Mar del Este, que acariciaban sus oídos. Rumores de sus antepasados, pobladores de remotas tierras de ultramar. Se acercó al pequeño puerto de Thioluka y, ajeno al frío del amanecer, permaneció ensimismado al arrullo de las olas que rompían con sincronizada dulzura en el muro sobre el que se alzaba su joven figura, cual osado navegante en busca de nuevos horizontes que surcar.

En la posada de Tirk el Rojo, Maikel y Oyvind se sobresaltaron al despertar y no encontrar a su lacrag. Tomaron prestos sus espadas y bajaron las escaleras a grandes saltos, dispuestos a acabar con el posadero. Escarmentados de tantas trampas y traiciones, temían haber sido nuevamente vendidos por unas monedas de oro al enemigo.

—Pronto comienzan a hacer ejercicio, mis queridos huéspedes —dijo Tirk el Rojo sin levantar la mirada del queso de cabra que estaba preparando, al tiempo que los dos nerlingos detuvieron bruscamente su estampida.

—¡Habla! ¡Dinos dónde está nuestro lacrag! —gritó Oyvind.

—¿A quién lo has entregado, maldito traidor? —replicó enfurecido Maikel.

Sin inmutarse Tirk pasó delante de ellos hacia la cocina a buscar unos vasos de leche y un poco de bizcocho. Desde allí volvió con paso lento a hablar a los dos impetuosos alkos.

—En efecto —dijo Tirk—, vuestro amigo Kiril se halla ahora totalmente entregado —y Maikel y Oyvind blandieron con furia sus espadas—. Ciertamente entregado al gran azul, al azul del Mar del Este. Si dirigieseis vuestros encolerizados ojos hacia aquella ventana, y no los clavaseis en este pobre y desdichado posadero, lo podríais ver admirando la más bella creación de Olión.

Los dos nerlingos depusieron su actitud amenazante y se acercaron a la ventana, desde la cual contemplaron la figura de Kiril en el borde del puerto de Thioluka.

—Disculpa nuestra... —dijo Oyvind y sin que pudiera terminar la frase Tirk le habló.

—Perdonados estáis, mis jóvenes e impetuosos amigos —dijo Tirk—. Hoy he podido comprobar cuán desgarrador es el dolor que soportan vuestros corazones. En verdad que habéis llorado sangre durante las últimas lunas. Yo no soy quién para reprenderos por una reacción de inquebrantable fidelidad hacia vuestro lacrag. Pero lo que sí puedo —continuó Tirk—, y es más, debo hacer, es agasajaros con la mejor leche de oveja que probaréis en toda Tierra Conocida. Kilma y Holm me honran cada mañana con este néctar de los dioses y quiero que vosotros lo degustéis bañado en este bizcocho que yo mismo he cocinado.

—Nos abrumba tanta hospitalidad —dijo Maikel—, aunque por Nerlinguía que no la rechazaremos.

—Mi corpulento huésped —le respondió Tirk—, tú no rechazarías un buen plato de comida ni aunque viniese de la mano del mismísimo demonio que engendró a Zornik —y rió con Oyvind a carcajadas.

Tranquilizados tras comprobar que Kiril se hallaba sano y salvo, los nerlingos dieron una vez más buena cuenta de todas las viandas que Tirk les ofreció, volviendo a sorprender al pelirrojo posadero por su desenfrenado apetito.

Entretanto Kiril seguía contemplando absorto el mar, su mirada perdida en el interminable lago azul. Pero un diminuto punto negro en el horizonte le hizo despertar de su cuasi estado cataléptico. Una nave se acercaba a Thioluka, todo su velamen extendido aprovechando el soplo de los vientos septentrionales. Kiril aún permaneció unos minutos observando el lejano navegar del barco sobre las olas del Mar del Este, hasta que comenzó a correr hacia la posada de Tirk el Rojo.

—¡Tirk! —gritaba alterado Kiril—. ¡Se acerca un navío!

Kiril entró atropelladamente en la posada mientras seguía anunciando el avistamiento de aquella embarcación.

—¡Por Olión! —gritó Tirk—, en toda mi vida hubiera pensado que suplicaría por despertar al lado de una docena de gallos cantarines; boto a bríos que nunca conocí peor amanecer que el acompañado por una jauría de locos nerlingos —y con sus manos se tapaba los oídos tratando en vano de no oír los alaridos de Kiril.

Oyvind y Maikel, quienes estaban ya acabando con las últimas migas del bizcocho, no sabían bien si reír o llorar de risa.

—¡Un navío! ¡Se aproxima un navío a Thioluka! —continuaba gritando alterado Kiril.

—¡Está bien, está bien! —respondió refunfuñando Tirk—, vayamos a ver de quién se trata.

Los tres nerlingos acompañaron a Tirk fuera de la posada. El pelirrojo norteño miró hacia el mar y rápidamente pudo constatar que Kiril estaba en lo cierto. Un navío de blancas velas se acercaba velozmente hacia el pequeño puerto. Tirk seguía observándolo cuando repentinamente esbozó una sonrisa.

—*La Sirena de los Mares* —dijo Tirk—. El gruñón del capitán Falk vuelve a visitarnos —y rió. Los nerlingos seguían contemplando absortos el avance de aquella embarcación—. Creo mis jóvenes y ruidosos amigos —continuó Tirk—, que han encontrado el transporte perfecto a las tierras del norte —y dando media vuelta se fue en busca de Nahelgen.

Kiril, Maikel y Oyvind se miraron y sonrieron. Avanzarían de un modo rápido y seguro hacia el norte, el último puerto del tortuoso éxodo en busca del sexto clan que semanas atrás emprendieron con un desbocado galopar por las praderas del Bosque de Alkos.

Antes de que pudieran darse cuenta, *La Sirena de los Mares* ya había atracado en el pequeño puerto. Era un barco de más de quince metros de eslora, con un robusto mástil equipado de una vela casi rectangular y que contaba con una bodega hundida dos metros bajo la cubierta, a la cual se accedía por una trampilla situada en el centro de la misma. Pero lo que verdaderamente la caracterizaba y otorgaba su nombre, eran las dos tallas realizadas tanto en la proa como en la popa de la embarcación. Adornando la proa, un busto de una bella mujer de largas melenas, que con sus delicadas manos sujetaba una enroscada caracola. Por su parte, la popa era una larga cola de sirena que terminaba en una bella aleta simulando la de un incansable delfín. Todo el barco estaba hecho de madera de encina talada en los bosques que lindan con la Cordillera Savakien y el camino hacia las Tierras Frías. Las manos de los mejores constructores de barcos luinas que trabajan en el astillero de Porliton, habían transferido a la nave la sabiduría de decenas de generaciones.

El capitán Falk lanzó varios cabos desde la embarcación a Tirk y Nahelgen, quienes los ataron al muelle. A continuación, un ancla en forma de tridente, atracó definitivamente el navío en las aguas de Thioluka.

—¡Salud, habitantes de la ciudad de Dos Aguas, fundadores de la sin par Thioluka! —gritó desde la proa de la embarcación un sonriente capitán.

—¡Salud al nómada de los mares! —gritaron al unísono Tirk y Nahelgen, coreados por Kilma y Holm quienes también habían acudido a recibir al capitán Falk.

—Veo ausencias y caras nuevas entre vosotros —comentó el capitán mientras lanzaba una escala para descender a puerto.

—Si tú eres el nómada de los mares, bien sabes que nuestro Olaf es el nómada de las praderas —respondió Tirk—. Aunque quizás seas afortunado y logres verle. En cuanto a mis nuevos huéspedes con sumo gusto te los presentaré —añadió Tirk, mientras el capitán Falk descendió de un salto los tres últimos peldaños de la escala—. Ellos son Kiril, Maikel y Oyvind —dijo recitando uno a uno sus nombres al tiempo que Falk les iba estrechando la mano—, nerlingos huidos de la región de Jactinia.

—¿Nerlingos en estas tierras? —preguntó extrañado—. ¿Qué menesteres os han conducido hasta aquí? —les interrogó.

—Los gronings han iniciado la senda de la guerra —respondió Kiril—, y ésta no será una cuestión que sólo ataña a nuestro pueblo.

—Ayudemos al capitán Falk a descargar todos los presentes que transporta en la bodega de *La Sirena de los Mares* —dijo Tirk tratando de calmar a Kiril—. Tiempo tendremos durante la comida de hablar sobre ello.

—Es cierto —dijo Nahelgen—. Descarguemos esos barriles de licor de fuego fermentados en nuestras amadas tierras norteñas.

—Poderosa bebida, de recio carácter —dijo Maikel.

—¿Así que tu gaznate ha tenido el privilegio de arder con él, joven nerlingo? —preguntó el capitán Falk.

—Y de qué manera —respondió Maikel y todos rieron.

—También os traigo las pieles de oso prometidas —continuó el capitán Falk—, perfectamente curadas, prestas para ser convertidas en gruesos abrigos que os protegerán del frío.

—Llegas tarde como siempre —respondió Holm—. Si fuese por el abrigo que tus maravillosas pieles nos deberían haber proporcionado durante el invierno, estaríamos todos congelados cual musgo de la Iugur-András —y los habitantes de Thioluka se rieron del capitán.

—No les hagas caso —respondió Kilma a la catarata de risas—. Con sumo agrado las guardaremos para el próximo solsticio invernal.

Holm y Nahelgen subieron a cubierta junto al capitán Falk y le ayudaron a vaciar de provisiones y demás enseres la bodega del barco. En el muelle permanecían Tirk, Kilma y los nerlingos.

—¿No hay más tripulación a bordo que el capitán Falk? —interrogó Kiril al posadero.

—No —le respondió éste con rotundidad—, y no creo que jamás la haya. El capitán es un hombre solitario que rige sus propios designios y que no acepta orden alguna a bordo de su embarcación. Él es el Rey de *La Sirena de los Mares*; ella es su castillo y el mar es su reino —y Tirk hizo una pausa—. Baste decir que durante el trayecto que nos trajo desde el norte hasta Thioluka, al menos en tres ocasiones corrimos el riesgo de ser arrojados al mar por el capitán —y Tirk finalizó dejando boquiabierto a Kiril.

—Un hombre de gran temperamento —dijo Oyvind.

—No lo dudes, joven nerlingo —respondió Tirk.

El capitán Falk era un espigado y barbudo marinero, hecho a imagen y semejanza del mar, libre como las olas, indomable como las corrientes marinas, capitán de su alma, un nómada del mar como los habitantes de Thioluka lo habían bautizado. De carácter hirsuto y autoritario a bordo de *La Sirena de los Mares*, se transformaba en un gracioso y ocurrente trovador cuando sus pies pisaban tierra firme. De su cuello colgaba una piedra de color azul celeste, flanqueada a ambos lados por dos pequeñas y delicadas caracolas. Se enorgullecía al contar cómo ganó ese maravilloso mineral, traído de tierras lejanas aún no colonizadas por el hombre y que esconden fabulosos tesoros. Paisajes paradisíacos en los que sus moradores hablan un lenguaje en el que existen palabras tan hermosas como Thioluka. Pero ésa es una historia que se guardaba para relatar durante la comida a los nuevos huéspedes de Tirk el Rojo.

Poco a poco fueron descargando los presentes que el capitán traía para los habitantes de Dos Aguas. Tres barriles de licor de fuego, cuatro de cerveza, dos sacos de sal, uno de azúcar, un saco repleto de almendras, tres odres de aceite y cinco maravillosas pieles de oso gris de las que antes había alardeado.

—Aquí no están las semillas que te pedí —le increpó Tirk tras hacer un rápido inventario.

—Me fue imposible conseguirlas —dijo el capitán Falk—, pues en esta época del año escasean. Pero confía en mí, y en el próximo viaje te prometo que tendrás tus tan deseadas semillas.

—Seguro que perdiste el poco dinero que te quedaba para comprarlas en alguna partida de kliros —farfulló Tirk.

Como gran trovador que era, el capitán Falk cantó una improvisada tonadilla a Tirk:

*Por los océanos navega y navega el pobre capitán,
por sus amigos las últimas monedas de oro tiene que gastar;
y ellos como si fuera un desdichado patán,
con gruñidos y quejas le vienen a saludar.*

Kilma, Holm y Nahelgen reían a carcajadas, mientras los nerlingos trataban de contener sus risas al ver como el rostro de Tirk se tornaba del color de sus cabellos.

—Guarda esos canturreos para la soledad de tus viajes —le respondió el posadero —, o no probarás bocado de los guisos que tengo preparados.

Y sin tregua alguna, el capitán Falk continuaba con sus trovas:

*El hambriento navegante a puerto acaba de arribar;
y allí un desconsiderado le ha querido humillar.
A pesar de que el famélico marinero es de buen conformar;
hasta sus rancios guisos el posadero le quiere negar.*

Y esta vez los nerlingos, no pudiendo aguantar más la risa, prorrumpieron en carcajadas antes los versos del capitán Falk.

—Rancios guisos —decía Tirk el Rojo mientras se alejaba del muelle—, rancios guisos —repetía—, únicamente esas saladas y húmedas almendras probará en mi posada. Qué se habrá creído ese fanfarrón de tres al cuarto —y seguía refunfuñando mientras caminaba.

—No os preocupéis —dijo el capitán una vez que hubieron descargado todo—. Un par de cervezas ablandarán su corazón.

—No lo dudes, amigo —respondió Holm.

—Llevemos todo esto a las despensas de Tirk —dijo el capitán—. Yo también estoy sediento. Además llevo muchas lunas sin cruzar palabra con otra cosa que no sea mi sombra; solamente mis canciones me hacen compañía en alta mar, pero hoy creo que tendremos una larga y animada charla, jóvenes forasteros. Creo que ustedes tienen un interesante relato que contar —finalizó.

—Trágico relato —dijo Kiril—, pero como dije antes, no sólo para los nerlingos.

En ese momento Nahelgen regresó con un carro del que tiraba un viejo caballo,

que recordó a Kiril a su añorado *Tranco*, a Maikel y a su padre Akrog aquel día en el que recogían madera en el Bosque de Alkos.

—Vamos, Kiril —le dijo Maikel despertándole de sus ensoñaciones—. Los demás ya se marchan. Acompañémosles a la posada de Tirk.

—Sí —contestó Kiril aturdido mientras miraba fijamente a los ojos de Maikel—. Vamos, mi buen amigo.

Y los dos jóvenes alkos siguieron la improvisada caravana, la cual había fijado su destino en las repletas despensas de la posada del pelirrojo norteño.

Todos colaboraron descargando y apilando los presentes del capitán Falk, por lo que la labor no les llevó demasiado tiempo. Tirk permaneció en la cocina preparando la comida, visiblemente contrariado por las chanzas de su amigo el nómada de los mares.

—Buen trabajo —dijo el capitán Falk—. Os habéis ganado un buen trago. Vamos rojo posadero, deja de lamentarte y sírvenos unos vasos de cerveza —gritó—. ¡Y sírvete tú también otra!, ¡ja, ja, ja! ¡Todo corre de mi cuenta! —dijo riendo con satisfacción.

Tirk tomó ocho vasos de madera y los colocó en fila sobre la mesa. Sobre ellos vertió el dorado zumo de malta, y cuando por fin había llenado a rebosar el último de ellos, una voz se quejó desde el umbral de la posada.

—Veo que falta un vaso sobre la mesa —dijo la oscura silueta que asomaba por la puerta de la posada recortada por la luz del sol—. Con semejante bienvenida quizás debería plantearme ir a vivir a las montañas.

—¡Por las barbas de Olión! —dijo Tirk—. ¡Es Olaf! —exclamó.

—Un día pleno de agradables reencuentros —añadió Kilma.

—¡Voto a bríos! —gritaba ahora el capitán Falk—. ¡Condenado bribón!, hasta hoy has huido de mí como las cucarachas de la luz, pero finalmente volvemos a encontrarnos. Ven aquí y deja que vea tu rostro.

La sombra avanzó varios pasos mostrándose a los ojos del grupo. Era ciertamente Olaf, el nómada de las praderas, quien acababa de regresar de los alrededores de Bosque Salvaje. El pequeño y fibroso hombre se fundió en un sincero abrazo con el capitán Falk, al que no había visto en las dos últimas visitas que éste había realizado a Thioluka, pues se hallaba vagando por las tierras orientales.

—No te agarres tan fuerte a mí —dijo el patrón de *La Sirena de los Mares*—, o moriré a causa de tu hedor. Sirve una cerveza a Olaf —le dijo al posadero—, ya que veloz debe acudir a su cita con el mar. No me extraña que puedas sobrevivir vagando por las montañas, pues ni la más hambrienta de las alimañas se atrevería a morder tu pestilente carne —y todos rieron.

—No replicaré a tus insultos —dijo Olaf guiñando un ojo a Kilma y Holm—. No me apetece ser el blanco de tus emponzoñadas cantinelas.

Tirk sirvió con gusto un nuevo vaso de cerveza y brindaron por los felices reencuentros. Kiril, Maikel y Oyvind fueron presentados a Olaf y todos quedaron emplazados para una succulenta comida. El pobre Olaf tuvo que abandonar con premura el establecimiento regentado por Tirk el Rojo, ya que el ingenioso capitán comenzaba a tararear el estribillo de una canción en la que el lugareño no salía muy bien parado.

La mañana transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. El sol se había situado perpendicular a sus cabezas, tomando ahora un respiro oculto tras gruesas nubes blancas. La brisa marina seguía envolviendo la pequeña aldea costera, esparciendo por doquier el suave rumor de las olas. Unos aromas y sonidos que Kiril ya nunca jamás podría olvidar.

Antes de la comida, Maikel realizó una nueva cura a la herida de Kiril. La mejoría era patente y el lacrag nerlingo podía mover sus brazos sin notar apenas dolor alguno en su magullado pecho. La herida se había cerrado y estaba cicatrizando; la cena y el reposo de la pasada noche, le habían hecho recuperar parte de las fuerzas y la sangre perdidas en las orillas del Morkurgul.

—Un par de semanas más y estarás como nuevo —dijo Maikel—. Pero hasta entonces olvídate de remar o empuñar tu espada. La herida podría abrirse otra vez y tu vida correría un grave peligro.

—Maikel —le habló con voz dulce Kiril—. Te agradezco de corazón todos los cuidados que me has dispensado. No podría haber encontrado en toda Tierra Conocida mejor curandero; pues si bien aprendiste con suma rapidez las lecciones que te dio Perlivarce en Bortiburgo, han sido en verdad tu dedicación y cariño los que han logrado que sanase.

—No hice nada diferente a lo que tú hubieras hecho por mí —contestó Maikel—. Es lo que un hermano de sangre hace por otro.

—Hermanos de sangre —añadió Kiril—, ahora y más allá de la muerte, cuando nuestras almas abandonen estos cuerpos mortales que las acogen y emigren a la morada de los Primeros Nacidos —y los dos alkos se abrazaron recordando sus andanzas por Jactinia.

El sol había salido con bríos renovados de su temporal escondite, abrazando con sus tímidos rayos las verdes praderas que rodeaban la tranquila Thioluka. El desnudo cuerpo de Olaf agradeció su cálida caricia tras finalizar un breve pero reparador baño en las frías aguas del Mar del Este. Los mismos rayos que dibujaban sombras alrededor de Kilma y Holm mientras recogían los huevos que sus gallinas ponedoras habían esparcido por el corral cuales manzanas caídas del árbol. Con cada nuevo atardecer, la estrella del día oponía mayor resistencia a abandonar el imponente firmamento que podían contemplar en Thioluka aquel puñado de privilegiados norteños.

El repicar de una pequeña campana de bronce que el capitán Falk regaló hace años al bueno del posadero, llamó a cónclave a los habitantes de la aldea. La cadencia de aquellos sonidos advertía de antemano que no se tendrían demasiadas contemplaciones con los rezagados que llegasen tarde al festín. Tirk había engalanado la mesa con uno de sus más elegantes manteles, en el cual se podían distinguir exquisitos bordados de motivos campestres, desde manzanas, hojas de roble, amapolas, hasta corzos o caballos salvajes.

Pero no era admirar un precioso mantel lo que los invitados esperaban, sino más bien dar cumplida cuenta de todas y cada una de las viandas que Tirk había cocinado con esmero para ellos. El menú que degustarían los distinguidos comensales era el siguiente: comenzaba para abrir boca con unas almendras (por supuesto aquellas que habían surcado el Mar del Este a bordo de *La Sirena de los Mares*) nueces y avellanas, junto con un delicioso paté elaborado por el posadero que untarían en un crujiente pan rústico. A continuación, un espeso y nutritivo caldo de verduras acompañado por generosos tropezos de carne de ternera templaría sus estómagos. Como plato principal, un succulento asado de cabrito con guarnición de pimientos verdes, guisantes frescos y patatas. Un cuenco en medio de la mesa repleto de lechuga, tomates, trozos de cebolla y olivas negras eran el complemento perfecto para el asado. Y como colofón a aquel derroche culinario, si es que aún quedaba un pequeño hueco que rellenar en sus repletas barrigas, un pastel de queso con arándanos haría las delicias de los comensales.

—Prepara tus reservas de vino y cerveza —gritaba el capitán Falk—, pues serán necesarias para poder digerir semejante festín —decía tras oír de boca del posadero la comida con que honraría su visita y la de Olaf.

—Y no te olvides del licor de fuego —añadió Maikel alterado sólo de pensar en el cúmulo de placenteros manjares que tendría que degustar.

—Más me valdría alimentarlo con maíz y bellotas —farfullaba Tirk—, pues ni dos bolsas repletas de monedas de oro lograrían compensar lo que esta bestia nerlinga ha engullido en mi posada.

La celebración se inició con un brindis por los recién llegados; a partir de ese instante ríos de vino y cerveza corrieron por la mesa, como si del mismísimo cauce del Morkurgul se tratara. Esta vez el apetito de Olaf superó con creces al de los nerlingos. Bien es cierto que éstos habían saciado su hambruna durante la jornada precedente.

El capitán Falk disfrutó como un niño dando cuenta del jugoso cabrito que su amigo el posadero había guisado, hastiado de comer pescado durante semanas a bordo de *La Sirena de los Mares*.

Fueron los nerlingos quienes comenzaron a relatar la épica aventura que les había

llevado a las puertas del Mar del Este. Todos los comensales quedaron cuando menos aturcidos al oír de boca de los tres jóvenes los peligros que habían tenido que sortear para llegar con vida a Thioluka. Máxime cuando lunas atrás celebraban en esa misma mesa las buenas nuevas que hablaban de un gran entente entre gronings y nerlingos.

—Yo mismo fui quien trajo esas noticias —dijo Olaf—. Un grupo de tramperos con los que compartí unos tragos de hidromiel en las faldas orientales de la Iugur-András, mencionaron el armisticio que el Rey Zornik pretendía alcanzar con el pueblo nerlingo. Ninguno sospechamos que podría llevar a cabo tamaña traición —dijo Olaf abatido.

—Ni mi malogrado padre —continuó Kiril—, quien ingenuamente confió en las intenciones de Zornik y el lacrag bunko.

—Y dinos, Olaf —continuó Oyvind—, ¿tienes nuevas noticias de Jactinia? ¿Qué ha sucedido con los otros burgos de la región?

—¿Has avistado alguna patrulla groning en tus andanzas? —siguió inquiriéndole Maikel sin darle tiempo siquiera a que pudiera responder a las preguntas que Oyvind le había formulado.

—Ahora comprendo que solamente he visto la calma que precede a la tormenta —contestó Olaf—. Caminé varias lunas entre la orilla norte del Morkurgul y el linde de Bosque Salvaje, hasta llegar a unos cincuenta kilómetros de los primeros riscos de la Iugur-András. No vi groning alguno, por lo que si es cierto lo que decís, las compañías del ejército de Zornik deben estar agrupadas en torno a Mugaburgo y sus alrededores. En este momento ya deben controlar toda Jactinia.

Los tres alkos inclinaron sus cabezas al tiempo que sus párpados cubrían sus tristes ojos azules, abatidos por el tormento de sentir que su hogar había sido definitivamente conquistado.

—Durante esos días sólo tropecé con otro grupo de cuatro comerciantes que como vosotros descendían el Morkurgul —continuó Olaf—. Probablemente os llevasen una luna de ventaja. Intercambié con ellos plata y pieles y juntos pasamos la noche al abrigo de las estrellas. Me contaron que venían del mismísimo Groningburgo, donde participaron en el trueque de marfil —relataba el trotamundos a los nerlingos—. Según aseguraron, el Rey Zornik lleva tiempo haciendo acopio de este material y de otros objetos ebúrneos, aunque no adivinaban a intuir con que siniestro fin. Ellos provenían de más allá de la Barrera de Dunas, tierras en las que el marfil es abundante en forma de colmillos de elefantes.

—Elefantes —suspiró Maikel—, animales fabulosos cuales hipogrifos que mis ojos jamás contemplarán.

—Podrás hallar cualquier criatura que tu mente pueda imaginar si te internas en Bosque Salvaje —dijo Tirk tratando de atemorizar al hijo de Torilo.

—Pero lo más inquietante —continuó Olaf—, fue lo que escucharon en su estancia en Groningburgo y más tarde pudieron constatar en su descenso por el Morkurgul. Zornik se propone construir tres grandes embarcaderos, tres fabulosos

puertos interiores para poder controlar las tres arterias que irrigan el corazón de Tierra Conocida: el Arquiri-Valu, el Morkurgul y el Taquakland. De esta manera facilitará el despliegue de sus ejércitos extendiendo sus garras hasta el último rincón de estas tierras. Y por lo que los comerciantes del sur vieron, el embarcadero del Morkurgul podría estar terminado antes del final del equinoccio de primavera.

—Zornik nos lleva una considerable ventaja —se lamentó Kiril—. Largamente madurada estaba su traición hacia nuestro pueblo.

—¿Dónde se ubica ese embarcadero? —preguntó nervioso Maikel.

—A unos cuarenta o cincuenta kilómetros río arriba de la desembocadura del Margul en el Morkurgul —contestó Olaf—. Ahora se apresta a iniciar con premura la construcción del embarcadero del Taquakland, a pocos kilómetros del nacimiento del Gorlin. Más de quinientos hombres partieron en esa dirección hace aproximadamente tres semanas, aunque probablemente las fuertes tormentas de nieve hayan retrasado considerablemente su marcha.

—Los ojos de Zornik se han clavado en el este —dijo Tirk—. Y más ahora si como Oyvind ha relatado, su halcón pudo entregarle el Kolkar del clan alko.

—Vuestras vidas corren grave peligro desde el momento en que nos habéis dado cobijo —habló Kiril dirigiéndose a los habitantes de Thioluka—. Y si es verdad que los trabajos de construcción del embarcadero están tan avanzados, en los primeros albores del nuevo solsticio la serpiente de fuego descenderá el Morkurgul, destruyendo todo lo que encuentre a su paso. Sólo se detendrá cuando haya conquistado el último puerto del Mar del Este. Thioluka no será una excepción; al contrario, será uno de los puntos clave desde los que iniciarán su terrible ocupación.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de los pacíficos habitantes de Dos Aguas. Años atrás abandonaron el norte huyendo de las hordas gronings, mas ahora nuevamente se veían acosados por el ejército de la enseña del lobo negro. Durante unos momentos la posada guardó un tétrico y angustioso silencio, similar al que envuelve al campo santo en la medianoche. Oyvind cortó la telaraña tejida por el miedo que cubría la posada de Tirk el Rojo con una nueva pregunta.

—¿Y el embarcadero del Río Arquiri-Valu? —preguntó el alko—. ¿Se han iniciado las labores de construcción?

—El oeste de Tierra Conocida no es por el momento un objetivo prioritario para el groning —contestó Olaf—. Dispone de firmes aliados en las escasas pero belicosas tribus de jinetes nómadas que recorren Tierra Seca. Pero por lo poco que sé, un centenar de hombres partieron para comenzar a levantarlo.

—¿Sabes dónde se ubicará? —preguntó Kiril.

—En el margen occidental del Puente de Piedra, antes de la desembocadura del Río Isengur —respondió Olaf.

—¡Malditos salvajes! —gritó enfurecido Maikel.

—Profanarán el eterno descanso de los heroicos guerreros que defendieron con sus vidas el avance del ejército groning hacia tierras nerlingas —dijo Kiril.

—Jamás pensé que semejantes convulsiones agitasen Tierra Conocida —dijo entristecido el capitán Falk—. Mientras el terror avanzaba inexorablemente hacia estas orillas, yo navegaba guiado por los pacíficos vientos orientales. Nadie en It-sonod sospecha de tamaña amenaza. Ningún esmuga imagina la invasión de la horda groning. Ni por lo más remoto los luinas de Porliton adivinan la irrupción de los ejércitos de Zornik. Prestos debemos partir a estos dos puertos para prevenir a sus moradores y levantarlos en armas contra Zornik.

—Mejor haríamos en dirigirlos a las Tierras Frías —dijo Tirk—, pues un puñado de pescadores, granjeros, leñadores y constructores de barcos jamás podrán contener el torrente del ejército groning.

—Es mejor morir luchando que ser devorado por los wolkurs en la huida —contestó Kiril—. Ése fue el error que cometimos en el Bosque de Alkos.

—En aquel momento hicimos lo mejor para nuestro pueblo —contestó Oyvind—. Nos sorprendieron con sus artimañas, pero esta vez seremos nosotros los que lo hagamos. El cazador será cazado —sentenció.

—¡Eso es! —gritó emocionado Maikel al oír las palabras de Oyvind—. Daremos caza a esos miserables gronings.

—Éste será el plan que seguiremos —dijo Kiril mientras los demás se juntaron en torno al lacrag nerlingo—. En una luna partiremos en *La Sirena de los Mares* hacia Porliton e It-sonod. El capitán Falk, Nahelgen, Olaf, Maikel, Oyvind y yo compondremos la tripulación en el viaje hacia el norte.

—Aunque me ataseis de pies y manos no conseguiríais que subiese nuevamente a esa nave —dijo irritado Olaf.

—Cuando el capitán Falk nos trajo a Thioluka —aclaró Kilma—, Olaf no dejó de vomitar durante todo el trayecto. El mundo giraba y giraba sin detenerse un solo instante en torno suyo —Nahelgen, Tirk y Holm se reían de Olaf.

—Está bien, Olaf —dijo Kiril—. Por Nerlinguia que no te obligaré a que vuelvas a revivir semejante calvario. Cabalgarás a galope tendido hasta Porliton —continuó una vez que el norteño se tranquilizó con su promesa—, para avisar a los luinas del peligro que se cierne sobre ellos. Deberás convocar al mayor número de personas que puedan combatir y conducirlos hasta It-sonod —y Olaf asintió con la cabeza—. Nosotros navegaremos sin descanso hasta la capital de los esmugas para organizar la resistencia. Allí comenzaremos las tareas de defensa del Taquakland, que deberán verse reforzadas con la llegada de Olaf y los luinas. It-sonod deberá resistir y ser el bastión sobre el que nos apoyaremos para iniciar la reconquista de Tierra Conocida.

—¿Y cuál será mi misión en toda esta historia? —dijo elevando el tono de su voz el capitán Falk—. ¿Ser un mero barco de transporte? Me niego a no ser una parte activa de esta aventura —finalizó indignado.

—¿Hay bandidos del mar por los alrededores? —preguntó candorosamente Maikel.

—¿Bandidos del mar? —gruñó el capitán—. ¡Ja, ja, ja! —y rió a carcajadas—.

¡Por las barbas de Olión!, mi inocente pececito de agua dulce. ¡Ja, ja, ja! Jamás había escuchado tan patética definición —y seguía riéndose vehementemente mientras Maikel comenzaba a sonrojarse.

Una vez que el capitán Falk pudo contener las risotadas que brotaban de su garganta, se dirigió al inexperto grumete.

—¿Te refieres mi joven amigo a corsarios, piratas o bucaneros por algún casual? —le interrogó mientras le miraba fijamente a los ojos a punto de estallar en nuevas carcajadas.

—Sí —dijo titubeante Maikel, temeroso de hacer de nuevo el ridículo—, a ellos me refería —mientras Kiril y Oyvind mordían sus labios para no romper a reír.

—No joven e inexperto marinero —respondió el capitán—, no por estas aguas. Pero más al sur, conozco un puerto poco recomendable en el que por una buena cantidad de oro podríamos reclutar a un nutrido grupo de villanos y pendencieros lobos de mar que no dudarían en unirse a nuestra causa, si es eso lo que estás pensando.

—¡Fantástico! Ésa será tu tarea una vez que desembarquemos en It-sonod —dijo Oyvind—. Navegarás hacia el sur y reunirás a cuántos hombres puedas. Su recompensa será matar gronings, y una vez que todo haya acabado podrán tomar parte del oro que Zornik guarda en Groningburgo.

—Conducirás a esos navíos justo aquí, a Thioluka —dijo Kiril.

—¿Traer a nuestra aldea a esos indeseables piratas? —gimió Kilma abrazándose a Holm.

—Quizás sean vuestra única salvación —respondió Kiril—, pues en estas bellas pero todavía deshabitadas tierras no encontraréis muchos brazos dispuestos a empuñar una espada en vuestra defensa cuando los gronings aparezcan en la desembocadura del Morkurgul.

—Deberás navegar veloz como los delfines —dijo Oyvind—, pues es probable que cuando regreses con los corsarios, Thioluka haya sido devastada por los gronings y su pequeño puerto tomado.

—No lo dudéis amigos —dijo el capitán Falk mientras los ojos le hervían—. Volveré con una gran flota a mi mando que mantendrá a los gronings alejados de las orillas del Mar del Este.

—Una vez en It-sonod, ¿qué es lo que haréis? ¿A dónde os dirigiréis? —preguntó Tírk.

—Nahelgen permanecerá allí, aguardando la llegada de Olaf y sus hombres —respondió Kiril—. Maikel, Oyvind y yo partiremos a caballo hacia el norte bordeando la costa, en la esperanza de hallar el arma que cambiará el signo de la guerra.

—Y una vez culminada nuestra búsqueda —interrumpió Oyvind—, yo os dejaré para buscar a mi hermano Ingvar en las minas de oro, en las Tierras Frías o dondequiera se encuentre. Reunidos el relámpago y el trueno convocaremos a la Alianza de Tenkolmar y volveremos a cabalgar juntos, descargando toda la furia de

nuestras espadas sobre Groningburgo, para acabar por siempre jamás con el reinado de Zornik.

Kiril y Maikel se entristecieron al oír las palabras de Oyvind, pero comprendieron que era el destino el que volvería a unir aquellas almas que nunca debieron separarse.

—Disculpadme, amigos —dijo Oyvind—, necesito dar un paseo —y levantándose de la mesa se dirigió hacia el puerto. Allí contempló el azul horizonte y vio volar a las gaviotas sobre el mar. Varias lágrimas rodaron por su bello rostro mientras la imagen de su hermano se proyectaba en las onduladas aguas del Mar del Este.

La cuenta atrás había comenzado y los dioses de la libertad convocarían a todas sus fuerzas para detener las legiones de Zornik. Y cabalgando al frente de todas ellas, majestuoso como un gran guerrero de los Días Antiguos, Kiril el Rey Nerlingo.

Tras una hora de animada sobremesa, el capitán Falk, Nahelgen, el solitario Olaf y los tres alkos no demoraron por más tiempo los preparativos previos a su partida. En menos de una luna *La Sirena de los Mares* navegaría nuevamente por el gran azul, esta vez con un propósito muy diferente al de sus anteriores travesías. Tirk, Kilma y Holm se agruparon en torno a la mesa, como una camada de conejillos asustados durante la ausencia de su madre. Así era como ellos se sentían ante la inminente partida de sus amigos.

Antes de la caída del atardecer los nuevos marineros ya habían trasladado todo lo necesario desde la aldea al pequeño muelle y ultimaban la carga de sus armas y provisiones en *La Sirena de los Mares*. Por su parte Olaf recorría inquieto los alrededores de la aldea, pues hacía tiempo que había concluido con sus preparativos. Preparó agua y forraje para su caballo; un arco y un carcaj repleto de flechas junto con un cuchillo y un zurrón en el que guardaba algún que otro alimento. Ésos serían sus compañeros de viaje en la travesía hacia Porliton. El bosque le proveería de cualquier otra cosa que pudiera necesitar.

En aquel pacífico atardecer que envolvía con sus dulces brazos la aldea de Thioluka, resonaron simultáneamente la campana de la posada de Tirk el Rojo, un grito de aprobación del capitán Falk una vez terminada la carga y el gruñido del hambriento estómago de Maikel. El posadero había adelantado la hora de la cena, pues a la mañana siguiente sus huéspedes abandonarían Thioluka con el alba.

La cena fue triste, llena de melancolía ante la rápida e inaplazable separación de aquellas recién forjadas amistades, que al igual que el agua dulce y el agua salada se fundían en una sola en la pequeña aldea oriental de Tierra Conocida. Antes de finalizar, Kiril tomó su vaso lleno de licor de fuego y poniéndose en pie hizo un último brindis:

—Por la mañana de mañana, el principio de un nuevo futuro para Tierra Conocida —y todos fundieron sus vasos en uno.

—Y ahora, mis grumetes —dijo el capitán Falk—, es hora de dormir. Mañana largaremos velas rumbo a Porliton. ¡Que Olión vele vuestros sueños!

—¡Que Nerlingua vele los vuestros! —respondió Maikel.

Los nerlingos se despidieron de los hospitalarios thiolukeños y subieron a sus habitaciones. Olaf durmió aquella noche junto a su caballo en uno de los cobertizos de la aldea, mientras Kilma y Holm regresaban a su cabaña. Nahelgen fue acogido por el capitán Falk como huésped en *La Sirena de los Mares* y ambos descansaron en un par de improvisados camastros en la bodega.

Mientras todos dormían, Tirk seguía limpiando su ya de por sí reluciente cocina de madera a la que había conseguido dar un brillo casi metálico; quería prolongar la velada y así retrasar la llegada del nuevo día y con ello la partida de sus amigos. Hasta la luna adelantó ese día su aparición, queriendo conceder un descanso adicional al sol, a sabiendas que la nueva jornada le depararía un arduo trabajo para poder mostrar un camino brillante y despejado a aquel grupo de aventureros.

Cuando los dioses aún dormían y las alimañas de Bosque Salvaje se hallaban en frenética actividad, Kiril ya se había puesto en pie y observaba detenidamente el mapa de Akrog sujetándolo firmemente entre sus manos. Sólo quedaban unas pocas lunas para llegar al final del camino, mas sus esperanzas podrían verse rotas como la rueda de la carreta que les dejó atascados en el lodo que cubría el linde del Bosque de Alkos. Confiaba en encontrar a sus hermanos perdidos, aunque nada ni nadie podía asegurarle que aún habitasen en el norte oriental de Tierra Conocida. Quizás habían emigrado de aquellas tierras, o quizá nunca las llegaron a habitar; quizás aquel viajero con el que se topó Akrog años atrás, habría llenado de quimeras la mente de su amado padre. Pero ése era un riesgo que estaban obligados a correr. Ya no había retorno. El camino de regreso conducía inexorablemente a los ejércitos de Zornik.

Desde lo más profundo de su corazón oía la voz de Akrog y los lamentos de miles de almas nerlingas que aún no habían alcanzado el descanso eterno, empujándole en la búsqueda de los alkos perdidos, con la esperanza de que hallase la clave que inclinase a su favor la balanza de la hasta ahora desigual contienda.

—Kiril —le despertó Maikel de sus pensamientos—. ¿No has podido dormir en toda la noche, verdad?

—Apenas si he cabeceado un par de veces —le respondió Kiril—. La impaciencia mantenía bien amarrados mis párpados. Pero al fin la hora de partir ha llegado. Despierta a Oyvind y busca a Olaf, seguro que estará trotando como un potro salvaje por las praderas cercanas. Yo iré en busca del capitán y de Nahelgen.

—Los encontrarás durmiendo en *La Sirena de los Mares* —le informó Maikel—. Por lo que dijo Tirk acerca de él, creo que ayer hizo su último gesto hospitalario invitando a Nahelgen a dormir en su barco. Con toda seguridad hoy sacará su látigo para mantener a raya a la tripulación —y sonrió.

—Tienes razón —respondió Kiril mientras esbozaba también una sonrisa—. No nos demoremos. Siento que el Mar del Este nos llama a navegar por sus cristalinas aguas.

Los dos jóvenes se apresuraron en desperezar a sus compañeros de viaje. Oyvind seguía durmiendo plácidamente en su cama cuando Maikel le zarandó con sus poderosas manos, consiguiendo despertarle de una forma no muy agradable precisamente. No hizo falta que fuesen en busca de Olaf; él acudió a su encuentro, con su caballo ensillado y presto a cabalgar por los acantilados de las tierras orientales que discurren hermanados al Mar del Este.

Sin apenas tiempo de cruzar una palabra, llegaron Kiril, Nahelgen y el capitán Falk. En medio de la bella Thioluka formaron un improvisado cónclave donde se dieron unos a otros las últimas instrucciones.

Al cabo de unos minutos comenzaron a despedirse, cuando una voz ronca y grave, fruto de una noche en vela, les interrumpió bruscamente.

—Así que pensabais iros sin decir ni siquiera hasta la vista —gruñó el pelirrojo Tirk.

—Mil veces antes parecer maleducado que oír al alba tu insufrible voz —respondió el capitán Falk—. Ni el graznido de un cuervo afónico es capaz de producir un sonido tan destemplado.

—Tranquilizaros, queridos amigos —dijo ahora la voz de Kilma quien apareció junto a su esposo Holm ante los ojos de los allí congregados—. Para calmar esa ronquera he preparado un revuelto de huevos con hongos que a buen seguro la dulcificarán y harán tus saluciones más agradables a los oídos de los demás.

—Dulce y protectora como una madre con sus cachorros —dijo el capitán Falk.

Kilma les entregó las exquisitas viandas y se despidió de todos ellos con un cariñoso beso.

—Sé que esta separación es muy dolorosa para todos vosotros —dijo Kiril—, pero debemos partir sin más demora. Algún día no muy lejano podremos vivir un gozoso reencuentro. Sólo os pido que resistáis hasta la llegada del capitán Falk con las naves corsarias. Rezaremos a Nerlinguia porque sean ellos y no los gronings quienes arriben primero a este muelle.

Y así los nerlingos, acompañados por Nahelgen y el capitán, embarcaron en *La Sirena de los Mares*, al tiempo que Olaf salía en estampida envuelto en una nube de polvo en dirección a Porliton. De los párpados de Kilma brotaron unas traslúcidas lágrimas que, tras recorrer sus sonrosadas mejillas, cayeron al empedrado del muelle, mezclándose allí con el agua que las olas habían depositado en tierra firme. Holm le cubrió los hombros con su capa y la besó en la frente. Tirk dio su último adiós a los navegantes con su mano derecha en alto, mientras *La Sirena de los Mares* zarpaba rumbo a It-sonod.

—Que Olión os proteja —dijo entre dientes Tirk, mientras la fina estela de espuma blanca que la embarcación iba dejando tras de sí era iluminada por las

primeras luces del alba.

La reforzada compañía partía nuevamente en busca de un incierto destino.

La suave brisa que despidió a los nerlingos de Thioluka se había tornado al cabo de unas horas en un constante viento que levantaba gotas de agua por encima de las pequeñas olas, convirtiéndolas en espuma, simulando así la migración de un gigantesco rebaño de ovejas a través de las aguas orientales. Gracias a él, el capitán Falk desplegó todo el velamen de su barco, consiguiendo alcanzar una gran velocidad.

Los jóvenes nerlingos permanecían extasiados en la proa de la embarcación contemplando el irrefrenable navegar de *La Sirena de los Mares*. Ellos, que sólo habían pescado en un pequeño bote de madera en el Lago Argul, no podían creer encontrarse ahora a bordo de aquel barco que navegaba por las inmensas aguas del Mar del Este, sin más atisbo de tierra que un difuso perfil de la costa envuelto por la bruma a modo de caprichoso espejismo.

Allí continuaron impasibles durante horas. El capitán Falk y su grumete Nahelgen se ocupaban del manejo de la embarcación. El curtido capitán sujetaba firmemente el timón, guiándose por el sol, los vientos y las corrientes de aquel mar que había surcado miles de veces. Mientras, Nahelgen fijaba la carga a la bodega y colocaba los maderos que servirían de improvisadas literas durante las noches que durase la travesía. Después prepararía algo de comida para la tripulación y rezaría a Olión para que los protegiese en aquella aventura que habían emprendido. Un humilde pescador como él, que solamente sabía empuñar su caña de pescar, debería ahora sustituirla por una espada para defender el hogar que junto a un puñado de norteños habían fundado en su querida Dos Aguas.

La primera jornada de la travesía que les llevaría a las puertas del Golfo de Eukad estaba llegando a su fin. Los tripulantes de la Sirena de los Mares habían finalizado su frugal cena y ahora se arremolinaban unos juntos a otros sentados en cubierta en torno a una pequeña lumbre. En aquel círculo de amistad, el capitán Falk relataba historias fabulosas de allende los mares a los imberbes marineros. Historias de tierras repletas de inmensos tesoros, de paraísos naturales donde el sol acaricia la piel durante todo el año, de pueblos desconocidos donde la belleza de sus mujeres era capaz de eclipsar a la más bella lluvia de Leónidas; pero también de sanguinarios piratas que degollaban a sus prisioneros sin piedad alguna, de terroríficos monstruos marinos como el Kraken capaces de engullir hasta las profundidades abisales al mayor de los navíos, o de gigantescas tormentas jamás vistas en tierra firme, donde sus olas alcanzaban el tamaño de montañas.

Kiril, Maikel, Oyvind y Nahelgen se apretaron cerrando aquel círculo, no por el

frío de la brisa marina que con la llegada de la luna había aplacado su fuerza, sino por el miedo que les recorría la espalda como un helado escalofrío. El capitán Falk disfrutaba viendo como aquella concurrencia escuchaba absorta sus relatos, por lo que con sumo agrado continuó instruyéndoles en los misterios del mar.

—¿Hasta dónde lograste llegar en el más largo de tus viajes? —interrumpió Maikel al capitán.

—Hasta una tierra donde el lenguaje de sus gentes es mágico y el sonido de sus palabras recorre tus oídos paralizando todo tu cuerpo, incapaz de hacer nada que no sea continuar escuchando su inimitable melodía —respondió el capitán con los ojos perdidos en el horizonte, como si hubiera sido transportado en ese mismo instante a la tierra de la que hablaba—. De allí pude aprender y robar una bella palabra que hoy es el nombre de tu querida aldea, amigo Nahelgen.

—Thioluka —dijo Maikel—. Entonces es cierto lo que Tirk el Rojo nos dijo sobre el origen de Dos Aguas.

—Capitán —habló ahora Kiril—. ¿Conoces a algún marinero que hayan arribado a continentes deshabitados, más allá de las tierras de ultramar que tú alcanzaste?

El capitán se quedó pensativo durante unos instantes.

—Se cuentan historias de hombres llegados de ultramar —respondió ahora con gravedad el capitán—, relatos de hace más de trescientos años. Estos marinos llegaron dispersos a los puertos orientales, en mayor número a la franja de Porliton, mientras una minoría desembarcó en la región bañada por el golfo de Eukad, a la que ahora nos dirigimos —algo comenzó a estremecerse en el interior del lacrag nerlingo cuando oía ese relato de boca del capitán—. Ellos aseguraban haber llegado a los confines del mundo, a partir de los cuales el único reino sobre la tierra era el del Mar de Cristal, una interminable extensión de agua cubierta en toda su infinita latitud por los hielos permanentes.

—¿Cómo podían saber que aquéllos eran los confines del mundo? —preguntó intrigado Oyvind.

—Relataron cómo dos inmensas y puntiagudas montañas heladas —continuó el capitán—, cuales impresionantes centinelas, custodiaban el estrecho paraje que unía el límite del Mar del Este con el mar interior al que llamaron el Mar de Cristal. De ellas caían sin cesar, como una catarata helada, pedazos de las mismas montañas; pero lo increíble era que no menguaban en altura, pues inmediatamente se regeneraban, como si las dos cimas heladas estuviesen vivas. Ellas eran las señales que anunciaban los confines del mundo.

Los cuatro grumetes escuchaban boquiabiertos el relato que el capitán Falk les estaba contando. Algo le decía a Kiril que todo aquello estaba relacionado de alguna manera con el devenir del sexto clan nerlingo.

—Probablemente todo lo que os he dicho no sean más que patrañas —continuó el capitán—, leyendas sobre terribles peligros inventadas a posta por un grupo de maleantes para así poder mantener a salvo algún oculto tesoro —y esto último hizo

desmoronarse en sus absortos oyentes el halo de leyenda y misterio que antes había creado—. Sin embargo —habló repentinamente—, también estoy obligado a decir en honor a la verdad, que nadie que se haya aventurado a navegar hacia los límites del Mar del Este ha regresado con vida para contarlo —y de nuevo con suma destreza en sus palabras logró transportarlos al mundo de lo fabuloso.

—¿Dónde habitan ahora esos hombres de ultramar? —preguntó Maikel.

—Esa historia la reservo para otra ocasión —respondió el capitán—. La noche cubre el firmamento y es hora de descansar. Pero como parece que aún tienes fuerzas suficientes para mantenerte atento y despierto —le dijo al corpulento nerlingo—, tú harás el primer turno en el timón —y los demás sonrieron—. Mientras, nosotros descansaremos en los camastros que Nahelgen a preparado en la bodega. Yo te relevaré dentro de unas horas. Y tú, Oyvind, serás quien me releve, conduciendo a *La Sirena de los Mares* al encuentro del alba.

Una vez organizados los turnos se fueron a dormir, reposando sus espaldas sobre los rígidos pero cómodos lechos que el pescador de Thioluka había acomodado en la bodega del barco. Apenas tardaron unos segundos en conciliar el sueño, no sólo gracias al cansancio, sino a que Maikel se hallaba al mando del timón, y guardaba sus estridentes ronquidos para dentro de unas horas.

Kiril reflexionaba si aquellos hombres venidos de los confines del mundo no eran en realidad la diáspora nerlinga, pues el relato del capitán Falk databa de más de trescientos años atrás, fecha aproximada en la cual su pueblo llegó a Tierra Conocida. Aquel pueblo del que por razones aún desconocidas para él, se separó el sexto clan. Quizás el capitán Falk estaba en lo cierto y la leyenda de las montañas de hielo vivientes no era sino una gran falacia para ocultar algún trascendental secreto.

Sus antepasados, el mapa de Akrog, la profecía de Barlok, el sexto clan, los confines del mundo, el Mar de Cristal, el fallido plan de Torko y el terror que Zornik había extendido por Tierra Conocida estaban indefectiblemente ligados. El lacrag nerlingo intuía que no tardaría mucho en descifrar todas aquellas claves que se enmarañaban en su mente como las enredaderas que un día treparon abrazadas a las piedras del castillo de Lothikaton. A medida que se acercaban a It-sonod y al Golfo de Eukad, esas certidumbres se arraigaban firmemente en lo más profundo de su corazón.

El mensajero llega a Porliton

El espíritu errante del nómada de las praderas cabalgó sin descanso desde que partiera de la aldea en la que se hermanan las dulces aguas del Morkurgul con las saladas olas del Mar del Este.

Tras cinco lunas de frenética galopada, se encontraba a menos de treinta kilómetros de Porliton, capital de la región luina, donde habitaban los más hábiles constructores de barcos de toda Tierra Conocida. Anochecía ya sobre las costas orientales, por lo que Olaf decidió acampar al cobijo de una desnuda arboleda con privilegiadas vistas al Mar del Este.

La noche sería estrellada, como en las pasadas lunas, lo que reconfortaba el espíritu del norteño. Le gustaba admirar el mar, y no podía pasar mucho tiempo sin disfrutar de su peculiar aroma, aunque siempre se mantenía a una prudencial distancia de él. Su alma pertenecía a la tierra firme, pues sus anteriores experiencias como marinero así se lo habían demostrado.

Encendió un tenue fuego y, al amparo de sus cálidas llamas, tomó algo de comer. Terminada la austera cena bebió unos sorbos de su pellejo de agua y, tras encomendarse en una escueta oración a Olión, se recostó sobre un montón de hojas secas para tratar de conciliar el sueño.

No tardó en caer dormido mientras cavilaba cómo transmitir su mensaje de mal agüero a los luinas y lograr así que abrazasen la causa que Kiril lideraba. Era crucial que se unieran al lacrag nerlingo para dirigirse a It-sonod y hacer allí frente a la horda groning, que en no muy lejanas fechas descendería como una serpiente de fuego por el Taquakland. Si no lo lograra, las regiones orientales de Tierra Conocida sucumbirían, como antes lo había hecho Jactinia, ante los ejércitos de Zornik.

A la mañana siguiente Olaf remoloneaba acurrucado entre los árboles, cómodamente tumbado en aquel lecho de hojas secas, tratando de prolongar durante un último instante su descanso.

El día había amanecido fresco y soleado. El Mar del Este ondulaba serenamente sus aguas, luciendo con plácida majestuosidad sublimes tonos azules. Viendo aquel hermoso horizonte, Olaf no tuvo más remedio que aceptar la grata invitación que la madre naturaleza le regalaba. Comió un puñado de frutos secos y, montando a la grupa de su caballo, se dirigió sin más demora hacia Porliton.

Una pronunciada pendiente obligó al caballo del trotamundos a resoplar con fuerza. El camino que discurría paralelo al mar trataba ahora de elevarse sobre él, queriendo también reivindicar la grandeza de sus acantilados. A duras penas podía el corcel soportar el enjuto cuerpo del pequeño norteño. Había recorrido hasta el último rincón

del oriente de Tierra Conocida, pero no recordaba muchas pendientes como la que ahora le tocaba hollar. Una vez coronaron aquella escarpada ladera, vieron recompensado con creces el esfuerzo invertido en franquearla. Desde lo alto del promontorio pudieron admirar el bello entorno que rodeaba a Porliton.

La capital luina estaba construida sobre una extensa depresión del terreno, que arrancaba desde la posición en que Olaf y su caballo la contemplaban. Tenía la forma de una estirada “L” y se situaba a lo largo de un diminuto entrante de mar que había osado robar parte de los peñascos a aquellos inexpugnables acantilados. La zona norte de la ciudad estaba delimitada por una impresionante pared de roca estratificada, que desafiaba al Mar del Este cortando las olas antes de que éstas pudieran romper contra los acantilados. Más de diez franjas la componían, formadas en diferentes épocas, incluso en eras anteriores a los Días Antiguos. Los luinas la llamaban La Protectora, pues defendía desde tiempo inmemorial su tesoro máspreciado. Y es que al amparo de ese gran muro de estratos, se alzaban el puerto y el astillero de Porliton, auténtico corazón y alma del burgo. Allí cientos de generaciones habían trabajado incansablemente en la construcción de los mejores navíos que surcaban los mares orientales. Barcos pesqueros, de transporte o de combate, habían sido armados por las sabias y curtidas manos de maestros luinas, quienes parecían obsequiar con un pedazo de su alma a cada una de las embarcaciones botadas en el puerto de Porliton. Toda esa tradición de siglos podría desmoronarse ante el terrible peligro que les acechaba, si el norteño no conseguía persuadirles para que abrazaran la causa que Kiril defendía.

Olaf espoleó a su caballo y se lanzó pendiente abajo en dirección al puerto, con el convencimiento de que allí encontraría vigorosos brazos con los que hacer frente al ejército del Rey Zornik.

Por aquellos días en el astillero de Porliton se construía un gran barco mercante para un acaudalado comerciante de It-sonod, el cual tenía previsto ampliar sus transacciones comerciales a las regiones del sur. El imponente esqueleto del barco estaba terminando de ser ensamblado, y un numeroso grupo de hombres se afanaban en dicha tarea.

Su trabajo fue interrumpido por la súbita aparición de Olaf montado a la grupa de su caballo. Varios de los trabajadores cesaron en su labor y se acercaron al desconocido jinete.

—¿Qué es lo que busca aquí, amigo? —preguntó uno de los maestros luinas viendo el inquieto semblante de Olaf.

—Hombres que defiendan estas tierras —dijo el norteño.

Durante unos segundos se hizo el silencio entre los luinas, sorprendidos por la respuesta de Olaf.

—Porliton no necesita defenderse de nadie —respondió quien parecía dirigir las

tareas de aquel grupo—. Somos un pueblo trabajador que convive en paz con sus vecinos. No tenemos enemigos de los que preocuparnos.

—Os equivocáis —respondió Olaf—. Antes del final de la primavera, una devastadora oleada en forma de horda descenderá por el Taquakland y el Morkurgul, para someteros y usurpar vuestras tierras.

Nuevamente se hizo el silencio, mostrándose los luinas estupefactos antes los augurios de aquel delirante profeta surgido de la nada.

—No escuchéis los disparates de este loco —dijo uno de los trabajadores riendo—. Está ebrio por los efectos de demasiada hidromiel, ¡ja, ja, ja! —y reía mientras remachaba un clavo para afianzar la unión de dos maderos.

—¡No estoy borracho! —contestó enojado Olaf—. He galopado seis lunas desde Thioluka para preveniros del peligro que todos los habitantes de la costa oriental corremos. Nosotros aún podemos hacerle frente y derrotarlo, sin embargo ya es demasiado tarde para otros...

—¿Cuál es el apocalíptico peligro que según tú nos acecha? —preguntó el maestro armador.

—Siriard, no hagas caso de ese borracho —le decían sus compañeros.

—Dejadle hablar —les respondió el luina—. Quiero que este hombre me aclare su insólita historia. ¿Cómo te llamas, jinete desconocido? —le preguntó.

—Olaf. Me llamo Olaf —respondió.

—¿De dónde dices que vienes? —interrogó Siriard al norteño.

—De Thioluka —respondió—. Una pequeña aldea emplazada en la desembocadura del Morkurgul, a unos doscientos kilómetros al sur de Porliton.

—Bien, Olaf de Thioluka —continuó Siriard—. Ardo en deseos de escuchar todo lo que nos tienes que contar.

—Está bien —dijo tímidamente Olaf—. Aunque no soy un buen orador, intentaré explicaros brevemente el peligro que se cierne sobre el este.

—Te escuchamos, borracho parlanchín —dijo otro trabajador de los astilleros mientras sus compañeros le reían su bravuconada.

—¡Silencio he dicho! —gritó enfadado Siriard—. El próximo que vuelva a interrumpir en su relato a Olaf, no parará de clavar maderos hasta que La Protectora se hunda en el Mar del Este.

Todos callaron y nadie osó volver a interrumpir a Olaf, pues sabían que Siriard era hombre de palabra, muy capaz de hacer cumplir su amenaza.

—El peligro viene del oeste —continuó ahora más calmado Olaf—. La guerra ya ha estallado en Jactinia y avanza inexorablemente hacia el este. Y si no le plantamos batalla acabará con todos nosotros.

—¿De quién hablas? —volvió a preguntar Siriard.

—De los gronings —respondió Olaf, y un escalofrío recorrió la espalda de los allí presentes—. Zornik ha levantado el hacha de guerra y sus ejércitos avanzan conquistando y saqueando todos los burgos que encuentran a su paso.

—Pero los gronings moran a muchos kilómetros de distancia, muy lejos de nuestros muros protectores de la Cordillera Savakien —respondió confiado Siriard.

—Tan sólo una vez años atrás osaron los gronings cruzar la Savakien —añadió otro de los maestros luinas—, y fue para tratar de conquistar las Tierras Frías. Allí se enfrentaron a la Alianza de Tenkolmar, que a pesar de ser derrotada y sus líderes capturados, infringió fuertes daños a sus ejércitos, los cuales no tuvieron más remedio que replegarse hacia Groningburgo.

—Pero esta vez los ejércitos de Zornik han aumentado en poder y crueldad —respondió Olaf—, y tras años de planificar esta invasión, avanzan ahora con paso firme hacia el Mar del Este.

—Los pueblos del oeste no claudicarán ante sus ejércitos —rebatió Siriard los argumentos de Olaf—. Les plantarán batalla y nuevamente les obligarán, como ya pasó hace más de una década, a retirarse a sus dominios.

—Todos esos pueblos de los que tú hablas ya han caído bajo su yugo —dijo con tristeza Olaf mientras sus ojos miraban al suelo—. Zornik ha exterminado a los nerlingos, y ha sometido a los bortigos, skelingos y lupenos. Y pronto vendrá en busca de los norteños, esmugas y luinas.

—¿Cómo puedes saber todo eso, si vives a más de quinientos kilómetros de esa región? —preguntó Siriard.

—Gracias a unos tramperos —respondió Olaf—. Me contaron estas nuevas en las cercanías de Bosque Salvaje...

—¡Seguro que estaban tan borrachos como tú! En vez de pieles trocarían hidromiel. ¡Ja, ja, ja! —y los luinas rieron.

—No sé todo esto solamente de boca de los tramperos —contestó con rostro amenazante Olaf, y las carcajadas cesaron al instante—. El hijo del asesinado Rey Nerlingo relató a los habitantes de Thioluka la destrucción de Lothikaton y los cinco burgos, y cómo pudo escapar junto con dos de sus amigos hasta el mar oriental. Ahora ellos viajan hacia It-sonod para alertar a los esmugas y preparar las defensas en el Taquakland ante el inminente ataque de los gronings.

—Los nerlingos han sucumbido a los gronings —meditaba Siriard en voz alta—. El equilibrio de fuerzas en Jactinia se ha roto, y eso afectará a toda Tierra Conocida. Ya nadie puede frenar a los ejércitos gronings...

—¡Sí que podemos! —contestó con vehemencia Olaf—. Si los luinas, los esmugas y las tropas que aún pervivan de la Alianza de Tenkolmar unimos nuestras fuerzas, podremos detener al enemigo e intentar que los pueblos ya conquistados se levanten en armas contra el invasor. Pero si permanecemos impasibles ante lo que se avecina, jamás volveremos a vivir en una tierra libre como la que hoy conocemos y disfrutamos.

—¿Cómo sabemos que no mientes y que no buscas nuestra marcha de Porliton para que un grupo de maleantes saqueen los astilleros y roben nuestros barcos y pertenencias? —preguntó uno de los luinas.

—¡Sí! —añadió otro—. Seguro que todo esto es una artimaña de los corsarios del sur para asaltar lo que nunca lograron, la ciudad de Porliton.

—Los barcos de Tirgo de Tirón estarán ocultos tras los acantilados del sur, aguardando el momento propicio para caer sobre nosotros —dijeron varios luinas.

—¡Atrapemos al emisario de los piratas! —gritaron los luinas—. Les enviaremos a su mensajero atado a la proa de un madero...

—¡Alto! ¡Deponed inmediatamente vuestra actitud! —gritó enojado Siriard mientras se interponía entre Olaf y la enfebrecida multitud—. Puede que este hombre diga la verdad. Hablaremos con el Senescal de Porliton y él decidirá lo que debe hacerse —concluyó Siriard—. Escuchará el relato de Olaf y dispondrá cual será la postura que los luinas tomaremos ante este extraño y turbador asunto.

Olaf tragaba saliva todavía angustiado por el linchamiento que afortunadamente había evitado en el último momento, gracias a la providencial intervención del maestro luina. Éste le acompañó junto a media docena de sus hombres de confianza a la casa del Senescal, mientras el resto de maestros constructores continuaron trabajando en la estructura del gran barco mercante. También mandó a varios hombres hacerse a la mar para comprobar que los corsarios de Tirgo de Tirón no merodeasen por los alrededores. Sospechaba que la historia de Olaf era verdadera, no obstante prefirió tomar todas las precauciones necesarias, pues ciertamente era conocida la querencia de los corsarios a los saqueos de los florecientes puertos orientales.

La casa del Senescal era una gran casona de madera situada a unos doscientos metros del puerto. Sobre el portón de entrada colgaban dos grandes remos cruzados cuyas palas tenían forma de aletas. Bajo ellos se encontraban ahora Olaf y Siriard, quien ordenó a sus hombres permanecer en el exterior de la casona.

Una vez entraron en ella, se hizo anunciar al Senescal. Éste no tardó en acudir a la llamada del luina, pues Siriard era un hombre muy respetado en Porliton.

—Mi querido Siriard —dijo el anciano Senescal de barbas blancas con cariño, abriendo sus brazos para abrazar al maestro constructor—. Hacía meses que no disfrutaba de tu compañía.

—Todavía estoy muy atareado con la construcción de ese gran barco mercante —respondió Siriard mientras abrazaba al Senescal.

—Maravilloso —dijo el Senescal contemplando la estructura del barco desde una de las ventanas de la cabaña que daba al puerto—. Veo que eres como el buen vino, tus conocimientos mejoran con los años —dijo sonriendo—. Pero dime, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—Busco tu sabio consejo, Amir —respondió Siriard—. Este hombre tiene un inquietante asunto que relatarte.

El Senescal Amir miró con extrañeza al enjuto Olaf, pues hasta ahora apenas si

había reparado en su presencia.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Senescal.

—Mi nombre es Olaf y vengo de Thioluka —respondió—, una pequeña aldea en la desembocadura del Morkurgul. Mi misión es preveniros de la próxima invasión de las tierras orientales. Los gronings avanzan hacia el Mar del Este.

El Senescal miraba atónito al norteño. No daba crédito a lo que escuchaba de boca de Olaf.

—Sentémonos —dijo Amir—, pues sospecho que te llevará cierto tiempo relatar tu historia —y haciendo una señal ordenó que trajeran tres copas de vino—. Si lo que dices es cierto, nos encontramos ante tiempos de desventura.

Olaf explicó al Senescal Amir con todo detalle los planes de Zornik, el sometimiento de Jactinia, la huida de Kiril, la construcción de los tres embarcaderos y otras muchas cosas más. El Senescal no perdió detalle del relato de Olaf, pues los agitados ojos del norteño le decían que no mentía.

Después de una hora, cuando todavía Olaf respondía a las preguntas del Senescal, llegaron a la gran casona los hombres que Siriard había enviado a inspeccionar los acantilados. Sus nuevas fueron esclarecedoras: ni rastro de corsarios en los alrededores de la costa de Porliton. Aquella constatación fue la que terminó por dar credibilidad a la historia de Olaf. El habitante de Thioluka no mentía, y el ejército groning se hallaba una luna más cerca de las costas orientales.

Era más del mediodía y el Senescal mandó convocar con urgencia una reunión en los astilleros, a la que deberían acudir todos los habitantes de Porliton. Por supuesto sería después de la comida, pues como sabiamente dijo en uno de sus ocurrentes refranes, “las decisiones importantes se toman con mayor atino si el estómago está lleno de un buen trozo de tocino”.

Hizo preparar una mesa en la planta baja de la casona, para que Siriard y Olaf pudieran comer ese día con él. El solitario norteño, no muy dado a halagos o agradecimientos, celebró el acogedor gesto de Amir, pues todavía tenía muy presente a la turba que quiso empalarlo en los astilleros.

Un enorme revuelo se desató en los muelles de Porliton. Algunos de los trabajadores de los astilleros todavía no podían creer que el Senescal hubiera accedido a escuchar las patrañas de aquel loco borracho. Otros por el contrario, sospechaban que Olaf decía la verdad, ya que dos hombres tan cabales como Siriard y el Senescal Amir no se dejarían embaucar por el primer embustero que llegase a Porliton.

Cuando la pleamar se hallaba en su punto álgido y las olas batían con bravura sobre el puerto luina, apareció ante la multitud concentrada en los astilleros el Senescal Amir, acompañado por Siriard y el tembloroso Olaf. Más de cinco mil personas aguardaban con inquietud el anuncio que el Senescal de Porliton iba a realizar.

Amir elevó sus brazos intentando que cesase el murmullo que envolvía los centenarios astilleros. Siriard y Olaf permanecían de pie expectantes un paso por detrás del Senescal.

—¡Habitantes de Porliton y de la comarca luina! —gritó alzando su anciana voz para poder ser oído—. Tras largos años de paz, en los que decenas de navíos contruidos por vuestras sabias manos han surcado los infinitos océanos de Tierra Conocida, ha llegado el momento de hacer frente a la terrible amenaza que se cierne sobre nosotros. El equilibrio de fuerzas entre los pueblos que moran el continente se ha roto, desnivelando la voluble balanza hacia su vil reverso, la sed de dominación — e hizo una pausa para recuperar el aliento—. Los hombres —continuó con voz potente—, deberíamos darnos cuenta de que no somos dioses, de que no debemos tratar de someter y dominar a los otros hombres, ni a los animales, ni a las cosas, ni al mundo. Pero el perverso germen de la dominación ha brotado al noroeste del Morkurgul, y se extiende como una devastadora plaga de langostas por toda Tierra Conocida —y nuevamente realizó una leve pausa para retomar con vehemencia la parte final de su alegato—. Y esa horda ha clavado sus ojos en las tierras orientales, donde descargará toda la ira de su sanguinaria maquinaria de guerra. Luinas y esmugas deberemos unirnos para hacer frente a la ocupación groning. Norteños y hombres del sur deberán caminar juntos bajo un único estandarte. Es por ello que pido mil voluntarios de entre vosotros para marchar hacia It-sonod a luchar en la primera gran batalla del este, y lograr así que la balanza de la paz recupere su perdido equilibrio.

Un murmullo interrumpió la arenga del Senescal. Reclamaba mil voluntarios para luchar contra los temibles gronings. Pero muchos se preguntaban si esa historia era realmente cierta.

—¡Senescal Amir! —gritó una voz entre la multitud allí concentrada—. ¿Cómo puede saber que ese hombre no le ha engañado? ¿Cómo puede saber que todo lo que ha dicho no es una sarta de mentiras? —y mientras el Senescal era cuestionado muchas voces se alzaron apoyando la interpelación de aquel hombre.

Nuevamente el Senescal elevó sus brazos solicitando que cesase el creciente revuelo entre los allí congregados. Una vez la muchedumbre se sosegó, respondió a aquellas voces discrepantes.

—Comprendo vuestras dudas y temores —contestó el Senescal Amir—. Pero puedo aseguraros con certeza que desgraciadamente cada una de las aseveraciones de Olaf son verdaderas. Hace muchos años conocí al entonces Rey Nerlingo, Akrog, cuyos restos yacen ahora entre las cenizas de Lothikaton. Su único hijo, Kiril, navega en estos momentos hacia It-sonod para levantar en armas a los esmugas y tratar de evitar nuestro exterminio. Podéis creerme o dudar de mis palabras, pero os aseguro que con el final del equinoccio de primavera, los gronings irrumpirán en nuestras tierras, por lo que llegado el momento deberemos estar preparados para repeler la invasión. En vuestras manos queda ahora tomar una u otra decisión. De ella

dependerá que vuestros hijos puedan vivir en libertad en esta hermosa tierra bañada por el Mar del Este, como desde tiempos pretéritos lo hicieron nuestros antepasados.

Un profundo silencio envolvió el puerto y los astilleros de Porliton. Los luinas continuaban resistiéndose a creer lo que el Senescal Amir y el errante Olaf les habían revelado. Tras largos años de paz, sólo vagamente interrumpidos por los rumores de guerra entra los gronings y los pobladores de las Tierras Frías, el futuro inmediato les deparaba un cruel panorama de guerras y muerte. Deberían decidir con presteza, pues los peores augurios señalaban el final de la primavera como la fecha en la que sus destinos se verían abocados a una encrucijada en la cual deberían luchar por conservar su preciada libertad.

Mientras los luinas reflexionaban sobre las palabras que su Senescal había pronunciado, Siriard dio un paso al frente y habló a la multitud.

—Hermanos luinas —inició con firmeza su intervención—. A partir de mañana y durante las próximas siete lunas, se abrirá en los astilleros una zona para el reclutamiento de voluntarios que pasarán a formar parte de las huestes que harán frente a los gronings. Quince lunas después de la expiración de dicho plazo, todo hombre que haya decidido formar parte de esas tropas, partirá hacia It-sonod para preparar la defensa del Taquakland. Los que permanezcan en Porliton, prepararán al mando del Senescal Amir la defensa de la ciudad para hacer frente a la invasión groning, bien desde el sur a través del Morkurgul, o bien desde el norte, si las defensas del Taquakland no resistiesen el empuje de los ejércitos de Zornik.

Las palabras del armador fueron las que terminaron por convencer a los sabios constructores de barcos. Esta vez el mensaje de Siriard logró estremecer el alma de los luinas. Por primera vez vislumbraron la irrupción de la horda groning en su amada Porliton. Muy a su pesar, no podrían permanecer por más tiempo abstraídos en sus quehaceres diarios, ajenos a los problemas del mundo, no teniendo más remedio que tomar parte en la cruenta guerra que se avecinaba.

El Senescal Amir, Siriard y Olaf se retiraron del púlpito desde el que habían hablado a los luinas. Sus corazones entristecidos por los oscuros tiempos que se avecinaban, tenían su reflejo manifiesto en los rostros apesadumbrados que denotaban un anticipado dolor.

Mientras caminaban con ritmo cansino hacia la casa del Senescal, Olaf les expuso los principios que regían su existencia.

—Mi señor Senescal —dijo tímidamente—, en su parlamento ha acertado de pleno con la raíz del problema.

—¿Y cuál es a tu entender? —le preguntó Amir.

—El afán de dominación, como usted muy bien ha dicho —respondió Olaf—. La guerra es un endemoniado logro de las culturas sedentarias, que defienden sus tierras y bienes de los adversarios que quieren arrebatárselos. Las guerras se iniciaron cuando el hombre comenzó a repartirse las tierras, a construir burgos y ciudades, a acumular bienes y trofeos. Por eso mi vida se alumbra sobre la grupa de un caballo,

galopando por los campos y montañas de Tierra Conocida, fundidos ambos en un mismo ser. De esta manera nunca tendré que quedarme en un sitio fijo; ni defender un trozo de tierra, o posesión alguna que no pueda llevar conmigo. Esto lo aprendí hace más de una década, en los límites meridionales de las Tierras Frías, durante las cruentas guerras del norte... —y Olaf terminó su inacabada frase.

—Juiciosas palabras, amigo mío —respondió el Senescal viendo el sufrimiento que aún portaba el corazón del norteño—. Reflexiones propias de sabios y eruditos. Si los regentes de las naciones de los hombres pensasen con la clarividencia que tú lo haces, no estaríamos en la tesitura en la que ahora nos encontramos —y envueltos en un solemne silencio, los tres hombres caminaron pensativos hacia la gran casona de madera.

A medida que transcurrían los días, crecía el número de voluntarios que partiría hacia It-sonod. Las palabras del Senescal Amir y Siriard habían calado hondo en los corazones de los luinas. Ésta era una gran noticia para los nerlingos, pues Kiril, Maikel y Oyvind, ya no luchaban solos en la defensa de Tierra Conocida.

Los Quince de Klimerik

—Un par de semanas más patrullando por estos hediondos campos y por fin regresaremos a Groningburgo —dijo un soldado que vigilaba los alrededores de Bosque Verde.

—Yo también cuento los días que quedan para que llegue nuestro relevo —respondió otro de sus compañeros—. Ha transcurrido ya más de un mes desde la caída de Bortiburgo y pareciese que llevásemos recorriendo estos caminos más de un año. Si al menos nos hubieran asignado a la compañía que partió hacia Mugaburgo...

—¡Maldita nuestra suerte! —respondió renegando un tercero—. Aquel burgo está plagado de posadas repletas de cerveza y buena comida, no como este mísero pueblo en el que sólo crecen rábanos resacos y estúpidos bortigos.

—Tendremos que hacer de tripas corazón —añadió el primer soldado—, pero os aseguro que merecerá la pena nuestra espera. Cuando retornemos a Groningburgo nos agasajarán con los mejores manjares y bebidas tras nuestra exitosa campaña.

—Y con las más bellas y ardientes esclavas de Zornik —y el grupo de veinte gronings rió burdamente.

—¡Basta ya de tanto parloteo! —dijo quien parecía comandar la patrulla—. No debemos descuidar la vigilancia.

—La vigilancia de las aves —dijo el renegado mientras un coro de risas ahogadas resonaba a sus espaldas—, pues no encontraremos un alma en cincuenta kilómetros. Todos los hombres de las tierras ocupadas que aún continúan vivos, o bien están recluidos en los burgos, o han sido deportados al Valle de los Elothas. Los demás yacen muertos en sus tumbas devorados por los gusanos.

—Nunca des por acabado a tu enemigo —le respondió su mando—, y mucho menos a aquél a quien has arrebatado sus tierras y libertad. Ten por seguro que tarde o temprano intentará recuperar ambas.

—Sabias palabras —dijo susurrando una voz desde el linde de Bosque Verde, al tiempo que tres lanzas furtivas volaban de entre la semidesnuda floresta.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los gronings mientras las alabardas alcanzaban certeramente su objetivo.

—¡Retirada a Bortiburgo! —gritó el mando de la patrulla.

Nuevamente cinco lanzas salieron catapultadas con furia desde el bosque, al tiempo que una docena de hombres abandonando su protección cargaban contra los gronings.

—¡Los Quince de Klimerik! —gritaban como poseídos por el odio.

—¡Khmerik no olvida! —seguían gritando mientras continuaban su veloz carrera.

Casi la mitad de los gronings habían caído atravesados por las lanzas, mientras el resto dudaba entre hacer frente a sus atacantes o replegarse hacia Bortiburgo como ordenaba su cabecilla. Esos instantes de vacilación jugaron en su contra y una lluvia de flechas cayó nuevamente sobre ellos. Quien no fue alcanzado por las mortales

saetas trató de huir a Bortiburgo, pero aún tuvieron tiempo los desconocidos atacantes de cobrarse la vida de otros cuatro gronings bajo el acero de sus espadas. Solamente tres de los soldados de Zornik salvaron sus vidas huyendo a galope tendido hacia la capital bortiga.

—¡Se baten en retirada! —gritaban exultantes los furtivos atacantes.

—¡Huyen! ¡Les hemos dado su merecido! —coreaban otros saltando de alegría.

—Disfrutemos de esta pequeña victoria al amparo del bosque —dijo sensatamente quien parecía ser el jefe de aquel grupo de hostigadores—. Seguramente los gronings volverán en nuestra búsqueda con nuevos refuerzos. ¡Retirémonos a Bosque Verde!

A su voz, el grupo corrió a ocultarse, internándose con rapidez entre los árboles, desapareciendo en lo más profundo del viejo bosque de Jactinia.

Tras media hora de intensa caminata, el grupo arribó a un pequeño campamento en lo más recóndito de la espesura. Situado en el corazón del bosque, estaba formado únicamente por cuatro rústicas cabañas de madera ubicadas a varios metros de altura sobre el suelo. Sustentadas sobre robustas ramas, servían de refugio a aquellos hombres. En su interior, varios jergones tirados en el suelo, hacían la función de improvisados lechos. En el hueco de un tronco seco próximo a sus cabañas, ocultaban un pequeño arsenal de flechas y lanzas en las que habían invertido la mayor parte del último mes en su fabricación.

Cansados por la refriega con los gronings y la veloz caminata hasta el campamento, treparon a los árboles y se tumbaron para descansar durante unos minutos. En la soledad de Bosque Verde celebraron discretamente su primera victoria ante los soldados de Zornik.

—¡Leonek y Lorinek! —llamó a dos de sus hombres el jefe del grupo—. No tan deprisa. Antes de descansar deberéis cubrir vuestro turno de vigilancia —les decía encaramado a uno de los árboles.

—¡Por favor, Aimon! —gimieron al unísono ante el líder del grupo—, déjanos recuperar nuestras maltrechas piernas. Después de construir las cabañas y todas esas trampas también fuimos nosotros dos los que realizamos la vigilancia —siguieron quejándose.

—No protestéis como niños que no quieren cumplir la tarea que les ha sido encomendada —contestó Aimon—. ¿O es que acaso preferís cambiar vuestro turno de guardia con el de Oran y Marlin? Ellos pasarán buena parte de la noche velando nuestros sueños bajo el único amparo de las estrellas.

Leonek y Lorinek callaron como tumbas ante la propuesta de Aimon, y se dirigieron cabizbajos hacia sus escondites para realizar la vigilancia.

—¡Despertarme con delicadeza cuando regreséis de vuestra guardia! —gritó socarronamente Barbat desde lo alto de una de las cabañas, ya tumbado y cubierto por una agradable manta.

—¡Grrr! —fue el único sonido inteligible que salió de las gargantas de Leonek y

Lorinek cuando giraron sus cabezas en dirección a la cabaña en la que descansaba Barbat.

Comenzaba a atardecer, y el cielo se fue cubriendo de finas pero amenazantes nubes grises. Éstas no tardaron mucho en comenzar a descargar una débil cortina de agua, que humedeció rápidamente los campos del territorio bortigo, ahora ocupados por los ejércitos gronings. La lluvia no hizo sino aumentar el malcontento de Leonek y Lorinek, dos de los miembros de Los Quince de Klimerik.

Ése era el nombre más repetido ahora en Bortiburgo, pues los tres afortunados gronings que huyeron con vida del ataque, se encontraban rindiendo cuentas ante el capitán Lunden, oficial de confianza de Biorkelen, ahora al mando de la capital bortiga.

—Una lluvia de lanzas y flechas salieron de la espesura —relataba alterado uno de los soldados gronings al capitán Lunden, ahora Senescal de Bortiburgo—. Después salieron como fieras salvajes del bosque, mientras nosotros tratábamos de reagruparnos y proteger a los heridos.

—Corrían hacia nosotros gritando “¡Los Quince de Klimerik! ¡Los Quince de Klimerik!” —añadió asustado todavía otro de los gronings.

—Los Quince de Klimerik, huumm —dijo pensativo el Senescal Lunden—. No recuerdo haber oído jamás ese nombre.

—Probablemente sean renegados bortigos que huyeron después del paso de los fugitivos nerlingos, alertados de nuestra próxima llegada —sugirió un oficial que acompañaba en aquel interrogatorio al Senescal.

—Quizás tengas razón, Karlioten —respondió Lunden—. Traidores colaboracionistas con los nerlingos. Si vuelve a producirse una emboscada tendremos que dar un escarmiento a los bortigos.

—¿Cuántos hombres os atacaron? —cuestionó el oficial a los soldados.

—Alrededor de diez hombres nos hicieron frente en campo abierto —respondió —, pero en el bosque otros compañeros les cubrían lanzando flechas y lanzas.

—Por lo tanto hacen honor a su nombre... —respondió ahora sonriendo Lunden—. No más de quince renegados. De acuerdo, daremos su merecido a Los Quince de Klimerik. Preparad una compañía de hombres; mañana, con las primeras luces del alba, partiréis hacia Bosque Verde a cazar renegados.

—Sus órdenes serán cumplidas —contestó Karlioten henchido de gozo ante la misión que le había encomendado su Senescal—. Traeremos las cabezas de esos bortigos ensartadas en quince lanzas que quedarán expuestas en la plaza central de Bortiburgo para escarmiento de sus habitantes.

—Espero que así sea —respondió el Senescal Lunden—, y esta escaramuza sea la

primera y última fechoría de esos renegados.

Ciertamente lo que más temía Lunden no era el pequeño escarceo entre sus tropas y los hombres de Aimon, sino que llegasen a oídos de Zornik los rumores de que la incipiente llama de una sublevación había prendido en territorio bortigo.

Una agitación inusual comenzó a apoderarse de los bortigos, convirtiendo las tranquilas calles de Bortiburgo en un auténtico hervidero. Se había corrido la voz de que varios soldados gronings habían regresado a galope del linde de Bosque Verde, donde al parecer habían sido atacados por un grupo de extraños. ¿Quiénes eran aquellos audaces hombres que osaban enfrentarse a las tropas invasoras? Un nombre comenzó a correr de boca en boca entre los habitantes de la capital: “Los Quince de Klimerik”. Nadie había oído hablar nunca antes de ellos, por lo que un halo de misterio comenzó a envolver al grupo liderado por el joven Aimon.

La gente se arremolinaba en las calles. Numerosos grupos de bortigos charlaban alborotadamente sobre lo acaecido esa tarde en los alrededores de Bosque Verde. Ajeno a estos acontecimientos, Perlivarce abrió la puerta de una de las cabañas acondicionadas para la enseñanza de los más pequeños habitantes de Bortiburgo.

—Podéis volver con vuestros padres —les decía el tarluk—, y no os distraigáis jugando por las calles. Ya es hora de cenar.

Y como una manada de pequeños jabatos, una treintena de inquietos niños salieron en estampida sin prestar demasiada atención a las indicaciones de Perlivarce.

Tras recoger y ordenar todo aquello que sus alumnos habían dejado tirado en la escuela, Perlivarce se dirigió a su hogar. Caminaba por las calles de Bortiburgo absorto en sus pensamientos, cuando un inusitado alboroto llamó su atención. Extrañado por aquel bullicio, se acercó a uno de los muchos corrillos que se habían formado, tratando de averiguar qué es lo que ocurría.

—¿Qué es lo que sucede, Xiker? —preguntó el tarluk a un conocido.

—Los gronings han sufrido una emboscada en Bosque Verde —le contestó.

—Sólo regresaron tres de los más de veinte que fueron a patrullar los lindes del bosque —añadió otro bortigo allí presente.

—¿Se sabe quién los atacó? —preguntó Perlivarce.

—No —respondió Xiker—. Nadie sabe si fueron bortigos, nerlingos o incluso skelingos.

—Fueron Los Quince de Klimerik —dijo otra persona que se acercó corriendo al improvisado corrillo—. Así es como se hacen llamar, aunque nadie sabe quienes son, ni siquiera los gronings.

Al oír aquel nombre Perlivarce sintió que su corazón le daba un vuelco. Rápidamente recordó el nombre de Klimerik. A pesar de que nadie más recordaba haber oído aquel nombre, él como buen tarluk y estudioso de los pueblos de Jactinia, sí lo conocía.

—Celkos —dijo para sí Perlivarce—. Tras más de doscientos años, los guerreros de Borbul han vuelto cuando más los necesitamos. Probablemente la sangre de la estirpe del gran lacrag siga viva. Kiril, Oyvind, Maikel y Thelmor no están solos. Otros hermanos como Tortion también osan enfrentarse a los ejércitos de Zornik.

—Perlivarce —le decía Xiker al ensimismado tarluk—. Perlivarce, ¿en que piensas?

—En nada, en nada... —respondió Perlivarce cuando abandonó sus disquisiciones internas.

Súbitamente, tropas gronings irrumpieron en las calles de Bortiburgo, y comenzaron a golpear con látigos y las empuñaduras de sus lanzas a la muchedumbre que espontáneamente allí se había reunido.

—¡Dispersaros! —gritaban los gronings—. ¡Volver a vuestras guaridas, miserables bortigos!

El gentío, atemorizado ante las amenazas de los gronings, corrió a guarecerse en sus cabañas. En pocos minutos no quedaba un solo alma en las calles.

El Senescal Lunden temía que las noticias de la emboscada de Bosque Verde provocaran una sublevación en Bortiburgo, por lo que ordenó a sus hombres dispersar por la fuerza ala muchedumbre.

En previsión de posibles altercados entre sus tropas y los bortigos, decretó un toque de queda que entraría en vigor aquella misma noche y que se prolongaría hasta que las cabezas de Los Quince de Klimerik engalanasen la plaza central de Bortiburgo.

Perlivarce no había sido una excepción y tuvo que huir con premura a su cabaña donde le esperaba su mujer con inquietud. Cuando por fin entró en su hogar, Milia, en la que comenzaba a apreciarse su estado de buena esperanza, corrió a abrazarlo.

—Por fin estás aquí —dijo la bella mujer—. Me asusté al oír ese griterío y ver como la gente corría por las calles huyendo a sus casas. Temí lo peor...

—No te preocupes, ya pasó todo —le dijo Perlivarce mientras besaba con dulzura la sonrosada mejilla de Milia—. Vayamos a cenar y te relataré con detalle qué es lo que ha ocurrido.

Entre bocado y bocado al pollo asado que Milia había cocinado con su primor habitual, Perlivarce le contó como Xiker había narrado la emboscada de una partida de gronings en las proximidades de Bosque Verde.

—Dijeron que se hacían llamar Los Quince de Klimerik —continuó Perlivarce—. ¿Te dice algo ese nombre, Milia? —preguntó conociendo de antemano la respuesta.

—Debo decir que es la primera vez que lo escucho —respondió su esposa.

—Yo sí lo conozco —añadió rotundamente Perlivarce—. Y por ello te aseguro que el grupo que atacó a los gronings son nerlingos, y más concretamente del clan celko.

Milia miraba atónita a su esposo, sorprendida una vez más por la erudición de Perlivarce, cuyo saber abarcaba muy diversos y variados campos del conocimiento

humano.

—Klimerik —continuó Perlivarce—. Ése era el nombre de una antigua y respetada hermandad. A ella pertenecieron los más destacados líderes celkos y muchos de los guerreros que aportaba el clan al ejército nerlingo. De ella también fue miembro Borbul Ojo de Águila. Cuando fue nombrado lacrag celko se rodeó de los componentes de la hermandad de Klimerik. Luchando junto a ellos, escribió una de las páginas más gloriosas de la historia nerlinga, la gran batalla de Bosque Verde, en la cual el ejército de los cinco clanes derrotó a las tropas gronings —y Perlivarce se detuvo haciendo una leve pausa—. Es por ello que el grupo que atacó a los hombres de Lunden tiene que ser necesariamente nerlingo, pues muy pocos conocen la historia de la hermandad de Klimerik, incluso entre los demás clanes. No sería pues de extrañar —continuó—, que la sangre de la estirpe de Borbul corra por las venas de alguno de esos osados hombres. Sospecho que tampoco es ninguna casualidad que hayan elegido Bosque Verde como su lugar de refugio, ya que en él querrán reeditar las gloriosas hazañas de tiempos pasados escritas por el gran Rey celko.

—Oyvind y sus amigos ya no viajan solos —dijo Milia tras la extensa explicación de Perlivarce—. Rezo porque muchos más grupos como el de Klimerik broten por toda Tierra Conocida y juntos pongan fin a esta funesta era que comenzó el día en que Lothikaton fue arrasada de la faz de Tierra Conocida, y con ella el espíritu de concordia que promulgaba la ciudad.

—Tus palabras han expresado con inusitada clarividencia mis deseos —le dijo Perlivarce a Milia mientras miraba con dulzura los azules ojos de su albina esposa—. Aunque mucho me temo que estos acontecimientos no traerán más que sufrimiento a nuestro pueblo. Pero ése será el precio que deberemos pagar para que nuestro futuro retoño pueda vivir en libertad —y extendiendo su brazo, entrelazó su mano con la de Milia, queriendo así transmitir al pequeño Ingvar que crecía en el vientre de la bella bortiga, todo el amor que mutuamente se profesaban.

No había parado de llover en toda la noche. Las estrellas dormían posadas sobre las finas y grises nubes a modo de lecho de algodón, reservando su precioso fulgor para otra luna más propicia. Se avecinaba el alba, pero aún la ineludible oscuridad envolvía la región de Jactinia. En el corazón de Bosque Verde, el débil sonido de unos pasos sobre las humedecidas hojas que cubrían aquel suelo regado cientos de años atrás con la sangre de gronings y nerlingos, denotaba el cambio de guardia en el campamento rebelde. Hacía ya horas que Leonek y Lorinek dormían cobijados en lo alto de los árboles, tras ser relevados por Oran y Marlin. Y eran éstos los que ahora volvían al campamento tras charlar unos minutos con los hermanos Eboc y Enoc, quienes ocuparían los puestos de vigilancia.

La noche había transcurrido sin sobresaltos y comenzaba a abrir sus ojos al nuevo día, acompañada por los animados cantos de un nutrido grupo de petirrojos. Pero

Aimon tenía el presentimiento de que al despuntar el alba, recibirían la desagradable visita del enojado gigante al que ayer habían despertado de su letargo. Y eso no le permitía conciliar el sueño, a pesar de que él se resistía revolviéndose en el lecho de su cabaña.

Fundados eran sus temores, pues en Bortiburgo, una compañía de setenta hombres ensillaban sus caballos para cabalgar hacia Bosque Verde con el único objetivo de acabar con Los Quince de Klimerik. Cómo los celkos podrían salir victoriosos de tan desigual batalla, era soñar con una inalcanzable quimera.

Finalmente Aimon, no pudiendo aguantar por más tiempo tumbado en su lecho, descendió de la cabaña y se dirigió a las posiciones que Eboc y Enoc ocupaban.

—Buenos días, amigos —les saludó cordialmente—. ¿Habéis observado algo extraño en vuestro turno de vigilancia? —les preguntó escrutándolos desde la profundidad de sus ojos castaños escondidos bajo su prominente frente tiznada por el sol invernal.

—No, Aimon —respondió Eboc—. Ni tampoco Oran y Marlin han visto nada. Todo está muy tranquilo.

—Lo único que nos perturba es esta molesta lluvia —añadió Enoc.

—Esperemos que cese cuanto antes, o si no pillareis un buen resfriado —respondió sonriendo Aimon—. Seguir vigilando con atención; creo que hoy los gronings nos honrarán con su visita. Si avistáis alguna de sus partidas de exploradores, dad la señal y seguid el plan acordado. Ahora iré con los demás a ultimar el recibimiento que se merecen.

Mientras Aimon regresaba al campamento, la compañía comandada por Karlioten partía al galope de Bortiburgo a la caza de Los Quince de Klimerik, confiados en su superioridad táctica y numérica, sin saber la trampa en la que el bosque se convertiría para ellos.

Y es que los hombres de Aimon no habían perdido el tiempo desde que decidieron fijar su residencia en Bosque Verde. El grupo de celkos había estudiado detenidamente durante el último mes hasta el más recóndito rincón de la floresta. La ubicación de su campamento no había sido elegida al azar. Habían trabajado duro para diseñar y construir trampas, vías de escape, y otro tipo de ingenios con los que hacer frente a los gronings, y si no habían comenzado antes a hostigar a los invasores del norte era porque todavía no estaban lo suficientemente preparados.

Los celkos habían sido históricamente de largo, los mejores guerreros de entre los cinco clanes, y Los Quince de Klimerik no iban a ser una excepción. Sabedores de su inferioridad numérica, se habían preparado para una guerra de guerrillas en la que lentamente irían provocando una dolorosa sangría en el ejército groning. Hoy se aprestaban a escribir el segundo episodio de una larga historia.

Cuando el alba tendía su fría mano al amanecer, la compañía de Karlioten llegó a los

campos donde los gronings fueron emboscados la pasada luna. Los cuerpos sin vida de tres soldados de la enseña del lobo negro tendidos sobre la húmeda hierba así lo anunciaban.

—Aquí fue donde nos atacaron —dijo uno de los soldados que consiguió huir de la emboscada—. Una repentina lluvia de flechas y lanzas salió de aquellos árboles, y a continuación diez hombres cargaron contra nosotros cuales rabiosos jabalís heridos.

—Esta vez no nos sorprenderán —dijo confiado Karlioten—. Descabalgad y colocad a vuestros caballos en círculo. Protegeros con vuestros escudos. Enviad a los dos rastreadores. No entraremos en el bosque hasta que ellos vean que el camino está expedito.

Rápidamente dos de los gronings que iban a la cabeza de la compañía bajaron de la grupa de sus monturas y sigilosamente se internaron en Bosque Verde. Pero para entonces Eboc y Enoc ya habían dado la señal de alerta y corrían a ocupar sus nuevas posiciones. El juego del gato y el ratón había comenzado.

Los dos rastreadores descubrieron unas pisadas en el barro. Eran recientes por lo que sus ojos se iluminaron, continuando con ahínco la búsqueda de Los Quince de Klimerik. Tras avanzar unos trescientos metros, uno de los rastreadores asió fuertemente el brazo de su compañero, indicándole con el dedo índice sobre su boca que guardara silencio. Extendió su brazo derecho, señalando en dirección norte. Allí, Eboc y Enoc descansaban sentados, apoyados sobre un viejo tronco de haya. Los dos gronings se miraron y comunicándose a través de señas decidieron regresar al encuentro del oficial al mando.

—¡Mirad! —exclamó un soldado que acompañaba a Karlioten—. Los rastreadores han vuelto.

Rápidos como dos comadreja, corrieron veloz y cautelosamente hacia su oficial. Antes de que éste pudiera preguntarles nada, ellos le relataron con todo detalle lo que habían visto.

—Hemos divisado a unos trescientos metros de aquí a dos de los proscritos —dijo jadeando uno de los dos exploradores—. Aguardaban sentados bajo un hayedo. No sabemos si esperaban a otros rebeldes o realizaban alguna vigilancia en el bosque. Si les perseguimos, probablemente nos llevarán hacia los otros en su huida.

—El terreno es favorable —añadió también jadeando el otro rastreador—. Es amplio y con mucho espacio entre los árboles, por lo que un ataque de nuestra caballería sería letal y devastador para ellos.

Mientras los dos informadores recobraban el aliento, Karlioten meditaba la decisión a adoptar. Orgulloso como la mayoría de los oficiales del ejército de Zornik, y confiado por las nuevas recibidas, decidió atacar con todos sus hombres a los proscritos, despreciando la posible resistencia que éstos pudieran plantear. Una vez más, como ya le ocurrió al capitán Torleken en su ataque contra los nerlingos que se batían en retirada al Bosque de Alkos, la visión de loas en forma de épicos cánticos y coronas de plateados laureles luciendo sobre su morena cabellera, cegaron los ojos y

nublaron la mente de Karlioten. El oficial ordenó montar a su compañía y, como un ejército invasor, penetraron al trote en Bosque Verde.

El ruido de los cascos advertía a Eboc y Enoc de la próxima irrupción de los gronings, pero permanecieron sentados al cobijo de aquel hayedo, asiendo con fuerza sus arcos y colocándose a la espalda los carcajes, preparando una de antemano premeditada retirada.

El sonido de los relinchos de los caballos eran cada vez más y más cercanos. Los corazones de Eboc y Enoc latían con inusitado ímpetu creciente. El miedo les atenazaba las piernas y un sudor frío, que se fundía con las finas gotas de lluvia, se deslizaba lentamente por sus rostros. Cuando ya no pudieron aguantar por más tiempo aquella interminable espera, aparecieron a lo lejos las siluetas de la cabecera de la compañía groning.

—¡Allí están! —gritó uno de los exploradores.

—¡Tras ellos! —gritó Karlioten—. ¡Capturadlos vivos o muertos! —y a su grito, la compañía cabalgó en persecución de los dos hermanos celkos.

Rápidamente Eboc y Enoc se lanzaron, como dos embrujados participantes de una mortal iokane, a una desbocada carrera a través del bosque. No más de trescientos metros era la distancia que les separaba inicialmente de sus perseguidores, a los que sentían muy próximos por el retumbar de los cascos de los caballos sobre el embarrado suelo del bosque. Tras cincuenta metros de febril carrera giraron hacia la derecha, internándose en una zona más frondosa. Esta maniobra obligó a la caballería groning a colocarse en columna de a dos.

Otros cien metros de veloz galopada y esta vez se desviaron bruscamente a la izquierda entrando en un angosto camino, que daba a un leve pero continuado descenso del terreno, conduciendo a los celkos entre un pequeño e improvisado desfiladero de no más de tres metros de ancho. Esta nueva ruta, esculpida en la tierra por algún río que atravesó Bosque Verde en los Días Antiguos, obligó a estirarse aún más a la columna groning.

—No me gusta el camino que estamos tomando —le dijo un soldado a Karlioten mientras galopaban en persecución de los dos proscritos—. Los exploradores nos dijeron que el terreno era amplio y despejado, pero se está transformando en una madriguera. Nuestra caballería pierde todo su poder dispersada en una columna tan larga y estrecha.

—El angosto camino volverá a hacerse ancho —respondió Karlioten—. ¿O es que acaso tienes miedo de dos miserables rebeldes? —y fustigando a su caballo se colocó a la cabeza del grupo.

Casi habían recorrido Eboc y Enoc un kilómetro huyendo de los gronings, quienes ahora los tenían a menos de cincuenta metros de distancia, cuando el camino comenzó a serpentear repentinamente, realizando zigzagueos a derecha e izquierda, para a continuación descender pronunciadamente acompañando a un fuerte desnivel del terreno. Esas curvas cerradas provocaron que los gronings perdieran por unos

instantes de vista a los fugitivos, lo que aprovecharon los dos hermanos para, una vez lograron salir a la boca del desfiladero, ocultarse bajo una red cubierta de hierba y helechos a modo de trampilla, que se mantenía elevada medio metro sobre el suelo gracias a la ayuda de un pequeño madero. Antes de ocultarse bajo ella, tiraron uno de sus arcos en la dirección en la que el pequeño desfiladero incrementaba la anchura de su garganta. Como dos conejos perseguidos por una manada de zorros, se ocultaron en su madriguera a un lado del camino, apartando de un manotazo la rama que sujetaba la trampilla.

En unos segundos los primeros jinetes gronings aparecieron en lo que aparentemente parecía el final del desfiladero. Al ver el arco de uno de los celkos a unos metros enfrente suyo, gritaron:

—¡Por allí! ¡Han huido en esa dirección! —decían orientando al grupo perseguidor.

Gracias ahora al terreno favorable, la caballería groning se colocó en columna de a cuatro. Pero cuando llegaron a la altura del arco que los celkos habían abandonado, el suelo se hundió bajo los pies de los gronings y un vacío de más de diez metros de altura apareció ante sus atónitos ojos.

Los Quince de Klimerik habían construido un falso suelo de unos treinta metros cuadrados, a base de ramas entrelazadas cubiertas con hierba, musgo, helechos y hojarasca, ocultando a los ojos de los gronings aquel salto del terreno.

Las cinco primeras líneas de la desbocada columna cayeron en bloque al vacío, y varias de las unidades que venían a continuación chocaron entre ellas, despeñándose al menos tres de sus componentes al igual que lo había hecho la cabecera de la compañía.

Pero ésta no fue la única sorpresa para los hombres de Karlioten. Una vez rodaron por el suelo tras su violenta caída, éste nuevamente se abrió, y cayeron en una trampa en la que murieron ensartados por los afilados maderos que los rebeldes habían colocado a modo de alabardas.

Los que pudieron levantarse y evitar la trampa mortal, comenzaron a ser presas de las flechas de Leonek, Lorinek, Odd y Bladuf que cubrían el flanco izquierdo y de Oran, Marlin, Oakes y Aimerin que hacían lo propio con el derecho.

Con su oficial Karlioten muerto en la primera acometida, la compañía groning estaba desorientada. Uno de los soldados ordenó a sus compañeros descender la ladera para socorrer a aquellos que estaban siendo diezmados por las flechas de los celkos. Treinta de los gronings secundaron su decisión, mientras apenas diez decidieron cubrirles desde lo alto del desfiladero.

En la parte baja del bosque sólo media docena de gronings se mantuvo en pie, hasta que otra andanada de flechas proveniente de los árboles circundantes acabó con su última resistencia. Nuevos refuerzos a caballo irrumpieron en la explanada, decididos a atacar ambos flancos de los arqueros rebeldes. Cuando se situaron a una distancia apropiada, Odd y Bladuf desde la izquierda y Oakes y Aimerin desde la

derecha soltaron desde lo alto de los árboles dos enormes péndulos de más de tres metros de anchura cada uno, adornados por infinidad de puntiagudos pinchos. Cuando las cuerdas que los sujetaban alcanzaron su máxima longitud, se clavaron con brutal violencia en los cuerpos de los soldados gronings que cargaban contra ellos.

Una montaña de cuerpos sin vida se acumulaba en la parte baja del bosque, mientras los pocos que aún se mantenían en pie eran nuevamente un blanco fácil para las flechas celkas.

En lo alto del desfiladero, los soldados miraban atónitos lo que ocurría. Aprovechando la confusión y saliendo de la nada, Eboc y Enoc, acompañados de Barbat, Larklin, Aimon y Alvar, quienes se hallaban ocultos en posiciones que rodeaban a los gronings, abandonaron sus escondites subterráneos sin darles tiempo para reaccionar, acribillando con los certeros cantos de sus arcos a los últimos supervivientes.

Una vez acabaron con la retaguardia de la compañía, tomaron posiciones al borde del desfiladero, desde donde con sus últimas flechas, certificaron la debacle de los hombres de Zornik en Bosque Verde, lugar una vez más maldito para los ejércitos gronings.

Al cabo de unos minutos se hizo nuevamente el silencio en el bosque, sólo roto por el despavorido trotar de los caballos que habían sobrevivido a aquella emboscada. Era la segunda acción de Los Quince de Klimerik, y una vez más habían salido victoriosos. Esta vez los gronings ni siquiera tuvieron tiempo de llegar a ver sus rostros, sorprendidos por la magistral estrategia dispuesta por los hombres de Aimon.

Los catorce celkos enterraron en una de las fosas a los muertos.

Aimon tornó el estandarte groning y lo miró con desprecio.

—Algún día pagarás la traición a nuestro pueblo —dijo mientras los ojos le brillaban—. Pagarás por lo que le hiciste a mi padre Dulba y a mi hermano Anodrac —y furioso quebró el palo que lo sustentaba por la mitad—. Éste será el regalo que recibirá el Senescal de Bortiburgo —sentenció con rabia.

En compañía de Alvar, cabalgando sobre dos negros corceles gronings, se acercaron hasta las inmediaciones de Bortiburgo y, sin ser vistos, liberaron en dirección a la capital bortiga a uno de los caballos al que ataron el quebrado estandarte del lobo negro.

Nuevamente galoparon de regreso a Bosque Verde, refugio de Los Quince de Klimerik, un grupo de rebeldes cuya leyenda crecería sin cesar a partir de aquella fecha. Catorce valientes protegidos por el espíritu del malogrado heredero del clan celko, quienes mantendrían viva en Jactinia la esperanza que Kiril, Maikel y Oyvind portaban a bordo de *La Sirena de los Mares* en su travesía por el Mar del Este.

Una mirada al pasado

Los días se sucedían con inusitada velocidad para los jóvenes nerlingos a bordo de *La Sirena de los Mares*. La preciosa nave comandada por el capitán Falk, ya había recorrido más de tres cuartas partes de su ruta hacia It-sonod. La pasada luna superaron el imaginario paralelo que les alineaba con Porliton. En cubierta, todos los tripulantes del navío rezaron una oración a sus dioses. Rogaron transmitiesen a Olaf la fuerza necesaria para poder persuadir a los luinas, igual que las sirenas atraen a los melancólicos marineros hacia los rocosos acantilados.

Con las luces del mediodía, habían dejado atrás la desembocadura del Taquakland, por lo que mañana arribarían al puerto de It-sonod. Una pesadumbre se apoderaba de los nerlingos, pues sabían que sólo restaban unas pocas horas a su gratificante travesía; y si bien estaban impacientes por reemprender la búsqueda del sexto clan una vez tocasen tierra, el abandonar quien sabe si para siempre *La Sirena de los Mares* hacía que su alma se empequeñeciera, sintiendo que les arrancaban un pedazo de su todavía joven corazón. Estos sentimientos no hacían sino confirmar a Kiril su primitiva procedencia de ultramar.

Comenzaba a anochecer en el mar oriental y el suave viento del norte presagiaba una fría luna; pero eso no impediría una vez más que los tres jóvenes se apretujasen en cubierta en torno a una tenue lumbre para compartir junto a Nahelgen, las fascinantes historias con las que el capitán Falk les deleitaba cada noche, pese al desasosiego en que muchas de ellas les sumían.

Esa noche el pescador de Thioluka les agasajó con unas patatas asadas y un succulento plato de salmón, que fue regado con varias botellas de un excepcional vino que el capitán guardaba en el lugar más recóndito de su bodega. A continuación, como tenían por costumbre todas las noches, sirvieron unos pequeños vasos de licor de fuego y se sentaron a charlar en cubierta.

—Bueno, mis queridos grumetes —inició Falk la conversación—. Nuestro viaje se acaba y no tardaremos en despedirnos. ¿Qué es lo que haréis una vez desembarquemos en It-sonod?

—Iremos a hablar con el Senescal, el precepto o quien quiera gobierne en la ciudad —respondió Kiril—. Una vez alertados los esmugas, partiré junto a Maikel y Oyvind en busca de nuestros hermanos. Presiento que están más cerca de lo que imaginamos.

—No será tan sencillo convencer a los esmugas —dijo el capitán Falk—. Son desconfiados y testarudos por naturaleza, y muchos años llevan imbuidos en sus quehaceres sin preocuparse del devenir de Tierra Conocida. Sólo mantienen una interesada relación comercial con sus vecinos los luinas, obligados a comprar los barcos que éstos construyen.

—Más testarudos somos los nerlingos —replicó Maikel—. No hemos llegado hasta aquí para arredrarnos ante unos aldeanos cabezotas —y dio un trágico que vació

por completo el vaso de licor de fuego.

—No lo pongo en duda, mi querido Maikel —y Falk rió con vehemencia.

—Creo que los tres jóvenes merecen un brindis —dijo Nahelgen.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó Falk enjugándose con la bocamanga de su camisola las gotas de licor que humedecían su larga barba.

—El haberse convertido en unos auténticos grumetes —respondió Nahelgen elevando su vaso al cielo—. Han viajado en tu barco sin que hayas tenido que arrojarlos por la borda para que fuesen pasto de los tiburones; al contrario que cuando nos llevaste por primera vez a Thioluka desde el norte —añadió mientras un nudo atenazaba la garganta de los nerlingos—. Más de cien veces amenazaste a Tirk, a Holrn o al pobre Olaf con que les colgarías del palo mayor si volvían a quejarse, a no asir con fuerza el timón o a vomitar la comida que con dedicación había preparado durante todo el día Kilma, ¡ja, ja, ja! —y rió a carcajadas.

—Es cierto —y Falk le acompañaba en sus risas—, aunque he de decir que al principio albergue grandes dudas de que lo consiguierais —y continuó refiriéndose a Maikel—, cuando en tierra firme me preguntasteis por los bandidos del mar.

—¿Es por eso que me hiciste clavar ese tablón a estribor? —le preguntó Oyvind a Falk mientras le guiñaba un ojo—. ¿Para lanzar desde él a Maikel sobre los tiburones? —y todos rieron una vez más mientras el hijo de Torilo no podía ocultar su sonrojo.

—Marinero de agua dulce, ¡ja, ja, ja! —reía Falk—. Por fin te has curtido bajo el mando de un verdadero capitán de barco, más aún algo te falta —continuó—. Con este cuchillo te tatuaré la marca de los verdaderos lobos de mar. Acércame tu brazo —y Falk alargó su mano mientras Maikel corría despavorido por cubierta y los demás apenas si podían mantenerse sentados atacados por la risa.

Una vez todos se tranquilizaron y Maikel accedió no sin reservas a volverse a sentar en torno a la lumbre, continuaron con su tertulia.

—¿Eres realmente un capitán o es así que tú mismo te lo haces llamar? —preguntó Kiril.

Falk frunció el ceño y dio un trago de licor de fuego antes de responder al lacrag nerlingo.

—Con gran dolor fue ganado este grado —respondió con tristeza Falk—. Por aquel entonces mi barba era de color castaño y mi rostro aún no se había arrugado por las caricias de los salados vientos orientales. Navegábamos muy al sur, más allá del Desierto Rojo, en aquel maldito barco mercante llamado *Viento del Océano*. Yo era el ayudante del capitán Olaus, un rudo pero sin igual marinero. Nadie conocía como él los secretos de las corrientes, de cada acantilado de las costas orientales, de cada estrella que velaba por él en el firmamento. Pero aquel día el mar se revolvía en una extraña agitación, las olas chocaban contra el barco al mismo tiempo por babor y

estribor. Con cincuenta hombres a bordo y a falta de una jornada para llegar a puerto, naufragamos a treinta millas de la costa. A medianoche, una fuerte sacudida nos despertó y toda la tripulación subimos rápidamente a cubierta. Preguntamos al timonel qué había ocurrido y él aseguró no haber visto nada. Nos dividimos en dos grupos, repartidos a ambos flancos del barco, cada hombre con una antorcha iluminando el oscuro y agitado mar. Pero ella... —y el capitán Falk hizo una pausa mientras todos le escuchaban con el alma en vilo—, ella nos embistió de frente abriendo una gran brecha en la proa de la embarcación por la que el agua comenzó a penetrar como ríos de lava. Aún realizó una tercera embestida, esta vez por estribor donde yo estaba colocado y fue entonces cuando pude verla. Sus ojos verdes, resplandecientes y vidriosos al mismo tiempo, sus afiladas fauces... —y el capitán se detuvo.

—¿Quién era ella? —preguntó nervioso Maikel.

—Una serpiente marina —respondió al cabo de unos instantes Falk—, la más aterradora criatura que jamás cualquier hombre haya podido contemplar. Un demonio del abismo de más de cincuenta metros de largo, de brillante color negro, su espalda repleta de afilados dientes de sierra. Su cuerpo se retorció en derredor de nuestro navío en gigantescas espirales. Súbitamente aquella bestia de las profundidades abisales se irguió frente a nuestro barco como una gigantesca columna y comenzó a devorar a mis compañeros. Los arrancaba sin piedad de la cubierta del barco, aprisionados entre sus insaciables fauces mientras lanzaban sordos e impotentes gritos de dolor. Fue entonces, en aquella desesperada situación, cuando el capitán Olaus se acercó a mí y me ordenó tomar el mando del barco. Me sonrió y, sin pronunciar una sola palabra más, tomó un gran arpón amarrado en cubierta y se lanzó con un iracundo alarido contra la malvada serpiente. Antes de que ésta le quebrase entre sus fauces, el capitán Olaus pudo dirigir su tiro, y clavó certeramente el arpón en el ojo izquierdo de la bestia. La serpiente partió en dos el cuerpo del capitán y retorciéndose en terribles espasmos se sumergió perdiéndose para siempre en las profundidades de aquellos mares meridionales.

Nahelgen y los nerlingos tragaban saliva mientras escuchaban el escalofriante relato del capitán Falk.

—¿Qué ocurrió una vez que la serpiente desapareció en el fondo del mar? —se atrevió a preguntar Oyvind.

—El mar pareció volver a calmarse —respondió con evidente tristeza en los ojos el capitán mientras recordaba aquel episodio—. Hicimos un rápido recuento de bajas, mientras media docena de marineros se afanaban en tratar de reparar la brecha que la serpiente había abierto en la proa del *Viento del Océano*. Pero ya era demasiado tarde; el agua entraba a riadas en la embarcación. No tardó en zozobrar y comenzó a hundirse lentamente. Lanzamos tres pequeños botes al mar y abandonamos el barco. A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, sólo doce marineros contestaron a mi llamada. Habíamos perdido a treinta y siete compañeros y al capitán

Olaus. Tras un par de jornadas en las que nuestros brazos se convirtieron en los remos de aquellos pequeños botes, logramos por fin alcanzar la costa y poner fin a aquella pesadilla —y Falk hizo una pausa—. Así fue como me hice capitán, mi querido Kiril. Al igual que tú, perdí con gran dolor muchos hombres en mi primera misión. Un trágico aprendizaje, pero de gran valor en mis posteriores andanzas. Confío en que la matanza de tu pueblo en Lothikaton y en el Bosque de Alkos no te atormenten por más tiempo. Recuérdala, sí, pero aprende de ella para derrotar a tu enemigo. La pérfida serpiente nos sorprendió a ambos, reencarnada bajo distintas formas, pero la próxima ocasión en que nos veamos las caras ella será la sorprendida.

—Gracias por tus palabras de consuelo —dijo Kiril.

—Ese consuelo me lo da el mar —respondió Falk—, y los recios hombres que lo honran, como el añorado capitán Olaus. Él nació en un pequeño pueblo costero de las Tierras Frías llamado Podiol. Sus habitantes, y por ende el gran capitán, siempre vieron algo sagrado y misterioso en estas azules e infinitas aguas en las que el sol se hunde en su ocaso. Así se cumple un ciclo mágico de muerte y resurrección, como gustaba de relatarme. Él, quien nunca tuvo esposa, pero que adoraba a su añorada madre, decía que el mar y los océanos eran femeninos, pues como las mujeres, tenían esa capacidad de gestación, de engendrar un nuevo sol que alumbraría el venidero día. Océano, única mujer y esposa del marinero, como el capitán Olaus describía, y gran madre a cuyo seno se vuelve cuando llega la muerte. Que el mar lo acoja por siempre en su profundo y dulce regazo —y Falk se enjugó las lágrimas que se deslizaban por sus envejecidos párpados.

Kiril, Maikel, Oyvind y Nahelgen escuchaban emocionados el relato del capitán Falk. Cuando éste se recuperó de aquel emotivo momento, se puso en pie y mirando al Mar del Este entonó unos sentidos versos en honor a su mentor.

*De un puerto lejano parten batel y marinero,
llorosas mujeres desde el frío muelle les despiden.
¿Regresará a casa su amado aventurero?
No si la llamada de la azul madre reciben.
Nunca embarcaron por oro o por dinero,
pues sus almas al gran océano pertenecen.
Malditos aquellos quienes te acusaron de pendenciero,
ya que a ti, mi capitán, los cálidos vientos te bendicen.
Jamás surcará los mares tan hidalgo caballero,
tu alma y espíritu en el gran azul por siempre yacen.
Descansa en sus profundidades feliz prisionero,
y que en tierra firme tus hazañas resuenen.
De ti me despido en esta sombría luna de enero,
más por tu memoria las estrellas resplandecen.
Hasta siempre mi gran maestro el viajero,*

navega por siempre en donde todos los males perecen.

Los cinco bebieron en honor del capitán Olaus, quien a buen seguro ahora les dedicaba una sonrisa desde su confortable lecho en el fondo de los mares meridionales. Con ese postrero brindis terminaron la que sería su última tertulia a bordo de La Sirena de los Mares. Mañana, con el alumbramiento del amanecer, una nueva empresa les aguardaba en It-sonod. Una empresa sólo al alcance de audaces y valerosos hombres como el evocado capitán Olaus. Con su triste recuerdo en la mente, los tres nerlingos se acostaron tratando de conciliar el sueño, que esa noche travieso, jugaba con ellos al escondite.

La noche se tornó oscura y desapacible. Las aguas del gran azul se agitaron y el cielo cubrió por completo de nubes el mar oriental. Las primeras luces del alba luchaban por traspasar la gran alfombra gris que cubría el firmamento. Los continuos vaivenes que provocaban las olas en la embarcación, despertaron a la tripulación de *La Sirena de los Mares*.

—¿Cubriste tú mi guardia? —le preguntó Maikel a Oyvind.

—No —respondió—. Y tú, Nahelgen, ¿cubriste la mía? —preguntó al pescador de Thioluka.

—Tampoco —respondió Nahelgen—. Y a menos que Kiril cubriese mi turno, yo no he realizado el mío.

—Creo que esta noche el capitán Falk necesitaba la solitaria compañía del Mar del Este —dijo Kiril, y todos guardaron un triste silencio en recuerdo del malogrado Olaus.

En cubierta, el capitán Palk sujetaba con fuerza el timón. Sus enrojecidos ojos, aliviados ahora por el frescor de la temprana brisa marina, denotaban que había pasado una larga noche en vela. El barbudo lobo de mar prefirió dejar dormir a sus grumetes y encargarse por esa noche de dirigir la travesía de su amada *Sirena de los Mares*, como su maestro el capitán Olaus gustaba de hacer con el *Viento del Océano*.

Kiril fue el primero en subir de la bodega. Llevó a Falk un vaso de caldo caliente que Nahelgen acababa de preparar. El huraño capitán se lo agradeció enormemente y lo tomó de un solo trago. El calor que aquella bebida le generaba al recorrer sus entrañas consiguió reconfortar parte de su ser, ya que su corazón aún se encontraba sombrío, asaltado por tristes y pretéritos recuerdos.

—Una larga noche —dijo Kiril.

—Sí, ha sido una larga y oscura noche —respondió el capitán.

—¿A qué distancia nos encontramos de It-sonod? —preguntó Kiril.

—No nos resta mucho para arribar a puerto —respondió el capitán—. Hace una hora viré en dirección noroeste y, si mis cálculos y mi intuición no me fallan, en menos de media hora avistaremos el cabo en el que la capital esmuga está emplazada. Entraremos por tanto en las aguas del Golfo de Eukad.

—Bajaré a la bodega para apremiar a nuestros amigos —dijo Kiril—. No tenemos

tiempo que perder una vez desembarquemos en It-sonod.

Kiril advirtió a Maikel, Oyvind y Nahelgen de lo cerca que se hallaban de arribar a destino, por lo que cada uno se afanó en dejar organizadas sus pertenencias. Prepararon sus espadas, arcos y carcajes, y tomaron una pequeña cantidad de víveres. Llenaron con agua los pellejos que Tirk el Rojo les había regalado y, para combatir las noches en las que el desaliento se apoderase de ellos, Maikel rellenó uno de los pellejos con el exquisito licor de fuego que Falk transportaba en el bodega de *La Sirena de los Mares*. Los tres nerlingos estaban impacientes por poder tomar tierra y emprender la búsqueda del sexto clan.

—¡Subid a cubierta! —gritó Palk.

Los cuatro aprendices de marinero subieron atropelladamente por la escalera que daba acceso a la cubierta del barco. Allí vieron como el capitán Falk, virando el timón, señalaba con su brazo izquierdo extendido hacia el oeste. Los cuatro giraron sus cabezas y pudieron ver envuelta entre la neblina el cabo del Golfo de Eukad.

—¡It-sonod, mis grumetes! —gritó alborozado Falk—. La capital esmuga nos espera.

Los tres nerlingos se abrazaron, mientras Nahelgen recordaba como años atrás partió temeroso de aquel puerto rumbo a su ahora añorada Thioluka. Entonces abandonó el puerto oriental huyendo de la horda groning; hoy regresaba a él para enfrentarse a aquella antigua amenaza.

El capitán Falk viró todo a babor para poder así encarar la capital esmuga. El puerto de It-sonod no era tan grande ni estaba tan resguardado de las acometidas de las olas como el de Porliton, pues se hallaba completamente abierto al mar. A pesar de que las aguas del Golfo de Eukad eran tranquilas, más de una tormenta había acabado con algún barco mercante, que confiado, se hallaba atracado en el muelle. Por ello los capitanes no prolongaban las escalas de sus embarcaciones más allá de una o dos lunas en el puerto esmuga. Si su barco precisaba una reparación de cierta relevancia, preferían arriesgarse y continuar su travesía hasta los astilleros luinas, antes que permanecer allí más de lo estrictamente necesario para sus transacciones comerciales.

La singular proa de *La Sirena de los Mares*, en la que la bella mujer de la caracola lucía esplendorosa sus largos cabellos, se abría paso con decisión entre las aguas del golfo. Los tres nerlingos y Nahelgen contemplaban excitados desde ella el burgo de It-sonod.

Habitado por cerca de seis mil personas, concentraba más de las tres cuartas partes del pueblo esmuga entre sus muros. En el resto de la comarca se repartían en torno a mil personas que vivían en cabañas aisladas o pequeñas comunidades a lo largo de todo el Golfo de Eukad. Enclavado en una amplia ladera, la parte baja de la ciudad la formaban el puerto y un almacén a modo de astillero que se usaba para pequeñas reparaciones de barcos de pesca. En un segundo nivel, un muro de cinco metros de altura construido en sólida roca, protegía a la ciudad de las incursiones

corsarias. En It-sonod, al contrario que en Porliton, los esmugas disponían de un pequeño contingente militar formado por doscientos soldados, que se dedicaban a vigilar y patrullar las murallas de su ciudad, siempre sus ojos clavados en el mar.

Detrás del muro de piedra, y dispuestas en niveles contiguos formando el perfil de una estirada luna en cuarto creciente, se levantaban las cabañas donde vivían sus habitantes. Un sin fin de callejuelas horizontales y verticales se entrecruzaban formando un extenso laberinto hasta alcanzar la zona alta del burgo, donde tenían asentadas sus posesiones las clases pudientes de la capital.

En la parte más elevada de la ladera, se erigía un pequeño baluarte en el que poder refugiarse llegado el momento, tras la caída de los muros inferiores ante el hostigamiento enemigo. Se hallaba igualmente custodiado por una treintena de hombres, que desde aquella elevada posición, disfrutaban de una privilegiada vista del horizonte marino. Un edificio de dos plantas construido en piedra, que se emplazaba tras sus muros, hacia las veces de residencia del gobernante de It-sonod.

A medida que *La Sirena de Los Mares* se acercaba a puerto, comenzaba a despertar una cierta actividad en la ciudadela, volcada principalmente en la pesca y el comercio. Una docena de curiosos se arremolinaba en el muelle ante la llegada de la embarcación del capitán Falk, quien era bastante popular en algunas de las tabernas menos recomendables de la ciudad por su conocida afición al juego del kliros.

—¡Nahelgen! —gritó el capitán Falk—, prepara las cuerdas para amarrar el barco en el puerto. Y vosotros, disponeros a echar el ancla al agua cuando yo os lo diga —dijo a los nerlingos—. Si por una vez os mostráis como verdaderos marineros, os invitaré esta noche a un buen trago de cerveza en El Delfín Negro, e incluso puede que os desplume todas las monedas de oro que os quedan en una partida de kliros. ¡Ja, ja, ja! —y rió jubiloso olvidando por unos instantes la pasada noche.

La Sirena de los Mares entró en el puerto de It-sonod aproximándose lentamente al muelle. Cuando la embarcación se encontraba a unos cinco metros del mismo, Nahelgen lanzó un par de cabos a tierra, donde varios esmugas los tomaron amarrándolos firmemente a recios bolardos. Después Falk dio la señal a los nerlingos y éstos arrojaron con muchas dificultades el enorme ancla en forma de tridente al agua. La embarcación había atracado definitivamente en la capital esmuga.

—Pronto has regresado a It-sonod —le preguntó un esmuga que parecía conocer al capitán—. ¿Es que acaso añoras nuestros deliciosos barriles de cerveza?

—Siempre los hecho en falta, amigo Torsten —le respondió Falk—. Pero esta vez no vengo atraído por los vapores de tan exquisita bebida. Traigo conmigo a bordo a unos nerlingos que portan un mensaje de vital importancia para vuestra ciudad. Debo conducirles a la mayor brevedad a la presencia del Senescal Adelel —y de un brinco, como si de un atlético joven se tratara, el capitán Falk saltó al muelle.

—¿Nerlingos? —preguntó extrañado Torsten—. ¿Qué es lo que hacen unos nerlingos por estas tierras?

—Salvarlas —respondió tajantemente Falk mientras el esmuga le miraba

sorprendido—. ¡Vamos muchachos! —gritó con fuerza hacia el barco—. ¡No tenemos todo el día para entrevistarnos con el Senescal!

Kiril, Maikel, Oyvind y finalmente Nahelgen, descendieron del barco con más precauciones de las que había tomado el imprudente capitán.

—Volveremos más tarde al barco —le dijo Falk a Torsten—. Prepárame unos sacos con víveres y varios odres de agua, pues no me demoraré en partir. Y si estás dispuesto a que algunas de tus monedas de oro cambien de manos, nos veremos esta noche en El Delfín Negro.

—Allí nos veremos —se despidió sonriendo Torsten.

Los recién llegados se dirigieron a la entrada principal del muro. No hizo falta que presentaran credenciales para que les permitieran el paso, pues los vigilantes conocían sobradamente al capitán Falk.

—Veo que por aquí te tratan como si fueras un auténtico esmuga —dijo Maikel.

—Mi querido grumete —respondió Falk—, escucha estos sabios versos con atención:

*Si un veloz y recio barco quisieres,
rumbo a Porliton has de navegar,
mas si buena cerveza y mujeres ansiaras
en It-sonod seguro las vas a encontrar.*

—y una vez terminó de recitarlos el capitán volvió a reír a carcajadas una vez más—. Pero no será tan fácil conseguirlo cuando solicitemos que el Senescal nos reciba.

—Le guste o no tendrá que recibirnos —dijo Kiril—. Debemos hacerle llegar nuestro mensaje cuanto antes. De la rapidez con que actuemos dependerán las vidas de muchas personas.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Falk—, y espero que el Senescal Adelel así lo entienda.

Los cinco comenzaron su ascensión por la calle principal de It-sonod, conocida popularmente como La Cuesta de las Tabernas. Un sin fin de cabañas repartidas a ambos lados jalonaban su camino. Pasadas las cuatro primeras hileras, aparecieron ante ellos los comercios, y lo más importante para el bueno de Falk, las tabernas y posadas que daban su nombre a tan empinado pasaje. Eran famosas en todo el litoral oriental por servir la mejor cerveza y la mejor merluza de todo el este de Tierra Conocida.

—Aquí enjugaremos nuestras resacas gargantas —les dijo Falk señalando a varias de las mesones entre las que se encontraba El Delfín Negro.

—Recuerdo haber comido en esta calle con Holm, Kilma, Tirk y Olaf, antes de que te encontráramos y te decidieses a llevarnos en tu barco a la que hoy es nuestra

aldea —añadió Nahelgen mientras recordaba con melancolía a Thioluka.

—La merluza cocinada en estas posadas no tiene parangón con las de ningún otro lugar de este loco mundo —contestó Falk—. Bien es cierto que tampoco existe otra merluza en ningún otro mar u océano, que pueda compararse a la que nada en las azules aguas del Mar del Este.

—Veo que adoras las aguas orientales —añadió Oyvind.

—Como a ninguna otra cosa en este mundo —asintió el barbudo capitán.

Los cinco continuaron la fatigosa ascensión hasta el custodiado baluarte. Allí Falk no era tan popular como en los niveles inferiores de la capital esmuga, por lo que debieron esperar más de media hora a la puerta del mismo, hasta que uno de los soldados regresó con el permiso del Senescal para ser recibidos.

—Hace años —habló Falk en voz baja mientras los centinelas les permitían el paso a través del baluarte—, llevé a bordo de *La Sirena de los Mares* hasta un lejano puerto sureño a un sobrino del Senescal. Ahora él me ha devuelto el favor recibiéndonos en audiencia.

—Veo que te codeas con las más altas autoridades de la costa oriental —bromeaba Maikel.

—Hasta en los mismísimos infiernos abisales tengo amigos —respondió sonriendo Falk—. Nunca sabe uno cuando va a necesitar de ellos.

Los cinco marineros seguían a un metro de distancia al centinela, quien les conducía desde el interior de la pequeña fortaleza a la residencia del Senescal. En la fachada principal, labrado sobre la piedra, se leía la siguiente leyenda:

“It-sonod, Capital de la Comarca Central y del Reino de Esreghaia”

Los nerlingos se miraron sorprendidos, pues desconocían que las tierras orientales estuviesen divididas en comarcas. Falk, quien observó su sorpresa, con sumo agrado volvió a instruirles una vez más en la historia pasada de aquellas tierras.

—Mis jóvenes amigos —dijo el capitán refiriéndose a Kiril, Maikel y Oyvind, pues sabía que Nahelgen ya conocía el relato que iba a narrarles—, varias centurias antes de que vuestro pueblo arribase a estas costas, los moradores de las tierras orientales vivían al amparo del reino de Esreghaia, que en la antigua lengua oriental significa “Las Tierras Unidas del Este”. Bajo esos dominios, desde la septentrional Tenkolmar hasta la sureña Bhiereim, todos sus habitantes firmaron un pacto por el cual comerciarían entre ellos, se ayudarían ante cualquier desastre natural y se defenderían de cualquier amenaza exterior.

—Esa alianza es lo que Tierra Conocida necesita ahora para hacer frente a la horda groning —respondió Kiril—. Y por Nerlinguia que daré mi propia vida en el empeño si es necesario para conseguirlo.

—Cierto es lo que dices, joven nerlingo —le respondió Falk—. Pero escucha el final de mi relato si no quieres cometer los mismos errores que los antiguos hombres de oriente —y el capitán continuó su narración—. Durante las primeras décadas, la alianza funcionó solidariamente bajo la regencia del Rey Lonan, hijo de It-sonod, un

hombre justo y noble. Sin embargo, tras su muerte y al no haber dejado descendencia, los Senescales que fueron nombrados para regir cada una de las Comarcas comenzaron a preocuparse más por su propio bienestar que por el de los habitantes de aquel reino hoy desgraciadamente desmembrado. Así, el Senescal de It-sonod negó su ayuda a Tenkolmar durante uno de los inviernos más duros jamás recordados en el norte de Tierra Conocida, aduciendo que sus hombres podrían morir en el intento de llevar víveres a los habitantes de las Tierras Frías. Durante el verano siguiente, nuevamente el Senescal de la Comarca Central rehusó ayudar a la Comarca del Sur cuando ésta fue hostigada por una flota de corsarios y obligó a los luinas de Porliton a acudir en su defensa. Tenkolmar, hastiada por los desplantes recibidos, decidió escindirse unilateralmente del gobierno de Esreghaia. El Senescal de Bhiereim, capital de la Comarca del Sur, no tuvo más remedio que llegar a un acuerdo con los corsarios tras años de sangrientas incursiones, lo que llevó a que hoy en día los puertos del Sur sean un nido de rufianes, sin otra autoridad que rija su destino más que la de sus capitanes piratas. Por otro lado, Porliton cansada de los caprichos del déspota Senescal de It-sonod y, confiada por la pujanza de sus florecientes astilleros, decidió nombrar su propio Senescal, haciendo desde esa fecha caso omiso a las órdenes dadas por el Senescal de la Comarca Central. Ésa fue la definitiva fragmentación del reino de Esreghaia.

—El poder volvió a cegar una vez más los ojos de los hombres —musitó Kiril con tristeza recordando la tragedia sufrida por los cinco clanes nerlingos consecuencia de la desbocada ambición de Torko.

—El Senescal Adelel es orgulloso y altivo —les dijo Falk—, por lo que haríamos bien en no mencionarle por el momento la ayuda que acudirá desde Porliton.

—De acuerdo —respondieron al unísono Kiril, Maikel, Oyvind y Nahelgen.

Mientras el capitán Falk había estado instruyendo con sus conocimientos las jóvenes mentes de los nerlingos, el centinela les había conducido hasta la entrada de la residencia del Senescal. Después de unos minutos de espera en el exterior del edificio, el soldado esmuga les permitió el paso al interior del mismo. Les instó a subir al segundo piso por unas amplias escaleras de piedra, las cuales tenían redondeados los cantos de sus escalones por el continuo trasiego de años. Esto terminó por convencer a los nerlingos que la historia narrada por el barbudo capitán sobre el antiguo reino de Esreghaia no era una fábula de marinero como las que les había relatado durante su travesía a bordo de *La Sirena de los Mares*.

Tras superar los más de cuarenta escalones que ascendían a la planta superior, el soldado les condujo a los aposentos del Senescal. Golpeó dos veces en la puerta entreabierta y, agachando solemnemente la cabeza, la empujó suavemente permitiendo el paso a los visitantes.

—Bienvenido seas, pendenciero capitán Falk, así como también son bienvenidos

tus amigos —saludó en un tono más cálido que el esperado el Senescal Adelel.

—Agradezco tu afectuoso recibimiento después de tantas lunas sin vernos —contestó el capitán con una inusitada dulzura en ningún modo propia de su carácter gruñón—. Mas los asuntos que nos traen ante tu presencia no son tan placenteros como éste largamente añorado reencuentro.

—Bribón marinero —sonrió el Senescal—. Añorado es tu regreso a la cerveza de It-sonod y a las partidas de kliros en La Cuesta de las Tabernas. Estoy bien informado de tus andanzas por ellas y de tus idas y venidas a nuestro puerto, mas en ninguna de tus frecuentes visitas tuviste tiempo para venir a saludar a tu viejo amigo el Senescal.

—No lancéis más reproches contra este viejo lobo de mar —respondió el capitán Falk—. Mis piernas ya no son tan robustas como lo eran años atrás, y mis rodillas sufren con las pendientes pronunciadas. Creo que vos deberíais mudaros del baluarte a los anillos inferiores de la ciudad, y así ambos podríamos disfrutar de las bondades que vuestra gastronomía y hospitalidad ofrecen al solitario viajero —y finalizó sonriendo.

—No dudes en que ya lo he pensado en más de una ocasión —respondió el Senescal—, pero mis quehaceres al mando de la ciudad me tienen permanentemente ocupado, más aún en estos turbulentos días.

Los nerlingos fruncieron el ceño cuando oyeron las últimas palabras del Senescal, pues no pensaban que los ecos de la guerra en Jactinia resonasen ya en el oriente de Tierra Conocida.

—Sospecho que esas tribulaciones que os preocupan —respondió con intencionada rapidez el capitán adelantándose a los impulsivos jóvenes—, son las que ahora nos traen ante tu presencia.

—Al oeste de la Cordillera Savakien las espadas han sido desenvainadas —continuó el Senescal—, y la sangre ha comenzado a brotar cual fluvial nacedero en primavera. Extraños mensajeros y comerciantes han llegado en las últimas lunas a It-sonod, buscando colaboración y privilegios ante la inminente amenaza de la ocupación de nuestra tierra.

—Lacayos de Zornik —respondió airado Maikel—. Pretenden atemorizaros y buscar así vuestro sometimiento al imperio groning.

—Tranquilízate, amigo mío —le espetó Falk a Maikel.

—Por lo que veo tus amigos no comulgan con la causa de Zornik —preguntó con un tono inquietante el Senescal.

—¿Acordaste algo con esos mercaderes? —preguntó Falk al Senescal Adelel tratando de ocultar durante el mayor tiempo posible la identidad de los nerlingos.

—Nada por el momento —respondió el Senescal mientras el capitán lanzaba un ahogado suspiro de alivio—. Bien sabes que los esmugas nunca hemos pertenecido a otro reino que no fuese el de Esreghaia.

—Y sobre la historia de ese antiguo reino he instruido a mis amigos antes de acceder a tus estancias —respondió Falk—. Es por ello que he de deducir que no

claudicarás ante las amenazas gronings.

—Jamás —respondió elevando su tono de voz el Senescal—. Aunque nos viésemos abandonados a nuestro destino por el resto de pueblos vecinos.

—Como vosotros hicisteis con Tenkolmar y la Comarca del Sur en el pasado... —y Falk dejó la frase a medio acabar.

Hubo unos instantes de tenso silencio en la sala, pues el comentario del capitán pareció ofender al Senescal.

—Sabes que si yo hubiera guiado los designios de mi pueblo en aquellas edades, nunca hubiera abandonado a su suerte a nuestros aliados —respondió altivo Adelel—. Incluso si hubieran sido esos pretenciosos luinas quienes necesitasen de nuestra ayuda, con gusto se la hubiera ofrecido.

—Es por ello que en estos días de tormenta acudo a ti, gran y noble Senescal de It-sonod, capital del antiguo reino de Esreghaia —dijo el capitán Falk adulando al altanero Senescal—. Tres de los amigos que me acompañan son hijos de un pueblo exterminado por la traición groning y que hoy demandan tu socorro, con el único deseo de convocar aquella vieja alianza entre los pueblos orientales y plantar batalla a la horda groning que avanza hacia estas tierras con el único propósito de arrasrarlas.

El capitán Falk había conseguido con sus palabras enaltecer el orgullo del Senescal y hacerle sentirse una pieza clave de aquella empresa en la que de otra manera difícilmente hubiera logrado implicarle.

—Hablad, huéspedes de It-sonod —contestó el Senescal—, pues no dudéis un instante que el pueblo esmuga se unirá a vuestra causa si ésta es noble y digna de grandes hazañas.

Los nerlingos tornaron la expresión de sus rostros y sus ojos brillaron de alegría.

—Gracias —dijo Kiril en un susurró prácticamente ininteligible, mientras cruzaba su mirada con la del avispado capitán Falk.

Kiril comenzó a explicar con todo detalle al Senescal la tragedia vivida por su pueblo meses atrás, así como su desesperada huida a través de Jactinia hasta llegar a la bella aldea de Thioluka donde conocieron al capitán Falk. También le relataron lo que el enjuto Olaf había descubierto acerca de los nuevos embarcaderos que los gronings se apresuraban a construir en las tres arterias principales de Tierra Conocida y como la invasión del este no se pospondría más allá del próximo solsticio de verano. Falk intervino en la conversación para comunicar al Senescal que los luinas estaban siendo informados de todas estas nuevas y que con toda seguridad se movilizarían para acudir hacia It-sonod y organizar allí la defensa del Taquakland.

—Por cada luina que acuda tres esmugas participarán en la batalla —respondió con la fiereza de un guerrero el Senescal.

Los nerlingos se felicitaron, pues ni en sus mejores sueños pensaron en que su llamada de auxilio sería respondida con tanta presteza y contundencia.

—Jamás podremos agradecerle suficientemente lo que usted acaba de hacer por nuestro pueblo —respondió Kiril.

—Por tu pueblo y por todos los pueblos de Tierra Conocida —respondió el Senescal—. Una vez en el pasado fallamos a nuestros aliados, pero ahora tenemos la oportunidad de redimir nuestra culpa. Nadie podrá decir jamás que el Senescal Adelel abandonó a su suerte a los pueblos libres orientales.

—Habla como un gran general —dijo emocionado Maikel al escuchar la promesa del Senescal.

—No le hagas caso —respondió Falk—. Mi bisoño e impulsivo amigo todavía siente en su cabeza los efectos del poderoso licor de fuego que bebió la pasada noche —y todos, incluido el Senescal, rieron la broma del capitán.

—Hoy honraréis mi mesa con vuestra presencia —dijo Adelel—. ¡Preparad una succulenta comida para mis huéspedes! —gritó el Senescal y al momento aparecieron dos ayudantes que asintieron a sus deseos—. Ya es casi mediodía y esta conversación me ha abierto el apetito.

El capitán Falk, Nahelgen y los tres nerlingos departieron animadamente con el Senescal durante toda la comida y la sobremesa. El cocido de patatas, zanahorias, salmón y rape que tomaron de primer plato, fue sólo el preámbulo de la deliciosa merluza en salsa con patatas horneadas que degustaron a continuación. Mientras daban cuenta de la tarta de queso fresco, arándanos y nueces que precedía al esperado licor de fuego, el capitán Falk preguntó al Senescal sobre su sobrino, aquél a quien años atrás llevó a bordo de *La Sirena de los Mares* a los puertos del sur.

—¡Ja, ja, ja! —rió el Senescal—. Valiente truhán está hecho el bueno de Ghior. Se ha convertido en un acaudalado armador que fleta y contrata todos los mercantes que navegan desde Ratnagira hasta Nagapanam, pasando por Apulabad o Niogir-Parkar.

—Pero —respondió incrédulo Falk—, esas aguas sureñas están infestadas de corsarios. Sus barcos serán por tanto una presa codiciada por esos piratas.

—Y lo fueron en un principio —respondió el Senescal—. Hasta que Ghior comprendió que si no puedes derrotar a tu enemigo debes unírtele a él. Acordó pagar a los corsarios un porcentaje sobre los beneficios que obtuviera con cada viaje si ellos dejaban navegar libremente a sus barcos. Tras duras discusiones y algún que otro duelo a espada logró hacerse respetar. Hoy es el día en el que goza de la amistad de alguno de los más peligrosos corsarios del sur. Además logró incluir en su trato la promesa de no atacar nuestros puertos, y a fe que la están cumpliendo, pues si mi memoria no me falla esos carroñeros no nos hostigan desde hace más de ocho años.

—Esas peculiares amistades de tu sobrino Ghior me vendrían de perlas para que los corsarios se unieran a nuestra causa —respondió Falk—. Según el plan que trazamos en Thioluka, yo me encargaría de navegar hasta su fortaleza en Rangalpur y conducirlos a la desembocadura del Morkurgul, para allí hacer frente a la vanguardia del ejército groning.

—No obstante deberás cuidarte y ser precavido —le recomendó el Senescal—, pues no todos son gente de palabra y tu vida podría correr un serio peligro. Trata por

todos los medios de entrevistarte con Tirgo de Tirón, pues de todos esos infames corsarios es el único capaz de mantener su palabra.

—Gracias, Adelel —respondió Falk—. Lo tendré bien presente en mi próxima misión.

—Pero ahora brindemos por el resurgimiento de los pueblos libres —dijo eufórico el Senescal mientras elevaba su vaso rebosante de licor de fuego.

—Brindemos por ello —dijo Kiril, y todos elevaron sus vasos.

Aquel encuentro se prolongó un par de horas más y esta vez Maikel no pudo disfrutar de una reparadora siesta durante la larga sobremesa, pues Oyvind le castigaba con un codazo cada vez que el corpulento alko comenzaba a cabecear.

El día comenzaba lentamente a declinar y la intermitente y débil lluvia que había caído durante toda la jornada cesó. El cielo se abrió y los postreros rayos de aquella tarde que ahora se despedía, penetraron por las ventanas talladas en la piedra de las gruesas paredes de la residencia del Senescal.

—Necesito respirar aire fresco —dijo estirándose sobre la silla el capitán Falk—. Además debo invitar a mis amigos nerlingos y al bueno de Nahelgen a unas cervezas en El Delfín Negro, y con un poco de suerte, quizás desplume a algún inocente lugareño en una partida de kliros.

—Osado bribón —rió el Senescal—. Si no hubieses ayudado a mi sobrino, seguro que ya habrías dado con tus huesos en mis calabozos. ¡Ja, ja, ja! —y rió de nuevo.

El Senescal les acompañó hasta la planta inferior de su residencia y allí se despidieron.

—Siento que no aceptéis por más tiempo mi hospitalidad —dijo el Senescal.

—No lo tome como un desprecio —respondió Kiril—, pero como antes le hemos explicado, no tenemos tiempo que perder. Debemos continuar nuestro viaje hacia el norte.

—Mañana mismo pondré rumbo al sur, a ese nido de serpientes llamado Rangalpur —añadió Falk—. Pero Nahelgen disfrutará por todos nosotros de la hospitalidad esmuga hasta la llegada de Olaf al mando de los luinas.

—No lo dudes, querido Nahelgen —respondió Adelel—. Te hospedarás en mi residencia hasta la llegada de tu compañero y recibirás el mismo trato que cualquier otro Senescal o regente de nuestros pueblos vecinos —y Nahelgen agradeció de corazón aquella invitación—. Y vosotros cuidaros, amigos míos —dijo el Senescal—, pero disfrutad ahora de esta noche que comienza con la mejor comida, bebida y las más bellas mujeres que podréis encontrar en toda la costa oriental. Y en especial vosotros jóvenes nerlingos, disfrutad por todo lo que este viejo y sus achaques ya no pueden hacer.

Todos sonrieron y se despidieron por última vez del Senescal. Salieron por la puerta principal de acceso al baluarte y descendieron la pronunciada pendiente en

busca de El Delfín Negro. Adelel les observaba desde el exterior de su residencia. Aquel barbudo y cascarrabias capitán le había devuelto su orgullo y las ganas de vivir, brindándole la oportunidad de saldar la antigua y deshonrosa deuda contraída por su pueblo.

Una partida de Kliros antes de la partida

—**E**ntrad amigos míos, pasad sin temor al templo sagrado de la cerveza —les decía el capitán Falk mientras abría empujando con su mano izquierda la puerta de El Delfín Negro—. Bebed cuanto vuestros estómagos puedan soportar, pues no tendréis oportunidad de degustar otra cerveza que produzca sensación tan placentera en vuestros inexpertos gaznates. ¡Ja, ja, ja! —rió el capitán.

—No tan inexpertos —respondió Maikel—. Mi garganta ha dado cuenta de unos cuantos barriles de biluk en mi aún corta vida —y Kiril y Oyvind asintieron con una sonrisa.

—Comprobaremos si la cerveza oriental es tan buena como nuestra biluk —añadió Oyvind.

—Será como comparar el sabor de la carne de un cochinito bien criado con el de un famélico perro vagabundo —respondió Falk—, pero pasa, incrédulo Oyvind, compruébalo tú mismo, ¡y desengáñate! —completó la frase con una sonora carcajada.

—¡Posadero! —gritó nuevamente desde la entrada de la taberna—, ¡sírvenos cinco jarras rebosantes de tu mejor cerveza! —y el hospedero corrió a cumplir presto la encomienda del capitán, pues desde mucho tiempo atrás recibía sus visitas y sabía perfectamente cuantas monedas de oro era capaz de invertir el siempre sediento lobo de mar en saciar su sed.

El Delfín Negro hacía honor a su calificativo, pues tanto el interior de la taberna, su puerta de acceso, así como la cerveza que en él se servía, eran de color oscuro, bruno, negro en una palabra. La puerta de entrada tenía más de tres metros de altura, formando un arco de bella factura en la parte superior. En su mitad derecha, un simpático delfín negro sobre un llamativo soporte de bronce, era la única nota discordante dentro de aquella buscada oscuridad.

Una vez se accedía al interior de la fonda, a su izquierda, una larga barra en forma de “L” invertida era el lugar de trabajo del posadero, además de muro de protección para los más de quince barriles de cerveza que debían satisfacer a la sedienta y ansiosa clientela. Colocados a lo largo de la barra, los candiles que colgaban del techo servían para comprobar la autenticidad de las monedas que el posadero recibía. Enfrente de la barra y a unos tres metros, una, cómo no, negra barandilla de madera y una peculiar cubierta simulaban un curioso pórtico en el interior de la taberna. De su falso techo colgaban también luminosos candiles que lo decoraban cual flores de un almendro en primavera. Bajo la tenuemente iluminada marquesina interior, dos grandes mesas alargadas servían de acogedor rincón de reposo donde los visitantes charlaban y degustaban la singular cerveza esmuga. Aquellos quienes tuvieran más prisa o quisiesen departir con el posadero, permanecían de pie apoyados sobre la larga barra de madera, también pintada de un negro esta vez brillante como el ébano.

A primera vista, pareciese como si la taberna no tuviera mayor atractivo que lo

hasta ahora detallado. Nada más lejos de la realidad, pues si se continuaba avanzando a través de la acogedora penumbra, al llegar al aparente final de la sala, en su parte derecha, el visitante se topaba con un pasadizo de no más de un metro de anchura que conducía a una nueva estancia. Ésta era incluso mayor que la anterior, y en ella la clientela apostaba fuertes sumas de dinero en cada una de las seis mesas de kliros. En esta sala la luz era aún más tenue, exceptuando la iluminación de las mesas de juego que disponían de un refulgente candil colocado en el centro geométrico de cada una de ellas. La compañía que aquí podía encontrarse no era del todo recomendable, pues las mesas estaban repletas de tahúres, pendencieros, ladrones, jugadores empedernidos o incluso algún arruinado comerciante, que al más mínimo descuido podían jugártela con una de las trampas de su amplio repertorio. Alrededor de las mesas, un gran número de curiosos seguía con inusitado interés el desarrollo de cada una de las partidas.

—Una vez saciada nuestra sed —sugirió el capitán a sus compañeros que ya habían tomado acomodo bajo el original pórtico—, me acompañaréis a las mesas de kliros y admiraréis boquiabiertos mi destreza en ese juego. Hoy desplumaré a todo aquel que se cruce en mi camino. ¡Ja, ja, ja! —rió con fanfarronería Falk.

—Pienso que deberíamos descansar después de tomar algo de cenar —le contestó Kiril—. Mañana saldremos nuevamente muy temprano de It-sonod y sospecho que la parte final de nuestro viaje será dura. Tú también tendrás una fatigosa y solitaria travesía a bordo de *La Sirena de los Mares*.

—No hay mejor descanso para el cuerpo y el espíritu que un gran barril de cerveza y un saco de monedas de oro en tu bolsillo —rebatió el capitán Falk el consejo que Kiril le había dado.

—No sería prudente por nuestra parte dejarnos ver por aquí en demasía —añadió Oyvind—. Si como el Senescal a dicho, extraños mercaderes han acudido a él preparando el terreno para la ocupación groning, sería peligroso que nos reconociesen o sospechasen de nuestras intenciones.

—Temerosos como viejas asustadas —rió Falk—. It-sonod es una ciudad abierta, donde la gente va y viene y no se preocupa de los asuntos y quehaceres de los demás. Vosotros no sois los únicos forasteros esta noche en la ciudad, así que dejar de gimotear como plañideras y disfrutar de la bebida —dijo Falk, al que la astucia demostrada esa mañana ante el Senescal se le había extraviado entre la espuma que ahora coronaba su repleta jarra de cerveza.

El origen del juego del kliros se remontaba siglos atrás en el corazón de Tierra Conocida. Se sospecha que surgió en el antiguo reino de los bortigos, aunque hay también quien dice que los rudos hombres de las Tierras Frías fueron los inventores de este anciano pasatiempo. Se trata de un juego de mesa para cuatro jugadores, aunque con una ligera variación de sus reglas, se puede jugar con tres o incluso dos jugadores. Se compone de sesenta y cinco fichas, fabricadas en los más diversos materiales, desde la más común de las maderas usadas por el vulgo, hasta el más

codiciado mármol o la noble plata que amenizan las veladas de Reyes y Senescales. Existen cinco palos con fichas numeradas correlativamente desde el uno hasta el doce, sumando un total de sesenta a las que hay que añadir cinco comodines. Los motivos de cada uno de los cinco palos son los siguientes: libélulas (también llamadas caballitos del diablo), peces, serpientes, torres y arpas. Los comodines muestran los rostros de cinco barbudos hombres.

Los motivos utilizados en el kliros vienen determinados por una pretérita leyenda que revela las peripecias vividas por su creador. Aquel hombre, en el día de su cuadragésimo cumpleaños, decidió salir a pasear por el bosque cercano a la aldea en la que vivía. Abstraído en sus pensamientos y en el hermoso paisaje que le rodeaba, no reparó en que se alejaba de los lindes del bosque. Había caminado más de cuatro horas cuando una tormenta le sorprendió en mitad de las montañas y hubo de refugiarse durante toda la noche bajo la protección de las verdes hojas de un gran roble. A la mañana siguiente, hambriento y desorientado, vio volar a unos metros de aquel gigantesco roble a una preciosa libélula que lo condujo hasta un pequeño marjal, en el que pudo pescar unos peces con los que saciar su apetito. Agotado por el frío y el sueño de aquella noche en vela y, ayudado por el calor de los incipientes rayos del sol y los peces que ahora digería su ávido estómago, cayó dormido en un placentero sueño. Pero la libélula que él había creído salvadora le traicionó, pues avisó a la serpiente, pérfida reina del marjal, la cual clavó sus emponzoñados dientes en la pierna del hombre. Éste despertó bruscamente de sus sueños y se alejó cojeando, no sin antes tratar sin suerte de dar muerte a la serpiente. El veneno se apoderaba lentamente de su cuerpo y su razón. Exhausto y delirando, llegó al pie de una gigantesca torre de piedra que se erguía en mitad de aquella nada de prados y árboles. A los pies de la torre se desplomó, mientras se despedía para siempre de este mundo mortal. Milagrosamente, cinco ermitaños que moraban en aquella torre le recogieron y sanaron gracias a la mágica música de un arpa que tocaron sin descanso hasta que el moribundo abrió nuevamente sus ojos a la vida. En uno de sus febriles delirios, en los que se debatía entre la vida y la muerte, aquel hombre soñó jugar con sus salvadores a un juego hasta ahora desconocido para él. Cuando por fin despertó, recuperado de los efectos de aquella maligna ponzoña, la impresionante torre de las tres ventanas y los cinco ermitaños habían desaparecido de aquellos bosques. Cuando el hombre regresó a su aldea, fabricó unas fichas como las que había creído entrever en sus sueños, y contó aquella fascinante aventura a sus vecinos. Nadie le creyó, pero eso no fue óbice para que todos quisiesen reunirse en torno a una mesa y unos vasos de cerveza para jugar al juego que aquel hombre bautizó como kliros.

Desde aquel día, en toda taberna de Tierra Conocida que se preciase podía encontrarse una mesa de kliros. De forma cuadrada, fabricadas habitualmente en madera, aunque existían verdaderas obras de arte labradas en mármol, incluyen un círculo central ligeramente elevado sobre la superficie de la mesa adornado por la figura de una serpiente. Habitualmente se coloca en él un candil o una vela,

simbolizando el contrapoder de la luz de la vida frente a la oscuridad del ofidio, maléfico portador de la muerte a través de su mortal ponzoña.

Debajo de ese círculo y formando un cuadrado sustraído a la superficie, forrado de una gruesa malla por la parte inferior, se encuentra “la cama”, como vulgarmente se conoce el lugar donde reposan todas las fichas esperando a ser tomadas por los jugadores. La decoración de la mesa suele consistir en unos cuidados dibujos, en cada una de sus esquinas, concernientes a los motivos de los palos restantes, a la sazón un arpa, una torre, una libélula y un pez.

Reunidos alrededor de la mesa, y antes de comenzar la partida, los cuatro jugadores de kliros determinan mediante un sorteo el orden de recogida de las fichas, así como las ventajas en caso de empate. Cada uno de los cuatro jugadores toman de “la cama” una ficha, ganando la preferencia el que obtenga el uno de arpas, un comodín, o en su defecto la ficha con el valor más alto. Decididas ambas circunstancias, se comenzaría con el normal desarrollo del juego, celebrándose tres rondas, eliminándose en cada una de las dos primeras un jugador, hasta llegar a la tercera ronda en la que se decidirá el ganador de la mano.

Las combinaciones ganadoras serán las mismas en las tres rondas del juego. La jugada que derrota a todas las demás es la formada por el uno de arpas, el uno de torres, el uno de peces, el uno de libélulas y un comodín; la segunda mejor jugada es la compuesta por tres comodines, el uno de arpas y el uno de torres; la tercera mejor jugada es la de dos comodines, el uno de arpas, el uno de torres y el uno de peces; la cuarta se forma con la combinación de tres comodines y cualquier arpa y cualquier torre; la quinta jugada serían dos comodines, cualquier arpa, cualquier torre y cualquier pez. Si no se hubiera podido conseguir ninguna de las mencionadas jugadas, lo que debería buscarse es que la suma del valor de las cinco fichas sea cuarenta, y no logrando tampoco esto, se deberá buscar la mayor puntuación posible. Hay una serie de reglas a tener en cuenta, como es que las serpientes restan el valor marcado en la ficha en vez de sumarlo, y que los comodines, fuera de las cinco combinaciones señaladas, tienen un valor de doce puntos.

En la primera ronda los jugadores tomarán seis fichas de “la cama” descartando una de ellas. El que pierda una vez mostradas las cinco fichas quedará eliminado de esa mano del juego. Terminada por tanto la primera ronda, se devuelven todas las fichas utilizadas nuevamente a “la cama”. Entonces, los tres jugadores que aún siguen disputando la mano, toman doce fichas descartando dos de ellas. Con esas diez fichas deberán planificar su jugada en la ronda actual y en la ronda final en caso de lograr pasar a ella. Se muestran a continuación las cinco fichas seleccionadas para la presente ronda, y según las jugadas detalladas, un jugador será eliminado. Las fichas usadas vuelven a “la cama”. Ya en la tercera ronda, los dos finalistas pueden tomar dos fichas más y descartar dos de las siete que ahora disponen. El ganador de la ronda se anota la mano. Para ganar una partida de kliros es necesario ganar tres manos.

Estrechamente ligadas al juego de kliros conviven las apuestas cruzadas entre los

jugadores. Muchas veces solamente consistente en pagar las cervezas consumidas; sin embargo en algunas partidas históricas, como la disputada entre cuatro armadores luinas, se cruzó una increíble apuesta por un gran barco mercante y su cargamento de oro y delicadas sedas. Aunque bien es cierto que lo más común entre los truhanes, era apostar parte de su saca de monedas de oro, sin duda un buen botín para el ganador del juego.

Falk se revolvía inquieto en su asiento. Sentía la llamada de la libélula revoloteando a su alrededor. El tintineo de las fichas sobre la vieja madera de aquellas vetustas mesas, se le asemejaba al mágico sonido que los dedos de los jugadores producían sobre las finas cuerdas del arpa. Las monedas de oro eran los peces que ahora ansiaba devorar. Aquella oscura sala al fondo del largo pasillo en la que le aguardaban prestos sus tres oponentes, era la torre donde habitaban los desconocidos eremitas. La ansiedad socavaba su alma, mientras contemplaba asombrado como Nahelgen y los tres nerlingos podían abstraerse de aquella irrefrenable tentación, permaneciendo allí sentados, bajo las sombrías luces del pórtico, charlando animadamente mientras bebían la exquisita cerveza esmuga.

Pero eran sus invitados y, desplegando una inusual cortesía que se transformaba en tiranía a bordo de *La Sirena de los Mares*, siguió sentado a su lado. Sin embargo Nahelgen, que conocía de sobra las andanzas del capitán en las mesas de kliros, le facilitó una vía de escape hacia ellas.

—Capitán —le dijo el pescador de Thioluka—, hora es ya de demostrar a estos tontos esmugas quien es el Rey del kliros. Qué mejor que los repletos bolsillos de tres torpes mercaderes para conseguir una buena cantidad de monedas de oro. A buen seguro la necesitarás para convencer a los piratas a que se unan a nuestra causa.

—¡Sin ninguna duda! —gritó Falk yapuró hasta la última gota de cerveza—. Acompañadme a las mesas de juego y veréis en acción al mejor estratega del kliros —dijo mientras se pasaba su mano izquierda por la barba y el bigote que rodeaban sus finos labios, enjugando la espuma que se había depositado en ellos.

Tras caminar a grandes zancadas por el angosto pasillo, el capitán Falk fue el primero en penetrar en la gran estancia escondida. Una placentera sensación, sólo comparable a la visión de un rojizo atardecer a orillas del Mar del Este, recorrió el cuerpo de aquel viejo lobo de mar.

—¡Bienvenido, Falk! —le saludó un hombre pequeño y moreno sin que apenas hubiera tenido tiempo de observar a las personas que se encontraban en aquella sala.

—¿Aún te atreves a frecuentar estos lugares poco recomendables para un incauto hombrecillo como tú? ¿O es que acaso olvidaste la lección que te di el invierno pasado? —dijo desafiante Falk.

—¡Por supuesto que no la he olvidado! Todavía me duelen los golpes que me propinó mi mujer al volver a casa desplumado —y sonriendo ambos hombres se

fundieron en un abrazo.

—Querido Oljek, deja que te presente a estos cuatro forasteros —dijo Falk—. Éste es Nahelgen, un pescador de los mares orientales.

—Encantado de conocer a un amigo del pendenciero capitán —dijo Oljek extendiendo su mano a Nahelgen.

—Y estos tres son Kiril, Maikel y Oyvind...

—Comerciantes del norte —habló Kiril sin dejar a Falk terminar la presentación—. El capitán nos recogió en los puertos del sur y nos ha conducido a bordo de su barco hasta It-sonod. Desde aquí continuaremos nuestro viaje hacia el norte.

—Igualmente me alegro de conocerles —dijo amablemente Oljek.

—¿Qué se cuece hoy por las mesas? —le preguntó el capitán Falk al esmuga.

—Lo que sucede en las dos de la parte derecha no creo que te interese —dijo Oljek—. Exceptuando un par de cervezas no va más en el envite. Sin embargo, en una de las dos mesas del fondo, hay cruzada una apuesta de sesenta monedas de oro entre un viajero del sur, un trampero del oeste y dos de los más ricos comerciantes locales.

—Esto empieza a animarse —dijo Falk.

—Quizás tu saca de monedas no esté lo suficientemente repleta como para cubrir esas apuestas y debas conformarte con arriesgar media jarra de cerveza... —le dijo Oljek aguijoneando el amor propio del capitán.

—A medio llenar con las monedas de estos incautos —respondió sin inmutarse Falk—. Sigue informándome por favor.

—En la otra mesa del fondo —continuó Oljek—, tres de los jugadores son marineros de un mercante que atracó en el puerto ayer por la tarde, pero aún desconozco la procedencia del albino que juega con ellos, aunque su acento se asemeja al de los rudos hombres de las Tierras Frías. Quizás tus amigos consigan situar mejor su origen.

—Hemos estado tanto tiempo alejados de nuestros hogares —respondió otra vez Kiril evitando desvelar su verdadera ascendencia—, que casi hemos olvidado el áspero sonido del lenguaje de nuestros hermanos norteños.

—Nadie debería olvidar las raíces que lo unen a su madre Tierra —contestó Oljek mirando fijamente a los ojos del lacrag nerlingo—. Bien, mi querido Falk —continuó el esmuga—. Por último quedan las dos mesas de la izquierda. Como puedes observar una de ellas está ahora mismo vacía, y la otra la forman cuatro aldeanos luinas. Poco dinero y muchas triquiñuelas, así que olvídate de ellos.

—¿Qué ingenuas víctimas puedo reclutar para jugar en esa mesa que lleva mi nombre grabado junto al cuerno de la fortuna? —preguntó Falk.

—No estaría de más —le respondió gesticulando con su cabeza—, que sentases en ella a ese barbudo y orondo sureño, pues sus bolsillos no pueden soportar el peso de las monedas de oro que ha recolectado durante toda la semana, vendiendo entre las más ilustres doncellas de It-sonod finísimas sedas bordadas con metales preciosos.

Tampoco sería mal compañero aquel inexperto joven, hijo de uno de los más ricos armadores de It-sonod.

—¿Y a quién sentaríamos como tercer jugador? —preguntó Palk mientras deslizaba dos monedas de oro en el bolsillo de la camisola de Oljek.

—No es sencilla la elección —reflexionó el esmuga—. Aquellos cuatro hombres de manos encallecidas trabajan en el puerto, pero sólo han venido aquí a tomar unas cervezas y curiosear. Los tres que conversan sentados en aquellos taburetes tienen tiendas de comidas o suministros en una de las callejuelas paralelas, y no creo que quieran desplumar a alguno de sus posibles clientes ganándose una mala fama que al final lleve a pique su negocio. Y por último —dijo sin mucho convencimiento—, está aquel disgregado grupillo de cinco forasteros, los que tratan por todos los medios de entablar conversación con cualquier lugareño que pueda darles información sobre el devenir de esta región. Se rumorea que vienen del norte de Jactinia. Tienen buenos modales, pero no son trigo limpio, aunque creo que alguno de ellos no dudará en jugar contigo si así se lo propones.

Las palabras de Oljek pusieron en alerta a Kiril. ¿Se trataba de los mismos comerciantes de los que les había hablado el Senescal Adelel? ¿Serían como sospechaba lacayos de Zornik? ¿Les buscaban a ellos o tenían encomendada otra misión diferente? Podría ser una excelente oportunidad de descubrir los planes que Zornik tenía para esa región y así anticiparse a sus movimientos. Si como todos sospechaban los gronings atacarían durante el verano las poblaciones cercanas a la desembocadura del Taquakland, tenían ahora la oportunidad de confirmarlo.

Kiril habló discretamente con Maikel y Oyvind, y los tres convinieron en tratar de conseguir la mayor información posible sin levantar sospechas.

Entretanto Falk no había perdido el tiempo, y ya había reclutado a las tres víctimas propiciatorias que le había sugerido el bueno de Oljek, quien a buen seguro se llevaría otro par de monedas si el capitán de *La Sirena de los Mares* obtenía un jugoso botín de sus incautas presas. El ganador de la partida se llevaría cuarenta monedas de oro.

—¡Vamos, Oljek! —le gritó Falk excitado ante la inmediatez de la partida—, no pensarás que vamos a pensar con lucidez nuestras jugadas sin una jarra de esa maravillosa cerveza bruna que destiláis en estas tierras. Dile al posadero que traiga cuatro jarras repletas de ese néctar negro que guarda como preciado tesoro en sus barriles, bien coronadas por una nube de espuma blanca como el marfil. ¡A esta ronda invito yo, caballeros! —exclamó Falk dirigiéndose a sus contrincantes mientras ellos agradecieron su amable convite.

Mientras llegaban las cervezas, los cuatro jugadores sortearon la preferencia en caso de empate, sonriendo la diosa fortuna al pendenciero Falk; después sería Borek, el hijo del armador; a continuación Abdil, el mofletudo sureño, y finalmente sin prioridad alguna Dracot, que era quien llevaba la voz cantante entre los supuestos gronings.

—Si además de contar con una mente privilegiada también me sonrío la fortuna, será mejor que me entreguéis vuestras monedas de oro y así no os haré perder vuestro precioso tiempo —dijo a modo de bravuconada Falk.

El resto de jugadores sonrieron a pesar de no agradecerles el comentario del capitán.

—No toméis en serio las bravatas de mi amigo —dijo Kiril dirigiéndose a uno de los gronings que contemplaban la partida que acababa de iniciarse—. El aroma de la cerveza hace menguar su ya de por sí escaso discernimiento.

—No te preocupes —respondió el groning—, lo pagará al final de la partida con el oro de sus monedas.

Ese comentario no le gustó nada a Kiril, pero decidió contenerse para tratar de ganar la confianza de aquel hombre y obtener alguna información que les fuera de utilidad.

Entretanto, los cuatro jugadores ya habían retirado de “la cama” sus seis primeras fichas y procedían ahora a realizar un descarte. De entre la oscuridad surgió el posadero con cuatro enormes jarras rebosantes de cerveza, momento que fue sonoramente celebrado por los jugadores. Maikel se quedó boquiabierto mirando como la cerveza pasaba por delante de sus ojos, aquella espuma que quería desbordar el borde metálico de las jarras. Oyvind que lo observaba sonriendo, pidió al posadero que trajera otra para su sediento amigo. El hijo de Torilo abrazó efusivamente al hermano de Ingvar mientras Nahelgen sonreía.

—¿Qué asuntos os han traído a esta ciudad? —preguntó Kiril—. ¿Una reparadora escala quizás en un largo viaje de mercadeo?

El groning miró con desconfianza a Kiril, pero finalmente respondió a la pregunta del lacrag.

—Venimos del norte de Jactinia —dijo el groning—, empujados por los vientos de la guerra.

—¿Y cuáles son los motivos de vuestro viaje? —inquirió nuevamente Kiril—. ¿Huir de una inminente invasión?

—Haces demasiadas preguntas —le respondió renegando el groning.

—Siento incomodarte —le contestó Kiril—, pero mis amigos y yo tenemos pensado emprender un viaje hacia el noroeste, y nos sería de gran ayuda si pudierais transmitirnos qué nuevas hay de aquellas tierras —finalizó tratando de no ser tan insistente.

Mientras los jugadores mostraban uno a uno sus fichas, quedando claro que el novato hijo del armador sería el primer eliminado, el groning permaneció callado, hasta que dubitativo volvió a hablar a Kiril.

—Tratamos de ofrecer acuerdos de comercio favorables a los Senescales de estas provincias, ante el nuevo orden que se avecina —habló el groning—. Pero hasta el momento no hemos encontrado muchos gobernantes con la inteligencia necesaria para percibirlo —y dio un trago ala cerveza—. La guerra no es una quimera sino una realidad. Estalló meses atrás en el corazón de Jactinia y su fuego no tardará en llegar

a esta región oriental a través de las arterias que la irrigan.

¡Los gronings atacarían descendiendo por el Morkurgul y el Taquakland como Olaf les había informado! Kiril trató de disimular su excitación, e intentó seguir sonsacando más información a aquel groning.

—Mi nombre es Kiril —dijo presentándose para dar mayor familiaridad a su conversación.

—Yo soy Tiphul —no tuvo más remedio el groning que responder por educación.

—Te invito a una cerveza —dijo Kiril—. ¡Posadero, tráenos dos jarras de cerveza bien fría! —gritó rápidamente para que el groning no pudiera negarse a ello—. Y bien, supongo que desaprobáis nuestro viaje si es que como decís la guerra ha estallado.

—No pondría en peligro mi pellejo si el viaje no mereciera realmente la pena —respondió Tiphul—. Nuestras... las tropas gronings —rectificó—, avanzan sin obstáculo hacia el este de Tierra Conocida. Ya han conquistado y sometido toda su región central, por lo que en menos de dos meses llegarán a las puertas de estas ciudades.

El subconsciente había delatado al groning. Nuestras tropas. Es lo que había querido decir. Y él era parte de la avanzadilla que informaría a Zornik sobre las actividades de la región y que al mismo tiempo trataba de buscar adeptos a la causa del Rey brujo.

Maikel y Oyvind observaban atentos la partida, aparentemente ajenos a la conversación que Kiril mantenía con el groning.

—Este viaje es inaplazable para mí y mis compañeros —dijo Kiril—, pero como bien has dicho no deseo morir en el intento. ¿Qué ruta me aconsejas seguir para no tener un desagradable encuentro? —preguntó inteligentemente.

—Bueno —respondió Tiphul mientras daba un gran trago de su jarra de cerveza —, no es que pueda asegurarte que no os topéis con las tropas del gran Zornik, pero si seguís en línea recta hasta llegar a la Cordillera Savakien y continuáis vuestro camino bajo sus faldas hacia el norte, creo que vuestra ruta será lo bastante segura como para que no perdáis vuestra libertad. Los gronings tienen asentamientos en los nacedores de los Ríos Gorlin y Rafkul, algo más al sur, y la incursión hacia las Tierras Frías se llevará a cabo una vez se haya controlado el este de Tierra Conocida —habló el groning más de la cuenta gracias a las tres jarras de cerveza que ya había tomado desde que entró en El Delfín Negro.

Kiril confirmaba con cada frase del groning el plan que sospechaban había pergeñado Zornik para apoderarse de toda Tierra Conocida. Se sobresaltó cuando oyó el grito de Falk al ganar la segunda ronda con una jugada de cuarenta puntos gracias al doce de torres, el once de peces, el nueve de torres, el once de libélulas y el tres de serpientes. Disputaría la ronda final contra Abdil, que con una puntuación de treinta y ocho había superado por solamente uno al contrariado groning.

Dracot observó cómo Tiphul charlaba animadamente con Kiril. No le gustó la

actitud de su compañero y, haciéndole un gesto desde la mesa de kliros, le dijo que se callara. Oyvind se percató de ello y se acercó a Kiril para arroparle.

Tiphul volvió a mostrarse reservado durante largo rato sin que los dos nerlingos pudieran descubrir nada nuevo aparte de su gusto por las mujeres. Cuando hizo efecto en él una nueva jarra de cerveza, Falk ya había ganado la primera mano del juego. Había guardado un comodín, el uno de peces, el tres de torres, el cinco de torres y el seis de arpas, una jugada muy arriesgada. Pero la fortuna le había sonreído, pues al tomar dos nuevas fichas de “la cama”, consiguió un nuevo comodín y el nueve de serpientes. Descartó las serpientes y al azar una de las dos torres. Abdil logró unos meritorios cuarenta puntos, pero del todo insuficientes para batir al avisgado capitán.

Nuevamente en la primera ronda de la segunda mano, el bisoño Borek cayó eliminado ante las burlas de jugadores y mirones.

—Creo que tomaremos la ruta que Tiphul nos ha sugerido —dijo Kiril a Oyvind mientras en la mesa continuaba la partida.

—¿Y si finalmente decidiésemos ir a comerciar a Jactinia? —preguntó Oyvind—. Probablemente haríamos un buen negocio vendiendo nuestras mercancías a bortigos o nerlingos.

—¿Nerlingos decís? ¡Ja, ja, ja! —rió con la lengua cada vez más pastosa por el alcohol—. Han sido aniquilados por los ejércitos gronings. Sólo unos pocos escaparon, aunque no tardarán en caer en manos de Zornik. Como esos insurgentes que se esconden en Bosque Verde, ayudados por los analfabetos bortigos. Quemaremos el bosque con ellos dentro y esas ratas morirán abrasadas al igual que la maldita estirpe nerlinga en el Bosque de Alkos.

Kiril y Oyvind tuvieron que contenerse para no golpear a aquel miserable, pero sus rostros se iluminaron al oír hablar de un grupo de insurgentes que se habían levantado contra las tropas de Zornik.

Cuando Oyvind escuchó en boca del groning las palabras Bosque Verde se acordó con tristeza de su gran amigo Perlivarce y se preguntó qué sería de él y de su bella esposa Milia.

—¿Insurgentes? —preguntó Kiril—, ¿quién es tan estúpido de osar desafiar a Zornik?

—Los quince... —y bebiendo de nuevo un gran trago casi terminó de vaciar su cuarta jarra de cerveza—. Se hacen llamar Los Quince de Klimerik. Un hatajo de bandidos que aprovechan la protección del bosque para atacar indistintamente a viajeros o soldados. Pero no tardarán mucho en caer. Nuestro ejército no puede permitir la rebelión al nuevo orden. Cuando partimos de Mugaburgo, se rumoreaba que cinco compañías iban a emprender una campaña para acabar con ellos y después conducir como represalia a varios cientos de bortigos como esclavos al Valle de los Elothas.

Un sudor frío recorrió la espalda de los dos nerlingos. Perlivarce y los suyos estaban en peligro. Encomendaron el alma de aquella familia a Nerlinguia y

confiaron en la innata inteligencia del tarluk para que lograra escapar de aquella trampa. Tenía que cuidar ahora más que nunca de su esposa, pues Milia daría a luz un retoño antes de finalizar el solsticio de verano. También rezaron por la vida de aquellos que ahora combatían a Zornik y sus esbirros, por aquellos celkos descendientes de Borbul, el más grande guerrero nerlingo que jamás había existido.

Un nuevo alarido de júbilo. Falk había ganado la segunda mano. Esta vez frente a Dracot, quien enfrascado en la partida no había reparado en que nuevamente Tiphul, cada vez más ebrio, seguía dando cumplida información a los dos jóvenes. Falk no cabía en sí de gozo, e imaginaba las cuarenta monedas de oro caminando en fila de una en dirección a los raídos bolsillos de su camisola. La primera ronda de la tercera mano comenzó, retornando las bromas dirigidas contra el bueno de Borek, al que auguraban un efímero futuro en aquella mesa de kliros. Y los pronósticos no fallaron, pues nuevamente fue el primero en caer. El joven abandonó cabizbajo y humillado El Delfín Negro, sin ni siquiera despedirse de sus contrincantes por miedo a seguir siendo mortificado. ¿Adónde corres a esconderte cobarde, si aún no se ha decidido el ganador? ¡Vuelve cuando te haya salido barba!, o ¡la próxima ocasión ven de la mano de tu papá!, fueron algunas de las frases de despedida que tuvo que soportar.

Kiril y Oyvind apenas si pudieron lograr más detalles sobre la invasión groning, pues tras beber enfebrecidamente su quinta jarra de cerveza, Tiphul comenzó a cabecear, hasta quedarse dormido apoyado sobre un madero fijado a la pared que hacía de improvisada barra a los curiosos que contemplaban las partidas en juego.

Una jugada de treinta y ocho puntos clasificó milagrosamente a Falk para la tercera ronda, pues Abdil consiguió la misma puntuación, pero gracias al resultado del sorteo inicial, el comerciante sureño debió abandonar a regañadientes la mano. El desenlace final estaba en manos de Falk y Dracot. Sólo el groning podría ya impedir que las cuarenta monedas de oro fuesen a parar al bolsín del capitán.

La expectación era máxima. Excepto Tiphul, que dormía el sueño de los justos, todos se arremolinaron en torno a la mesa de kliros. Falk y Dracot tomaron dos nuevas fichas, descartando otras dos a continuación. El rostro de ambos jugadores no reflejaba sensación alguna, simplemente un gesto expectante.

Como había deparado el sorteo inicial, Dracot debería mostrar primero sus fichas. Su jugada despertó un murmullo de admiración: tres comodines, el siete de torres y el doce de arpas. Había logrado la cuarta mejor jugada del kliros, y además limitaba a Falk a sólo dos jugadas posibles para derrotarlo. El groning se relamía de satisfacción al tiempo que daba un generoso trago a su jarra de cerveza.

Pero Falk no se inmutó, y sin titubeos fue depositando una a una las cinco fichas encima de su mesa: la primera, el uno de libélulas y el groning sonrió despectivamente; la segunda, el uno de torres, y la frente del esbirro de Zornik comenzó a perlarse de gotas de sudor; la tercera un comodín, y el corro de curiosos se apretó en torno a la mesa conscientes de que iban a presenciar una jugada maestra. Dracot se agitaba por momentos. Cuando Falk descubrió la cuarta ficha, el groning se

levantó de la silla como impulsado por un resorte, en medio de un sonoro murmullo de admiración. No era para menos, pues el uno de peces acababa de ver la luz.

—¡Termina de una vez con tus bravuconadas y no nos hagas perder más tiempo! —gritó tembloroso el groning temiendo lo peor—. Sabes de sobra que una nueva mano te aguarda para disputarla contra mí y Abdil.

Falk ni se inmutó ante los desesperados alaridos de Dracot. Miró a Maikel, le guiñó un ojo y esbozó la sonrisa de quien se sabe ganador. Muy despacio volteó su ficha, mientras la oscura sombra que envolvía el anverso de la misma, se fue difuminando bajo la vaga luz del candil, hasta hacer visible el uno de arpas que todos esperaban.

Kiril, Oyvind, Nahelgen, los curiosos, pero sobre todo Maikel, prorrumpieron en un ensordecedor griterío aplaudiendo la combinación ganadora del bravo capitán. Había ganado con la mejor jugada posible del kliros y eso merecía un público reconocimiento, sin olvidar el succulento botín de las cuarenta monedas de oro.

—¡Sólo he visto una vez en mi vida conseguir esa jugada! —gritó indignado Dracot—, y el que la hizo perdió su brazo derecho por tramposo. ¡Muéstrame dónde escondes tus fichas, miserable truhán! —y sacando una daga que ocultaba bajo sus ropajes se abalanzó sobre el capitán.

Maikel había advertido el movimiento de la mano de Dracot buscando entre sus vestiduras el arma asesina y, antes que pudiera acercarla al cuerpo de Falk, sujetó con su poderoso brazo la muñeca del groning al que no tardó en desarmar. Kiril y Oyvind desenfundaron sus espadas avisando a los amigos de Dracot que sería una mala idea tratar de revolverse contra el corpulento nerlingo. Nahelgen realizó también un gesto amenazante al grupo de curiosos, no fuera que alguno de ellos decidiera atacarles. Entretanto, a pesar del estrépito, Tiphul seguía durmiendo como un infante.

—Nunca he hecho trampas jugando al kliros —afirmó Falk con severidad—, ni nunca las haré. La diosa fortuna me sonrío, y no necesito de las artimañas que otros utilizan para ejecutar sus torpes jugadas.

—Si vuelvo a encontrarme contigo te juro que te cercenaré tu mano —dijo alterado Dracot—. Así es como castigamos a los ladrones. Y tú, ¡suéltame de una vez! —dijo a Maikel.

Maikel soltó al groning, pero por precaución se quedó con su daga. Repentinamente Dracot se giró hacia el alko para atacarle, pero Maikel reaccionó rápidamente tumbándolo de un puñetazo.

—Déjalo, Maikel —le dijo Kiril a su amigo cuando se aprestaba a golpear de nuevo al groning—. No merece la pena perder más tiempo peleando con este rufián —y trató así de calmarlo para no levantar mayor revuelo, a pesar de que él mismo hubiera deseado traspasarle con la hoja de su espada.

—Volveremos a vernos —sentenció Dracot mientras trataba de incorporarse.

—Yo rezo a Olión porque eso no ocurra jamás —contestó Falk—. Vámonos de aquí, amigos —y recogió las cuarenta monedas de oro que le correspondían.

Kiril y Oyvind volvieron a enfundar las espadas, mientras Nahelgen todavía sujetaba su puñal, vigilando a la sospechosa clientela. En su huida, el lacrag alko cruzó la mirada con uno de los luinas y sintió por el brillo de sus ojos, que en caso de haberlo necesitado hubieran recibido su ayuda en la refriega con los gronings.

—Gracias, Maikel —le dijo Falk al joven alko—. Si no llega a ser por tu acertada intervención, difícilmente me hubiera librado del doloroso pinchazo de esa daga. Ya nunca podré negarme a luchar por la causa nerlinga, pues estoy en deuda contigo —añadió imprudentemente mientras se acercaban a la puerta de salida de El Delfín Negro.

—¡Silencio! —les susurró nervioso Kiril—. Nuestros enemigos pueden acecharnos ocultos en cualquier rincón. Si Dracot, Tiphul y los suyos descubren quienes somos, tendremos dificultades en proseguir con éxito nuestra misión.

Los temores de Kiril eran del todo fundados, pues su advertencia a Maikel y al capitán Falk había llegado demasiado tarde. Otros dos gronings del grupo de Dracot, poco aficionados al juego, se habían separado del grupo y disfrutaban del inconfundible sabor de la cerveza negra esmuga bajo la suave luz del oscuro pórtico. Al oír el alboroto que venía de las mesas de kliros se levantaron para ver que ocurría, cruzándose en ese momento con Nahelgen, Falk y los nerlingos que se apresuraban en abandonar El Delfín Negro. Las palabras “causa nerlinga” traspasaron sus oídos como certeras flechas, despertando su adormecido odio hacia los nerlingos. Corrieron en busca de Dracot encontrándose al cabecilla sentado en el suelo y sangrando por la nariz, mientras sus compinches le ayudaban a incorporarse. Tiphul parecía que comenzaba a despertar de su profundo letargo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntaron sorprendidos.

—Un maldito tramposo y sus secuaces nos han robado cuarenta monedas de oro —respondió Dracot levantándose a duras penas del suelo mientras la sangre brotaba de su nariz.

—¿Te refieres a esos cinco que acaban de salir apresuradamente? —le preguntaron.

—Sí —respondió Dracot contrariado—. ¿Es que acaso los conocéis?

—¡Maldita sea! —gritaron al unísono los dos gronings que acababan de llegar a la estancia.

—¿Qué es lo que ocurre? ¡Hablad! —gritó enfurecido Dracot.

—¡Nerlingos! —dijo exaltado uno de ellos—. ¡Son nerlingos!

Kiril conducía velozmente cuesta abajo a sus cuatro amigos en dirección al puerto. Quería desaparecer cuanto antes de aquel lugar tan transitado. Nada más salir de El Delfín Negro reprendió a Falk por la estupidez que había cometido y le conminó a

abandonar cuanto antes La Cuesta de las Tabernas. Debían esfumarse de aquel lugar tan rápidamente como fuera posible. Si alguien había escuchado las palabras del deslenguado capitán, no tardarían mucho en iniciar su búsqueda. La impenetrable oscuridad de aquella sombría noche sería su aliada.

Los gronings abandonaron precipitadamente la taberna tras la pista de los nerlingos. Rastrearon calle arriba y calle abajo, pero no lograron localizarlos. Kiril se había anticipado a su maniobra. Habían escapado a través de las callejuelas de It-sonod según las indicaciones que Falk les iba dando.

—¡Abrid bien los ojos! —ordenó Dracot—. ¡No pueden andar muy lejos! —volvió a gritar mientras especulaba como habrían podido alcanzar aquellos nerlingos tierras tan orientales.

Continuaron rastreando los callejones adyacentes, pero no encontraron ni rastro de los fugitivos. Era ya más de medianoche y los gronings desistieron de su búsqueda.

—Mañana al amanecer bajaremos al puerto —dijo Dracot—, y permaneceremos allí escondidos. Si esos mal nacidos han logrado llegar hasta It-sonod, muy probablemente lo hayan hecho a bordo de algún barco. Apostaría mi cabeza a que ese viejo tramposo es el capitán de la embarcación. Alguien sabrá decirnos en el muelle de quien se trata —terminó pensativo—. ¡Y tú, maldito borracho! —gritó dirigiéndose a Tiphul—, ahora mismo vas a repetir con todo detalle cada una de las palabras que hayas cruzado con ese miserable nerlingo.

—Ya podemos detener esta frenética carrera —dijo Falk sin apenas aliento—. Han perdido nuestra pista.

—¿Estás seguro? —preguntó nervioso Kiril.

—Sí —respondió jadeando Falk—. Nos estamos acercando al anillo inferior, y será mejor que franqueemos la puerta sin levantar sospechas entre los centinelas.

—Caminad charlando entre vosotros como si nada hubiera sucedido —dijo Kiril a Maikel, Oyvind y Nahelgen.

Los cinco se acercaron al portón donde dos soldados vigilaban las entradas y salidas.

—¡Buenas noches, centinelas de It-sonod! —les saludó el capitán Falk—. Este viejo acabado se retira a su camarote —y despistó a los esmugas con un ocurrente verso.

*Lunas atrás descubrí vuestra primorosa bebida,
y un barril entero saboreé ante; de mi partida.
Hoy tomé la mitad de jarras de cerveza,
pero el doble se acrecentó mi dolor de cabeza.*

Los centinelas agradecieron la ocurrencia de Falk en aquella solitaria y aburrida noche. Le despidieron con una carcajada y un efusivo adiós. Esta vez la verborrea del curtido marinero había surtido el efecto deseado.

Una vez que perdieron de vista a los centinelas, aceleraron el paso tratando de distinguir en la oscuridad la proa de *La Sirena de los Mares*.

La encontraron a sólo unos metros delante de ellos, oculta tras una ligera bruma que jugueteaba con la cubierta de la bella embarcación. Como si de un fatigado retoño se tratara, parecía querer adormecerse acunada por el delicado vaivén de las olas que morían en los muros del muelle. El oxidado noray con el que Maikel casi tropezó, mantenía amarrado al barco por su proa, mientras otros dos hacían lo propio en las zonas de babor y popa.

El capitán Falk trepó con la agilidad de un saltamontes a la embarcación, y ayudó a ascender a sus grumetes. Echó un vistazo en cubierta para ver si todo estaba en orden. Después bajó a la bodega y al cabo de unos minutos regresó a cubierta.

—El bueno de Torsten ha llenado nuestro pequeño almacén con víveres y agua como le pedí —dijo Falk—. Lástima que no coincidimos con él en El Delfín Negro, pues es un gran conversador y a buen seguro que a cambio de una jarra de cerveza nos hubiera deleitado con alguna de sus historias de piratas y corsarios. No en vano en sus años de juventud se enroló como grumete en *El Tiburón del Sur*, uno de los navíos de la flota de Tirgo de Tirón.

—Vayamos a dormir —dijo bostezando Nahelgen, quien no tenía ganas de escuchar otra de las aventuras del capitán.

—Nosotros seguiremos los consejos de Nahelgen —dijo Kiril—. Mañana Maikel, Oyvind y yo partiremos antes de que despunte el alba. No podemos arriesgarnos a que esos gronings nos descubran. Y tú, capitán, antes de que el primer rayo de sol se refleje en el infinito horizonte, partirás hacia el sur, rumbo a Rangalpur.

—Siento haberos puesto en peligro —respondió apesadumbrado Falk—. Mi lengua no se comporta en tierra firme igual que a bordo de *La Sirena de los Mares*.

—Nos has sido de gran ayuda —replicó Maikel—. Sin tus embaucadoras palabras jamás habiéramos podido lograr el apoyo del Senescal Adelel.

—Gracias —contestó con satisfacción Falk—. Nuevamente debo agradecer tu gesto, pues hoy has salvado mi vida y mi orgullo, querido marinero de agua dulce.

—No nos demoremos más —habló con cordura Oyvind—. Pocas horas de sueño nos restan y fatigosa será la jornada de mañana.

—Bajemos a dormir a la bodega —dijo Falk—. Nahelgen, mañana deberás acudir a la presencia del Senescal. Él te hospedará hasta la llegada de Olaf y los luinas.

—Cuídate de mostrarte por las calles de It-sonod durante unos días —le dijo Kiril—. Puede que Dracot y los suyos todavía merodeen por ahí.

—Está bien —bostezó de nuevo Nahelgen—. Aceptaré de buen grado todos vuestros consejos, pero por favor, ¡mañana por la mañana! —y todos rieron mientras el somnoliento norteño descendía zigzagueando las escaleras que conducían a la

bodega de *La Sirena de los Mares*.

Aquella noche el tiempo parecía transcurrir más rápido que de costumbre. Las nubes, la luna, la brisa del mar se agitaban, se movían con inusual velocidad, nerviosas por saludar al nuevo día. Como el intranquilo sueño de los cinco marineros, repetidamente interrumpido por el crujir de la estructura de la embarcación, acunada turbulentamente por las alteradas aguas del mar oriental.

Sin necesidad de que el reflejo de la estrella del día proyectada sobre el Mar del Este tuviera que atravesar sus párpados, Kiril se levantó de su camastro cansado pero emocionado ante la que sería la penúltima etapa de su viaje, encontrar al sexto clan.

Se apresuró en despertar a sus compañeros para que desayunasen rápidamente parte de las provisiones que Falk tenía en su almacén.

Prepararon su liviano equipaje y los tres alkos se despidieron de Falk y Nahelgen.

—Que Nerlinguia te proteja en tu viaje a Rangalpur —dijo Kiril a Falk—. Cuídate de los corsarios, pues tu vida correrá grave peligro. No obstante, confío en que tus artimañas logren convencerlos tan fácilmente como al Senescal Adelel.

—Cuidaros también vosotros —dijo Falk mirando con cariño a los tres nerlingos—. Permaneced unidos como hasta ahora, y el destino acudirá a vuestro encuentro. Estoy convencido que hallaréis a vuestros hermanos perdidos y con ellos la fuerza necesaria para derrotar a Zornik. Nahelgen —continuó dirigiéndose a su amigo el norteño—, aguarda la llegada de Olaf con las fuerzas luinas, y mantén viva en el corazón del Senescal la llama de la deuda que los esmugas contrajeron con las comarcas del reino de Esreghaia. Sin su apoyo, la defensa de las tierras orientales será una tarea imposible.

—No demoremos más la partida —dijo Oyvind.

Los cinco hombres se abrazaron y desearon mutuamente la mejor de las venturas. Especialmente emotiva fue la despedida entre el capitán Falk y Maikel, a quien el viejo lobo de mar había tomado especial cariño. Los tres nerlingos y Nahelgen descendieron silenciosamente de *La Sirena de los Mares*. Antes de soltar las amarras que la mantenían asegurada al muelle, admiraron una vez más la belleza sin parangón de aquella embarcación. Quién sabe si sería la última vez que verían surcar los mares al navío del capitán Falk.

Maikel y Nahelgen desataron las cuerdas de los humedecidos bolardos y *La Sirena de los Mares* partió de It-sonod, alejándose serena y majestuosa sobre las aguas que bañaban la capital esmuga, hasta que desapareció como un fantasma ante sus ojos girando rumbo sureste.

Un nuevo abrazo entre los nerlingos y Nahelgen fue la última despedida en aquel nostálgico amanecer. El pescador de Thioluka accedió a la ciudad a través de la puerta del anillo inferior, y se perdió entre las solitarias callejuelas en dirección al baluarte. Kiril, Maikel y Oyvind contemplaron una vez más el Mar del Este, aquella

infinita marina que, como una madre bondadosa, los había acogido afectuosamente sobre sus aguas en la desembocadura del Morkurgul.

Llamaradas en la noche

Un relampagueante escalofrío recorrió la espalda del capitán Lunden cuando el centinela que custodiaba la entrada a su nueva residencia en Bortiburgo, le mostró con abatimiento el quebrado estandarte groning.

—Mi señor —le dijo el soldado sin atreverse a mirarle a los ojos—, lo hemos encontrado atado a uno de los caballos de la compañía del oficial Karlioten.

—¿Y dónde están el oficial y sus hombres? —preguntó enojado el capitán, evitando afrontar lo que sospechaba había acontecido.

—Senescal... —y el soldado no se atrevía a continuar.

—¡Habla, maldita sea! —gritó Lunden.

—No sabemos dónde están —respondió atemorizado ante una represalia del capitán por ser un pájaro de mal agüero—. Sólo hemos encontrado en las proximidades del burgo a dos de sus caballos.

—Enviad inmediatamente a diez hombres a Bosque Verde —ordenó Lunden—. Quiero saber qué es lo que ha pasado y por qué todavía no ha regresado ese incompetente de Karlioten.

—Enviaremos una partida de hombres sin demora —contestó entre dientes el soldado.

El capitán Lunden temía que hubiera sucedido lo peor. Veía peligrar su reciente cargo de Senescal de Bortiburgo. Si Zornik tuviera una mínima sospecha de lo que estaba ocurriendo en aquellos territorios ocupados, no dudaría en degradarle o deportarle a las minas de oro.

En un par de horas el mismo soldado se presentó circunspecto ante el Senescal.

—Mi señor —habló tembloroso—. Han llegado noticias del grupo de exploradores que partió en busca de la compañía del oficial Karlioten.

—¿Y bien? —preguntó cortante Lunden.

—Ni rastro de ellos —respondió el soldado—. Encontraron las huellas que indicaban cómo la compañía se adentró en la floresta, perdiéndose ahí su pista.

—¿Nada más? —inquirió nervioso el Senescal—. ¿Ni un cuerpo? ¿Ni una lanza quebrada? ¿Ni un signo de batalla? ¿Nada?

—Solamente tres caballos que pastaban en las praderas lindantes al bosque —dijo el soldado—, pero ni rastro de sus jinetes.

—¿Ni rastro? ¿Es que acaso sólo sabes decir eso? ¡Maldición! —gritó ofuscado el Senescal—. ¡Fuera de mi vista! ¡Dejadme solo, pandilla de ineptos! —gritó frustrado Lunden mientras el soldado retrocedió cerrando con suavidad la puerta de la estancia.

Sus temores se habían cumplido. Los Quince de Klimerik habían acabado en menos de dos días con cerca de ochenta de sus soldados. La situación se tornaba complicada. Su obligación sería informar a Biorckelen, su superior, quien también se encontraba fuertemente presionado por la cúpula de mando que le exigía la inmediata captura de Kiril y los otros proscritos. Por lo tanto si lo hacía, muy probablemente

sería relevado de sus funciones y caería en desgracia dentro de la inflexible y estricta jerarquía del ejército groning.

Decidió no transmitir durante las próximas semanas las aciagas nuevas a su superior. Por contra, envió un mensajero al Senescal de Mugaburgo, íntimo amigo suyo, solicitándole cinco compañías de soldados para sofocar aquella revuelta, y así poder informar a los capitanes una vez que Los Quince de Klimerik fuesen ya historia pasada. Los rumores que Tiphul había anunciado a Kiril se habían confirmado.

Lunden aguardaría la llegada de refuerzos antes de emprender una nueva represalia contra los insurgentes. Una de esas cinco compañías serviría para conducir al Valle de los Elothas a los prisioneros que Lunden haría entre los bortigos. Estaba seguro que Los Quince de Klimerik no actuaban solos. Seguramente recibían la ayuda de algún grupo de rebeldes bortigos. Como medida preventiva enviaría a Bosque Verde partidas diarias de exploradores para tratar de localizar el lugar en el cual se ocultaban. Juró por sus galones de capitán que pagarían por ello.

Los ecos de la nueva victoria de Los Quince de Klimerik corrieron como un reguero de pólvora en Bortiburgo. Infinidad de disimuladas sonrisas cómplices se cruzaban furtivamente en sus callejuelas, a pesar de que todos sospechaban que de una u otra forma esas acciones acarrearían represalias del ejército groning contra su pueblo. Perlivarce, como hombre clarividente que era, comenzó a preparar en secreto todo lo necesario para una posible huida de su amado burgo.

En lo más profundo de Bosque Verde, Aimon y los suyos celebraban con austeridad el éxito de la estudiada estrategia de guerrillas que habían planteado. Unas jarras de vino y un succulento venado que Alvar había cazado, y que ahora asaban sobre las llamas de una pequeña fogata, eran su merecido premio. Aunque la mejor recompensa fue que por fin había parado de llover. El cielo no lloraba la debacle groning, por lo que sintieron que Nerlinguia y el resto de dioses que moraban en el oscuro firmamento les respaldaban y amparaban. Pero no por ello descuidaron sus labores de vigilancia y preparación del terreno, pues tenían la certeza que cuanto más gloriosas fuesen sus victorias, mayor sería la contundencia con la que respondería el ejército groning.

Pasaron las semanas y la vida en Bortiburgo parecía recuperar la tranquilidad perdida por las escaramuzas de Los Quince de Klimerik. Los exploradores acudían diariamente a rastrear los lindes de Bosque Verde, pero sus esfuerzos eran baldíos. No lograban encontrar rastro alguno de los rebeldes. Varios de los oficiales sugirieron al Senescal la posibilidad de que Los Quince de Klimerik hubieran abandonado el bosque para dirigirse hacia zonas más septentrionales, donde podrían ocultarse sin dificultades al abrigo de la Cordillera Iugur-András. Pero él rechazó esa posibilidad,

asegurando que permanecían ocultos, al acecho, prestos para asestar un nuevo golpe cuando sus confiadas tropas menos lo esperasen. Redobló la vigilancia en Bosque Verde y en las entradas de la ciudad hasta la llegada de las tropas procedentes de Mugaburgo.

Había transcurrido ya cerca de un mes desde el último combate entre Los Quince de Klimerik y los destacamentos gronings desplegados en Bortiburgo. Parecía que las escaramuzas habían definitivamente finalizado, pero aquello no era más que la calma que precedía a la tormenta.

Xiker, uno de los amigos de Perlivarce e importante comerciante bortigo, se había desplazado a Mugaburgo tras conseguir la pertinente autorización del Senescal, para comprar ganado que le sería entregado durante el equinoccio de otoño. Contrariamente al tiempo que habitualmente invertía en revisar el género y negociar con los ganaderos, regresó con bastante antelación de su estancia en la ciudad fronteriza. Nada más llegar a la capital bortiga acudió nervioso a la cabaña de Perlivarce.

—Perlivarce, soy Xiker, ábreme por favor —dijo mientras daba con sus nudillos tres golpes a la puerta de madera.

Tras esperar con impaciencia durante unos segundos, oyó unos pasos que se acercaban a la puerta. Ésta se abrió dejando entrever un haz de luz rojiza proveniente de la chimenea.

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó el tarluk—. Te hacía en Mugaburgo. ¿Es que no has encontrado ganado de tu agrado?

—No, no es eso —contestó atropelladamente—. Ya he cerrado el trato con uno de los ganaderos. Estoy aquí por algo más grave.

—Pasa entonces —le dijo Perlivarce al ver tan inquieto a su amigo.

Xiker accedió al interior de la cabaña y se sentó frente a la mesa donde Perlivarce y Milia comían y cenaban. El tarluk sirvió un vaso de vino a su amigo y otro para él.

—Y bien —dijo Perlivarce—, ¿qué es eso tan grave que tienes que contarme?

—Los gronings, como sospechamos —hablaba incoherentemente—, vienen de Mugaburgo...

—Tranquilízate —le dijo Perlivarce cortando la inconexa sucesión de palabras—. Bebe un trago de vino y vuelve a comenzar.

Xiker hizo caso de los consejos del sabio tarluk y vació el vaso de un solo trago. Después se secó los labios con su mano y mirando fijamente a los ojos de Perlivarce reanudó la conversación.

—Los gronings envían cinco compañías de soldados desde Mugaburgo —anticipó ahora claramente la información a Perlivarce—. El Senescal Lunden ha pedido refuerzos al Senescal de Mugaburgo para acabar con Los Quince de Klimerik.

—Por muchos hombres que envíen creo que les será difícil dar con esos astutos

proscritos —dijo Perlivarce.

—Pero eso no es todo —añadió Xiker—. Preparan una represalia contra nosotros. Por los rumores que escuché durante mi corta estancia en Mugaburgo y por lo que luego pude ver, planean deportar a una gran cantidad de bortigos a las minas de oro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué es lo que viste? —preguntó ahora nervioso Perlivarce.

—Cientos de cadenas y grilletes para atar de pies y manos a los futuros esclavos —sentenció—. Las cinco compañías partieron de Mugaburgo una luna más tarde que yo. No he dejado de cabalgar y apenas si he dormido, por lo que no nos queda más que un día, a lo sumo dos para que los gronings lleguen a nuestro burgo. Debemos huir si no queremos dar con nuestros huesos en la prisión de Eloburgo.

Perlivarce permaneció callado, sin pronunciar una sola palabra durante varios minutos. Su presentimiento era cierto, por lo que debería poner en marcha con la mayor brevedad posible el plan que había trazado para huir de Bortiburgo.

—Xiker —habló por fin Perlivarce—. Debemos avisar hoy mismo a aquellos que tengamos la seguridad de que no colaboran con los gronings. Preparad un ligero equipaje con mantas, algo de comer, agua y las armas que cada uno disponga. Nos reuniremos después del toque de queda en la escuela. Yo estaré allí para abriros. Hoy mismo debemos huir del burgo.

—¿Pero a dónde? —preguntó descorazonado Xiker—. Además será imposible huir de aquí. Los gronings han redoblado la vigilancia a las puertas de la ciudad.

—No te preocupes —le respondió Perlivarce—. Lo tengo todo previsto. Esta noche os lo contaré en la escuela. Ahora ve a avisar a tus amigos más fieles. Trata de no levantar sospechas.

—De acuerdo —dijo más tranquilo Xiker saliendo de la cabaña de Perlivarce—. Volveremos a vernos allí después del toque de queda.

Justo cuando el bortigo acababa de abandonar el hogar de Perlivarce, Milia entró en la cabaña. Encontró a su marido alterado, revolviendo la casa y depositando unas mantas, un arco, un carcaj repleto de flechas, y alguno de sus famosos ingenios sobre la mesa.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la bella albina.

—Hay que preparar el equipaje —le respondió alterado—. Nos vamos de Bortiburgo.

—¿Qué? —gritó Milia.

—Vamos querida, ayúdame —fue la respuesta de su marido—. Te lo explicaré todo mientras preparamos nuestros enseres.

Una agitación oculta a los ojos de los gronings bullía aquella nublada mañana en la capital bortiga. Xiker corrió como poseído en busca de su mujer. Después se dedicó a visitar a una docena de sus más íntimos camaradas. Les transmitió con todo detalle las indicaciones de Perlivarce. La hora, después del toque de queda; el lugar, la

escuela del tarluk.

La tarde transcurrió sin sobresaltos en Bortiburgo. Horas antes del atardecer, los exploradores gronings regresaron de Bosque Verde como los días anteriores sin noticia de Los Quince de Klimerik. El cielo se ocultaba lentamente tras aquel mar de nubes grises. La luna se levantaría esa noche de su algodónado lecho para disfrutar de un sosegado paseo nocturno, pero esta vez lo haría oculta a los ojos de los mortales. Su luz no podría delatar a las furtivas sombras que huirían clandestinamente del burgo. El ronco y disonante sonido de un cuerno, cual gemido de un reo a punto de ser ejecutado, traspasó con estrépito los tímpanos bortigos. El toque de queda había sido decretado una noche más.

Para entonces Perlivarce ya permanecía oculto junto a su esposa Milia en la escuela al amparo de la oscuridad. Repentinamente un ligero golpe en la puerta los sobresaltó. Perlivarce se acercó sin hacer ruido y escrutó a través de una rendija. Vio que eran Xiker y su mujer, quienes inquietos, giraban sus cabezas hacia ambos lados de la calle. Eran los primeros en acudir a la clandestina cita.

—Rápido, pasad —dijo susurrando mientras abría la puerta—. ¿Os ha seguido alguien? —interpeló nervioso Perlivarce.

—No lo creo —respondió en voz baja Xiker—. Aunque dos calles atrás casi nos descubren cuatro gronings que patrullaban en dirección a la residencia del Senescal.

—¿A cuántos has podido avisar? —preguntó más relajado Perlivarce.

—A catorce familias —respondió mientras Enhat, la mujer de Xiker, se abrazaba temblorosa a Milia—. Calculo que podrían acudir entre veinticinco y treinta personas, contando a las mujeres y los hijos de éstos.

—Está bien —le respondió Perlivarce—. Has hecho un buen trabajo. Esperemos ahora su llegada. Recemos porque los gronings no nos descubran.

Escalonadamente fueron llegando el resto de bortigos a los que Xiker había avisado. En menos de una hora todos se hallaban congregados en el interior de la escuela. A pesar de que varios habían estado a punto de ser descubiertos por las patrullas que vigilaban el burgo durante el toque de queda, la diosa Nerlinguia había acudido en su socorro cegando los ojos de los gronings con un velo invisible. Las plegarias de Kiril, Oyvind y Maikel rogándole que velase por la vida de Perlivarce y Milia, habían encontrado respuesta en la siempre compasiva y magnánima diosa.

Finalmente treinta y cuatro personas se reunieron en el cónclave clandestino al que Perlivarce les había emplazado. Dieciséis hombres, diez mujeres y ocho niños. La huida de Bortiburgo sería complicada, pero parecía que el tarluk lo había planeado todo minuciosamente.

—Amigos —tomó la palabra Perlivarce—. No hace falta que os diga por qué estamos aquí convocados. El tiempo nos apremia, por lo que os expondré mi plan sin más dilación. Si después de conocer nuestro próximo destino hay alguien que decida no acompañarnos, podrá regresar libremente a su casa, pero deberá jurar ante todos nosotros que no nos delatará.

Un completo silencio se hizo en la escuela. Los allí reunidos asintieron con su cabeza dando a entender a Perlivarce que podía continuar. Habían entendido las condiciones que acababa de exponer.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. A medianoche huiremos hacia Bosque Verde para unirnos a Los Quince de Klimerik. Permaneceremos un tiempo bajo su protección para luego decidir si continuar ocultos en el bosque o dirigirnos hacia tierras más seguras.

—¿Y si esos proscritos acaban con nosotros como lo hicieron con los gronings? —preguntó uno de los allí reunidos.

—Jamás ocurrirá eso —respondió tajantemente Perlivarce—. Esos proscritos como tú los llamas son celkos que huyeron con vida de las batallas de Lothikaton y los cinco burgos nerlingos. Nunca nos atacarán. Solamente podrían negarnos su protección.

—Suponiendo que no nos ayudasen, ¿a dónde nos dirigiríamos? —preguntó otra mujer.

—El bosque nos dará cobijo por un tiempo —contestó Perlivarce—. En él podremos encontrar refugio y alimento. Después podríamos cruzar la Iugur-András, construir unas barcazas y descender en el solsticio de verano el Morkurgul, hasta llegar a las regiones del este. Nos alejaríamos de los gronings y hallaríamos unas tierras en paz donde poder establecernos.

Perlivarce dejó reflexionar a los bortigos. Nadie realizó más preguntas. Al cabo de unos minutos volvió a tomar la palabra.

—Ahora yo os pregunto —dijo—, ¿hay alguien que no quiere emprender la huida de Bortiburgo? —y un tenso silencio se hizo en la oscura estancia.

Dos hombres y sus respectivas mujeres, junto a tres rubios benjamines se pusieron en pie. Uno de los dos hombres habló.

—Perlivarce... —dijo titubeante—. Yo os hubiera acompañado pero...

—No tienes porque darnos ninguna explicación —cortó dulcemente Perlivarce al nervioso bortigo—. Éste es un complicado dilema que cada uno de vosotros debéis resolver. Tu decisión es legítima, por lo que yo la acepto de buen grado. Sólo te pido ante esta comunidad que cumplas el pacto de silencio acordado.

—Juro por mi mujer y mis hijos que así lo haré —contestó con lágrimas en los ojos, mientras los otros hacían lo propio.

Una nueva familia decidió no unirse a la peligrosa aventura que Perlivarce y los otros veintitrés bortigos iban a emprender. Una vez que todos juraron no traicionarles, Perlivarce les conminó a abandonar la escuela escalonadamente para no levantar sospechas entre las patrullas que velaban por el cumplimiento del toque de queda. Una a una las tres familias pudieron regresar a sus cabañas sin ser descubiertas. Fue entonces cuando Perlivarce continuó exponiendo su plan.

—Como todos sabéis —dijo—, los gronings han redoblado la vigilancia en los accesos de entrada a la ciudad. Pero desconocen alguna de las salidas ocultas

existentes en la empalizada norte.

—Me acuerdo cuando siendo un niño jugaba a escaparme del burgo a través de ellas —sonrió Xiker—. Las trampillas ocultas en la empalizada. ¡Magnífica idea, Perlivarce!

—Ahora bien, para acceder a ellas debemos distraer la atención de los centinelas —continuó el tarluk—. Y ahí es donde entra en juego nuestro querido amigo el herrero.

—¿Quién? ¿El traidor de Kirkoig? —preguntó exaltado uno de los bortigos—. ¿Has involucrado a ese miserable en tu plan? Si es así démonos todos por muertos —sentenció.

—Sí —respondió tajante Perlivarce—. Forma parte de mi plan... aunque él aún no lo sabe —y sonrió.

—¿Qué? ¿Cómo?... —preguntaron sorprendidos los bortigos sin entender nada.

—Antes de llegar a la escuela —relató Perlivarce a los intranquilos oyentes—, deslicé por debajo de la puerta de su cabaña un sobre que contenía una misiva en su interior. En ella se dan pistas sobre la reunión clandestina de un grupo de sediciosos que tratan de derrocar al Senescal. Conociendo a Kirkoig, no podrá evitar acercarse para averiguar que es lo que ocurre y así ganar el favor de Lunden. Pero no imagina que lo que hallará será otra cosa bien distinta. Gracias a él, los gronings estarán ocupados durante buena parte de la noche. Nadie nos echará en falta, por lo que no podrán percatarse de nuestra huida.

—¿Estás seguro que tu plan funcionará? —preguntó incrédulo Xiker.

—Tan seguro como que mañana volverá a salir el sol en Jactinia —respondió convincente Perlivarce—. Estad atentos a mi señal, pues entonces será el momento de huir hacia la empalizada norte. Saldremos por esa ventana, y cruzaremos la callejuela que da a parar a los abrevaderos. Desde allí nos dirigiremos hacia la empalizada. Xiker os mostrará las trampillas por las cuales escapar. Yo cubriré la retaguardia vigilando que nadie nos siga. Una vez en el exterior del burgo, corred sin deteneros durante un kilómetro por la pradera, hasta que los destellos del fuego no alcancen a delatar nuestras esquivas siluetas.

—No será necesario alejarse tanto para que la luz de las antorchas no puedan delatarnos —sugirió uno de los allí congregados.

—Lo será —contestó Perlivarce—, te aseguro que lo será —y finalizó la frase envolviéndola en un buscado halo de misterio.

Para entonces Kirkoig ya había leído la traicionera nota que había escrito Perlivarce. Su mente se revolvía inquieta aguardando a desenmascarar a aquellos traidores. En su cabeza circulaban varios posibles nombres a los que desearía encontrar en aquella convocatoria clandestina. La nota decía que se reunirían a medianoche en el viejo almacén abandonado, ubicado en una de las calles adyacentes a la plaza del burgo.

—Imprudentes —pensó para sí—. Se reúnen a menos de quinientos metros de la residencia del Senescal. Los atraparemos por sorpresa. Lunden sabrá bien como agradecermelo.

Era casi medianoche y Kirkoig, cual pájaro enjaulado, no pudiendo aguantar por más tiempo encerrado en su cabaña, se abrigó con una gruesa capa de lana ocre y salió en busca de la patrulla groning más cercana. No tardó mucho en localizar una que vigilaba las calles próximas a su casa. Les mostró la misiva recibida convenciéndoles para que le acompañasen al viejo almacén. No le costó demasiado persuadir a los gronings, pues de sobra conocían al advenedizo bortigo.

Se acercaron sigilosamente a través de las callejuelas, caminando al par de las cabañas, ocultos de las miradas de los insurgentes. Estaban ya muy cerca del lugar concertado para la reunión clandestina. Kirkoig caminó de puntillas hasta la entrada y acercó su oído a la descascarillada puerta del cobertizo. No oía voces, pero sí movimiento y ruido en su interior. También pudo entrever una tenue luz por el cerramiento inferior del portón.

—Están aquí dentro —dijo nervioso entre susurros a los gronings.

Los soldados se acercaron muy despacio, sin hacer ruido, y se desplegaron alrededor del vetusto almacén. El oficial de la patrulla de vigilancia se colocó frente a la puerta de entrada e hizo una señal a sus hombres. De un fuerte manotazo abrió la puerta de par en par. Antes de que pudieran ver a ninguno de los conspiradores que creían allí reunidos, el almacén comenzó a arder como la inmensa hoguera de un macabro akelarre.

Perlivarce escrutaba la opaca oscuridad de aquella lóbrega noche a través de las irregulares rendijas de una ventana. Entretanto, los veintitrés bortigos permanecían acurrucados en el suelo, apretujados unos contra otros, tratando así de calmar el miedo que atenazaba sus cuerpos.

—¡Ahora! —gritó por sorpresa Perlivarce—. ¡Corred, es la señal! —volvió a gritar al ver el repentino fulgor de unas llamas arrebatadas en medio de la noche—. Rápido, abrid la ventana y huid hacia la empalizada. Yo os cubriré —y se armó de un arco y un carcaj repleto de flechas.

Los fugitivos comenzaron a abandonar apresuradamente la escuela. Corrieron a través de la estrecha callejuela y se dirigieron hacia el abrevadero tal y como les había indicado Perlivarce.

Un perro ladró en medio de la noche, pero el sonido de su ladrido se ahogó envuelto en el crepitar de las llamas del humeante almacén. Los centinelas acudían desde todos los puntos cardinales del burgo para tratar de sofocar el devastador incendio que se había desatado en pleno corazón de Bortiburgo. Otros corrían desesperadamente a buscar agua al pozo más cercano para evitar que el fuego se propagase a su granero de víveres. El astuto tarluk había burlado una vez más la

vigilancia groning.

Kirkoig fue detenido por traidor y conducido a la improvisada cárcel levantada en una cabaña confiscada a un pobre agricultor. El frustrado herrero no alcanzaba a comprender qué había sucedido. ¿Cómo se había desatado el voraz incendio? ¿Quién lo había provocado? ¿Se encontraban reunidos los conspiradores en el interior del almacén cuando se inició el fuego? ¿Habrían escapado al oírles llegar?

Sólo Perlivarce conocía todas las respuestas a aquellas preguntas. A buen seguro que habría disfrutado contestando al traidor bortigo desde el otro lado de las oxidadas rejas de la celda en la que iba a ser encerrado.

Perlivarce era un hombre astuto y previsor, y desde que Los Quince del Klimerik comenzaron a hostigar a los gronings, comprendió que tarde o temprano éstos tomarían represalias contra el pueblo bortigo. Por ello hacía ya más de un mes que había comenzado a desarrollar un plan de fuga. El vetusto almacén era una parte fundamental del mismo y, siempre que podía, acudía unas horas a trabajar en él con el falso pretexto de estar restaurándolo para poder reutilizarlo a modo de taller de carpintería para sus alumnos más talludos.

En realidad lo que hizo fue construir un complejo sistema de poleas que simulasen sonidos y golpeteos en el interior del almacén. Preparó una docena de cubos de madera, taladrando un minúsculo orificio en su base. Colgó cada uno de ellos del extremo de una cuerda, que a su vez pasaba por una polea, estando su otro extremo atado a un contrapeso del que colgaban unos extraños sonajeros. Rellenó los doce cubos de agua y quitó el tapón que obturaba el orificio perforado en el primero de ellos. Cuando éste se vaciase por completo el contrapeso descendería hasta el suelo, produciendo los sonajeros unos ecos peculiares. Ese contrapeso tenía una cuerda atada al tapón del segundo caldero, de modo que cuando el contrapeso tocase suelo, la cuerda se tensaría y el tapón se desprendería, empezando a verterse nuevamente agua. El agua que caía de los cubos, golpeaba sobre unos trozos de metal emitiendo unos sonidos que simulaban la presencia de alguien en el interior del almacén.

Perlivarce tuvo que ensayar varias veces con su artilugio, hasta calcular el número suficiente de cubos para que los sonidos retumbasen en el almacén, desde que él soltase el primer tapón hasta que apareciera Kirkoig a medianoche en compañía de los centinelas. Por otro lado, roció de aceite el suelo y lo cubrió con paja seca. Colgó tres candiles encendidos sobre la puerta de entrada por el interior del almacén, y los unió con una fina sogá al tirador de la puerta. Cuando los gronings trataran de abrirla, las cuerdas unidas a los candiles se tensarían como arcos a punto de cantar su mortal sonata, desprendiéndolos de donde habían sido enganchados; los harían caer sobre la paja seca provocando irremediamente el incendio del viejo almacén. Se preocupó también de dejar varios odres de aceite repartidos por las esquinas del cobertizo, y de verter otro más en las paredes de la cabaña contigua para facilitar a las llamas el poder alcanzar el cercano almacén de víveres y armas de los invasores.

—Vamos, no os detengáis ahora —apremiaba Xiker a los fugitivos que se habían parado a contemplar las aparatosas llamas que brotaban del centro de Bortiburgo.

El grupo de prófugos casi había llegado a la altura de los abrevaderos que se usaban en verano para dar de beber al ganado. Ninguna patrulla había perturbado por el momento su vertiginosa fuga. Los gronings deberían de aunar todos sus esfuerzos para evitar que las flamas saltasen a su gran almacén. Perlivarce seguía a los fugitivos a una prudencial distancia con su arco presto a ser disparado.

En el centro del burgo, una ingente cantidad de curiosos se acercaba arremolinándose en derredor del almacén en llamas, desafiando inconscientemente el toque de queda decretado horas antes.

El voraz fuego que cortaba como un afilado cuchillo la mustia penumbra de aquella noche sin luna, tampoco había pasado desapercibido para los aguerridos inquilinos de Bosque Verde. Barbat y Bladuf, que eran los encargados de patrullar durante el turno de guardia sus linderos, repararon en un lejano pero creciente fulgor que se elevaba en el este.

—No puede ser que esté amaneciendo —dijo Bladuf frotándose los ojos.

—La noche perturba tu mente —le respondió Barbat—. Aquella luz de intermitente resplandor podría ser fuego. Una gran hoguera, o quizá peor, un incendio.

—¿Estás seguro? —preguntó Bladuf—. Si es así, debe de estar muy próximo a Bortiburgo.

—Debemos avisar a Aimon —dijo Barbat—. Podría ser que los gronings estén tramando algo.

—Ve tú y da la señal de alarma —replicó Bladuf—. Yo me quedaré aquí vigilando.

Barbat corrió velozmente hacia el interior del bosque. Al alcanzar un recodo del secreto camino, tomó una flecha a la que unió en su parte delantera una especie de anillo en forma de diminuta rueda. Tensó su arco tanto como su estructura de madera podía soportar y lanzó la flecha a través de las verdes copas de la floresta. Un zumbido similar al de un penetrante e incansable silbido recorrió Bosque Verde, ayudado por el eco de sus centenarios árboles.

Aimon y sus compañeros despertaron de las ensoñaciones que envolvían los frágiles sueños a los que se habían entregado. Primero el zumbido y luego la flecha que cayó como llovida del cielo en medio del campamento, confirmaron que aquello no era una pesadilla dentro de su merecido descanso. Bladuf y Barbat habían dado la señal de alarma.

Perlivarce se detuvo unos segundos antes de continuar su carrera hacia la empalizada norte. Contempló con tristeza como las llamas devoraban el abandonado almacén y se

extendían a las cabañas colindantes. Rogaba porque una vez estuvieran a salvo, lejos de Bortiburgo, los gronings pudieran sofocar el violento incendio. No era el corazón de su amada ciudad al que hubiera deseado prender fuego, sino a la odiada capital de los invasores gronings. Esperaba que los bortigos pudieran perdonarle algún día el reprochable acto que, obligado por las circunstancias, había perpetrado.

Xiker palpaba, bajo la tenuemente iluminada oscuridad, la antigua estructura de la empalizada norte buscando desesperadamente la trampilla por la cual huir.

—Debe de estar por aquí —decía mientras permanecía agachado en cuclillas—. Unos metros a la izquierda de la cabaña del leñador —y seguía tanteando nervioso la empalizada.

El grupo de fugitivos se impacientaba. El crepitar de la madera consumida por el voraz fuego, sus cabezas coronadas por diminutos fragmentos de ceniza que descendían desde las alturas a las que habían sido impulsadas por la fuerza de las llamas, los gritos enfebrecidos de los gronings que corrían hacia el núcleo del burgo; todo ello hacía que los bortigos temblasen como niños asustados.

—¡Aquí está! —gritó alterado Xiker—. Vamos, rápido, ir saliendo de uno en uno.

Los prófugos no vacilaron un instante y comenzaron a traspasar la empalizada por la portezuela que Xiker finalmente había descubierto.

—¿Cómo marcha todo por aquí? —preguntó Perlivarce que acababa de llegar.

—Acabo de localizar la trampilla —respondió Xiker—. Los primeros ya han cruzado por ella.

—¡Magnífico! —respondió satisfecho Perlivarce—. Tampoco los gronings han reparado en nosotros. Creo que no nos echarán en falta al menos por unos días. Harán por ahora responsable del incendio a Kirkoig. Confiamos en que Los Quince de Klimerik nos dispensen una cordial bienvenida.

—Que así sea —dijo Xiker al tiempo que ayudaba a una mujer a cruzar bajo la trampilla.

El fuego ya había consumido el supuesto taller de carpintería del sagaz tarluk y avanzaba irremediabilmente hacia los edificios contiguos. Los gronings a duras penas lograban contenerlo, ya que el suministro de agua procedente del pozo se estaba retrasando.

El Senescal Lunden enrojeció de ira al recibir la desastrosa noticia y decidió que el traidor Kirkoig expiase todas las culpas. A la mañana siguiente sería ejecutado en la plaza de Bortiburgo como escarmiento a todo aquel que osase levantarse en contra del poder de la enseña del lobo negro.

Aimon y los suyos llegaron al borde de la floresta, donde Barbat y Bladuf permanecían escondidos contemplando absortos las crecientes luminarias provenientes del este. No hizo falta cruzar palabra alguna entre los celkos. El brazo extendido de Bladuf señalando en dirección a la capital bortiga fue suficiente para

que se percatasen de lo que sucedía.

—Parece un incendio —dijo Aimon.

—Sí, y si no lo es, se trata de una gigantesca hoguera —respondió Barbat.

—Creemos que las llamas vienen de Bortiburgo —añadió Bladuf.

—¿Los gronings? —preguntó Enoc.

—Quizás —respondió pensativo Alvar contemplando el rojizo horizonte—, aunque bien podría tratarse de un sabotaje obra de los propios bortigos.

—En ese caso nuestra lucha no habrá caído en saco roto —sentenció Aimerin.

—Oakes, Marlin, Odd —dijo Aimon—. Venid conmigo. Nos acercaremos a una distancia prudencial de Bortiburgo para tratar de averiguar qué es lo que ocurre en la ciudad. Leonek y Lorinek tomaréis el relevo de Barbat y Bladuf. Los demás, volved al campamento y permaneced alertas. Creo que nuestra ración de sueño se ha acabado por esta noche —y los celkos resoplaron resignados.

Los fugitivos por fin habían escapado de Bortiburgo. Corrían atropelladamente campo a través, disgregados en un caótico desorden. Hombres por un lado, mujeres por otro, y niños entremezclados tratando de imitar aquellas inalcanzables zancadas. Perlivarce ordenó reducir el ritmo de la frenética galopada determinada por la pujanza física de la cabecera del grupo. Corrían el riesgo de que la frágil comunidad se desmembrase.

—Permaneced unidos —gritaba Xiker sabedor del riesgo que ello conllevaba—. Debemos evitar por todos los medios separarnos, o cuando el fulgor de las llamas dejen de iluminar el camino, los que marchen rezagados podrían perderse en la penumbra de la oscuridad y ser capturados al amanecer.

—Vamos, corred y no miréis atrás —aconsejaba Perlivarce a aquellos que comenzaban a añorar su querido burgo—. Si proseguimos nuestra huida sin detenernos, en menos de una hora habremos desaparecido del alcance de los gronings.

El resplandor de las llamas guiaba como un experto rastreador a los fugitivos sobre la verde campiña. Pero debían apresurarse pues los destellos irradiados por la colosal pira podían traicionarles, delatando su presencia a los centinelas. Aunque ciertamente eso no ocurriría, ya que todos los soldados habían sido convocados por orden expresa del Senescal Lunden a colaborar en las tareas de extinción. El fuego avanzaba sin remedio y comenzaba a destruir el almacén de armas y víveres. Todos los brazos disponibles eran necesarios para acarrear agua desde el pozo y tratar de sofocar las devastadoras llamas antes de que también lo consumieran como acababan de hacer con el antiguo cobertizo.

Aimon, Oakes, Marlin y Odd trotaban resueltamente en dirección a Bortiburgo.

Estaban intrigados por averiguar que es lo que allí estaba ocurriendo. Una nueva felonía de los gronings o un inesperado sabotaje bortigo. No había más opciones.

—¡Silencio! —susurró Marlin deteniéndose repentinamente—. Escuchad —añadió mientras permaneció callado unos segundos—. ¿No lo oís? —preguntó.

—Sí —respondió Oakes—. Es el llanto de un niño.

—Rápido —ordenó Aimon—. Ocultémonos tras esos arbustos.

Los celkos salieron de la senda y corrieron a esconderse tras un gran zarzal que crecía a los pies de un solitario roble. Al cabo de unos minutos, distinguieron unas sombras que avanzaban aceleradamente por la pradera.

—Son cerca de treinta personas —dijo Odd—. Hay también mujeres y niños.

—Bortigos —sentenció Aimon—. Huyen del burgo.

Contemplaron al grupo de fugitivos cuando rebasaban la posición que ellos ocupaban.

—La mayoría de los hombres van armados —dijo Marlin.

—Y parece que se dirigen a Bosque Verde —añadió Odd.

—Nos dividiremos en dos parejas para cortarles el paso y hacer que se detengan —dijo Aimon—. Oakes y yo apareceremos por sorpresa frente a ellos. Tú, Odd, ve con Marlin y cubrid su retaguardia. Tened cuidado de no asustar al hombre que cierra el grupo, pues continuamente vigila nervioso presto a hacer cantar su arco. No les atacéis a menos que se revuelvan contra nosotros. Nuestro único objetivo es esclarecer qué es lo que está ocurriendo.

—Entendido —contestaron Odd y Marlin.

—Entonces en marcha —finalizó Aimon alejándose seguido de cerca por Oakes.

No tardaron los hábiles celkos en tomar posiciones alrededor de los fugitivos sin que éstos se percatasen de su presencia. Un dulce silbido emitido por Oakes emulando a un cantarín jilguero fue la señal para que los cuatro hombres entrasen en acción. Dos flechas volaron en la sombría noche, clavándose a escasos metros de la cabecera del grupo que se detuvo en seco.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los bortigos.

—¡Retroceded! —ordenó equivocadamente Xiker.

Los bortigos giraron en redondo y comenzaron a correr despavoridos entre los llantos de los atemorizados niños en dirección a Bortiburgo.

—¡Alto, deteneros! —les gritaba Perlivarce sin ser escuchado.

Dos nuevas flechas surcaron la espesa y humeante oscuridad y se clavaron a la espalda de Perlivarce. Nuevos gritos y absoluto desconcierto entre los prófugos. Perlivarce trataba inútilmente de calmarlos, pero el grupo se disgregaba en dirección a los cuatro puntos cardinales. Una nueva andanada de flechas consiguió detener a los atemorizados bortigos.

—¡No son gronings! ¡No quieren matarnos! —gritaba ahora desesperado Perlivarce—. Si hubieran querido acabar con nosotros ya lo habrían hecho.

—¡Tranquilizaros! —gritó Xiker—. Haced caso a Perlivarce. Dejad las armas

sobre la hierba.

Los bortigos parecieron serenarse y volvieron a reagruparse en un apretado círculo.

—¡Mostraros! ¿Quiénes sois? —preguntó Perlivarce—. ¿Los Quince de Klimerik?

Al cabo de unos interminables segundos dos sombras surgieron a la vanguardia del grupo, y otras dos a su retaguardia.

—En efecto —habló por fin Aimon—. Pertenece a Los Quince de Klirnerik. Pero somos nosotros quienes hacemos aquí las preguntas. ¿Quiénes sois vosotros y por qué huís? —preguntó inquisitoriamente el hermano del malogrado Anodrac.

—Somos bortigos —tomó la palabra tembloroso Perlivarce—. Huimos de Bortiburgo para buscaros en el bosque.

—¿Para buscarnos a nosotros? —preguntó sorprendido Aimon.

—Sí, apreciado amigo —respondió afable Perlivarce—. Provocamos un incendio para poder escapar del burgo sin ser vistos. Tenemos una valiosa información que os será de gran utilidad.

—¿Qué información? —preguntó intrigado Oakes.

—Os la diré a su debido momento —respondió Perlivarce—. Dadnos esta noche cobijo y protección y gustosamente os la transmitiré —habló negociando con Los Quince de Klimerik.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Aimon al tarluk.

—Perlivarce —respondió.

—Y bien, Perlivarce, ¿qué me impide mataros aquí mismo o una vez que me lo hayáis contado todo? —preguntó amenazante Aimon.

—El que vosotros no sois unos asesinos como los gronings —respondió tajante Perlivarce—. Y si acabaseis con unos pobres campesinos acompañados por sus mujeres e hijos traicionaríais la memoria de Borbul y mancharíais para siempre el honor del pueblo nerlingo.

Aimon se quedó mudo. Oakes, Odd y Marlin compartían el estupor de su líder por las palabras que habían brotado de la boca de Perlivarce. Aquel hombre debía tener una estrecha relación con el pueblo nerlingo.

—Está bien —habló titubeante Aimon—. Os brindaremos nuestra protección esta noche, pero mañana al amanecer hablaremos de esas trascendentales revelaciones. Y ahora seguidnos. Os conduciremos a nuestro campamento.

Los bortigos se sintieron aliviados por primera vez en la lóbrega oscuridad cubierta de llamas y humo. Dormirían cobijados en el corazón de Bosque Verde, con la esperanza de que un nuevo día iluminase el inicio del sinuoso sendero por el que transitaban durante aquella noche sin luna.

La búsqueda toca a su fin

La bruma, que todavía se resistía a abandonar los muelles de It-sonod, difuminaba ante los ojos de Torsten la silueta de aquellos siete hombres que avanzaban hacia su pequeño almacén. Él, recostado en una silla frente al caliginoso mar oriental, reparaba unas rotas y deshilachadas redes de pesca.

—Buenos días —saludó Dracot a Torsten.

—Buenos días, forasteros —contestó el esmuga—. ¿Qué menesteres les traen tan temprano por los muelles?

—Buscamos a un barbudo y espigado marinero que responde al nombre de Falk —respondió el groning—. De su cuello cuelga un inconfundible collar con una llamativa piedra de color azul celeste.

Debíamos entregarle esta mañana unos aparejos para su barco.

—Conozco al capitán, pero me temo que llegan tarde —contestó Torsten mientras seguía cosiendo las redes—. *La Sirena de los Mares* debió partir antes del alba. Cuando esta mañana llegué al muelle, el navío había desaparecido del puerto. Algo realmente importante acuciaba al capitán para abandonar tan precipitadamente la ciudad.

—¿Y que haré ahora con los aparejos que me encargó? —se lamentó mintiendo Dracot—. Su pedido ascendía a veinte monedas de oro.

—Entonces ya somos dos sus acreedores —sonrió Torsten—. También se fue sin pagarme las provisiones que cargue en su bodega. Pero no se preocupe, amigo mío —añadió el esmuga cuando Dracot y los suyos comenzaban a desesperarse por haber perdido la pista del capitán y los nerlingos—. Falk siempre regresa a It-sonod. La llamada de la cerveza y las mesas de kliros resuenan tan fuerte en sus oídos como el canto de una sirena.

—El problema es que debemos partir hacia Porliton pasado mañana —dijo Tiphul—, y quién sabe si volveremos a encontrarnos con Falk cuando regresemos de nuestro viaje. ¿No sabrá usted dónde se hospedan sus acompañantes? ¿Acaso partieron también a bordo del barco?

—Sólo sé que ayer mismo desembarcaron junto al capitán —contestó Torsten—. Nunca antes los había visto por aquí. Falk me dijo que eran nerlingos y que debían reunirse a la mayor brevedad con el Senescal Adelel. Habló de un extraño mensaje de salvación... lo cierto es que no le preste demasiada atención. Mi trabajo era reponer su bodega y así lo hice. Ahora ese bribón me pagará todo lo que me debe con unos succulentos intereses —y sonrió nuevamente.

Esas palabras iluminaron, como si de un centelleante destello se tratara, la mente de Dracot. Rápidamente pensó en los beneficios que la captura de aquellos extraños nerlingos podría reportarle. Si descubría cuales eran los motivos que les habían hecho viajar a tierras tan orientales, sería generosamente recompensado por Zornik.

—¿Y no sabe si embarcaron nuevamente con Falk? —insistió nuevamente el

groning.

—No tengo la menor idea —respondió Torsten sin apartar la vista de la gruesa aguja con la que daba certeras puntadas a las redes—. Pero quizá haya alguien que pueda haberles visto. Vayan hasta el fondo del muelle —dijo señalando ahora con su dedo índice un almacén imposible de adivinar entre la bruma—, y pregunten por Taren. Es un viejo marinero insomne que vende arpones y otros instrumentos de pesca en su maloliente cuchitril. Trabaja mucho, come poco y apenas duerme. Probablemente vio zarpar a *La Sirena de los Mares* y a sus tripulantes.

—Le agradezco la información —dijo Dracot—. Si encontramos a esos jóvenes podremos cobrar el dinero que Falk nos debe. Si es así le prometo que le invitaré a una jarra de negra cerveza. ¡Hasta la vista! —se despidieron Dracot, Tiphul y los otros.

—¡Les deseo la mayor de las venturas en su intento! —gritó Totsten riendo irónicamente, dando por perdida de antemano la invitación de Dracot.

Los gronings caminaban con paso firme sobre el húmedo suelo de los muelles mientras sus piernas atravesaban la cortina de niebla cual cuchillo afilado al cortar un trozo de manteca. Aquella bruma, perfecta amalgama de neblina, vapor de agua y salitre, acudía presta a su ineludible cita con el malecón. Solamente cuando el sol remontase el tejado del baluarte y, viéndose acosada sin remedio por el fulgor de sus destellos, se vería obligada a despedirse hasta la próxima jornada de su querida Itsonod.

Con sus zapatos humedecidos por el agua salada que cubría el muelle, el grupo de Dracot se topó de bruces con el almacén en el que vivía el viejo Taren. Varios arpones rotos y una enorme ancla oxidada tirados delante de la entreabierta puerta del almacén confirmaron que habían encontrado el negocio de Taren. Dracot empujó suavemente la puerta de madera.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó sin obtener respuesta.

Entró en el pequeño almacén y vio, sentado en una silla, a un anciano de largo y blanco cabello que cabeceaba entre ocasionales ronquidos. Dracot carraspeó varias veces hasta que el anciano se despertó sobresaltado.

—¿Qué? —dijo aturdido mientras apenas si podía entreabrir sus ojos color miel.

—Buenos días —saludó con una sonrisa Dracot.

—Buenos días —respondió mirando al groning a pesar de que sólo vislumbraba una sombra—. ¿Qué quiere? —dijo levantándose torpemente de la silla.

—En los muelles nos dijeron que quizás usted pueda facilitarnos información —dijo Dracot al tiempo que Tiphul asomaba su cabeza a través de la puerta para ver que ocurría.

—¿Información? —respondió extrañado el anciano—. Entonces creo que se equivoca de persona. Si lo que necesita es un buen arpón para cazar ballenas está en el sitio adecuado, pero si lo que busca es información vaya a La Cuesta de las Tabernas e invite a una jarra de cerveza a cualquiera de los cientos de borrachos que

pululan por allí —finalizó contrariado.

—Disculpe, ¿es usted Taren? —preguntó Dracot.

—Sí —respondió cortante el anciano—. ¿Por qué lo pregunta?

—Un hombre en el muelle nos ha dicho que quizás usted pueda haber visto zarpar un barco esta noche —habló Dracot con cautela tratando de no irritar al anciano gruñón—. Debíamos entregar al capitán de ese barco unos aparejos, pero parece que ya no va a poder ser...

—Vi a un barco de pretenciosos ornamentos partir antes del alba —dijo Taren—. Rápidamente se perdió engullido por la niebla. Inaplazables quehaceres debían apremiar a sus tripulantes, pues con tan escasa visibilidad sólo un gran conocedor de estos acantilados se arriesgaría a zarpar sin la ayuda de las estrellas. Ciertamente ha sido un bullicioso amanecer, pues al tiempo que partía la embarcación, tres hombres caminaban raudos por el muelle, como perseguidos por el mismísimo diablo, desapareciendo también entre la espesa bruma en dirección al Camino del Oeste.

—¿El Camino del Oeste? —preguntó Dracot con los ojos iluminados de alegría—. ¿Hacia dónde conduce ese camino?

—Bordea la costa por la gran bahía desviándose hacia tierra adentro a unos treinta kilómetros de aquí —le ilustró Taren—. A partir de ese punto discurre en paralelo al Taquakland hasta morir en las faldas de la Cordillera Savakien.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Dracot—. Tengo que entregarles los aparejos y cobrar por mi trabajo, si no mis amigos y yo tendremos que comer bayas y raíces hasta el verano.

—Si se apresuran y toman unos caballos a las afueras de It-sonod —le dijo Taren—, puede que esta noche logren alcanzarles. Si ellos marchan a pie como creo, no les llevan más de tres horas de ventaja.

—Gracias por su consejo —se despidió Dracot—. Que pase un buen día —y salió apresuradamente del destartalado almacén.

—¡Eh! —gritó Taren mientras salía en busca del groning quien, junto a sus compinches, había puesto pies en polvorosa—. ¿No van a comprar nada? ¿No necesitan un arpón? ¿O un ancla para su barcaza?

Pero sus preguntas no obtuvieron respuesta alguna. Dio media vuelta y entró gruñendo y maldiciendo a aquellos forasteros que le habían despertado de su volátil ensoñación. Destemplado por la humedad de aquella desapacible mañana, se subió los cuellos de su raído chaquetón y, sentándose pesadamente sobre la silla, cerró somnoliento los ojos. Apenas transcurrieron unos segundos cuando volvió a cabecear, mientras evocaba su agitada juventud a bordo de un ballenero.

Kiril marcaba el paso a Maikel y Oyvind a través del Camino del Oeste. Una vez abandonaron It-sonod, aconsejados por un amable agricultor, tomaron una estrecha senda que trepaba cruzando las colinas que rodeaban a la capital esmuga. Una vez

alcanzaron aquel elevado promontorio, descendieron suave pero continuamente cerca de tres kilómetros. Tras sortear varias granjas establecidas por aquella zona, fueron a dar a los acantilados que delimitaban la gran bahía del Golfo de Eukad, gigantescas paredes cinceladas en la roca en perfecta vertical, que desesperadamente las olas intentaban escalar. Era en ese punto donde comenzaba el llamado Camino del Oeste.

La bruma matinal se fue lentamente disipando, permitiendo a los nerlingos descubrir la serena belleza de aquellas tierras. Una hierba esmeralda cubría los cincuenta primeros metros de tierra que nacían desde el borde de los acantilados, para ocultarse a continuación bajo un frondoso y casi impenetrable bosque de pinos. Desde las colinas de It-sonod, hasta los más de trescientos kilómetros de costa que conducían a los primeros burgos de las Tierras Frías, un tupido manto boscoso protegía al viajero de los vientos del sur y del oeste.

Cuando los nerlingos dirigieron su mirada hacia el norte, pudieron admirar cómo las azules aguas orientales besaban una y otra vez aquellas pétreas escarpas. Las nubes de agua y salitre, pulverizadas por la virulencia de aquellas sacudidas, difuminaban la silueta del litoral. Ni el más genial de los pintores que habitaban en Tierra Conocida, hubiera sido capaz de plasmar en un lienzo aquel inimitable confín.

—¡Mirad! —exclamó Oyvind—. ¡Un pequeño islote a unos quince kilómetros de aquí!

Kiril y Maikel se miraron y sonrieron, pues ya no les sorprendía la visión élfica del hijo del relámpago. Apoyaron la mano izquierda sobre la frente para mitigar el reflejo del sol, y dirigieron su mirada hacia el norte.

—¡Allí! —les indicaba Oyvind con su brazo extendido señalando el islote—. A unas doscientas brazadas a nado desde la orilla —seguía dando indicaciones a sus aparentemente ciegos amigos.

—Sólo veo una diminuta mancha marrón donde tú dices que hay un islote —respondió gruñendo Maikel.

—Oyvind tiene razón —dijo Kiril—. Puedo alcanzar a distinguirlo, aunque no con la claridad que él lo ve.

—Continuemos la marcha —dijo Oyvind—, y cuando hayamos recorrido los quince kilómetros que nos separan de él, quizás entonces los ojos de sapo de Maikel alcancen a ver algo ¡Ja, ja, ja! —y salió corriendo y carcajeándose mientras Maikel le lanzaba enfadado una gruesa rama caída a modo de lanza.

—Vamos, Maikel —le dijo Kiril también riendo—, no te enfades con el pobre Oyvind, es el único que se ha atrevido a decir la verdad sobre tus obtusos ojos —y comenzó a correr huyendo del corpulento hijo de Torilo.

Entre bromas transcurrió el día para los tres jóvenes viajeros. A medida que se acercaban a aquella pequeña isla, que adornaba el Golfo de Eukad como una brillante perla en el interior de una ostra, sintieron una extraña sensación que estremeció todo su ser.

Aquella tarde y la luz que la acompañaba comenzaron a declinar, y los nerlingos decidieron acampar al resguardo del bosque de pinos. El cielo mostraba algunas nubes dispersas, por lo que no parecía que esa noche fuera a llover. Encendieron una pequeña hoguera con ramas secas y con su voraz apetito dieron cuenta de parte de las provisiones que habían tomado prestadas de la bodega de *La Sirena de los Mares*.

—¿Cómo le irá al capitán Falk? —preguntó melancólico Maikel mientras bebía un poco de agua—. Echo de menos sus increíbles historias en la cubierta del barco.

—Seguro que él también extraña nuestra compañía —respondió Kiril.

—Aunque su orgullo no le dejará reconocerlo cuando nos volvamos a ver —respondió con una sonrisa en su mirada Oyvind.

—Brindemos por el capitán —dijo Maikel—, pero no con agua, o nos traerá mala suerte —y sacó del zurrón una pequeña botella de su ya inseparable licor de fuego junto a tres diminutos vasos metálicos.

—Si Falk se entera que has expoliado su más preciado tesoro esta vez sí que te tatuará con su cuchillo la señal de los viejos marineros —le previno Oyvind mientras Maikel vertía en los vasos unas gotas del exquisito licor.

—¡Por el capitán Falk! —brindaron los tres al unísono vaciando de un trago aquel vigoroso néctar.

Durante unos instantes los jóvenes alkos disfrutaron de aquella placentera sensación que reconfortaba su cuerpo, al recorrer el ardiente licor la senda que arrancaba en la garganta y finalizaba en sus estómagos.

—¿Crees que algún día encontraremos a nuestros hermanos del sexto clan? —preguntó Maikel a Kiril al cabo de unos segundos de silencio.

—No me cabe la menor duda —aseveró el lacrag nerlingo—. Mi corazón me dice que nos acercamos a ellos. Hoy, caminando por este bello litoral he tenido extrañas sensaciones, como un presentimiento que aún no acabo de descifrar.

—Yo también he sentido algo parecido —coincidió Oyvind—, pero tampoco puedo explicarlo. Es como un aura oculta que crece y me envuelve más y más a medida que avanzamos por esta senda.

—Y ese islote —dijo Kiril—, que parece nos observa inmóvil desde el mar, como queriendo desvelarnos... no lo sé, quizás esté fantaseando por los efectos del licor de fuego.

—Yo también quiero fantasear como tú —dijo Maikel—, así que con vuestro permiso me serviré un último vaso de tan sin par bebida. Veros anhelándolo mientras yo disfruto nuevamente de su aroma y sabor será vuestro castigo. Eso me resarcirá de todas vuestras injustificadas burlas —y agarró con fuerza la botella no fueran a tratar Kiril y Oyvind de arrebatársela.

Una vez comenzó a oscurecer, los tres alkos empezaron a bostezar y cabecear. La luna anterior apenas durmieron unas pocas horas, pues tras su agitado paseo nocturno por La Cuesta de las Tabernas, tuvieron que levantarse antes del alba, lo que unido a la larga caminata desde It-sonod, les había dejado agotados. Sin siquiera desearse

buenas noches comenzaron a roncar ruidosamente, especialmente el bueno de Maikel, quien consiguió silenciar todos y cada uno de los sonidos del bosque.

—¡Mirad! —dijo Tiphul—. Allí adelante. Veo el fuego de una pequeña hoguera.

—Tienen que ser ellos —añadió Dracot—. La fortuna nos sonríe. Dejad aquí atados los caballos. Odger, tú los cuidarás. Tiphul, Ruslan y Rotan me acompañareis. Paradorn y Knut nos cubriréis con vuestros arcos. Esos nerlingos tienen muchas cosas que contarnos.

Los gronings habían tomado unos caballos en It-sonod como el hurraño Taren les había recomendado, y a lo largo del día habían recortado la ventaja que Kiril, Maikel y Oyvind les habían tomado. Ahora se deslizaban sigilosamente por el bosque como una manada de lobos tratando de acorralar a su distraída presa.

—¡Silencio! —susurró Dracot deteniéndose a unos treinta pasos del lugar donde los nerlingos dormían plácidamente—. No debemos despertarles hasta que caigamos sobre ellos. Seguidme sin hacer ruido —y moviendo su brazo indicó a Paradorn y Knut las posiciones que debían tomar.

Los dos furtivos arqueros se parapetaron tras sendos árboles y tomaron una flecha de su carcaj, prestos a hacer cantar su arco si fuera necesario. Dracot, Tiphul, Ruslan y Rotan desenfundaron sus espadas y reptaron cual ofidios por el suelo de la floresta, acercándose calladamente hacia donde los alkos habían acampado.

—¡Despertad, malditos nerlingos! —gritó con violencia Dracot mientras cada uno de sus compinches colocaba la punta de su espada en el pecho de los sorprendidos nerlingos.

—¡Un solo movimiento en falso y te atravieso con mi espada! —le gritó Tiphul a Kiril—. Ahora nos explicarás quienes sois realmente y cuál es el motivo de vuestra presencia en estas tierras.

—¡Malditos gronings! —gritó Maikel, tratando de forcejear con Rotan, quien rápidamente aumentó la presión de su espada sobre el pecho de Maikel invitándole a permanecer inmóvil.

Dracot se acercó hacia el nerlingo y le propinó varias patadas en el costado que lo dejaron encogido retorciéndose de dolor.

—Eso por el puñetazo en El Delfín Negro —le dijo con desprecio el groning—. Reza porque no acabe contigo aquí mismo, y tu cuerpo sea devorado por los gusanos y tus huesos roídos por los lobos.

—¿Qué es lo que queréis de nosotros? —preguntó Kiril.

—Respuestas —respondió Dracot—. Respuestas que agraden a nuestro Rey.

—Ese maldito bárbaro y sanguinario... —dijo Oyvind cuando fue interrumpido por un brutal golpe de Ruslan.

—¡Silencio! —gritó enojado Dracot—. ¡Hablaréis cuando yo os lo diga! —y trató de calmarse caminando en círculos alrededor de los alkos—. Sabemos que sois nerlingos —continuó—, y que una oculta misión os ha traído hasta estas tierras —y mientras Dracot hablaba Kiril tragaba saliva pensando qué hacer para no desvelar su identidad ni la existencia del sexto clan—. Esa información será de gran utilidad a mi señor, quien sabrá generosamente recompensarnos por ello.

—Vosotros habéis sido un regalo caído del cielo —dijo riéndose Tiphul, y los tres nerlingos se lamentaban de la imprudencia que el capitán Falk había cometido en El Delfín Negro.

—¡Vamos! —dijo Dracot poniendo su bota encima de la cabeza de Kiril—. ¡Habla ahora!

Kiril no dijo nada, a pesar de que docenas de diminutas gotas de sudor frío comenzaron a brotar por todo su cuerpo. Si como decían, un hálito helado se apoderaba de los hombres antes de morir, a buen seguro que eso era lo que a él le estaba sucediendo.

—¿No quieres hablar? —preguntó furioso Dracot—. Quizás esto suelte tu apestosa lengua de comadreja —y haciendo un gesto con sus ojos a Tiphul, el groning hundió unos centímetros su espada en el pecho del lacrag nerlingo.

Un grito desgarrador brotó de la garganta de Kiril. El agudo y penetrante dolor le inmovilizó en el suelo mientras su camisola comenzó a colorearse con el rojo de su sangre.

—¡Malditos! ¡No le hagáis daño! —gritó impotente Oyvind.

Maikel, enloquecido al ver a su hermano de sangre torturado por los gronings, se revolvió en el suelo con la velocidad del rayo, deshaciéndose de la espada que le amenazaba. Se incorporó de un salto y golpeó poderosamente a Rotan. Sacó el cuchillo que colgaba de su cinturón y lo lanzó con increíble precisión clavándolo en el corazón de Tiphul. Entonces corrió decidido a acabar con Dracot. Ruslan trató de cortar el paso, momento en el que Oyvind aprovechó para abalanzarse sobre él tumbándolo en el suelo.

Pero repentinamente Maikel detuvo su desenfrenado impulso y, clavando primero sus rodillas en tierra, cayó finalmente desplomado sobre la hierba cubierta de hojas y ramas. La traicionera flecha de Knut había logrado su objetivo.

—¡Maikel! ¡Nooooo! —gritó desesperado Oyvind al ver al gigante alko tendido en el suelo con una flecha clavada en su espalda.

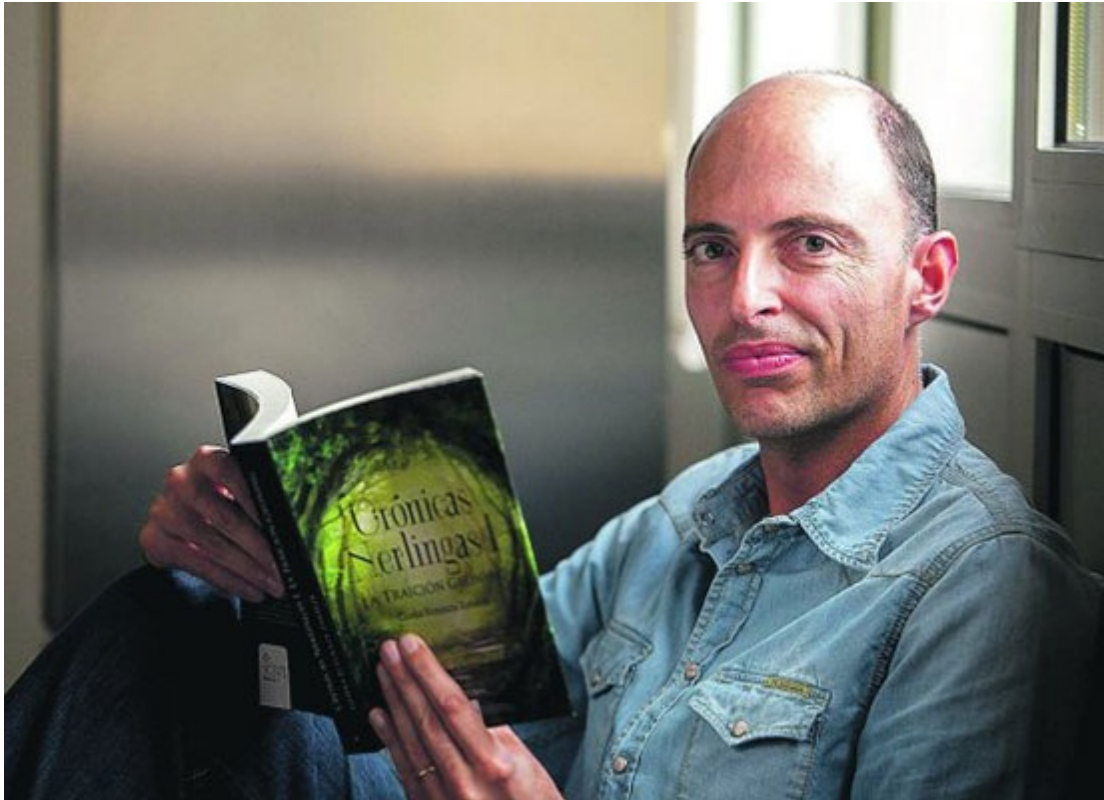
Oyvind, fuera de sí y sintiendo que era el fin, tomó su cuchillo y, tras forcejear con Ruslan, se lo clavó en el estómago. Dracot, dejando por unos instantes al malherido Kiril, arremetió contra el hijo del relámpago. Oyvind vislumbró el brillo de dos nuevas flechas asesinas que volaban en su busca desde el interior del bosque. Con un rápido movimiento tomó el cuerpo de Ruslan y parapetándose tras de él logró evitarlas, clavándose éstas en el cadáver del groning.

Dracot aprovechó la ocasión para golpearle a traición, dejando a Oyvind

momentáneamente aturdido. El groning, furioso, elevó su espada hacia el cielo preparándose para ejecutar el definitivo golpe mortal. Viendo que era su fin, el joven alko dedicó un último pensamiento a su amado hermano.

—Mi hora ha llegado —le dijo—. Nos reuniremos con Thelmor en la eterna morada de la diosa Nerlinguia. Adiós, mi querido Ingvar, hasta pronto —y resignado ante su fatal destino, cerró los ojos y aguardó a que el acero penetrase desgarrando de lado a lado su cuerpo.

Aquí concluye el primer libro de las Crónicas Nerlingas, La Traición Groning. El segundo libro, El Sexto Clan, desvelará el desenlace de la emboscada que los espías gronings tienden a Kiril, Maikel y Oyvind. En él se descubrirá la existencia del clan de los alkos perdidos y el secreto de un arcano poder que el clan ha mantenido celosamente custodiado. También se relatarán las hazañas y peligros vividos por Ingvar, Gródolas, el capitán Falk, Los Quince de Klimerik y nuevos personajes, mientras la terrible amenaza de la ocupación de las tierras orientales se cierne sobre el mundo de los hombres.



GORKA ECEOLAZA ZABALZA. Nacido en 1969 en San Sebastián, Gorka Eceolaza estudió Ingeniería Industrial, desarrollando su carrera profesional en el ámbito de la empresa. Junto a esa formación pragmática de “más vale una imagen que mil palabras”, siempre ha coexistido en su interior una faceta creativa de construir imágenes a través de las palabras.

Esa faceta se manifestó a finales de 1999 y fue la que le llevó a comenzar a escribir lo que sería el embrión de la saga de las *Crónicas Nerlingas*.

Tardío lector de novelas, entre sus lecturas favoritas destacan todos los libros relacionados con el universo creado por John Ronald Ruelen Tolkien, así como las cuatro novelas del escritor Dan Simmons que configuran la saga de ciencia ficción conocida como los *Cantos de Hyperion*. También disfruta con la novela negra o policiaca, con autores como el danés Jussi Adler-Olsen.

Notas

[♣] Lacrag es el nombre con el que se denomina al jefe del clan. <<

[♣] Biluk es el nombre de la especial cerveza de color caoba destilada por los nerlingos, de sabor fuerte pero regusto final afrutado. <<

[♣] La iokane era una prueba de fuerza, destreza y resistencia, en la que los nerlingos competían bien durante el transcurso de sus fiestas, bien para decidir algún contencioso en el que no se conseguía alcanzar acuerdo alguno. Consistía en una carrera de cerca de quince kilómetros de campo a través, en la que los participantes debían regresar al punto de partida con una bandera que solía colocarse en la copa de alguno de los árboles del recorrido, con la particularidad de que el árbol estaba protegido por lanzas u otros objetos punzantes. El ganador era aquel que finalizase el recorrido en primer lugar regresando con la bandera correspondiente. <<

[♣] El tarluk era el maestro que instruía en las letras y los números a los jóvenes de las aldeas y burgos. <<